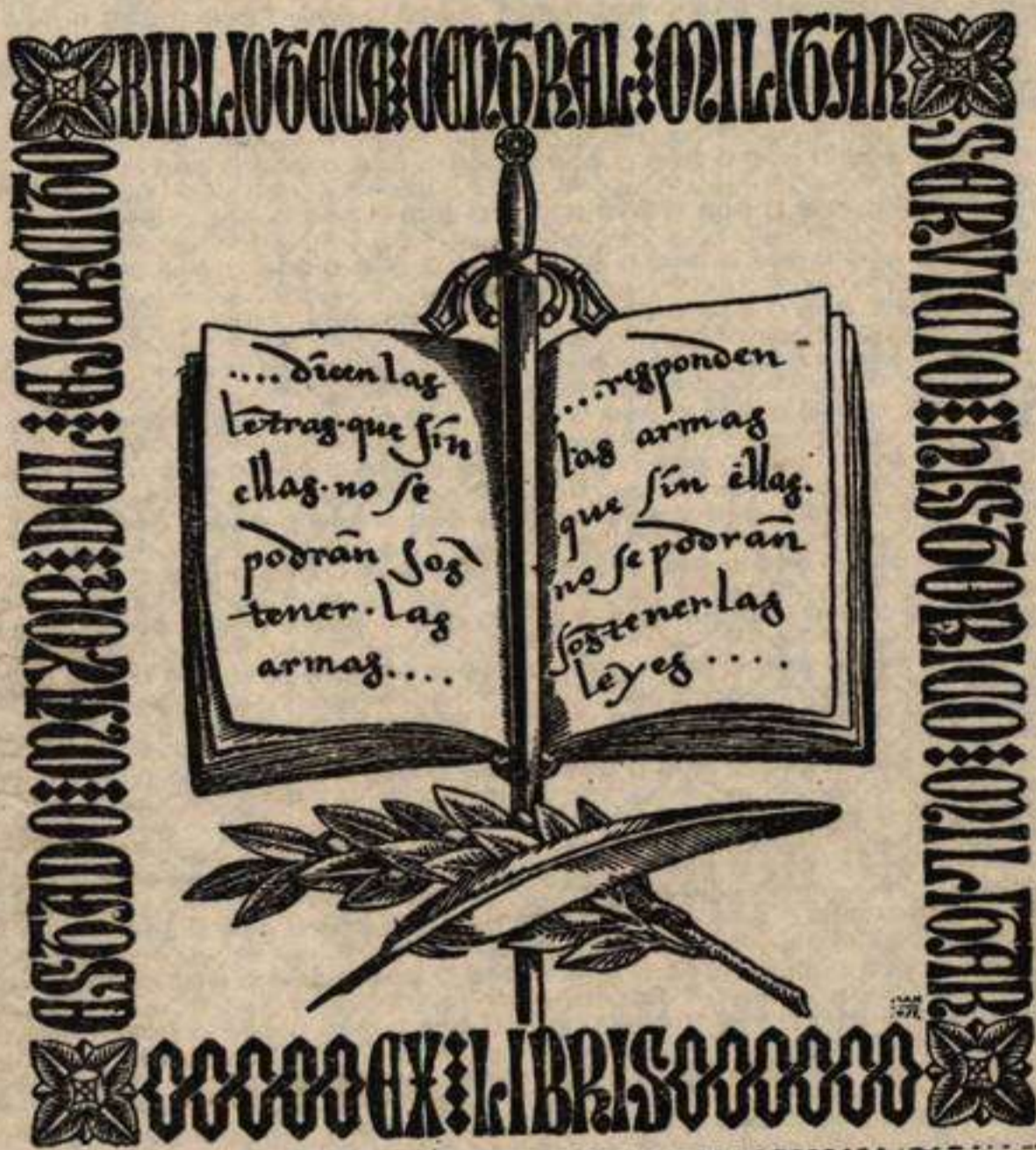


18
ES



Inscripcion 3380

Clasificacion A-2-3

Colocacion { Sala I
 Estante 20
 Tabla 24
 Numero 15

III

44 - 2

5



BD2_24.833

EPISODIOS NACIONALES

TOMO X

LOS APOSTÓLICOS

UN FACCIOSO MAS Y ALGUNOS FRAILES MENOS

EPISODIOS

NACIONALES

ROBERTO GALLI

TOMO X

EPISODIOS NACIONALES

Publicado por la Real Academia de Historia, Lengua y Geografía

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.



MADRID

Madrid.—Imp. y lit. de La Guirnalda, Pozas, 12.

EPISODIOS NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO X

*Ilustrado por los SRES. MÉLIDA (D. A.), FERRANT, BERUETE, FERRIZ,
GÓMEZ SOLER, ALCÁZAR, HERNÁNDEZ NÁJERA Y MESTRES.*



MADRID

Administración de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO

EPISODIOS

MAGNANIMES

FOR THE PEOPLE

FOR THE PEOPLE

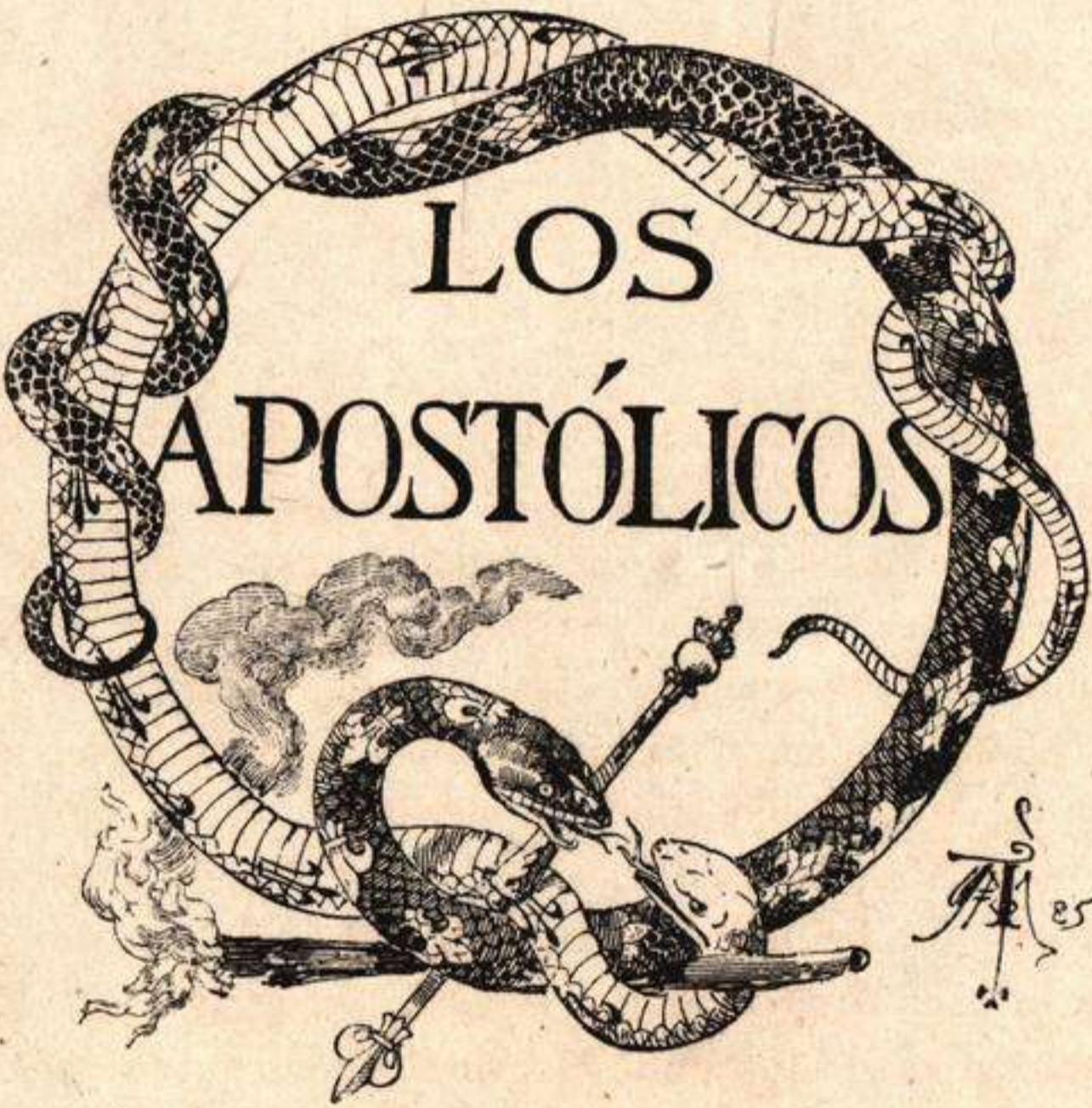
FOR THE PEOPLE

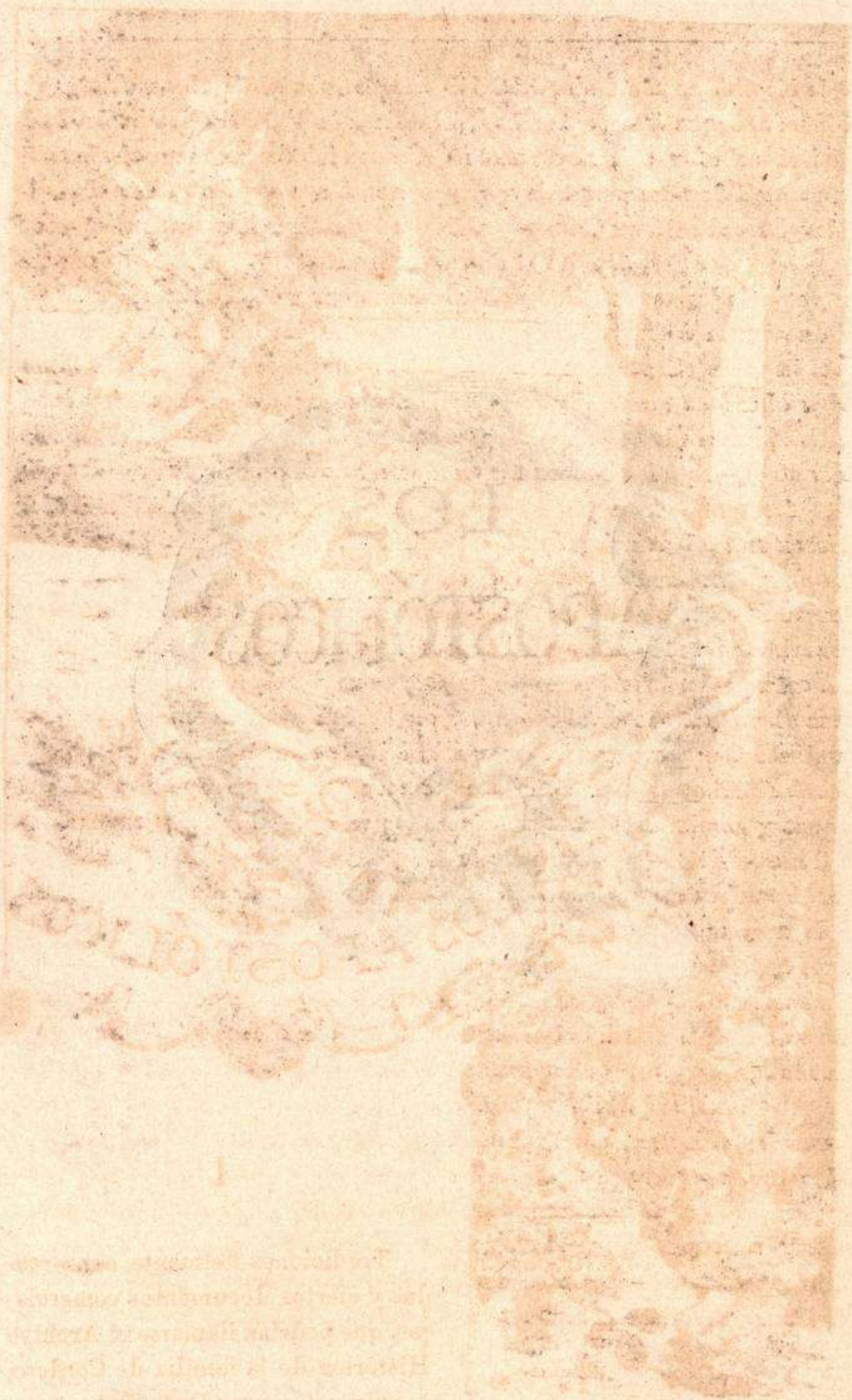
FOR THE PEOPLE



FOR THE PEOPLE

FOR THE PEOPLE







LOS APOSTÓLICOS

I

Tradiciones fielmente conserva-
das y ciertos documentos comercia-
les, que podrían llamarse el Archivo
Histórico de la familia de Cordero,
convienen en que Doña Robustiana



de los Toros de Guisando, esposa del héroe de Boteros, falleció el 11 de Diciembre de 1826. ¿Fue peritonitis, pulmonía matritense ó tabardillo pintado lo que arrancó del seno de su amante familia y de las delicias de este valle de lágrimas á tan digna y ejemplar señora? Este es un terreno oscuro en el cual no ha podido penetrar nuestra investigación ni aún acompañada de todas las luces de la crítica.

Esa pícará Historia, que en tratándose de los reyes y príncipes, no hay cosa trivial ni hecho insignificante que no saque á relucir, no ha tenido una palabra sola para la estupenda hazaña de Boteros, ni tampoco para aquella lamentable ocasión en que el héroe se quedó viudo con cinco hijos, de los cuales los dos más pequeñuelos vinieron al mundo después que el giro de los acontecimientos nos obligó á perder de vista á la familia Cordero.

Cuando murió la señora, Juanito Jacobo (á quien se dió este nombre en memoria de cierto filósofo que no es necesario nombrar) tenía dos meses no bien cumplidos, y por su insaciable apetito así como su berrear constante, declaraba la raza y poderoso abolengo de Toros de Guisando. Sus bruscas manotadas y la fiereza con que se llevaba los puños á la boca, ávido de mamarse á sí mismo por no poder secar un par de amas cada mes, señales eran de vigor é independencía, por lo que D. Benigno, sin dejar de agradecer á Dios las buenas dotes vitales que había dado á su criatura, pasaba la pena negra en su triste papel de viudo, y ora valiéndose de cabras y biberones, cuando faltaban las nodrizas, ora buscando por Puerta Cerrada y ambas Cavas lo mejor que viniera de Asturias y la Alcarria en el maleado género de *amas para casa de los padres*; ya desechando á esta por enferma y á aquella por desabrida, taimada y ladrona, ya suplicando á tal ó cual señora de su conocimiento que diera una mamada al muchacho cuando le faltaba el pecho mercenario, era un infeliz esclavo de los deberes paternales y perdía el seso, el humor, la salud, el sueño, si bien jamás perdía la paciencia.

En las frías y largas noches ¿quién sino él habría podido echarse en brazos la infantil carga y acallar los berridos con paseos, arrullos, halagos y cantorrios? ¿Quién sino él habría soportado las largas vigiliás y el cuneo incesante y otros muchos menesteres que no son para contados? Pero D. Benigno tenía un axioma que en todas estas ocasiones penosas le servía de grandísimo consuelo, y recordándolo en los momentos de mayor sofoco, decía:

—El cumplimiento extricto del deber en las diferentes circunstancias de la existencia es lo que hace al hombre buen cristiano, buen ciuda-

dano, buen padre de familia. El rodar de la vida nos pone en situaciones muy diversas, exigiéndonos ahora esta virtud, más tarde aquella. Es preciso que nos adaptemos hasta donde sea posible á esas situaciones y casos distintos, respondiendo según podamos á lo que la Sociedad y el



Autor de todas las cosas exigen de nosotros. Á veces nos piden heroísmo, que es la virtud reconcentrada en un punto y momento; á veces paciencia, que es el heroísmo diluido en larga serie de instantes.

Después solía recordar que Catón el Censor abandonaba los negocios más áridos del gobierno de Roma para presenciar y dirigir la lactancia, el lavatorio y los cambios de vestido de su hijo, y que el mismo Augus-

to, señor y amo del mundo, hacía otro tanto con sus nietecillos. Con esto recibía D. Benigno gran alivio, y después de leer de cabo á rabo el libro del *Emilio* que trata de las nodrizas, de la buena leche, de los gorritos y de todo lo concerniente á la primera crianza, contemplaba lleno de orgullo á su querido retoño, repitiendo las palabras del gran ginebrino: "así como hay hombres que no salen jamás de la infancia, hay otros de quienes se puede decir que nunca han entrado en ella y son hombres desde que nacen."

Con estos trabajos, que hacía más llevaderos la satisfacción de un noble deber cumplido, iba pasando el tiempo. El primer aniversario del fallecimiento de su mujer renovó en Cordero todas las hondas tristezas de aquel luctuoso día, y negándose al trivial consuelo de la tertulia de amigos y parroquianos, cerró la tienda y se retiró á su alcoba, donde las memorias de la difunta parecían tomar realidad y figura sensible para acompañarle. El segundo aniversario halló bastante cambiadas personas y cosas: la tienda había crecido, los niños también. Juanito Jacobo, ni un ápice mermado en su constitución becerril, atronaba la casa con sus gritos y daba buena cuenta de todo objeto frágil que en su mano caía. En el alma de D. Benigno iba declinando mansamente el dolor cual noche que se recoge expulsada poco á poco por la claridad del nuevo día.

En el tercer aniversario (11 de Diciembre de 1829) el cambio era mucho mayor y D. Benigno, restablecido en la majestad de su carácter ameno, sencillo, bondadoso y lleno de discreción y prudencia, parecía un soberano que torna al sólio heredado después de lastimosos destierros y trapisondas. No dejaron, sin embargo, de asaltarle en la mañanita de aquel día pensamientos tristes; pero al volver de la misa conmemorativa que había encargado, según costumbre de todo aniversario, y oído devotamente en Santa Cruz, viósele en su natural humor cotidiano, llenando la tienda con su activa mirada y su atención diligente. Después de cerrar la vidriera para que no se enfriara la tienda, palpó con cierta suavidad cariñosa las cajas que contenían el *género*; hojeó el libro de cuentas, pasó la vista por el *Diario* que acababan de traer; dió órdenes al mancebo para llevar á dos ó tres casas algunas compras hechas la noche anterior; cortó un par de plumas con el minucioso esmero que la gente de los buenos tiempos ponía en operación tan delicada, y habría puesto sobre el papel algunos renglones de aquella hermosa letra redonda que ya sólo se ve en los archivos, si no le sorprendieran de súbito sus niños, que salieron de la trastienda cartera en cinto, los libros

en correa, la pizarra á la espalda y el gorrete en la mano para pedir á padre la bendición.

—¡Cómo!—exclamó D. Benigno, entregando su mano á los labios y á los húmedos hociquillos de los Corderos.—¿No os he dicho que hoy no hay escuela?... Es verdad que no me había acordado de decíroslo; pero ya había pensado que en este día, que para nosotros no es alegre y para toda España será, según dicen, un día felicísimo, todos los buenos madrileños deben ir á batir palmas delante de ese astro que nos traen de Nápoles, de esa reina tan ponderada, tan trompeteada y puesta en los mismos cuernos de la luna, como si con ella nos vinieran acá mil dichas y tesoros... hablo también con usted, apreciable *Hormiga*, pase usted... no me molesta ahora ni en ningún momento.

Dirigiase D. Benigno á una mujer que se había presentado en la puerta de la trastienda, deteniéndose en ella con timidez. Los chicos, luego que oyeron el anuncio feliz de que no había escuela, no quisieron esperar á conocer las razones de aquel sapientísimo acuerdo, y despojándose velozmente de los arreos estudiantiles, se lanzaron á la calle en busca de otros caballeritos de la vecindad.

—Tome usted asiento—añadió Cordero, dejando su silla, que era la más cómoda de la tienda, para ofrecérsela á la joven.—Ayude usted mi flaca memoria. ¿Qué nombre tiene nuestra nueva reina?

—María Cristina.

—Eso es... María Cristina... ¡Cómo se me olvidan los nombres!... Dícese que este casamiento nos va á traer grandes felicidades, porque la napolitana... pásmese usted...

El héroe, después de mirar á la puerta para estar seguro de que nadie le oía, añadió en voz baja:

—Pásmese usted... es una franc-masona, una insurgente, mejor dicho, una real dama en quien los principios liberales y filosóficos se unen á los sentimientos más humanitarios. Es decir, que tendremos una reina domesticadora de las fierezas que se usan por acá.

—Á mí me han dicho, que ha puesto por condición para casarse que el Rey levante el destierro á todos los emigrados.

—Á mí me han dicho algo más—añadió Cordero, dando una importancia extraordinaria á su revelación,—á mí me han dicho que en Nápoles bordó secretamente una bandera para los insurrectos de... de no sé qué insurrección. ¿Qué cree usted? la mandan aquí porque si se queda en Italia da la niña al traste con todas las tiranías... Que ella es de lo fino en materia de liberalismo ilustrado y filosófico, me lo prueba más

que el bordar pendones el odio que le tiene toda la turbamulta inquisidora y apostólica de España y Europa y de las cinco partes del globo terráqueo. ¿Estaba usted anoche aquí cuando el Sr. de Pipaón leyó un papel francés que llaman la *Quotidienne*? ¡Barástolis! ¡Y qué heregías le dicen! Ya se sabe que esa gente cuando no puede atacar nuestro sistema gloriosísimo á tiros y puñaladas lo ataca con embustes y calumnias. Bendita sea la princesa ilustre que ya trae el diploma de su liberalismo en las injurias de los realistas. Nada le falta, ni aún la hermosura, y para juzgar si es tan acabada como dicen los papeles extranjeros, vamos usted y yo á darnos el gustazo de verla entrar.

La persona á quien de este modo hablaba el tendero de encajes no tenía un interés muy vivo en aquellas graves cosas de que pendía quizás el porvenir de la patria; pero llevada de su respeto á D. Benigno, le miraba mucho y pronunciaba un *sí* al fin de cada parrafillo. Conocida de nuestros lectores desde 1821 (*), esta discreta joven había pasado por no pocas vicisitudes y conflictos durante los ocho años trascurridos desde aquella fecha liberalesca hasta el año quinto de Calomarde en que la volvemos á encontrar. Su caracter, altamente dotado de cualidades de resistencia y energía, que son como el antemural que defiende al alma de los embates de la desesperación, era la causa principal de que las desgracias frecuentes no desmejorasen su persona. Por el contrario, la vida activa del corazón, determinando actividades no menos grandes en el orden físico, le había traído un desarrollo felicísimo, no sólo por lo que con él ganaba su salud, sino por el provecho que de él sacaba su belleza. Esta no era brillante ni mucho menos, como ya se sabe, y más que belleza en el concepto plástico era un conjunto de gracias accesorias realzando y como adornando el principal encanto de su fisonomía, que era la expresión de una bondad superior.

La madurez de juicio y la rectitud en el pensar, el don singularísimo de convertir en fáciles los quehaceres más enojosos, la disposición para el gobierno doméstico, la fuerza moral que tenía de sobra para poder darla á los demás en días de infortunio, la perfecta igualdad del ánimo en todas las ocasiones, y finalmente aquella manera de hacer frente á todas las cosas de la vida con cierta serenidad digna, cristiana y sin afán, como quien la mira más bien por el lado de los deberes que por el de los derechos, hacían de ella la más hermosa figura de un tipo social que no escasea ciertamente en España, para gloria de nuestra cultura.

(*) Véase *El Grande Oriente*.

—Los que no la ven á usted desde el año 24—le dijo aquel mismo día D. Benigno, observándola con tanta atención como complacencia,—no la conocerán ahora. Me tengo por muy feliz al considerar que en mi casa ha sido donde ha ganado usted esos frescos colores de su cara, y que bajo este techo humilde ha engrosado usted considerablemente... digo mal, porque no está usted como mi pobre Robustiana ni mucho menos... quiero decir, proporcionadamente, de un modo adecuado á su estatura mediana, á su talle gracioso, á su cuerpo esbelto. Beneficios de la vida tranquila, de la virtud, del trabajo, ¿no es verdad?... Todos los que la vieron á usted en aquellos tristes días, cuando á entrambos nos pusieron á la sombra y colgaron al pobre Sarmiento...

Este recuerdo entristeció mucho á la joven, impidiendo que su amor propio se vanagloriase con los elogios galantes que acababa de oír. Eran ya las once de la mañana, y vestida como en día de fiesta para acompañar á D. Benigno, esperaba en la tienda la señal de partida.

—Aguarde usted: voy á hacer un par de asientos en el libro,—dijo éste sentándose en su escritorio.—Todavía tenemos tiempo de sobra. Iremos á la casa de D. Francisco Bringas, de cuyos balcones se ha de ver muy requetebien toda la comitiva. Los pequeños se quedarán con mi hermana y llevaremos á Primitivo y á Segundo. ¿Están vestidos?

Los dos muchachos, de doce y diez años respectivamente, no tenían la soltura que á tal edad es común en los polluelos de nuestros días; antes bien encogidos y temerosos, vestidos poco menos que á mujeriegas, representaban aquella deliciosa perpetuidad de la niñez que era el encanto de la generación pasada. Despabilados y libertinos en las travesuras de la calle, eran dentro de casa humildes, taciturnos y frecuentemente hipócritas.

Gozosos de salir con su padre á ver la entrada de la cuarta reina, esperaban impacientes la hora y formando alrededor de la joven grupo semejante al que emplean los artistas para representar á la Caridad, la manoseaban so pretexto de acariciarla, le estrujaban la mantilla, arrugándole las mangas y curioseando dentro del ridículo. La joven tenía que acudir á cada instante á remediar los desperfectos que los dos inquietos y pegajosos muchachos se hacían en su propio vestido, y ya atando al uno la cinta de la gorra ó cachucha, ó abotonándole el casaquín, ya asegurando al otro con alfileres la corbata, no daba reposo á sus manos ni tenía ocasión para quitárseles de encima.

—No seais pesados—les dijo con enfado su padre,—y no sobeis tanto á nuestra querida *Hormigueta*. Para verla, para darle á entender que la

quereis mucho, no es preciso que le pongais encima esas manazas... que sabe Dios como estarán de limpias: ni hace falta que la lleneis de saliva besuqueándola...

Esta reprimenda les alejó un poco del objeto de su adoración; pero siguieron contemplándola como bobos, cortados y ruborosos, mientras ella, con la sonrisa en los labios, reparaba tranquilamente las chafadu-



ras de su vestido y las arrugas del encaje, para abrir luego su abanico y darse aire con aquel ademán ceremonioso y acompasado, propio de la mujer española.

Entre tanto, allá arriba, en el piso donde vivía la familia oíase batahola y patadillas con llanto y becerreo, señal del pronunciamiento de los dos Corderos menores, Rafaelito y Juan Jacobo, rebelándose contra la tiranía que les dejaba encerrados en casa en la fastidiosa compañía de la tía Cruzita.

—Ya escampa—dijo Cordero señalando al techo con el rabo de la pluma,—oiga usted al pueblo soberano que aborrece las cadenas... Ver-

dad es que mi hermana no es de aquellas personas organizadas por la Naturaleza para hacer llevadero y hasta simpático el despotismo.

Y dejando por un momento la escritura entró en la trastienda dirigiendo hacia arriba por el hueco de la tortuosa escalerilla estas palabras:

—Cruz y Calvario, no les pegues, que harta desazón tienen con quedarse en casa en día de tanto festejo.

—Idos de una vez á la calle y dejadme en paz—contestó de arriba una voz nada armoniosa ni afable,—que yo me entenderé con los enemigos. Ya sé como les he de tratar... Eso es, marchaos vosotros, marchaos al paseito tú y la linda Marizápalos, que aquí se queda esta pobre mártir para cuidar serpentones y aguantar porrazos, y vivir sacrificada entre estos dos cachidiablos... Idos enhorabuena... á bien que en la otra vida le darán á cada cual su merecido.

Violento golpe de una puerta fué punto final de este agrio discurso, y en seguida se oyeron más fuertes las patadillas infantiles de los Corderos y el sermoneo de la pastora.

—Siempre regañando—dijo D. Benigno con jovialidad,—y arrojando venablos por esa bendita boca, que con ser casi tan atronadora como la de un cañón de á ocho, no trae su charla insufrible de malas entrañas ni de un corazón perverso. Mil veces lo he dicho de mi inaguantable hermana y ahora lo repito: “es la paloma que ladra.”

Esto lo dijo Cordero guardando en su lugar las plumas con el libro de cuentas y todos los trebejos de escribir, y tomó después con una mano el sombrero para llevarlo á la cabeza, mientras la otra mano transportaba el gorro carmesí de la cabeza á la espetera en que el sombrero estuvo.

—Vámonos ya, que si no llegamos pronto encontraremos ocupados los balcones de Bringas.

La joven alzaba la tabla del mostrador para salir con los chicos, cuando la tienda se oscureció por la aparición de un rechoncho pedazo de humanidad que casi llenaba el marco de la puerta con su bordada casaca, sus tiosos encajes, su espadín, su sombrero, sus brazos que no sabían como ponerse para dar á la persona un aspecto pomposo en que la rotundidad se uniera con la soltura.

—Felices, Sr. D. Juan de Pipaón—dijo D. Benigno observando de piés á cabeza al personaje. Pues no viene usted poco majo... Así me gusta á mí la gente de corte... Eso es vestirse con gana y paramentarse de veras. Á ver, vuélvase usted de espaldas... ¡Magnífico! ¡qué faldones!... Á ver de frente... ¡qué pechera! Alce usted el brazo: muy bien. ¡Cómo se

conoce la tijera de Rouget! De mis encajes nada tengo que decir... ¡qué saldrá de esta casa que no sea la bondad misma! Póngase usted el sombrero á ver qué tal cae... *Superlative*... ¡Con qué gracia está puesta la llave dorada sobre la cadera!... ¿Estas medias son de casa de Bárcenas?... ¡Qué bien hacen las cruces sobre el paño oscuro!... una, dos, tres, cuatro veneras... Bien ganaditas todas, ¿no es verdad, ilustrísimo Sr. D. Juan?... ¡Barástolis! parece usted un patriarca griego, un sultán, un califa, el Rey que rabió ó el mismísimo mágico de Astrakán.

Conforme lo decía iba examinando pieza por pieza, haciendo dar vueltas al personaje como si éste fuera un maniquí giratorio. D. Benigno y la joven, no menos admirada que él, ponderaban con grandes exclamaciones la belleza y lujo de todas las partes del vestido, mientras el cortesano se dejaba mirar y asentía en silencio, con un palmo de boca abierta, todo satisfecho y embobado de gozo, á los encarecimientos que de su persona se hacían.

—Todo es nuevo —dijo la dama.

—Todo —repitió Pipaón mirándose á sí mismo en redondo como un pavo real.— Mi nuevo destino de la secretaria de S. M. ha exigido estes dispendios.

En seguida fué enumerando lo que le había costado cada pieza de aquel torreón de seda, galones, plumas, plata, encajes, piedras y ballenas, rematado en su cúspide por la carátula más redonda, más alborozada, más contenta de sí misma que se ha visto jamás sobre un montón de carne humana.

—Pero no nos detengamos —dijo al fin—ustedes salían...

—Vamos á casa de Bringas. ¿Va usted también allá?

—¿Yo? no, hombre de Dios. Mi cargo me obliga á estar en Palacio con los señores ministros y los señores del Consejo para recibir allí á...

Acercó su boca al oído de D. Benigno y protejiéndola con la palma de la mano, dijo en voz baja:—Á la franc-masona...

Ambos se echaron á reir y D. Benigno se envolvió en su capa diciendo:

—¡Pues viva la reina franc-masona! El desfranc-masonizador que la desfranc-masonize buen desfranc-masonizador será.

—Eso no lo dice Rousseau.

—Pero lo digo yo... Y andando que es tarde.

—Andandito... —murmuró Pipaón incrustando su persona toda en el hueco de la puerta para ofrecerla á la admiración de los transeuntes. — Pero se me olvidaba el objeto de mi visita.

—¿Pues no ha venido usted á que le viéramos?

—Sí, y también á otra cosa. Tengo que dar una noticia á la señora Doña Sola.

La joven se puso pálida primero, después como la grana, siguiendo con los ojos el movimiento de la mano de Pipaón, que sacaba unos papeles del bolsillo del pecho.

—¿Noticias? Siempre que sean buenas—dijo Cordero cerrando y asegurando una de las hojas de la puerta.

—Buenas son... Al fin nuestro hombre da señales de vida. Me ha escrito y en la mía incluye esta carta para usted.

Soledad tomó la carta, y en su turbación la dejó caer, y la recogió y quiso leerla y tras un rato de vacilación y aturdimiento, guardóla para leerla más tarde.

—Y no me detengo más—dijo Pipaón,—que voy á llegar tarde á Palacio.—Hablaremos esta noche, Sr. D. Benigno, señora doña *Hormiga*. Abur.

Se eclipsó aquel astro. Por la calle abajo iba como si rodara, semejante á un globo de luz, deslumbrando los ojos de los transeuntes con los mil reflejos de sus entorchados y cruces, y siendo pasmo de los chicos, admiración de las mujeres, envidia de los ambiciosos, y orgullo de sí mismo.

Cuando el héroe de Boteros dada la última vuelta á la llave de la puerta y embozado en su pañosa, se puso en marcha, habló de este modo á su compañera:

—¿Noticias de aquel hombre?... Bien. ¿Cartas venidas por conducto de Pipaón?... *malum signum*. No tenemos propiamente correo... Querida *Hormiga*, es preciso desconfiar en todo y por todo de este tunante de Bragas y de sus melosas afabilidades y cortesánias. Mil veces le he definido y ahora le vuelvo á definir: “es el cocodrilo que besa.”



II



OR qué vivía en casa de Cordero la hija de Gil de la Cuadra? ¿Desde cuándo estaba allí? Es urgente aclarar esto.

Cuando pasó á mejor vida del modo lamentable é inícuo que todos sabemos D. Patricio Sarmiento, Soledad siguió viviendo sola en la casa de la calle de Coloreros. D. Benigno y su familia continuaron también en el piso principal de la misma casa. La vecindad continuada y más aún la comunidad de desgracias y de peligros en que se habían visto, aumentaron la afición de Sola á los Corderos y el cariño de los Corderos á Sola, hasta el punto de que todos se consideraban como de una misma familia, y llegó el caso de que en la vecindad llamaran á la huérfana *Doña Sola Cordero*.

Á poco de nacer Rafaelito trasladóse D. Benigno á la subida de Santa Cruz, y al principal de la casa donde estaba su tienda, y como allí el local era espacioso, instaron á su amiga para que viviera con ellos. Después de muchos ruegos y excusas quedó concertado el plan de residencia. En aquellos días se casó Elena con el jovenzuelo Angelito Seudoquis, el cual, destinado á Filipinas cuatro meses después de la boda, emprendió con su muñeca el viaje por el Cabo, y á los catorce meses los señores de Cordero recibieron en una misma carta dos noticias interesantes; que sus hijos habían llegado á Manila y que antes de llegar les habían dado un nietecillo.

Lo mismo D. Benigno que su esposa veían que la amiga huérfana iba llenando poco á poco el hueco que en la familia y en la casa había

dejado la hija ausente. Pruebas dió aquella bien pronto de ser merecedora del afecto paternal que marido y mujer le mostraban. Asistió á Doña Robustiana en su larga y penosa enfermedad con tanta solicitud y abnegación tan grande que no lo haría mejor una santa. Nadie, ni aún ella misma, hizo la observación de que había pasado su juventud toda asistiendo enfermos. Gil de la Cuadra, Doña Fermina, Sarmiento, Doña Robustiana, marcaban las fechas culminantes y sucesivas de una existencia consagrada al alivio de los males ajenos, siempre con absoluto desconocimiento del bien propio.

Doña Robustiana sucumbió. Las buenas costumbres y el respeto á las apariencias morales, que no sin razón auxilian á la moral verdadera, no permitían que una joven soltera viviese en compañía de un señor viudo. Fué necesario separarse. D. Benigno tenía una hermana vieja y solterona, avecindada en Madrid, medianamente rica, y de cuya suavidad, semejante á la de un puerco-espín, tiene el lector noticia. Poseía Doña Cruz Cordero un caracter espinoso, insufrible, inexpugnable como una ruda fortaleza natural de displicencia, artillada con los cañones de las palabras agrias y duras. No se llegaba al interior de tal plaza ni por la violencia ni por el cariño. No se rendía á los ataques ni se dejaba sorprender por la zapa. El pobre D. Benigno apuró todos los medios para conseguir que su hermana se fuera á vivir con él, á fin de constituir la casa en pié mujeril y poder retener á su lado á Sola sin miedo á contravenir las prácticas sociales. Pero Doña Cruz hacía tan poco caso de la voz de la razón como de las voces del cariño, y se fortalecía más cada vez en el baluarte de su egoismo. Todo provenía de su odio á los muchachos, ya fueran de pecho, ya pollancones ó barbiponientes. En esto no había diferencias: aborrecía la flor de la humanidad cualquiera que fuese su estado, y seguramente se dudara de la aptitud de su corazón para ninguna clase de amor si no existiesen gatos y perros y aún mirlos para probar lo contrario.

Si no pudo conseguir D. Benigno que Doña Cruz fuese á vivir con él, logró que admitiese en su compañía á Sola, no sin que pusiera mil enojosas condiciones la vieja. Á aquella época pertenecen los apuros de D. Benigno, su soledad de padre viudo entre biberones y amas de cría y los otros ruines trabajos que hemos descrito al principio de esta narración. La de Gil de la Cuadra ayudábale un poco durante el día, pero no en las noches, porque Doña Cruz había hecho la gracia de irse á vivir al extremo de la Villa, lindando con el Seminario de Nobles, y rarísima vez visitaba á su hermano en horas incómodas.

Llegó un día en que la paciencia de D. Benigno, como todo aquello que ha tenido largo y abundante uso, tocó á su límite. Ya no había más paciencia en aquella alma tan generosamente dotada de nobles prendas por Dios. Pero aún había, en dosis no pequeña, aquella decisión para acometer grandes cosas, aquella bravura de la acción unida á la audacia del pensamiento que en una fecha memorable le pusieron al nivel de los más grandes héroes.

So pretexto de una enfermedad grave, Cordero hizo venir á doña Cruzita á su casa, y luego que la tuvo allí, le endilgó este discurso, amenazándola con una gruesa llave que en la mano tenía:

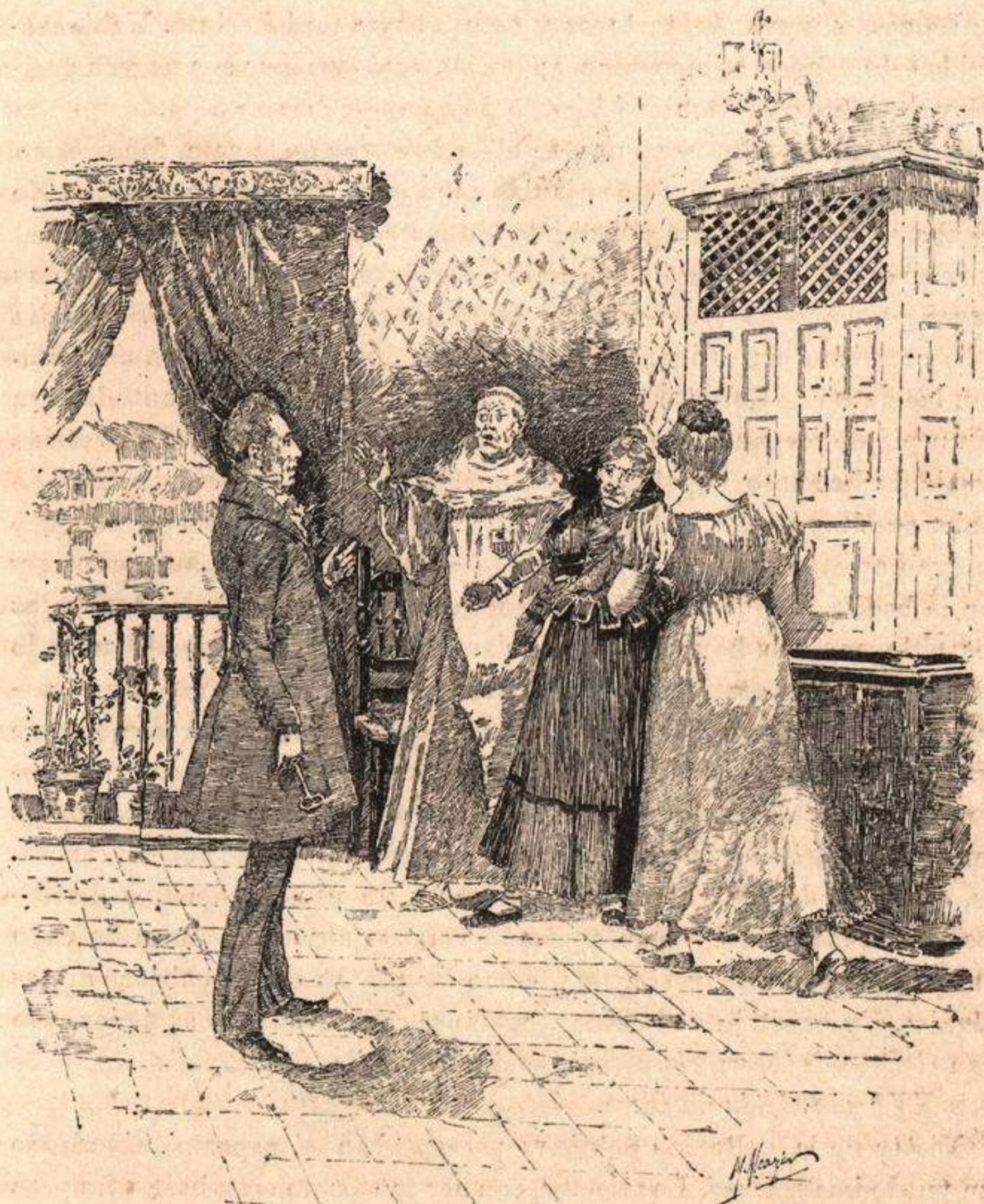
—Sepa, usted, señora Doña Basilisco, que de aquí no saldrá si no es para el cementerio, siempre que no se conforme á vivir en compañía de su hermano. Solo estoy y viudo, con hijos pequeños y uno todavía mamon. Dígame si es propio que yo abandone los quehaceres de mi comercio para arrullar muchachos, teniendo, como tengo, dos mujeres en mi familia que lo harán mejor que yo... ¡Silencio, porque pego!... De aquí no se sale.

Doña Cruzita alborotó la casa, y aun quiso llamar á la justicia; pero D. Benigno, Sola y el padre Alelí que era muy amigo de ambos hermanos lograron calmarla, para lo cual fué preciso anteponer á todas las razones la traslación de todos los bichos que en su morada tenía la señora, añadiendo á la colección nuevos ejemplares que Cordero compró para acabar de conquistar la voluntad de la *paloma ladrante*. Al digno señor no le importaba ver su casa convertida en un arca de Noé, con tal de tener en ella la compañía que deseaba.

Desde entonces varió la existencia de Cordero, así como la de Sola. Aquel volvió á sus quehaceres naturales. Los chicos tuvieron quien les cuidara bien y todo marchó á pedir de boca. Cruzita, sin dejar de renegar de su hermano, de los endiablados borregos y del insoportable ruido de la calle, se fué conformando poco á poco.

Pronto se conoció que el gobierno de la casa estaba en buenas manos. Sola la encontró como una leonera y la puso en un pié de orden, limpieza y arreglo que inundaba de gozo el corazón de D. Benigno. Ni aun en tiempo de su Robustiana había él visto cosa semejante. Ya no se volvió á ver ninguna pieza descosida sobre el cuerpo de los corderillos, ni se echó de menos boton, faja ni cinta. Ninguna prenda ni objeto se vió fuera de su sitio, ni rodaba la loza por el suelo, ni subía el polvo á los vasares, ni estaban las sillas patas arriba y las lámparas boca abajo. Todo mueble ocupó su lugar conveniente, y toda ocupación tuvo su

hora fija é inalterable. No se buscaba cosa alguna que al punto no se encontrara, ni se hacía esperar la comida ni la cena. Los objetos preciosos no podían confundirse con los últimos cachivaches, porque había



sido inaugurado el reinado de las distancias. El latón brillaba como la plata y el cerezo tenía el lustre de la caoba. D. Benigno estaba embelesado, y repetía aquel pasaje de su autor favorito: "Sofía conoce maravillosamente todos los detalles del gobierno de la casa, entiende de cocina,

sabe el precio de los comestibles y lleva muy bien las cuentas. Tiene un talento agradable sin ser brillante, y sólido sin ser profundo... La felicidad de una joven de esta clase consiste en labrar la de un hombre honrado.,,

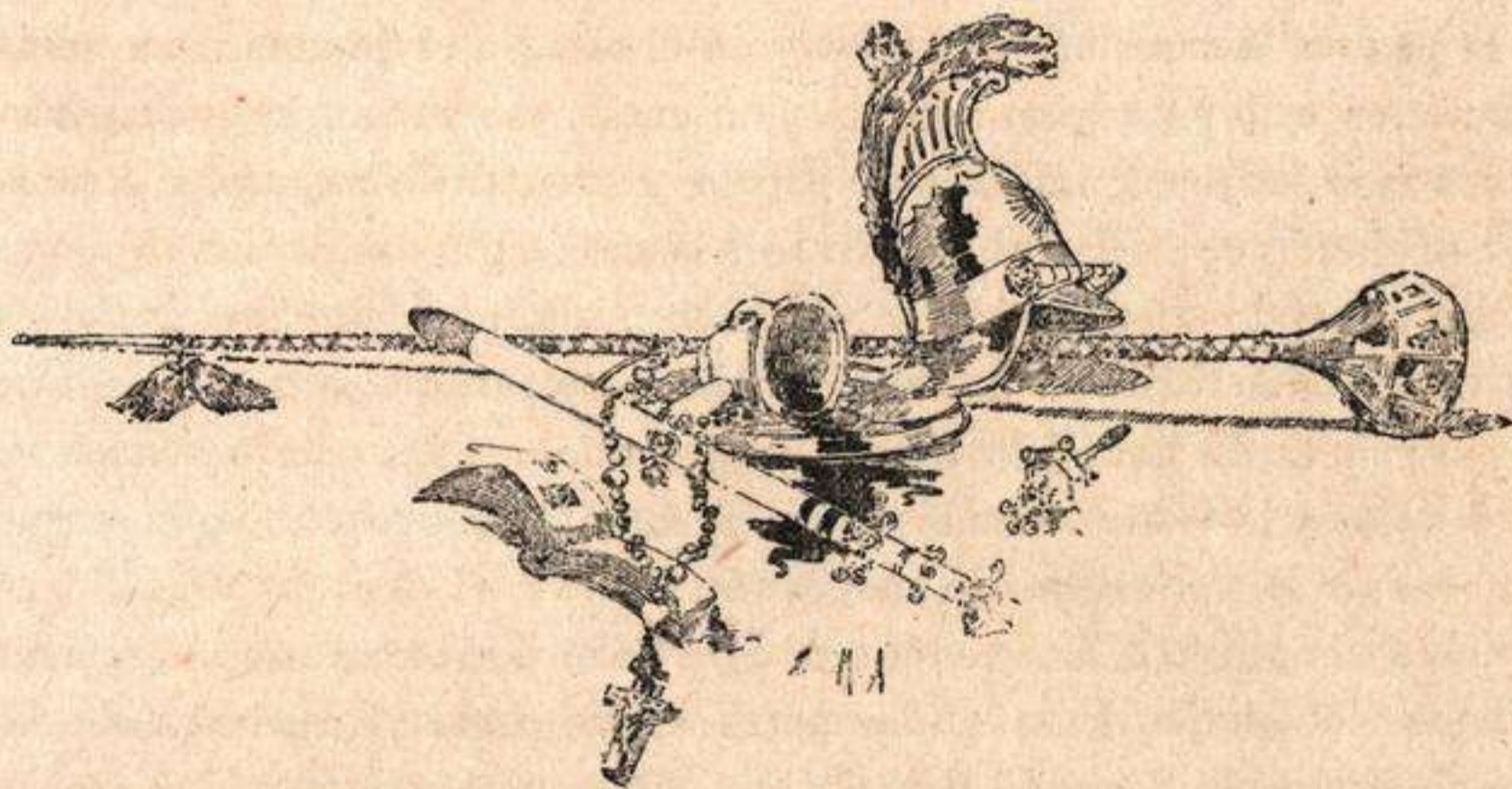
La casa era grande, tortuosa y oscura como un laberinto. Había necesidad de conocerla bien para andar sin tropiezo por sus negros pasillos y aposentos, contruidos á estilo de rompe-cabezas. Sólo dos piezas tenían ambiente y luz, y en una de ellas, la mejor de la casa, fué preciso instalar á Cruzita con las doce jaulas de pájaros, que eran su delicia. No faltaba en el estrado ningún objeto de los que entonces constituían el lujo, pues á D. Benigno se le había despertado el amor de las cosas elegantes, cómodas y decentes, y como no carecía de dinero, cada día daba permiso á su diligente *Hormiga* para introducir alguna novedad. Con las onzas de Cordero y el buen gusto de Sola vióse pronto la casa en un pié de elegancia que era el asombro de la vecindad. Fué vestida la sala de hermoso papel imitando mármol, y una batería de sillas de caoba sustituyó á las antiguas de nogal y cerezo. El brasero era como un gran artesón de cobre, sustentado sobre cuatro garras leoninas, y con la badila y reja no pesaba menos de medio quintal. El sofá y los dos sillones, que hoy nos parecerían potros de suplicio, eran de lo más selecto. Las cortinas de percal blanco con franjas de tafetán encarnado, tenían aspecto risueño y se conceptuaban entonces como cosa de gran lujo y elegancia. No faltaban las mesillas de juego con sus indispensables candeleros de plata, ni las célebres y ya olvidadas rinconeras llenas de baratijas y objetos de arte y ciencia, tales como cajas, caracoles, figurillas de yeso, algún jarro, libros y un par de pajaritos disecados. En el marco del espejo apaisado veíanse algunas plumas de pavo real puestas con arte y simetría, como las pintan en las cabezas de los salvajes. En cuestión de láminas, habíanse conservado las antiguas, que eran *el León de Florencia devorando á un niño*, la *Desgraciada muerte de Luis XVI* y la *Caida de Icaro*.

Vistos de la calle los balcones presentaban el aspecto más alegre que puede imaginarse. Los tiestos, con ser tantos no eran bastantes para quitar sitio á las jaulas colgadas unas sobre otras. Interiormente no cesaba la algarabía formada por el piar de algunos pájaros, el canto de otros, el ladrido de los falderillos, el mayido de los gatos y los roncursos de la cotorra. El esmero con que Cruzita atendía al cuidado y á las necesidades todas de su riqueza zoológica hacía que la existencia de tanto bicho no fuera incompatible con el perfecto aseo de la casa.

D. Benigno estaba contentísimo del buen arreglo que Sola había puesto en el gabinete donde él vivía. Sus ropas abundantes y tan bien dispuestas que jamás notó en ellas rotura de más ni botón de menos, le recreaban la vista, así como la limpieza de su variada colección de sombreros. No le cautivaba menos el ver libres siempre de polvo sus admículos de caza (diversión á que era muy aficionado), ni la buena colocación que se había dado á las estampas de Santa Leocadia y la Virgen del Sagrario (ambas proclamando el abolengo toledano del propietario), ni lo bien puestos que estaban los libros. Estos no eran muchos, pero sí escogidos, y sólo formaban dos obras: las de Rousseau, edición de 1827, en veinticinco tomitos, y el *Año Cristiano* en doce. Aunque alineados en dos grupos distintos, no por eso dejaban de andar á cabezadas, dentro de un mismo estante, el *Vicario Saboyano* y San Agustín.

Con el orden perfecto en la disposición de todo lo de la casa corría parejas la buena concordia entre sus habitantes, si se exceptúan las genialidades de Cruzita, que fueron menos molestas desde que Sola adoptó el sistema de hacerle poco caso sin aparentar contrariarla.

Desapacible y brusca con los chicos, no consentía que se le acercaran á dos varas á la redonda. No obstante, el frecuente trato con ellos y la dulzura de su hermano y de la *Hormiga* fueron poco á poco arrancando las espinas de aquel caracter endiablado, y al fin sin dejar de hablarles en el lenguaje más duro y desabrido que se puede imaginar, manifes-



taba algún interés por los cuatro *enemigos*, ayudaba á cuidarles, y aun se permitía contarles algún trasnochado y soso cuento.

Los muchachos, á excepción del más pequeño, eran pacíficos. Primitivo y Segundo adelantaban regularmente en sus estudios, y en

cuanto á vocaciones, el tono especial de la época y los personajes de aquel tiempo despertaban en ellos ambiciones varias. El mayor quería ser Padre Guadian, para tomar mucho chocolate, dar á besar su mano á los transeuntes y salir á paseo entre un par de duques ó marqueses. El segundo, que era vanidosillo y fachendoso, quería ser tambor mayor de la Guardia Real, porque eso de ir delante de un regimiento haciendo gestos y espantando moscas con un bastón de porra, le parecía el colmo de la dicha. Rafaelito era más modesto. No le hablaran á él de figuraciones ni altas dignidades: él no quería ser sino confitero, para poder atracarse de dulces desde la mañana á la noche y hacer bonitas velas para los santos. En cuanto á Juanito Jacobo, aunque no hablaba, bien se le conocía que su vocación era la de gigante Goliat ó Hércules, según lo que destrozaba, berreaba y las diabluras que hacía andando á gatas, sin dejarse amedrentar por cocos ni espantajos.

Tranquilo, feliz, gozoso del orden en que vivía y que amaba por naturaleza y costumbre, Cordero veía pasar suavemente los días. El método en la existencia le encantaba, y la semejanza entre el hoy y el ayer era su principal delicia.

Hombre laborioso, de sentimientos dulces y prácticas sencillas; aborrecedor de las impresiones fuertes y de las mudanzas bruscas, don Benigno amaba la vida monótona y regular, que es la verdaderamente fecunda. Compartiendo su espíritu entre los gratos afanes de su comercio y los puros goces de la familia; libre de ansiedad política; amante de la paz en la casa, en la ciudad y en el estado; respetuoso con las instituciones que protegían aquella paz; amigo de sus amigos; amparador de los menesterosos; implacable con los pillos, fuesen grandes ó pequeños; sabiendo conciliar el decoro con la modestia y conociendo el justo medio entre lo distinguido y lo popular, era acabado tipo del *burgués* español que se formaba del antiguo pechero fundido con el hijo-dalgo, y que más tarde había de tomar gran vuelo con las compras de bienes nacionales y la creación de las carreras facultativas hasta llegar al punto culminante en que ahora se encuentra.

La formidable clase media que hoy es el poder omnímodo que todo lo hace y deshace, llamándose política, magistratura, administración, ciencia, ejército, nació en Cádiz entre el estruendo de las bombas francesas y las peroratas de un congreso híbrido, inocente, extranjerizado si se quiere, pero que había brotado como un sentimiento ó como un instinto ciego é incontrastable del espíritu nacional. El tercer estado creció, abriéndose paso entre frailes y nobles, y echando á un lado con

desprecio estas dos fuerzas atrofiadas y sin sávia, llegó á imperar en absoluto, formando con sus grandezas y sus defectos una España nueva.

Perdónesenos la digresión, y volvamos á Cordero, del cual nos falta decir que en los últimos años había prosperado grandemente en su comercio. Pocas noches antes de aquel día en que suponemos comenzada esta narración, el héroe estaba en su gabinete contando el dinero de la semana. Después que tomó nota de las cantidades y distribuyó éstas cariñosamente en las cestillas de paja que servían para el caso, llamó á Sola, y haciéndola sentar frente á él, le dijo así:

—Si no comunico á alguien lo que pienso en este instante, apreciable *Hormigueta*, reviento de seguro.

Sola sonreía, dando más luz al *quinqué* que sobre la mesa colocado repartía en porción igual su resplandor á los dos personajes. D. Benigno se reía también, y ya se acariciaba la barba redondita y arrebolada, como una manzana recién cogida, ya se arreglaba las gafas de oro, cuya tendencia á resbalar sobre la nariz picuda y fina iba en aumento cada día.

—Pues lo que pienso—añadió—es que sin saber cómo, me encuentro rico... es decir, no muy rico, entendámonos, sino simplemente en ese estado de buen acomodo que me permitiría, si quisiera, renunciar al comercio y retirarme á vivir tranquilo en mis queridos Cigarrales, donde no me ocuparía más que en labrar el campo y criar á mis hijos.

Sola le respondió á estas palabras con otras de felicitación, y el héroe, que se sentía aquella noche con muchas ganas de charlar, continuó de este modo:

—Con usted no hay secretos. Sepa usted que ayer he pagado el último plazo de esta casa en que vivimos; de modo que es mía, tan mía como mis anteojos y mi corbata de suela. En los Cigarrales he comprado ya más de cien fanegadas para agregarlas á las que heredé de mis padres, y pienso comprar las del tío *Rezaquedito*, que saldrán á la venta muy pronto. De modo que ya estamos libres de perder el sueño por cavilar en el día de mañana, y si por acaso me da un torozón (que no me dará) no estaré afligido en mi última hora con la idea de que mis hijos tengan que vivir á expensas de parientes y amigos. Vea usted por donde la Divina Providencia ha premiado mi laboriosidad, y nada más que mi laboriosidad, pues talentos no los tengo, y en cuanto á picardías, ya se sabe que esa moneda no corre dentro de esta casa.

—Dios ha querido que un hombre tan bueno y tan cabal en todo—le dijo Sola,—tenga su merecido en el mundo, porque si al bueno no le da

Dios los medios de ser caritativo y generoso, ¿qué sería de los pobres, de los abandonados, de los huérfanos?

—No, no...—replicó Cordero un si es no es conmovido,—no hay aquí generosidades que alabar ni virtudes que enaltecer. Algo he hecho por los menesterosos, y si alguna persona ha recibido especialmente de mí ciertos beneficios, estos han sido menores de los que ella se merece. Dios no puede estar satisfecho de mí en esta parte... Que se han sucedido buenos años para el género; que los cambios políticos improvisando posiciones han desarrollado el lujo; que las modas han favorecido grandemente el comercio de blondas y puntillas; que la paz de estos años de despotismo ha traído muchos bailes y saraos, equivalentes á gran despilfarro de Valenciennes, Flandes y Malinas; que el restablecimiento del culto y clero después de los tres años trajo la renovación de toda la ropa de altar y mucho consumo de encajería religiosa; que mi puntualidad y honradez me dieron la preferencia entre las damas; que la Corte misma, á pesar de que son bien notorias mis ideas contrarias á la tiranía, no quiere ver entrar por las puertas de Palacio ni media vara de Almagro que no sea de casa de Cordero, y en fin, que Dios lo ha querido y con esto se dice todo. Bendigámosle y pidámosle luces para acertar á hacer el bien que aún no hemos hecho, y que es á manera de una sagrada deuda pendiente con la sociedad, con la conciencia...

El héroe se atascó en su propia retórica, como le pasaba siempre que quería expresar una idea no bien determinada aún en su espíritu, y un sentimiento oprimido en las fuertes redes de la timidez y la delicadeza.

—Acabe usted, que me da gusto oírle—le dijo Sola sonriendo,—pero prontito, que hay mucho que hacer esta noche.

—Descanse usted un momento, por amor de Dios. ¿Siempre hemos de estar sobre un pié?... ¡Oh! por mi parte, apreciable *Hormiga*, estoy decidido á descansar. Verdad es que no soy un niño. Tengo cincuenta y dos años.

Dicho esto, D. Benigno miró como extasiado á su protegida, que á su vez contemplaba fijamente la luz á riesgo de quedarse deslumbrada.

—Cincuenta y dos años, que es mucho y es poco, según se considere—añadió el héroe con cierta turbación.—Todo es relativo, hasta los años, y yo con mi constitución recia y firme, mis acerados músculos, mi desconocimiento absoluto de lo que son médicos y boticas, no me cambio por esos pisaverdes de color de cera de muerto, que se llaman muchachos por una equivocación del tiempo.

—Es usted rico; goza de perfecta salud—murmuró Sola, cuyas miradas, como mariposas, gustaban de recrearse en la llama;—es además bueno como el buen pan, tiene buen nombre y fama limpia, ¿qué más puede desear?

D. Benigno dió un suspiro y mirando al tapete, dijo así:

—Es verdad: nada puedo desear. Temeridad é impertinencia sería pedir más.

Ambos callaron.

—¿Tiene usted algo más que decirme?—preguntó Sola levantándose.

—Nada, nada, apreciable *Hormiga*—dijo D. Benigno irradiando bondad y sentimientos puros de su cara de rosa.—Nada más sino que... Dios sobre todo.

Después que la joven se fué, Cordero tomó á Rousseau como se toma el brazo de un amigo para apoyarse en él, y abriendo el libro por donde estaba la marca, indicando sin duda capítulo, párrafo ó renglón de gran interés, se quedó un buen rato meditando en la extraordinaria profundidad, intención y filosofía de la sentencia con que el ginebrino encabeza el libro Quinto del *Emilio*.

Dice así: *No es bueno que el hombre esté solo.*





III



El día era de los mejores que suele tener Madrid en invierno, con cielo limpio y espléndido sol. Los madrileños, que por su índole castiza, no necesitaban entonces ni ahora de grandes atractivos para echarse en tropel á la calle, invadieron aquel día la carrera de las procesiones regias que va desde Atocha á Palacio, vía ciertamente histórica y muy interesante, por la cual han

pasado tantos monarcas felices ó desgraciados, y no pocos ídolos populares. Si fuera posible reproducir la serie de comitivas diversas que han recorrido ese camino del entusiasmo desde la primera entrada de Fernando VII en Mayo de 1808, tendríamos una galería curiosa en la cual muy pocas pinceladas tendría que añadir la historia para hacer el cuadro completo de las sucesivas idolatrías españolas. El quemar de los ídolos, cuando estamos cansados de adorarlos, se verifica en otra parte.

Estas grandiosas comparsas tienen una monotonía que desespera; pero el pueblo no se cansa de ver los mismos lacayos con las mismas pelucas, los mismos penachos en la frente de los mismos caballos, y el inacabable desfilarse de uniformes abigarrados, de coches enormes más ricos que elegantes, de generales en número infinito, y el trompeteo, la bulla, el oscilar mareante de plumachos mil, el fulgor de bayonetas, y por último el revoloteo de palomitas y de hojas de papel conteniendo los peores sonetos y madrigales que pueden imaginarse.

Aquel día de Diciembre de 1829 el pueblo de Madrid admiró principalmente la hermosura de la nueva reina, la cual era, según la expresión que corría de boca en boca, *una divinidad*. Su cara, incomparablemente graciosa y dulce, tenía un sonreír constante que se entraba, como decían entonces, hasta el corazón de todo el pueblo, despertando las más ardientes simpatías. Bastaba verla para conocer su agudo talento, que tanto había de brillar en las lides cortesanas, y para prever las nobles conquistas que la gracia y la confianza habían de hacer prontamente en el terreno de la brutalidad y del recelo. Jamás paloma alguna entró con más valentía que aquella en el negro nidal de los buhos, y aunque no pudo hacerles amar la luz, consiguió someterles á su talante y albedrío, consiguiendo de este modo que pareciesen menos malos de lo que eran. Fué mirada su belleza como un sol de piedad que venía, si bien un poco tarde, á iluminar los antros de venganza y barbarie en que vivía como un criminal aherrojado, el sentimiento nacional.

No ha habido persona alguna á quien se hayan dedicado más versos. Por ella sola se han fatigado más *las deidades de Hipócrene* y ha hecho más corbetas el buen Pegaso que por todas las demás reinas juntas. Á ella se le dijo que si el Vesubio la había despedido con *sombríos fulgores*, el Manzanares la recibió *vestido de flores*; se le dijo que *Pirene* había inclinado la *erguida espalda* para dejarla pasar, y que en los *vergeles de Aretusa* tocaba la lira el *virginal concilio* celebrando á la *ninfa bella de Parténope*.

La hermosa Reina fué también cantada por los grandes poetas; que

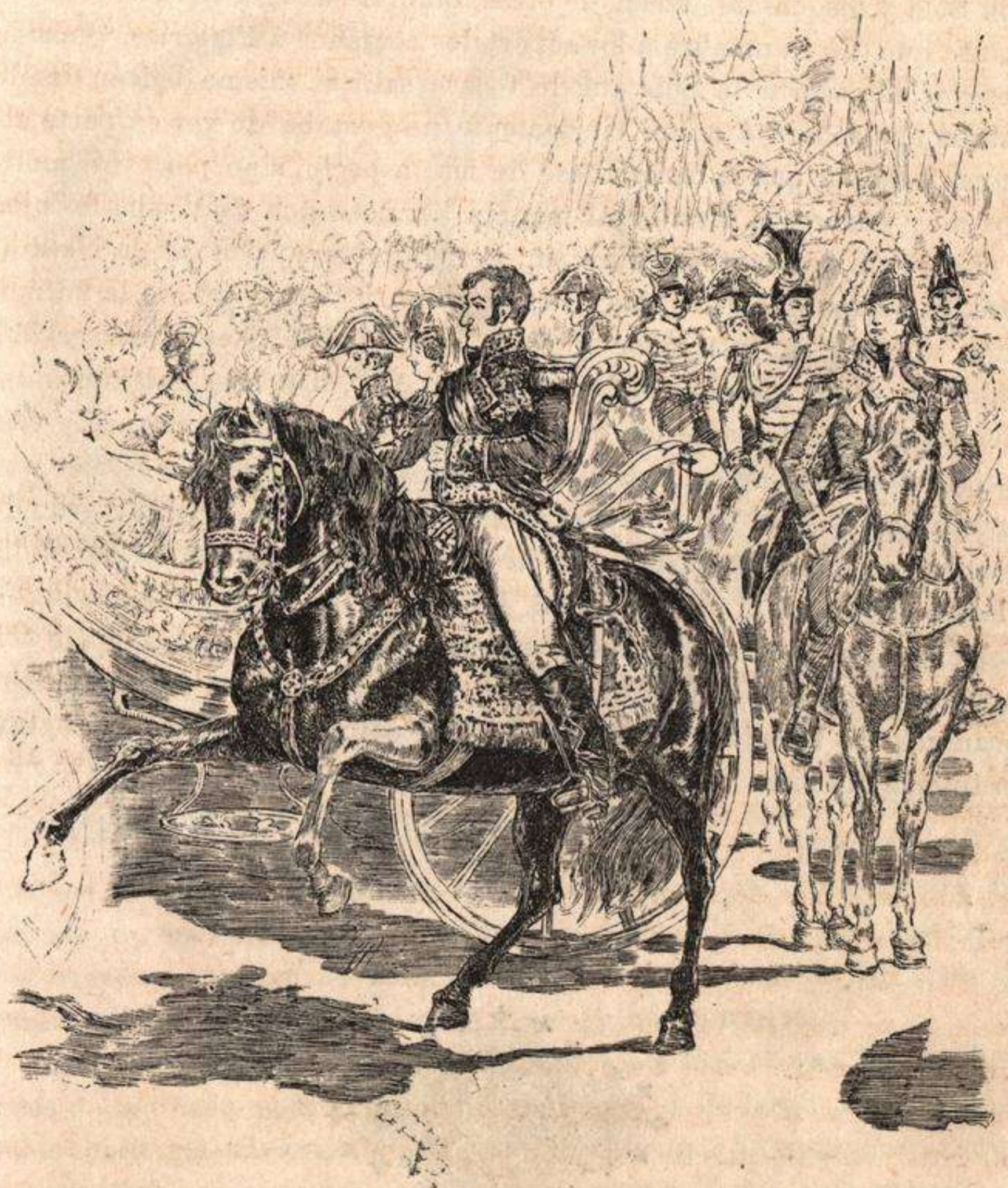
no todo había de ser ruido en las diversas cataratas de versos que celebraron su casamiento, su entrada, su embarazo, sus dos alumbramientos, sus días, sus actos políticos más notables, y en particular el glorioso hecho de la amnistía. D. Juan Bautista Arriaza, que desde el año 8 venía haciendo todos los versos decorativos y de circunstancias, la letra de todos los himnos y las inscripciones de todos los arcos triunfales, echó el resto, como decirse suele, en las fiestas del año 29. Quintana dedicó al *feliz enlace de Fernando VII* una canción epitalámica que no quiso incluir en las ediciones de sus obras, y otros insignes vates de la época la ensalzaron en aquellas odas resonantes y tiesas, algo parecidas al parche duro y ruidoso de una caja de guerra, y cuya lectura deja en los oídos impresión semejante á la que produciría una banda de tambores en día de parada. Con todo, en la corona poética de esta insigne reina se encuentran altos pensamientos y graciosas imágenes, principalmente en todo aquello que aparece inspirado por la seductora sonrisa,

que cuanto más se ve más enamora.

Entró Cristina en coche acompañada de sus padres los reyes de Nápoles. Al estribo derecho venía el esposo y tío, rigiendo magistralmente su hermoso caballo. Era, según dicen, el primer ginete de su época, y verdaderamente nuestro Rey tenía un aspecto tan majestuoso como gallardo cuando montaba en uno de aquellos apopléticos corceles cuya pesadez y arrogancia nos han trasmitido Velazquez y Goya. La alzada del animal, el corpulento busto del Monarca, su rico uniforme, su alto sombrero de tres picos, muy parecido, según la absurda moda de la época, á las mitras ó tinajones que llevan en su cabeza los bueyes de la arquitectura asiria, daban á la colosal figura no sé qué apariencia babilónica que infundía respeto y algo de supersticioso miedo.

Pero la arrogancia de la majestad ecuestre, la misma riqueza abigarrada de su traje de gala no disimulaban en Fernando aquella decadencia precoz que le hacía viejo á los cuarenta y cinco años. En su rostro duro y poco á propósito para ganar simpatías (por lo que se acomodaba perfectamente al caracter) parecía que la nariz se había agrandado, impaciente de juntarse al labio belfo, el que por su parte se estiraba á más no poder, como si quisiera echarse fuera de tal cara. Su color, que era una mezcla enfermiza del verdoso y del amoratado, extendía por sus mejillas como una sombra lúgubre, en la cual lucían mejor sus ojos grandes y negros, por donde en ciertos momentos se asomaban, con el instantáneo fulgor del relámpago, sus alborotadas pasiones.

Pasaron. Aquel río de morriones, pelucas, sables desnudos, entorchados, pompones y cabezas mil que se movían al compás de la marcha de tanto caballo festoneado y lleno de garrambainas; la sucesión de tanto y tanto coche, semejante á canastillas hechas con todos los mate-



riales posibles desde la concha y el marfil hasta el cobre y la madera; el estruendo solemne de la marcha real y todo lo demás que realza estas procesiones tenían tan absorto y embobado al pueblo madrileño, amante de estas cosas como ningún otro pueblo del mundo. que si la Corte hubiera estado pasando y repasando de aquella manera por espacio

de tres meses seguidos, no faltarían ni un momento las grandes líneas de gente con la boca abierta á un lado y otro de la carrera.

Por la multitud de caras bonitas y la variedad de colores que en ellos había, parecían babilónicos jardines los balcones de las casas. En los de la de Bringas, que daban á la calle Mayor, estaba D. Benigno con Sola y los chicos, amén de otras familias amigas del rico comerciante que dió su nombre á los soportales cercanos á Platerías. Quiso la desgraciada suerte de Sola que le tocase salir al mismo balcón donde estaba una señora á quien ciertamente no gustaba de ver en parte alguna, y no por que la dama fuese de mal aspecto, sino por otros motivos muy poderosos. Era de tal manera hermosa que cautivaba los ojos y el corazón de cuantos la miraban. Por singular capricho de la Naturaleza, el tiempo que de ordinario es enemigo y destructor de la hermosura, allí era su cultivador y como su custodio, pues la conservaba fielmente y aún parecía aumentarla cada año. De esta galantería del tiempo unida á los adornos escogidos y á un esmero constante y casi religioso en la persona, resultaba el *bocato di cardinale* más rico que podría imaginarse. Para mayor gracia, había tenido el buen acuerdo de vestirse de maja, lo mismo que otras muchas damas que en aquel día clásico adoptaron el traje nacional. Llevaba, pues, falda de alepín inglés color de amaranto con abalorios negros, chaquetilla de terciopelo con muchos botoncitos de filigrana de oro, mantilla de casco de tafetán con gran velo de blonda, y peineta de pico de pato, todo puesto con extraordinaria bizarría.





IV

UANDO Sola se vió junto á ella tuvo que disimular su espanto, viéndose obligada á recibir el saludo de la dama y á devolverlo cortesmente. Después habla-

ron las dos de lo bonita que estaba la carrera, de la hermosura del tiempo, de los dichos y hechos que se contaban de la Reina Cristina y del excesivo número de personas que había en casa de Bringas, las cuales rebosaban por los balcones como guindas en cesta.

Ocupada la mejor parte de los balcones por las señoras, los hombres poco ó casi nada podían ver. Cordero paseaba de largo á largo por la sala, charlando con su amigo D. Francisco Bringas de cosas sustanciosas y muy importantes, como la paz entre Rusia y Turquía, la cuestión de Grecia, que pronto iba á ser reino independiente, y las tristes nuevas que habían llegado de la expedición americana, deshecha y rota en Tampico, con lo que parecía terminada nuestra dominación en aquel continente.

D. Benigno, que leía diariamente la *Gaceta* y *Diario*, estaba al tanto

de todo y sobre cada asunto daba juiciosos dictámenes. Los impronunciables nombres de los puntos donde se batían turcos y rusos salían de la boca de nuestro héroe con no poca dificultad, y Bringas, que seguía con grandísimo ahinco el negocio de la nueva Grecia, barajaba los nombres gatunos de los personajes de aquel país, y así no se oía otra cosa que Miaulis, Mauromichales y también Kalocotroni, Maurocordato y Capodistria.

Pronto tomó la conversación otro rumbo con la llegada de cierto joven de arrogante presencia, alto de cuerpo, agraciadísimo de rostro, con el pelo en rizos, las mejillas rosadas, el color blanco, los ojos garzos, los ademanes desenvueltos, el vestir elegante. Respondía al nombre de Salustiano Olózaga y era un abogado de veinticuatro años, medio célebre por sus brillantes alegatos forenses, y mayormente por la defensa que había hecho ante el Consejo y Cámara de Castilla de un pobre albañil inclusero, condenado á muerte por el robo de dos libras de tocino. La Milicia Nacional, cuando había Milicia, el foro cuando había foro y la política siempre consumían todo el ardor de su existencia.

Era el campeón juvenil de la idea naciente, y la Providencia habíale dado, entre otras notables prendas, elocuencia, si no brillante, varonil y sóbria, con una lógica irresistible.

Los jóvenes de hoy, alumnos aprovechados del eclecticismo y del justo medio, no comprenderán quizás el entusiasmo y valentía de aquellos muchachos que sintiendo en su mente, por la natural índole de los tiempos, una especie de inspiración sacerdotal, hablaban de los déspotas y de la libertad como hablaría un romano de la primera república. Y no se paraban en barras, y aún deseaban martirios heróicos, y se metían en las conspiraciones más absurdas é inocentes, y osaban decir en pleno foro, delante de los consejeros, cosas que pasman por lo valerosas é intencionadas.

Desde que entró Salustiano no se habló más de Miaulis ni del bueno de Kalocotroni. Alejados un tanto del salón principal y reforzado el grupo con otras personas, el librero Miyar, el ingeniero Marcoartú y un comerciante de la calle de Postas, llamado Bárcenas, se despacharon todos á su gusto, siendo Olózaga tan hablador y contundente que no se paraba en pelillos y con su lengua, que más bien era un hacha, iba dejando muy mal parada á lo que todavía se llamaba *la situación*.

D. Benigno, que no gustaba de engolfarse mucho en política por los peligros que pudiera traer, dejó á sus amigos para buscar en los balcones la tertulia más grata y segura de las damas. La que estaba de maja

se había puesto á bromear con el marqués de Falfán de los Godos, el hombre más mujeriego de aquel tiempo y también el más fino y galante, si bien su persona, hecha ya ruina lastimosa, no le ayudaba nada en lo que él quisiera que le ayudase. Á Sola, en tanto, le daba conversación una señora muy impertinente llamada Doña Salomé Porreño, y á cada rato ponía los ojos en blanco y echaba suspiros, cual si no tuviera en el mundo otra misión ni empleo que estarse lamentando á todas horas de una cosa perdida. Al lado de ella estaba una joven muy bonita, casada y por añadidura en aquel interesante estado que anuncia la maternidad. La de Presentacioncita, que así se llamaba, debía estar ya muy próxima, según se echaba de ver al primer exámen. Era su marido un tal D. Gaspar de Grijalva, con más riqueza que buen seso, y muy aficionado á meterse en trapisondas políticas, por lo que Presentación se afligía mucho y estaba siempre sobre ascuas temiendo que le ahorcasen. Esta señora, lo mismo que Sola, parecían tener muy pocas ganas de conversación; pero Doña Salomé, que estaba entre ellas como una especie de mediador parlante, suplía la desgana de ellas con un insaciable apetito de palique, y así no cesaba de hacer preguntas y observaciones poniendo en el discurso, como se pone la sal en la comida, los suspiros y el incesante revolver de los ojos.

Genara, que era la maja, volvía hacia atrás la cara á cada instante para responder á Falfán de los Godos, y en uno de estos dimes y diretes habló así:

—Sí, hoy mismo he tenido noticias tuyas. Pipaón me entregó esta mañana una carta que es de perlas, por las muchas cosas ingeniosas que me dice. Creo que en mucho tiempo no le veremos por acá. Me anuncia que piensa casarse.

Genara hablaba en voz muy alta; pero como Falfán de los Godos era algo teniente, es decir, sordo, nadie lo extrañaba. Al mismo tiempo la de Porreño daba con el codo á Sola y le decía:

—¿Pero no me oye usted lo que le pregunto? Tres veces he preguntado á usted que si conoce á aquel comandante que pasa, y no me ha dado contestación... Por lo visto aquí todos son sordos... Se ha quedado usted lela; ¿en qué piensa usted que está tan pálida?... ¿no oye usted?...

—Sí, sí—replicó Sola, como se replicaría á las avispas, si la picada de éstas fuera, en vez de picada, pregunta.—He oído perfectamente.

La de Porreño, al ver que por aquella banda no sacaba nada de provecho, se volvió á la otra y á Presentación. Después que la oyó, Presentación, que era muy maligna, dijo así:

—Aguarde usted. Mandaré á casa por la *Guía de Forasteros*, y con ella en la mano le diré á usted los nombres de todos los comandantes, capitanes y coroneles que hay en España.

La de Porreño miró al cielo como si quisiera ponerle por testimonio de tanta injusticia. Bueno es decir que no vestía de maja ni de cosa que lo pareciera, sino á la moda pura y neta de 1822, con dulleta que ella misma había trocado en pelliza, aplicándole los restos de un capisayo antiguo. Su tocado era el llamado de turbante, guarnecido de cordones que fueron de oro y unas plumas que más parecían de escribano que de avestruz, como no pudieran aplicarse á uno y otro.

—También á mí me han dicho que piensa casarse—manifestó Falfán de los Godos.

Entonces se oyó un murmullo, una voz sorda y general que sin decir nada, claramente decía: “Ya viene, ya viene, ya, ya...” La multitud se agitó cual una gran culebra que pone en movimiento todas sus vértebras, y en los balcones hubo un hondo suspiro de ansiedad que corrió de un cabo á otro de la calle. Todos los ojos miraban á la Puerta del Sol, por donde sonaba como el mugido de un mar, y al poco rato se vió que se agitaba la superficie de cabezas y que brincaban saltando por encima de la gente penachos de caballos, plumas de morriones y espadas desnudas. El murmullo creció, estalló la marcha real como un trueno, y empezó á pasar la córte.

Sola no veía nada, sino una confusa corriente de colorines y formas, caballos que parecían hombres, hombres que trotaban, y un rodar continuo de formas y magnificencias, todo en tropel y borrosamente al modo de nube formada de la disolución de todas las visiones humanas. Un cerebro que desfallece, permitiendo la alteración de las sensaciones ópticas suele producir desvanecimiento y síncope; pero Sola hizo un esfuerzo, cerró los ojos dejando pasar la mareante comparsa, y así resistió, fuertemente asida á los hierros del balcón. Cuando, pasada la corriente de abigarrados coches, sólo quedaban los escuadrones de escolta, principió á serenarse; pero todavía su visión estaba perturbada, y las cosas y las casas y los balcones cuajados de damas seguían corriendo juntamente con la caballería.

Principiado el desfile por delante de Palacio, los regimientos de infantería pasaban por la calle.

—Ese, ese coronel, ¿quién es?—preguntó súbitamente la de Porreño.

—Si no me engaño, es el moro Muza—replicó Presentación.

Diciéndolo, el caballo que montaba el teniente coronel señalado por

Salomé resbaló, y sin que el ginete pudiera sujetarlo, cayó pesadamente, arrastrando á éste. La caída fué tremenda. Oyóse inmensa gritería mujeril. Detúvose la gente, arremolinóse el regimiento, acudieron soldados y paisanos al infeliz ginete, que estaba magullado y aturdido por la fuerza del golpe, y alzándole del suelo le entraron en una tienda para darle algún socorro. Era un hombre de cuerpo largo y flaco, cara morena y varonil. Al ser levantado del suelo hacía recordar involuntariamente



la figura de D. Quijote tendido en tierra después de cualquiera de sus desventuradas aventuras.

En los balcones de Bringas agolpáronse todos para ver al caído.

—¡Pobre hombre!—exclamó Cordero.

—¡Y qué bien iba en el caballo!—dijo la de Porreño.

—Se parece al de la Triste Figura—indicó Bringas.

—Es el mismísimo D. Quijote—observó Olózaga.

Genara volvióse prontamente, y con cierto tonillo de enfado dijo así:

—Pues no es D. Quijote, señor discursista, sino D. Tomás Zumalacárrregui, apostólico neto y con un corazón mayor que esta casa.

Cuando poco ó nada había que ver en los balcones, Bringas obsequió á sus amigos con algunas golosinas acompañadas de licores y agua fresca, y unos hartos de dulces, otros sin probarlos, empezaron á desfilarse los convidados. D. Benigno con Sola y sus hijos fué á recorrer las calles para ver los preparativos de las grandes fiestas que empezaban aquel día, y principalmente para contemplar y admirar por sus cuatro costados *el templete*, monumento de lienzo pintado de que se hablaba mucho y que con grandes dispendios se construyó en la Puerta del Sol sobre la misma Mariblanca. Era la máquina más bonita que habían visto los madrileños hasta entonces. Millares de personas la admiraban á todas horas formando un círculo de papamoscas, y á la verdad, las columnas pintadas, las cuatro estatuas y el globo terráqueo que lo tapaba todo como un bonete harían caer de espaldas á Miguel Angel, Herrera y á todos los arquitectos habidos y por haber.

Todo lo fué examinando Cordero, y sobre todos los preparativos dió opiniones muy discretas. En los días y noches siguientes llevó á su familia á ver las comparsas é iluminaciones y á admirar la gran novedad del carro triunfal alegórico mitológico manolesco, dispuesto por el corregidor Barraión, y en el cual iban haciendo de ninfas varias bellezas de Madrid, entre ellas *Pepa la Naranjera*, que subida en el escabel más alto representaba á la Diosa Venus.

La gente decía que iba *vestida de Venus*, de lo que resultaba un contrasentido; pero el decoro de nuestras costumbres y la santidad de los tiempos no habrían consentido que las diosas saliera á la calle como andaban por el Olimpo.





V



ENTRE las muchas sociedades más ó menos secretas que amenazaron el poder de Calomarde, hubo una que no precisamente por lo temible sino por otras razones merece las simpatías de la posteridad. Llamóse de los *Numantinos*, y componíase de mucha y diversa gente. Entre los atrevidos fundadores de ella hubo tres cuyos ilustres nombres conserva y conservará siempre la historia patria: llamábanse Veguita, Pepe y Patricio.

El objeto de los *Numantinos* era, como quien no dice nada, *derrocar la tiranía*. Los medios para conseguir este fin no podían ser más sencillos. Todo se haría bonitamente por medio de la siguiente receta: *matar al tirano y fundar una república á estilo griego*.

Retratemos á los tres audaces patriotas, ante cuya grandeza heroica palidecerían los Gracos, Brutos y Aristogitones.

El primero, *Veguita*, tenía diez y ocho años y era de la piel de Barrabás, inquieto, vivo, saltón, con la más grande inventiva que se ha visto para idear travesuras, bien fueran una voladura de pólvora, un escalamiento de tapias, una paliza dada á tiempo ó cualquier otro desafuero. Su casta americana se revelaba en el brillo de sus negros ojos, en su palidez y en sus extremadas alternativas de agitación é indolencia. Vino de América casi á la ventura. Su madre le envió á Europa para educarse y para heredar. Si esto último no fué logrado, en cambio su nueva patria heredó de él abundantes bienes de la mejor calidad. Pertenecía á la célebre empolladura del colegio de San Mateo, donde dos retóricos eminentes sacaron una robusta generación de poetas. Antes de ser derrocador de tiranos fundó la academia del *Mirto*, cuyo objeto era hacer versos, y allí entre sáficos y espondeos nació el complot *numantino*; que en España, ya es sabido, se pasa facilmente de las musas á la política.

El segundo, *Pepe*, tenía quince años. Nació en un camino entre el estruendo de un ejército en marcha; arrullaron su primer sueño los cañones de la guerra de la Independencia. Creció en medio de soldados y cureñas, y á los cinco años montaba á caballo. Sus juguetes fueron balas. Ya mozo, era mediano de cuerpo, y agraciado de rostro, en lo moral generoso, arrojado hasta la temeridad, ardiente en sus deseos, pobre en caudales, rico en palabra, cuando triste tétrico, cuando alegre casi loco. Educóse también en San Mateo con los retóricos y desde aquella primera campaña con los libros, le atormentaba el anhelo de cosas grandes, bien fueran hechas ó sentidas. Los embriones de su genio, brotando y creciendo antes de tiempo con fuerza impetuosa, le exigieron acción, y de esta necesidad precoz salió la sociedad *numantina*. También le exigían arte, y por eso en las sesiones de la asamblea infantil, á Pepe le salía del cuerpo y del alma, en borbotones, una elocuencia inocentemente heroica que entusiasmaba á todo el concurso. Él no pedía niñerías, ni aspiraba á nada menos que á *quebrantar las cadenas que oprimían á la patria*, empresa en verdad muy humanitaria y que iba á ser realizada en un periquete.

El tercero, *Patricio*, tenía como *Vegueta* diez y ocho años. Se le con-



taba por lo tanto entre los respetables.

Era formalillo, atildado, de buena presencia, palabra fácil y fantasía levantisca y alborotada. Sentía vocación por las armas

y por las letras, y lo mismo despachaba un madrigal que dirigía un formidable ejército de estudiantes en los claustros de Doña María de Aragón. También era orador, que es casi lo mismo que ser español y español poeta. En los *Nu-mantinos* asombraba por su energía y el aborrecimiento que tenía á todos los tiranos del mundo. Insistía mucho en lo de hacer trizas á Calomarde, medio excelente para llegar después á la pulverización completa de la tiranía.

Las reuniones se celebraban en una botica de la calle de Hortaleza

las más de las veces, otras en una imprenta, y cuando había olores de persecución toda *Numancia* se refugiaba en una cueva de las que había en la parte inculta del Retiro, no lejos del Observatorio. Los mayores de la cuadrilla no pasaban de veinte Abriles: estos eran los ancianos, *expertos*, ó *maestros sublimes perfectos*; que, á decir verdad, la pandilla gustaba de darse ciertos aires masónicos, sin lo cual todo habría sido muy soso y descolorido.

Si aquello no era inocente lo parecía, porque á lo mejor, los enemi-



gos del Tirano, bien se hallaran en la botica, bien en la novelesca cueva del Retiro, se distraían sin saber como de su misión heroica y se ponían á acertar charadas y á representar comedias. Otras veces, cuando alguno de ellos tenía dineros, cosa muy extraordinaria y fuera de lo natural, alquilaban borricos y se iban en escuadrón por las afueras, dando costaladas y buscando aventuras, que siempre concluían con alguna pesada chanza de Pepe.

Fuera ó no pueril la sociedad *Numantinos*, lo cierto es que Calomarde la descubrió y puso la mano en ella, dando con todos los chicos en la carcel de corte, y metiendo más ruido que si cada uno de ellos fuese un

Catilina, y todos juntos el mismo Averno. La importancia que dió aquel Gobierno menguado y cobarde á la conspiración infantil puso en gran zozobra á las familias. Se creyó que los más traviesos iban á ser ahorcados, y había razón para temerlo, pues quien supo ahorcar á los hombres y á las mujeres, bien podía hacer lo mismo con los muchachos, que era el mejor medio para extirpar el liberalismo futuro. Mas por fortuna Calomarde no gustó de hacer el papel de Herodes, y después de tener algunos meses en la carcel á los que no se salvaron huyendo, les repartió por los conventos *para que aprendieran la doctrina*.

Patricio se escapó á Francia. Á *Pepe* me le enviaron al convento de franciscanos de Guadalajara, y á *Veguita* le tuvieron recluso en la Trinidad de Madrid. Esta prisión eclesiástica fué muy provechosa á los dos, porque los frailes les tomaron cariño, les perfeccionaron en el latín y en la filosofía, y les quitaron de la cabeza todo aquel fárrago masónico numantino y el derribo de tiranías para edificar repúblicas griegas.



VI



o azaroso de los tiempos traía entonces mudanzas muy bruscas en todo, y las pandillas variaban á menudo, modificadas por las muertes y los destierros. En 1827 echábase de menos á *Patricio*, que estaba en Paris, y á *Pepe*, que perseguido nuevamente por sus calaveradas se había marchado á Lisboa con muchas ilusiones y algunas pesetas, que por cierto arrojó al mar en la boca del Tajo. Quedaba *Veguita*, á quien hallamos siendo núcleo de una nueva cuadrilla. Ya no se ocupaba de política inocente. La juventud abría los ojos, columbrando la grandeza lejana de sus destinos. ¡Generación valiente, en buen hora naciste!

Junto á *Veguita* hallamos á un joven riojano y por añadidura tuerto, que hacía ya las comedias más saladas que podrían imaginarse. Había sido primero soldado raso y después empleado en los tres años, con su impurificación correspondiente el 24. Tenía las chuscadas más ingeniosas y las ocurrencias más felices. Hablaba mejor en verso que en prosa y montaba mejor en el Pegaso que en un burro alquilón, pues restablecido en la partida el uso de las expediciones asnales, nuestro soldado poeta apenas sabía tenerse sobre la albarda. Era el mismo Demonio para contar cuentos y para buscar consonantes, siendo tal en esto su destreza que no le arredraban los más difíciles y enrevesados.

El más notable, después de éstos, era un muchacho que hacía muy malos versos y no muy buena prosa, medio traductor de Homero, casi abogado, casi empleado, casi médico, que había empezado varias carreras sin concluir ninguna. Sabía lenguas extranjeras. Tenía veinte años,

y en tan corta edad había pasado de una infancia alegre á una juventud taciturna. Tan bruscas eran á veces las oscilaciones de su ánimo arrebatado en un vértigo de afectos vehementes, que no se podía distinguir en él la risa del llanto, ni el dudoso equívoco de la expresión sincera. Había en su tono y en su lenguaje un doble sentido que aterraba y un epigramático gracejo que seducía. Era pequeño de cuerpo y bien proporcionado de miembros. Á su pelo muy negro acompañaban bigote y barba precoces, y su color era malo, bilioso, y sus ojos grandes y tristes. Tenía mala boca y peores dientes, lo cual le afeaba bastante. Fumaba sin descanso, como si padeciera una sed de humo, que jamás podía aplacarse, y era en su vestir pulcro, elegante y casi lechuguino.

Educado en Francia, afectaba á veces desprecio de su Nación y la censuraba con acritud, quejándose de ella como el prisionero que se queja de la estrechez incómoda de su jaula. Frecuentemente, después de alborotar en el grupo de un café con palabras impetuosas ó mordaces, se retiraba á un rincón rechazando toda compañía, ó despidiéndose á la francesa, huía. Después de largas ausencias tornaba á la pandilla con humor hipocondriaco.

Daba su opinión sobre poesía y literatura con un aplomo y una originalidad de juicios que pasmaba á todos. Ni *Veguita* ni el tuerto autor de comedias tenían conocimiento, por lo que sus maestros de aquí les enseñaban, de aquel nuevo y peregrino modo de juzgar, buscando el fondo más bien que la forma de las obras. Pero cuando nuestro atrabiliario quería echarse á poeta, los mismos que le admiraban como juez, se reían en sus barbas diciéndole que *una cosa es predicar y otra dar trigo*. Por mucho tiempo fué objeto de risa y chacota su oda á los Terremotos de Murcia, que es de lo peor que en nuestra lengua se ha escrito. Cuando se anunció que la Reina Cristina estaba en cinta, todos los poetas echaron otra vez mano á la lira, y el hipocondriaco endilgó su soneto

*Guarda ya el seno de Cristina hermosa
Vástago incierto de alta dinastía...*

Verdad es que no eran mucho mejores los que al mismo asunto compusieron *Veguita* y el autor de comedias.

Había en la pandilla otros muchos chicos. De ellos algunos no serán mencionados en razón de la oscuridad en que siempre han vivido, otros lo serán más tarde cuando las necesidades de esta verídica historia lo reclamen.

Reuníanse primero en el café de Venecia y después en el del Príncipe, que desde entonces sacó el nombre de *Parnasillo*. Entonces la juventud no tenía más que dos medios para dar desahogo á su ardor y eran hacer versos ó hacer diabluras. Los estudios estaban muertos, la prensa no existía, las letras mismas y el teatro principalmente yacían encadenados por una censura bestial y vergonzosa, el conspirar olía á cáñamo, la política era patrimonio de las camarillas, las bellas artes, música y pintura estaban en su primera alborada. Los muchachos que no sentían gusto por los soeces ejercicios de la tauromaquia se entretenían en trepar por las asperezas del Olimpo, y como la mayor parte carecían de estro, no tenían más recurso que la murmuración y las travesuras. De todas las musas, la que más andaba entre los de la pandilla, tratándoles de tú, era la *Décima*, por otro nombre *el hambre*, á quien *Vequita* dedicó una composición muy chusca. Sin dinero, sin ocupación, sin estímulo, aquellos insignes poetas ó prosistas ó simples mortales vivían de la poderosa fuerza íntima, que en unos era la fantasía, en otros la conciencia de un gran valer y en todos el presagio de que habían de ser principio y fundamento de una generación fecunda.

Todo cansa en el mundo, hasta el hacer versos. Así es que no podía satisfacer al bullidor espíritu de tales muchachos las sesiones del *Parnasillo* y el ardiente disputar sobre odas, comedias y poemas. La juventud necesita acción, necesita el elemento dramático de la vida, sin el cual ésta no es más que un soliloquio de dolor ó un quietismo morboso. La juventud de aquel tiempo, la más ilustre que había tenido España desde que envejeció la gran pléyade del siglo xvii, no sabía vivir sin drama. Es verdad que había amores y de lo fino, pero las aventuras galantes no podían satisfacer completamente á aquella juventud que era la empolladura de una gran época. Si la hubiesen dejado, ella habría hecho revoluciones, derribado gobiernos, aplastado ídolos entre el tumulto estrepitoso de millares de discursos. Sentía en sí, mezclado con la facultad y con la facilidad versificante, el gérmen de la gloriosa oratoria parlamentaria, que en nuestra tierra y en nuestro genio es una especie de poesía combatiente. En España es común que el fuego de las ambiciones rompa las liras para forjar con ellas las espadas.

La acción, que era una necesidad, un apetito irresistible de la insigne pandilla, estaba circunscrita por Calomarde á la esfera del *Parnasillo*. La policía no estorbaba que allí dentro se dispararan ovillejos, quintillas y décimas, llenas de pimienta como los antiguos vejámenes; pero el libro, el drama, el periódico, todas las grandes armas del pensamiento,

les estaban vedadas. Á aquellos jóvenes no se les permitía más que los alfileres.

Su instinto de grandes empresas con la palabra ó con la acción les llevaba derechamente á las travesuras, y aquellos rapaces inspirados se ocupaban de noche en salir por ahí á romper faroles y á dar bromazos á los vecinos pacíficos. ¡Romper un farol! ¡Cuántas delicias, cuánto ingenio, cuánta charla preparatoria y cuántos trámites para obra tan divertida! Escogida por el día la inocente víctima, bien por la diafanidad relativa de sus vidrios, bien por hallarse próxima á cualquier casa de habitantes pusilánimes, se le formaba causa criminal. Uno defendía en toda regla al farol, alegando sus buenos servicios, otro le acusaba probando su complicidad en las tinieblas de la calle, ó por el contrario el robo que había hecho de los rayos del sol. Después de consultar toda la jurisprudencia farolística, recaía sentencia en verso, y se nombraba la comisión ejecutiva. Por la noche un repentino estruendo y el salpicar de los vidrios rotos anunciaba el terrible cumplimiento de la justicia, y con la oscuridad, la alarma de los vecinos y la intromisión de algunos de éstos en la gresca, venían nuevas trapisondas y al cabo palos y carreras.

Otras veces se entretenían en llamar con fuertes aldabonazos á las puertas, y daban aviso á media docena de médicos, diciéndoles con mucho apuro que tal ó cual enfermo se hallaba en crisis. Enviaban la partera á casa de quien menos la necesitaba y la caja de muerto á quien gozaba de excelente salud.

Desde Santa Catalina hasta la Cuaresma, menudeaban entonces las reuniones de máscaras, diversión que prevalece mucho en épocas de poca libertad. Eran célebres y vistosas las de Aristizabal, Commoto y Mariátegui, familias ricas y que recibían y obsequiaban en el tono y forma de la urbanidad moderna. Pero el españolismo rancio tenía tantas raíces que las tertulias de aquella especie eran señaladas y aun puestas en ridículo por los enemigos de los cumplimientos, partidarios de la



antigua llaneza ramplona, de quien eran secuaces la incomodidad, el desaseo, los modales burdos y la grosería.

Entre las pocas tertulias donde no imperaba el españolismo rancio, había una, que era sin duda la más agradable de todas. No ha llegado su fama hasta nuestros días; pero esto no importa ni hace al caso, toda vez que apenas hemos tenido, como los tuvo Francia, *salones* célebres, que fueran centro de hábiles tramas políticas. La tertulia ó salón de Doña Genara, que tal nombre se le daba, no tuvo importancia mayor como centro político ni podía tenerla en aquellos días; no era tampoco de primer orden por la riqueza de su dueña, y sus únicas preeminencias consistían en el buen gusto, en el trato amable, festivo, ligero y exquisitamente urbano, tan distante de la afectada etiqueta como de la llaneza; en lo exquisito de los manjares, en la comodidad del servicio de éstos, en la libertad un tanto excesiva de los juegos de azar, y principalmente en la chispa inagotable de la charla ingeniosa, rica en intención y en travesura. Era opinión común que allí no entraban los tontos. Concurrían á la tertulia menos mujeres que hombres. De los poetas nuevos no faltaba uno, y de la gente antigua y machucha iba toda la turbamulta volteriana.

No quiere decir esto que la tertulia fuese un centro liberalesco, ni el volterianismo significaba de modo alguno entonces ideas avanzadas en política; por el contrario los más heteroúoxos eran comunmente los más *cangrejos*, como solía decirse. Si algún color político dominaba en las reuniones era el absolutista tolerante ó ilustrado, el ideal monárquico con Carta á lo Luis XVIII, habilidosa componenda de donde en tiempos más próximos había de salir el Estatuto, y luego los moderados, doctrinarios, etc.

La dueña de la casa parecía complacerse en sostener equilibrio perfecto entre el elemento apostólico y el reformista, pues ambos tenían algún adalid en sus tertulias. Pero no todo era política. Casi casi las tres cuartas partes del tiempo se invertían en leer versos y hablar de comedias, y la música no ocupaba el último lugar. Después que algún aficionado tocaba al clave una sonatina de Haydn ó gorgeaba un aria de la *Zelmira* cualquier italiano de los de la compañía de ópera, solía el ama de la casa tomar la guitarra, y entonces... No hay otra manera de expresar la gracia de su persona y de su canto sino diciendo que era la misma Euterpe, bajada del Parnaso para proclamar el descrédito del plectro y hacer de nuestro grave instrumento nacional la verdadera lira de los dioses.

Era hermosa sobre toda ponderación, y mujer de historia. Estaba separada de su esposo y no se le conocían desvaríos. Si alguien se aventuraba á hablar de cosas que ofendieran su buen nombre, era tan por lo bajo, que aquellos vientecillos de murmuración apenas salían de un pequeño círculo. Había viajado mucho y hablaba el francés con perfección, cosa que ya era de grandísimo valor entre los elegantes. Existían en su vida muchos pasajes misteriosos que nadie acertaba á explicar bien, y que, por el mismo misterio se trocaban en dramáticos; y finalmente, mariposeaban en torno á ella muchos individuos con pretensiones de cortejos; pero aunque á todas horas le echaban memoriales de



suspiros ó de galanterías, no dió ocasión á ninguno para que se creyera favorecido.

La danza no podía faltar en las tertulias. ¡Ah! entonces el baile era baile, un verdadero arte con todos los elementos plásticos que le hicieron eminente en Oriente y Grecia, por donde parece natural mirarle como antecesor de la escultura. Entonces había caderas, piernas, cinturas, agilidad, piés y brazos; hoy no hay más que armazones desgarradas dentro de la funda negra del traje moderno.

Al ver en estos [últimos años á ciertos hombres eminentes que han sido (y los que viven lo son todavía) el *summum* de la gravedad en la magistratura, en la política y en el ejército, y al mirarles, repetimos,

ora en el sillón presidencial del Senado, ora en el banco azul, ya vestidos con la toga de la justicia, ya con el respetabilísimo uniforme de generales, no hemos podido tener la risa considerando que vimos á esos mismos señores dando brincos y haciendo trezados en el salón de doña Genara con el más loco entusiasmo.

La política se trataba en aquella casa con toda la discreción que la época exigía. Ninguno de los sucesos que ocuparon la atención pública desde 1829 á 1831 dejó de tratarse allí, mezclándose los exteriores con los de casa, según los traía la revuelta corriente del tiempo. Allí se dijo cuanto podía decirse de la trascendentalísima Pragmática Sanción del 29 de Marzo del 30, origen inmediato de varias guerras crueles, pretexto de esa horrible contienda histórica, secular, característica del genio español del siglo XIX y que no ha concluido, no, aunque así lo indiquen las treguas en que el pérfido mónstruo toma aliento.

Esa batalla grandiosa en que han peleado con saña los ideales más hermosos y las tradiciones más poéticas, los entusiasmos más firmes y las ranciedades más respetables, los intereses más nobles y los más bastardos, mezclándose en una y otra parte el legítimo anhelo de la reforma con la gloriosa terquedad de la costumbre, el generoso vuelo del pensamiento con la noble exaltación de la fé; esa batalla, digo, estaba trabada hace tiempo en el corazón y en el pensar de España, y tarde ó temprano había de venir al terreno de las armas. Así tenía que ser por ley ineludible. Quiso el cielo que nuestra revolución fuera larga, sangrienta, toda compuesta de fieros encuentros, heroismos, infamias y martirios, como una gran prueba; quiso que se desataran las pasiones en una guerra sin fin, empezada, concluida y vuelta á empezar y concluir en larga serie de años de zozobra.

Hay pueblos que se trasforman en sosiego, charlando y discutiendo con algaradas sangrientas de tres, cuatro ó cinco años, pero más bien turbados por las lenguas que por las espadas. El nuestro ha de seguir su camino con saltos y caídas, tumultos y atropellos. Nuestro mapa no es una carta geográfica, sino el plano estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es pueblo, sino un ejército. Nuestro Gobierno no gobierna: se defiende. Nuestros partidos no son partidos mientras no tienen generales. Nuestros montes son trincheras, por lo cual están sabiamente desprovistos de árboles. Nuestros campos no se cultivan, para que pueda correr por ellos la artillería. Nuestro comercio tiene una timidez secular originada por la idea fija de que *mañana* habrá jaleo. Lo que llamamos paz es entre nosotros como la frialdad en física, un estado

negativo, la ausencia de calor, la tregua de la guerra. La paz es aquí un prepararse para la lucha, y un ponerse vendas y limpiar armas para empezar de nuevo.

Pues esta guerra, esta inquietud que ha llegado á ser en la madre patria como un crónico mal de San Vito, se declaró abiertamente, después de ciertos amagos, cuando se quiso saber quien sucedería en el trono á nuestro amado Soberano, toda vez que era creencia general que se nos moriría pronto. Felipe V establece la ley Sálica y Carlos IV la deroga en secreto. Fernando VII quiere hacerlo en público y lo hace. El problema terrible, ó sea la rivalidad de las dos ideas cardinales, encuentra al fin un hecho en que encarnarse, la sucesión. Tradición y libertad se miran y aguardan con mano armada y corazón palpitante lo que dirá la esfinge. La esfinge en aquellos críticos días es una reina en cinta.

¿Varón ó hembra? Hé aquí la duda, la pregunta general, la esperanza y el temor juntos, la cifra misteriosa. Cuando llegó el día 10 de Octubre de 1830, día culminante en nuestra historia, y retumbó el cañón llevando la alegría ó el miedo á todos los habitantes de la Villa, el ingenioso cortesano de 1815, D. Juan de Pipaón, entró sofocado y sudoroso en casa de Genara. Venía sin aliento, echando los bofes, con la cara como un tomate, por la violencia del correr y de las emociones.

—¿Qué?... ¿qué es?—preguntó Genara con calma.

Pipaón se dejó caer en un sofá y dándose aire con el pañuelo exclamó:

—¡Hembra!... España es nuestra.

—¡Hembra!—repitió Genara.—¡Pobre España!



VII



NUTIL es decir que las fiestas sucedieron á las fiestas, que á la alegría oficial correspondió la del inocente pueblo, y que la inmensa mayoría de éste no comprendió la importancia extraordinaria del suceso, origen de tanto cañoneo y regocijos tantos. Se había arrojado la moneda al juego de *cara ó cruz* y había salido *cara*. Los de la *cruz* estaban como es fácil suponer. Había que oírles en sus camarillas, conventículos y madrigueras oscuras. No se hablaba más que de las Partidas, del Auto acordado y de la Pragmática Sanción, y la palabra *legitimidad* se escribió en la oculta bandera.

Luego que Genara y Pipaón dijeron lo que escrito queda, empezaron á llegar á la casa los amigos, unos contentos, otros reservados. Aquella misma noche leyeron algunos poetas los versos en que celebraban el feliz alumbramiento de la hermosa Reina, y la señora de la casa obsequió á todos con espléndido *ambigú*, en el cual hubo tanta alegría y abundancia tal de exquisitos vinos, que algunos salieron á la calle con más soltura de lengua y más flaqueza de piernas de lo que fuera menester.

Por mucho tiempo los temas de política extranjera cedieron en la tertulia ante el grave tema de nuestros negocios. Ya no se habló más de la revolución de Julio en Francia, asunto socorridísimo que dió para todo el verano y otoño, ni del nuevo reinillo de Grecia, ni del reconocimiento de Luis Felipe, ni de Polonia, ni áun siquiera del famoso decreto de 1.º de Octubre, en el cual, para acabar más pronto con los llamados *negros*, se condenaba á muerte á todo el género humano ó poco

menos. Y la causa de esta barrabasada draconiana fué que el buenazo de Luis Felipe, viendo que aquí no le querían reconocer como Rey de los franceses, abrió la frontera á los emigrados, y áun dícese que les dió auxilio y adelantó algunos dineros. Ellos que necesitaban poco para armarla, cuando se vieron protegidos por el francés, asomaron impávidos por diversas partes del Pirineo. Mina, Valdés y Chapalangarra, acompañados de Lopez Baños, Jáuregui Sancho y otros andantescos de la revolución aparecieron por Navarra. Cataluña vió en sus riscos á Milans y á Brunet, y por Roncesvalles vinieron Gurrea y Plasencia. En Gibraltar los más temibles aguardaban coyuntura para hacer un desembarco. Pero todos estos amagos no pasaron adelante. El Gobierno acabó pronto con todas las partidas, y habiendo caído en la cuenta de que debía reconocer á Luis Felipe, hizolo así, y Francia cerró la frontera. De este modo ha jugado siempre la buena vecina con nuestras discordias, y lo mismo será mientras haya discordias, emigrados y fronteras.

Muchas particularidades desconocidas del público y áun del Gobierno en las frustradas intentonas, fueron sabidas de los tertulios de Genara. En la casa de ésta había un grupo que solía reunirse á solas presidido por la señora, y en él la confianza y la amistad habían apretado sus dulces lazos. Allí solían leerse algunas cartas venidas de Francia, no ciertamente con intento de conspirar, sino como mensajes de cariño. Vega (á quien ya no es conveniente llamar *Vequita*) contaba que Pepe Espronceda había estado en la frontera batiéndose al lado del bravo y desgraciado Chapalangarra. Todo lo sabía Ventura por una carta que recibió en Noviembre y en la cual se referían las aventuras que le salieron á Espronceda desde que entró en Lisboa hasta que pasó el Pirineo, las cuales eran tantas y tan maravillosas que bastaran á componer la más entretenida novela de amores y batallas.

En Lisboa le metieron en un pontón, donde se enamoró de la hija de cierto militar compañero de encierro. Este le parecía ya más que carcel un paraiso, cuando me le cogieron y embarcándole en un pesado buque, me le zamparon en Lóndres. Allí vivió, mejor dicho, murió algún tiempo de tristeza y desesperación, cuando cierto día en que acertó á pasar por el Támesis vió que desembarcaba su amada. Días felices siguieron á aquel encuentro; pero cuáles serían las aventuras del poeta que tuvo que salir á toda prisa de Inglaterra y huir á Francia, donde encontró á muchos emigrados, y juntándose con ellos y con estudiantes y periodistas, empezó á alborotar en los clubs. Vinieron las célebres ordenanzas de Polignac contra los periódicos. Ya se sabe que de las ruinas de la

prensa nacen las barricadas. Espronceda se batió en ellas bravamente, y sucio de pólvora y fango respiró con delicia y gritó con entusiasmo viendo por el suelo la más venerada monarquía del mundo, que con toda su veneración había caído ya tres veces con estruendo y pavor de toda Europa.

Espronceda no se contentaba con libertar á Francia. Era preciso libertar también á Polonia. Entonces era casi una moda el compadecer al pueblo mártir, al pueblo amarrado, desnacionalizado, cesante de su soberanía. La cuestión polaca fué llevada al sentimentalismo, y al paso que se hicieron innumerables versos y cantatas con el título de *Lágrimas de Polonia*, se formaban ejércitos de patriotas para establecer en su trono á la nación destituida. El que cantó al Cosaco se alistó en uno de aquellos ejércitos, que en honor de la verdad más tenían de sentimentales que de aguerridos. Pero afortunadamente para el poeta, Luis Felipe que como Rey nuevecito quería estar bien con todo el mundo, incluso con los rusos, prohibió el alistamiento. Á la sazón el banquero Lafitte daba (con mucho sigilo se entiende), dinero y armas á los emigrados españoles para que vinieran á meter zizaña á la frontera. En esto era correveidile del francés, que deseaba probar á España los inconvenientes de no reconocer á los reyes nuevos. Espronceda, que se ilusionaba facilmente como buen poeta, al ver los aprestos de la emigración creyó que ya no había más que entrar, combatir, avanzar, ganar á Madrid, repetir en él las jornadas de Julio y quitar á Fernando el dictado de Rey de España para llamarle *de los españoles*, trocándolo de absoluto y neto en soberano popular, *bourgeois*, *bonnet de coton*, ó como quisiera llamársele. Ya se sabe el término que tuvieron estas ilusiones. Después de las escaramuzas quedamos, con el sanguinario decreto de Octubre, más absolutos, más netos, más apostólicos, más *narizotas* y más *calomardizados* que antes.

Si Vega y otros de los tertulios recibían de peras á higos alguna carta, Genara las tenía constantemente y con puntualidad, cosa notable en un tiempo en que la correspondencia ó no circulaba ó circulaba después que la paternal policía se enteraba bien de su contenido para evitar camorras. La correspondencia de Genara se salvaba por mediación del gran Bragas, que la sacaba incólume del correo, y al mismo tiempo recibía de él numerosas confidencias de sucesos más ó menos misteriosos. De estas confidencias muchas no le servían para nada, otras las utilizaba para favorecer á los amigos que caían en desgracia del Gobierno, y de todas tomaba pié para burlarse á la calladita de Calomarde, personaje á quien estimaba lo menos posible.

Habían pasado muchos días desde el nacimiento de la princesa de Asturias, esperanza de la patria, cuando Pipaón fué á ver á Genara y le anunció con mucho misterio que tenía que comunicarle cosas de importancia.

—Ó yo no soy quien soy—dijo sentándose junto á ella en el gabinete, —ó yo he perdido el olfato, ó nuestro endemoniado amigo está en Madrid.

—¿Será posible? ¡En Madrid!... ¡qué locura! ¡y sin ponerse bajo nuestra protección!—exclamó la dama palideciendo un poco.

—Yo no le he visto; pero hay en Gracia y Justicia algunos datos que permiten creer que está aquí... Y no habrá venido seguramente á matar moscas. Algún jaleo lindísimo traen entre manos esos bribones, que no quieren dejarnos en paz. El Gobierno teme algo en Andalucía, por lo cual no hay carta que no se abra ni vivienda que no se registre. Manzanares, Torrijos y Flores Calderón andan por allá preparando algo, y al fin, tanto va á la fuente el cántaro de la represión que en una de estas se rompe...

—¡Sangre... horca!—dijo maquinalmente Genara mirando al suelo.

—D. Tadeo pierde cada día su fuerza, y el Rey se está haciendo todo mantecas á medida que la gente de orden y el respetabilísimo clero ponen los ojos en el Infante, única esperanza de esta Nación francmasonizada y hecha trizas por el ateísmo. Ya no es nuestro Rey aquel hombre que se ponía verde siempre que le hablaban de liberalismo. Con los achaques y el mal de ojo que le ha hecho la Reina, pues el amor que le tiene parece maleficio, está más embobado que novio en vísperas. Doña Cristina sabe á donde va, y dulcifica que te dulcificarás, está haciendo la cama al democratismo. Ya se habla de amnistía, de abrir la puerta á los lobos, señora, y traernos otros tres añitos como los de marras.

Al decir esto, el ilustre D. Juan, inflamado en patriótica ira, dió un porrazo en el suelo con la contera de su bastón, añadiendo luego:

—Pero no será, no será, que antes que doblar el cuello á las melifluidades pérfidas de la napolitana, antes que dejarnos llevar por ella á la ratonera liberalesca, echaremos á rodar Pragmática y Reina, y la *áurea cuna de la angélica Isabel*, como dicen esos menguados poetastros, y habrá aquí un Vesubio, señora, un Etna...

La señora no le hizo caso y seguía meditando.

—Se levantará la Nación—dijo el cortesano levantándose de la silla para expresar emblemáticamente su idea,—y veremos cuántas son cinco. Tenemos un príncipe varón, sabio, religioso, honesto; tenemos doscien-

tos mil voluntarios realistas que se beberán el ejército como un vaso de agua; tenemos el reverendo clero con los reverendísimos obispos á su cabeza; tenemos el apoyo de la Europa, que, fuera de la nación francesa, marcha por las vías apostólicas. ¡Viva el Sr. D...!

—¡Silencio!—indicó la dama.—No me atormente usted con su entusiasmo. Estoy de apostólicos hasta la corona y deseo que los *kirie-eleysones* del cuarto de D. Carlos no lleguen hasta mi casa trayéndome el olorcillo de sacristía que tanto me enfada... Pasando á otra cosa, ¿sabe usted que es temeridad venir á Madrid sin ponerse bajo nuestro amparo?... Yo le ofrecí mi protección para que viniera... Sin ella está en grandísimo peligro, y tan bien se ahorca á Juan como á Pedro.

—Exactamente. ¿Pero le ha visto usted hacer cosa alguna que no fuera temeridad, locura y disparate?

—Trabajo le doy á quien intente averiguar donde está escondido—dijo la dama sin cuidarse de disimular su inquietud.—¿Será posible averiguarlo?

—Muy posible—repuso Pipaón soplando fuerte; que era en él signo claro de orgullo.—Como que ya tengo si no averiguado, casi casi...

—¿De veras? Estará en casa de algún amigo.

—Que te quemas... digo, que se quema usted.

—¿En casa de Bringas?

—No.

—¿En casa de Olózaga?

—Nenes.

—¿En casa de Marcoartú?

—Requetenones... En suma, señora mía, yo no sé fijamente donde está; pero tengo una presunción, una sospecha...

—Venga... Si no me lo dice usted pronto, le contaré á Calomarde sus picardías.

—No por la amenaza de usted, sino por mi cortesía y deseo de complacerla, le diré que me tendré por el más bobo, por el más torpe de los cortesanos de este planeta si no resultase que nuestro temerario trapisondista está en casa de Cordero.

—¡En casa de Cordero!

La dama pronunció estas palabras con asombro y quedó luego sumergida en el mar de sus pensamientos, sin que los comentarios de Pipaón lograran sacarla á la superficie.

—¿Estorbo?—dijo al fin el cortesano, advirtiéndole que la dama no le hacía más caso que á un mueble.

—Sí—repuso ella con la franqueza que tanta gracia le daba en ocasiones.

—¿Va usted de paseo?

—No... me duele la cabeza... Abur, Pipaón, no olvide usted mis recomendaciones, á saber: la canongía, la canongía, Santo Dios, que esos benditos primos me tienen loca... la bandolera para el sobrino del canónigo; que su familia no me deja respirar... el pronto despacho en la censura de teatros de ese nuevo drama traducido por el busca-ruidos... en fin, no sé qué más. Esto no es casa, es una agencia.

Despidióse Pipaón después de prometer activar aquellos asuntos, y la dama, al punto que se vió sola, empezó á vestirse con gran prisa y turbación. Le había ocurrido que aquel día necesitaba de ciertos encajes y no quería dilatar un minuto el ir á comprarlos.



VIII



pesar de su amor á la vida inalterable y metódica, D. Benigno no veía con gusto que trascurriese el tiempo sin traer cambios ó novedades en su existencia. Es que se había amparado del alma del héroe cierto desasosiego ó comezoncilla que le sacaba á veces de su natural índole reposada. Á menudo se ponía triste, cosa también muy fuera de su condición, y sufría grandes distracciones, de lo que se asombraban los parroquianos, los amigos y el mancebo.

En la casa no había más variaciones que las que trae consigo el tiempo: los muchachos crecían, los pájaros se multiplicaban, los gatos y perros se rodeaban de numerosa y agraciada prole, Cruzita gruñía un poco menos y Sola había engrosado un poco más.

De todos los amigos de Cordero el más querido era el buen padre Alelí, de la orden de la Merced, viejísimo, bondadoso, campechano. Era de Toledo como D. Benigno y aún medio pariente suyo. Le ganaba en edad por valor de unos treinta años, y acostumbrado á tratarle como un chico desde que Cordero andaba á gatas por los cerros de Polán, seguía llamándole, por inveterado uso, *chicuelo*, *Don Piojo*, *harto de bazofia*, *el de las bragas cortas*. Cordero, por su parte, trataba á su amigo con mucho desenfado y libertad, y como las ideas políticas de uno y otro eran diametralmente opuestas y Alelí no disimulaba su absolutismo neto ni Cordero sus aficiones liberalescas, se armaba entre los dos cada zala-

guarda que la trastienda parecía un Congreso. Felizmente toda esta bulla acababa en apretones de manos, risas y platos de migas al uso de la tierra, rociadas con vino de Yepes ó Esquivias.

Hé aquí un modelo de conversación Alelí-Corderesca:

—Buenos días, Benignillo. ¿Cómo vas de *régimen nefando*?

—Padre Monumento, vamos tal cual. Los del régimen se entretienen en tirarse coces unos á otros y no se acuerdan de perseguirnos.

—Don Fulastre, don Piojo, el asno será él. ¿Sabes algo del nuevo Papa que tenemos, Gregorio XVI, el cual, ó no será tal Papa ó no dejará un Rey liberal en toda la Europa?

—¡Barástolis! No sé más sino que allá me las den todas y que le beso las manos á mi Sr. D. Gregorio, como católico que soy.

—¿Católico y jacobista? Átame esa mosca. Oye tú, *el de las bragas cortas*, ¿qué pasaje leiste anoche?

—Tío Latinajo, leí el pasaje que dice: *He visto en la religión la misma falsedad que en la política. No hay religión, por buena que sea, que no haya derramado sangre inocente.*

—Sigue, que me muero de risa. Eres un filósofo de agua y lana. Cuando acabes de volverte loco con tu *Emilio* saldremos á enseñarte en las férias á dos cuartos por barba. Ven acá, almacén de sandeces y tienda de majaderías, ¿qué sabes tú lo que es religión?

—Me lo enseñan los de sayo y sandalia, á quienes se puede decir...
“*Je, je, son tontos y piden para las ánimas.*”

—Cuando tú y tus amigos los liberales herejes os desocupeis de la paliza que os están dando en toda la Europa, y solteis el ronzal para formar Congreso y decir, “señor presidente, pido el rebuzno,” no faltará quien os enseñe á hablar con respeto de las cosas sagradas.

—Día vendrá en que rompamos el ronzal, padre definido, y entonces definiremos la *conventualla*, diciendo: *Al fraile hueco, sogá verde y almen-dro seco.*

—También se dijo: *Donde las dan las toman.*

—Y también *Cuentas de beato y uñas de gato.*

—¡Ah! mercachifle, si fueras bueno no serías rico. Esas sí que son uñas de gato, que es como decir de filósofo.

—No sé si se dijo por mí aquello de *Á la puerta del rezador nunca echas tu trigo al sol.*

—Ladrón y rapante tú; mas no nosotros, que de limosna vivimos.

—¿De limosna, eh? ¡Ah! señor *D. Cepillo de Ánimas*, qué bien dijo el que dijo: *Reniego de sermón que aciba en daza.*

—Yo he oído que tienes la cabeza á pájaros.

—Á propósito de pájaros. Yo he oído que el *abad y el gorrión dos malas aves son*.

—Mira, Benigno—dijo Alelí cuando el tiroteo llegaba á este punto,—vete al mismo cuerno, y echa acá un cigarrillo.

Cordero alargó su petaca al fraile, diciéndole:

—Á la paz de Dios. Viva mil años mi fraile.

—¿Cómo están hoy tus nenes?—preguntó Alelí encendiendo su cigarro.—Lo de Rafaelillo resultó indigestión como te dije, ¿no es verdad? Dáale hojas de Sen y créeme.

—No sólo de Sen sino de Can y Jafet se las ha dado Cruz, que tiene en casa el herbolario más completo de Madrid.

—¿Ha parido la podenca?

—Todavía no; pero parirá su merced. Para ser un Retiro á esto no le falta más que el estanque; que de animales y hierbas tenemos cuanto Dios crió, sin que falte el león, que es mi hermana... ¡Ah! me olvidaba: las perdices que traje ayer las están aderezando á la toledana, á lo Castañar puro. Si viene usted tendremos para diez perdices cuatro.

—¿Pues no he de venir, hombre de Dios? Sr. D. *Ladrón de encajes*. No faltaba más sino desairar á la tierra... ¿Hoy?

—Hoy mismo. Además yo tengo que hablar con usted de un asunto grave.

Al decir esto, Cordero tomó un aire de seriedad y de temor, que puso en gran curiosidad al Padre Alelí.

—¿Un asunto grave? No será el primero que me consultas.

—Pero es seguramente el más delicado, el más peliagudo. Necesito consejo y ayuda.

—Para eso estoy yo. Vengan esos cinco.

Se estrecharon las manos, y Cordero besó las flacas y temblorosas del anciano fraile con mucho cariño.

—El mal camino andar lo pronto, y pues esto urge, tratémoslo ahora.

—Cuando quieras, hijo. Á bien que ambos somos toledanos y parientes.

—¡Viva la Virgen del Sagrario!—dijo Cordero con emoción.—Es temprano: ahora viene poca gente. El chico se quedará en la tienda. Subamos á mi cuarto y hablaremos.

—¿Es cosa larga?

—Primero una confesión, un secreto, que si no lo suelto pronto, creo que me hará daño; después un consejo sobre lo que se ha de hacer, y

por último... á ver si se luce el buen Padre *Engarza-credos* con una comisión delicada.

—Vamos, por el hábito que visto, que estoy curioso.

Salieron. Media hora después, D. Benigno y su amigo reaparecieron en la trastienda. El comerciante traía el semblante alegre y las mejillas más que de ordinario encendidas. Alelí movía su cabeza, con más nerviosidad y temblor que de ordinario, y al despedirse de su paisano, le dijo:

—Me parece muy bien, Benigno de mi corazón. Yo quedo encargado de arreglarlo.





IX



ULCE melancolía inundaba el alma pura del buen Cordero. Parecíale que todo lo de la tienda, incluso el feo hortera, concordaba con el estado de su espíritu, tiñéndose de inexplicable color lisonjero, y que había una sonrisa general en todo lo externo, como si cada objeto fuera espejo en que así propio se miraba. Para más dicha, hasta hubo muchas ventas aquel día, que fué, si no estamos mal informados, uno de los de Febrero del año de 1831, al cual se podría llamar, como se verá más adelante, el año sangriento.

Serían las once cuando entró en la tienda una dama y tomó asiento. Era parroquiana y amiga. D. Benigno la saludó y al punto empezó á sacar género y más género, blondas de Almagro, Valenciennes, Bruselas, Cambray, Malinas, en tal abundancia y variedad que no parecía sino que la señora iba á llevarse todo Flandes á su casa.

—¡Qué carero se ha vuelto usted!... Ya no vuelvo más acá... Me voy á casa de Capistrana... ¿Cincuenta y seis reales? ¡qué heregía!... Esto no vale nada... Es imitación... Vaya una carestía... No doy más que tres onzas por todo.

—No es sino muy barato... Por ser usted lo llevará en cincuenta duro todo... ¿Capistrana? No hay allí más que maulas, señora... Volverá usted por más... Es legítimo de Malinas... lo recibí la semana pasada. Este encaje de Inglaterra me cuesta á mí veinticuatro. Pierdo el dinero.

—Lo que pierde usted es la caridad... ¡Santo Dios, cómo nos desuella! Así está más rico que un perulero... Con estos precios que aquí usan ¡ya se ve! no es extraño que se compren casas y más casas.

Tantos dimes y diretes concluyeron con que la dama pagó en buenas onzas y doblones. Mientras Cordero empaquetaba las compras para mandarlas á la casa de la señora, ésta le preguntó si era cierto que se había hecho propietario de la finca donde estaba la tienda, y como el encajero le contestara que sí, la parroquiana aparentó alegrarse mucho diciendo:

—Precisamente estoy muy descontenta del cuarto en que vivo y deseo mudarme. ¿No viven en este principal los de Muñoz? ¿No se van de Madrid? Pues si dejan la casa yo la tomo.

—Mucho me alegraré—replicó el héroe.—Pero me figuro que mi principal será pequeño para quien tanto lujo tiene y á tanta gente recibe en sus tertulias.

—¡Oh! no... pienso reducirme mucho y vivir más para mí que para los otros—dijo la dama con mucha gracia.—Estoy cansada de poetas, de mazurcas y de chismes políticos. El Gobierno ha principiado á mirar con malos ojos mis reuniones, á pesar de que mi absolutismo pasa por artículo de fé. Ya sabe usted lo que es Calomarde y toda esa gente: van de exageración en exageración... están ciegos. El poder absoluto es como el vino, una cosa muy buena y un vicio, según el uso que de él se haga. No lo dude usted, esa gente está borracha, y mientras más bebe y más se turba más quiere beber. El año comienza mal, y según dicen, las conspiraciones arrecian y el Gobierno no se para en pelillos para ahorcar.

—No faltará tampoco quien amanse y dulcifique—dijo Cordero apoyando sus codos en el mostrador para atender mejor á un tema tan de su gusto.—La Reina...

—¡Oh! sí, la Reina!...—exclamó la dama con ironía.—Sus dulcificaciones, de que tanto se ha hablado, son pura música. Ya lo ve usted, ha fundado un Conservatorio por aquello de que *el arte á las fieras domesticas*. Me hace reir esto de querer arreglar á España con músicas. Al menos el Rey es consecuente, y al fundar su escuela de Tauromaquia, cerrando antes con cien llaves las Universidades, ha querido probar que aquí no hay más doctor que Pedro Romero. Eso es, dedíquese la juventud á las dos únicas carreras posibles hoy, que son las de músico y torero, y el Rey barbarizando y la Reina dulcificando nos darán una Nación bonita... ¡Ah! me olvidaba de otra de las principales dulcificaciones de Cristina. Por intercesión de ella ¡oh alma generosa! se va á suprimir la horca para sustituirla ¡enternézcase usted, amigo Cordero!... para sustituirla con el garrote... No sé si en el Conservatorio se creará también una cátedra de dar garrote... con acompañamiento de arpa.

D. Benigno se rió de estas despiadadas burlas; mas lo hizo por pura galantería, pues siendo entusiasta admirador de la joven y generosa Reina, no admitía las interpretaciones malignas de su parroquiana.

—Elio es, querido D. Benigno—añadió ésta,—que yo he determinado quitarme de en medio. Presiento no sé qué desgracias y persecuciones. Deseo una vida retirada y oscura. No más tertulias, no más versos dedicados á bodas reales, embarazos de reinas y nacimientos de princesas, no más murmuración ni secreteo sobre lo que no me importa. Si su casa de usted me gusta, á ella me vengo y en ella me encierro... Decidido, señor de Cordero.

—Como buena y cómoda no hay otra en Madrid.

—Yo quisiera verla.

—Lo haré presente al Sr. de Muñoz y de seguro me dará permiso para que usted la vea.

—No, no se moleste usted—dijo la dama observando, con atención el rostro de Cordero, por ver si se turbaba.—¿No son iguales todos los pisos?

—Todos enteramente iguales.

—Pues enséñeme usted el entresuelo donde usted vive... Pero ahora mismo. Tengo prisa. Quiero decidir de una vez.

Levantóse resueltamente dirigiéndose á alzar la tabla del mostrador para pasar á la trastienda. De aquel modo brusco y ejecutivo hacia ella todas sus cosas.

—No hay inconveniente, señora—dijo Cordero manifestando más bien agrado que contrariedad.—Pero la señora me permitirá que no la acompañe, porque tendría que dejar la tienda sola. El chico no está.

—No faltaba más sino que también conmigo gastara usted cumplidos. Quédese usted... subiré sola, ya sé el camino....por esta escalerilla...

—¡Sola!... ¡Cruz!...—gritó D. Benigno desde el primer peldaño.

La dama subió con ágil pié por la escalera, la cual era tan estrecha que en la angostura de las paredes se le chafaron á la señora las huecas mangas de jamón, y el chal de cachemira se le resbaló de los hombros.

En aquel mismo momento Cruzita estaba limpiando juulas y soplando la paja del alpiste, sin parar un momento en su conversación con todos los pájaros, la cual era un lenguaje compuesto de suavísimas interjecciones cariñosas, de voces incomprensibles, cuyas variadas inflexiones no expresaban ideas, sino un vago sentimiento de arrullo ó los apetitos y anhelos del instinto. Era aquella charla como los rudimentos ó albores de la palabra humana cuando el hombre pegado aún á la Naturaleza por el cordón umbilical de la barbarie, desconocía las relaciones sociales. ¡Oh! ¡qué dato para aquel filósofo que tenía en D. Benigno el más entusiasta de sus admiradores! Oyendo hablar á Doña Cruzita con los habitantes enjaulados de su selva de balcón, Rousseau habría comprendido mejor el estado feliz y perfecto del hombre, y su amigo Voltaire se habría puesto de cuatro piés para practicar, no de burlas, sino de puras veras, las teorías del autor del *Contrato*.

Doña Cruz era una mujercita seca y bastante vieja, muy limpia, fuerte y dispuesta como una muchacha, lista de piés y manos, con la cabeza medio escondida dentro de una escofieta que parecía alzarse y bajarse con el mover de la cabeza, como las moñas ó tocas de ciertas aves. Para mirar daba á la cara un brusco movimiento lateral, lo mismo que los pájaros cuando están azorados ó en acecho. Fuera por la asociación de ideas ó por verdadera semejanza, ello es que al verla daban ganas de echarle alpiste.

Interrumpida en lo mejor de su faena, Doña Cruz se escandalizó, se asustó, aleteó un tanto con los bracitos flacos, miró de lado, graznó un poquillo. Al mismo tiempo dos, tres ó quizás cuatro perrillos se abalanzaron á la dama ladrando y chillando, rodeándola de tal modo que si fueran mastines en vez de falderos, la dejarían malparada. La cotorra y el loro ponían en aquel desacorde tumulto algunos comentarios roncós que aumentaban la confusión. La dama expresó el objeto de su subida al entresuelo, mas como Cruzita no podía oirla, fuéle preciso alzar la

voz, y con esto alzaron la suya los perros, mayaron los gatos, se enfadaron cotorra y loro y los pájaros prorrumpieron en una carcajada estrepitosa de cantos y píos. Mientras más gritaba la turba animalesca más se desgañitaba Doña Cruz diciendo: "¿Qué se le ofrece á usted?"



¿Por quién pregunta usted?, Y á cada subida del diapasón de la vieja más elevaba el suyo la señora, mientras D. Benigno desde la escalera gritaba sin que le escucharan: "¡Cruz! ¡Sola!" armándose tal laberinto que sin duda hubiera parado en algo desagradable si no se presentara afortunadamente la *Hormiga* á desvanecer aquella confusión, imponiendo silencio y enterándose de lo que la dama quería.

Sorprendida y algo cortada estaba Sola ante aquel brusco modo de ver casas, y pasado el asombro primero, dió en sospechar que otra intención distinta de la manifestada tenía la dama. Aunque ésta le inspiraba miedo, por figurársele que su presencia le anunciaba alguna trapi-

sonda, quiso disimular su temor. Tan bien lo consiguió, que la señora empezó á sorprenderse á su vez de hallar en la protegida de Cordero un semblante tan festivo, un ánimo tan sereno y tal disposición á la complacencia, que dijo para sí con despecho y tristeza:—Ó ésta disimula mejor que yo, ó no hay aquí hombre escondido ni cosa que lo valga.





IERON la casa toda, que la señora encontró más pequeña de lo que creía y bastante oscura en lo interior. Después Sola, que no había tenido tiempo de echarse un mantón por los hombros, ni aún de quitarse el delantal, que era su librea de gala por las mañanas, acompañó á la señora á la sala para que descansase y le pidió indulgencia por el mal pergenio con que la recibía. Considerándose ella como una especie de ama de gobierno más bien que como dueña de la casa, su posición frente á la otra era, en verdad, un poco desairada. Pero no le importaba nada ser allí un poco más ó menos señora, y sentándose á cierta distancia de la visitante, esperó á que Cruzita ó el mismo D. Benigno vinieran á relevarla de su señorío provisional. Cruzita se había encerrado en el gabinete para colgar las jaulas y echar agua á los tiestos, y no se cuidaba de que hubiese ó no en el estrado una persona extraña. Cordero estaba vendiendo, y tampoco podía subir.

En cambio, Juanito Jacobo se adelantaba lentamente pegado á la pared y rozándose con las sillas, como una babosa que marcha pegada á las piedras de una tapia. Con el ceño fruncido, un dedo en la boca y ambas manos teñidas con la pintura de un caballejo de palo, á quien acababa de dar un baño en la cocina, miraba á Sola y á la otra señora, esperando que cualquiera de ellas le llamase.

—¿Es este el niño más pequeño de D. Benigno?—preguntó la dama.

—Sí, señora... ¡y es tan malo!... Ven acá, chico, ven; saluda á esta señora.

El muchacho no se hizo de rogar y vino con ademán de recelo y azoramiento, metiéndose, no ya el dedo, sino toda la mano dentro de la boca. La abundante pintura negra y roja que en los dedos tenía se le pasó á los labios y carrillos.

—Estás bonito por cierto... pareces un salvaje—le dijo Sola.—¿No te da vergüenza de que te vean así, grandísimo tunante?

—No le riña usted.

—¡Eh!... no te acerques á la señora con esas manazas puercas... Tira ese caballo, que está chorreando pintura. Le ha dado ahora por lavar todo lo que encuentra, y el otro día metió en la tinaja los espejuelos de su padre.

—Es un fenómeno de robustez esta criatura—afirmó la señora, acariciándole.

—Eso sí; está más sano que una manzana y come más que un sabañón—dijo Sola—apretándole una nalga y dándole un palmetazo en el cogote para que por el chasquido de las carnazas del chiquillo juzgase la señora de su robustez.

Parecía una madre en plena manifestación de su orgullo de tal.

Juan Jacobo miró á la señora con expresión de desvergüenza, la cual se aumentaba con los manchurrónes de su cara.

—¿Quieres mucho á esta señorita?—le preguntó la dama, dándole un golpe con su abanico.

El muchacho, que apoyaba sus codos en las rodillas de Sola, alzó la pierna para montarse arriba.

—No, no, fuera, fuera...—dijo Sola quitándose de encima la preciosa carga.—No faltaba más... Á fé que es chiquito el elefante para llevarlo en brazos... Quitá allá, mostrenco.

—¿Un hombre como tú no tiene vergüenza de que le coja en brazos una mujer?—le dijo la señora riendo.

—¡Le tenemos tan mimoso...!—dijo Sola con naturalidad.—Como es el más pequeño... Su padre está medio bobo con él, y yo...

No pudo seguir porque el muchacho, que era tan agil como fuerte, saltó de un brinco sobre las rodillas de Sola y echándola los brazos al cuello la apretó fuertemente.

—Ya ve usted...—dijo ella,—me tiene crucificada este sayón... Si le dejaran estaría así todo el día... Vaya, vaya, basta de fiestas... Sí, sí, ya sé que me quieres mucho. Haz el favor de no quererme tanto... Abajo,

abajo... ¡Qué pensará de tí esta señora! Dirá que eres un mal criado, un niño feo...

—No extraño que los hijos de Cordero la quieran á usted tanto...— manifestó la dama.—Es usted tan buena, y les ha criado con tanto esmero... Así está D. Benigno tan orgulloso de usted, y así no concluye nunca cuando empieza á elogiarla. ¡Cómo la pone en las nubes!... Y verdaderamente, el amigo Cordero ha encontrado una joya de inestimable precio para su casa. Yo creo que en el caso presente el agradecimiento le corresponde á él más bien que á usted.

Sola protestó de esta idea con exclamaciones y también con movimientos negativos de cabeza.

—¿Pues qué ha hecho usted sino sacrificarse?—añadió la dama.—Bien podría vivir hoy, si lo hubiera querido, en otra posición, en otro estado, que de seguro sería más independiente... pero dudo que fuera más tranquilo y feliz.

—No creo que para mí pudieran existir posición ni estado mejores que los que ahora tengo—repuso la *Hormiga* con sequedad.

—Verdaderamente así es, porque si no recuerdo mal, usted se encontró después de la muerte de su señor padre, sola y abandonada en el mundo. Me parece haber oído decir que alguien la protejió á usted en aquellos días; pero como andando el tiempo, ese alguien ó se murió ó desapareció, ó no quiso acordarse más de usted, el resultado es, hija mía, que su orfandad no ha tenido verdadero y seguro amparo hasta que este angelical D. Benigno la trajo á su casa. En él tiene usted un padre cariñoso... ¡Oh! páguele usted con un cariño de hija y no busque fuera de esta casa otros afectos ni otro estado de mejor apariencia. Cuidado con casarse; no cambie usted el arrimo honrado de este santo varón por el de cualquier hombrecillo que no sepa comprender su mérito.

Siguió apurando el tema la señora y vino á parar en una filípica contra los hombres, sin especificar si la merecían en el concepto de maridos ó en el de novios ó cortejos; pero deteniéndose de repente, se echó á reír.

—Mas usted dirá que le doy consejos sin que me los pida y que hablo de lo que no me importa.

—No, señora; todo lo que usted dice me parece muy puesto en razón, y es natural que dé el consejo quien tiene la experiencia... Estáte quieto, por amor de Dios, chiquillo...

—Bien, bien—dijo la dama riendo otra vez.—En fin, señora, yo estoy molestando á usted y quitándole el tiempo...

—De ningún modo.

Levantáronse ambas.

—Tiene una hermosa sala el amigo Cordero—indicó la señora, alargando la mano á Sola, y observando al mismo tiempo las cortinas blancas, las rinconeras, los candeleros de plata y las plumas de pavo real.—La parte de la casa que da á la calle me parece muy bonita... En fin, en mí tiene usted una servidora... Adios, hermoso, dame un beso... ¡Ah! ¿no sabe usted lo que me ocurre en este momento?

La señora, que ya iba en camino de la puerta, se detuvo, retrocedió algunos pasos y mirando á Sola fijamente, le dijo así:

—Me olvidaba de hacer á usted una pregunta.

Sola esperó, palideciendo un poco, por sentir corazonada de que la tal pregunta iba á ser de cosa triste. Su instinto zahorí lo adivinaba y parecía leer en los ojos de la hermosa dama la pregunta misma con todas sus palabras antes de que la primera de éstas fuese pronunciada.

—Dígame usted—preguntó la señora, afectando poco interés,—aquel caballero, aquel joven, aquel, en fin, á quien usted llamaba su hermano, ¿dónde está?

—No lo sé, señora—replicó Sola pasando bruscamente de la palidez al rubor.—Hace tiempo que no sé nada.

—¿Vive, ó qué es de él?

—No sé una palabra. Hace dos años que no me escribe... ¿Usted sabe algo?

El rubor desapareció en ella dejándola en su natural color y aspecto tranquilo.

—Dos años justos hace que tampoco sé nada... Es muy particular...

Para la astuta dama no pasó inadvertida la circunstancia de que si la joven se turbó al recibir la primera impresión de la pregunta, supo contestar con serenidad á ella. Ya fuese por disimulo, ya porque realmente se interesaba poco por el personaje recordado tan bruscamente, no se afectó como la otra creía.

—Ó está aquí, pensó la dama—y la muy pícara lo oculta con admirable disimulo, ó si no está, ella no se cuida ya de él para maldita la cosa.

—Quiero ser franca con usted—dijo después de ligera pausa, en que la miró á los ojos como se miraría en un espejo.—Me dijeron hace días que había estado en Madrid y que D. Benigno le había ocultado en su casa.

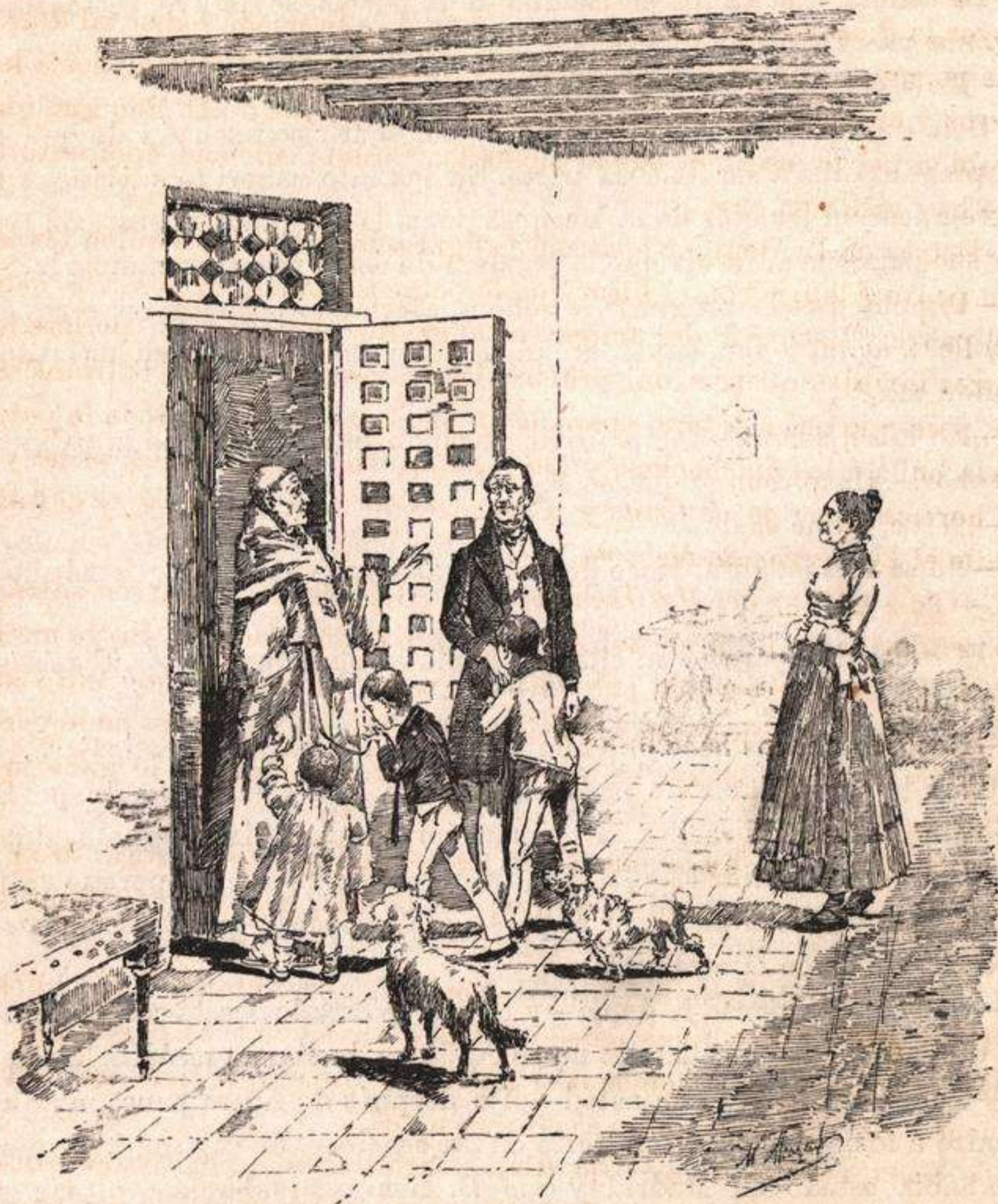
—¡Aquí!... ¡señora!—exclamó Sola echando sorpresa por sus ojos con tanta naturalidad que la dama no pudo menos de sorprenderse también.

—La han engañado á usted... Apuesto á que Pipaón... ¡Ah! ese buen don Juan miente más que habla... Todos los días viene contando unas patrañas que nos hacen reir. En cuanto á ese desgraciado, yo creo que no puede ocultarse aquí ni en ninguna parte...

—¿Por qué?

—Yo tengo mis razones para creer... Sí, bien lo puedo asegurar casi sin temor de equivocarme: mi hermano ha muerto.

Parecía que iba á llorar un poco; pero no lloró ni poco ni mucho. La



dama vaciló un momento entre la emoción y la incredulidad. Llevóse el pañuelo á la boca como si quisiera poner á raya los suspiros que contra todas las leyes del disimulo querían echarse fuera, y dijo esto:

—¡Válganos Dios, y cómo mata usted á la gente!... Con permiso de usted no creo...

¡Horrible y nunca oída algazara! Quiso el Demonio, ó por mejor hablar, Doña Cruzita, que en el momento de decir la señora *no creo*, se abriese la puerta del gabinete y diera salida á dos falderillos, un doguito y un pachón que soltando á un tiempo el ladrido atronaron la sala; y como por la misma puerta venía el chillar de los pájaros, y como de añadidura subían por la angosta escalera los tres chicos de Cordero, procedentes de la escuela, se armó un estrépito tal que no lo hiciera mayor la diosa misma de la jaqueca, caso de que pueda haber tal diosa. Los perros se tiraban á acariciar á los Corderillos, los Corderillos á los perros y en medio del tumulto se oyó la pacífica voz de D. Benigno que también por la escalera subía diciendo: "orden, silencio, compostura, que hay visita en casa."

Detrás de D. Benigno apareció la figura de Zurbarán, á quien llamaban padre Alelí, y con el furor que los chicos ponían en besar la mano del padre y la correa del amigo, se aumentó el estruendo, porque los perros también querían dar pruebas de su veneración con ladridos. Al fin, para que nada faltara, apareció Doña Cruzita echando toda la culpa de la bulla á los muchachos, y les llamó *perros* y á los perros *nenes* y á su hermano *borrego de Cristo* y á Sola *Doña Aquí me estoy*, y al buen fraile el *Zancarrón de Mahoma*.

—Cállate, *Cruz del Mal Ladrón*—dijo Alelí riendo, y guarda adentro toda esta jauría del Infierno... ¡Oh! Cuánto bueno por aquí. Sí, ya me ha dicho Benigno que había subido usted á ver la casa. ¿Y qué tal? tiene magníficas vistas nocturnas el patio, y en jardines colgantes no le ganaría Babilonia, así como en diversidad de alimañas no le ganaría el Africa entera.

La dama habló un momento de las condiciones de la casa; después se despidió para marcharse, porque era la una, hora sacramental de la comida.

—Un momento, señora—dijo D. Benigno, ahuyentando á sus hijos y á los perros.—Aquí tiene usted al buen Alelí con más miedo que un masón delante de las comisiones militares. Usted que tiene valimiento puede sacarle de este apuro. Figúrese usted...

—Nada, nada, señora—dijo Alelí nerviosamente, con extraordinaria recrudescencia en el temblor de su cabeza sobre el cuello que parecía de alambre.—No es más sino que hace un rato se ha metido por la puerta de mi celda un emigrado, un terrible *democracío* que se ha colado

en España sin pedir permiso á Dios ni al Diablo, y con palabras angustiosas me ha rogado que le ampare y le esconda allí...

—¿Y qué es un *democracio*?—preguntó la dama riendo.

—Un perdis, un masón, un liberalote, un conspirador, un *democracio*, así les llamamos.

—¿Y cuál es su nombre?

—Eso, señora—dijo Alelí con gravedad,—no lo revelaré, pues aunque estoy decidido á no tenerle oculto más que el tiempo necesario para que reciba contestación escrita de los que puedan ó quieran protegerle mejor, no cantaré quien es, aunque me ahorquen. Confío en la discreción de todos los presentes. Bien saben que no amparo conspiradores contra mi Rey y la religión que profeso, y si á éste he amparado, hícelo porque me juró que no venía acá para armar camorra, sino para corregirse y vivir pacíficamente, confiado en el perdón que espera alcanzar de Su Majestad.

—Sabe Dios á qué vendrá mi hombre—dijo Cordero, gozándose en aumentar el susto de su amigo.—Me parece que de la Trinidad Calzada van á salir sapos y culebras si Calomarde no da una vuelta por allí.

—Yo me lavo las manos... y callandito, que estamos hablando más de la cuenta. Benigno, á comer se ha dicho. Esta señora nos va á acompañar á hacer penitencia.

Rehusando los obsequios é invitaciones de aquella buena gente retiróse la dama con harto dolor suyo, por no poder alcanzar el fin de la interesante noticia que el fraile traía del convento. Por la calle iba pensando en el desconocido que se acogía al amparo de la celda de Alelí. Al llegar á su casa encontró á Pipaón que la aguardaba.

—¡Necio!—exclamó, sentándose muy fatigada.—En casa de Cordero no hay nada... Como siga usted rastreando de este modo, pronto le dedicará Calomarde á coger moscas... Pero una feliz casualidad...

—¿Ha descubierto usted...?

—Sí, hombre, ¿qué cosa habrá que yo no descubra? Vea usted por donde... Déjeme usted que descanse.

—En Gracia y Justicia se sabe que continúa funcionando en Francia, más envalentonado que nunca, el famoso *Directorio provisional del levantamiento de España contra la tiranía*.

—Noticia fresca.

—Se sabe—añadió Pipaón dándose mucha importancia—que constituyen el tal *Directorio* los patriotas, ó dígase perdularios, Valdés, Sancho, Calatrava, Istúriz y Vadillo.

—Que Mendizabal es el depositario de los fondos.

—Que Lafayette les proteje ocultamente y les busca dinero, y finalmente que han enviado á Madrid á cierto individuo con nombre supuesto...

—El cual, ó yo soy incapaz de Sacramento, ó está en el convento de la Trinidad Calzada.

Pipaón abrió su boca todo lo que su boca podía abrirse, y después de permanecer buen rato haciendo competencia á las carátulas de mármol que de antiguo existen en los buzones del correo, repitió con asombro:

—¡En la Trinidad Calzada!





XI



El padre Alelí amenizó la comida con su charla, que habría sido la más sabrosa del mundo, si por efecto de los muchos años no tuviera la cabeza tan desvanecida y descuadernada que todo era desorden y divagaciones en sus discursos. Sucedió que el buen señor empezaba á contar una cosa, y sin saber como se escurría fuera del tema principal, y pasando de un incidente á otro hallábase á lo mejor á cien leguas del punto á donde quería ir. Era hombre que antes de llegar á la decrepitud, tuvo una memoria fresquísima y una chispa especial para contar cosas pasadas y presentes; pero estaba ya tan débil de cascos que de aquel recordar prodigioso y de aquel arte admirable para la narración ya no quedaba más que una facundia deshilvanada, un chorrear de ideas y palabras, y un grandísimo enfado si alguien le interrumpía ó intentaba llamarle al orden.

—Puesto que quereis conocer el caso del *democracio* que se ha metido

por las puertas de mi celda—dijo al principiar la comida,—os lo voy á contar como se deben contar las cosas, con todos sus pelos y señales. Empecemos por donde debe empezarse. Pues señor... iba yo por la calle de Carretas arriba, y al llegar á la esquina de Majaderitos veo que viene hacia mí un elefante con los brazos abiertos. Era para causar espanto á cualquiera la acometida de aquel mónstruo con sotana y manteo; pero yo, que conozo á mis fieras, me dejé abrazar y le abracé también con mucho gozo. “¿Cómo va? Bien, ¿y tú, gigantón?,”... En fin, para no cansar, era Juan Nicasio Gallego. Ya sabeis que fué discípulo mío en Salamanca, donde leí sagrados cánones por los años de 792 á 794. Era entonces Nicasio el jayán más guapote que había salido de la tierra del garbanzo; sus disposiciones eran grandes, tan grandes como su pereza, y hubiéramos tenido en él un acabado canonista si no cayera en la tentación de enamorarse de Horacio y Virgilio, fomentadores de la holgazanería. El bribón de Melendez le tomó mucho cariño, y lo mismo el calzonazos de Iglesias, que fabricó su reputación con chascarrillos... Yo digo que si Iglesias no se llega á morir á los treinta y ocho años hubiera puesto el Breviario en epigramas... Pero sigo contando con orden. Quedamos en que una tarde paseábamos por el Zurguén el maestro Pelaez, Melendez, Gallego y yo. Por aquellos días había venido la noticia de la degollación de Luis XVI, y estábamos consternados, muy consternados, atrocmente consternados. Á mí no me digan, ¿hay en la historia antigua ni moderna un crimen tan atroz?...

—Por vida de Sancho Panza—dijo D. Benigno riendo,—que eso se parece al cuento del hidalgo y el labrador... ¿Á dónde va usted á parar con sus divagaciones, ni qué tiene que ver Luis XVI con el poeta zamorano?...

—Allá voy, hombre, allá voy—replicó Alelí muy amostazado.—Yo sé lo que cuento y no necesito de apuntadores.

—Sepamos ante todo lo que le dijo Gallego en la esquina de Majaderitos, si es que esto tiene algo que ver con el cuento del *democracio*.

—Seguramente tiene que ver. Gallego es también un grande y descomedido *democracio*, y á eso iba... Pues me contó Juan Nicasio cómo le está engañando Calomarde, fingiéndole protección, y cómo el Rey le ha prometido no sé cuántas prebendas sin darle ninguna. Además, el hombre está temblando porque le han delatado por franc-masón, y bien sabemos todos que el año 8 fué empleado de los liberales en Cádiz, y el año 10 diputado en las pestíferas Córtes.

—Eso de pestíferas no pasa—exclamó Cordero, dando un golpe en la

mesa con el mango del tenedor.—Repórtese el fraile ó se sabrá quién es Calleja.

—Vete con dos mil demonios.

—Siga el cuento.

—Sigo, y no interrumpirme.

—Pero cuidado con echar por los cerros de Úbeda.

—Que diga Sola si voy mal.

—Va admirablemente—replicó ella sonriendo.—Eso se llama contar bien, y no falta sino saber lo que dijo ese señor *gallego* ó asturiano.

—Pues dijo que está empleado en la biblioteca del duque de Frías y que hace poco le fueron á prender por revoltoso, y equivocándose los de policía, en vez de cogerle á él cogieron al archivero y le plantaron en la carcel. Cuando el Rey lo supo se rió mucho, y dijo á Calomarde: "*Tan malos sois como tontos.*" Después, Gallego fué á ver al Rey, y como éste tiene debilidad por los poetas... Ya sabeis cuánto se entusiasma con Moratín. ¡Ah! hace dos años que murió ese buen hombre y yo me acuerdo, como si fuera de ayer, de haberle visto trabajando en la platería de su tío el joyero del Rey. Creo haberos contado que Moratín tuvo una novia, una tal Doña Paquita, hija de la dueña de la casa donde vivía *Mustafá*. Ya sabeis que así llamábamos al pobre Juan Antonio Conde, por ser escritor de cosas de moros.

—Nos lo ha contado unas doscientas veces—dijo Cordero al oído de Sola.

—No sabíamos eso—añadió ésta en voz alta, para no desanimar al bondadoso fraile.—¿Con que Moratín...?

—Sí, hija mía, estuvo enamorado de esa Doña Paquita, habitante en la calle de Valverde con su madre, la señora Doña María Ortiz, qu fué el pintiparado modelo de la saladísima Doña Irene de *El sí de las niñas*. Moratín ya no era mozo y Doña Paquita apenas tendría los diez y ocho años, es decir, que con veinte de por medio entre los dos, ¡qué había de suceder...! Leandro, enamorado como suelen estarlo los machuchos que se reverdecen, la niña afectando acceder por timidez, por hipocresía ó por agradecimiento, hasta que vino el desengaño, un desengaño cruel, horrible...

—¡Barástolis!... señor don Plomo—exclamó Cordero con repentino enfado,—que estamos hartos de oírle contar lo de Moratín y Doña Paquita. ¿Qué tiene eso que ver ni con el amigo que encontró en Majaderitos, ni menos con el *democracio* que está escondido en la Trinidad?

—Á ello voy, á ello voy, señor don Azogue—replicó Alelí enojándose

también.—Pues qué, ¿no se han de contar los antecedentes de los sucesos? Precisamente iba á decir que en el momento de despedirme de Gallego acertó á pasar ese muchacho americano, Veguita, un enredador-zuelo que dió que hablar cuando aquella barrabasada de los *Numantinos* y fué castigado con dos meses de encierro en nuestra casa para que le enseñáramos la doctrina. El tal es de buena pasta. Pronto le tomamos afición. Cantaba con nosotros en el coro y rezaba las horas. Yo le daba golosinas y le hacía leer y traducir autores latinos, y él me leía sus versos ó me representaba trozos de comedias. Esto lo hace tan perfectamente que si mucho tiene de poeta, más tiene de cómico. Yo le animaba para que abandonase el mundo y entrase en la Orden... ¡Oh, amigos míos!... Cuando uno considera que en nuestra Orden vivió y murió el primero de los predicadores del mundo Fray Hortensio Paravicino, cuya celda ocupó en la actualidad...

—Que te descarrias, que te pierdes—dijo riendo D. Benigno.—Por Dios, querido padre mío, ya está usted otra vez á setecientas leguas de su cuento.

—Iba diciendo que Ventura me besó las manos y después se las besó al *padre de la Constitución*, que así llama á Gallego la gente apostólica, y de esta manera le calificó en su infame delación el religioso agonizante Fray José María Díaz y Jiménez, á quien nuestro soberano llama el *número uno de los podencos* por lo bien que huele, rastrea, señala y acusa toda conspiración y astucia de esos tontainas de liberales. No sé si os he dicho que, según confesión del buen elefante zamorano, Calomarde le odia más que á un tabardillo pintado, y si no fuera porque D. Miguel Grijalva, amigo mío y de Nicasio, vió á Su Majestad y le llevó aquel famoso soneto que hizo Gallego cuando la Reina estaba de parto...

—Al grano, al grano, que eso más que referir sucedidos es marear á Cristo.

—Un poquitin de paciencia, señores. Yo decía que se llegó á nosotros Veguita, á quien, después del encarcelamiento en nuestra casa yo no había visto más que dos veces, una en casa de Norzagaray cuando él y sus amigos ensayaban la comedia de Zabala *Faustina y Gerwal*, y otra en la Puerta del Sol cuando le llevaban preso por tener la audacia de dejarse las melenas largas, al uso masónico. Por cierto que ese atrevidillo se ha dejado crecer un bigote que no hay más que ver, y con aquellos precoces pelos insulta públicamente á la gente que manda, y hace descarado alarde de liberalismo... En una palabra, queridos, Ven-

turilla y Gallego empezaron á hablar del censor de teatros Reverendo padre Carrillo, y excuso deciros que le pusieron como siete caños porque no deja resollar á los autores. Después... y aquí entra lo principal de mi cuento...

—Gracias á Dios... Aleluya.

—Pues Veguita dijo una cosa al oído de Gallego... y después acercóse á mí poniéndose de puntillas, porque él es muy pequeño y yo más que regularmente alto, y me dijo también cuatro palabras al oído.

—¿Qué?—preguntó con mucha curiosidad Cordero.

—Pues no faltaba más sino que os fuera á revelar lo que se me confió como un secreto.



XII



ARÁSTOLIS! que estamos enterados—dijo Cordero comiéndose las últimas almendras del postre.

Pero el famoso Alelí no paró mientes en estas palabras, y empezó á rezar en acción de gracias por la comida. Poco después se habían levantado los manteles, y los muchachos, bien fregoteadas las

manos y la boca, tornaron á la escuela. D. Benigno, que acostumbraba dormir muy breve siesta, la suprimió aquel día y bajó sin demora á la tienda porque la comida había sido aquel día más larga que de ordinario. Doña Cruzita, que no podía pasarse sin su regalado sueño de dos ó tres horas, se fué á su cuarto, llevando en un plato las golosinas con que solía obsequiar en tal hora á sus queridas alimañas, y tras ella se fué Juan Jacobo, con el sombrero del padre Alelí encajado en la cabeza hasta tocar los hombros, y en la mano un látigo que él mismo había hecho con una orilla de paño amarrada al mango roto de un molinillo de chocolate. Alelí buscó el blando acomodo de un sillón que en el testero del comedor estaba, y que parecía decir *dormid en mí* con la suave hondura de su asiento, la inclinación de su viejo respaldo gordinflón y la curva de sus cariñosos brazos. Allí dormía antaño la siesta Doña Robustiana, y allá solía hacer sus digestiones el buen Alelí, las cuales no eran difíciles, por ser él la sobriedad misma.

Para mayor comodidad Sola le ponía delante una silla para que estirase las piernas, y tras de la cabeza una mofletuda almohada de su propia cama, con lo que el padre estaba tan bien, que ni en la misma gloria. Aquella tarde, cuando Sola trajo silla y almohada, el fraile le

tomó una mano; y mirándola con sus ojos soñolientos, le dijo:—Cordera...

Sonriendo como la misma bondad sonreiría, Sola acomodó en la almohada la venerable cabeza que parecía la de un santo, y dijo así:

—¿Qué me quiere Su Reverencia?

—Cordera—murmuró el fraile sonriendo también como un bienaventurado,—vete al cuarto de Benigno, y en el chaquetón, bolsillo de la izquierda... ¿entiendes?

—Sí, un cigarrito.

—Se me olvidó pedírselo antes que bajara...

Ni medio minuto tardó la joven en traer el cigarrito, y con él la lumbre para encenderlo.

—Es que quiero echar una fumada para despabilarme, porque desearía no dormir siesta... ¿entiendes, paloma?

Como el fraile estaba con la cabeza echada atrás, en la más blanda y cómoda postura que pueden apetecer humanos huesos, Sola no quiso que se incorporase y ella misma le encendió el cigarro en el braserillo, no siendo aquella la primera vez que tal cosa hacía. Chupó un poco con la inhabilidad que en tal caso es propia de mujeres (como sean hombrunas), y cuando logró hacer ascua de tabaco, no sin perder mucha saliva, presentó el cigarro á su amigo, cerrando los ojos por el picor que el humo le causaba en ellos.

—Gracias, gracias, serafin de esta casa. Comprendo muy bien que ese santo varón... Pues, hija de mi alma, quiero despabilarme con este cigarrito, porque necesito hablarte de una cosa grave, delicada, digo mal, archi-delicadísima.

Á Sola le pasó una nube por la frente, quiero decir, que se puso seria y pensativa.

—Tiempo hay de hablar todo lo que se quiera—dijo, inclinada sobre uno de los brazos del sillón en que el religioso estaba.—Duerma su Reverencia.

—Bueno, hijita, con tal que me llames á las tres y media...

—Eso es poco. Á las cinco.

—No, no. Si me duermo, no podré hablarte del susodicho negocio, y lo he prometido, cordera, he prometido que esta tarde misma...

Esto decía cuando llegó un corpulento y bellissimo gato, que solía echar sus dormidas en el mismo sillón donde estaba Alelí, y viendo ocupado aquel lugar delicioso, dió algunas vueltas por delante con rostro lastimero. Al fin discurriendo que había sitio para todos, subió al regazó

del fraile y como encontrara agasajo, se enroscó y se echó á dormir como un bendito.

A poco de esto oyóse un ruido estrepitoso, y fué que Juanito Jacobo había cogido una bandeja de latón vieja, que olvidada estaba en la despensa, y venía batiendo generala sobre ella con el palo del molinillo, tan fuertemente que habría puesto en pié, con el estrépito que hacía, á los siete durmientes. Acudió Sola y le trajo prisionero por un brazo.

—¡Condenado chico! ¿No sabes que está tu tía durmiendo la siesta?... Ven acá: suelta eso... Ya, ya es tiempo de que tu padre te mande á la amiga... Riñale, padre Alelí. No se le puede aguantar. Cuando el señorito está de vena, parece que hay un ejército en la casa.

Diciendo estó, Sola le iba quitando sombrero, bandeja y palo, y después de sentarse le acercó así y le acarició pasando suavemente su mano por los hermosos cabellos del niño.

—Si hace bulla—dijo Alelí acariciando también con su mano los rizos,—no le traeré á mi señor don Juan Jacobo las hostias que le prometí, ni las velitas de cera, ni el San Miguel de alcorza... Pues te decía, hija, que ahora vamos á hablar los dos de un asunto superlativamente delicado... Mira, vuelve al chaquetón de Benigno y tráeme otro cigarrito, ó mejor dos.

Sola hizo lo que le mandaba el reverendo y se volvió á sentar aguardando aquello tan delicado que manifestarle quería. Durante un rato no pequeño, los dos estuvieron callados, y Alelí fijaba sus ojos en el reloj, que era de los antiguos con las pesas colgando al descubierto. La péndola se paseaba lenta y solemnemente en el breve espacio que las leyes de la gravedad y las de la mecánica le señalan, y así marcaba con el tono más severo el compás de la vida. Sola, por mirar algo, que es acto preciso á las meditaciones, miraba á la Creación, gran lámina que con otra representando el monumento de la Catedral de Toledo, decoraba artísticamente el comedor. En la primera estaban nuestros primeros padres en el traje que es de suponer, en medio de un fértil país poblado de todas suertes de animales, recibiendo la bendición del Padre Eterno, que muy barbado y envuelto en una especie de capote se asomaba por un balcón de nubes.

—¡Qué buenos cigarros tiene Benigno!—dijo Alelí, que al fin había encontrado la fórmula del exordio.—Pero mejor que sus cigarros es él mismo. Te digo con toda verdad que yo he visto muchos hombres lue-ncs, pero ninguno como nuestro Benigno. Es el corazón más puro y la voluntad más cristiana que he conocido en mi larga vida; es incapaz de

hacer nada malo y capaz de las bondades más grandes. Su razón es firme, sus sentimientos generosos, su vida la carrera del bien. No aborrece á nadie, y cuando quiere, quiere con toda su alma. Tiene un caracter entero para hacer frente á las adversidades, y en las bienandanzas no puede vivir contento si no distribuye su ventura entre los que le rodean, quedándose él con la absolutamente precisa para no ser desventurado. Si tú nos oyes diciéndonos majaderías, es por lo mucho que nos queremos. Él me llama *Tío Engarza-Credos*, y yo le llamo *Don Leño ó Chirivitas*, y así nos reimos. Eso sí, en ideas políticas somos, como quien dice, el *toma* y el *daca*, lo más opuesto que puede existir; pero estos arrumacos de la política no han de tocar, no, á las cosas del alma ni á la amistad... Porque yo digo, ¿qué me importa que Benigno tenga la manía de leer á ese perdido hereje de Rousseau, si por eso no deja de ser buen cristiano y de obedecer á la Iglesia en todo?... Viva Benigno, y viva con su pepita, es decir, con su *Emilio* y su *Contrato social*, que así me cuido yo de estas cosas como de los que ahora se están afeitando en la luna... No creas tú, los padres del convento me critican por esta tolerancia mía, y yo les contesto: "vale más un amigo en la mano que cien teorías volando." Mi caracter es así; en burlas disputo y machaco como todos los españoles; pero antes que tronos y repúblicas, antes que congresos y horcas está el corazón... ¡Cómo me reí una tarde hablando de esto! Paseaba yo á eso de las cinco por Atocha con dos hombres de ideas contrarias, D. José Somoza, liberal, poeta, hombre ameno y dulce y cabal si los hay, y D. Juan Bautista Erro, absolutista siempre, ahora apostólico vergonzante. Pues señor...

—Paréceme—dijo Sola, cortando la digresión, que le parecía muy importuna—que se resbala usted, como dice D. Benigno. Ya está sabe Dios á cuántas leguas de lo que me estaba contando...

—¡Ah! Sí, perdona, hija... me distraje. Te decía que ese bendito amigo juan-jacobesco es el mejor tragador de pan y garbanzos que he conocido, y que ahora ha dado en la flor de querer casarse...

—¡Casarse!—exclamó Sola poniéndose encarnada.

—¿Te asombras, hija?... Más me asombré yo... No, no, no me asombré; al contrario, me pareció muy natural. Le conviene por mil razones; y ahora te pregunto yo: cuando Benigno tome estado, ¿no será para tí un gran motivo de amargura el salir de esta casa, donde has sido tan amada, y separarte de estos chicos que has criado y que como á madre te miran?...

El padre Alelí fijó en ella sus ojos, ávidos de leer en los de la joven

lo que de su alma saliese al rostro, si es que algo salía. El buen fraile, que á pesar de su decrepitud llena de perturbaciones mentales, conservaba algo de su antigua penetración, creyó ver en Sola una pena muy viva. Esto le hacía sonreír, diciendo para su sayo: "mujercita tenemos.."

—D. Benigno no se casará—dijo ella.—¿Será posible que caiga en tan mala tentación? Yo de mí sé decir que si salgo de esta casa me moriré de pena; tan tranquila, tan considerada y tan feliz he vivido en ella. Y luego, estos diablillos del cielo, como yo les llamo; estos muchachos, á quienes quiero tanto sin ser míos, y no tengo mejor gusto que ocuparme de ellos... No, digo que D. Benigno no se casará. Sería un disparate; ya no está en edad para eso.

—¿Qué dices ahí, tontuela?—exclamó Alelí incorporándose con enojo, —¿con que mi amigo no está en edad de casarse? ¿Es acaso algún viejo chocho, está por ventura enfermo? No, más sana y limpia está su persona y su sangre noble que la de todos esos mozuelos del día.

Esto decía cuando Juan Jacobo, cansado de estarse quieto tanto tiempo y no teniendo interés en la conversación, empezó á tirarle de los bigotes al gato que dormido estaba en la falda del fraile. Sentirse el animal tan malamente interrumpido en su sueño de canónigo y empezar á dar bufidos y á sacar la uñas fué todo uno. Alborotóse el fraile con los rasguños, y dió un coscorrón al chico, Sola le aplicó dos nalgadas y todo concluyó con enfadarse el muchacho y coger el gato en brazos y marcharse con él á un rincón donde le puso el sombrero del mercenario para que durmiera.

—Eso es, sí, está mi sombrero para cama de gatos—refunfuñó Alelí.

—¡Jesús qué criatura!... le voy á matar—dijo Sola amenazándole con la mano. Trae acá el sombrero.

Juan trajo el sombrero, y aprovechándose del interés que en la conversación tenían el fraile y la joven, rescató su molinillo y su bandeja y bajó á la tienda para escaparse á la calle.

—Vaya con la tonta—dijo Alelí continuando su interrumpido tema.— Si Benigno es un muchacho, un chiquillo... Si me parece que fué ayer cuando le ví arrastrándose á gatas por un cerrillo que hay delante de su casa... ¡Qué piernazas aquellas, qué brazos y qué manotas tenía! ¡Y cómo se agarraba al pecho de su madre, y qué mordidas le daba el muy antropófago! Yo le cogía en brazos y le daba unos palmetazos en los muslos... Sabrás que fuí al pueblo á restablecerme de unas intermitentes que cogí en Madrid cuando vine á las elecciones de la Orden. Entonces conocí al bueno de Jovellanos, un Voltaire encubierto, dígame lo que se

quiera, y al conde de Aranda, que era un Pombal español, y á mi señor D. Carlos III, que era un Federico de Prusia españolizado...

—Al grano, al grano.

—Justo es que al grano vayamos. Cuando Nicolás Moratín y yo disputábamos...

—Al grano.

—Pues digo que Benigno es un mozalvete. ¿No ves su arrogancia, su buen color, sus bríos? Bah, bah... Oye una cosa, hijita: Benigno se casará, tú te quedarás sola, y entonces será bien añadir á tu nombre otra palabra, llamándote *Sola y monda* en vez de *Sola á secas*. Pero aquí viene bien darte un consejo... ¿Sabes, hija mía, que me está entrando un sueño tal, que la cabeza me parece de plomo?

—Pues deme Su Reverencia el consejo y duérmase después—repuso ella con impaciencia.

—El consejo es que te cases tú también, y así del matrimonio de Benigno no podrá resultar ninguna desgracia... ¡Qué sueño, santo Dios!

Sola se echó á reir.

—¡Casarme yo!... Qué bromas gasta el padrito.

—Hija, el sueño me rinde... no puedo más—dijo Alelí luchando con su propia cabeza que sobre el pecho se caía, y tirando de sus propios párpados con nervioso esfuerzo para impedir que se cerraran cual pesadas compuertas.

—Otro cigarrito.

—Sí... chaquetón... humo—murmuró Alelí, cuya flaca naturaleza era bruscamente vencida por la necesidad del reposo.



XIII



OLA corrió á buscar el despertador y á su vuelta encontró al pobre religioso más que medianamente dormido, la cabeza inclinada á un lado, la boca entreabierta, roncando como un viejo y sonriendo como un niño. No quiso despertarle, aunque estaba curiosa por saber en qué pararía aquel asunto del

casamiento de su protector. Ella sospechaba la intención del fraile y todo el intríngulis de aquella conferencia cortada por el sueño, y gozaba interiormente considerando los rodeos y la timidez de su protector.

Acomodó la cabeza del anciano en la almohada, le puso una manta en las piernas para que no se enfriase, y le dejó dormir. Sentada en una silla al pié de la Creación le miró mucho, cual si en el semblante fraileesco estuvieran estampadas y legibles las palabras que Alelí había dicho y las que no había tenido tiempo de decir. Profundo silencio reinaba en el comedor. Oíase, sin embargo, el paseo igual y sereno de la péndola y un roncar lejano, profundo, que tenía algo de la trompa épica, y era la melopea del sueño de Doña Cruzita cantada en tonante estilo por sus órganos respiratorios. Los del reverendo Alelí no tardaron en unir su autorizada voz á la que de la alcoba venía, y sonando primero en aflautados preludios, después en períodos rotundos, llegaron á concertarse tan bien con la otra música, que no parecía sino que el mismo Haydn había andado en ello.

Entre las dos ventanas de la pieza, que recibían de un patio la poca luz de que éste podía disponer, estaba un armario lleno de loza fina, tan bien dispuesta que bastaba una ojeada para enterarse de las distintas

piezas allí guardadas. Las copas puestas en fila y boja abajo, sustentando cada cual una naranja, parecían enanos con turbantes amarillos. En to las las tablas las cenefas de papel recortado caían graciosamente formando picos como un encaje, y de este modo los arabescos de la loza tenían mayor realce. Algunas cafeteras y jarras echaban hacia fuera sus picos como aves que, después de tomar agua, estiran el cuello para tragarla mejor, y las redondas soperas se estaban muy quietas sobre su plato, como gallinas que sacan pollos. En el chinesco juego de té que regalaron á D. Benigno el día de su santo, las tacitas puestas en círculo semejando la empolladura recién salida y piando junto á la madre. Un alto y descomedido botellón cuya boca figuraba la de un animalejo, era el rey de toda aquella muchedumbre porcelanesca y parecía amenazar á las piezas vasallas con cierta ley escrita en el fondo de una fuente. Era un letrero dorado que decía: "*Me soy de Benigno Cordero de Paz. Año de 1827.*"

Junto al armario había una silla de tijera en la cual estaba Sola, con los brazos cruzados. Miraba á Alelí, á la lámpara de cuatro brazos, á la Creación, al monumento de Toledo y al suelo cubierto de estera común. También fué objeto de sus miradas el aguamanil, cuya llavecita un poco desgastada, dejaba caer una gota de agua á cada diez oscilaciones de la péndola. La caja de latón en que estaba el agua tenía pintado un pajarillo picando una flor, con tan desdichado arte, que más bien parecía que la flor se comía al ave. También miraba Sola al techo, donde había cuatro ligeras manchas de humo correspondientes á los cuatro *quinquets* de cada uno de los brazos de la lámpara. Tales manchas eran las únicas nubes que empañaban el azul de aquel cielo de yeso que en verano se estrellaba de moscas.

La joven dirigía sus ojos á todas estas partes, cual si estuviese buscando sus pensamientos perdidos y desparramados por la estancia. Creeríase que habían salido á holgar volando como mariposas á distintos parajes, y que su dueña los iba recogiendo uno á uno ó dos á dos para traerlos á casa y someterlos al yugo del raciocinio.

Y así era en efecto. Ella tenía que concertar algo en su cabeza y discurrir. Convidábanle á ello la soledad en que estaba y la suave sombra que empezaba á ocupar el comedor dominando primero los ángulos, el techo, y extendiéndose poco á poco y avanzando un paso al compás de los que daba la péndola. Las voces, ó dígase ronquidos, se apagaron un momento cual si los músicos que las producían descansasen para tomar más fuerza. La de Doña Cruzita empezó luego á crecer, á crecer, desa-

fiando á la del padre Alelí. La de éste sonaba entonces en el registro del camarillo pastoril y parecía convidar á la égloga con su gorjeo cariñoso.

Y en tanto el murmullo de Cruzita se tornaba de llamativo en provocador y de provocador en insolente como si decir quisiera: "en esta casa nadie ronca más que yo.,,"

Indudablemente Sola discurría con muy buen juicio en medio de estas músicas. Estaba pensando que era un disparate vivir tanto tiempo en un mundo quimérico. La edad avanzaba; la juventud, aunque todavía rozagante y lozana en ella, había dejado ya atrás una buena parte de sí misma. Su vida marchaba ya muy cerca de aquel límite en que están la razón y la prudencia, las posibilidades y las prosas, de tal modo que las ilusiones se iban quedando atrás envueltas en brumas de recuerdos, mal iluminados por la luz vespertina de esperanzas desvanecidas. La fantasía estaba cansada de su trabajo estéril, de aquella fatigosa edificación de castillos llevados del viento y descompuestos en aire como las bovedillas de la espuma, que no son más que juegos del jabón trasformándose por un instante en pedrería de mil matices. Llegaba Doña *Sola* y *Monda* á la edad en que parece verificarse en la mente un despejo de todas las jugueterías y figuraciones que traemos de la niñez, y queda aquel aposento de nuestro espíritu limpio de las telarañas que parecen tapices por capricho de la luz filtrada.

El sentimiento de la realidad empezaba á hacer en ella su tardía y radical conquista, y así sentía la imposición ineludible de ciertas ideas. ¿Cómo vivir más tiempo por y para un fantasma? ¿Cómo subordinar toda la existencia á lo que tal vez no tenía ya existencia real ó si la tenía estaba tan distante que su alejamiento equivalía al no existir? ¿No podía suceder que sin quererlo ella misma, se destruyesen en su alma ciertos afectos, y que de las ruinas de éstos nacieran otros con menos intensidad y lozanía, pero con más condiciones de realidad y firmeza?

Tan abstraída estaba que no advirtió cuán bravamente aceptaba la voz del padre Alelí el reto de los lejanos bramidos de Doña Cruzita, y dejando el tono pastoril, iba aumentando en intensidad sonora hasta llegar á un toque de clarines que habrían infundido ideas belicosas á todo aquel que los oyera. Los cañones respiratorios del reverendo decían seguramente en su enérgico lenguaje: "cuando yo ronco en esta casa, nadie me levanta el gallo.,," Acobardada y humillada por tan marcial alboroto, Doña Cruzita se recogió y se fué aplacando hasta que su música no fué más que un murmullo como el de los perezosos devotos que rezan

dentro de una vasta catedral, y luego se cambió en el sollozo de las hojas de otoño arrancadas por el viento y bailando con él.

Á su vez, el victorioso ronquido de Alelí remedó el fagot de un coro de frailes, y después dejó oír varias notas vagas, suspironas, fugitivas como los murmullos del órgano cuando el organista pasa los dedos sobre el teclado en tanto á que el oficiante le da con sus preces la señal de empezar. La música roncadora se había hecho triste, coincidiendo con la oscuridad casi completa que llenaba la pieza.

Pero el alma de Doña *Sola y Monda* no estaba triste. Había echado una mirada al porvenir y lo había visto placentero, tranquilo, honroso y honrado. Su corazón al declararse vencido por las realidades un poco brutales como conquistadores que eran, no estaba vacío de sentimientos, antes bien se llenaba de los efectos más puros, más delicados, más profundos. La vida nueva que se le ofrecía, debía inaugurarse, eso sí, con un poco de tristeza; pero ¡cuánta dignidad en aquella nueva vida! ¡qué hermoso realce en la personalidad! ¡qué ocasión para mostrar los más nobles sentimientos, tales como la abnegación, la constancia, la fidelidad, el trabajo! ¡qué ocasión para perfeccionarse constantemente y ser cada día mejor, realizando el bien en todas las formas posibles y gozando en el sostenimiento de esa deliciosa carga que se llama el deber!

¿Pero qué estruendo, qué fragor temeroso era aquel que Sola sentía tan cerca y que interrumpía sus discretos pensamientos en lo mejor de ellos? Sonaban ya sin duda las trompetas del Juicio Final, pues no de otro modo debían llamarse los destemplados y altisonos ronquidos de Cruzita y el padre Alelí. Los de éste se detuvieron bruscamente, cual si fuera á despertar, y oyóse su voz que entre sueños decía:

—Vete, vete de mi celda, terrible *democracio*... ¿Qué buscas aquí? ¿á qué vienes á España y á Madrid, si no es á que te ahorquen?... ¡Vuélvete á la emigración de donde jamás debiste salir!... ¡conspirador... vagabundo!

Doña Sola y Monda se acercó al fraile para oír mejor lo que entre-dientes seguía diciendo.

Alelí extendió los brazos quedándose un buen rato como un crucifijo en sabroso estiramiento de músculos, y con voz clara y entera dijo así:

—Esproncedilla... busca-ruidos... vagabundo, no me comprometas... vete de mi celda.

Sola se acercó y le tomó una mano.

—¿Pero qué oscuridad es esta? ¿en dónde estoy?

—¡Vaya un modo de dormir y de disparatar!—replicó Sola riendo.

—¿Pues qué, he dormido yo?... Si no he hecho más que aletargarme un instante, cinco minutos todo lo más... Vaya, que se pone pronto el sol en esta dichosa casa... Chiquilla, dame mi sombrero que me voy.

—Primero voy á traer luz—dijo la *Hormiga* saliendo.

Al poco rato volvió con una lámpara, cuyos rayos ofendieron la vista del fraile.

—Yo creí que ya habían empezado á crecer los días... ¿qué hora es? Las cinco y media... Lo dicho dicho, querida señorita... ¿Reflexionarás en lo que te he dicho?

—Pues qué he de hacer sino reflexionar.

—¿Y comprenderás que se te entra por las puertas la fortuna y que vas á ser la más dichosa de las mujeres?

—Pues es claro que sí.

—¡Bendita seas tú y bendito quien te trajo á esta casa!—exclamó Alelí con acento muy evangélico.

Abrióse con no poco estrépito la puerta del comedor y apareció Cruzita de malísimo talante, diciendo:

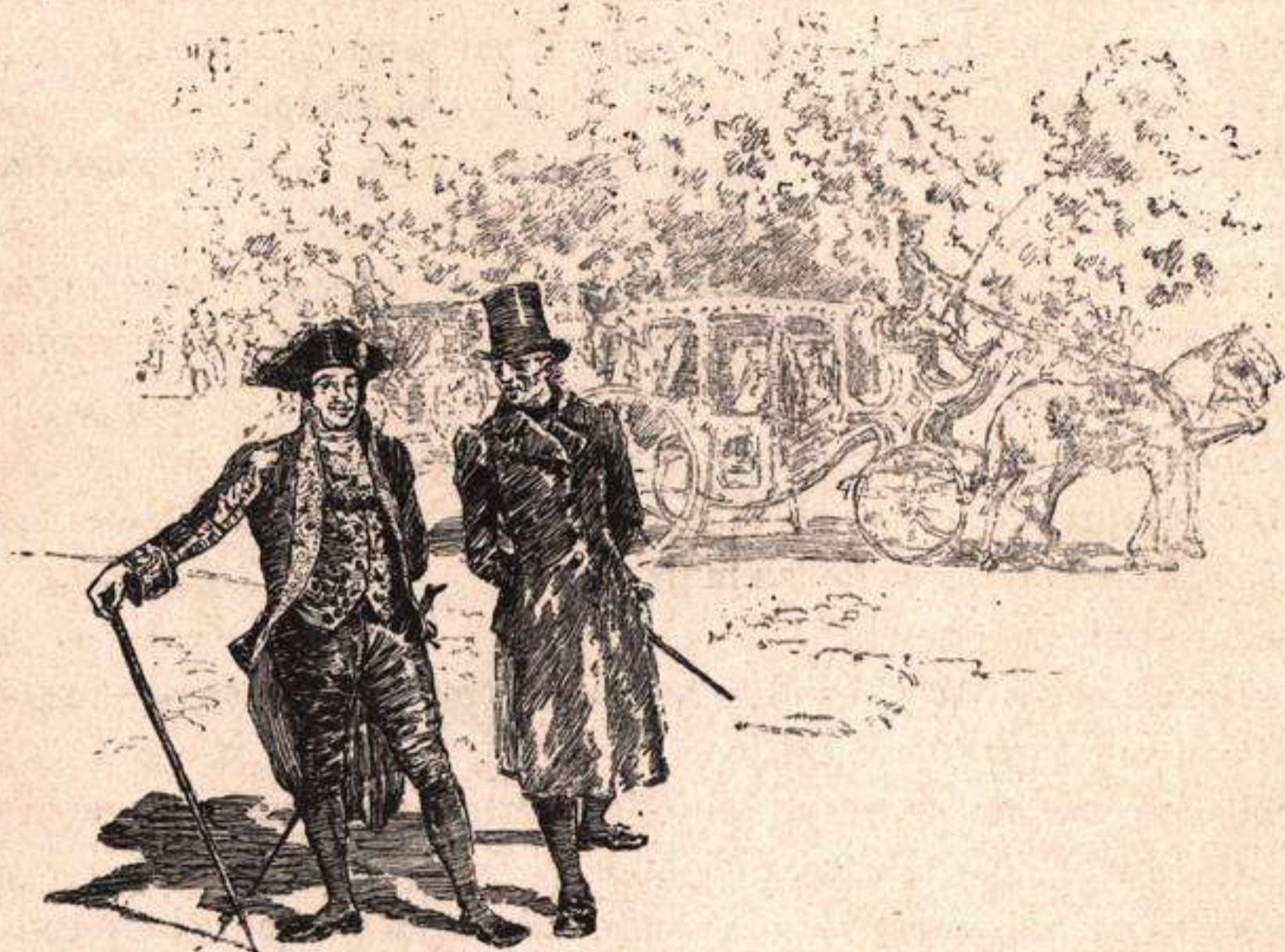
—No he podido pegar los ojos en toda la tarde con la dichosa conversación de la niña y el fraile.

—Quita allá, Cruz del Mal Ladrón—replicó Alelí.—Lo que ha sido es que con la trompeta de tus roncamientos no me has dejado á mí descabezar un mal sueño.

—Sí, porque á fé que el Padrito toca algún cascabelillo sordo cuando duerme... Me habeis tenido toda la tarde despabilada como un lince, primero con la charla de sus mercedes y luego con los piporrazos de su Reverencia... ¡qué importunidad, santo Dios! Busque usted un momento de tranquilidad en esta casa.

—Cállate, serpiente del Paraiso, que así guardas silencio dormida como despierta, y no hables de eso, que el que más y el que menos todos, todos repicamos, y abur.

Echáronse á reir Sola y el fraile, y al fin también se rió un poco Cruzita, pues su genio arisco también tenía flores de cuando en cuando, si bien estas eran como las plantas marinas que están en el fondo y casi siempre en el fondo mueren.



XIV



En la tienda, D. Benigno preguntó con mucho interés á su amigo por el resultado de la conferencia que con Sola había tenido.

—Muy bien—dijo Alelí.—Admirablemente bien.

Después se quedó perplejo, con los ojos fijos en el suelo y el dedo sobre el labio, como revolviendo en el caótico montón de sus recuerdos; y al cabo de muchas meditaciones, habló así:

—Pues, hijo, ahora caigo en que no llegué á decirle lo principal, porque me acometió un sueño tal que no lo hubiera podido vencer aunque me echaran encima un jarro de agua fría... Ya la tenía preparada; ya, si no me engaño, había ella comprendido el objeto de mi discurso, y

manifestaba un gran contento por la felicidad que Dios le depara, cuando... Yo no sé sino que me desperté en la oscuridad de tu comedor, que parece la boca de un lobo... Y qué quieres, hijo... lo demás puedes decírselo tú, ó se lo diré yo mañana. Quédate con Dios y con la Virgen.

Marchóse Alelí y D. Benigno se quedó muy contrariado y ofendido de la poca destreza de su amigo. Juró no volver á confiar misiones delicadas á un viejo decrepito y medio lelo, y al mismo tiempo se sentía él muy cobarde para desempeñar por sí mismo el papel que había confiado al otro. Cuando subió, después de cerrar la tienda, en compañía de Juan Jacobo, que había entrado de la calle con un chichón en la frente, dijo á Sola:

—Ya estoy convencido de que ese estafermo de Alelí es el bobo de Coria... Apreciabilísima *Hormiga*, quisiera hablar con usted...

--¿Hablar conmigo?... Ahora mismo; ya escucho—dijo ella, sonriendo de tal modo que á Cordero se le encandilaron los ojos.

Pero en el mismo instante le acometió la timidez de tal modo, que no se atrevió á decir lo que decir quería, y sólo balbució estas palabras:

—Es que conviene ponerle á este enemigo una venda y dos cuartos sobre el chichón, que es el mejor medio de curar estas cosas.

Aquella noche D. Benigno estuvo muy triste y se pasó algunas horas en su cuarto, sin leer á Rousseau, aunque bien se le acordaba aquel pasaje del Libro quinto del *Emilio*: "Emilio es hombre, Sofía, es mujer... "Sofía no enamora al primer golpe de vista, pero agrada más cada día. "Sus encantos se van manifestando por grados en la intimidad del "trato. Su educación no es ni brillante ni estrecha. Tiene gusto sin estudio, talento sin arte, y criterio sin erudición... La desconformidad de "los matrimonios no nace de la edad, sino del carácter...," Y luego añadía, alterando un poco el texto: "Sofía había leído el *Telémaco* y estaba "prendada de él; pero ya su tierno corazón ha cambiado de objeto y "palpita por el buen Mentor.,"

Después Cordero se reía de sí mismo y de su timidez, haciendo juramento de vencerla al día siguiente, pues lo que él sentía era un afecto decoroso, un sentimiento de gratitud y de respeto, y no pasión ni capricho de mozalvete.

Al día siguiente Sola estaba con excelente humor que rayaba en festivo, lo que dió muy buena espina al héroe de Boteros. Cantorreaba entre dientes, cosa que no hacía todos los días, y su cara estaba muy animada, si bien podía observarse que tenía los ojos algo encendidos. Sin duda había visto y aceptado la posibilidad de un destino nuevo, honrado

y honroso en extremo, y se complacía en él, creyéndolo dispuesto por Dios con extraordinaria sabiduría. Pero si no se entra en la vida sin llanto, también parece natural que no se entre en las felicidades nuevas sin algo de lágrimas. Los nuevos estados, aunque sean muy buenos y santos, no siempre seducen tanto que hagan aborrecible la situación vieja por detestable que haya sido. De aquí venía, sin duda, el que, estando con tan buen humor, tuviese en lo encendido de sus ojos el testimonio de haber lloriqueado algo.

Ó quizás aquella alegría que mostraba venía más bien de la voluntad que del corazón, como si aquel espíritu, tan hecho á la observancia de los deberes, hubiese resuelto que convenía estar alegre. La razón sin duda lo mandaba así, y la razón iba siendo la señora de ella... No hay más sino que se dominaba maravillosamente y lograba alcanzar tan grande victoria sobre sí misma, que era al fin, si es permitido decirlo así, un producto humano de todas las ideas razonables, una conciencia puesta en acción.

Su protector le dijo que aquella tarde se verían los dos en su cuarto para hablar á solas. El héroe se atrevía al fin. Ella prometió ser puntual y esperó la hora. Pero Dios que, sin duda por móviles altísimos é inexplicables quería estorbar los honestos impulsos del héroe, dispuso las cosas de otra manera. Ya se sabe lo que significan todas las voluntades humanas cuando *Él* quiere salirse con la suya.

Sucedió que poco antes de la hora de comer, Juanito Jacobo, todavía vendado por los chichones del día anterior, andaba enredando con una pelota. Trabáronse de palabras él y su hermano Rafaelito sobre á quien pertenecía la tal pelota. Hay indicios y aún antecedentes jurídicos para creer que el verdadero propietario era el pequeñuelo, y así debió sentirlo en su conciencia Rafael; que tanto imperio tiene la justicia en la conciencia humana aunque sea conciencia en agraz.

Pero de reconocerlo en la conciencia á declararlo hay gran distancia, y si tal distancia no existiera no habría abogados ni curiales en el mundo. Por eso Rafael, no sintiéndose bastante egoísta para apandar la pelota ni bastante generoso para dejársela á su rival, hizo lo que suelen hacer los chicos en estas contiendas, es á saber: cogió la pelota y la arrojó á lo alto del armario del comedor donde no podría ser alcanzada ni por uno ni por otro.

¡Valiente hazaña la de Rafaelito!..., Pero el pequeño Hércules no había nacido para retroceder ante contrariedades tan tontas. Bonito genio tenía él para acobardarse porque el techo esté más alto que el

suelo!... Arrastró el sillón hasta acercarlo al armario; puso sobre el sillón una silla, sobre la silla una banqueta, y ya trepaba él por aquella frágil torre, cuando ésta se vino al suelo con estruendo y rodó el chico y se abrió la cabeza contra una de las patas de la mesa.

El laberinto que se armó en la casa no es para descrito. Salió don Benigno, acudió Sola, puso el grito en el cielo Cruzita, ladraron todos los perros, maldijo la criada todas las pelotas habidas y por haber, lloró Rafael, gimieron sus hermanos, y el herido fué alzado del suelo sin conocimiento. Pronto volvió en sí, y la descalabradura no parecía grave, gracias á la mucha sangre que salió de aquella cabezota. En tanto que Sola batía aceite con vino, y la criada partidaria de otro sistema, mascaba romero para hacer un emplasto, Doña Cruzita, que en todas estas ocasiones se remontaba siempre al origen de los conflictos, repartía una zurribanda general entre los muchachos mayores, azotándoles sin piedad uno tras otro. Los perros seguían chillando y hasta la cotorra tuvo algo que decir acerca de tan memorable suceso.

Toda la tarde duró la agitación y nadie tuvo ganas de comer, porque el muchacho padecía bastante con su herida. Vino el médico y dijo que sin ser grave, la herida era penosa, y exigía mucho cuidado. No hubo, pues, conferencia entre Cordero y Sola, porque la ocasión no era propicia. Por la noche Juanito Jacobo se durmió sosegadamente. Sola, que en la misma pieza puso su cama, estaba alerta vigilando al enfermo. Ya muy tarde éste se despertó intranquilo, calenturiento, pidiendo de beber y quejándose de dolores en todo el cuerpo. Sola se arrojó del lecho, medio vestida, y echándose un mantón sobre los hombros salió para llamar á la criada. Levantóse ésta, y entre las dos prepararon medicinas, encendieron la lumbre, fueron y vinieron por los helados pasillos. Á la madrugada cuando el chico se durmió, al parecer sosegado y repuesto, Sola sintió un frío intensísimo con bruscas alternativas de calor sofocante. Arrojóse en su lecho y al punto sintió una postración tan grande que su cuerpo parecía de plomo. La respiración érale á cada instante más difícil, y no podía resistir el agudo dolor de las sienes. La tos seca y profunda añadía una molestia más á tantas molestias y en su costado derecho le habían seguramente clavado un gran clavo, pues no otra cosa parecía la insufrible punzada que la atormentaba en aquella parte.

La criada, que al punto conoció lo grave de tales síntomas, quiso llamar á D. Benigno y á Cruzita; pero Sola no consintió que se les molestara por ella. Era la madrugada. Mientras llegaba el día la alcarreña preparó no sé cuantos sudoríficos y emolientes, sin resultado satisfacto-

rio. Al fin cuando daban las siete Cruzita dejó las ociosas plumas, y enterada de lo que pasaba, reprendió á la enferma por haberse puesto mala voluntariamente; que no otra cosa significaba el haber tomado aires colados, hallándose, como se hallaba desde hace días, con un catarro más que regular. La avinagrada señora echó por la boca mil prescripciones higiénicas para evitar los enfriamientos y otros tantos anatemas contra las personas que no se cuidaban. Cuando Cordero se levantó, Cruzita, que tenía un singular placer en anunciar los sucesos poco lisonjeros, fué á su encuentro y le dijo:

—Ya tenemos otro enfermo en campaña. Sola se ha puesto muy mala.

—¿Qué tiene?—dijo el héroe con repentino dolor, como presagiando una gran desgracia.

—Pues una pulmonía fulminante.

Si lo partiera un rayo, no se quedara D. Benigno más tieso, más mudo, más parado, más muerto que en aquel momento estaba. Creía ver su dicha futura, sus risueños proyectos desplomándose como un castillo de naipes al traidor soplo del Guadarrama.

—Veámosla—dijo recobrando la esperanza, y corrió á la alcoba.

Sola le miró con cariñosos y agradecidos ojos. Quiso hablarle y la violenta tos se lo impedía. D. Benigno no pudo decir nada, porque indudablemente el corazón se le había partido en dos pedazos, y uno de éstos se le había subido á la garganta. Al fin hizo un esfuerzo, quiso llenarse de optimismo, echó una sonrisa forzada y dijo:

—Eso no será nada. Veamos el pulso.

¡Ay! el pulso era tal que Cordero, en la exaltación de su miedo, creyó que dentro de las venas de Sola había un caballo que relinchaba.

—Que venga D. Pedro Castelló, el médico de Su Majestad—exclamó sin poder contener su alarma.—Que vengan todos los médicos de Madrid... Diga usted, apreciable *Hormiga*, ¿desde cuándo se sintió usted mal?

—Desde ayer tarde—pudo contestar la joven.

—¡Y no había dicho nada!... ¡qué crueldad consigo mismo y con los demás!

—¡Ya se ve... no dice nada!...—vociferó Cruzita.—¡Bien merecido le está!... ¿Háse visto terquedad semejante? Esta es de las que se morirán sin quejarse... ¿Por qué no se acostó ayer tarde, por qué? ¡Bendito de Dios, qué mujer! Si ella tuviese por costumbre, como es su deber, consultarme todo, yo le habría aconsejado anoche que tomara un buen tazón de flor de malva con unas gotas de aguardiente... Pero ella se lo

hace todo y ella se lo sabe todo... Silencio Otelo... vete fuera, Mortimer... no ladres, Blanquillo.

Y en tanto que su hermaná imponía silencio al ejército perruno, el atribulado D. Benigno elevaba el pensamiento á Dios Todopoderoso pidiéndole misericordia.

Sin pérdida de tiempo hizo venir al médico de la casa, y á todos los médicos célebres, precedidos por D. Pedro Castelló, que era el más célebre de todos.





MIENTRAS que esto pasaba en casa del vendedor de encajes, Doña Genara y Pipaón andaban atortolados por el ningún éxito de sus averiguaciones, y los días iban pasando y la sombra ó fantasma que ambos perseguían se les escapaba de las manos cuando creían tenerla segura. El terrible *democracio* albergado en la Trinidad resultó ser el más inocente y el más calavera de todos, hombre que jamás haría nada de provecho fuera de las hazañas en el glorioso campo del arte; gran poeta que pronto había de señalarse cantando dolores y melancolías desgarradoras. No sabiendo como lo recibiría la policía, acogiéndose á los frailes Trinitarios por indicación de Vega, que en aquella casa cumplió seis años antes su condena, cuando el desastre *numantino*. Los empeños de su familia y amigos le consiguieron pronto el indulto, y decidido á ser en lo sucesivo todo lo juicioso que con su índole de poeta fuera compatible, solicitó una plaza en la Guardia de la Real Persona, que le fué concedida más adelante.

Bretón, desesperado por las horribles trabas del teatro, marchó á Sevilla con Grimaldi, autor de la *Pata de cabra*. Vega, que luchaba con la pobreza y era muy perezoso para escribir, quería hacerse cómico y aún llegó á ajustarse en la compañía de Grimaldi. Considerando esto los amigos como una deshonra, pusieron el grito en el cielo; pero como los lamentos no podían sacar al poeta de su atolladero, fué preciso echar un guante para rescatarle, por haber cobrado con anticipación parte del sueldo de galán joven. Grimaldi era un empresario habil que sabía elegir la gente, y en su memorable excursión por Cádiz y Sevilla,

dió á conocer como actriz de grandísima precocidad á una niña llamada Matilde, que á los doce años hacía la protagonista de *La huérfana de Bruselas* con extraordinario primor.

En Madrid, después de la marcha de Grimaldi, el teatro se alimentaba de traducciones. Algunas de estas fueron hechas por un muchacho carpintero, de modestia suma y apellido impronunciabile. Era hijo de un alemán y hacía sillas y dramas. Fué el primero que acometió en gran escala la restauración del teatro nacional, para sacar al gran Lope del polvoriento rincón en que Moratín y los clásicos le habían puesto juntamente con los demás inmortales del siglo de oro. El infeliz ebanista que no podía ver representadas sus obras originales, traducía á Voltaire y á Alfieri y refundía á Rojas y al buen Moreto. Pero su estrella era tan mala que no logró abrirse camino ni hacer resonar su nombre en la república de las letras; y así pocos años después, la víspera del estreno de su gran obra original que le llevó de un golpe á las alturas de la fama, el lenguaraz satírico de la época, el mal humorado y bilioso escritor á quien ya conocemos, decía: "Pues si el autor es sillero, la obra debe de tener mucha paja." El enrevesado nombre del ebanista nacido de alemán y criado en un taller fué, desde que se conocieron *Los amantes de Teruel*, uno de los más gloriosos que España tuvo y tiene en el siglo que corre.

Y el satírico seguía satirizando en la época á que nos referimos (1831); mas con poca fortuna todavía, y sin anunciar con sus escritos lo que más tarde fué. Se había casado á los veinte años, y su vida no era un modelo de arreglo, ni de paz doméstica. Recibió protección de D. Manuel Fernandez Varela, á quien se debe llamar *El Magnífico* por serlo en todas sus acciones. Su corazón generoso, su amor á la esplendidez, á las artes, á las letras, á todo lo que fuera distinguido y antivulgar, su trato cortesano, las cuantiosas rentas de que dispuso hacían de él un verdadero prócer, un Mecenas, un magnate, superior por mil conceptos á los estirados é ignorantes señorones de su época, á los rutinarios y suspicaces ministros. Era la figura del Sr. Varela arrogante y simpática, su habla afabilísima y galante, sus modales muy finos. Vestía con magnificencia y adornaba el severo vestido sacerdotal con pieles y rasos tan artísticamente que parecía una figura de otras edades. En su mesa se comía mejor que en ninguna otra, de lo que fueron testimonio dos célebres gastrónomos á quienes convidó y obsequió mucho. El uno se llamaba Aguado, marqués de las Marismas, y el otro Rossini, no ya marqués, sino príncipe y emperador de la Música.

El Sr. Varela protegió á mucha y diversa gente, distinguiendo especialmente á sus paisanos los gallegos; fundó colegios, desecó lagunas, erigió la estatua de Cervantes que está en la plazuela de las Cortes, ayudó á Larra, á Espronceda y dió á conocer á Pastor Diez.

Cuando vino Rossini en Marzo de aquel año le encargó una misa. Rossini no quería hacer misas... "Pues un *Stabat Mater*," le dijo Varela. El maestro compuso en aquellos días el primer número de su gran obra religiosa que parece dramática. El resto lo envió desde el extranjero. Cuentan que Varela le pagó bien.

Algunos números del célebre *Stabat* se estrenaron aquella Semana Santa en San Felipe el Real, dirigidos por el mismo Rossini, y hubo tantas apreturas en la iglesia que muchos recibieron magulladuras y contusiones y se ahogaron dos ó tres personas en medio del tumulto. Rossini fué obsequiado, como es de suponer, atendida su gran fama. Tenía próximamente cuarenta años, buena figura, y su hermosa cara, un poco napoleónica, revelaba, más que el estro músico y el aire de la familia de Orfeo, su afición al epigrama y á los buenos platos.

Habiendo recibido en un mismo día dos invitaciones á comer, una del Sr. Varela y otra de un grande de España, prefirió la del primero. Preguntada la causa de esta preferencia, respondió:

—Porque en ninguna parte se come mejor que en casa de los curas.

En efecto, la mesa de este generoso y espléndido sacerdote era la mejor de Madrid. Á sus salones de la plazuela de Barajas concurría gente muy escogida, no faltando en ellos algunas damas elegantes y hermosas, porque, á decir verdad, el Sr. Varela no estaba por el ascetismo en esta materia.

Pero allí la opulencia del señor y su misma gravedad de eclesiástico no permitían la confianza y esparcimientos de otras tertulias. La de Cambronero, por el contrario, era de las más agradables y divertidas dentro de los límites de la decadencia más refinada.

Era el Sr. D. Manuel María Cambronero varón muy dignísimo, de altas prendas y crédito inmenso como abogado. Durante muchos años no tuvo rival en el foro de Madrid, y todos los grandes negocios de la aristocracia estaban á su cargo. Fué en su época lo que posteriormente Pérez Fernández y más tarde Cortina. Su señora era castellana vieja, algo chapada á la antigua, y sus hijos siguieron diversos destinos y carreras. Uno de ellos, D. José, casó por aquellos años con Doloritas Armijo, guapísima muchacha, cuyo nombre parece que no viene al caso en esta relación, y sin embargo, está aquí muy en su lugar.

El primer pasante de Cambronero era un joven llamado Juan Bautista Alonso, á quien el insigne letrado tomó gran cariño, legándole al morir sus negocios y su rica bibiloteca. Alonso, que más tarde fué también abogado eminente, político y filósofo de nota, tuvo en su mocedad aficiones de poeta, y por tanto, amistad con todos los poetas y literatos jóvenes de la época. Él fué, pues, quien introdujo en las agradabilísimas y honestas tertulias de Cambronero á Vega, Espronceda, Felipe Pardo, Juanito Pezuela, y por último, al misántropo, al que ya se llamaba con poca fortuna *Duende satírico*, y más tarde se había de llamar *Pobrecito hablador*, *Bachiller Pérez de Murguía*, *Andrés Niporesas*, y finalmente *Figaro*.

Como Pipaón había de meterse en todas partes, iba también á casa de Cambronero. Genara, sin que se supiese la causa, había disminuido considerablemente sus tertulias; recibía poquísima gente, y sólo daba convites en muy contados días. En cambio, iba á la tertulia de Cambronero, donde hallaba casi todo el contingente de la suya, y además otras personas que no había tratado hasta entonces, tales como D. Angel Izardi, D. José Rives, D. Juan Bautista Erro, el conde de Negri y otros varios.

También se veía por allí al joven Olózaga, pasante, como Alonso, en el bufete de Cambronero, si bien menos asíduo en el trabajo. Desde los principios del año andaba Salustiano tan distraído, que no parecía el mismo. Iba á las reuniones como por compromiso ó por temor de que al echarse de menos su persona, se le creyese empeñado en conspiraciones políticas. Su mismo padre, D. Celestino, se quejaba de sus frecuentes ausencias de la casa. Tal conducta no podía atribuirse sino á dos motivos, política ó amores. La familia y los conocidos, inclinándose siempre á lo menos peligroso, presumían que Salustiano andaba enamorado. Su buena figura, su elocuencia, sus distinguidos modales, la misma exaltación de sus ideas políticas y otras prendas de mucha estima, dándole desde su tierna juventud gran favor entre las damas, justificaban aquella idea.

De repente, Genara dejó de asistir también con puntualidad á las tertulias. El público, que todo lo quiere explicar según su especial modo de ver, comentó aquellas ausencias con cierta malignidad, y hasta hubo quien hablara de fuga al extranjero en busca de apartadas y plácidas soledades, propicias al amor. Se dieron pormenores, se refirieron entrevistas, se repitieron frases, y sin embargo, todo esto y lo demás que se dijo y que no es para contado, era un castillo aéreo levanta-

do por las delicadas manos de la chismografía. Pero acontece que tales obras, con ser de aire, son mucho más fáciles de levantar que de destruir, y así de día en día aquella iba tomando consistencia y alzándose más y engalanándose con torreones de epigramas y chapiteles de calumnias.



XVI



EDIABA el mes de Marzo cuando estas hablillas llegaron á su más alto grado. Genara no recibía á nadie; pero no estaba enferma, porque á menudo se la veía en la calle ó paseando en coche ó visitando á personajes de alto copete.

Un día se encontraron ella y Pipaón en la antecámara de la Comisión Militar. Genara salía, Pipaón entraba. Eran las cinco de la tarde, hora excelente para el paseo en aquella estación.

—Iba á su casa de usted—le dijo D. Juan,—para prevenirla del peligro que corre...

—¡Yo!—exclamó la dama con gesto de orgullo.—¿También yo corro peligro?

—También.

—¿Y por qué?

—Salgamos de esta caverna, señora, que si en todas partes oyen las paredes, aquí oyen las ropas que vestimos, hasta la sombra que hacemos sobre el suelo. Vámonos.

—¿Qué hay?—dijo la señora extraordinariamente alarmada.—Quiero ver á Maroto.

—No recibe ahora... Salgamos y hablaremos. Principiaré diciendo á usted que hemos errado en todos nuestros cálculos. Buscábamos á nuestro amigo en casa de Cordero, en el convento de la Trinidad, en la cárcel de Corte, en el parador de Zaragoza, en el sótano de la botica de la calle de Hortaleza, en la habitación del jefe del *guardamangier* de palacio, y ahora resulta que no estaba en ninguno de estos parajes, sino...

—¿En dónde, en dónde?

—Salgamos de esta casa, señora—añadió Pipaón al poner el pié en el último peldaño.—Advierta usted que no digo está, sino estaba.

—Quiere decir que...

—Quiere decir que le han llevado á un sitio de donde ni usted ni yo podremos fácilmente sacarle.

—Bravo, bravísimo, Sr. D. Inservible...—dijo la dama, toda colérica y nerviosa, abriendo con mano firme la portezuela de su coche.

En éste había una joven que acompañaba á Genara en todas sus excursiones, y á la cual, según las lenguas cortesanas, galanteaba el bueno de Pipaón con más calor del que la simple urbanidad consiente. Acomodados los tres en el coche, D. Juan dijo á la dama que, siendo largo lo que tenía que contarle, convenía extender el paseo hasta Atcha. Así se convino y partieron.

—Beso á usted los piés, Micaelita—dijo después el cortesano.—¿Y cómo está el Sr. D. Felicísimo?

—Furioso con usted porque no ha ido á verle en tres días.

—Esta noche iremos todos allá. Con esto que pasa y el continuo trabajo en que vivimos nos falta tiempo para dar pábulo...

—Ahora salimos con pábulos...—dijo Genara impaciente y mal humorada.—Basta de pesadeces y dígame usted lo que tenía que decirme.

—Pábulo sí; digo que no hay tiempo para satisfacer los puros goces de la amistad, ni aún los del corazón.

Micaelita bajó los ojos. Pintémosla en dos palabras. Era fea. Y si no lo fuera, ¿cómo la habría escogido Genara para ser su inseparable compañera y usarla cual discreta sombra de que se valía la pícara para hacer brillar más la luz de su hermosura?

—Si empiezan las tonterías me voy á casa—dijo la dama hermosa.—Vamos, hable usted, D. Plomo,

—Paciencia, señora, paciencia. Dígame usted, ¿se permiten las malas noticias?

—Se permite todo lo que sea breve.

—Pues derramemos una lágrima aquí, en este sitio nefando...

Al decir esto el coche pasaba junto al torreón del Ayuntamiento donde estaba la carcel de Villa. Micaelita, que para todas las ocasiones tristes llevaba siempre apercebido un *paternoster*, lo rezó con pausa y devoción. Genara se puso pálida y sacó su cabeza por la portezuela para mirar la torre.

—¡Allí!—exclamó señalando con el abanico y con sus ojos.

Vuelta á su posición primera, echó un suspiro casi tan grande como el torreón y habló así:

—Ahora, dígame usted dónde estaba.

—Donde menos creíamos. En casa de Olózaga.

—¿En casa de D. Celestino Olózaga?

—Calle de los Preciados.

—Usted bromea: no puede ser—manifestó la dama un poco aturdida.

—Veo á Salustiano todos los días y nada me ha dicho.

—Esas cosas no se dicen.

—Á mí sí... Hoy me lo dirá.

—No dirá nada, como no hable la torre.

—¿Por qué?... ¿También Olózaga ha sido preso?

—También está allí; ¡ay!—replicó lúgubrementemente Pipaón, señalando la parte de la calle que iban dejando á la zaga.

—¿Qué atrocidad! usted me engaña... Que pare el coche. Quiero entrar en casa de Bringas á preguntarle...

—Guarda, Pablo—dijo el cortesano deteniendo á la señora en su brusco movimiento para avisar al cochero.—El Sr. Bringas también...

—¿Está allí, en el torreón?

—No: á ese se le han puesto en la de Corte.

—Iznardi me dirá algo... Cochero, á casa de Iznardi.

—¿Iznardi?... Ya pedí permiso para dar malas noticias, señora.

—¿También él?

—Y Miyar. Y la misma suerte habría tenido Marcoartú si no hubiera saltado por un balcón.

—Es una iniquidad. Yo hablaré á Calomarde—manifestó con soberbia la dama, echando atrás su mantilla, como si dentro del coche reinase un verano riguroso.

—¡Oh! sí, hable usted á Su Excelencia—dijo el cortesano, con aquella sonrisa traidora que ponía en su cara un brillo semejante al del puñal asesino al salir de la vaina.—Su Excelencia desea mucho ver á usted.

—Dios maldiga á Su Excelencia y á usted—exclamó Genara abriendo y cerrando su abanico con tanta fuerza y rapidez que sonaba como una carraca.—Pero todavía no me ha dicho usted lo principal.

—Á eso voy. Nuestro amigo llegó aquí, según se supone, pues de cierto no lo sé, con recadillos de Mina, Valdés y demás brujos del aquelarre democrático. Estuvo oculto en Madrid por algunos días; luego pasó á Aranjuez y á Quintanar de la Orden para entenderse con ciertos militares que á estas horas están también á la sombra; regresó después acá

concertando con Bringas, Olózaga, Miyar y compañeros mártires un plan de revolución que si les llega á cuajar ¡ay mi Dios! se deja atrás á la de Francia... Nuestro buen amiguito se pinta solo para estas cosas, y andaba por ahí llamándose Don *No sé Cuántos* Escoriaza.

—¿Y está usted seguro de que es él?

—Seguro, seguro no. Ahora será facil saberlo, porque el Escoriaza



D. Salustiano Olózaga

está en la carcel de Villa, y en la causa ha de salir su verdadero nombre... Sigo mi cuento. Un hombre dignísimo, tan enemigo de revoluciones como amante de la paz del reino, se enteró de la trama y avisó á Su

Excelencia. Yo he visto las cartas del denunciante, que se firma *El de las diez de la noche*, y si he de decir verdad su ortografía y su estilo no están á la altura de su realismo. Calomarde recompensó al desconocido dándole fondos para que pudiera seguir la pista á Escoriaza y los suyos, y con esto y un habilidoso examen de todas las cartas del correo, se hizo el hallazgo completo de los nenes, y anoche se les puso donde siempre debieran estar para escarmiento de bobos. Anoche no nos acostamos en Gracia y Justicia hasta no saber que los señores Alcaldes habían salido de su paso. ¡Ah! esos señores Cavia y Cutanda valen en oro más de lo que pesan. No sé cual de los dos fué á casa de Olózaga; pero un alguacil me ha contado que en el portal encontraron á Pepe y mandándole salir entraron con él en la casa y dieron al pobre D. Celestino un susto más que mediano. Hicieron registro escrupuloso, encontrando, en vez de papeles de conspiración, muchas cartas de novias y queridas. Excuso decir que las leyeron todas, porque así cuádraba al buen servicio de Su Majestad, y cuando estaban en esta ocupación dulcísima, ved aquí que entra Salustiano muy sereno, con arrogancia, ya sabedor de que andaba por allí la nariz de los señores Alcaldes. El padre gimió, desmayóse la hermana, siguió el registro, dando por resultado el hallazgo de un sable, y á la media noche se llevaron á Salustiano á la Villa, y aquí se acabó mi cuento, *arre borriquito para el convento*... ¡Pobre Salustiano, tan joven, tan guapo, tan listo, tan simpático! ¡Desgraciado él mil veces, y desgraciado también ese amigo nuestro que ahora se esconde debajo del nombre de Escoriaza! Esta vez no escapará del peligro como tantas otras en que su misma temeridad le ha dado alas milagrosas para salir libre y triunfante... ¡Infelices amigos!

Micaelita, afectada por la tristeza del relato, volvió á cerrar los ojos y á rezar para sí el *paternoster* que tenía dispuesto para cuando lo melancólico de las circunstancias lo hiciera menester. Genara seguía imprimiendo á su abanico los movimientos de cierra y abre, cuyo ruido semejaba ya por lo estrepitoso, más que al instrumento de Semana Santa, al rasgar de una tela.

Durante un buen rato callaron los tres. Había entrado el coche en el paseo de Atocha, cuando vieron que por éste venía á pié D. Tadeo Calomarde, en compañía de su inseparable sombra el Colector de Espolios. Paseaba grave y reposadamente, con casaca de galones, tricornio en facha, bastón de porra de oro, y una vistosa comitiva de súcios chiquillos que admirados de tanto relumbrón le seguían. El célebre ministro á quien Fernando VII tiraba de las orejas, era todo vanidad y finchazón

en la calle; si en Palacio adquirió gran poder fomentando los apetitos y doblegándose á las pasiones del Rey, frente á frente de los pobres españoles parecía un ídolo asiático en cuyo pedestal debían cortarse las cabezas humanas como si fuesen berengenas. Á su lado iba la carroza ministerial, un armatoste del cual se puede formar idea considerando un catafalco de funeral tirado por mulas.

—No le salude usted, ocúltese usted en el fondo del coche—dijo Pipaón con mucho apuro. —No conviene que la vea á usted.

Mas ella sacó fuera su linda cabeza y el brazo y saludó con mucha gracia y amabilidad al poderoso ídolo asiático.

—En estos tiempos—dijo la dama al retirarse de la portezuela—conviene estar bien con todos los pillos.

—Señora, que los coches oyen.

—Que oigan.

Séria, cejijunta, descolorida, Genara murmuró algunas palabras para expresar el desprecio que le merecía el abigarrado tiranuelo á quien poco antes saludara con tanta zalamería. En seguida dió orden al cochero de marchar á casa.

Pasaban por el Prado cuando Pipaón dijo con cierta timidez, precedida de su especial modo de sonreír:

—Señora, ¿se permite la verdad?

—Se permite.

—¿Aunque sea amarga?

—Aunque sea el mismo acíbar.

—Pues debo decir á usted que no puede ir á su casa.

—¿Que no puedo ir á mi casa!

—No, señora mía apreciabilísima, porque en su casa de usted encontrará al Alcalde de Casa y Corte y á los alguaciles que desde la una de la tarde tienen la orden de prender á una de las damas más hermosas de Madrid.

—¿Á mí!—exclamó la ofendida, disparando rayos de sus ojos.

—Á usted... Triste es decirlo... pero si yo no lo dijera, sacrificando á la amistad el servicio del Rey, la señora tendría un disgustillo. Ya está explicado este buen acuerdo mío de entretener á usted toda la tarde, impidiéndole ir á su casa, y facilitándole como le facilitaré, un lugar donde se oculte.

—¡Presa yo!... No siento ira, sino asco, asco, Sr. de Pipaón—exclamó la dama demostrando más bien lo primero que lo segundo.—¿Por qué me persiguen?

—No sé si será por alguna denuncia malévola ó á causa de los papeles hallados en casa de Olózaga...

—Alto ahí, señor desconsiderado. En casa de Salustiano no se han encontrado papeles de mi letra porque no los hay.

—Perdones mil, señora: no tuve intención...

—¡Presa yo!.... será preciso que me oculte hasta ver... ¡Y yo saludaba á la serpiente!...

La rabia más que el dolor sacó dos ardorosas lágrimas á sus ojos; pero se las limpió prontamente con el pañuelo cual si tuviera vergüenza de llorar. Después rompió en dos el abanico. Al ver estas lamentables muestras de consternación, Micaelita se conmovió mucho, y sin pensarlo, se le vino á la boca el *paternoster* que de repuesto estaba. Á la mitad lo interrumpió para decir á su amiga.

—Puedes venir á casa.

—Me parece muy bien. Nadie sospechará que el Sr. Carnicero oculta á los perseguidos de la justicia Calomardina... Cochero, á casa de Micaelita.



XVIII



ACIA el promedio de la calle del Duque de Alba vivía el Sr. Felicísimo Carnicero, del cual es bien que se hable en esta ocasión, no sólo porque se prestó á dar asilo á nuestra afligida amiga, sino porque dicho señor merece un párrafo entero y hasta un capítulo. Era de edad muy avanzada, pero inapreciable, porque sus facciones habían tomado desde muy atrás un acartonamiento ó petrificación que le ponía, sin que él lo sospechara, en los dominios de la paleontología. Su cara, donde la piel parecía haber tomado cierta consistencia y solidez calcárea, y donde las arrugas semejaban los hoyos y los cuarteados durísimos de un guijarro, era de esas caras que no admiten la suposición de haber sido menos viejas en otra época. Fuera de esta apariencia de hombre fósil, lo que más sorprendía en la cara de D. Felicísimo era lo chato de su nariz, la cual no avanzaba fuera de la tabla del rostro más que lo necesario para que él pudiera sonarse. Y la *chateza* (pase el vocablo) del Sr. Carnicero era tal, que no se circunscribía al reino de la nariz, sino que daba motivo á que el espectador de su merced hiciera las suposiciones que vamos á apuntar. Todo el que por primera vez contemplaba al Sr. D. Felicísimo, suponía que su rostro había sido hecho de barro ó pasta muy blanda, y que en el momento en que el artista le daba la última mano, la máscara se deslizó al suelo cayendo de golpe boca abajo, con lo que aplastada la nariz y toda la región propiamente facial, resultó una superficie plana desde la raíz del cabello hasta la barba. El espectador suponía también que el artista,

viendo como había quedado su obra, la encontró graciosa, y echándose á reír la dejó en tal manera.

Ahora pongamos el santo en su nicho. Á esta máscara chata, de color de tierra, rugosa y dura, añadamos primero por la parte superior un gorro negro que hasta el campo de las orejas se encaja y tiene su coronamiento en una borlita que ora se inclina al lado derecho, ora al izquierdo. Añadámosle por debajo un corbatín negro á quien sería mejor llamar corbatón, tan alto que por ciertas partes se junta con el gorro, dejando escapar algunos cabellos rucios, que á hurtadillas salen á estirarse al aire y á la luz, recordando aún con tristeza suma las grasas olientes que han tenido en el pasado siglo. Desde los dominios de la corbata, en cuyas paredes metálicas parece tener cierto eco la voz de D. Felicísimo, pongamos un revuelto oleaje de pliegues negros, el cual ó no es cosa ninguna ó debe llamarse levitón, más que por la forma, por el ligero matiz de ala de mosca que en las partes más usadas se advierte; derivemos de este levitón dos cabos ó brazos que á la mitad se enfundan en manguitos verdes con rayas negras como los mandiles de los maragatos, y hagamos que de las bocas de esos manguitos salgan, como vomitadas, unas manos, de las cuales no se ven sino diez taponcillos de corcho que parecen dedos. El resto de la persona no puede verse porque lo ponemos detrás de la mesa, la cual está cubierta de negro hule que en ciertos sitios pasaría por playa, á causa de la arenilla que en ella se extiende. Es mesa de camilla, y una faldamenta verde la tapa toda honestamente, la cual enagua no se mueve sino cuando el gato entra para enroscarse en la banqueta junto á los piés de D. Felicísimo. Encima de la mesa, se ve un Cristo pequeño atado á la columna, con la espalda en pura llaga y la soga al cuello, obra de un realismo espantoso y aterrador que se atribuye al célebre Zarcillo. La escultura está á la derecha y vuelve su rostro dolorido y acardenalado al D. Felicísimo, cual si le pidiera informes y cuentas, más que de los azotes que le han dado los judíos, de los motivos porque está en aquella mesa y entre tal balumba de legajos como allí se ven. Son papeles atados con cintas rojas, paquetes de cartas y algunos libros de cuentas, cuyas sebosas tapas indican los años que llevan de servicio. La escribanía es de cobre, pues aunque don Felicísimo posee algunas de plata, no las usa, y en la que allí está los dos cántaros amarillos tienen tinta y arena para seis meses. Las plumas de puro mosqueadas no tienen color, y hay un pisa-papeles que es la pezuña de un cabrón imitada en bronce, y está tan al vivo que no le falta más que correr.

En aquella mesa escribe casi todo el día el Sr. Carnicero, á quien el peso de los años no estorba para seguir trabajando; allí toma su chocolate macho con bollo maimón; allí come su cocidito con más de vaca que de carnero, algo de oreja cerdosa y algunas hilachas de jamón que el tenedor busca entre los garbanzos aza-



franados; allí duerme la siesta, echando la cabeza sobre las orejeras del sillón; allí se le sirve la cena que empieza invariablemente en mi-

gas esponjosas y acaba en guisado de ternera, todo muy especioso y aromático; allí cuenta el dinero que es, según dicen, el más constante de sus visitantes, y se desliza sin hacer ruido por entre sus dedos alcoraqueños, cual si por virtud rara también el oro se sometiese á tomar las apariencias del corcho ó del pergamino en aquel imperio del silencio; allí recibe á los que van á ocuparle, y son por lo general clérigos ó frailes, y allí está cuando entran Genara, Pipaón y Micaelita.

Era ya de noche. Un gran candil de cuatro mecheros, de los cuales sólo dos estaban encendidos, echaba luz no muy copiosa, que la pantalla dirigía sobre el pupitre. Al sentir gente, D. Felicísimo alzó la pantalla de cobre y entonces la claridad le hirió de frente en su cara plana, que parecía un bajo-relieve gótico, roído por los siglos. Pero esto duró poco tiempo, porque abatiendo la pantalla, volvió la luz á caer forzosamente sobre los papeles como un estudiante desaplicado á quien se obliga á no apartar la vista de los libros.

—¡Oh!... *gratias tibi Domine*... Bendito Pipaón, ¿usted por aquí?—dijo D. Felicísimo con agrado.—¡Oh! ¿Es Genarita? La misma que viste y calza. Sea muy bien venida á esta humilde morada. ¡Cuánto bueno por aquí!

Y alzando la voz, que era chillona y desapacible, prosiguió:

—Sagrario, Sagrario, ven, mira quién está aquí. Micaelita, dí á tu tía que venga, y de paso da una voz en la cocina para que me traigan la cena.

Mientras viene Doña María del Sagrario, hija del Sr. D. Felicísimo, demos acerca de este señor las noticias que son necesarias. Llevaba más de cuarenta años en la profesión de agente de negocios eclesiásticos, y le había sido tan favorable la fortuna que, según el dicho del público, estaba *podrido de dinero*. Por los rótulos de los legajos y papeles que sobre su mesa estaban, podía venirse en conocimiento de la multiplicidad de asuntos que bajo el dominio de sus talentos agenciales caían. Él contemplaba con no disimulado embeleso los dichos rótulos, asemejándose, aunque esté mal la comparación, á un borracho que antes de beber se deleita leyendo las etiquetas de las botellas. Por un lado se leía *Subcolecturía de Espolios, Vacantes, Medias Annatas y Fondo pío benéfico del obispado de León*; por otro *Santa Iglesia Metropolitana de Granada*; más allá *Juzgado ordinario de Capellanías, Patronatos, Visita Eclesiástica*, etc., junto á esto *Tribunal de Cruzada*, y al lado *Racioneros medios patrimoniales de Tarazona, Arcedianato de Murviedro ó Señores Pabordres de Valencia*; al opuesto extremo *Agustinos Descalzos*; más lejos

Reyes Nuevos de Toledo, ó bien Nuestra Señora del Favor de Padres Teatinos.

Preciso es decir que D. Felicísimo se había distinguido siempre por su celo y actividad en despachar los mil y mil asuntos que se le confiaban. Les tomaba cariño, mirándolos como cosa propia, y ponía en ellos sus cinco sentidos y su alma toda en tal manera que llegó á identificarse con ellos y á asimilárselos, trayéndolos como á formar parte de su propia sustancia. Así no había en su larga vida suceso ni accidente que no se confundiera con cualquier negocio de su lucrativa profesión, y así jamás contaba cosa alguna sin empezar de este ó parecido modo: *Cuando el señor Vicario Foráneo de Paterna venía á esta casa, ó bien así: Cuando me convidó á comer el Padre Prepósito de Portaceli...*

Otra afición también muy vehemente, aunque secundaria, reinaba en el espíritu de nuestro insigne Carnicero; era la afición á los Toros, fiesta que, si no existieran los negocios eclesiásticos, sería para él cosa punto menos que sagrada. Como ya era tan viejo y no salía de casa, contentábase con hablar de los Toros pretéritos, poniéndolos cien codos más altos que los presentes y en estas conversaciones también era común oírle decir: *“Cierta día en que Sentimientos y el señor Rector del Hospital de Convalecencia de Unciones vinieron á buscarme para ir á ver el encierro...,”* ú otra frase por el estilo.

La cantidad de dinero que D. Felicísimo había ganado en tantos años de actividad, celo y honradez, no era calculable. Algunos la hacían subir á un número grande de talegas, otros reducían un poco la cifra; pero el vulgo y los vecinos juraban que siempre que se daba un golpe en los tabiques de la casa de Carnicero ó en el lienzo de los cuadros viejos que allí tenía, sonaba un cierto tintineo como de monedas anacoretas que en todos los huecos y escondrijos habitaban, huyendo del mundo y sus pompas vanas. Él gastaba poco, tan poco que se había llegado á hacer la ilusión de que era pobre, siendo rico. Contaban que para ilusionar á los demás en esta materia se negaba con tenacidad heroica á dar dinero, y ya podían irle con lamentos los menesterosos, que así les hacía caso como si fueran predicadores moros. Únicamente se desprendía de alguna cantidad siempre que mediaran garantías y un interés módico, así como de diez por ciento al mes ú otra friolera semejante.

La casa en que vivía era de su propiedad y estaba toda blanqueada, sin papeles ni pinturas, con las vigas del techo apanzadas cual toldo de lienzo. Era de un solo piso alto, antiquísima, y en invierno tenía condi-

ciones inmejorables para que cuantos entraban en ella se hicieran cargo de como es la Siberia. Había sido edificada en los tiempos en que la calle del Duque de Alba se llamaba *de la Emperatriz*, y ya, con tan largos servicios, no podía disimular las ganas que tenía de reposarse en el suelo, soltando el peso del techo, estirándose de tabiques y paredes para sepultar su cornisa en el sótano y rascarse con las tejas de su cabeza los entumecidos piés de sus cimientos. Pero D. Felicísimo, que no consentía que su casa viviera menos que él, la apuntaló toda, y así desde el portal se encontraban fuertes vigas que daban el *quien vive*. La escalera, que partía de menguados arcos de yeso, también tenía dos ó tres muletas, y los escalones se echaban de un lado como si quisieran dormir la siesta. Arriba los pisos eran tales, que una naranja tirada en ellos hubiera estado rodando una hora antes de encontrar sitio en que pararse, y por los pasillos era necesario ir con tiento so pena de tropezar con algún poste, que estaba de centinela como un suizo con orden de no permitir que el techo se cayera mientras él estuviese allí.

D. Felicísimo era toleño, no se sabe á punto fijo si de Tembleque ó de Turleque ó de Manzaneque, que los biógrafos no están acordados todavía. Estuvo casado con Doña María del Sagrario Tablajero, de la que nacieron Mariquita del Sagrario y Leocadia. De ésta, que casó pronto y mal con un tratante en ganado de cerda, nació Micaelita, que se quedó huérfana de padre y madre á los seis años. Esta Micaelita era, pues, heredera universal del Sr. D. Felicísimo, circunstancia que, á pesar de su escasa belleza, debía hacer de ella un partido apetitoso. Sin embargo, habiendo tenido en sus quince años ciertos devaneos precoces con un muchacho de la vecindad, quedó muy mal parada su honra. El mancebo se fué á América, D. Felicísimo enfermó del disgusto, Doña María del Sagrario, tía de la joven, enfermó también; divulgóse el caso, salió mal que bien de su paso Micaelita, y desde entonces no hubo galán que la pretendiera. Cuentan los cronistas toledanos que desde entonces se arraigó en Micaelita la piadosa costumbre de reservar un Padrenuestro para todas las ocasiones apuradas en que se encontrase.

Pasados algunos años, la situación de la joven había cambiado: su caracter, agriándose en extremo, la hacía menos simpática aún de lo que realmente era. Su abuelo, que entrañablemente la amaba, le permitía frecuentar la sociedad y gastar algo en tocados y ropas de moda. Ella quería borrar su mancha; pero no lo podía conseguir, careciendo de aquellas prendas que facilmente inspiran el perdón ó el olvido. Lo singular es que á su mal genio unía un cierto orgullito sobremanera repul-

sivo y que sin duda nacía de su seguridad de enriquecer considerablemente al fallecimiento del abuelo.

Todas las noches del año, en el de 1831, luego que D. Felicísimo con un mediano vaso de vino echaba la rúbrica á su cena (frase de D. Felicísimo), se levantaba de aquella especie de trono, y tomando con su propia mano el candil de cuatro mecheros se dirigía á la sala, donde ya Doña María del Sagrario había encendido una lámpara de las llamadas de *Monsieur Quinquet*, y allí se encontraba á varios amigos que se reunían en amena tertulia. La estancia era como una gran sala de capítulo eventual; pero estaba blanqueada, sin más adorno que un gran cuadro del Purgatorio donde ardían hasta diez docenas de ánimas. Dos cortinas de sarga, cuya amarillez declaraba haber sido verde, cubrían los balcones, y por las cuatro paredes se enfilaban en batería tres docenas de sillas de caoba con el respaldo tieso y el asiento durísimo. Cuatro sillones de cuero claveteado, contemporáneo del cuadro de las Ánimas del Purgatorio, si no del Purgatorio mismo, servían para la comodidad relativa; una urna con imagen vestida servía para la devoción, y una mesa que parecía pila bautismal para que dieran golpes sobre ella los de la tertulia. D. Felicísimo entraba diciendo, *Pax vobis* y después saludaba sucesivamente á sus amigos.

—Buenas noches, Elías, ¿cómo te va?... Señor conde de Negri, buenas noches... Buenas noches, Sr. D. Rafael Maroto.



XVIII



VEAMOS ahora lo que pasó aquella noche. Genara tomó asiento en el despacho del Sr. D. Felicísimo, y Pipaón, acercándose á éste, le habló un poco al oído para contarle lo que á la dama le pasaba. Á cada dos palabras que oía, D. Felicísimo articulaba una especie de chillido, un jí jí, que más tenía de suspiro que de interjección y que al mismo tiempo expresaba hipo y burla.

—Bueno, bueno—murmuró el anciano moviendo la cabeza en ademán de conciliación.—En mi casa no será molestada; yo le respondo de que no será molestada, jí jí.

—Gracias—dijo la dama secamente tratando de darse aire con los restos de su abanico.

—El Sr. D. Miguel de Baraona y yo fuimos muy amigos—añadió Carnicero, volviendo á Genara su faz plana, fría, sin expresión de sentimiento alguno,—pero muy amigos. Cuando aquellas cuestiones de la Santa Iglesia Colegial de Vitoria con los *Canónigos quartos de frutos* de Calahorra, vino aquí D. José Marqués, *canónigo entero*, D. Vicente Morales, *rationero medio* y D. Andrés de Baraona, *canónigo quarto de optación*, hermano de su abuelo de usted, que también vino. Yo le conseguí el arcedianato de Berberiega para su primo. ¡Cuántas tardes pasamos juntos en este despacho hablando de sermones y Toros! Era en los tiempos de Pedro Romero, y dicho se está que había materia para dos buenos aficionados como nosotros. Si el Sr. de Baraona viviera se acordaría de cuando vimos la cogida de Pepe-Hillo y la célebre cornada de José Cándido, motivada por haberse *escupido* el toro, con lo que se

atolondró José y quiso matarlo fuera de jurisdicción, recibiendo un contronazo...

Estas últimas frases no las dirigía D. Felicísimo á Genara, sino á cierto personaje, desconocido para nosotros, que á su lado estaba y había entrado poco antes que nuestros amigos. Era un joven de aspecto más bien ordinario que fino, de rostro tan salpicado de viruelas, que parecía criba, de complexión sanguínea y algo gigantea; de ajustada chaqueta vestido, con el pelo corto y la frente más corta acaso. Su facha, su traje y cierta expresión inequívoca que impresa en su rostro estaba como un letrero, decían que aquel hombre era del gremio de tablajeros, cortadores ó tratantes en carnes. Los tres oficios había tenido, mas con tan poco aprovechamiento, que los cambió por una plaza de demandero en la carcel de Villa. Era hijo de una antigua sirviente de D. Felicísimo, y éste le había criado en su casa y le tenía bastante cariño. Pedro Lopez, por otro nombre *Tablas* (que así le bautizaron en el Matadero), respetaba mucho á su protector. Iba á verle diariamente al anochecer, se sentaba á su lado, le hablaba un poco de la carcel, de becerros si era invierno y de Toros si era verano; después le servía la cena, y por último le acompañaba á rezar el rosario, devoción á que no faltó D. Felicísimo ni en un solo día de su vida.

Doña María del Sagrario no tardó en venir. Era una señora que aparentaba más edad de la que realmente tenía, por causa de una lamentable emigración de todos los dientes de su boca, no quedando en aquellos reinos más que algunas muelas, que temblando habían pedido también sus pasaportes. Ella no tenía pretensiones de belleza ni aun de buen parecer, y así su elegancia era la sencillez, su perfumería la limpieza y su peinado un trabajo simplicísimo. Este consistía en recoger en una sola trenza los cabellos fieles que le quedaban y hacer con ésta un moño chiquito, el cual, atravesado de una horquilla ó flecha, como corazón simbólico, parecía una limosna de cabellos enviada por el cielo sobre su cráneo, que iba igualando á las encías en sus condiciones de país desierto. Por lo demás, Doña María del Sagrario era bondadosa, de excelente corazón y de mucho palique; pero tanto desentonaba su voz, por causa de estar su boca tan solitaria como casa de mostrencos, que las palabras parecían salir y entrar por aquellas cavidades jugando y haciendo cabriolas. Cuando reía creeríase que lloraba, y cuando regañaba á la criada parecía mandar un batallón, y el rezar era en ella como un soplamiento de fuelles rotos.

—Mucho nos honra usted, Genarita—le dijo besándola—con aceptar

nuestra hospitalidad. Eso no será nada. Algún mal entendido. ¡Es tan facil ahora que los buenos se confundan con los pícaros! Ayer mismo ¿no apalearon en esta calle al sacristán de la V. O. T. por confundirlo con un pícaro zapatero que fué condenado á horca y luego indultado en el llamado *tiempo constitucional*, que ni fué tal tiempo ni cosa que lo valga?

—Sagrario, mucha conversación es esa, jí jí—dijo á este punto D. Felicísimo.—Genarita no es persona con quien debemos gastar cumplidos ni etiquetas; por tanto, tráeme mi cena, que la gusana me dice que es hora.

Poco después el Sr. Carnicero tenía delante la servilleta en lugar del papel y la cuchara en vez de la pluma. Tras los primeros bocados, habló así:

—No es extraño, Genarita, que con la marcha que lleva este Gobierno por el camino de la francmasonería, sean perseguidos los buenos españoles. Ese pobre Rey se ha entregado en manos de la heregía y del democratismo; la Reina nos quiere embobar con músisas, pero no le valdrán sus mañas para hacernos tragar la sucesión de su hija Isabelita, que así será Reina de España como yo emperador de la China, jí jí. Ellos ven venir el nublado y se preparan; pero nosotros nos preparamos también... y es flojita cosa la que defendemos... así como quien no dice nada, la religión sacratísima, el trono español y nuestras costumbres tradicionales, puras, nobles y sencillas. ¡Ah! perdóneme usted, Genarita, me olvidé de decirle si gustaba cenar. Pero aquí no andamos con etiquetas, y en mi casa todo es llaneza y confianza.

—Gracias—repuso Genara, que solicitada de otros pensamientos no oyó ni una sola palabra del discurso del Sr. Carnicero.

Pipaón y Micaelita cuchicheaban en la sala inmediata y Doña María del Sagrario había ido á preparar la cena para todos, lo que requería no poca habilidad por haber aumentado las bocas y no los manjares. Tablas servía la cena al Sr. D. Felicísimo, el cual le hablaba de este modo:

—Pues volviendo á lo que te decía cuando entraron estos señores, el toreo está ahora tan por los suelos que no se puede hablar de él sin que se le caiga á uno la cara de vergüenza. Y no me digan que se ha fundado un Conservatorio de Tauromaquia. Tonto de capirote es el que lo inventó. Yo admiro á D. Pedro Romero, yo le tengo por un Cid de los tiempos modernos; por eso no quisiera verle hecho un catedrático de brega. Mira tú, los toreros de hoy dan asco... Si el Señor Omnipotente te hubiera querido hacer el favor de criarte en aquel tiempo en que

todo era mejor que ahora, todo; en que era más honrada la gente, más rico el país, más barata la comida, más guapas las mujeres, más religiosos los hombres, más valientes los militares, más benigno el frío, más alegre el cielo, más honestas las costumbres, más bravos los toros y más, mucho más hábiles los toreros... jí jí... ¿por qué te ries?

El hipo de D. Felicísimo arreció de tal modo que hubo de pararse un rato para tomar aire. Después prosiguió así:

—Si hubieras vivido en aquel feliz tiempo, te habrías desbaratado de gusto viendo en medio del redondel á Joaquín Rodríguez, por otro nombre *Costillares*, ó á José Delgado, mi amigo queridísimo, por otro nombre *Pepe-Hillo*. Me parece que le estoy mirando, cuando el toro se ceñía. Entonces tenía que ver su serenidad y destreza, jí. Él lo llamaba de frente, tomando la rectitud de su terreno conforme las piernas que le advertía la fiera, y luego que le partía, jí, le empezaba á cargar y tender la suerte, ¿entiendes? Con este quiebro el toro se iba desviando del terreno del diestro y cuando llegaba á jurisdicción, le daba el remate seguro, jí, jí, jí.

Con las cabezadas que daba D. Felicísimo brillaban sus ojos en el semblante plano como los agujeros de una palmeta. Al mismo tiempo su mano armada de tenedor tomaba las actitudes toreriles amenazando el vaso de vino, puesto en el lugar del tintero.

—Señora, usted se aburrirá con esta conversación mía—dijo el anciano contemplando á Genara, que estaba con los ojos bajos.—Como aquí no hay cumplimientos, que es palabra compuesta de *cumplo* y *miento*, ni las pamemas que llaman etiqueta, yo hablo de lo que más me gusta, jí. Este buen *Tablas* es un chiquilicuatro que por no tener alma no ha emprendido el oficio de mirar cara á cara á la cuerna, y está de demandadero en la carcel de Villa. Si no tuviera el defecto de coger sus monas los lunes y áun los martes, sería un cumplido muchacho, siempre que se corrigiera del vicio de sobar las cuarenta.

Tablas se ruborizó al oír su panegírico.

—Genara, venga usted á cenar—dijo Sagrario entrando.—Deme usted su mantilla.

D. Felicísimo había concluido.

—Hija, ¿ha venido esta tarde el padre Alelí?—preguntó.

—No ha parecido Su Reverencia.

—¿No se sabe nada de la pupila de Benigno Cordero, que está con pulmonía?

—Iba mejor, pero ha recaído. ¡Cristo, qué desgracia!—exclamó Sagra-

rio en un desentono tan singular que parecía enjuagarse la boca con las palabras.—Cruz fué esta tarde á la iglesia y me dijo que el pobre Benigno está como alma en pena. Va á la botica por las medicinas y se deja el sombrero sobre el mostrador, habla solo y cuando vende no cobra y cuando cobra no da la vuelta, y cuando la da, da oro por cobre.

—Es un alma de cántaro, jí... Tablas, ve después á preguntar por la enferma. Benigno es loco, pero es paisano y le aprecio... Genarita, ¿por qué tiene usted ese aire de tristeza y abatimiento? Aquí no hay nada que temer. Estamos en sagrado; es decir en una casa pura y absolutamente, jí jí... apostólica.

Genara no cenó. Había perdido el apetito, y la especial manera de guisar que en aquella casa había no era la más á propósito para despertarlo. Á esta feliz circunstancia de la desgana de un convidado, debió Pipaón que le tocara algo, aunque no fué mucho, según consta en las crónicas que de aquellos acontecimientos quedaron escritas.

Levantóse Genara de la mesa antes que los demás para decir una cosa importante al Sr. D. Felicísimo, que aún no había salido de su guarida, y al llegar á la puerta de ésta, oyó la voz del anciano muy desentonada y colérica. Decía así:

—Ladrón, verdugo, borracho, no te daré un maravedí aunque te me pongas de rodillas delante y me enciendas velas. Yo no soy bueno, yo no soy santo; no pienses que me embobarás con tus lisonjas. ¿Tengo yo alguna mina, jí? ¿Acuño moneda, jí? Quítateme, jí, de delante y púdrete si quieres. No hay un cuarto; hoy no se fía aquí. Toca á otra puerta, muérete, revienta, pégate un tiro y si no basta, jí, jí... te pegas dos ó media docena.

Con voz humilde y ahogada por la pena, Tablas habló después para pintar con las frases más amañadas la enormidad de su apuro, y Carnicero redobló sus negativas, sus bufidos, sus hipos, todo en defensa de su bolsa. Genara no necesitó oír más, y al punto renunció á decir á D. Felicísimo lo que había pensado. Mujer de recursos intelectuales, improvisaba planes con la celeridad propia de todo grande y fecundo ingenio.

La campanilla sonó y Tablas fué á abrir la puerta. Llegaron tres señores que se dirigieron á la sala, donde Sagrario acababa de poner luz. Entrando otra vez en el comedor la dama vió que Pipaón y Micaelita no parecían disgustados de hallarse juntos. Sagrario andaba por la cocina riñendo con la criada, en lenguaje discordante é inarmónico, seme-

jando un órgano que tuviera todos los tubos agujereados. Genara volvió al pasillo, que era largo, complicado, anguloso y á causa del blanqueo daba más cuerpo á las sombras que sobre él caían. Allí vió la atlética figura de Tablas que salía del cuarto del señor, y dirigiéndose á un ángulo oscuro donde estaban algunos muebles viejos como en destierro, dejábase caer sobre una silla y apoyaba la cabezota en ambas manos mirando al cielo. Genara se llegó á él. Era el angel del consuelo.





XIX



— ¿Cómo te va, Elías? Señor conde de Negri, buenas noches. Buenas noches, Sr. D. Rafael Maroto.

Así saludó D. Felicísimo á sus amigos, entrando en la sala, candilón en mano. Como aún no le hemos visto andar, no hemos podido decir que andaba á pasitos cortos, muy cortos, y así tardó una buena pieza en llegar al centro de la estancia. Vióse entonces la longitud de su levitón negro, el cual le llegaba hasta los piés, de modo que no pa-

recía que andaba, sino que estaba fijo sobre una tablilla con ruedas, de la cual tirara con lentitud una invisible mano. Puso el candilón sobre la mesa, y como la vecindad de la lámpara hacía que aquel palidciera de envidia, lo apagó.

—Usted siempre tan fuerte—dijo uno de los amigos dando un palmetazo en la rodilla de Carnicero.

Era este amigo un señor pequeño, ó por mejor decir, archipequeño adamado y no muy viejo.

—Defendiéndonos admirablemente—repuso Carnicero cogiéndose una pierna con las manos y levantándola para ponerla sobre la otra.

—Un cigarrito—dijo aquel de los amigos que llamaban Maroto, y era el más joven de los tres, de buena presencia, bigotudo y con señalado aspecto marcial.

El conde de Negri, con el cigarrito en la boca, sacó eslabón y piedra y empezó á echar chispas. Durilla era la faena y la mecha no quería encenderse.

—¡Maldito pedernal!—murmuró el señor conde.

Y las chispas iban en todas direcciones menos en la que se quería. Una fué á estrellarse en la cara plana de D. Felicísimo como un proyectil ardiente en la muralla de un bastión formidable; otra parecía que se le quería meter por los ojos al propio señor conde, y chispa hubo que llegó hasta el cuadro de Ánimas, dando instantáneamente un resplandor verdadero á aquel Purgatorio figurado. Al fin prendió la mecha.

—¡Gracias á Dios que tenemos fuego!—dijo D. Felicísimo entre dos hipos.—Con estos tubos de vidrio que han inventado ahora para encerrar las luces, no se puede encender en las lámparas.

En tanto el tercero de los amigos, que era bastante anciano y se distinguía por la curvatura exagerada de su nariz, había puesto unos papeles sobre la mesa, y los miraba y revolvía atentamente. De repente dijo así:

—No hay que contar con Zumalacárregui.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó Carnicero.—¿Ha escrito? Pues á mi carta no se dignó contestar. ¿Sigue en el Ferrol?

—Pues nos pasaremos sin él—indicó el conde de Negri.—La causa revienta de partidarios, quiero decir que los tiene de sobra en todas las clases de la sociedad, y así no es bien que solicite coroneles, como es uso y costumbre entre liberales.

—Ya sabemos—dijo con tono de autoridad el llamado Elías, alzando los ojos del papel,—que la causa que defendemos es legalmente una

batalla ganada. Habiendo sucesor varón no puede suceder una hembra. Moralmente también es cosa fuera de duda. El clero en masa apoya al



D. Tomás Zumalacárregui.

partido de la religión, y con el clero la mayoría del reino, y la aristocracia.

—Y el ejército—declaró el conde pequeñito, plegando mucho los párpados porque le ofendía la luz.

—Eso está por ver—replicó Elías Orejón.—Desde la guerra de la Independencia, el ejército, lo mismo que la marina, están carcomidos por la masonería. La revolución del 23 obra fué de los masones militares; las intentonas de estos años también son cosa suya, y en estos momentos, señores, se está formando una sociedad llamada la *Confederación Isabelina*, en la que andan muchos pajarracos de alto vuelo, y que por el rotulillo ya da á entender á donde va. Necesitamos...

—¡Claro, clarísimo, indubitable!—exclamó Carnicero, que deseaba meter baza, por hallarse conforme con su amigo en aquel tema.

—Necesitamos—prosiguió el otro alzando la voz en señal de enojo por verse interrumpido,—necesitamos, aunque el escrupuloso señor Infante no lo crea así, asegurar y comprometer aquellas cabezas militares más potentes. Ya se puede decir que son *de acá* los siguientes señores: el conde de España, capitán general del Principado; el Sr. Gonzalez Moreno, gobernador militar de Málaga...

—Buenos, buenos, bonísimos—dijo Carnicero, que no podía contener sus ganas de interrumpir á cada instante.

Orejón citó otros nombres, añadiendo luego:

—En el ramo de hombres civiles ó eclesiásticos de gran nota, andamos á la conquista del Sr. Abarca, obispo de León, y de D. Juan Bautista Erro, consejero de Estado, á los cuales sólo les falta el canto de un duro para caer también de la parte acá.

—Bueno es que los clérigos y hombres civiles vengan—dijo Maroto—pero por santa y gloriosa que sea la causa de Su Alteza, y yo doy de barato que es la causa de Dios, no se hará nada sin tropa.

—¿Y los voluntarios realistas?

—Son buenos como auxilio; pero nada más. Dénme generales aguerridos, jefes de valor y prestigio, y el día en que D. Fernando acabe, que no tardará, al decir de los médicos, D. Carlos será Rey por encima de todas las cosas.

—Eso, eso—afirmó Elías sentando la palma de su mano sobre los papeles—generales aguerridos, jefes militares de valor y prestigio; al grano, al grano.

—Todo vendrá—indicó Carnicero—cuando el caso llegue. Cuando se cuenta, como ahora, jí, con el santo clero en masa, capaz de alzar en masa al reino todo, como en la guerra de la Independencia, lo demás vendrá por sus pasos contados. En cartas y por manifestaciones verba-

les, me han demostrado su conformidad las siguientes órdenes y religiones: los Agustinos calzados de Madrid, la Congregación benedictina Tarraconense Cesaraugustana de la corona de Aragón y de Navarra, los Menores de San Francisco, los Agustinos Recoletos ó Calzados, los Canónigos seculares del orden Premonstratense...

—Espadas, espadas—dijo bruscamente Maroto—y con espadas, no sólo no estarán demás las correas y rosarios, sino que servirán de mucho.

—Y yo—indicó el conde de Negri dirigiéndose al balcón á punto que sonaba en la calle el estrepitoso rodar de un coche—me atrevo á proponer que todas las conquistas se pospongan á la conquista del vecino.

El coche paró junto á la casa. Era el carruaje de Calomarde, que vivía frente por frente de Carnicero, en el palacio del duque de Alba.

—Su Excelencia ha entrado en su palacio—dijo el conde de Negri, atisbando por los vidrios verdosos y pequeñuelos de uno de los balcones.

—Todo se andará—manifestó D. Felicísimo.—La conversación que tuvimos él y yo hace dos días, me hace creer que D. Tadeo tardará en ser apostólico lo que tarde Su Majestad en tener, jé, el ataque de gota que corresponde al otoño próximo.

—Y si no—dijo Negri tomando á su asiento,—le barrerán. Después veremos quien toma la escoba... ¡Cuidado con Doña Cristina y qué humos gasta! Si creerá que está en Nápoles y que aquí somos *lazzaronis*... ¿Pues no se atrevió á pedir mi destitución del puesto que tengo en la mayordomía del señor Infante? Gracias á que los señores me han sostenido contra viento y marea. Aquí entre cuatro amigos—añadió el conde bajando la voz,—puede revelarse un secreto. He dado ayer un bromazo á nuestra soberana provisional, que va á dar mucho que reir en la Corte. En imprenta que no necesito nombrar se están imprimiendo unos versos de no sé qué poeta, en elogio de su majestad napolitana. Hacia la mitad de la composición se habla de la *angélica* Isabel y de la *inmortal Cristina*. Pues yo...

El conde se detuvo, sofocado por la risa.

—¿Qué?

—Pues yo, como tengo relaciones en todas partes, me introduje en la imprenta, y dí ocho duros al corrector de pruebas para que quitara bonitamente la *t* de la palabra inmortal.

—La *inmoral* Cristina, jé jé...

—Espadas, espadas—gruñó Maroto,—y no bromas de esa especie.

—Toda cooperación debe aceptarse—dijo Elías refunfuñando,—aunque sea la cooperación de una errata de imprenta.

Cuando esto decían, la luz de la lámpara, ya fuera porque doña María del Sagrario, firme en sus principios económicos, no le ponía todo el aceite necesario, ya porque D. Felicísimo descompusiera á fuerza de darle arriba y abajo el sencillo mecanismo que mueve la mecha, empezó á decrecer, oscureciendo por grados la estancia.

—Voy á contar á ustedes, señores—dijo Elías—la conversación que ayer tuve con el Sr. Abarca, obispo de León, el hombre de confianza de Su Majestad... Pero D. Felicísimo, esa luz...

—Empiece usted. Es que la mecha...—replicó Carnicero moviendo la llave.

—Pues el Sr. Abarca me pidió informes de lo que se pensaba y se decía en el cuarto del Infante. Yo creí que con un hombre tan sabio y leal como el Sr. Abarca no debía guardar misterios... Le dije pan pan, vino vino... Pero esa luz.

—No es nada; siga usted; ya arderá.

—Le expuse la situación del país, anhelante de verse gobernado por un príncipe real y verdaderamente absoluto, que no transija con masones, que no admita principios revolucionarios, que cierre la puerta á las novedades, que se apoye en el clero, que robustezca al clero, que dé preeminencias al clero, que atienda al clero, que mime al clero... Pero esa luz, Sr. D. Felicísimo...

—Verdaderamente no sé qué tiene. Siga usted.

—Él convino conmigo en que por el camino que va el Rey, marchamos francamente y él el primero por la senda de la revolución... ¡Que nos quedamos á oscuras!...

La luz decrecía tanto que los cuatro personajes principiaron á dejar de verse con claridad. Las sombras crecían en torno suyo. Los empingorotados respaldos de los sillones parecían extenderse por las paredes en correcta formación, simulando un cabildo de fantasmas congregados para deliberar sobre el destino que debía darse á las ánimas. Las rojas llamas del cuadro se perdían en la oscuridad, y sólo se veían los cuerpos retorcidos.

—Díjome también Su Ilustrísima que ahora se va á emprender una campaña de exterminio contra los liberales... ¡Por Dios, Sr. D. Felicísimo, luz, luz!

La lámpara se debilitaba y moría derramando con esfuerzo su última claridad por las paredes blancas y por el techo blanco también. La

llama lanzaba á ratos un destello triste, como si suspirase, y después despedía un hilo de humo negro que se enroscaba fuera del tubo. Luego se contraía en la grasienta mecha, y burbujeando con una especie de lamento estertoroso, se tornaba en rojiza. Las cuatro caras aparecían ora encendidas, ora macilentas y la sombra jugaba en las paredes y subía al techo, invadiendo á veces todo el aposento, retirándose á veces al suelo para esconderse entre los piés y debajo de los muebles.

—Esa campaña de exterminio que se va á emprender, fíjense ustedes bien—prosiguió Orejón,—no favorece al Rey, sino al Infante. Todo lo que ahora sea reprimir es en ventaja de la gente apostólica. Así nos lo darán todo hecho, y lo odioso del castigo caerá sobre ellos, mientras que nosotros... ¡Luz, luz!

D. Felicísimo quiso llamar; pero en aquella casa no se conocían las campanillas. Así es que empezó á gritar también:

—¡Luz, luz; que traigan una luz!

La lámpara se extinguió completamente y todos quedaron de un color.

—¡Luz, luz!—volvió á gritar D. Felicísimo.

Orejón, que estaba muy lleno de su asunto y no quería soltarlo de la boca, á pesar de la oscuridad, prosiguió así:

—Que utilizando con energía la horca y los fusilamientos, limpien el reino de esas perversas alimañas, es cosa que nos viene de molde.

—Aguarde usted, hombre... Estamos á oscuras...

—Jí... se han dormido y no nos traen luz—dijo D. Felicísimo.—Sagrario, Sagrario. Tablas... Nada: todos dormidos.

Así era en verdad.

—¿Tiene usted avíos de encender, señor Conde? Aquí en este cajoncillo de la mesa debe de haber, jí, jí, pajuela.

Pronto se oyó el chasquido del eslabón contra el pedernal. Las súbitas chispas sacaban momentáneamente la estancia de la oscuridad. Se veían como á luz de relámpago las cuatro caras apostólicas, la fúnebre fila de sillas de caoba y el cuadro de ánimas.

—La raza liberalesca y masónica estará ya exterminada cuando llegue el momento de la sucesión de la corona—decía Orejón entusiasmado.— ¡Admirable, señores!

D. Felicísimo tenía la pajuela en la mano para acercarla á la mecha luego que ésta prendiese, y al brotar de la chispa, su cara plana, en que se pintaban la ansiedad y la atención, parecía figura de pesadilla ó alma en pena.

—Trabajan para nosotros, y ahorcando á los liberales se ahorcan á sí mismos.

—Es evidente—murmuró D. Rafael Maroto.

—¡Demonches de pedernal!

—¡Luz, luz!—volvió á decir D. Felicísimo.—Pero Sagrario... Nada, lo que digo: todos dormidos.

Por fin prendió la mecha y aplicada á ella la pajuela de azufre, ardió rechinando como un condenado cuyas carnes se frien en las ollas de Pedro Botero. Á la luz sulfúrea de la pajuela reaparecieron las cuatro caras, bañadas de un tinte lívido, y la estancia parecía más grande, más fría, más blanca, más sepulcral...

—De modo—continuaba Elías, cuando D. Felicísimo encendía el candelón de cuatro mecheros,—que en vez de apartarles de ese camino, debemos instarles á que por él sigan.

—Sí, que limpien, que despojen...

—Pues ahora—dijo Negri,—contaré yo la conversación que tuve con Su Alteza la infanta Doña Francisca.

—Y yo—añadió Carnicero—referiré lo que me dijo ayer fray Cirilo de Alameda y Brea.



XX



ENARA no pudo dormir en el abominable camastrón que le destinara Doña María del Sagrario, el cual estaba en un cuarto más grande que bonito, todo blanco, todo frío, todo triste, con alto ventanillo por donde venían mayidos y algazara de gatos. Al amanecer pudo aletargarse un poco, y en su desvariado sueño creía ver á D. Felicísimo hecho un demonio, ora volando montado en su pluma, ora descuartizando gente con la misma pluma, en cuchillo convertida. La casa se le representaba como un lisiado que suelta sus muletas para arrojarse al suelo, y allí eran el crugir de tabiques, el desplome de paredes, la pulverización de techos y las nubes de polvo, en medio del cual, como ave rapante, revoloteaba D. Felicísimo llorando con lúgubre graznido, mientras los demás habitantes de la casa se asfixiaban sepultados entre cascote y astillas.

Al despertar sin haber hallado reposo, sus ojos enrojecidos reconocieron la estancia, que más tenía de prisión que de albergue, y acometida de una viva aflicción lloró mucho. Después las reflexiones, los planes habilísimos que había concebido y más que nada la valentía natural de su espíritu la fueron serenando. Vistióse y acicalóse como pudo, echando muy de menos los primores de su tocador, y pudo presentarse á Micaelita y á Doña Sagrario con semblante risueño.

En sus planes entraba el de amoldar su conducta y sus opiniones á las opiniones y conducta de los dueños de la casa, y así cuando visitó al Sr. D. Felicísimo en su despacho y hablaron los dos, era tan apostó-

lica que el mismo Infante la habría juzgado digna de una cartera en su ministerio futuró. Según ella, la perseguían por apostólica, y su *apostoliquismo* (fué su palabra) era de tal naturaleza que la llevaría valientemente á la lucha y al martirio. Carnicero, que en su marrullería no carecía de inocencia (virtud hasta cierto punto apostólica), creyó cuanto la dama le dijo, y establecida entre ambos la confianza, el anciano le contaba diariamente mil cosas de gran sustancia y meollo, referentes á la causa. Sirvan de ejemplo las siguientes confidencias.

“¡Bomba, señora! Diréle á usted lo más importante que he sabido anoche. Una monjita de las Agustinas Recoletas de la Encarnación soñó no hace mucho que el Infante se ceñía la corona asistido de no sé cuantas legiones de ángeles. Escribió su sueño en una esquelita que remitió á Su Alteza, el cual la besó y tuvo con esto un grandísimo gozo. Me lo ha contado Orejón.”

“¡Bomba, señora! La trapisonada de Andalucía ha terminado. Los marinos que se sublevaron en San Fernando están ya fusilados y el bribón de Manzanares, que desembarcó con unos cuantos tunantes, ha perecido también. ¡Si no hay sahumero como la pólvora para limpiar un reino! Que desembarquen más si quieren. El Gobierno se ha preparado arma al brazo. Ahora, vengan pillos.”

“¡Gran bomba, señora! Mañana ahorcan á Miyar, el librero de la calle del Príncipe, por escribir cartas democráticas. Pronto le harán compañía Olózaga, Bringas y Angel Iznardi.”

Generalmente estas noticias eran dadas al anochecer ó durante la cena, en presencia de Tablas. Después se rezaba el rosario, con asistencia de todos los de la casa, y de Genara, que desempeñaba su parte con extraordinario recogimiento y edificación.

Ya se habrá comprendido que la muy pícara se valió de los ahogos pecuniarios del bueno de Perico Tablas para sobornarle y ponerle de su parte. El demandadero de la carcel de Villa, que no era ciertamente un Catón, se rindió á la voluntad dispendiosa de Genara sirviéndole como se sirve á una dama que reúne en sí afabilidad, hermosura y dinero.

Dos días habían pasado desde la prisión de Olózaga, cuando se vió á Tablas y á Pepe Olózaga, hermano menor de Salustiano, bebiendo *medios chicos* de vino en la taberna de la calle Mayor, esquina á la de Milanese. Genara no sólo supo explotar en provecho propio los buenos servicios de Tablas, sino que los utilizó en pró de Salustiano, por quien se interesaba mucho.

Este insigne joven, que después había de alcanzar fama tan grande como orador y hábil político, fué primero encerrado en lo que llamaban *El Infierno*, lugar tenebroso, pero más horrendo aún por sus habitantes que por sus tinieblas, pues estaba ocupado por bandidos y rateros, la peor y más desvergonzada canalla del mundo. No creyéndole seguro en *El Infierno*, el alcaide le trasladó á un calabozo, y de allí á una de las altas bohardillas de la torre. Antes de que mediara Tablas pudo Pepe Olózaga ponerse en comunicación con su hermano, valiéndose de una fiambarrera de doble fondo y del palo del molinillo de la chocolatera.

El ingenio, la serenidad, la travesura de Salustiano eran tales, que en pocos días se hizo querer y admirar de los presos que le rodeaban y que allí entraron por raterías y otros desafueros. Los demás presos no se comunicaban con él. Pepe Olózaga, después de ganar á Tablas, á quien hizo creer que su hermano estaba encarcelado por *cosas de mujeres*, intentó ganar también á uno de los carceleros; pero no pudo conseguirlo. Más afortunado fué Salustiano, que seduciendo dentro de la prisión á sus guardianes con aquella sutilísima labia y trastienda que tenía, pudo comunicarse con Bringas. Ambos sabían que si no se fugaban serían irremisiblemente ahorcados. Discurrieron los medios de alargar los procedimientos, para ver si ganando tiempo adelantaba el negocio de su salvación, y al cabo convinieron en que Bringas se fingiría mudo y Olózaga loco.

Tan bien desempeñó éste su papel, que por poco le cuesta la vida. Principió por fingirse borracho; propinóse una pulmonía acostándose desnudo sobre los ladrillos, y los carceleros le hallaron por la mañana tieso y helado como un cadáver. Tras esto venía tan bien la farsa de su locura, que siete médicos realistas le declararon sin juicio. Así ganó un mes.

Miyar, que no era travieso, ni abogado, ni hombre resuelto, pereció en la horca el 11 de Abril.

Mejor le fué á Olózaga con su locura que á Bringas con su mutismo, porque impacientes los jueces con aquel tenaz silencio, que les impedía despachar pronto, imaginaron darle un tormento ingenioso, el cual consistía en clavarle en las uñas astillas ó estacas de caña. Nada consiguieron con esto; pero Bringas perdió la salud y no salió de la carcel sino para morir. Es un mártir oscuro, del cual se ha hablado poco, y que merece tanta veneración como lástima.

Pepe Olózaga y los amigos de Salustiano trabajaban sin reposo. Las comunicaciones con el preso eran frecuentes, y no sólo recibió éste gan-

zúas y dinero, que son dos clases de llaves falsas, sino también el correspondiente puñal y un poquillo de veneno para el momento desesperado. Antes el suicidio que la horca.

Genara, que salía de noche furtivamente de la casa de D. Felicísimo, iba donde se le antojaba sin que nadie la molestase, y así pudo ayudar mucho á la familia de Olózaga. Hízose muy amiga de la mujer del escribano señor Raya, y también de la mujer del Alcaide. Á la sangre fría del preso primeramente, á la constancia y diplomacia de su hermano Pepe, al oro de la familia, y por último, á la compasión y buen ingenio de algunas mujeres, debióse la atrevidísima y drámatica evasión, que referiremos más adelante en breves palabras, aunque referida está del modo más elocuente por quien debía y sabía hacerlo mucho mejor que nadie.

Genara, preciso es declararlo, no tenía puestos los ojos en la carcel de Villa por el sólo interés de Salustiano y su apreciabilísima familia. Allí, en la siniestra torre que modernamente han pintado de rojo, para darle cierto aire risueño, estaba un preso menos joven que Olózaga, de gentil presencia y muchísima farándula, el cual pasaba por preso político entre los rateros, y por un ladronzuelo entre los políticos. Era, según Tablas, hombre de grandes fingimientos y trasmutaciones, al parecer instruido y cortés. Figuraba en los registros con dos ó tres nombres, sin que se hubiera podido averiguar cuál era el suyo verdadero. Tablas reveló á la señora que no era ella sola quien se interesaba por aquel hombre, sino que otras muchas de la Corte le agasajaban y atendían.

Las señas que el demandadero indicaba de la persona del preso convencían á Genara de que era quien ella creía, y más aún las respuestas que á sus preguntas daba éste. No obstante, la dama no pudo lograr ver su letra, por más que á entablar correspondencia le instó por conducto del demandadero. El preso pidió algunas onzas y se las mandaron con mil amores. Se trabajó con jueces y escribanos para que le soltaran, estudióse la causa, y ¿cuál sería la sorpresa, el despecho y la vergüenza de Genara, al descubrir que el preso misterioso no era otro que el celebrísimo Candelas, el hombre de las múltiples personalidades y de los infinitos nombres y disfraces, figura eminente del reinado de Fernando VII, y que compartió con José María los laureles de la caballería ladronera, siendo el héroe legendario de las ciudades como aquél lo fué de los campos?

Corrida y enojada la señora descargó su cólera sobre Pipaón, á quien

puso cual no digan dueñas, y no le faltaba motivo para ello, porque el astuto cortesano de 1815 la había engañado, aunque no á sabiendas, diciéndole que el que buscaba estuvo primero en casa de Olózaga y después preso en la Villa con los demás conjurados, noticias ambas enteramente contrarias á la verdad.

Á todas estas, Genara no tenía valor para abandonar la hospitalidad que le había ofrecido D. Felicísimo y continuaba embaucándole con su entusiasmo apostólico, sabedora de que la mayor tontería que podía hacerse en tan benditos tiempos, era enemistarse con la gente de aquel partido odioso.

Al anochecer de cierto día de Mayo, Genara vió salir al padre Alelí del cuarto de D. Felicísimo, y poco después de la casa. Hacía días que no tenía noticias de Sola ni del estado de su peligrosa y larga enfermedad, y así, luego que el fraile se marchó, fué derecha á la madriguera de D. Felicísimo para saber de la protegida del Sr. Cordero.

—¡Grande, estupenda bomba, señora!—exclamó el anciano á quien acompañaba, rosario en mano, el atlético Tablas.

—¿Se sabe algo de esa joven?...

—Ya pasó á mejor ó peor vida, que eso Dios lo sabrá—repuso Carnicero volviendo hacia Genara su cara plana, que iluminada de soslayo parecía una luna en cuarto menguante.

—¡Ha muerto!—exclamó la dama con aflicción grande.

—Ya le han dado su merecido. Conozco que es algo atroz, pero no están los tiempos para blanduras. Hazme la barba y hacerte he el copete.

—Yo pregunto por la pupila de nuestro amigo Cordero—insistió Genara.

—Acabáramos: yo me refiero á esa joven que han ahorcado en Granada. ¿Cómo la llamaban, Tablillas?

—Mariana Pineda.

—Eso es. Bordadme banderitas para los liberales desembarcadores. El cabello se pone de punta al ver las iniquidades que se cometen. ¡Bordar una bandera, servir de estafeta á los liberales! y sabe Dios las demás picardías que los señores jueces habrán querido dejar ocultas por miramientos al sexo femenino...!

—¡Y esa señora ha sido ahorcada!—exclamó Genara, lívida á causa de la indignación y el susto.

—¿Que si ha sido...? Y lo sería otra vez si resucitara. Ó hay justicia ó

no hay justicia. Como el Gobierno afloje un poco, la revolución lo arrastra todo, monarquía, religión, clases, propiedad... Esta Doña Mariana Pineda debe ser nieta de un D. Cosme Pineda que vino aquí por los años de 98 á gestionar conmigo cierto negocio de las capellanías de Guadix... buena persona, sí, buena. Era poseedor de una de las mejores ganaderías de Andalucía, la única que podía competir con la de los Religiosos Dominicos de Jerez de la Frontera, donde se crían los mejores toros del mundo.

—Y esa Doña Mariana—dijo Genara—era, según he oído, joven, hermosa, discreta... ¡Bendito sea Dios que entre tantas maravillas de hermosura, ha criado, Él sabrá por qué, tantos monstruos terribles, los leones, las serpientes, los osos y los señores de las Comisiones Militares...!

—¿Chafalditas tenemos...?—dijo D. Felicísimo echando de su boca un como triquitraque de hipos, sonrisillas y exclamaciones que no llegaban á ser juramentos.—Mire usted que se puede decir: “al que á mí me trasquiló, las tijeras, jí, jí, le quedaron en la mano.”

La dama le miró, reconcentrada en el corazón la ira; mas no tanto que faltase en sus ojos un destello de aquel odio intenso que tantos estragos hacía cuando pasaba de la voluntad á los hechos. En aquel momento Genara hubiera dado algunos días de su vida por poder llegarse á D. Felicísimo y retorcerle el pescuezo, como retuerce el ladrón la fruta para arrancarla de la rama; pero excusado es decir que no sólo no puso por obra este atrevido pensamiento homicida, sino que se guardó muy bien de manifestarlo.

—Yo no soy tampoco de piedra—añadió Carnicero echando un suspiro;—yo me duelo de que se ahorque á una mujer; pero ella se lo ha guisado y ella se lo ha comido, porque ¿es ó no cierto que bordó la bandera? Cierto es. Pues la ley es ley, y el decreto de Octubre ha proclamado el tente-tieso. Con que adóbenme esos liberales. Dicen que fueron tigres los señores jueces de Granada. Calumnia, enredo. Yo sé de buena tinta... vea usted: aquí tengo la carta del Sr. Santaella, racionero medio y tiple de la catedral de Granada... hombre veraz y muy apersonado, que por no gustar del clima de Andalucía, quiere una plaza de tiple en la Real capilla de Madrid... pues me dice, vea usted, me dice que cuando la delincuente subió al patíbulo, los voluntarios realistas que formaban el cuadro se echaron á llorar... Un Padre nuestro, Tabías, recémosle un Padre nuestro á esa pobre señora.

Igual congoja que los voluntarios realistas sintió Genara al oír

el rezo de Carnicero y Tablas; pero dominándose con su voluntad poderosa, varió de conversación diciendo:

—¿Se sabe de la pupila de Cordero?

—Esa... replicó D. Felicísimo con desdén—está fuera de peligro. Hierba ruín no muere.



XXI



t, ya está fuera de peligro, gracias al Señor y á su Santísima y única madre la Virgen del Sagrario. Decir lo que he padecido durante esta larga y complicada dolencia de la apreciable Hormiga, durante estos cuarenta y tantos días de vicisitudes, mejorías, inesperados recargos y amenazas de muerte, fuera imposible. El corazón se me partía dentro del pecho al ver como caía y se deslizaba hasta el borde del sepulcro aquella criatura ejemplar dotada por el Cielo de tantas riquezas de espíritu y que parece puesta adrede en el mundo para que sirva de espejo á los que necesitamos mirarnos en un alma grande para poder engrandecer un poquito la nuestra. Y más me angustiaba el ver como se moría sin quejarse, aceptando los dolores como si fueran deberes; que su costumbre es llevar sobre sí las pesadumbres de la vida, como llevamos todos nuestra ropa.

“Ya está fuera de peligro, y gracias á Dios ya sigue bien. Me parece mentira que es así, y á cada instante tiemblo, figurándome que su cara no recobra tan prontamente como yo quisiera, los colores de la salud. Si la oigo toser, tiemblo, si la veo triste tiemblo también. Pero D. Pedro Castelló, que es el primer Esculapio de España, me asegura que ya no debo temer nada. Es fabuloso lo que he gastado en médicos y botica; pero hubiera dado hasta el último maravedí de mi fortuna por obtener una probabilidad sola de vida. Mi conciencia está tranquila. Ni sueño ni descanso ha habido para mí en este período terrible. He olvidado mi tienda, mis negocios, mi persona, y al fin con la ayuda de Dios he dado un bofetón á la pícara y fea muerte. ¡Viva la Virgen del Sagrario,

D. Pedro Castelló y también Rousseau, que dice aquello tan sabio y profundo: "*no conviene que el hombre esté solo!*"

Así hablaba D. Benigno Cordero en la tienda con un amigo suyo muy estimado, el marqués de Falfán. Y era verdad lo que decía de sus congojas y del gran peligro en que había puesto á Sola una traidora pleuresía aguda. La naturaleza con ayuda de la ciencia y de cuidados exquisitos triunfó al cabo; pero después recayó la enferma, hallándose en peligro igual si no superior al primero. Cuanto humanamente puede hacerse para disputar una víctima á la muerte, lo hizo D. Benigno, ya rodeándose de los facultativos más reputados, ya procurando que las medicinas fueran escogidas, aunque costaran doble, y principalmente asistiendo á la enferma con un cuidado minucioso, y con puntualidad tan refinada que casi rayaba en la extravagancia. Digamos en honor suyo que había hecho lo mismo por su difunta esposa.

Aunque parezca extraño, Doña Cruzita manifestó en aquella ocasión lastimosa una bondad de sentimientos y una ternura franca y solícita de que antes no tenían noticia más que los irracionales. Sin dejar de gruñir por motivos pueriles, atendía á la enferma con el más vivo interés, velaba y hacía las medicinas caseras con paciencia y esmero. Bueno es decir para que lo sepa la posteridad, que Doña Cruzita tenía en su gabinete el mejor herbolario de todo Madrid.

Cuando D. Pedro Castelló dijo que la enferma no tenía remedio, don Benigno manifestó grandeza de ánimo y resignación. No hizo aspavientos ni habló á lo sentimental. Solamente decía: "Dios lo quiere así, ¿qué hemos de hacer? Cúmplase la voluntad de Dios.," La *Paloma ladrante*, que tenía en su natural genio el quejarse de todo, no supo mantenerse en aquellos límites de cristiana prudencia, y dijo algunas picardías inocentes de los santos tutelares de la casa; pero á solas cuando nadie podía verla, se limpiaba las lágrimas que corrían de sus ojos. La posteridad se enterará con asombro de las palizas que la buena señora daba á sus perros para que no hicieran bulla ni salieran del gabinete en que estaban encerrados.

Los Corderillos mayores compartían la pena de su padre y tía, y los minúsculos, sin darse cuenta de lo que sentían, estaban taciturnos y con poco humor para pilladas. Deportados con las cotorras en el gabinete de su tía, jugaban en silencio, desbaratando una obra de encaje que Cruzita tenía empezada, para rehacerla después ellos á su modo. Cuando Sola estuvo fuera de peligro y sin fiebre, lo primero que pidió fué ver á los chicos. Radiante de alegría los llevó D. Benigno al cuarto de la enferma

diciendo: "aquí está la Guardia Real Granadera," y al mismo tiempo se le aguaron un poco los ojos. Sola les besó uno tras otro y puso sobre su cama á Juan Jacobo, diciendo:

—¡Cómo ha crecido éste!... y ¡qué gordo está! Bendito sea Dios que me ha dejado vivir para que os siga viendo y queriendo á todos.

Cordero se había vuelto de espaldas y hacía como que jugaba con el gato. Después se quitó las gafas para limpiarlas. Lo que realmente hacía era defender su emoción de las miradas de Sola y los chicos. Aún en aquel primer día de su convalecencia, pudo Sola hacer á la *Guardia Real Granadera* un obsequio inusitado. Desde el día anterior había guardado cuatro piedras de azucar de pilón, y dió una á cada muchacho, destinando la mayor á Juanito Jacobo, precisamente por ser el más chico y á la vez el más goloso.

—Un angel—les dijo,—que ha venido todas noches á preguntar por mí y á ver si se me ofrecía algo, me dió anoche estos terrones para todos, encargándome que no se los diera si no se habían portado bien. Yo no sé qué tal se han portado...

—Muy mal, muy mal—dijo Doña Cruzita.—No merecían sino azucar de acebuche y miel de fresno.

—Lo pasado pasado—añadió Sola.—Ahora se portarán bien.

Esto no se había acabado de decir, cuando ya se oían los fuertes chasquidos de los dientes de Juanito Jacobo, partiendo el azucar. Los cuatro besaron á la que había hecho con ellos otras veces de madre y se retiraron muy contentos. D. Benigno no podía contener cierta expansión de gozosa generosidad que naciendo en su corazón le llenaba todo entero. Fué tras los muchachos y dió cuatro cuartos á cada uno para que compraran chufas, triquitraques, pasteles ó lo que quisieran. Después le pareció poco y á los dos mayores les dió una peseta por barba, advirtiéndoles que aquel dinero era para *correrla* en celebración del restablecimiento de Sola, y por tanto no debía ser metido en la hucha. Cada uno tenía su hucha con sendos capitales.

Cruzita se fué á sus quehaceres y D. Benigno se quedó solo con la *Hormiga*. En los días de gravedad, cuando le acometía fuertemente la calentura, Sola deliraba. Los individuos conservan en sus desvarios febriles casi todas las cualidades que les adornan hallándose en estado de perfecta salud, y así Sola enferma era diligente, bondadosa y afable. Agitándose en su lecho con horrible desvario, mandaba á los chicos á la escuela, le pasaba lección á Rafaelito, reñía á Juanito Jacobo por romper los figurines del *Correo de las Damas*, bromeaba con Cruzita por

cuestión de pájaras lluecas ó de perros con moquillo, daba órdenes á la criada sobre la comida, se afligía porque no estaban planchadas las camisas de D. Benigno, le pedía á éste cigarros para el padre Alelí, preguntaba á los dos qué plato era el más de su gusto para la próxima cena y hablaba con todos de los Cigarrales y de cierta expedición que tenían proyectada; era una reproducción ó un lúgubre espejismo de su actividad y de sus pensamientos todos en la vida ordinaria. Acontecía que después de un largo período de exaltación febril, Sola se quedaba muda y sosegada otro largo rato sin decir más que algunas palabras á media voz. D. Benigno, que atendía á estos monólogos con tanto dolor como interés, pudo entender algunas palabras entre ellas: *D. Jaime Servet* (1).

Aquel famoso día de los terrones de azúcar, D. Benigno, luego que con ella se quedó solo, le preguntó quien era el tal D. Jáime Servet que en sueños nombraba, y ella quiso explicárselo punto por punto; pero apenas había empezado, cuando entraron Primitivo y Segundo trayendo un grande, magnífico y oloroso ramo de rosas que ofrecieron á Sola con cierto énfasis de galantería caballeresca. Los dos muchachos tuvieron la excelente idea de emplear las dos pesetas que les dió su padre en comprar flores para obsequiar con ellas á su segunda madre en el fausto día de su restablecimiento; y en verdad que era de alabar la delicadeza exquisita con que procedían los muchachos, probando que en la edad de las travesuras no escasea cierta inspiración precoz de acciones generosas y de la más alta cortesía. Decir cuanto agradeció Sola la fineza, fuera imposible, y si el fuerte olor de las flores no la marease un poco, habría puesto el ramo sobre la almohada. Les dió besos y luego pasó el ramo á Cordero para que aspirase la rica fragancia.

D. Benigno no cabía en sí de satisfacción. Se puso nervioso, se le resbalaron las gafas nariz abajo, y ésta parecía hacerse más picuda, tomando no sé qué expresión de órgano inteligente. Sonrisa de vanagloria retozaba en sus labios, y aquel aroma parecía que llevaba á su alma un regalado confortamiento, una paz deleitosa, un gozo, una esperanza, una vida nueva. Los muchachos al ver el éxito de su hazaña, estaban sopladados de orgullo.

D. Benigno se los llevó prontamente á su cuarto y les dijo:

—Tomad... un duro para cada uno. Sois caballeros finos y agradecidos. Muy bien; muy bien, señoritos: este rasgo me ha gustado mucho. En vez de comprar golosinas que os ensucian el estómago... comprásteis

(1) Véase *Un Voluntario realista*.

el ramo... pues... Idos á paseo: no vayais esta tarde al colegio. Yo lo mando... Adios... un duro á cada uno.

Cuando volvió al lado de Sola, Cruzita había llevado, para que la enferma lo viera, los pajarillos en cría, pelados y trémulos dentro del nido, mientras la pájara saltaba inquieta de un palo á otro, y el pájaro ponía muy mal gesto por aquel desconsiderado trasporte de la jaula. Sola admiró todo lo que allí había que admirar, la sabiduría y la paciencia que aquellos menudos animalillos que así pregonaban con su manera de criar la sabiduría maravillosa y el poder del Criador, el cual en todas partes donde algo respira ha puesto un bosquejo de la familia humana.

—Lléveselos usted—dijo Sola,—que se asustan y se enojan, y creo que lo van á pagar los pequeñuelos, quedándose hoy sin almorzar.

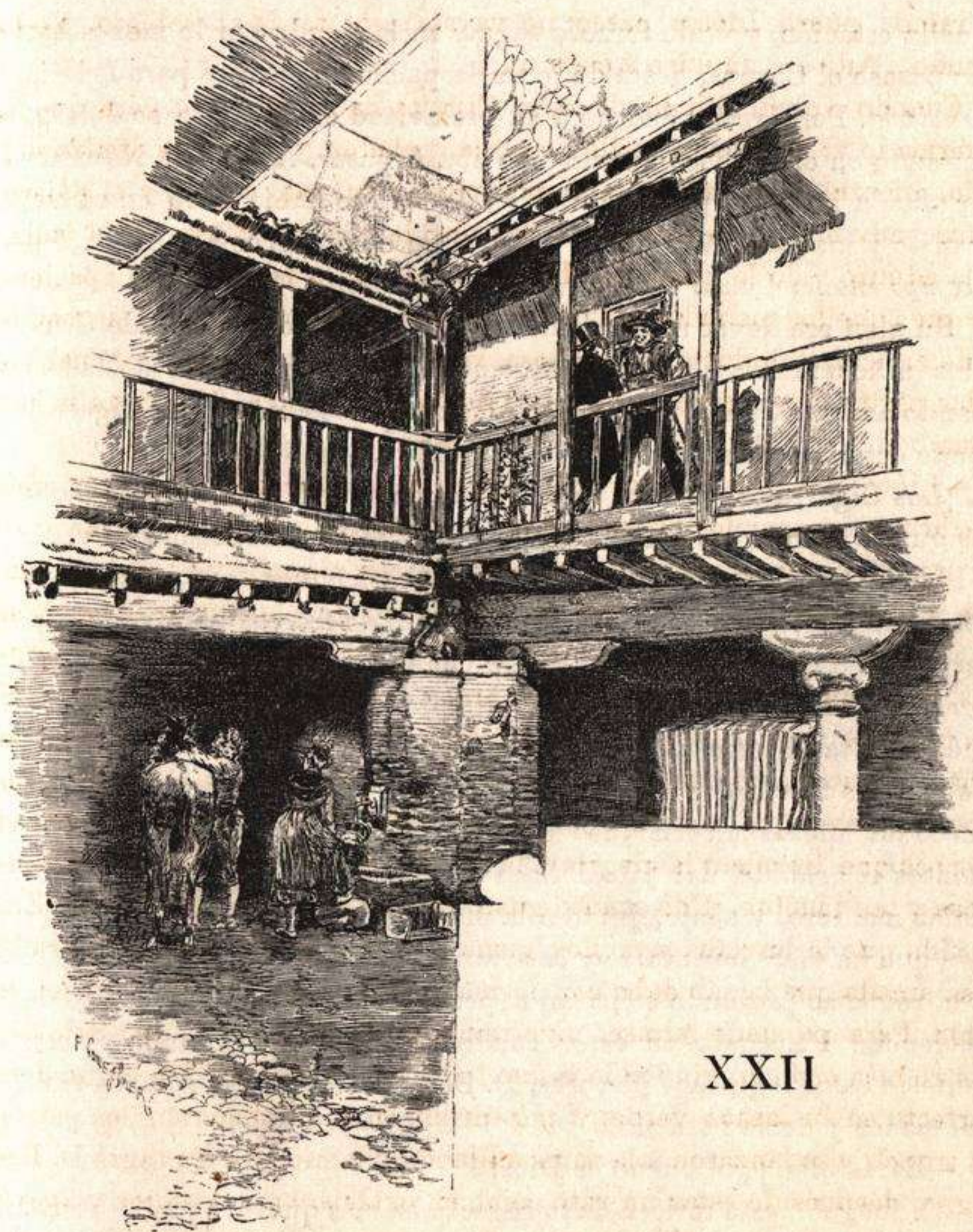
Después cargó Cruzita, no sin trabajo, con algunos tiestos de minutisa y pensamientos para que Sola viera como con el calor de la estación se cubrían de pintadas florecillas, las unas formando ramilletes ó grupos, como un canastillo de piedras preciosas, otras sueltas con diferentes tamaños y matices; pero todas guapas y alegres. También trajo un lirio que parecía un obispo, vestido de largas faldamentas moradas, un moco de pavo, que más bien parecía gallo de cresta roja, y otras muchas hierbas que llevaban la alegría á la alcoba, pocos días antes tan silenciosa y tan fúnebre. ¡Con cuánto gusto recibía Sola aquellas visitas! Era la vida que le enviaba aquellos mensajes para cumplimentarla; era la casa amada que la saludaba con lo más hermoso y agradable que en sí tenía. Para que nada faltase, vino también la cotorra, á quien Sola encontró más crecida, vino el loro que le pareció haber sufrido algún desperfecto en su casaca verde, y por último entraron también los perros en tropel, y se lanzaron á la cama aullando y lamiendo. En tanto D. Benigno, después de estar un rato como en éxtasis, bajó los ojos y apoyó la barba en su mano trémula. Ó rezaba ó recitaba algún famoso texto de Rousseau: en esto no parecen acordes las crónicas, y por eso ponemos las dos versiones para que el lector elija la que más le cuadre.

Pasó un rato. Todo estaba en silencio. El héroe de Boteros saboreaba en el pensamiento la dicha presente, que no era sino anticipado anuncio de su dicha futura.

—Pues como decía á usted...—indicó Sola.

—Eso es, apreciable *Hormiga*. Siga usted su cuento y dígame quien es ese D. Jaime Servet.

Sola satisfizo cumplidamente la curiosidad de su amigo.



XXII

HABIENDO ordenado los médicos que la enferma fuera á convalecer en el campo, D. Benigno empezó á preparar el viaje á los Cigarrales de Toledo, donde él poseía extensas tierras y una casa de labranza. Extraordinario gusto tenía el héroe en estos preparativos, por ser muy aficionado á la dulce vida del campo, al cultivo de frutales, á la caza y á la crianza de aves y brutos domésticos. Por su desgracia él no podía abandonar su comercio en

aquella estación, y érale forzoso seguir en la tienda por lo menos hasta que pasase el Corpus, fiesta de gran despacho de encajes para Iglesia y *modistería*. Pero resignándose á su esclavitud en la Corte se deleitaba pensando en el dichoso verano que iba á pasar. Amaba la Naturaleza por afición innata y por asimilación de lo que había leído en su autor favorito y maestro. Así nada le parecía tan de perlas como aquella frase: *el campo enseña á amar á la humanidad y á servirla*.

Su plan era llevar á Sola á últimos de Mayo acompañada de Cruzita y los niños menores. Inmediatamente regresaría él solo á Madrid y cuando acabase Junio, volvería con los otros dos chicos á los Cigarrales, donde estarían todos hasta fin de Setiembre.

¡Los Cigarrales! ¡cuánta poesía, cuántas amenidades, qué de inocentes gustos y de puros amores despertaban esta palabra sola en el alma del buen Cordero! ¡Qué meriendas de albaricoques, qué gratos paseos por entre almendros y olivos, qué mañanitas frescas para salir con el perro y la escopeta á levantar algún conejo entre las olorosas matas de tomillo, romero y mejorana! ¡Qué limpieza y frescura la de las aguas, qué color tan hermoso el de las cerezas, y qué dulzura y maravilla en los panales fabricados por el pasmoso arte de las abejas en el tronco hueco de añosos alcornoques ó entre peñas y jaras! En los cercanos montes el gruñido del jabalí hace temblar de ansiedad el corazón del audaz montero, y abajo, junto á la margen del río aurífero, del río profeta que ha visto levantarse y caer tan diferentes imperios, la peña seca y el remanso profundo solicitan al pescador de caña, flor y espejo de la paciencia. Pensando en estos cuadros poéticos, y gozando ya con la fantasía estos legítimos placeres, D. Benigno se sonreía sólo, se frotaba las manos y decía para sí.

—Barástolis, ¡qué bueno es Dios!

¡Y luego!... esta reticencia le regocijaba más que en aquellas risueñas perspectivas bucólicas. Había decidido no hablar á Sola de cierto asunto hasta que ambos estuvieran en los Cigarrales y ella completamente restablecida.

Cordero fué una mañana á la Cava Baja en busca de arrieros y trajinantes para arreglar con ellos su viaje. Entró en la posada de la Villa, y en la que antiguamente se llamaba del Dragón. En esta y en uno de los aposentos altos encontró á un mayoral que há tiempo conocía, y después de concertar ambos las condiciones del viaje, siguieron en calorosa conversación sobre el mismo asunto, porque se había despertado en D. Benigno cierto entusiasmo pueril por la dichosa expedición. Allí

preguntó varias veces Cordero la distancia que hay desde Madrid á Toledo, hizo comentarios sobre tal cuesta, sobre cual mal paso, y finalmente disertó largo rato sobre si llovería ó no el día siguiente, que era el señalado para la salida. Cordero opinaba resueltamente que no llovería. Ya se marchaba, cuando al pasar por el corredor alto donde había varias puertecillas numeradas, vió á un hombre que tocaba en una de estas. El hombre preguntó en voz alta:

—¿D. Jáime Servet vive aquí?

Detúvose Cordero y oyó una voz que de dentro gritaba:

—No ha llegado todavía.

El héroe no dió á lo que había oido más importancia de la que merece una simple coincidencia de nombres.

¡Qué afán puso el buen señor en preparar el viaje, en disponer lo referente á vestidos, provisiones y todo lo demás que se había de llevar. Creeríase que iban á dar la vuelta al mundo, según la prolijidad con que Cordero se proveía de todo, y las infinitas precauciones que tomaba, y las advertencias que hacía, y el itinerario escrupuloso que trazaba, y la elección de vituallas, y el acopio de drogas por si ocurrían descalabraduras ó molimiento de huesos. Todo le parecía poco para que á Sola no faltara ninguna comodidad, ni se privase de nada que pudiera convenir á su espíritu y su salud. Y deseando anticipar las delicias del viaje, aquella noche le habló de la distancia, le describió los pueblos que habían de recorrer, pintóle paisajes de ríos y montañas, diciendo estas ó parecidas cosas:—Cuando pasemos de Torrejón de la Calzada, á Casarrubielos, fijate en aquellas lomas de viñas, que están en fila y hacen unos bailes tan graciosos cuando pasa el coche corriendo... Después en tierra de la Sagra verás unos panoramas que encantan... Luego que se pasa de Olías te quedarás pasmada cuando veas allá lejos la torre de la Catedral que parece saluda al viajero... sin quitarse el sombrero, se entiende, el cual es un capacete que está emparentado con el cielo y que trata de tú á los rayos...

En fin, llegó la mañana y se marcharon despedidos por Alelí, que se quedó muy triste. Cuando el coche, dejando atrás el puente de Toledo, entró en la extensa, libre y alegre campiña inundada de luz, D. Benigno sintió que la alegría se rebosaba del vaso de su espíritu, chorreando fuera como las caidas de una fuente de Aranjuez, y aquel chorrear de la alegría era en él risas, frases, exclamaciones, chascarrillos y por último la elocuente frase:

—Barástolis, ¡qué bueno es Dios!

Aquel mismo día corrió por Madrid la noticia de haberse escapado de la cárcel de Villa el preso que ya estaba destinado á la horca. Genara se alegró tanto cuando Pipaón se lo dijo, que al instante salió á la calle para felicitar á D. Celestino. Hacía ya dos semanas que había empezado á perder el miedo, y salía de noche á pié acompañada de Micaelita, vestidas ambas en traje tan humilde que difícilmente podían ser conocidas.

Después de dar la enhorabuena á D. Celestino y á su hija, regresó á casa de Carnicero y se entretuvo escribiendo algunas cartas. Pipaón la visitó en su cuarto, donde hablaron un poco de política. Genara fué luego á ver cenar á D. Felicísimo, operación que le hacía gracia por las singularidades y extravagancia de aquel santo hombre en tan solemne instante, y le halló sumamente ocupado con un alón que por ninguna parte quería dejarse comer, según estaba de cartilaginoso y duro.

—Bomba, señora...—dijo Carnicero picoteando el hueso por aquí y por allá, de modo que unas veces se lo ponía por bigote y otras lo tasca-ba como un freno.—En Portugal el Sr. D. Miguel está apretando las clavijas á aquel insubordinado reino. Ahora dicen que vendrán del Brasil D. Pedro y Doña María de la Gloria á disputar la corona á D. Miguel... Quisiera yo ver eso... Sigue, querido Tablas, lo que me estabas contando, que esta señora no puede ser insensible á las glorias del toreo, y si es verdad, como dices, que ese muchacho rondeño...

Tablas aseguró que el muchacho rondeño que acababa de llegar á Madrid y se llamaba Montes, por sobrenombre *Paquiro*, era un enviado de Dios para restablecer la decaída y casi muerta orden de la tauromaquia. Dijo también, que cuando Madrid le conociera bien, sería puesto por encima de todos sus predecesores en aquel arte, incluso Pepe-Hillo y Romero, pues tenía todas las cualidades de los antiguos y aun algunas más, siendo autor de varias suertes y reglas, y de un toreo nuevo...

—Por lo que deberá llamarse—dijo D. Felicísimo riendo como un bobo,—el Moratín de la muleta.

Algo más se habló de este tema, aventurando en él Genara algunas observaciones; mas como ésta dijera que se verificaría una *revolución* en el toreo, se enfadó Carnicero al oír la palabra, y dijo que no habría revoluciones en nada, y que bien estaba el mundo como estaba, aunque estuviera sin toros. Genara dió su asentimiento, y mientras el anciano tomaba sus últimos bocados, se entretuvo en observar la habitación, pues nunca se cansaba de mirarla ni de reconocer la extraordinaria concordancia que había entre ella y su habitador, de tal manera, que así

como el capullo es molde del gusano, así parecía que D. Felicísimo había hilado su despacho envolviéndose en él. Detrás del sillón de la mesa había un largo estante del tamaño de la pared, cuyas puertas tenían en vez de vidrios rejillas de alambres, y por los huecos de éstas asomaban sus caras amarillentas los legajos, como enfermos que se asoman á las rejas de un hospital. Muchos tenían cruzados de cintas rojas y cartoncillos colgantes con rótulos. Algunos estaban tendidos horizontalmente, semejando no ya enfermos sino verdaderos cadáveres que no volverían á la vida aunque les royeran ratones mil; otros estaban inclinados sobre sus compañeros, como borrachos ó mal heridos, y los menos aparecían completamente derechos y erguidos. Éstos eran los que se asían á las rejillas y aún echaban fuera sus cintas rojas cual si meditaran una evasión arriesgada. En el más alto andamio de la sepulcral estantería, Genara vió una colección ó batería de objetos que semejaban tinajas negras, alternando con otros que si no eran avechuchos disecados, lo parecían. Eran los sombreros que había usado D. Felicísimo en su larga vida, y que en aquel retiro estaban gozando de una pingüe jubilación de polvo y telarañas, ilusionados aún con remozarse y pasar á cubrir las cabezas de otra generación menos ingrata que la pasada.

Todo lo que decimos iba pasando por la fantasía de Genara, y después ésta se fijó en la mesa, donde aquella noche había, no ya un montón, sino una cordillera de legajos por cuya recortada cima aparecía de vez en cuando la cara de D. Felicísimo, iluminada de lleno por la lámpara, como luna que platea las cumbres de los montes. En aquella altura que podría ser Calvario, estaba el Cristo de la espalda en llaga y del cuello en soga, y era de ver cómo volvía su rostro ensangrentado hacia la pezuña de macho cabrío, pidiéndole misericordia, y cómo no hacía maldito caso la pezuña, sólo ocupada en oprimir duramente, cual si quisiera patearla, una carta en cuyo sobrescrito se leía:

Al Sr. D. Jáime Servet. — Posada del Dragón.



XXIII



ENARA no vió tal carta. Llamáronla á cenar y cenó. Después Doña María del Sagrario siguiendo su tradicional costumbre, que por lo infalible debía haberse puesto en el Almanaque, se quedó dormida en un sillón, mientras Micaelita y Bragas, que acababa de entrar, se secreteaban de lo lindo en el comedor. La dama huésped esperó á que Tablas y la criada cenasen también para ir con aquel al rincón de los muebles viejos donde solían hablar de cosas reservadas. Llegó la ocasión y Tablas, que obedecía servilmente á la señora y era como un esclavo, por la cuenta que le tenía, contestó á las apremiantes preguntas de esta manera:

—Fué á las dos en punto. El señorito D. José, el Sr. D. Celestino y yo habíamos convenido en que las dos era la mejor hora. Yo dí al carce-

lero las onzas que me dió el Sr. D. Celestino y el carcelero pidió más, y le llevé más, y luego dijo que no era bastante, y se le dieron otras pocas onzas. Al preso le llevé las mangas con galones de teniente coronel, y la gorra de cuartel, que eran el trapo para engañar á cualquier carcelero de sentido. Ya se le había llevado puñal y pistola y un cinto de onzas que son la mejor brega para parar los piés á la justicia y hacerla que obedezca al engaño. El carcelero y yo habíamos convenido en correr el cerrojo sin echarle el gancho, y D. Salustiano tenía ya una cuerda para descorrerle desde dentro. Para que no hiciera ruido untamos de aceite al cerrojo. El preso salió: yo no sé cómo se las compuso para que no ladraran los dos grandes perros que se quedan todas las noches en el pasillo. Debió echarles pan ó hacerles maleficio, porque aquellos animales no se empapan en el engaño. Ello es que bajó y por la escalera se le apagó la luz y tuvo que volver á subir para encender otra. Yo le sentía desde abajo y no me atrevía á ayudarle ni á decir esta boca es mía, por miedo á que los carceleros se escurrieran fuera percatándose del engaño. Todos habían recibido sus pases de dinero para que se atontaran; pero yo no tenía confianza y estaba con el alma en un hilo, esperando á ver qué tal se portaba la cuadrilla. Por fin, señora, apareció el preso en la sala de guardia de la carcel donde estábamos varios, algunos vendidos y otros que no se habían dejado comprar, echándose las de bravos y boyantes. Yo les había convidado á beber y estaban un poco fuera de la jurisdicción del tino. Al ver al preso se quedaron pasmados. Venía con la capa terciada, enseñando la manga derecha y los galones de oro. En aquella mano traía un puñal, y en la otra la muleta, ó sea un puñado de onzas. ¡Qué momento! D. Salustiano arrojó al suelo las onzas y amenazó con la herramienta gritando: *¡onzas y muertes reparto!... Allá voy.*

Había sonado la campanilla, y Tablas, interrumpiendo su relación, corrió á abrir. Aquella noche venía más gente que de ordinario á la misteriosa tertulia de D. Felicísimo, y así la campanilla no sabía estar callada ni un cuarto de hora.

—Pues decía—añadió Tablas,—que al ver las onzas por el suelo y el puñal en el aire, se quedaron todos parados, ciñéndose en el engaño sin saber si atender al oro ó al hierro, al trapo ó al estoque. Pero la mayor parte se fueron al capote y anduvieron un rato á cuatro piés. Otros quisieron cortar el terreno. Ya el preso tenía la llave en la cerradura para abrir la puerta... Esta llave se había hecho días antes por moldes de cera que yo saqué...

La campanilla volvió á sonar. Genara hizo un gesto de impaciencia. Cuando después de abrir volvió Tablas, dijo á la señora con mucho misterio:

—Ahí está.

—¿Quién?

—El de ahí enfrente.

—¿Pero quién es el de ahí enfrente?

—El culebrón con pintas... Viene muy embozado en su capa y le acompaña un cura.

—¿Pero quién?

—El que se casó con la jorobada, el degollador de España, Calomarde, señora.

—Bien, siga usted.

—Puso la llave en la cerradura; pero en esto el bribón de Poela, que es el que había tomado más varas, quiero decir más onzas, se fué á él con muchos piés y le tiró á matar con un puñal. Felizmente no le hirió, porque el preso llevaba sobre el pecho la tapa de un misal. Pero con el encontronazo se le cayó la llave de la cerradura y de la mano. Yo hice un cuarteo, apagué la luz, recogí la llave, se la di, abrió él á fondo, sin vacilar. En un mete y saca quedó hecho todo, y digo mete y saca porque D. Salustiano, después de abrir, tuvo alma para sacar la llave, salir y cerrar por fuera. Lo que pasó en la calle no lo sé, pero según entiendo ya está ese caballero en corral seguro. En la carcel hubo luego porrazos, caidas, puños y varas. Yo saqué un rasguño en esta mano. Vinieron dos alcaldes de Casa y Corte y estuvieron tomando declaraciones... á mí con esas. ¡Buen trasteo les dimos! Yo, aunque me citaban sus mercedes sobre corto y sobre largo y á la derecha y á la izquierda, no quise embestir á la palabra y me callé como un cabestro.

Apenas concluyó el atleta oyóse allá en el fondo del pasillo una voz que decía: ¡Luz, luz!

Era que aquella noche como en otra ya mencionada la lámpara que alumbraba el congresillo furibundo resolvió apagarse y de nada valieron contra esta determinación autocrática las exclamaciones y protestas de D. Felicísimo. Es fama que la luz comenzó á palidecer precisamente cuando la tertulia llegaba á su grado más alto de calor político y de cólera apostólica; por lo que contrariados todos al ver que desaparecían las caras, clamaban en tonos distintos: ¡luz, luz!

Allá corrió Tablas, y sacando la lámpara les dejó completamente á oscuras, mas no callados. Salía de la sala un murmullo impaciente, del

cual Genara no pudo entender cosa alguna. Cuando volvió Tablas llevando en alto la lámpara encendida, como el coloso antiguo alumbrando



el puerto de Rodas, la dama pudo ver por la entornada puerta las sombras que se movían en aquel antro blanquecino. Conoció á algunos, y haciéndose cruces se apartó de allí y dijo:

—¡También D. Juan Bautista Erro!

—Y el señor obispo de León—murmuró Tablas.—Es el que mete más ruido y el que, cuando yo entré decía: "Para nada hace falta la luz.,"

—Tiene razón. Para nada les hace falta. Y si no que se lo pregunten á los topos.

Después que supo cuanto podía saber de la evasión de Olózaga, intentó pescar algunas frases de las que en la sala se decían. Acercóse y puso atención; pero el espesor de las antiguas puertas no permitía que se oyeran palabras. Aburrida dió algunos paseos por el corredor blanco en el cual los puntales interrumpían á cada instante la marcha, y los ladrillos del piso teceleaban bajo los piés. Sobre el yeso veíanse las correderas que de noche salían de las infinitas grietas de la casa para hacer sus excursiones, y el gato corría cazando y trepaba por la vigas y desaparecía por ignorados agujeros para reaparecer en la habitación más lejana, ó bien se estiraba perezoso en el rincón de los muebles viejos, donde sus ojos brillaban como dos gotas de oro encendido. Cuando alguien andaba por los pasillos con paso muy vivo, sentíase un estremecimiento temeroso en la casa toda y los puntales parecían temblar, como los músculos del atleta que hace un esfuerzo grande, y caían algunas cascarillas de yeso de las paredes y el techo. La casa tenía, pues, sus palpitaciones súbitas y sus corazonadas nerviosas.

Genara se retiró á su cuarto y apagó la luz fingiendo que se acostaba. Cuando los apostólicos se fueron, y se fué Pipaón y se encerró en su dormitorio D. Felicísimo, la dama salió envuelta en manto negro y andando tan quedamente que sus pasos no se sentían más que los del gato. Vió á Tablas, le habló en secreto indicándole que deseaba salir sin que nadie lo supiera en la casa, vaciló un momento el gigante; pero su venalidad fué también llave de aquella evasión, no tan cara como la de Olózaga. ¿Á dónde iba la aventurera? ¿Á su casa, que continuaba puesta y servida, como si ella estuviera de viaje, ó á otra parte misteriosa y no sabida de sér alguno vendido ni por vender? Lo ignoramos. Este es un punto en el cual todas nuestras pesquisas y diligencias han valido muy poco, y al tratarlo sin conocimiento nos ocurre decir como los apostólicos. "¡Luz luz!,"

Al día siguiente muy temprano, cuando D. Felicísimo y su hermana se levantaron, Genara estaba en casa; pero salió muy tarde de su habitación, porque había pasado, según indicó, muy mala noche. Cuando fué á saludar á Carnicero, éste le dijo:

—¡Qué mala noticia tenemos hoy! Ese bribón de Olózaga que se escapó de la carcel de Villa no parece. Se ha revuelto todo Madrid... ¡Ah!

es que no se habrá revuelto bien. Si la policía supiera cumplir con su deber... Por cierto, señora mía, que anoche uno de los amigos que me honran viniendo á mi tertulia me habló de usted... Por de contado, señora, ni las moscas saben que está usted en mi casa.

—¿Y no se puede saber por qué motivo me tomó en boca ese amigo de usted?

—Ese amigo—dijo Carnicero—sostiene que usted debe saber donde se oculta Olózaga.

—¿Yo? Su amigo de usted es tonto rematado. ¡Qué sandeces se permiten algunas personas!

Y no dijo más porque, habiéndose acercado á la mesa de D. Felicísimo, tenía los cinco sentidos puestos en el sobre de la carta que bajo la pezuña estaba.

—Tablas, Tablas—gritó á la sazón el anciano.—Pero hombre, ¿que nunca has de estar aquí cuando haces falta...? Toma, ve, corre, lleva esta carta á la posada del Dragón.

Y levantó la pezuña de macho cabrío para tomar la carta, que violentamente oprimida por aquel pesado objeto parecía hallarse á punto de reventar echando fuera todas sus letras.

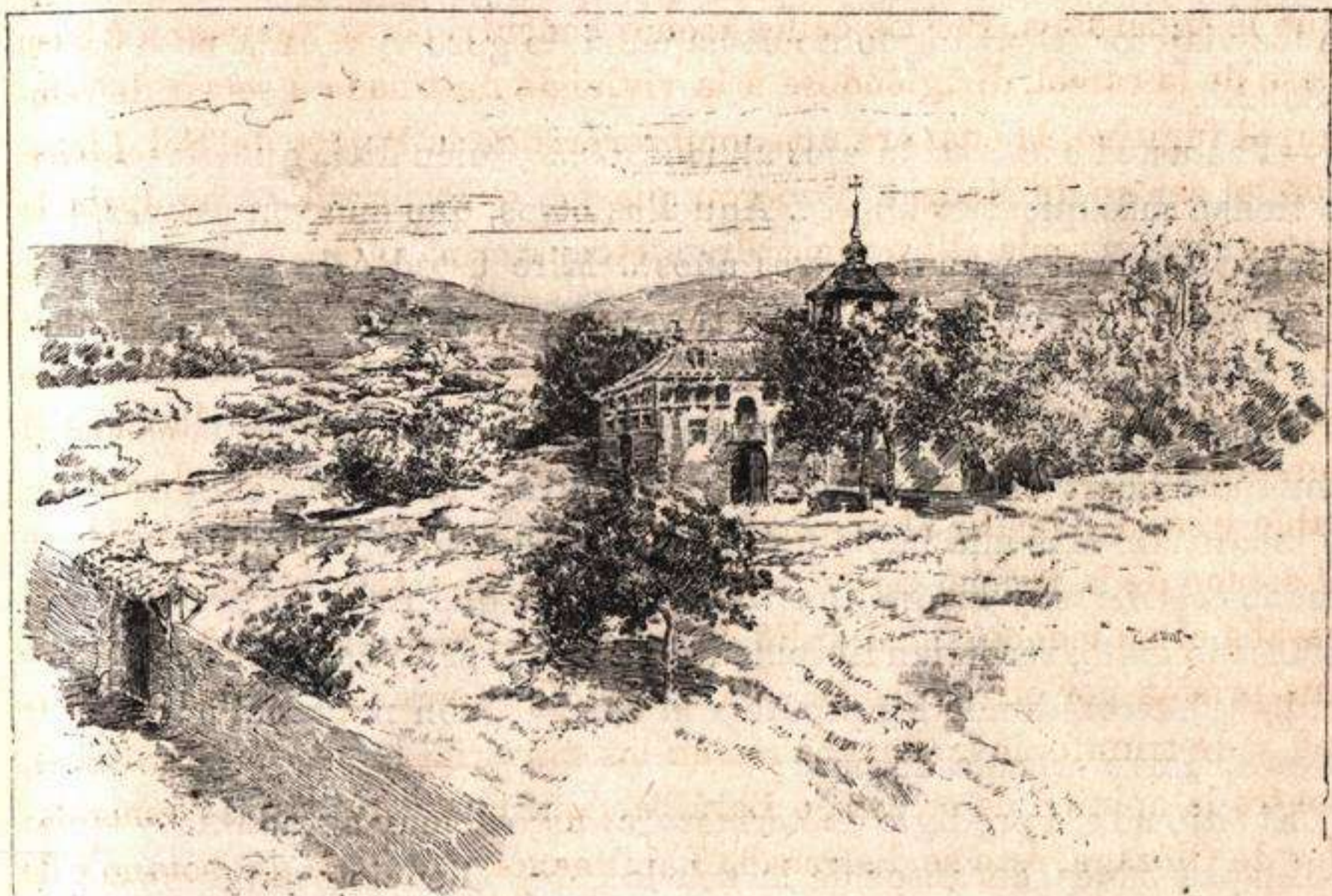
—Pues sí, señora mía—prosiguió D. Felicísimo luego que marchó Tablas con el recado.—Eso me decía mi amigo, y me lo repitió tres veces... “Ella debe saberlo, ella debe saberlo y ella debe saberlo...”, Y que le apearan de esto.

—Su amigo de usted—replicó Genara,—será un gran farsante y un perverso calumniador, porque esto envuelve una calumnia, Sr. Carnicero.

Y era verdad que la dama aventurera no sabía dónde se ocultaba el que después fué insigne tribuno y jefe de un partido. Siendo ella una de las personas que más ayudaron en el oscuro complot de la evasión, no fué partícipe del secreto del escondite, el cual, por excesivamente delicado y peligroso, no salió de la familia. Hoy se sabe que Salustiano al salir de la carcel, cerrando por fuera la puerta, tropezó con un nuevo obstáculo, el centinela. Estaba concertado que un amigo, fingiéndose asistente del supuesto teniente coronel, entretendría al centinela contándole cuentos. Pero este amigo había faltado, y el centinela se paseaba solo á la claridad de la luna, que aquella noche brillaba de un modo tan poético como importuno. Un *buenas noches, centinela*, pronunciado con serenidad asombrosa, salvó á Salustiano de este nuevo peligro. Avanzó

tranquilamente, y en la esquina de la calle de Luzón se le unió un amigo que le aguardaba. Por las calles menos concurridas se apartaron á buen paso de la carcel, dirigiéndose á la vivienda destinada á servir de refugio al fugitivo, la cual era una sombrerería de la Puerta del Sol. Llegaron al centro de Madrid, y vieron que en el Principal se agolpaba la gente. Ya se tenía allí noticia de la escapatoria. Olózaga tuvo que dar un rodeo de un cuarto de legua para dirigirse á la sombrerería, entrando en la Puerta del Sol por la Carrera de San Jerónimo, y al fin se vió seguro en el asilo que se le había preparado. Baráibar se llamaba el sembrerero, patriota generoso, que guardó el secreto con fidelidad admirable y supo arrancar al absolutismo una de sus víctimas. Escondido en el sótano de la tienda, estuvo Salustiano muchos días, mientras se preparaba el no menos difícil ardid de ausentarlo de España. Había trocado una prisión por otra; pero en esta última, la esperanza, la idea de libertad y de triunfo, le acompañaban en las solitarias horas. Por las noches, contra la opinión de su amigo Baráibar, que temblaba con las temeridades de Olózaga, éste se disfrazaba habilmente y se salía del sótano y de la casa, no precisamente para pasearse por Madrid, sino para correr á misteriosas citas, en que no tenía participación la política. Como estas atrevidas expediciones nocturnas son de un caracter reservado, debe interponerse entre ellas y la luz de la historia la pantalla de la discreción; y así, doblando esta página, sólo escribiremos en ella: "Oscuridad, oscuridad."





XXIV

BARÁSTOLIS, mayoral, que ya estamos en casa; pare usted, pare usted!., —Esto decía D. Benigno, y al punto el desclavijado vehículo se detuvo en lo más fragoso de un caminejo lleno de guijarros y junto á una tapia carcomida. Bajaron todos molidos y aporreados, y D. Benigno enderezó la caminata hacia la casa, que distaba como dos tiros de fusil del lugar donde había parado el coche. Cada uno de los chicos iba abrazado con su hucha, y entre todos conducían mal que bien los cinco perros de Cruzita. Ésta no había querido confiar sus dos gatos, y por el camino no había cesado de echar maldiciones contra el mayoral, el camino y el coche, que era una verdadera fábrica de chichones.

El panorama de la finca se presentó de un golpe á la contemplación de los viajeros. D. Benigno no cabía en sí de gozo, y á cada paso decía á Sola:

—Vea usted cómo están esos almendros... ¿Quién diría que esos olivos no tienen más que diez años?... Aquellos otros, que aún son estacas, los planté yo por mi mano hace tres años... Mire usted á la derecha; pues aquello es lo del tío Rezaquedito, tierras que vendrán á ser mías el año que viene.

La casa era de labor, medianamente arreglada para vivienda cómoda. Tenía una huertecilla, á la que daba frescura y sustancia el agua clara de una noria. Más allá había un prado muy lucido, en el cual pastaban algunos carneros, y las gallinas en bandadas, que regía un arrogante y enfatuado gallo, recorrían libremente todo, olivar, viñas y prado, respetando la huerta, donde les prohibía la entrada, con muy mal gesto, una cerca de zarza erizada de puas.

El sitio no era prodigio de hermosura, pero sí muy agradable, y tenía los inapreciables encantos de la soledad, del silencio campesino y del verdor perenne aunque un poco triste de los olivos. Los horizontes eran anchos, la luz mucha, el aire puro y sano. Todo convidaba allí á la vida sosegada y á desencadenar de tristezas y preocupaciones el espíritu, dejándole libre y á sus anchas.

Interiormente la casa valía poco; pero Sola, en cuanto la vió, hizo mentalmente la reforma y compostura de toda ella, prometiéndose ponerla, si la dejaban, en un grado tal de limpieza, comodidad y arreglo que podrían allí vivir canónigos y aún obispos. Todo lo observaba ella, y si al principio no decía nada, cuando Cordero le preguntó su opinión, no pudo menos de darla, diciendo:—¡Qué bien vendría aquí un tabique...! y abrir allá una puerta... y extender este corredor poniéndole escalera exterior para bajar á la huerta... y en la huerta yo plantaría una fila de árboles que dieran sombra á la casa por esta parte... y quitaría el gallinero de donde está para ponerlo allá en el fondo del corral donde están las mulas... Hay que cuidar mejor de la huerta y componer esa noria que sin duda es del tiempo de los moros.

Todo esto lo oía extasiado D. Benigno, prometiéndose formalmente hacer las reformas indicadas por Sola y aún algunas más.

Desgraciadamente para él, no podía estar en los Cigarrales sino un par de días, porque le precisaba volver á Madrid, pero ¡qué feliz sería cuando volviese definitivamente á sus queridas tierras para pasar todo el verano! Sí, sí, sí: era ya cosa decidida en el espíritu del bueno del co-

merciante liquidar cuentas, traspasar la tienda, renunciar al comercio y hacerse labrador para el resto de sus días. Estos dulces pensamientos le hacían sonreír á solas.

La historia cuenta que D. Benigno regresó á Madrid sin que le ocurriera nada de particular en su viaje, dejando buenos y sanos, y además muy contentos, á los que en los Cigarrales se quedaron. También dice que vendió muchos encajes en la temporada del Corpus, y que allá por los últimos días de Junio el héroe hizo entrega de la tienda á un amigo de toda su confianza, y se dispuso á partir para Toledo con sus dos hijos, Primitivo y Segundo, que ya estaban de vacaciones, con buenas notas y las correspondientes huchas llenas de dinero. Para colmo de dicha, el padre Alelí, á quien los médicos de la Orden habían prescrito sosiego y campo, se disponía á acompañarle á los Cigarrales. ¿Qué faltaba? Sólo faltaba para poner la veleta al edificio de la felicidad Cordeiril que se resolviera un asunto del alma, un problema de corazón, del cual pendían todos los demás problemas, cuestiones y proyectos del héroe de Boteros. Una de las dificultades más graves, que era la de la enunciación ó planteamiento verbal del problema, estaba ya vencida, porque D. Benigno halló un medio excelente de vencer, ó mejor dicho, de esquivar su timidez, y fué escribir á Sola una larga carta cuando ella se hallaba en los Cigarrales y él en Madrid.

La carta era tan fina, tan discreta y comedida, que no vacilamos en reproducir algunos párrafos de ella. Decían así:

„Esto que siento no es una pasión de mozalvete, que sería impropia
„de mi edad, es un afecto que empezó siendo compasión y poco á poco
„se fué volviendo un tanto egoísta; luego se robusteció mucho con ad-
„miraciones de las virtudes de usted, y más tarde se hizo fuerte con la
„consideración de asociar á mi vida una vida tan útil por todos concep-
„tos y que me traería tan gran dote de riquezas morales y de méritos
„positivos.

„Aquí, apreciablesísima hormiga, viene por sus pasos contados la
„cuestión del agradecimiento. Usted dirá que lo tiene por mí, y yo re-
„plico que mayor debe ser el mío porque los favores que me ha hecho
„son de los que no se pagan con nada del mundo. Usted ha criado á mis
„hijos, usted ha ordenado mi casa, usted ha hecho agradable, fácil y
„metódica la vida. Y quien tanto ha hecho, quien tanto merece, ¿no ha
„de tener una posición digna en el mundo? Sí, y mil veces sí. Huérfana
„y sola, pobre y sin más tesoro que sus virtudes, su amor al trabajo, su
„tierna solicitud por todas las criaturas débiles ó enfermas, usted ha

„cautivado mi corazón, no con afecto ardiente de esos que más bien ha-
„cen desgraciados que felices á los hombres, sino despertando en mí un
„sentimiento puro, en el cual se enlazan el amor y el respeto, la consi-
„deración y la ternura, el deseo vivísimo de ser feliz y el más vivo aún
„de hacer feliz, rica, considerada y señora á quien ya tiene en su alma
„todas las señorías de Dios.

„No me conteste usted por escrito. Medite usted mi proposición, y
„cuando yo vaya, que será dentro de ocho ó diez días, me responderá
„verbalmente y con una sola palabra; en la inteligencia, apreciable *Hor-*
„*miga*, de que si mi proposición mereciera una negativa, siempre sería
„usted para mí lo mismo que ahora es, la primera y más santa de las
„amigas, y siempre sería yo para usted el mismo leal, admirador y fer-
„viente amigo.

Benigno Cordero.„

Muy satisfecho y descansado se encontró el hombre después de es-
crita la carta. Leída y aprobada por el padre Alelí, D. Benigno la entre-
gó por su propia mano al ordinario de Toledo. Aquel día vendió muchos
encajes. Dios estaba de su parte.



XXV



OR fin vino el último día de Junio, y el héroe, con sus dos hijos y el padre Alelí, se embanastó en el coche, y hélos aquí en camino de los Cigarrales. Durante el viaje el fraile hablaba por siete, siendo tan extremado aquel día el desorden caótico de su cabeza, que no hablara mejor ni con más gracia el mismo

descubridor de los *cerros de Ubeda*, ó el fabricante de los *piés de banco*. Á cada instante suspendía sus paliques para quedarse mirando al cielo, con el dedo en el labio y el entrecejo lleno de pliegues y laberínticas arrugas, imagen exacta de la confusión que dentro reinaba. Las únicas palabras que entonces profería, eran estas:—Benignillo, yo tenía que decirte una cosa... ¿Qué es lo que yo tenía que decirte, Benignillo?... Pues no me acuerdo.

El de Boteros, aunque anheloso y lleno de dudas, tenía presentimientos felices, y el corazón le auguraba que sería venturoso el término ó solución de sus amorosas ansiedades. Llegaron. Sola, Doña Cruzita y los chicos menores con regular escolta de perrillos y perrazos salieron á recibirles al camino. Por un rato no se oyó más que el estallido de los besos con que se saludaban los hermanos. No poca parte del besuqueo fué para la correa y las flacas manos de Alelí, el cual, sintiendo un gozo superior á lo que las palabras podían expresar, echaba bendiciones á derecha é izquierda, como sembrador que desparrama á puñados el trigo sobre un fértil terreno. D. Benigno se encontró bastante cohibido en presencia de Sola; y así sus frases fueron balbucientes, truncadas y sosas. Ella estaba en su natural buen humor, alegre por la llegada de los

viajeros, y un poco más decidora que de costumbre. Cruzita no parecía la misma y andaba por el campo hecha una zagaleja, vestida con un *desavillé* extravagante y cómodo, que no era ciertamente tomado de los figurines de la Arcadia ni del Zurguén.

Era una naturaleza constituida moralmente para la vida del campo, por su amor á las flores y á los animales, su espíritu de independenciamiento y su actividad. Así, cuando vió trocadas las arboledas de sus balcones por aquel espacioso tiesto en que había olivares, viñedos, albaricoques, establos, huerta, cerros y horizonte, enloqueció de contento y todo el día andaba por aquellos campos con un pañuelo liado á la cabeza y un garrote en la mano, echando de comer á las gallinas, vigilando los carneros, expulsando á los guarros de los sitios donde no debían estar, ó bien cogiendo fruta, regando lechugas, arreglando una espaldera de cañas para que se enredaran trepando las tiernas y vacilantes judías. Los chicos, que ya llevaban un mes en aquella vida, estaban negros como cuervos de tanto andar por el campo, jugando á todas horas con tierra, palitroques y guijarros. Parecían dos pintiparados paletos, y en sus caras, color de pucheros de Alcorcón, brillaban los ojos de azabache despidiendo centellas de picardías.

Antes de que llegara la noche, D. Benigno recorrió la casa, hallando en ella y en la distribución de sus escasos muebles tanta novedad y arreglo, que su corazón bailó de contento. Ya se conocía bien qué manos divinas habían andado por allí y qué instinto sublime había hecho de un caserón un hogar y del desmantelado hueco un delicioso nido.

—¡Qué admirable, qué encantadora manera de responder á mi proposición!—dijo Cordero para sí.—Me contesta con hechos, no con palabras. Estas paredes y estos muebles me responden por ella diciéndome: “Nos ha arreglado la señora de la casa.”

En la puerta halló Cordero nuevos motivos de admiración. No parecía la misma huerta que él había dejado al regresar á Madrid. Todos los cuadros estaban sembrados de hortaliza; las gallinas expulsadas de allí tenían mejor acomodo en un local admirablemente elegido y dispuesto. La cerca limpia y podada, reverdecía y echaba verdadera espuma de tiernos renuevos, como si en sus venas hirviera la savia; las callejuelas y paseos, admirablemente enarenados, parecían recibir con agradecimiento la blanda pisada del amo, cuando por aquellos frescos contornos se paseaba. La noria estaba ya compuesta y no se desperdiciaba el agua, ni quedaba ningún canjilón roto. Toda la máquina funcionaba dando vueltas majestuosamente y sin chirridos, semejando una vida serena,

arreglada y prudente que iba sacando del hondo depósito del tiempo futuro los días para vaciarlos serenamente en el tranquilo río del pasado. Á D. Benigno se le antojaba que los árboles habían crecido mucho, y era la verdad que si no habían crecido mucho, estaban verdes y lozanos y por haber sido limpiados de todo el ramaje viejo y seco. Extendían los morales su fresquísimo follaje como diciendo: "hemos echado estas hojas tan grandes y tan verdes para coronar á la señora de la casa."

—Parece mentira—dijo D. Benigno sintiendo su garganta oprimida por un dogal de satisfacción, pues también hay dogales de gozo;—parece mentira, apreciable Sola, que haya hecho usted tantas maravillas con el poco dinero que le dejé. La casa está trasformada y la huerta también. De este tugurio y de este rincón de tierra ha hecho usted con su mano de oro un palacio y un edén.

Sola se ruborizó un poco y dijo que era preciso echar abajo dos tabiques y plantar una nueva fila de árboles, y traer algunos muebles.

¿Muebles? ¡Ah! D. Benigno habría traído, si en su mano estuviera, el trono de las Españas para sentar en él á la que de este modo inundaba su alma y su vida de esperanza y alegría. Al hablar de las reformas de la finca, Sola hablaba ingénuamente el lenguaje de la señora de la casa. Y en esto no había afectación de ninguna clase, ni menos desenfado de advenediza, sino que se expresaba así porque todo aquello le parecía suyo y muy suyo de hecho, aunque no mediasen las circunstancias que se lo iban á dar de derecho.

Cenaron. La cena fué alegre y opulenta. Abundante caza, sabrosos salmorejos, perdices escabechadas, estofado de vaca que propagó por toda la casa su exquisito olor de refectorio, legumbres fritas en menestra, festoneada con ruedecillas de huevos duros, vino fresco de Esquivias, y luego un bandejón de albaricoques de la finca, frescos, ruborizados, y echando pura miel por aquella boquirrita con que se pegaban al árbol, compusieron la colación. En la mesa se contaron cosas de los Cigarrales y cosas de Madrid. Llevaba en esto la palabra el fraile, que en tocando á hablar se parecía á la noria tal como estaba antes, echando agua sin concierto ni orden. Más de una vez se quedó parado y lelo, diciendo:—"Benignillo, yo tenía que contarte una cosilla..." "¡Ah! ya caigo,"—añadía dando un grito. Y después decía:—"Pues no: se me fué. Me anda dando vueltas por el magín y no la puedo atrapar."

Con estas cosas se acabó la cena y el fraile rezó el rosario, contestado por Benigno y Sola, porque Cruzita y los cuatro muchachos se

quedaron dormidos, teniendo entre los dientes el último hueso de albaricoque y el primer Padre Nuestro.

—*Ite, mensa est.* Á acostarse todo el mundo—gritó al concluir Alelí. Estamos muertos de cansancio.

Y se acostaron todos. D. Benigno durmió con plácido sosiego y soñó que estaba su cabeza circundada de una aureola, de un disco de luz como el que tienen los santos. Por la mañana cuando se levantó y salió de su alcoba, persistía en él la ilusión de tener en su cabeza el nimbo y de estar despidiendo de sus sienas chorros de luz. Tomó su chocolate, encendió un cigarrillo, entró en la sala baja y vió á Sola que estaba abriendo las maderas para que entrara el aire puro del campo, y al mismo tiempo para atar la cuerda donde se había de colgar la ropa que se estaba lavando. El otro extremo de la cuerda debía atarse en el moral grande que había en medio de la huerta. D. Benigno tomó la soga y salió muy contento de ayudar á su protegida en aquella faena doméstica.

--Más fuerte—le dijo Sola riendo.

Si Cordero se atara la soga en el mismo cogollo de su corazón, no sintiera éste más alborotado y palpitante.

—Más flojo—dijo Sola.

—¿Así?

--No tanto. Si se tira mucho se rompe, y si se afloja mucho, el viento se lleva la ropa. Ahora está bien.

D. Benigno volvió á la sala. Una gran cesta de ropa blanca aguardaba á la robusta moza que había de llevarla á la huerta. La moza salió, Sola se quedó allí mirando á fuera. D. Benigno se acercó á ella. Ambos hablaron un rato, diciéndose todo lo más quince palabras que nadie pudo oír, ni aún el narrador mismo que todo lo oye. La moza y dos criados más entraron. D. Benigno salió con la aureola de su cabeza tan crecida que le parecía ir derramando una claridad celestial por donde quiera que iba. Pasó á la huerta, donde topó de manos á boca con un maestro de obras que había mandado venir de Toledo para encargarle las reformas de la casa.

D. Benigno no le conocía, pero le dió un abrazo. Estaba muy nervioso; pero su discreción y buen juicio pugnaban por sobreponerse á aquella exaltación, y al fin pudo lograrlo.

—Maestro—dijo,—es preciso emprender las obras inmediatamente. Hay que derribar dos tabiques y construir una galería exterior sobre la huerta... En fin, la señora le dirá á usted; póngase usted á las órdenes de la señora. ¡Ah!... lo principal es arreglar la pieza que va á ser gabi-

nete de la señora, ¿me entiende usted? gabinete de la señora. ¿Cuánto se tardará en las obras? Hay que concluir las pronto; pero muy pronto. Tienen ustedes una calma...

—Señor...

—Sí, mucha calma. Empiece usted pronto. ¿Ha traído las herramientas?

—Si no sabía...

—¡Qué cachaza! Quiero que la casa sea una tacita de plata. La señora dirigirá las obras. Pensamos vivir aquí constantemente. ¿Qué hace usted que no toma medidas? ¡Qué cachaza! Barástolis, barástolis!

El maestro se excusó de no haber empezado las obras que aún no estaban formalmente encargadas, y D. Benigno, que en los momentos de mayor exaltación era hombre razonable, comprendió la justicia de las excusas y le dió otro abrazo. Juntos recorrieron la casa. Unióse á ellos Sola y durante un rato no se habló más que de piés castellanos, de una puerta por aquí, de cuatro vigas por allá, de las paredes que debían empapelarse y de las que debían ser pintadas, del nuevo corredor para ir á la cocina, del cielo raso y de otras menudencias. Sola explanaba sus proyectos y deseos con una claridad admirable, demostrando en todo la elevación de su genio doméstico.

Cuando el maestro se retiró, Cordero y Sola hablaron larguísimo rato. Separáronse al fin, porque ella no podía abandonar ciertas ocupaciones de la casa, y cuando entró Sola en el cuarto donde estaban planchando se secó los ojos, que pestañeaban como si quisieran lloriquear un poco. Después cantó entre dientes, apartando la ropa que iba á reparar.

D. Benigno salió á la huerta y de la huerta al campo, porque necesitaba dar un paseo largo que sirviera de expansión á su alma. Iba por en medio de los olivos cuando oyó la voz de Alelí que decía:

—Benigno, ¿dónde estás?

La espesura de los árboles no permitía que se vieran.

—¿Dónde está usted, padre Monumento?

—Hijo, aquí estoy. Este enemigo malo, esta buena pieza de Jacobito me ha traído á estos andurriales para que viera un nido y aquí estoy en una zanja de donde no puedo salir.

Acercóse Cordero á donde la voz sonaba y vió á su venerable amigo en lo más bajo de una hondonada que el terreno hacía. Jacobito se había subido á los hombros del fraile, montando á horcajadas sobre su cuello, y desde aquella eminencia alargaba la mano con un palo queriendo alcanzar el nido.

—Mírame aquí sirviendo de caballería al bergante de tu hijo... Lobežno, si coges el nido ó lo rompes te tiro al suelo. No espolees, verdugo, que me rompes una clavícula. Benigno, por Dios, quitame este ginete y ayúdame á salir del hoyo.

—Abajo, abajo, atrevido, insolente chiquillo --dijo D. Benigno riendo.—¿Pues qué, nuestro amigo es campanario?

Desmontóse el muchacho y Alelí, libre de tan molesto peso y ayu-



—Ya me acuerdo qué tenía que decirte. Vaya con mi memoria que

—Ya me acuerdo qué tenía que decirte. Vaya con mi memoria que

está dando vueltas como una veleta y tan pronto apunta al Norte como al Sur. ¿Sabes lo que tenía que decirte? Pues era que se susurra que Su Majestad napolitana está otra vez en cinta. Como salga varón ¡quién verá la cara que ponen mis señores los apostólicos!

—Eso me lo ha dicho usted catorce veces durante el viaje, tío Engarza-Credos.

—Dale bola, es verdad—repitió Alelí pegando en el suelo.—Pues no era eso. Era que... ¿qué era?

Después de una larga pausa dióse un palmetazo en la frente y agarrando á D. Benigno por la solapa tiró de él y le dijo:

—Ya lo pesqué... ya dí con mi idea... ¡Cómo se escapan las ideas! Oye tú, D. Sábelo Todo. ¿Quién es *Monsieur Servet*?

D. Benigno miró al cielo.

—No sé—dijo—ni me importa.

Después estuvo un momento confuso, porque aquel nombre sonaba en sus oídos de un modo extraño.

—Pues el día de nuestra salida, cuando tú estabas fuera de casa arreglando las cosas del viaje y yo en tu tienda charlando con el mancebo, llegó un caballero preguntando por tí. Preguntó por todos los de la casa y dijo que no podía esperar porque tenía prisa. Se fué soltándonos su nombre, que era D. *Yo no sé cuántos Servet*, y como por el empaque y el modo de vestir y la arrogancia y el habla y el sonsonete del apellido me pareció francés, lo llamo *monsieur*.

Alelí pronunciaba esta palabra, así como todas las palabras francesas, lo mismo que se escribe.

—¿Y no dejó recado?

—Que ya volvería. Pero la del humo. Y el mancebo y yo opinamos que es un extranjero de los que vienen á enredar y hacer revoluciones.

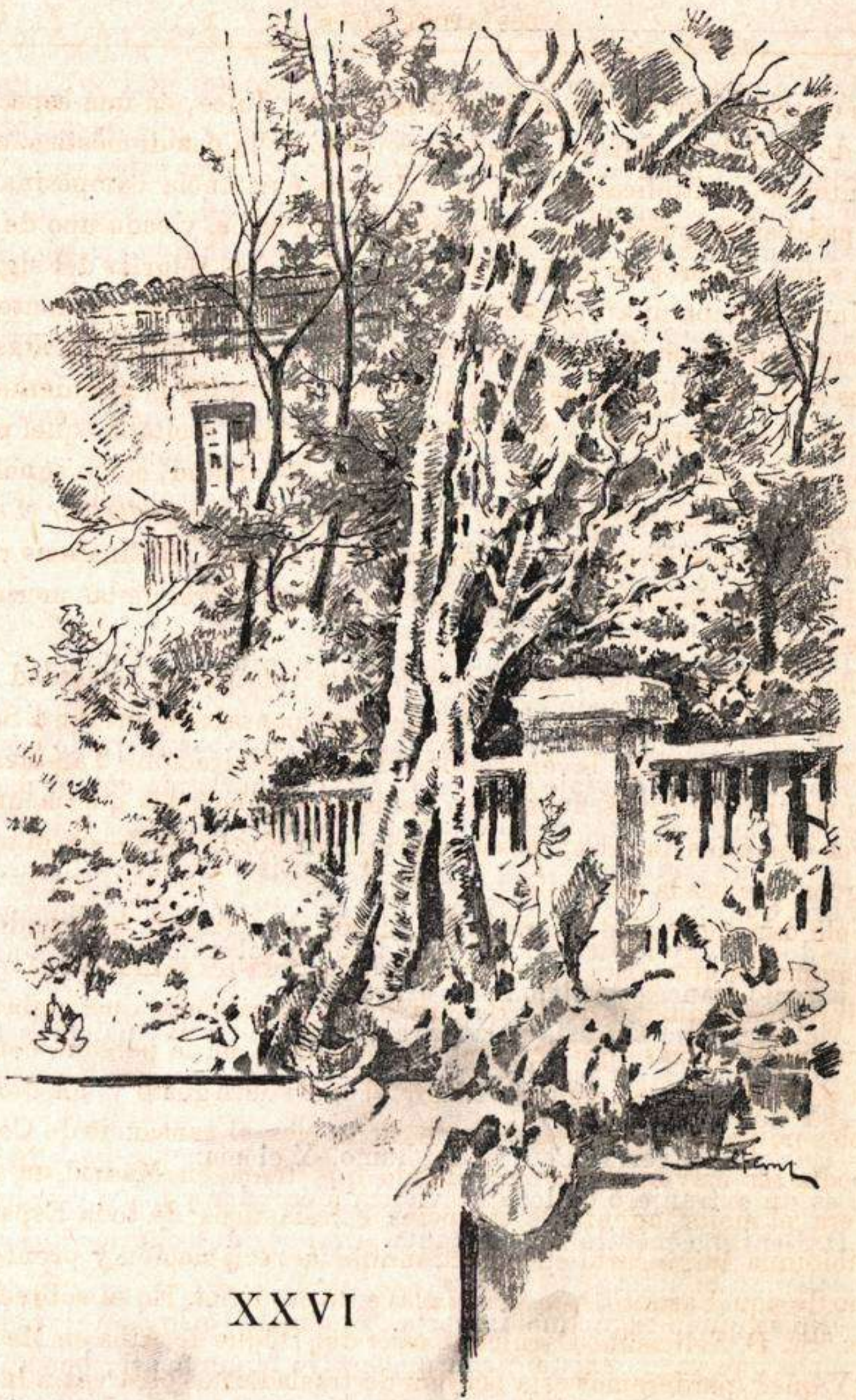
D. Benigno meditó un momento. Después desechó las ideas que le asaltaban, diciendo:

—No sé quien es, ni me importa. Ese apellido lo han llevado otras personas que ya no existen; con que padre Monumento, basta de sandeces y vamos de paseo. Jacobito, ven. Corre por delante: no te alejes de nosotros... Reverendísimo fraile, todo va bien, muy bien.

—Gracias á Dios... ¿Y para cuándo?

—Lo más pronto posible. Hoy mismo se pedirán los papeles. Barástolis...

—Sí, echa, echa de ese cuerpo dos docenas de *barástolis*, y yo te acompañaré echando cuatro... Ya era tiempo, ya era tiempo.



XXVI



DESEOSO de que su dicha fuera realidad dentro del más breve plazo, D. Benigno arregló sus papeles y pidió los de Sola que estaban en un pueblo del reino de León. Entre tanto que venían aquellos malhadados documentos, sin los cuales no es posible encender cristianamente la antorcha de Himeneo, los fu-

turos cónyuges vivían en intimidad honesta y dulce, en una especie de luna de miel de la amistad, en pleno reinado de la paz doméstica, cuyos encantos se multiplicaban con la deliciosa existencia campesina. Los días pasaban empujándose suavemente unos á otros, y cada uno de ellos tenía sobre sus propias alegrías la esperanza de las alegrías del siguiente. Nunca faltaba una operación de labranza, un paseo al monte, una merienda en las praderas del río, y nunca como en aquellas gratas ocasiones se le venían á la memoria al buen Cordero los pensamientos del filósofo de la libertad y la Naturaleza. Tan pronto recitaba aquel pasaje en que Rousseau encomia las dulzuras de la amistad, como aquel otro en que hace el panegírico de las *comidas rústicas preparadas por el ejercicio, sazonadas por el apetito, la libertad y la alegría*. El anatema de los convites urbanos no es menos enérgico que la apología de las meriendas sobre la hierba.

Emprendiéronse las reformas de la casa con mucha actividad. Cordero encargó á Madrid los regalos con que pensaba expresar á Sola la pureza de su afecto y la enormidad de su admiración. También ella hacía sus preparativos, aunque en pequeña escala, pues quería que los nuevos dominios que iba á poseer se rigieran por la ley de sus dominios antiguos que era la modestia.

Sólo una contrariedad agriaba el ánimo de Cordero, poniéndole de mal humor á ratos. Era que los papeles de Sola no venían. Era que en los libros parroquiales de la Bañeza había no sabemos qué embrollo ó confusión, y quizás algo de ineptitud ó mala fé en la persona comisionada para arreglar el asunto. Llegó el mes de Agosto y los dichos papeles no parecían. Á mediados de dicho mes, el cansancio de Cordero no podía ser mayor, y así recordando que tenía en Madrid un amigo que era el mejor agente de negocios eclesiásticos de toda España, le escribió una larga carta encomendándole la reclamación y pronto despacho de aquel asunto, que era la clave de su dicha. En el sobreescrito puso: "Sr. D. Felicísimo Carnicero, calle del Duque de Alba en Madrid.,"

¿Y qué? ¿perderemos esta ocasión de trasladarnos otra vez á la Villa y Corte sin pagar costas de viaje? No mil veces; que estas ocasiones no se presentan toños los días. Callandito nos deslizamos dentro de la carta, y hémos aquí en poder del ordinario de Toledo que puntualmente la llevará á su destino, y con ella á nosotros.

Muy bien se va dentro de una carta. Además de que no hay mejor aposento que un pedazo de papel doblado, tenemos la ventaja de conocer los secretos que nuestras compañeras de viaje, las señoras letras,

llevan consigo. Una oblea es llave de nuestra breve carcel y un dedo vacilante rompiendo la fragil pared nos devuelve la libertad.

Ya estamos.

Abierto el papel, salimos un poco estropeados y entumecidos á causa de la postura violenta que es indispensable en los viajes epistolares, y pronto nos hallamos frente á frente de una tabla que se esforzaba en ser semblante humano. Era D. Felicísimo, que en el momento en que le vemos decía:

—Permítame usted que lea esta carta.

Tenía visita. Miramos, y en efecto, frente á la mesa estaba un caballero de muy buena presencia, el cual si no tenía cuarenta años andaba muy cerca de ellos. Vestía bien. Su rostro era moreno, su frente alta y hermosa, su complexión robusta, sin dejar de ser delicada, su modo de mirar triste, sus ojos negros y ardientes á la vez como las noches de verano.

Carnicero leyó la carta, y dijo entre dientes: "bueno."

Después la puso bajo el pié de cabrón y prosiguió lo que con aquel buen señor hablaba cuando llegamos.

—Decía que el negocio de usted es de los más delicados que he visto. Parte de la fortuna de su tío de usted el señor canónigo de la Sonora, ha debido pasar al Monte Pío Beneficial de la diócesis de Pamplona. Lo que está en la escribanía de la Puebla de Arganzón puede ser recogido por usted si tiene valimiento y trabaja mucho. ¿Por qué no se presentó usted á recoger su herencia cuando tuvo noticia del depósito? Ya me ha dicho usted que en aquellos días estaba emigrado y perseguido por las leyes. Pero eso no es una razón. Hoy también lo está usted y si se le deja en paz y aún se le permite abandonar la farsa del nombre supuesto es porque ha traído recomendaciones de altos personajes legitimistas... Yo... puesto en lugar de usted me decidiría á perder la mitad de la herencia del señor canónigo de la Sonora con tal de sacar libre la otra mitad, y confiaría mi pleito á un agente hábil y astuto que supiera mover los trastos y sacar adelante el negocio con toda prontitud.

—Ya lo he pensado—dijo el caballero—y no tengo inconveniente en ceder la mitad de la herencia á la persona que arregle esta cuestión sacando del Monte Pío Beneficial de Pamplona lo que indebidamente ha sido llevado á él. ¿Quiere usted que hagamos el convenio ahora mismo?

D. Felicísimo pareció dudar. Su cara de fósil sufrió ciertas transformaciones ligerísimas en color y contextura cual si estuviera sometida

en un laboratorio á fuertes influencias químicas. Variaron sus mejillas del gris cretáceo al rojo de cinabrio, su frente se llenó de arrugas como un terreno que se cuartea á causa de un recalentamiento interior, y sus ojos cambiaron un momento la transparencia imperfecta del talco por el brillo del feldspato.

—La mitad, la mitad y punto concluido—dijo el otro, que sin duda era más vivo que un azogue y gustaba de las resoluciones prontas.—Hagamos el contrato hoy mismo y fijemos seis meses para el despacho del negocio. Si á los seis meses está resuelto, la mitad para mí, la mitad para usted.

D. Felicísimo empezó á balbucir excusas y á presentar sus muchos años y su retraimiento de los negocios como un obstáculo para emprender aquel que se le proponía. Habló mucho reconociéndose incapaz. Por los dos ángulos de su boca salía la saliva como una erupción bituminosa que en aquellas concreciones y repliegues de la barba rapada se dividía en menudos arroyos. El taimado viejo ponderaba las dificultades del pleito y su ineptitud, sin duda porque no le parecía bastante la mitad y quería dos tercios de la herencia.

—La mitad—manifestó resueltamente el otro.—¿Quiere usted, sí ó no?

—Por ser usted recomendado del Sr. D. Alejandro Aguado, marqués de las Marismas—replicó el viejo—acepto y tomo á mi cargo su negocio.

—La mitad... seis meses.

—La mitad... seis meses—repitió Carnicero, y su vocecilla salió de la espelunca de su boca, rugiendo como el oso prehistórico.—Hagamos hoy nuestra escritura.

Tomando el pié de cabrón con su mano de corcho dió un porrazo sobre la mesa, que hizo temblar hasta en sus cimientos el montón de legajos.

Después rodó la conversacion sobre diversos asuntos, y concluyó en política. Acerca de ella dijo el caballero lo siguiente:

—He perdido todas las ilusiones. He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos, y mucho tiempo también en el extranjero en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados. La experiencia me ha hecho ver que son igualmente estériles los Gobiernos que persiguen defendiéndose y los bandos que atacan conspirando. Yo he conspirado también algunas veces, y en aquellos trabajos oscuros he visto en derredor mío pocos móviles generosos y muchas, muchísimas ambiciones locas, apetitos y rencores que no se

diferenciaban de los del despotismo más que en el nombre. La realidad me ha ido desencantando poco á poco y llenándome de hastío, del cual nace este mi aborrecimiento de la política, y el propósito firme de huir de ella en lo que me quedare de vida.

—Bien, bien—dijo D. Felicísimo agitándose en su asiento y golpeando sus manos una con otra en señal de júbilo.—Es usted un enemigo más de esas endiabladas teorías constitucionales y de esas invenciones satánicas llamadas partidos y del estira y afloja de Córtes que gobiernan y Rey que reina, y urga por aquí y escarba por allá, y el demonio que lo entienda... De pensar así á ser apostólico proclamando esta gloriosa monarquía del porvenir no hay más que un paso. Le veo á usted en el buen camino y en jurisdicción apostólica.

El caballero no pudo reprimir la risa que estas palabras provocaron en él.

—¡Yo apostólico!—dijo.—No espere tal cosa el Sr. D. Felicísimo. Para que eso suceda será preciso que Dios varíe mi natural sér, y arranque de mí la memoria. Esa forma nueva del despotismo que se anuncia ahora va á ser más brutal que cuantos despotismos se han conocido, porque sobre todos sus inconvenientes va á tener el de ser populachero. No es el absolutismo de Felipe II ó de Luis XIV, grande, aristocrático, batallador, adornado de mil glorias militares y artísticas, y que disculpa sus atrocidades con grandes empresas y conquistas de mundos; va á ser un sistema de mogigatería y desconfianza, adicionado con todas las corruptelas de las camarillas que vienen funcionando desde los tiempos de Godoy. Se alimentará del suelo por dos grandes raíces, una que estará en las sacristías, cláustros y locutorios de monjas, y otra que se fijará en las tabernas donde se reúnen los voluntarios realistas. Va á ser una tiranía ramplona que si es sufrida por nuestro país, lo que dudo mucho, pondrá á éste en un lugar que no envidiará seguramente ninguna región del Africa.

Al oír esto D. Felicísimo hizo un gesto tan displicente que su cara se arrugó toda, y desaparecían los ojos, y los pliegues de sus labios se extendieron multiplicándose y describiendo un número infinito de rayas hasta el último confin de las orejas.

—Según eso es usted liberal...

—Lo soy, sí señor, soy liberal en idea, y, deploro que el país entero no lo sea. Si no estuvieran tan arraigadas aquí las rutinas, la ignorancia, y sobre todo la docilidad para dejarse gobernar, otro gallo nos cantara. El absolutismo sería imposible y no habría apostólicos más que en el

Congo ó en la Hotentocia. Por desgracia nuestro país no es liberal ni sabe lo que es libertad, ni tiene de los nuevos modos de gobernar más que ideas vagas. Puede asegurarse que la libertad no ha llegado todavía á él más que como un susurro. Es algo que ha hecho ligera impresión en sus oídos, pero que no ha penetrado en su entendimiento ni menos en su conciencia. No se tiene idea de lo que es el respeto mútuo, ni se comprende que para establecer la libertad fecunda es preciso que los pueblos se acostumbren á dos esclavitudes, á la de las leyes y á la del trabajo. Á excepción de tres docenas de personas... no pongo sino tres docenas... los españoles que más gritan pidiendo libertad entienden que ésta consiste en hacer cada cual su santo gusto y en burlarse de la autoridad. En una palabra, cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo...

—Luego usted—dijo D. Felicísimo, que ya había recobrado la fijeza pétrea de su rostro—no es liberal al modo de acá.

—Lo soy al modo mío, según mi idea, y creo que estos principios, aprendidos donde no son sólo principios sino hechos, prevalecerán en todo el mundo y conquistarán todas las tierras, incluso España; pero cuando me detengo á calcular el tiempo que tardaremos en ser conquistados, me confundo, me mareo, porque todos los años me parecen pocos para tan grande obra. De aquí mi escepticismo, que no es realmente escepticismo, sino tristeza. Creo en la libertad porque he visto sus frutos en otras partes; pero no creo que esa misma libertad pueda darlos allí donde hay poquísimos liberales y de éstos la mayor parte lo son de nombre. España tiene hoy la controversia en los labios, una aspiración vaga en la mente, cierto instinto ciego de mudanza; pero el despotismo está en su corazón y en sus venas. Es su naturaleza, es su humor, es la herencia leprosa de los siglos, que no se cura sino con medicina de siglos. He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado. Pues bien, esos han sido en todos sus actos déspotas insufribles. Aquí es déspota el ministro liberal, déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; es tiranuelo el periodista, el muñidor de elecciones, el juntero de pueblo y el que grita por las calles himnos y bravatas patrióticas. La idea de la libertad, entrando súbitamente aquí á principios del siglo, nos dió fórmulas, discursos, modificó algo las inteligencias; pero ¡ay! los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió. Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia que aquí es como una segunda naturaleza, no ceda su puesto al respeto

mútuo, no habrá libertades. Mientras el amor al trabajo no venza los bajos apetitos y el prurito de vivir á costa ajena, no habrá libertades. No habrá libertades mientras no concluya lo que se llama sobriedad española, que es la holgazanería del cuerpo y del espíritu alimentada por la rutina; porque las pasiones sanguinarias, la envidia, la ociosidad, el vivir de limosna, el esperar lo todo del suelo fértil ó de la piedad de los ricos, el anhelo de someter al prójimo, la ambición de sueldo y de destinos para tener alguien sobre quien machacar, no son más que las distintas caras que toma el absolutismo, el cual se manifiesta según las edades, ya servil y rastrero, ya levantisco y alborotado.

—Según eso—dijo D. Felicísimo, que empezaba á estar algo confuso, —usted considera á nuestro país inepto para las libertades. Por consiguiente, como no puede haber más que dos clases de gobiernos y el liberal es imposible, tenemos que aceptar el absoluto.

—No—replicó el otro,—porque una ley ineludible arrastrará, mal de su grado, á España por el camino que ha tomado la civilización. La civilización ha sido en otras épocas conquista, privilegios, conventos, fueros, obediencia ciega, y España ha marchado con ella en lugar eminente; hoy la civilización tan constante en la mudanza de sus medios como en la fijeza de sus fines, es trabajo, industria, investigación, igualdad, derechos, y no hay más remedio que seguir adelante con ella, bien á la cabeza, bien á la cola. España se pone las sandalias, toma su palo y anda: seguramente andará á trompicones, cayendo y levantándose á cada paso; pero andará. El absolutismo es una imposibilidad, y el liberalismo es una dificultad. Á lo difícil me atengo, rechazando lo imposible. Hemos de pasar por un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles.

—¡Un siglo!

—Sí, y esta es la causa de mi tristeza. Yo me encuentro en la mitad de mi vida. He trabajado mucho por la idea salvadora; pero ya me siento fatigado y me reconozco sin fuerzas para esta labor inmensa que será cada día mayor. Otros vendrán que arrimen el hombro á tan terrible carga. Yo no puedo más. Las circunstancias en que me encuentro, solo, sin familia, lleno de tedio y viendo cuán poco hemos adelantado en la cuarta parte de un siglo, me desaniman atrozmente. Reconozco que cuanto de mis fuerzas dependía ya lo hice; está mi conciencia tranquila y me retiro. Hasta ahora yo no he vivido para mí ni un solo día. Llega la hora en que me es necesario vivir un poco para mí. No obteniendo gloria ni siquiera éxito, el sacrificio de mi existencia á un ideal

sería estéril; pues vivamos, vivamos siquiera un poco y descansemos. Sobre las ruinas de mis quiméricas ambiciones se levanta hoy una ambición grande, potente, la ambición de ser feliz, tener una familia y vivir de los afectos puros, humildes, domésticos. ¡Es tan dulce no ser nada para el público y serlo todo para los nuestros! Apartado de todo lo que es política, deseando el olvido, miro á todas partes buscando un rincón en que ocultarme y á donde no llegue el fragor de la lucha.

D. Felicísimo movía la cabeza, sonriendo. Creía firmemente que el caballero, su amigo y cliente, tenía la cabeza vacía de lo que llaman seso, ¿pues qué mayor locura, en aquellos agitados días, que no ser apostólico, ni absolutista, ni siquiera liberal?

Ya iba á decir algo muy ingenioso sobre esta enfermiza manía de no ser nada, absolutamente nada, cuando entró Pipaón y estrechando con ímpetu amistoso la mano del caballero, le dijo:

—Enhorabuena mil, queridísimo amigo. Vengo de ver á su Excelencia, que ya ha leído las cartas que trajiste del Sr. D. Alejandro Aguado, marqués de las Marismas, y de su parte te aseguro que puedes vivir aquí tan libremente como en el mismo Paris ó Lóndres. El Sr. Aguado es, como soberano absoluto del dinero, una potencia de primer orden, una autoridad indiscutible; ahora bien: considerando que el mencionado Sr. Aguado (Pipaón no abandonaba jamás su estilo de expediente) garantiza bajo su palabra de oro que vienes exclusivamente con la misión de comprarle cuadros para su rica galería, y además á asuntillos tuyos que nada tienen que ver con la política, se ha dado cuenta á Su Majestad de todo lo actuado y S. M. se ha servido disponer que no se te moleste en lo más mínimo. Tendreislo entendido, y ahora, discreto amigo, ruégote que adoptes tu verdadero nombre y vengas á comer conmigo á mi casa, donde encontrarás personas que más desean verte que escribirte....

El caballero se levantó y muy gozoso dijo:

—Confío sin vacilar en la libertad que se me ofrece y recobro mi nombre.

XXVII



ENÍA sus papeles en regla, pasaporte, partida de bautismo, á más de otros documentos importantes, y aquel mismo día se celebró la escritura para llevar adelante lo pactado con D. Felicísimo, asistiendo á este acto solemne, como notario, el licenciado Lobo, á quien conocemos desde hace veinticuatro años. Por la tarde Pipaón se llevó al amigo á su casa, donde le obsequió bizarramente con suntuosa comida, cigarros exquisitos y licores de primera. Esta esplendidez y el lujo de la vivienda en que estaba admiraron mucho al convidado, que no podía menos de traer á la memoria la humildad con que el Sr. Bragas dió los primeros pasos en la carrera de covachuelista. El medro había sido grandísimo y el aprovechamiento tan colosal, que allí podrían tomar lecciones cuantas hormigas hay en el mundo.

Los dos camaradas charlaron de lo lindo sobre cosas diversas, pero especialmente sobre el destino y vicisitudes del amigo que por tanto tiempo había estado ausente de España y envuelto en misterios. Las preguntas sucedían á las preguntas y las explicaciones á las explicaciones, y no fué todo paz y concordia en su interesante diálogo, porque á lo mejor de él hubo peligro de que los ánimos se soliviantaran dando al traste con la amistad y buena armonía que son compañeras inseparables de una série de buenos platos. Parece ser que el amigo había enviado á Pipaón, durante los últimos años, todas las cartas que tenía que dirigir á Madrid. El objeto de esta mediación era que el diestro cortesano salvara de las acechanzas de la policía en Correos una corres-

pondencia inocente en que nada se hablaba de política. Así lo hizo durante algún tiempo; pero desde mediados del 29, D. Juan Bragas, que en las cosas privadas lo mismo que en las públicas había de mostrar la doblez y bajeza de su carácter, abusó de la confianza del emigrado dejando de entregar algunas de sus cartas á la persona á quien se dirigían, para dárselas á otra.

La cuestión de las cartas salió, pues, á relucir en la mesa, y Pipaón, que en frescura y demás dotes para el fingimiento no tenía rival en el mundo, se desenvolvió gallardamente de aquel compromiso. Su sofistería, sus protestas de amistad, auxiliadas de su serenidad, hacían quiebros admirables, y no se dejaba él coger en mentira aunque la lógica misma se encargara de acometerle.

—Puedes estar seguro, amigo Salvador, le decía—de que desde Octubre del 29 no he recibido ningún paquete tuyo. Si lo recibiera, tonto, ¿para qué lo quería yo? ¿De qué podrían valerme tus cartas, no trayendo nada de política? y aunque trajeran algo, hombre, aunque fuera cada letra de ellas una bomba explosiva, ¿me crees capaz de vender á un amigo de la infancia? ¿me crees capaz de abusar indignamente de tu confianza? ¿me crees capaz de violar el sacratísimo misterio de la correspondencia...? ¡Oh! no me des á entender que hay en tí, no digo sospecha, pero ni siquiera un átomo de sospecha, porque nace en mí cierta indignación terrible que me hará olvidar la amistad, la consideración; me desvanezco, me exalto, me sulfuro... No, tú no puedes tener de mí tan baja opinión, tú bromeas, tú has perdido la memoria de mis buenas partes, y allá en la emigración has olvidado lo arraigada que está la hidalguía en pechos españoles.

El amigo no se convenció con estas vehementes razones; pero no queriendo volver sobre lo pasado, dejó aquel tema para tomar otro. Apremiado por Bragas, contó lo más notable de su vida durante las largas ausencias, extendiéndose mucho en los dramáticos sucesos de su expedición á Cataluña, durante la insurrección apostólica de este país. Pasmado lo oía todo el buen cortesano, y cuando su amigo llegaba á narrar un peligro extraordinario ó el acometimiento de alguna aventura terrible, temblaba y sudaba como si él mismo se sintiera empeñado en aquellos grandes riesgos y compromisos, tal verdad é interés había en la relación.

Ya estaban en los postres, cuando Pipaón, oído el relato del convidado, contó á su vez los chascos que él (Pipaón) y otra persona (Genara) se habían llevado en Madrid, creyendo ver al buen amigo en cada uno

de los individuos que sucesivamente iba deteniendo la policía por creerlos emisarios de Mina ó Valdés.

—Como no recibíamos cartas tuyas—dijo,—y en tanto los emigrados se agitaban en Paris y en Londres, siempre que teníamos noticia de la llegada misteriosa de algún conspirador, creíamos que eras tú. En Gracia y Justicia me enteraba yo de los soplos de la policía, y... francamente, como siempre tuviste afición á zurcir voluntades de revolucionarios y preparar sediciones... no levantaban una pieza los buenos podencos de la Superintendencia, sin que Genara y yo dijéramos “él es.” Cuando Espronceda vino y se escondió por unas horas en la Trinidad, creimos que eras tú. ¿Llegó un tipo, un no sé quién y estuvo tres días en la botica de la calle de Hortaleza?... pues eras tú. ¿Hablóse de otro que se metió en el *guardamangier* de Palacio y que luego resultó ser un choricero perseguido por haber dado unos palos?... pues tú. ¿Súpose por los serenos que un hombre encopetado había entrado á deshora varias noches en casa de Olózaga?... pues tú. Pero el mas gracioso engaño de todos es el que padeció nuestra paisanita durante la prisión de Olózaga, engaño en el cual no he tenido parte ni responsabilidad. Ella sobornó carceleros y compró mequetrefes de carcel de esos que traen y llevan recados. Esta gente sirve bien, como anden las onzas por medio, y lo prueba la evasión de Olózaga. Pues bien. En el torreón de la Villa había un preso á quien daban el nombre de Escoriaza, el cual unas veces atribuía su encerramiento á cosas de mujeres, y otras á tramas políticas. Intrigando para salvar á Olózaga, nuestra amiga, cuyo corazón es tan grande como su entendimiento, se interesaba por el misterioso Escoriaza, creyendo... no podía faltar la muletilla... creyendo que eras tú. Él recibió recados y dineros, comprendió que había un engaño y lo sostuvo habilmente. En fin, querido, á la postre resultó ser ese raterillo á quien llaman Candelas, que si Dios no lo remedia, pasará á la posteridad por sus hazañas. Mira, Salvador, cuando lo supe, estuve riéndome dos horas... Por último, al cabo de tantas equivocaciones vino la verdad, y la sin par Generosa, que te buscaba en todas partes, te encontró de improviso en su propia casa, en casa de D. Felicísimo. Y fué de la manera más inesperada y más teatral. Un día vió sobre la mesa de Carnicero una carta para D. Jáime Servet, nombre que usaste en Cataluña, según nos dijo el marqués de Falfán de los Godos, que te encontró en Canfranc cuando volvías sano y salvo á Francia. Al punto Genara... ya sabes que es un fuego vivo de actividad y de impaciencia... corrió á la posada del Dragón... ¡Qué desgracia! no estabas... Pasaron días. La carta para tí

volvió á la mesa de D. Felicísimo. Pero ayer nuestra amiga sintió una voz en el despacho de Carnicero; ella y Micaela se acercaron, entreabriéron la puerta, miraron... Eras tú, tú mismo, real, verdadero, efectivo. Genara se desmayó en el pasillo y Micaela y yo la llevamos á su cuarto, donde sin más medicina que un vasito de agua, volvió en sí y de repente me dijo entre riendo y llorando: "Ha engrosado bastante ese badulaque"... Y en conclusión, chico, esta tarde tendrás el gusto de verla, porque para eso estás aquí y para eso te he convidado de acuerdo con ella, y ya...

El cortesano miró el reloj, añadiendo con socarronería:

—No, no es hora todavía... ¿Llevarás á mal lo que he hecho? ¡Qué demonios! Si supieras el interés que tiene por tí... Te quiere como á un hijo.

Salvador no dijo cosa alguna concreta acerca de este inopinado amor de madre que la señora le tenía, y volviendo al tema pasado rióse mucho de los lances cómicos ocurridos con su supuesta persona, y principalmente de haber sido confundido con dos hombres que habían de ser pronto celebridades del siglo, si bien de orden muy distinto, Espronceda y Candelas. Dijo luego, que al volver á Francia de vuelta de Cataluña, había seguido ayudando á Mina en sus planes; pero que, desde la intontona del año 30, había cesado en sus trabajos, renunciando para siempre y con decidido propósito á la política. Desde que tal resolución tomó, habíase aplicado á buscar los medios de volver libremente á España, donde le llamaban afectos nobles y una regular herencia por recoger. Tuvo la suerte entonces, de conocer á D. Alejandro Aguado, el cual, le empleó en diferentes comisiones en Bélgica é Inglaterra. Sirvió con celo y habilidad al banquero, y el banquero se encargó de abrirle las puertas de España. Quiso traerle cuando vino Rossini en Marzo del 31; pero entonces no fué posible. Á la vuelta de Aguado á Francia, el célebre contratista dió á Salvador el encargo de reunirle cuadros para su afamada colección (que hoy puede admirarse en el Louvre), y para esto, y para hacerle posible la residencia en España, escribió en su obsequio cartas de recomendación, de esas que todos los obstáculos allanan, y vencen dificultades que al oro mismo son rebeldes. Aguado era el prestamista del Tesoro español y tenía en su mano la fortuna pública y gran parte de la privada de esta nación venturosísima. Por estas causas, sus relaciones en Madrid eran sólidas y su firma como una especie de fórmula abreviada del Evangelio.

D. Felicísimo había tenido á principios de 1831 correspondencia con

Aguado, con motivo de ciertos negocios de los Santos Lugares que éste arregló en Paris y Roma. Concluidas y zanjadas las cuentas á gusto de ambos, lo mismo el banquero que el agente eclesiástico, deseaban ocasión de servirse mutuamente, y como en poder de Carnicero obraba todavía una cantidad, resto de la negociación realizada y de la cual debía disponer Aguado, éste suplicó á su amigo le entregase al Sr. D. Jáime Servet, su amigo y corresponsal que llegaría á Madrid en época concertada. Reservadamente enteraba Aguado á Carnicero de quién era este Servet y de su verdadero nombre y la herencia y los cuadros y los propósitos pacíficos que llevaba á Madrid, por lo cual, esperaba que le ayudase en todo. Con esto y con las cartas que Salvador trajo para Calomarde, Varela, Ballesteros y la Reina Cristina, no fué difícil que al llegar á Madrid dejase su falso nombre, entrando en el pleno goce de lo que podría llamarse derechos civiles, y que era en realidad tolerancia ó benignidad del gobierno absoluto. La carta para Cristina, que entregó el primer día, fué como es de suponer eficacísima, y todo lo demás se le hizo fácil. Ya tenemos noticia de las buenas disposiciones de Carnicero, el cual miraba al Sr. Aguado como á un Dios; pues en aquel espíritu el furor apostólico no excluía la adoración de becerros de oro con todos los servilismos que esta religiosidad insana trae consigo.

Ya habían concluido de comer y estaban de sobremesa fumando excelentes puros, cuando sonó la campanilla, y Pipaón dijo á su amigo:

—Me parece que ya está ahí. Es puntual como la hora triste.

Salvador hizo una pregunta interesante por demás, á la cual contestó el tunante de Pipaón con sonrisa maliciosa y en voz tan baja, que el narrador se quedó en ayunas. Es evidente que la pregunta se refería á la señora que en aquel momento llamaba á la puerta, y también lo es que Pipaón contestó con un nombre. Lo único que pudimos percibir de este oscurísimo coloquio, fué la observación de Salvador, diciendo:

—Me lo figuré... le ví en Francia... ¡qué cosas!

Era ella en efecto. Salvador, dejando á su amigo, fué á la sala, donde la encontró de pié, fijos los ojos en la puerta. Se saludaron con afecto, demostrándose el uno al otro sentimientos de amistad y alegría por verse después de tanto tiempo. En ella había cierto alborozo del alma que luchaba por encerrarse en el círculo de lo que se llama satisfacción en lenguaje de urbanidad, y en él había frialdad que se mostraban de improviso, rompiendo el velo de expresiones convencionales con que las quería cubrir. Ella estaba turbada, tan turbada, que después de los primeros saludos decía una cosa por otra; él no parecía sereno, pero se re-

cobró antes que ella, y fué de los primeros que rió. ¡Sabe Dios cuál sería el último!

La discreción que en el uno emanaba naturalmente del desamor y en la otra del remordimiento, les llevó á una conversación en que ni por incidencia se tocó ningún punto de la vida pasada de ambos. Hablaron del tiempo y de política, los dos temas obligados en toda reunión donde no hay nada de que hablar. Allí parecía más bien que ella y él temían abordar otros asuntos. Lo único que se permitió Genara fuera de los lugares comunes de la política y el tiempo, fué algunas exhortaciones que demostraban bastante interés por el que fué su amigo.

—No te fies de esta gente, ni de la buena acogida que te han hecho— le dijo.—Esta canalla es más temible cuanto más halaga, y cuando parece que perdona es que prepara el golpe de muerte. La protección de la Reina Cristina, que tanto considera al Sr. Aguado, te servirá de mucho mientras haya tal Reina; pero hijo, aquí no hay nada seguro; estamos sobre un abismo. Al Rey le repiten ya con más frecuencia los ataques de gota y el mejor día nos quedamos sin él. Ya supones lo que pasará en la botella de cerveza el día que le falte el corcho. Muerto el Rey, adios Reina y Roque; se armará aquí una marimorena de todos los demonios, y el bando apostólico será dueño del reino y nos hará gustar las delicias del gobierno de Cafrería. Como no me resigno á que me gobiernen á la africana, tengo todo preparado para marchar en cuanto haya síntomas; así desde que el Rey cojea del pié izquierdo, ya me tienes haciendo las maletas. Prepárate tú también, y no te fies de la protección de Cristina, un ídolo á quien derribará de su pedestal el último suspiro del Rey.

Salvador, conviniendo en muchas de estas apreciaciones, respondió que por nada del mundo volvería á la emigración, y que resuelto á huir de la política, esperaba que nadie le molestaría. No queda duda alguna de que la hermosa dama, al oírle hablar tenía en su alma eso que no se puede designar sino diciendo que estaba agobiada bajo un formidable peso. Claramente decían sus ojos que tras de la fórmula artificiosa y vana que articulaban los labios, había una reserva de palabras verdaderas que al menor descuido de la voluntad saldrían en torrente diciendo lo que ellas solas sabían decir. Que se echara fuera, por capricho ó audacia, una palabra sola y las demás saldrían vibrando con el sentimiento que las nutría. Por un instante se habría creído que el volcán (demos al fenómeno referido su nombre platónico convencional) llegaba al momento supino de la erupción echando fuera su lava y su humo.

Salvador tembló al ver con cuanto afán, digno de mejor motivo, contaba la señora las varillas de su abanico, pasándolas entre los dedos cual si fueran cuentas de rosario, y mirándolo y remirándolo como si él también hablase. Después la dama alzó los ojos que tenía empañados, cual si fluctuara sobre aquel cielo azul la niebla del lloriqueo, y echando sobre su amigo una mirada que era una explosión de miradas, desplegó los labios, empezó una sílaba y se la tragó en seguida juntamente con otras muchas, que estaban entre los lindos dientes esperando vez. La señora se sometió á sí misma con formidable tiranía y en vez de aquello que iba á decir no dijo más que esto:

—Hoy me han regalado una cesta de albaricoques.

Á esta noticia insignificante contestó Monsalud diciendo que á él le gustaban poco los albaricoques, y que delante de un racimo de uvas no se podía poner ninguna otra especie de fruta. Con esto se empeñó un eruditísimo coloquio sobre cuales eran las mejores frutas, defendiendo la señora con argumento irrefutable el melón de Añover y los albaricoques de Toledo, pasando la conversación á los Cigarrales, y por último á D. Benigno Cordero, á cuya obsequiosa amistad debía Genara la cestilla mencionada. Entonces el otro dió en hacer pregunta tras pregunta sobre la honrada familia del encajero, y Genara dió en responderle con malísima gana y con tanta avaricia de palabras como liberalidad de movimientos para darse aire con el abanico. Creeríase que se estaba azotando el seno para castigarle de haber engrosado más de la cuenta, y así todos los faralares de su vestido en aquella parte se agitaban como flámulas y gallardetes en día de festejo y de temporal. De repente la señora cortó la conversación diciendo:

—Son las seis y Micaelita me espera para ir al Prado. Yo estoy libre también; ya me ha dicho hoy D. Felicísimo por encargo del *esposo de la jorobada* (Calomarde) que se acabó la tontería de mi persecución.

Salvador manifestó alegrarse mucho de aquella franquicia, y no dijo sino palabras convencionales y frías para retener á la dama en la visita. También habló de su próximo viaje á Toledo. Ella se levantó, y sus bellos ojos ya no echaban de sí sentimientos amorosos, sino un chisporroteo de orgullo. Despidióse secamente diciéndole: “Nos veremos otro día,” y se retiró majestuosa, como soberana que no sabe lo que es abdicar y antes consentirá en equivocarse mil veces que en ceder una sola.

XXVIII



principios de Setiembre todavía el benignísimo don Benigno no había podido allanar aquel endiablado obstáculo de los papales. El agente no contestaba nada de provecho, y todo era dilaciones, para lo cual Cordero, que ya iba perdiendo la paciencia, determinó hacer un viaje á Madrid para comunicar algo de

su inquietud y de su prisa al Sr. Carnicero. El héroe había resuelto encontrar los papeles, aunque tuviera que ir por ellos á la misma villa de la Bañeza ó al fin del mundo. Así lo dijo al partir, despidiéndose para poco tiempo.

Dos días después de su partida estaba Sola en una de las piezas altas, ocupada, por más señas, en pegar botones á una camisa de su futuro esposo, cuando recibió aviso de que un señor acababa de llegar á la finca y deseaba hablar con la señorita. Comprendiendo al punto quién era, Sola se quedó como estatua, sin habla, sin ideas en la cabeza, sin sangre en las venas, sintiendo una alegría disparatada, que al mismo tiempo era pena muy viva, y miedo y cortedad de genio. Ella sabía quién era el visitante; se lo decía aquel mismo azoramiento súbito en que estaba y el horrible salto de su corazón alarmado. Había tenido noticia por D. Benigno, dos semanas antes, de la aparición de Salvador en Madrid, padeciendo con esto un trastorno general en sus ideas. Pocos días después había recibido una carta del mismo anunciándole visita, y desde que recibiera la carta el barullo de sus ideas y la estupefacción de su alma habían aumentado. Grandes cosas se preparaban sin duda, anunciándose en la infeliz joven con sentimientos de miedo y espasmos de alegría.

Armándose de valor, se dispuso á recibir al que un tiempo se llamó su hermano. Mientras se arreglaba un poco para presentarse á él, miró por



la ventana. Allá abajo, entre los olivos, había un caballo, sujeto por un muchacho de la casa. Era el caballo de él. La puertecilla de la huerta

donde se pasaba para llegar á la casa, estaba abierta. El la había dejado abierta al pasar. En la salita baja se sentían pasos. Eran sus pasos.

Sola bajó, apoyándose fuertemente en el barandal para no bajar de cabeza. Entró en la salita... ¡Qué grueso, qué moreno!... ¡tenía algunas canas!... Sola no pudo decir nada y se dejó abrazar fuertemente.

—¡Ay!—exclamó sintiéndose inerte entre los brazos de su hermano, que parecían de hierro.

Sola no se hacía cargo de nada. Estaba pálida y con los labios secos, muy secos. No se dió cuenta de que él se sentó en un sofá de paja, que era el principal adorno de la salita; no se dió cuenta de que él, tomándole las manos, la llevó al mismo sofá y la sentó allí como se sienta una muñeca; no se dió cuenta tampoco de que Salvador dijo:

—Ya sé que no está D. Benigno; ¡cuánto lo siento!

Sola no hacía más que mirarle asombrada, encontrándole grueso, no tan grueso que perdiera su gallardía de otros tiempos; asombrada de verle mucho más moreno y curtido que antes y con algunas manchas de canas en el cabello.

—¡Me miras las canas!—dijo él.—Estoy viejo, hermana, viejo de todo. Á tí te encuentro más guapa, más mujer, más saludable. Ya sé que eres tan buena como antes ó más buena aún, si cabe. El marqués de Falfán me ha hablado mucho de tí, y me contó tu grave enfermedad. ¡Pobrecita! También sé que no has recibido mis cartas desde hace dos años, como no las recibió Falfán ni otros amigos míos. Es una traición de Bragas, aunque él jura y perjura que no ha recibido paquetes míos en mucho tiempo. La última carta que me escribiste, la recibí en Inglaterra hace dos años. Después, yo escribía, escribía, y tú no me contestabas.

Hablaron un rato de aquel extravío de cartas, que no podía ser sino pillada de Pipaón, falaz intermediario; pero como ya el mal había pasado, no tenía remedio; dejaron de hablar de ello para ocuparse de cosas más vivas y más interesantes para uno y otro.

—¡Cuántos años sin verte!—dijo él, mirándola de tan buena gana que bien se conocía el largo ayuno que de aquellas visitas habían tenido sus ojos.

—El marqués de Falfán—repitió ella,—que iba algunas veces á la tienda de D. Benigno y siempre me hablaba de tí, me contó que pasando él la frontera cierto día del año 27 te encontró. Ibas á caballo disfrazado y te habías puesto el nombre de Jáime Servet. Este nombre se me quedó tan presente, que lo dije muchas veces cuando estaba delirando. Después de esto me escribiste desde Paris. Un día que fuimos á ver en-

trar á la Reina Cristina á casa de Bringas, me dió Pipaón una carta tuya; fué la última. Poco después el marqués de Falfán me dijo que tenía ciertos indicios para creer que habías muerto.

Salvador le contó luego á grandes rasgos los principales sucesos de su vida en el período de ausencia, y le explicó las causas de su venida á España. Lo que más sorprendió á Sola de cuanto dijo su hermano fué aquel aborrecimiento á la política y al conspirar. Salvador le dijo:

—Cuando el hombre se enamora desde su niñez de ciertas ideas, ó sea de lo que llamamos ideales... no sé si me entiendes... y se lanza á trabajar en ellos, se crea una vida artificial. Las ambiciones, la sed de gloria y el afán de todos los días la forman. Así pasa el tiempo y así consume el hombre las fuerzas de su alma en un combate con fantasmas. Cuando hay éxito, querida hermanita, cuando Dios dispone las cosas para que determinados hombres en determinados países sean instrumento de planes providenciales, entonces la vida que he llamado artificial puede dejar de serlo, mudándose en realidad hermosa. Pero cuando no hay éxito, cuando después de mucho desvarío hallamos que todo es quimera, sea por el tiempo, por el lugar ó porque realmente no valemos para maldita de Dios la cosa, resulta uno de estos dos fenómenos: ó la desesperación ó el recogimiento y el deseo de la vida vulgar, tranquila, compartida entre los afectos comunes y los deberes fáciles. Yo he querido optar por lo segundo, que es más natural. Un poeta, hablando de estas cosas, dijo: *Es como una encina plantada en un vaso, la encina crece y el vaso se rompe*. Yo creo que en la generalidad de los casos hay que decir: *El vaso es muy duro y la encina se seca*, y este es el caso mío, querida.

Sola dió un suspiro por único comentario.

—La encina se seca... añadió Monsalud.—En mí se empezó á secar hace tiempo y ya quedan en ella muy pocas ramas con vida; pero á su sombra ha nacido un árbol modesto que vivirá más y á falta de laureles dará frutos... Pronto tendré cuarenta años. ¡Si vieras tú qué efecto tan raro nos hace el vernos cerca de esta edad y reconocer que no hemos vivido nada en tan larga juventud! Porque un hombre puede haber emprendido muchas cosas, haber estudiado, leído y haber querido á muchas mujeres, y sin embargo encontrarse el mejor día con la triste seguridad de no ser nada, ni saber nada, ni amar á nadie. Pronto empezaré á ser viejo. ¡Qué triste cosa es la vejez sin otros goces que las memorias de una juventud alborotada, ni más compañía que el rastro que dejaron todos aquellos fantasmas y figurillas al convertirse en humo!... Se me

figura que comprendes esto perfectamente... ¿Pero á que no sabes cuál es ahora la aspiración de mi vida?

—Ya me lo has dicho, no ser nada.

—Pues aspiro á ser el vecino tal, de tal calle, de cual pueblo; nada más que un vecino, querida. ¿Crees que esto es facil? Mira que no lo es. La vida errante me fatiga, la vida solitaria me entristece. Para ser vecino de tal calle es preciso fijarse y tener compañía que nos ate con cuerda de afectos y deberes. No hay nada que tan dulcemente abrume al hombre como el peso de un techo propio.

Esta frase, dicha así como sentencia, conmovió á Sola hasta lo más profundo de su alma. Por un momento creyó que todo se volvía negro en su alrededor.

—¿Qué dices á esto?—le preguntó él.—Hace un año, hallándome en Paris curado ya de la manía del vivir quimérico, y prendado de amores por la vida posible, por la vida que no temo llamar vulgar, te escribí, manifestándote lo que pensaba.

—¡Á mí!—exclamó Sola figurándose en el acto, como por inspiración divina, la carta que no había recibido, y viéndola toda letra por letra.

—Á tí... Ya sé que no la recibiste. Sería preciso desollar vivo á Pipaón. En mi carta te consultaba, te pedía consejo. Fué aquel un tiempo en que tú te realizabas á mis ojos de un modo nuevo, y no iba mi pensamiento á ninguna parte sin tropezar contigo. Siempre había admirado yo tus virtudes, siempre había sentido por tí un afecto entrañable; pero entonces todos los sueños de la vida posible venían á mi cerebro como envueltos en tí, quiero decir que todas las ideas de esta nueva existencia y las imágenes de mi reposo y de mi felicidad futura se me presentaban como un contorno de tu cara. Esto es concluir por donde otros han empezado, esto es cosa de mozalvetes; pero los que no han sabido vivir la vida del corazón cuando niños, la viven cuando viejos, y así...

La miró un rato y viéndola perpleja, él que gustaba de expresar las cosas con prontitud y claridad, le dijo en un galanteo máximo todo lo que tenía que decirle. Sus palabras fueron estas:

—Y así vengo á proponerte que nos casemos.

Sola no estaba ya confusa sino espantada. Se mordía un labio y la yema de un dedo. Se los mordía tan bien que á poco más arrojara sangre. Al mismo tiempo miraba al suelo, temerosa de mirar á otra parte. Su alma estaba, si es permitido decirlo así, como una grande y sólida torre que acababa de desplomarse sacudida por terremotos. No

acertaba á pensar cosa alguna derechamente, ni á concretar sus ideas para formar un plan de respuesta. Salvador le tomó una mano. Entonces ella, herida de súbito por no sé qué sentimiento, por el pudor, por la dignidad tal vez ó quizás por el miedo, retiró su mano y dijo:

—Soy casada.

—¡Tú!...

—Como si lo fuera. He dado mi palabra.

—En Madrid me dijeron eso como una sospecha. Yo creí que era falso.

—Es cierto—dijo Sola que, recobrándose con gran esfuerzo, luchaba con sus lágrimas para que no salieran.—Si no hubieran ocurrido ciertos entorpecimientos, ya estaría casada con el mejor de los hombres.

Á Salvador tocó entonces el morderse el labio y la coyuntura del índice de su mano derecha. Sola invocó mentalmente á Dios, tomó fuerzas de su valeroso espíritu y de la idea del deber, que era siempre su confortante más poderoso, y quiso dominar la situación, haciendo el panegírico de su futuro esposo.

—Hay un hombre—dijo,—á quien debo la vida, de quien he sido hija cuando no tenía padre ni hermano. Siente por mí un respeto que yo no merezco y un cariño que no podré pagar con cien vidas mías. Cuantos miramientos, cuantas atenciones se puedan tener con una persona amada, ha tenido él para mí. Yo he pedido á Dios que me diera algo con que poder pagar beneficios tan grandes, y Dios ha puesto en mi corazón lo que me hacía falta. Ese hombre ha querido tener casas, tierras, criados para que yo fuera señora de todo, y él mío por toda la vida.

Salvador miró por la ventana los árboles, la deliciosa paz y abundancia que todo aquel conjunto rústico expresaba. Sintió el corazón oprimido de pena y lleno de la noble envidia que infunde el bien no merecido. En la ventana que frente á él estaba, un arbolillo agitado por el viento tocaba con sus ramas los vidrios. Varias veces durante el curso del diálogo precedente, Salvador había mirado allí creyendo que alguien llamaba en los vidrios. Ya llegado el momento de su desengaño, miró la rama y viendo que daba más fuerte, murmuró:—“Ya me voy, ya me voy.”

Volviéndose otra vez á Sola, le dijo:

—Me has hablado en un lenguaje que no admite réplica. No debo quejarme, pues he venido tarde, y habiendo tenido el bien en mi mano durante mucho tiempo, lo he soltado para seguir locamente un camino de aventuras. Pero algo me disculparán mi desgracia, mi destierro y tam-

bién mi pobreza, causa de que antes no te propusiera lo que ahora te propongo. Aquí me tienes razonable, con esperanzas de ser rico, y á pesar de tales ventajas, más desgraciado y más solo que antes.

Animada por el pequeño triunfo que había obtenido en su espíritu, Sola quiso ir más allá, quiso hacer un alarde de valentía diciendo á su amigo: *ya encontrarás otra con quien casarte*; pero cuando iba á pronunciar la primera sílaba de esta frase triste no tuvo ánimos para ello y fué vencida por su congoja. No dijo nada.

—Yo quería—dijo Salvador, no desesperanzado todavía,—que meditaras...

Sola que vió un abismo delante de sí, quiso hacer lo que vulgarmente se llama *cortar por lo sano*.

—No hables de eso...—dijo.—No puede ser... Figúrate que no existo.

Sin darse cuenta de ello le miró con lágrimas. Pero sobrecogida repentinamente de miedo, se levantó y corriendo á la ventana se puso á mirar los morales al través de los vidrios. Allí la infeliz imaginó un engaño ó salida ingeniosa para justificar su emoción. Volvióse á él, segura de salir bien de tal empeño.

—¿Sabes por qué lloro? Porque me acuerdo de tu pobre madre, que murió en mis brazos, desconsolada por no verte... Dejóme un encargo para tí, un paquetito don le hay una carta y varias alhajas, encargándome que á nadie lo fiara y que te lo diera en tu propia mano. ¡Y yo tan tonta que no te lo he dado aún, cuando no debí hacer otra cosa desde que entraste!... Lo que me confió tu madre no se separa nunca de mí... Aquí lo tengo y voy á traértelo.

Sin esperar respuesta, Sola subió á su habitación y al poco rato puso en manos de Monsalud un paquete cuidadosamente cerrado con lacres. Salvador lo abrió con mano trémula. Lo primero que sacó fué una carta, que besó muchas veces. En pié al lado de su amigo, que continuaba en el sofá de paja, Sola no podía apartar los ojos de aquellos interesantes objetos. La carta tenía varios pliegos. Salvador pasó la vista rápidamente por ellos antes de leer.

—¡Mira, mira lo que dice aquí!—exclamó señalando una línea.—Mi madre me suplica que me case contigo.

—Te lo suplicaba hace mucho tiempo—dijo Sola, disimulando su pena con cierta jocosidad afectada, que si no era propia del momento venía bien como pantalla.

—Necesito una hora para leer esto—dijo Monsalud.—¿Me permites leerlo aquí?

Sola miró á las ventanas y por un momento pareció aturdida. Su corazón atenazado le sugería clemencia, mientras la dignidad, el deber y otros sentimientos muy respetables, pero un poco lúgubres, como los magistrados que condenan á muerte con arreglo á la justicia, le ordenaban ser cruel y despiadada con el advenedizo.

—Mucho siento decírtelo, hermano—manifestó la joven sonriendo como se sonríe á veces el que van á ajusticiar,—lo siento muchísimo; pero va á anochecer. Tú, que estás ahora tan razonable, me dirás si es conveniente...

—Sí, debo marcharme—replicó Salvador levantándose.

—Debes marcharte y no volver... y no volver—afirmó ella marcando muy bien las últimas palabras.

—¿Y qué pensaré de tí?

Sola meditó un rato y dijo:

—¡Que me he muerto!

Se apretaron las manos. Sola miraba fijamente al suelo. Fué aquella la despedida de menos lances visibles que imaginarse puede. No pasó nada, absolutamente nada, porque no puede llamarse acontecimiento el que *Doña Sola y Monda* se acercase á los vidrios de la ventana para verle salir y que le estuviese mirando hasta que desapareció entre los olivos, caballero en el más desvencijado cuártago que han visto cuabras toledanas. Ni es tampoco digno de mención el fenómeno (que no sabemos si será óptico ó qué será) de que Sola le siguiese viendo aun después de que las ramas de los olivos y la creciente penumbra de la tarde ocultaran completamente su persona.

La noche cayó sobre ella como una losa.

Fatigado y displicente, con los hábitos arremangados y su gran caña de pescar al hombro, subía el padre Alelí la cuestecilla del olivar. Ya era de noche. Los muchachos acompañaban al fraile, trayendo el uno la cesta, otro los aparejos y el pequeño dos ranas grandes y verdes. Esto era lo único que el reino acuático había concedido aquella tarde á la expedición piscatoria de que era patrón el buen Alelí. Todas nuestras noticias están conformes en que tampoco en las tardes anteriores fueron más provechosas la paciencia del fraile y la constancia de los muchachos para convencer á las truchas y otras alimañas del aurífero río de la conveniencia de tragar el anzuelo; por lo que Alelí volvía de muy mal humor á casa echando pestes contra el Tajo y sus riberas.

Todavía distaba de la casa unas cincuenta varas cuando encontró á

Sola que lentamente bajaba como si se paseara, saliendo al encuentro de las primeras ondas de aire fresco que de los cercanos montes venían. Los niños menores la conocieron de lejos y volaron hacia ella saludándola con cabriolas y gritos, ó colgándose de sus manos para saltar más á gusto.

—¿Usted por aquí á estas horas?—dijo Alelí deteniendo el paso para



descansar.—La noche está buena y fresquita. ¿Querrá usted creer que tampoco esta tarde nos han dicho las truchas esta boca es mía? Nada, hijita, pasan por los anzuelos y se rien. Esos animalillos de Dios han aprendido mucho desde mis tiempos y ya no se dejan engañar... Hola, hola, ¿no son estas pisadas de caballo? Por aquí ha pasado un ginete. Dígame usted, ha enviado Benigno algún propio con buenas noticias?

Sola dió un grito terrible, que dejó suspenso y azorado al bondadoso fraile. Fué que Jacobito puso una de las ranas sobre el cuello de la joven. Sentir aquel contacto viscoso y frío y ver casi al mismo tiempo el salto del animalucho rozándole la cara fueron causa de su miedo repentino; que este modo de asustarse y esta manera de gritar son cosas propias de mujeres. Alelí esgrimió la caña, como un maestro de escuela, y dió dos palos al nene.

—¡Tonto, mal criado!

—No, no han venido buenas noticias—dijo Sola temblando.

Aquella noche cenaron como siempre, en paz y en gracia de Dios, hablando de Cordero y pronosticando su vuelta para tal ó cual día. La vida feliz de aquella buena gente no se alteró tampoco lo más mínimo en los siguientes días. Sola estaba triste; pero siempre en su puesto, siempre en su deber, y todas las ocupaciones de la casa seguían su marcha regular y ordenada. Ninguna cosa faltó de su sitio ni ningún hecho normal se retrasó de su marcada hora. La reina y señora de la casa, inalterable en su delicado imperio, lo regía con rectitud pasmosa, cual si ni uno solo de sus pensamientos se distrajese de las faenas domésticas. Interiormente fortalecía su alma con la formalidad y exteriormente con el trabajo.

Fuera de algunos breves momentos, ni el observador más perspicaz habría notado alteración en ella. Estaba como siempre, grave sin sequedad, amable con todos, jovial cuando el caso lo requería, enojada jamás. Sin embargo, cuando Cruzita y ella se sentaban á coser, podían oírse en boca de la hermana de D. Benigno observaciones como esta:

—Pero mujer, está *Mosquetín* haciéndote caricias y ni siquiera le miras.

Sola se reía y acariciaba al perro.

—Hace días que estás no sé cómo...—continuaba el ama de *Mosquetín*.
—Nada, mujer, ya vendrán esos papeles; no te apures, no seas tonta. Pues qué, ¿han de estar en la China esos cansados legajos?... ¡Vaya cómo se ponen estas niñas del día cuando les llega el momento de casarse! Todo no puede ser á qué quieres boca. Menos orgullito, señora, que ya que el bobalicón de mi hermano ha querido hacerte su mujer, Dios no ha de permitir que este disparate se realice sin que te cueste malos ratos.

Sola se volvía á reír y volvía á acariciar á *Mosquetín*.

Una mañana, los chicos, que estaban en la huerta haciendo de las suyas, empezaron á gritar: "Padre, padre." D. Benigno llegaba. Entró

en la casa sofocado, ceñudo, limpiándose con el pañuelo el copioso sudor de su inflamado rostro, y dejándose caer en una silla con muestras de muchísimo cansancio, no decía más que esto:

—¡Los papeles!... ¡Los papeles!... ¡D. Felicísimo!...

—¿Qué?... ¿Han parecido?... —le preguntó Sola con ansiedad.

—¡Qué han de parecer!... ¡Barástolis! No hay paciencia para esto, no hay paciencia...



XXIX



cómo habían de parecer, Santo Dios, si el cura de La Bañeza, á consecuencia de una reyerta con el obispo de la diócesis había hecho la gracia de huir del pueblo, después de arrojar á un pozo todos los libros parroquiales? Véase aquí por donde la tremenda y sorda lucha que entre el régimen absolutista y el espíritu moderno estaba empeñada, había de estorbar la felicidad de aquel candoroso D. Benigno, que aunque liberal, en nada se metía.

Era el obispo de León, Sr. Abarca, absolutista furibundo de ideas y aragonés de nacimiento, con lo que basta para pintarle. De consejero áulico del Rey y atizador de sus pasiones pasó á la intimidad de don Carlos y á la dirección del partido de éste, llegando á ser más tarde ministro universal de la corte de Oñate. El cura de La Bañeza se diferenciaba de su pastor en que era liberal, y se le parecía en que era aragonés. Puede suponerse lo que sería una pendencia clerical y política entre dos aragoneses de sotana. El obispo tenía, entre otros defectos, el de los modos ásperos, los procedimientos brutales y las palabras des-templadas; el cura, sobre todas estas máculas, tenía la de ser algo más presbítero de Baco que sacerdote de Cristo. Resistióse el cura á dejar la parroquia (que precisamente estaba á cuatro pasos de la taberna;) insistió el obispo, salieron á relucir mil zarandajas, canónicas de un lado, liberalescas de otro, y al fin, vencido el subalterno, escapó una noche antes de que le cayera encima el brazo secular; pero como hombre de ideas filosóficas, pensó que los libros parroquiales, por ser expresión de

la verdad, debían estar como la verdad misma, en el fondo de un pozo, y de aquí la pérdida de los tales libros.

De orden de Su Ilustrísima hizose una información en el pueblo para restablecer los libros, y al cabo de algunos meses, D. Benigno supo por Carnicero que en la partida de bautismo no había ya dificultades. Pero el Demonio, que siempre está inventando diabluras, hizo que apareciese nueva contrariedad. Uno de los libros del registro de matrimonios se había conservado, y en el tal libro constaba que una Soledad Gil de la Cuadra había contraído nupcias en 1823. Indudablemente no era esta Soledad nuestra simpática heroína; pero mientras se ponía en claro, jí, jí, (así lo decía D. Felicísimo á su cliente Cordero) había de pasar algún tiempo, siendo quizás preciso llevar el asunto á un tribunal eclesiástico, pues estas delicadas cosas no son buñuelos que se hacen en un segundo.

Así, entre obispos y curas aragoneses, pozos llenos de libros, agentes eclesiásticos y torna y vuelve y daca, el héroe de Boteros sufrió el martirio de Tántalo durante un año largo, pues hasta el verano de 1832 no se allanaron las dificultades. Cuando D. Felicísimo escribió á Cordero participándole este feliz suceso, añadía que sólo faltaba una firma del señor Obispo Abarca para que todo aquel grandísimo lío terminase.

Durante esta larga espera la familia de Cordero continuaba sin novedad en la salud y en las costumbres. El invierno lo pasaron en Madrid para atender á la educación de los niños y á la tienda, que D. Benigno juró no abandonar mientras el edificio de sus felicidades no fuese coronado con la gallarda cúpula de su casamiento. Desde la primavera se trasladaron todos á los Cigarrales, acompañados de Alelí, que cada día tomaba más afición á la familia y se entretenía en enseñar á *Mosquetín* á andar en dos piés.

Innecesario será decir, pero digámoslo, que D. Benigno, si bien trataba familiarmente á Sola, no traspasó jamás, en aquella larga antesala de las bodas, los límites del decoro y de la dignidad. Se estimaba demasiado á sí mismo y amaba á Sola lo bastante para proceder de aquella manera delicada y caballerosa, magnificando su ya magnífica conducta con el mérito nuevo de la castidad. Ni siquiera se permitía tutear á su prometida, porque el tuteo, decía, trae insensiblemente libertades peligrosas, y porque el decoro del lenguaje es siempre una garantía del decoro de las acciones.

En este tiempo ocurrió también la dispersión de algunos personajes muy principales de esta historia. Salvador se fué á Andalucía, donde

encontró abundancia de cuadros y antigüedades de mérito. Luego subió por Extremadura á Salamanca, vino á Madrid en Febrero de 1832 á exigir de Carnicero el cumplimiento del pacto, y habiendo ocurrido ciertas dilaciones, celebraron un nuevo pacto-prórroga que terminó cuatro meses después con feliz éxito el asunto. El aventurero vió al fin en sus manos la mitad de la herencia de su tío, gracias á las uñas de don Felicísimo, que acariciando la otra mitad, desenmarañó la madeja. Fué Salvador á Paris en la primavera para rendir cuentas á Aguado, y en el verano tornó á España y á Madrid para ultimar un asunto de vales reales que en la Corte tenía.

Genara pasó en Madrid el invierno de 1831 á 1832 y en primavera se trasladó á Valencia, volviendo al poco tiempo para instalarse en San Ildefonso. La opinión pública que, tal vez sin motivo, le tenía mala voluntad, hacía correr acerca de su conducta rumores poco favorables, aunque eran de esos que cualquier dama ilustre de aquellos tiempos y de estos y todos los tiempos soporta sin detrimento alguno en el lustre de su casa, antes bien aumentándolo y viéndose cada día más obsequiada y enaltecida. Si en el año anterior fué tildada de aficionarse con exceso á la oratoria forense y parlamentaria, ahora decían de ella que se pirraba por la poesía lírica, prefiriendo sobre todos los géneros el *byroniano*, ó sea de las desesperaciones y lamentos, sin admitir consuelo alguno en este mundo ni en el otro.

Enorme escuadrón de amigos la despidió al marchar á la Granja. Adios, gentil Angélica, engañadora Circe. No podemos seguirte aún. Nos llaman por algún tiempo en Madrid afecciones de literatos que nos son más caras que las propias niñas de nuestros ojos. Y era curioso ver como se iba encrespando aquel piélago de ideas, de temas literarios é imágenes poéticas del cafetín llamado Parnasillo. Sin duda de allí había de salir algo grande. Ya se hablaba mucho y con ardor de un drama célebre estrenado en Paris el 25 de Febrero de 1830 y que tenía el privilegio de dividir y enzarzar á todos los ingenios del mundo en atroz contienda. El asunto, según algunos de los nuestros, no podía ser más disparatado. Un príncipe apócrifo que se hace bandolero, una dama que tiene tres pretendientes, un viejo prócer enamorado y un emperador del mundo, son los personajes principales. Luego hay aquello de que todos conspiran contra todos y de que pasan cosas históricas que la historia no ha tenido el honor de conocer jamás. Y hay un pasaje en que el prócer que aborrece al bandido lo salva del emperador; y luego el emperador se lleva la muchacha, y el bandolero se une al prócer; y

como uno de los dos está demás porque ambos quieren á la señorita, el bandolero jura que se matará cuando el prócer toque un cierto cuerno que aquel le da en prenda de su palabra; y cuando todo va á acabar en bien porque el emperador ha perdonado á chicos y grandes y viene el casorio de los amantes con espléndida fiesta, suena el consabido cuerno: el príncipe bandolero recuerda que juró matarse, y en efecto se mata.

Si á unos les parece esto el colmo del absurdo, á otros les parece de perlas. Riñen los exaltados con los retóricos, y en medio de las disputas sale á relucir una palabra que éstos profieren con desprecio, aquellos con orgullo. *¡Románticos!*... Aguarde un poco el lector que ya vendrán á su tiempo la amarillez del rostro, las largas y descuidadas melenas, las estrechas casacas. Por ahora el romanticismo no ha pasado á las maneras ni al vestido, y se mantiene gallardo y majestuoso en la esfera del ideal.

El drama francés es un mónstruo para algunos; pero ¡qué aliento de vida, de inspiración, de grandeza en este mónstruo, pariente sin duda de las hidras calderonianas, ante cuya indómita arrogancia, á veces sublime, salvaje á veces, parecen gatos disecados las esfinges del clasicismo! Contra la frialdad de un arte moribundo protesta un arte incendiario; la corrección es atropellada por el delirio; las reglas con sus gastados cachivaches se hunden para dar paso á la regla única y soberana de la inspiración. Se acaba la poesía que proscribía los personajes que no sean reyes, y se proclama la igualdad en el colosal imperio de los protagonistas. Rómese como un código irrisorio la gerarquía de las palabras nobles é innobles, y el pueblo con su sencillez y crudeza nativa habla á las musas de *tú*. Caen heridos de muerte todos los monopolios: ya no hay asuntos privilegiados, y al templo del arte se le abren unas puertas muy grandes para dar paso á la irrupción que se prepara. Se suprimen los títulos nobiliarios de ciertas ideas, y se ordena que el Mar, por ejemplo, que de antiguo venía metiendo bulla y soplándose mucho con los retumbantes dictados de Nereo, Neptuno, Tetis, Anfitrite, sea despojado de estos tratamientos y se llame simplemente Fulano de Tal, es decir, *el Mar*. Lo mismo les pasa á la Tierra, al Viento, al Rayo.

Mucho podríamos decir sobre esta revolución que tuvimos la gloria de presenciar; pero damos punto aquí porque no es llegada aún la sazón de ella, y sus insignes jefes no eran todavía más que conspiradores. El café del Príncipe era una logia literaria, donde se elaborara entre disputas la gloriosa emancipación de la fantasía, al grito mágico de *¡España por Calderón!*

El teatro estaba aún solitario y triste; pero ya sonaban cerca las espuelas de *Don Alvaro*. *Marsilla* y *Manrique* estaban más lejos, pero también se sentían sus pisadas, estremeciendo las podridas tablas de los antiguos corrales. Comenzaba á invadir los ánimos la fiebre del sentimiento heróico, y las amarguras y melancolías se ponían de moda.

Las grandes obras de Espronceda no existían aún, y de él sólo se conocían el *Pelayo*, la *Serenata* compuesta en Lóndres y otras composiciones de calidad secundaria. Vivía sin asiento, derramando á manos llenas los tesoros de la vida y de la inteligencia, llevando sobre sí, como un fardo enojoso que para todo le estorbaba, su genio potente y su corazón repleto de exaltados afectos. Unos versos indiscretos le hicieron perder su puesto en la Guardia Real. Fué desterrado á la villa de Cuéllar, donde se dedicó á escribir novelas.

Vega había escrito ya composiciones primorosas; pero sin entrar aún en aquellas íntimas relaciones con Talía, que tanto dieron que hablar á la Fama. Bretón había vuelto de Andalucía y con sin igual ingenio explotaba la rica hacienda heredada de Moratín. Martínez de la Rosa trabajaba oscuramente en Granada. Gallego estaba á la sazón en Sevilla, Gil y Zárate, perseguido siempre por la inquisitorial censura del padre Carrillo, había abandonado el teatro por una cátedra de francés. Caballero, Villalta, Revilla, Védia, Segovia y otros insignes jóvenes cultivaban con brío la lírica, la historia y la crítica.

Al mismo tiempo la pintura de la vida real, es decir, del espíritu, lenguaje y modo de la sociedad en que vivimos, era acometida por un joven artista madrileño para quien esta grande empresa estaba guardada.

Miradle. No parece tener más de veintiseis ó veintisiete años. Es pequeño de cuerpo, usa anteojos y siempre que mira parece que se burla. Es, más que un hombre, la observación humanada, uniéndose á la gracia y disimulando el aguijoncillo de la curiosidad maleante con el floreo de la discreción. De sus ojos parte un rayo de viveza que en un instante explora toda la superficie y sin saber cómo se mete hasta el fondo, sacando los corazones á la cara; al mismo tiempo parece que se se ríe, como dando á entender que no hará daño á nadie en sus disecciones de vivos.

Este joven á quien estaba destinado el resucitar en nuestro siglo la muerta y casi olvidada pintura de la realidad de la vida española tal como la practicó Cervantes, comenzó en 1832 su labor fecunda, que había de ser principio y fundamento de una larga escuela de prosistas. Él trajo el cuadro de costumbres, la sátira amena, la rica pintura de la

vida, elementos de que toma su sustancia y hechura la novela. El arrojó en esta gran alquitara, donde bulliciosa hierve nuestra cultura, un género nuevo, despreciado de los clásicos, olvidado de los románticos, y él sólo había de darle su mayor desarrollo y toda la perfección posible. Tuvo secuaces, como Larra, cuya originalidad consiste en la crítica literaria y la sátira política, siendo en la pintura de costumbres discípulo y continuador de *El Curioso Parlante*; tuvo imitadores sin cuento y tantos, tantos admiradores que en su larga vida los españoles no cesan de poner laureles en la frente de este valeroso soldado de Cervantes.

En 1831 hizo el *Manual de Madrid*, anunciando en él sus dotes literarias y una pasión que le había de ocupar toda la vida, la pasión de Madrid. En Enero del año siguiente publicó *El Retrato* en las *Cartas Españolas* de Carnerero, y tras *El Retrato* vino sin interrupción esa galería de deliciosos cuadros matritenses, que servirá, el día en que la capital de España se pierda, para encontrarla aunque se meta cien estados bajo tierra. ¡Asombroso poder del ingenio! Aquellos revueltos tiempos en que se decidió la suerte de la nación española han quedado más impresos en nuestra mente por su literatura que por su historia; y antes que la Pragmática Sanción, y el Carlismo y la Amnistía y el Auto acordado y la Corte de Oñate y el Estatuto, viven en nuestra memoria D. Plácido Cascabelillo, D. Pascual Bailón Corredera, D. Solícito Ganzúa, D. Homobono Quiñones y otras dignas personas nacidas de la realidad y lanzadas al mundo con el indeleble sello del arte.

En Agosto del mismo año de 1832 principió á salir el *Pobrecito Hablador*, de Larra. De éste quisiéramos hablar un poco; pero el insoportable calor nos obliga á salir de Madrid.

Antes de partir haremos una visita á D. Felicísimo, en cuya casa hallamos grandísima novedad, y es que al cabo de muchas dudas y vacilaciones, el insigne Pipaón se decidió á manifestar á Micaelita su propósito de tomarla por esposa, considerando para sí que si buenos desperfectos tenía, con buenas talegas iban disimulados. Es opinión admitida por todos los historiadores que Micaelita no rezó ningún Padre nuestro al oír nueva tan lisonjera de los labios del cortesano de 1815. D. Felicísimo y Doña Sagrario se regocijaron mucho, pues no podían soñar mejor partido para aquel poco solicitado género, que un individuo encaminado á ser, por sus prendas especiales el Calomarde de los venideros tiempos.

Nuestra buena suerte quiso que al dar un vistazo al agente de asuntos eclesiásticos halláramos al Sr. de Pipaón, que también se despedía.

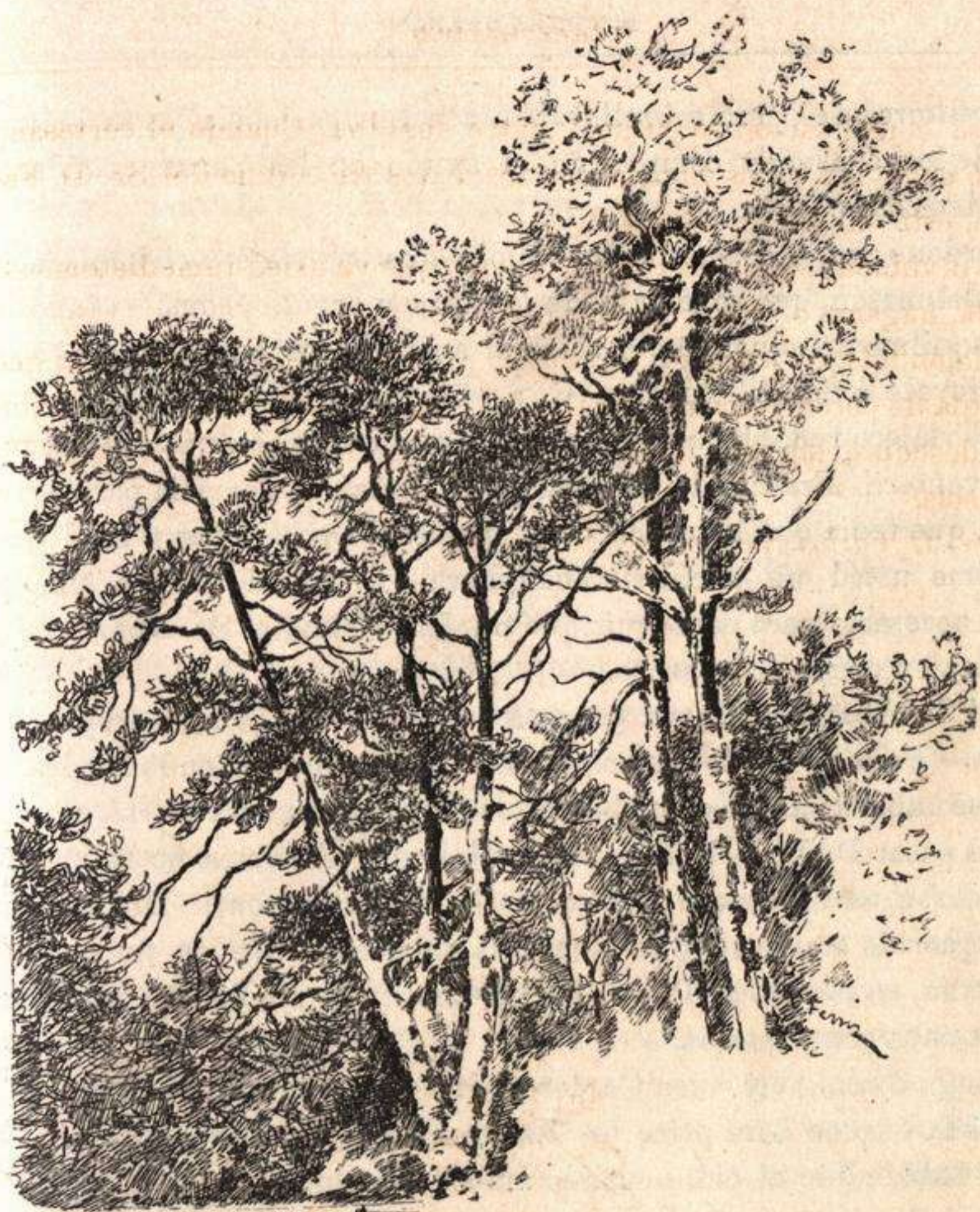
Deleitosa conversación se entabló entre los dos. Cuando el cortesano estrechó entre los suyos fuertísimos los dedos de corcho del Sr. D. Felicísimo, éste exhaló un hipo y dijo:

—Me olvidaba... Querido Pipaón, puesto que va usted inmediatamente para allá, hágame el favor de llevar esta carta.

Y diciéndolo, el anciano levantó el pié de cabrón con ademán que algo tenía de ceremonioso y cabalístico, como el mágico que alza cubiletes y descubre signos. El sobre de la carta de que se hizo cargo Pipaón, decía:

Al Sr. D. Carlos Navarro, en San Ildefonso.





XXX

En los primeros días del mes de Setiembre, un viajero llegó á la posada del Segoviano en la

Granja, y pidió cuarto y comida, exigencias á que con tanto tesón como desabrimiento se negó el fondista. Era inaudito atrevimiento venir á pedir techo y manteles en una posada que por su mucha fama y prez estaba llena de gente principal desde el sótano á los desvanes. ¡Ahí era nada en gracia de Dios lo de personajes que en la casa había! Cuatro consejeros de Estado, un fiscal de la Rota, un administrador del Noveno y Excusado, dos brigadieres exentos, un padre prepósito, un definidor

y seis cantores de ópera sobrellevaban allí con paciencia las incomodidades de los cuartos y compartían el ayuno de las pocas comidas y mermadas cenas.

—Perdone por Dios, hermano—dijo á nuestro viajero el implacable dueño del mesón, que reventaba de gordura y orgullo, considerando el buen esquilmo de aquel año, gracias al ansia de los partidos que tanta gente llevaba á San Ildefonso.

Y el viajero redoblaba su amabilidad suplicante, en vista de la negativa venteril. Era tímido y circunspecto, quizá en demasía para aquel caso en que tenía que habérselas con la ralea de posaderos y fondistas.

—Déme usted un cuchitril cualquiera—dijo.—No estaré sino el tiempo necesario para conseguir que Su Ilustrísima el Sr. Abarca eche una firma en cierto documento.

—¿El Sr. Abarca?... Buena persona... Es muy amigo mío—replicó el ventero.—Pero no puedo alojarle á usted... Como no sea en la cuadra.

Ya se había decidido el atribulado señor á aceptar esta oferta, cuando acertó á pasar D. Juan de Pipaón. El viajero y el cortesano se vieron, se saludaron, se abrazaron, y... ¿cómo había de consentir D. Juan que un tan querido amigo suyo se albergara entre cuadrúpedos, teniendo él como tenía, en la casa de Pajes, dos hermosísimas y holgadas estancias, donde estaba como garbanzo en olla?

—Venga conmigo el buen Cordero—dijo con generosa bazarria—que le hospedaré como á un príncipe. La Granja rebosa de gente. Amigo—añadió, hablándole al oído, cuando ambos marchaban hacia la casa de Pajes—el Rey se nos muere.

—De modo que sobrevendrá...

—El diluvio universal... Háblase de componer la cosa en familia. Pero vamos, vamos á que descanse usted.

Cordero dió un suspiro y ambos entraron en la casa. Después de un ligero descanso y del desayuno consiguiente, Cordero salió á ver los jardines.

¡La Granja! ¿Quién no ha oído hablar de sus maravillosos jardines, de sus risueños paisajes, de la sorprendente arquitectura líquida de sus fuentes, de sus laberintos y vergeles?... Versailles, Aranjuez, Fontainebleau, Caserta, Schoenbrün, Postdam, Windsor, sitios donde se han labrado un nido los Reyes europeos huyendo del tumulto de las capitales y del roce del pueblo, podrán igualarle, pero no superan al riconcito que fundó el primer Borbón para descansar del gobierno. Y no hay

más remedio que admirar esta pasmosa obra del despotismo ilustrado, reconociéndola conforme á la idea que la hizo nacer. El despotismo ilustrado fomentó la riqueza en todos los órdenes, desterró abusos, alivió contribuciones, acometió mejoras en bien del pueblo; pero todo lo sometió á una reglamentación prolija. Hacía el bien como una merced y lo distribuía como se distribuye la sopa á los pobres recogidos en un asilo. Todo había de sujetarse á cánón y á medida, y la nación, que nada podía hacer por sí, lo recibía todo con arreglo á disciplina de hospital.

El despotismo ilustrado da vida en el orden económico á los Pósitos, á los Bancos privilegiados, á los Gremios; en el orden político crea los pactos de familia, y en el artístico protege el clasicismo. Llega al fin un día en que pone su mano en la Naturaleza, y entonces aparece Le Notre, el arquitecto de jardines. Este hombre somete la vegetación á la geometría y hace jardines con teodolito. Á su mando inapelable los árboles ya no pueden nacer libremente donde la tierra, el agua y Dios quisieron que naciesen, y se ponen en filas, como soldados, ó en círculo, como bailarines. No basta esto para conseguir aquella conformidad disciplinaria, que es el mayor gusto del despotismo ilustrado, y son escogidos los árboles como Federico de Prusia escoge á sus granaderos. Es preciso que todos sean de un tamaño y que las ramas crezcan por reguladas dosis. El hacha se encarga de convertir un bosque en alameda, y surgen, como por encanto, esos bellos escuadrones de tilos y esas compañías de olmos que parecen esperar el grito de un pino para marchar en orden de parada.

El despotismo ilustrado y sus jardineros aspiran á más; aspiran á que la Naturaleza no parezca Naturaleza, sino un reino fiel sometido á la voluntad de su dueño y señor. Las tijeras, que antes sólo eran arma de los sastres, son ahora la primera herramienta de horticultura y con ella se establece una igualdad de vasallaje que confunde en un solo tamaño al grande y al chico. Es un instrumento de corrección como la lima de que tanto hablaban los clásicos, y que á fuerza de pulimentar hacía que todos los versos fueran igualmente fastidiosos. La tijera hace de los amorosos mirtos y del espeso boj las baratijas más graciosas que puede imaginarse. Córtalos en todas las formas, y talla guarniciones, muebles, dibujos, casitas, arcos, escudos, trofeos. Los jardineros redondean los árboles, dejándolos cual si salieran del torno, y las esbeltas copas se convierten en pelotas verdes. En el bajo suelo cortan y recortan el cespéd como se cortaría el paño para hacer una casaca, y luego

bordan todo esto con flores vivas que ponen donde la topografía ordena. Hacen mil juegos y mosaicos, tapicerías y arabescos. ¡Ay de aquella florecilla indisciplinada que se salga de su sitio! La arrancan sin piedad. La lozanía excesiva tiene pena de muerte como la libertad entre los hombres.

Á un jardín le hacen parecer teatro, plaza, cementerio ó cosa semejante. Resulta un lugar frío, triste, desanimado, que trae al pensamiento las tragedias en que Alejandro salía vestido de Luis XIV. Es preciso poner algo que anime aquella soledad, algo que se mueva. ¿Quién será el juglar de este escenario amanerado? Pues el agua. El agua que es la libertad misma, la independendencia, el perpétuo correr y la risa y la alegría del mundo, es sacada de aquellos plácidos arroyos, de aquellas tranquilas lagunas, de los agrestes manantiales y sujeta con presas y trasportada en cañerías, y luego sometida al martirio inquisitorial de las fuentes, que la obligan á saltar y hacer cabriolas de un modo indecoroso. El clasicismo hortícola quiere que en todo jardín haya mucha mitología, faunos groseros, ninfas muy fastidiosas, dioses pedantes, geniecillos mal criados. Pues todos estos individuos no tienen gracia si no echan un chorro de agua, quien por la boca, quien por ánforas y caracoles, aquel por todas las partes de su musgoso cuerpo, y diosa hay que arroja de sus pechos cantidad bastante para abreviar toda la caballería de un ejército.

En la Granja la fuente de la Fama escupe al cielo un surtidor de 184 piés de altura, y el Canastillo traza en el espacio todo un problema geométrico con rayas de agua, mientras Neptuno, rigiendo sus caballos pisciformes, eleva á los aires sorprendente arquitectura de movable cristal que con los juegos de la luz embelesa y fascina. Las fuentes de Pomona, Anfitrite y los Dragones también hacen con el agua las prestidigitaciones más originales. Desde la plaza de las Ocho Calles se ven, con sólo girar la mirada, todas las extravagancias de gimnástica y coreografía con que el pobre elemento esclavizado divierte á reyes y á pueblos. Los atónitos ojos del espectador dudan si aquello será verdad ó será sueño, inclinándose á veces á creer que es un manicomio de ríos.

Era primer domingo de mes y corrían las fuentes. Toda la sociedad del Real Sitio estaba en los jardines disfrutando de la frescura del ambiente y de la perspectiva de los árboles, cosa bellísima aunque académica. Las damas de la Corte y las que sin serlo habían ido á veranear, los militares de todas graduaciones, los señores y los consejeros, los

lechuguinos, y por último la gente del pueblo á quien se permitía entrar aquel día por causa del correr de las fuentes, formaban un conjunto tan curioso como rico en matices y animación. Por aquí corrillos de pastoreo cortesano como el que inspiró á Watteau, por allá rusticidades en crudo, más lejos Ariadnas que se quieren perder en laberintillos de boj, y por todas las rectas calles grupos que se cruzan, bandadas alegres que van y vienen. Como el agua salta risueña de las tazas de mármol, así



surge la conversación chispeante de los moviblos grupos. No se puede entender nada.

Allá va Pipaón con su amigo. Al pasar oímos que éste le dijo:—Y Genara ¿dónde está? No la he visto por ninguna parte.

—¿Qué la has de ver, si ha ido á Cuéllar?—replicó el cortesano.

Y perdiéronse entre el gentío elegante. El vestir ceremonioso era entonces de rúbrica en los paseos, y no había las libertades que la comodidad ha introducido después. Entonces ni el calor ni el esparcimiento estival eran razones bastantes para prescindir de la etiqueta, y así lo mismo en el Prado de Madrid que en los jardines de San Ildefonso, el hombre culto tenía que encorbatinarse al uso de la época, que

era una elegante parodia de la pena de muerte en garrote vil. ¡Ay de aquel cuya cabeza no se presentara sirviendo de cimientto á un mediano torreón de felpa negra ó blanca con pelos como de zalea, ala estrecha y figura cónico-truncada que daba gloria verlo!

Las solapas altas, las mangas de pernil, las apretadas cinturas son accidentes muy conocidos para que necesitemos pintarlos. El paño oscuro lo informaba todo, y entonces no había las rabricortas americanas de frágil tela, ni los trajes cómodos, ni sombreros de paja, ni quitasoles.

¿Pues y el vestido y los diversos atavíos de las damas? Entonces el peinarse era peinarse; había arquitectura de cabellos y una peineta solía tener más importancia que el Congreso de Verona. Para calle las damas se retorcían y alzaban por detrás el pelo sujetándole en la corona con una peineta que se llamaba de *teja*, de *sofá* ó de *pico de pato*, según su forma. ¡Qué cosa tan bonita! ¿no es verdad? Pues ved ahora por delante los rizos batidos, como una fila de pequeños toneles negros ó rubios suspendidos sobre la frente. Esto era monísimo, sobre todo si completaba tan lindo artificio con la cadena á la *Ferromiere* y broche á la *Sevigné* sujetando el cabello. Esto hacía creer que las señoras llevaban el reloj en el moño, de lo que resultaba mucho atractivo.

Tentado estoy de describiros el peinado á *la girafa* con tres grandes lazos armados sobre un catafalco de alambre, los cuales lazos aparecían como en un trono, rodeados de un servil ejército de rizos huecos.

¡Cielos piadosos, quién pudiera ver ahora aquellas dulletas de inglesa tan pomposas que parecían sacos, y aquellos abrigos de *gros tornasol* ó de casimir *Fernaux* ó tafetán de Florencia, guarnecidos de *rulós* y *trenca*, todo tan propio y rico que cada señora era un almacén de modas! ¡Quién pudiera ver ahora resucitados y puestos en uso aquellos vestidos de invierno, altos de talle, escurridos de falda, y guarnecidos de marta ó chinchilla! Lo más airoso de este traje era el *gato*, ó sea un desmedido rollo de piel que las señoras se envolvían en el cuello, dejando caer la punta sobre el pecho, y así parecían víctimas de la voracidad de una cruel serpiente.

Pero estas son cosas de invierno, y volvamos á nuestro verano y á nuestros jardines de la Granja. Todos los que esto lean, convendrán en que no podría darse cosa más bonita que aquellas mangas de jamón, abultadas por medio de ahuecadores de ballena, y con los cuales las señoras parecían llevar un globo aerostático en cada brazo. ¡Y dicen que entonces no había modas elegantes! ¿Pues y dónde nos dejan aquel talle que por lo alto tocaba el cielo y aquella falda que intentaba seguir

el mismo camino, huyendo de los piés, y aquel escote recto por pecho y espalda que á veces quería bajar al encuentro del talle y que disimulaba su impudencia con hipocresía de *canesús* y sofisma de tules? Si no fuera porque las damas ataviadas en tal guisa se asemejaban bastante á una alcarraza, este vestido merecía haberse perpetuado. ¡Qué precioso era! Tenía la ventaja de no alterar las formas, y entonces el pecho era pecho y las caderas caderas.

¡Ay! entonces también los piés eran piés, es decir que no había esas falsificaciones de piés que se llaman botinas. Los zapateros no habían intentado aún enmendar la plana á Dios creando extremidades convencionales al cuerpo humano. ¿Y qué cosa más bonita que aquellas galgas y aquel cruzado de cintas por la pierna arriba hasta perderse donde la vista no podía penetrar? La suela casi plana, el tacón moderado, el empeine muy bajo, eran indudablemente la última parodia de aquellas sandalias que usaban las heroínas antiguas y que servían para lo que no sirve ningún zapato moderno, para andar.

Ni que me maten dejaré de hablar de las mantillas, las cuales entonces eran á propósito para echar abajo la teoría de que esta prenda no sirve para nada. Entonces las mantillas eran mantillas; como que había unas que se llamaban de toalla, y esto pinta su longitud. Aquellas mantillas tapaban y tenían infinito número de pliegues, cuya disposición y gobierno sometidos á la mano de la mujer que la llevaba, eran casi un lenguaje. La toquilla de ahora es un adorno, la mantilla de entonces era la persona misma. Las toquillas de hoy se *llevan*; las mantillas de entonces se *ponían*. Los pliegues relumbrones de su raso interior, el brillo severo de su terciopelo, la niebla negra de sus encajes, hechura fantástica de hilos tejidos por moscas, y la pasamanería de sus guarniciones reunían en derredor de una cara hermosa no sé qué misterioso cortejo de geniecillos, que ora parecían serios ora risueños y á su modo expresaban el pudor y la provocación, la reserva ó el desenfado. El ideal se hizo trapo, y se llamó mantilla.

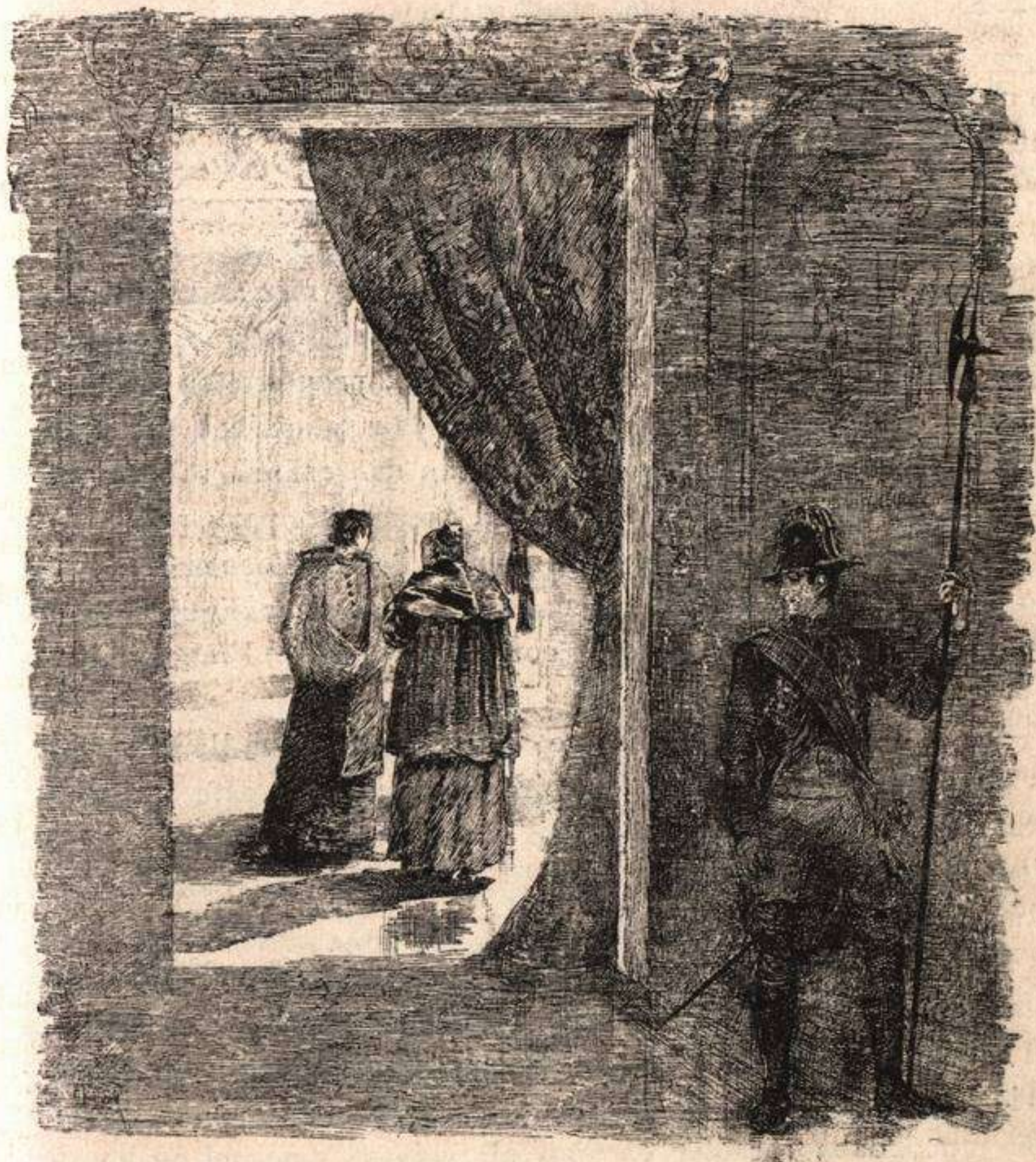
En cambio de otras ventajas que el vestir moderno lleva al antiguo, aquellos tenían la de la variedad de tonos. Entonces los colores eran colores, y no como ogaño variantes de gris, del canelo y de los tintes metálicos. Entonces la gente se vestía de verde, de colorado, de amarillo, y los jardines de la Granja vistos á lo lejos, eran un prado de pintadas florecillas. El alepín, la cúbica, el tafetán de la reina, el *muaré antic*, las sargas, la inglesina, el *cotepali* ofrecían variedad de bultos y colores. Los parisienses que en esto de hacer modas se pintan solos, y cuando no

pueden inventar formas y colores nuevos les dan nombres extraños, habían lanzado al mundo el color *girafa*, el *pasa de corinto*, el no menos gracioso *La Valliere*, el *azul Cristina*; pero los que verdaderamente merecen un puesto en la historia son el color *ayes de Polonia* y el *humo de Marengo*.

El cuadro de interés indumentario con fondos de verdor académico que hemos trazado, carece aún de ciertos tonos fuertes que echará de menos todo el que hubiera contemplado el original. Con el pincel gordo apuntaremos en los primeros términos algunas manchas de encarnado rabioso, amarillo y pardo que son las pintorescas sayas de las mujeres del campo venidas de los inmediatos pueblos. La elegancia de estos trajes se pierde en la oscuridad de los tiempos, y á nuestro siglo sólo ha llegado una especie de alcachofa de burdos refajos, dentro de la cual el cuerpo femenino no parece tal cuerpo femenino, sino una peonza que da vuelta sobre los piés, mientras los hombres (aquí es preciso volcar sobre el cuadro toda la pintura negra), fajados y oprimidos dentro de las enjutas chaquetas y los ahogados pantalones y las medias de punto, parecen saltamontes puestos de pié, guardando la cabeza bajo anchísimo queso negro.

El pincel más amanerado nos servirá para apuntar, oscilando sobre esta multitud de cabezas, como las llamas de Pentecostés, los pompones de los militares; y si hubiera tiempo y lienzo, pondríamos en último término, con tintas graciosas, un zaguanete de alabarderos, que, semejante á un ejército de zarzuela, pasa por el jardín precedido de su música de tambor y pífanos. Lejos, más lejos aún que la vaporosa proyección del agua en el aire, ponemos la fachada del palacio, rectilínea, clásica, de formas discretas y limadas como los versos de una oda. ¡Ay! en el momento en que le contemplamos, gran gentío de cortesanos, militares y personajes de todas las categorías entra y sale por las tres grandes puertas del centro con afán y oficiosidad. De pronto el murmullo alegre de las fuentes cesa, y todas dejan de correr. El agua vacila en los aires, los chorros se truncan, se desmayan, descenden, caen, como castillos fantásticos deshechos por la luz de la razón, y en estanques y tazones se extingue el último silbido de los surtidores, que vuelven á esconderse en sus misteriosas cañerías. En los jardines reina un estupor lúgubre; la gente se para, pregunta, contesta, murmura, y de boca en boca van pasando como chispazos de pólvora fugaz estas palabras: "El Rey se muere, el Rey se muere."

Las puertas del palacio se abren de par en par. Entremos.



XXXI



E ha fijado la gota en el pecho...

—Así parece.

—Peligro inminente... ¡muerte!

—El Señor lo dispone así...

El que tal dijo (y lo dijo con el aplomo del que está en los secretos de Dios y mantiene relaciones absolutamente familiares con Él) era un anciano corpulento, recio y hasta majestuoso, vestido de luengas ropas moradas. Parecía la efigie

de un santo doctor bajado de los altares, y así sus palabras tenían una autoridad semi-divina. Hablaba dogmáticamente y no admitía réplica. Era obispo y aragonés.

Su interlocutor vestía también ropas talaras pero negras, sin adorno alguno ni preciadas insignias. No parecía tener más de treinta y cinco años y se distinguía por su hermosura como el obispo de León por su apostólica majestad. Era el Padre Carranza, prepósito de los Jesuitas, hombre listo si los hay, y además de cara bonita, calidad que avaloraba su extraordinaria elocuencia, de tal modo que cuando subía al púlpito parecía un ángel con sotana, celestial mensajero para proclamar con encantadora voz lo pecadores que somos. Por su elocuencia y talento, (no por otras de sus eminentes cualidades, como la malignidad ha dicho alguna vez) ganó en absoluto la confianza de Doña Francisca, á quien conoceremos en seguida.

—Diga usted á Sus Altezas que Su Majestad me ha llamado para pedirme consejo en estas críticas circunstancias. En este momento Su Excelencia el Sr. Calomarde está en la cámara de Su Majestad, el cual... Dios lo quiere así... continúa en malísimo estado, en deplorable estado... Cúmplase la voluntad del Altísimo.

Esto se decía en lujosa antecámara de esas que abundan en nuestros palacios reales y que en su ornato y mueblaje ofrecían mezcla confusa del estilo Luis XV y del gusto neo-clásico puesto en moda por el imperio francés. La tapicería era rica y graciosa; el piso, cubierto de finísimo junco, daba carácter español al recinto, y por el techo corrían entre nubecillas semejantes á espuma de huevo batido, varias ninfas á lo Bayeu que parecían representaciones de la retórica de Herosilla y de la poesía Moratiniana, según las baratijas simbólicas que cada una llevaba en la mano para dar á conocer su empleo en el vasto reino del ideal. La luz que alumbraba la pieza era escasa y apenas se distinguía un Carlos IV en traje de caza que en la pared principal estaba, escopeta en mano, la bondadosa boca contraída por la sonrisa, y con la vista un poco extraviada hacia el techo, cual si intentara dar un susto á las ninfas que por él se paseaban tranquilas sin meterse con nadie.

La hermosa figura del obispo y el elegante cuerpo negro del jesuita concordaban admirablemente con aquel fondo ó decoración palatina. Ambos dijeron algunas palabras precipitadas que no pudimos oír y salieron á prisa por distintas puertas. Seguiremos al jesuita guapo, quien rápidamente nos llevó á otra monumental y vistosa sala donde salieron á recibirle dos damas más notables por su rango que por su

belleza. Eran la infanta Doña Francisca y la princesa de Beira, brasileñas y ambiciosas. La primera habría sido hermosa si no afeara sus facciones el tinte rojizo, comunmente llamado color de hígado. La segunda llamaba la atención por su arremangada nariz, su boca fruncida, su entrecejo displicente, rasgos de los cuales resultaba un conjunto orgulloso y nada simpático, como emblema del despotismo degenerado que se usaba por aquellos tiempos.

El padre Carranza les habló con nerviosa precipitación, y ellas le oyeron con la complacencia, mejor dicho, con la fé que el buen padre Carranza les inspiraba, y en el ardiente y vivísimo coloquio, semejante á un secreteo de confesionario, se destacaban estas frases: "Dios lo dispone así... veremos lo que resulta de ese consejo... ¿y qué hará esa pobre Cristina?,"

Los tres pasaron luego á la pieza inmediata, sólo ocupada en aquel momento por un hombre, en el cual conviene que nos fijemos por ser de estos individuos que, áun careciendo de todo mérito personal y también de maldades y vicios, dejan á su paso por el mundo más memoria y un rastro mayor que todos los virtuosos y los malvados todos de una generación. Estaba sentado, apoyado el codo en el pupitre y la mejilla en la palma de la mano, sério, meditabundo, parecido por causa del lugar y las circunstancias á un grande emperador de cuyos planes y designios depende la suerte de toda la tierra. Y la de España dependía entonces de aquel hombre, extraordinariamente pequeño para colocado en las alturas de la monarquía. Tenía todas las cualidades de un buen padre de familia y de un honrado vecino de cualquier villa ó aldea; pero ni una sola de las que son necesarias al oficio de Rey verdadero. Siendo, como era, Rey de pretensiones, y por lo tanto batallador, su nulidad se manifestaba más, y no hubo momento en su vida, desde que empezó la reclamación armada de sus derechos, en que aquella nulidad no saliese á relucir, ya en lo político, ya en lo marcial. Era un genio negativo, ó hablando familiarmente, no valía para maldita de Dios la cosa.

Su Alteza se parecía poco al Rey Fernando. Su mirada turbia y sin brillo no anunciaba, como en éste, pasiones violentas, sino la tranquilidad del hombre pasivo, cuyo destino es ser juguete de los acontecimientos. Era su cara de esas que no tienen el don de hacer amigos, y si no fuera por los derechos que llevaba en sí como un prestigio indiscutible emanado del cielo, no habrían sido muchos los secuaces de aquel hombre frío de rostro, de mirar, de palabra, de afectos y de deseos, como no fuera el vehemente prurito de reinar. Su boca era grande y menos

fea que la de Fernando, pues su labio no iba tan afuera; pero el gran desarrollo de su mandíbula inferior, alargando considerablemente su cara, le hacía desmerecer mucho. El tipo austriaco se revelaba en él más que el borbónico, y bajo sus facciones reales se veía pasar confusa



D. Carlos.

la fisonomía de aquel espectro que se llamó Carlos II el Hechizado. A pesar del lejano parentesco, la quijada era la misma, sólo que tenía más carne.

Cuando entraron las infantas D. Carlos levantó los ojos de su pupi-

tre, miró con tristeza á las damas y después á un cuadro que frente á él estaba y era la imagen de la Purísima Concepción. El soberano de los apostólicos dió un suspiro como los que daba D. Quijote en la presencia ideal de Dulcinea del Toboso, y luego se quedó mirando un rato á la pintura cual si mentalmente rezara.

—Francisquita—dijo al concluir,—no me traigas recados, como no sean para darme cuenta de la enfermedad de mi adorado hermano. No quiero intrigas palaciegas, ni menos conspiraciones para sublevar tropa, paisanos ó voluntarios realistas. Mis derechos son claros y vienen de Dios: no necesitan más que su propia fuerza divina para triunfar, y aquí están demás las espadas y bayonetas. No se ha de derramar sangre por mí, ni es necesario tampoco. Yo no conquisto, tomo lo mío de mano del Altísimo que me lo ha de dar. Esa, esa augusta señora—añadió señalando el cuadro,—es la patrona de mi causa y la generalísima de nuestros ejércitos: ella nos dará todo hecho sin necesidad de intrigas, ni de sangre, ni de conspiraciones y atropellos.

Doña Francisca miró á la imagen bendita, y aunque era, como su ilustre esposo, mujer de mucha devoción, no parecía fiar mucho, en aquellos momentos, de la excelsa patrona y generalísima. La de Beira fué la primera que tomó la palabra para decir á Su Alteza:

—Carlitos, no podemos estar mano sobre mano ni esperar los acontecimientos con esa santa calma tuya, cuando se van á decidir las cosas más graves. Nosotras no intrigamos, lo que hacemos es aperebirnos para cortar las intrigas que se traman contra tí, legítimo heredero del trono, y contra nosotras. No conspiramos; pero estamos á la mira de la conspiracion asquerosa de los liberales, que ahora se llamarán *cristinos*, para burlar tus derechos, emanados de Dios, y alterar la ley sagrada de la sucesión á la corona. En este momento, Cristina, por encargo del Rey, llama á Consejo al ministro Calomarde, al obispo de León y al conde de la Alcudia. ¿Sabes para qué?

—¿Para qué?

—Para proponer un arreglo, una componenda—dijo prontamente Doña Francisca, no menos iracunda que su hermana.—Pronto lo sabremos. Esa pobre Cristina apelaré á todos los medios para embrollar las cosas y ganar tiempo, hasta que se desencadenen las furias de la revolución, que es su esperanza.

—¡Un arreglo!...—dijo D. Carlos con entereza.—¿Con quién y de qué? Entre los derechos legítimos, sagrados y la usurpación ilegal no puede haber arreglo posible.

Dijo esto con tanto aplomo que parecía un sabio. Después miró á la Virgen como para tener la satisfacción de ver que ella opinaba lo mismo.

—Basta de cuestiones políticas—dijo Su Alteza volviendo á tomar una actitud tranquila.—¿Sigue Fernando más aliviado del parosismo de esta tarde?

—Hasta ahora no hay síntomas de que se repita...

—Pero puede suceder que de un momento á otro...

—¡Pobre Fernando!—exclamó D. Carlos dando un gran suspiro y apoyando la barba en el pecho. Incapaz de fingimiento y de mentira, la apariencia tétrica del Infante era fiel expresión de la vivísima pena que sentía. Amaba entrañablemente á su hermano. Para que todo fuera en desventaja de los españoles, Dios quiso que éstos se dividieran en bandos de aborrecimiento, mientras los hermanos que ocasionaron tantos desastres vivieron siempre enlazados por el afecto más leal y cariñoso.

Poco más de lo transcrito hablaron el Infante y las dos damas, porque empezó á reunirse la camarilla en el salón inmediato, y Doña Francisca y su hermana abandonaron á D. Carlos para recibir á los aduladores, pretendientes y cofrades reverendos de aquella cortesana intriga. En poco tiempo llenóse la cámara de personajes diversos, el conde de Negri, el pade Carranza, el embajador de Nápoles, vendido secretamente á los apostólicos desde mucho antes, y D. Juan de Pipaón, que según todas las apariencias, representaba en el seno de la comunidad apostólica á Calomarde. Luego aparecieron el obispo de León y el conde de la Alcudia, y entonces la cámara fué un hervidero de preguntas y comentarios. Vanidad, servilismo, adulación, los rostros pálidos, las palabras ansiosas, el respeto olvidado, el rencor no satisfecho, la esperanza cohibida por el temor... todo esto había bajo aquel techo habitado por sosas ninfas, entre aquellos tapices representando borracheras á lo Téniers, remilgadas pastoras ó cabriolas de sátiros en los jardines de Helicon.

—Una proposición inaudita, señores—dijo el reverendo obispo con fiereza.—Veremos lo que opina el Señor. Ahí es nada... Quieren que durante la enfermedad del Rey se encargue del gobierno Doña Cristina, y que el Serenísimo Señor Infante sea .. su consejero.

Una exclamación de horror acogió estas palabras. La princesa de Beira casi lloraba de rabia, y á la orgullosa Doña Francisca le temblaban los labios y no podía hablar.

—Es una desvergüenza—se atrevió á decir Pipaón, que siempre

quería dejar atrás á todos en la expresión extremada del entusiasmo apostólico.

—Es una jugarreta napolitana—indicó Negri, que en estas ocasiones gustaba de decir algo que hiciera reír.

—Es burlarse de los designios del Altísimo—afirmó Abarca, atento siempre á entrometer la Divinidad en aquellas danzas.

—Es simplemente una tontería—dijo el de Alcudia.—Veamos la opinión de Su Alteza.

El ministro y el obispo pasaron á ver á D. Carlos, que hasta entonces tenía la digna costumbre de huir de los conventículos donde se ventilaban entre aspavientos y lamentaciones los intereses de su causa, y al poco rato salieron radiantes de gozo. Su Alteza había contestado con enérgica negativa á la proposición de la *madre de Isabelita*; que de este modo solían allí nombrar á la Reina Cristina.

Entonces los cortesanos corrieron del cuarto del Infante á la cámara real, donde, en vista de la denegación, se buscaban nuevas fórmulas para llegar al deseado arreglo. Hora y media pasó en ansiedades y locas impaciencias. La Reina y los ministros conferenciaban en la antecámara del Rey. En la alcoba de éste nadie podía penetrar, á excepción de Cristina, los médicos y los ayudas de cámara de Su Majestad. El Infante no salía del rincón de su cuarto, en que parecía estar recogido como un cenobita que hace penitencia; pero la bulliciosa Infanta, la implacable princesa de Beira, su hijo D. Sebastián y la mujer de éste no se daban punto de reposo, inquiriendo, atisbando, en medio del vertiginoso ciclón de cortesanos que iba y venía y volteaba con mareante susurro.

Al fin aparecieron el obispo y el conde de la Alcudia trayendo las nuevas proposiciones de arreglo. ¿Cuáles eran? “¡Una regencia compuesta de Cristina y D. Carlos, con tal que éste empeñase solemnemente su palabra de no atentar á los derechos de la princesa Isabel!” Tal era la proposición, que á unos parecía absurda, á otros insolente, á los más ridícula. Hubo exclamaciones, monosílabos de desprecio y amargas risas. “¡Los derechos de Isabelita!” Esta idea ponía fuera de sí á la enfática y siempre hinchada princesa de Beira.

¿Y quién sabrá pintar la escena del cuarto de D. Carlos, cuando el obispo y el ministro le comunicaron la última proposición de los Reyes? Por todos los santos se puede jurar que el que tal escena vió no la olvidará aunque mil años viva. Nosotros que la vimos la tenemos presente lo mismo que si hubiera pasado ayer; ¿pero cómo acertar á pintarla? Es tan rica de matices y al propio tiempo tan sencilla que es fácil se eche

á perder al pasar por las manos del arte. ¡Pasó allí tan poca cosa y fué de tanta trascendencia lo que allí pasó!... No hubo ruido; pero en el silencio grave de aquella sala se engendraron las mayores tempestades españolas del siglo.

Al ver entrar al obispo y al ministro, seguidos de las infantas, don Sebastián y el agraciadísimo Padre Carranza, D. Carlos se levantó solemnemente. Era hombre que sabía dar á ciertos actos una majestad severa que contrastaba con su llaneza en la vida privada. Mientras Alcudia leía el borrador del decreto en que se establecía la doble regencia, la princesa de Beira estaba lívida y Doña Francisca mordía las puntas del pañuelo. Ambas hermanas vestían modestamente. ¿Quién olvidará sus talles altos, sus ampulosos senos, sus peinados de tres lazos y sus pañoletas de colores? Estaban como dos estátuas de la ambición doméstico-palatina, en el centro del arco que formaba la comisión de príncipes y magnates. Miraban ansiosos á D. Carlos, cual si temieran que el grande amor que al Rey tenía venciera su entereza en aquel crítico instante, haciéndole incurrir en una debilidad que se confundiría con la bajeza.

D. Carlos no tenía talento ni ambición, pero tenía fé, una fé tan grande en sus derechos que éstos y los Santos Evangelios venían á ser para Su Alteza Serenísima una cosa misma. Esta fé que en lo moral producía en él la honradez más pura, y en los actos políticos una terquedad lamentable, fué lo que en tal momento salvó la causa apostólica, llenando de júbilo los corazones de aquellos señores codiciosos y levantiscas princesas. Mientras duró la lectura, D. Carlos no quitó los ojos del cuadro de la Purísima, á quien sería mejor llamar Capitana por las prerogativas militares que el príncipe le había dado. Después hubo una pausa silenciosa, durante la cual no se oyó más que el rumorcillo del papel al ser doblado por el conde de la Alcudia. Las infantas miraban á los labios de D. Carlos y D. Carlos se puso pálido, alzó la frente, más ancha que hermosa, y tosió ligeramente. Parecía que iba á decir las cosas más estupendas de que es capaz la palabra humana, ó á dictar leyes al mundo como su homónimo el de Gante las dictaba desde un rincón del Alcázar de Toledo. Con voz campanuda dijo así:

—No ambiciono ser Rey; antes por el contrario desearía librarme de carga tan pesada, que reconozco superior á mis fuerzas... pero...

Aquí se detuvo buscando la frase. Doña Francisca estuvo á punto de desmayarse y la de Beira echaba fuego por sus ojos.

—Pero Dios —añadió D. Carlos— que me ha colocado en esta posición,

me guiará en este valle de lágrimas... Dios me permitirá cumplir tan alta empresa.

Aún no se sabía qué empresa era aquella que Dios, protector decidido de la causa, tomaba á su cargo en este valle de lágrimas. El conde de la Alcudia que á pesar de estar secretamente afiliado al partido de don Carlos, quería cumplir la misión que le había dado el Rey, dijo algunas palabras en pró de la avenencia. Pero entonces D. Carlos, como si recibiera una inspiración del cielo, habló con facilidad y energía en estos términos, que son exactos y textuales:

—“No estoy engañado, no, pues sé muy bien que si yo por cualquier motivo, cediese esta corona á quien no tiene derecho á ella, me tomaría Dios estrechísima cuenta en el otro mundo y mi confesor en este no me lo perdonaría; y esta cuenta sería aún más estrecha perjudicando yo á tantos otros y siendo yo causa de todo lo que resultare, por tanto no hay que cansarse, pues no mudo de parecer.”

Dijo y se sentó cansado. Las infantas dejaron á sus abanicos la expresión del orgullo y satisfacción que sentían por aquellas cristianísimas palabras. ¿Qué cosa más admirable que un príncipe tan decidido á reinar sobre nosotros no por ambición, no por deseo de aplicar al Gobierno un entendimiento que se siente poderoso, sino por cristianismo puro, por temor de Dios y por miedo al Infierno? En aquel breve discurso nos explicó Su Alteza Serenísima la clave de sus ideas y de su modo de hacer la guerra y de gobernar. No era ambicioso ni conquistador, sino una especie de cruzado de la Tierra Santa de sus derechos. Según él, Dios estaba profundamente interesado en aquel negocio, y tanto, que no se sabe lo que habría pasado en los reinos celestiales si al buen Infante le da la mala tentación de dejar reinar á *Isabelita*. Es sabido que estas contiendas de familia se miran allá arriba como cosa de casa. Bien enterado estaba de todo el confesor de Su Alteza, que así le había pintado la imposibilidad de ser modesto y la urgente precisión de ceñirse la corona por estar así acordado allí donde se hacen y deshacen los imperios. ¿Y cómo se iba á atrever el pobre D. Carlos á confesar en el temeroso tribunal de la penitencia el horrible delito de no querer ser Rey? ¿Y además no estaba de por medio la infeliz España á quien Dios no podía abandonar? ¿Y qué era el príncipe más que el instrumento de Dios, protector decidido en todos tiempos de nuestra Nación con preferencia á todas las demás que ocupan la interesante Europa, la América lozana, la negra África y el Asia opulenta? ¡Instrumento de la Providencia! Esto y no otra cosa era D. Carlos, y bien lo

comprendía así el bueno, el evangélico, el seráfico obispo de León, cuando al salir de la cámara del Infante se abrió paso entre la multitud de cortesanos, diciendo con entusiasmo:

—¡Paso al partido del Altísimo!

Olvidábamos decir que D. Carlos, luego que dió aquella respuesta digna de un arcángel, encargado de defender una plaza del cielo sitiada por los pícaros demonios, habló un rato con sus amigos y con su esposa y cuñada, repitiéndoles lo que ya les había dicho muchas veces, á saber: que se negaba resueltamente á apelar á las armas, que desaprobaba todas las conspiraciones fraguadas en su nombre y que se le enterase cada poco rato del estado de la salud del Rey.

Luego se encerró en su oratorio, donde rezó gran parte de la noche, pidiendo á Dios, su superior gerárquico, y á la Limpia y Pura, su generala en jefe, que salvaran la vida de su amado hermano Fernando. Tal era, ni más ni menos, aquel D. Carlos que en España ha llenado el siglo con su nombre lúgubre, mónstruo de candor y de fanatismo, de honradez y de ineptitud.





XXXII

odos los manipuladores de aquella intriga se agitaban mucho, pero ninguno como Pipaón, el correve-dile de Calomarde, el que tan pronto llevaba un recado al embajador de Nápoles, caballero Antonini, como un papelito al padre Carranza para que lo diera á las infantas. Cuando el barullo cesó en los salones y empezó á reinar un poco de sosiego, el bueno de Bragas retiróse con Calomarde y Carranza á una pieza lejana, donde estuvieron charlando acaloradamente y revolviendo papeles y haciendo números hasta por la mañana. Cuando amaneció tenía la augusta cabeza tan caldeada por el hervir de ideas y proyectos que en aquella cavidad había, que juzgó prudente no acostarse y salir á los jardines para dar por ellos algunas vueltas.

Largo rato estuvo recorriendo alamedas y bosquecillos de tallado mirto, sin parar mientes en la hermosura de la Naturaleza en tal hora,

porque su ambición ocupaba al cortesano todas las potencias y sentidos. Así la deliciosa frescura de la mañana, el despertar de los pajarillos, la quietud soñolienta de la atmósfera, la gala de las flores humedecidas por el rocío, eran para aquel infeliz esclavo de las pasiones, como páginas de un idioma desconocido, del cual no comprendía ni una letra ni un rasgo.

Ciego para todo, menos para su loco apetito, no veía sino la cartera ministerial, el sueldazo, las obvenciones, las veneras, el título de nobleza y todo lo demás que del próximo triunfo de los apostólicos podía obtener.

Junto á la fuente de Pomona tropezó con D. Benigno Cordero, que volvía de su paseo matinal. Era hombre que madrugaba como los pájaros y daba paseos de leguas antes del desayuno. Aquella mañana el héroe estaba tan meditabundo como Pipaón; pero por diferentes motivos.

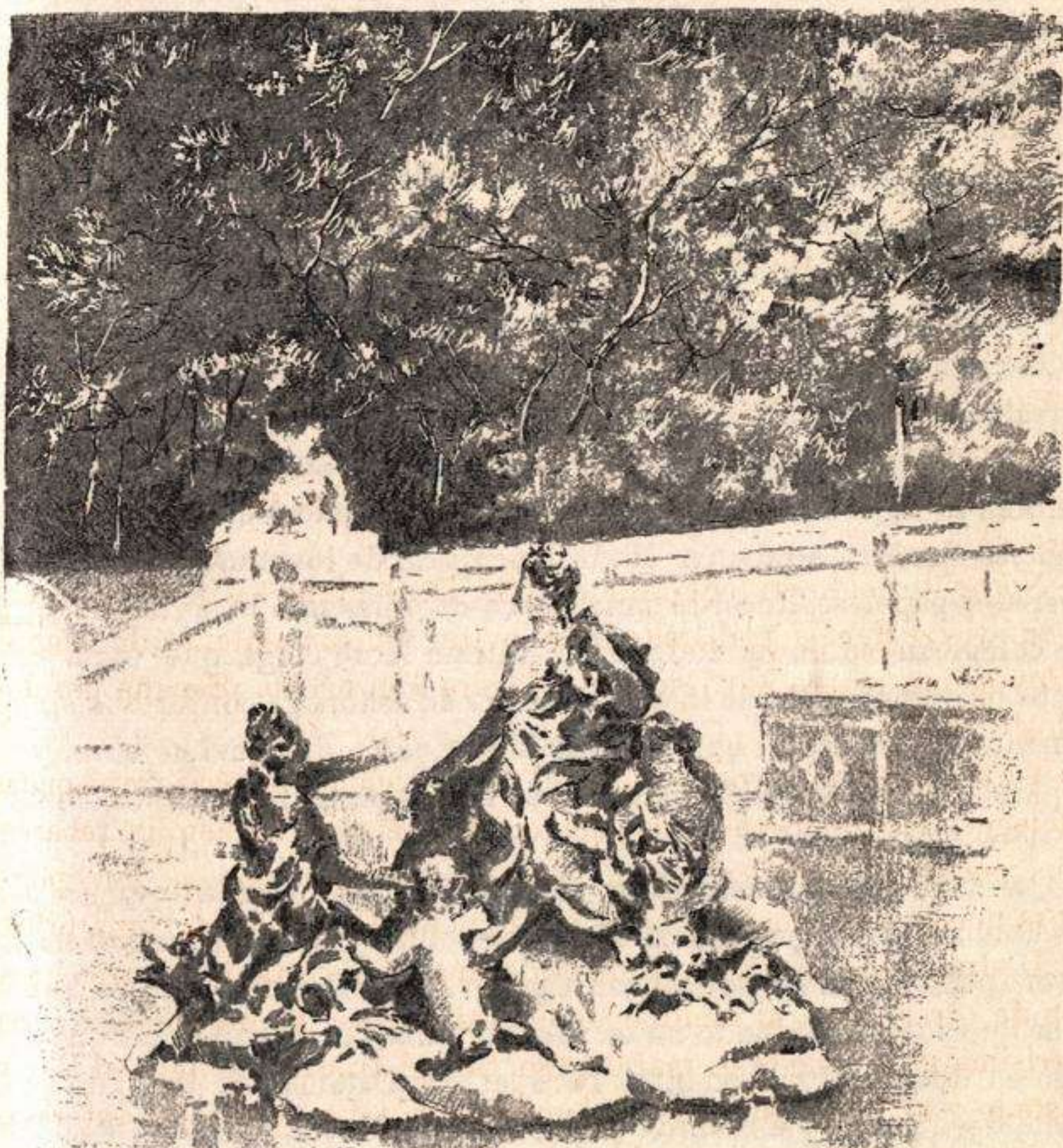
—No he dormido en toda la noche, Sr. D. Benigno—dijo el cortesano con énfasis.—Hemos trabajado para evitar derramamiento de sangre. El Rey se nos muere hoy: quizá no llegará á la noche. ¡España por don Carlos!

—Yo tampoco he dormido, pero no me desvelan á mí esas trapisondas palaciegas, no—repuse el héroe melancólicamente.—*Barástolis*, *rebarástolis*... ¡pensar que hasta ahora no he pedido conseguir de ese intrigante la cosa más fácil y sencilla que se puede pedir á un obispo!... ¡una firma, una, D. Juan, una firma. He prometido una gran cesta de albaricoques amén de otras cosas, al familiar de Su Ilustrísima y... ni por esas... Su Ilustrísima no se puede ocupar de eso, Su Ilustrísima se debe al Rey y al Estado y al... ¿En qué país vivimos? ¿Pues así se tratan los intereses más respetables? ¿Es esto ser obispo?... ¡Le digo á usted, amigo D. Juan, que estoy de obispos hasta la corona!... ¿Qué es lo que pido? Una firma, nada más que una firma en documento corriente, informado y vuelto á informar, y que ha pasado por más manos que moneda vieja... ¡Oh! malhadada España. ¡Y estos hombres hablan de regenerarte!

¡Una firma, nada más que una firma! Indudablemente el revoltoso obispo debía ser ahorcado. Pipaón consoló á su amigo lo mejor que pudo prometiéndole recomendar el caso á Su Ilustrísima, y conseguirle si triunfaban los apostólicos, no una firma, sino cuatro ó cinco docenas de ellas.

Cuatro ó cinco docenas de *Barástolis* echó después de su boca D. Benigno, y juntos él y Bragas se dirigieron hacia la casa de Pajes.

—Si estuviera aquí Genarita—decía Cordero,—ella con su irresistible poder haría firmar á ese condenado.



Pipaón se acostó; pero llamado á poco rato por Su Excelencia, tuvo que dejar el blando sueño para acudir á los cónclaves que se preparaban para aquel día. El inconsolable y aburridísimo Cordero, luego que se desayunó, volvió á los jardines, único punto donde hallaba algún esparcimiento en su tristeza, y no había llegado aún á la Fuente de la Fama, cuando topó con Monsalud, que venía con malísimo humor. El día anterior se habían visto y saludado un mo-

mento como amigos antiguos que eran desde las trapisondas de la Milicia Nacional el año 22, memorable por la hazaña del nunca bastante célebre arco de Boteros. D. Benigno se alegró de verle, por tener alguien con quien hablar en aquella desolada córte, tan llena de interés para otros y para él más triste y solitaria que un desierto. De manos á boca Monsalud le habló de Sola, del casamiento, y tales elogios hizo de ella y con tanto calor la nombró, que Cordero sintió inexplicables inquietudes en su alma generosa. No sabía por qué le era desagradable la persona y la amistad de aquel hombre, protector y amigo de su futura en otro tiempo, y luego há nombrado en sueños por ella. Recordó claramente cuán triste se ponía Sola si le faltaban cartas de él, y cuánto se alegraba al recibir noticias suyas; pero al mismo tiempo le consoló el recuerdo de la perfecta sinceridad, signo de pureza de conciencia, con que Sola le supo referir su entrevista con Salvador en los Cigarrales, mientras Cordero estaba en Madrid ocupado de los nunca bastante vituperados papeles. Recordó muchas cosas, unas que le agitaban, otras que calmaban su inquietud, y por último la fé ciega que tenía en el afecto puro y sencillo de la que iba á ser su señora le confortaba singularmente. No obstante, quiso evitar la compañía de aquel hombre, y ya preparaba la conversación para buscar un pretexto de ausencia, cuando Salvador dijo:

—Reniego de esta cansada y revoltosa córte. Aquí estoy hace seis días atado por una pretensión facil y sencilla, y aunque tengo relaciones en palacio, nada puedo conseguir. Á usted no le sorprenderá el saber que lo que pretendo no es más que una firma, nada más que una firma en documento corriente. Pero el Sr. Calomarde, que para daño eterno de nuestro país, sigue sin reventar todavía, no se ha decidido aún á tomar la pluma. ¡Y de que la tome y rubrique dependen mi fortuna y mi porvenir!

—Nuestra cuita es la misma—exclamó D. Benigno sintiéndose consolado con la desgracia agena.—Yo también me aburro y me desespero y me quemo la sangre sólo por una firma.

—¡Qué ministros!

—Están intrigando para arrancar al Rey un codicilo que dé la corona á D. Carlos.

—¡Qué menguados hombres!... ¡Que una nación esté en tales manos!... —Y según los vientos que corren, barástolis, lo estará para *in eternum*. La consigna de esa gente es que el Rey se muere hoy. Parece que han sobornado al Altísimo.

—Es gracioso.

—Ya tratan á D. Carlos de Majestad.

—Lo creo. Será rey. Vamos progresando. ¿Piensa usted emigrar?

—¿Yo?—dijo Cordero sorprendido.—Si triunfa ese partido brutal lo sentiré mucho, porque en fin, tengo ideas liberales... algo ha leído uno en autores filosóficos...

—Sí, ya sé que lee usted á Rousseau. Rousseau dice: "no hay patria donde no hay libertad." ¿Piensa usted emigrar?

—Emigrar no, porque no me mezclo en política. Viviré retirado de estos trapicheos dejándoles que destrocen á su antojo lo que todavía se llama España, y con ellos se llamará como Dios quiera. Un padre de familia no debe comprometerse en aventuras peligrosas. Usted...

—Yo no soy padre de familia ni cosa que lo valga—dijo el otro dejando traslucir claramente una pena muy viva.—No tengo á nadie en el mundo. No hay casa, ni hogar, ni rincón que tengan un poco de calor para mí; soy tan extranjero aquí como en Francia; soy esclavo de la tristeza; no tengo en derredor mío ningún elemento de vida pacífica; la última ilusión la perdí radicalmente; vivo en el vacío; no tengo, pues, otro remedio, si he de seguir existiendo, que lanzarme otra vez á las aventuras desconocidas, á los caminos peligrosos de la idea política, cuyo término se ignora. Mi antigua vocación de revolucionario y conspirador, que estaba amortiguada y como vencida en mí, vuelve á nacer ahora, porque el freno que le puse se ha roto, porque la vocación nueva con que traté de matar aquella se ha convertido en humo. Hay que volver al humo pasado, á las locuras, á la lucha, á las ideas, cuya realización, por lo difícil, toca los límites de lo imposible.

D. Benigno le oía con estupor. Habíanse internado en uno de aquellos laberintos hechos con tijeras, que parecen decoraciones teatrales construidas para una sosa comedia galante ó para una opereta de Metastasio. Solitarias y placenteras estaban las callejuelas y las bovedillas verdes. Nadie podía oírles allí. Salvador no puso trabas á su lengua y se expresó de este modo:

—Cuando vine aquí persistía en mi propósito de huir para siempre de la política, aunque estaba muy indeciso considerando que alguna dirección ó empleo había de dar á mi pensamiento y á mi voluntad. No se puede vivir de monólogos, como yo vivo ahora. Mi desgracia ó mi fortuna, que esto no lo sé bien, quisieron que entrara algunas veces en Palacio. Allí traté á gentiles hombres y cortesanos, hice amistad con ministriles y empleadillos menudos; todo por el negocio maldito de esta

rúbrica que pido á Su Excelencia y que no me quiere dar. Además soy amigo de un montero de Espinosa que me ha enterado de todo lo ocurrido ayer y anoche. ¡Qué cosas, amigo mío; qué horrores! Si cuando se lee la historia sentimos emociones tan hondas y queremos ser actores en los sucesos pintados, ¿qué será cuando vemos la historia viva, antes de ser libro, y asistimos á los hechos antes de que sean páginas? El drama de anoche me ha espeluznado. Pues se prepara otro drama, junto al cual



el de anoche será comedia. No, no es posible ver esto como se ven por anteojos los muñecos y las vistas de un *tutilimundi*. De repente me he sentido exaltado, y mis antiguas vocaciones han renacido con ímpetu irresistible.

—Cuidado, cuidado—dijo D. Benigno, temeroso del sesgo peligroso que aquella conversación tomaba.—Los arbolitos oyen; chitón. Le veo á usted en camino de ser un cristino furibundo.

—Yo no sé por qué camino voy, sólo sé que cuando veo á esa Reina joven, hermosa, inocente de todos los crímenes del absolutismo: cuando considero sus virtudes y la piedad con que asiste al Rey enfermo, que sólo merece lástima; cuando veo los peligros que la cercan, los infames lazos que se le tienden y el desdén con que la miran los mismos que hace poco se arrastraban á sus piés, siento arder la sangre en mis venas, y no sé qué daría, créame usted, D. Benigno, por hallarme en situación de enseñar á esos murciélagos apostólicos cómo se respeta á una señora y á una Reina. En la corona que no han podido quitarle todavía, y que sobre su hermosa frente tiene mayor brillo, veo la monarquía templada que celebra alianzas de amistad con el pueblo; pero en la corona de hierro que esos intrigantes clérigos y cortesanos están forjando en el cuarto de D. Carlos, veo la monarquía desconfiada, implacable, que no admite más derechos que los suyos. No, no hay ya en España, caballeros, si España consiente que esa turba de fanáticos expulse á la Reina y arrebate la corona á su hija...

—Sí, sí—exclamó Cordero sintiendo que revivía lentamente en su pecho su antiguo entusiasmo liberalesco.—Pero cuidado, mucho cuidado, amigo. Lo que usted dice es peligrosísimo. Todo el Real Sitio es de los apostólicos. No nos metamos en lo que no nos importa.

—¿Cómo que no nos importa?—dijo el otro con viveza.—Es cuestión de vida ó muerte, de ser ó no ser. En estos momentos se está decidiendo, y pronto se probará si los españoles no merecen otro destino que el de un hato de carneros ó si son dignos de llamar Nación á la tierra en que viven. Yo que había tomado en aborrecimiento las revoluciones y el conspirar, ahora siento en mí un apetito de rebeldía que me llevaría á los mayores atrevimientos si viera junto á mí quien me ayudase. Desanimado ayer y deseoso de la oscuridad, hoy que la vida doméstica me es negada por Dios, quisiera tener medios de revolver á España, y amotinar gente, y hacer que todo el mundo se rebelara, y romper todos los lazos, y levantar todos los destierros, y desencadenar todo lo que está encadenado por este régimen brutal. Yo iría á esa Reina atribulada y le diría: “Señora, lance Vuestra Majestad un grito, un grito solo en medio de este país que parece dormido y no está sino asustado. No tema Vuestra Majestad; estas situaciones se vencen con el valor y la confianza. Abra Vuestra Majestad las puertas de la patria á todos los emigrados, á todos absolutamente sin distinción. Para vencer al Infante se necesita una bandera; para hacer frente á un principio se necesita otro; nada de términos medios, ni acomodados vergonzosos; esa gente pide todo ó nada;

pues nada y guerra á muerte. Levántese Vuestra Majestad y ande con paso seguro; no se deje asustar por los errores de los que no han sabido establecer la libertad. Es preciso tolerarles como son, porque son la salvación, y si salvan el trono y la libertad, sus imperfecciones y extravíos les será perdonados. Y entonces, señora, se alzarán del seno de la Nación oprimida y deseosa de mejor suerte, un sentimiento, un prurito incontrastable, y miles de hombres generosos se agruparán al lado de Vuestra Majestad protestando con la palabra y con la espada de que quieren por soberana á la Reina del porvenir, la Reina liberal, Isabel II.,





XXXIII



HITÓN, chitón por todos los santos del cielo!—dijo D. Benigno poniéndole la mano en la boca para hacerle callar.

El héroe participaba de aquel noble ardor, pero temía que tales demostraciones les trajeran á ambos algún perjuicio. Tembloroso y ruborizado, Cordero llevó á su amigo fuera del verde laberinto, incitándole á que callara, porque—y lo dijo en la plenitud de la convicción—si el obispo Abarca y el ministro Calomardo llegaban á tener noticia de lo que se habló en

los jardines, no firmarían ni en tres siglos. Salvador tranquilizó al buen comerciante sobre aquel endiablado negocio de las firmas y cuando se separaron invitó á que comieran juntos aquella tarde. Excusóse don Benigno, por sentirse, al oír la invitación, tocado de aquel mismo recelo ó inquietud de que antes hablamos; pero las reiteradas cortesanas del otro le vencieron al fin. Mientras Cordero entraba en la casa de Pajes pensando en el convite, en la muerte del Rey, en la firma y sobre todo en los que le esperaban en los Cigarrales, Salvador penetró en Palacio y no se le vió más en todo el día.

Era aquel el 18 de Setiembre, día inolvidable en los anales de la guerra civil, porque, si bien en él no se disparó un solo cartucho, fué un día que engendró sangrientas batallas; un día en el cual se puede decir figuradamente que se cargaron todos los cañones. Desde muy temprano volvió á reinar el desasosiego en los salones y en todas las dependencias. Su Majestad seguía muy grave, y á cada vahido del Monarca la causa apostólica daba un salto en señal de vida y buena salud; así es que cuando circulaban noticias desconsoladoras no se veía el dolor pintado en todas las caras, como sucede en ocasiones de esta naturaleza, aún en reales palacios, sino que á muchos les bailaban los ojos de contento, y otros aunque disimulaban el gozo, no lo hacían tanto que escondieran por completo la repugnante ansiedad de sus corazones corrompidos.

En medio de esta barahunda, la Reina apuraba ella sola en el silencio lúgubre de la alcoba regia el cáliz amargo de la situación más triste y desairada en que puede verse quien ha llevado una corona. Los cortesanos huían de ella; á cada hora, á cada minuto veía disminuir el número de los que parecían fieles á su causa, y cada suspiro del Rey moribundo producía una defección en el débil partido de la Reina. El día anterior aún tenía confianza en la guardia de Palacio; pero desde la mañana del 18 las revelaciones de algunos servidores leales la advirtieron de que, muerto el Rey, la guardia y probablemente todas las fuerzas del Real Sitio abrazarían el partido del Infante.

Cristina se había vestido en aquellos días el hábito de la Virgen del Cármen, y con la saya de lana blanca estaba más guapa aún que con manto regio y corona de diamantes. No salía de la alcoba regia sino breves momentos, cuando el Rey parecía sosegado y ella necesitaba ver á sus hijas ó desahogar su pena en amargas lágrimas, derramadas sin testigos en su cámara particular. Allí también había bullicio y movimiento, porque la servidumbre arreglaba las maletas y embaulaba el ajuar de la Reina en previsión de una fuga precipitada.

Por la noche la Reina no dormía tampoco. Sentada junto al lecho del Rey, vigilaba su enfermedad, atendía á sus dolores, preparaba por sí misma las medicinas y se las daba, le dirigía palabras de esperanza y consuelo, no permitía que los criados hicieran cosa alguna que pudiera hacer ella, esclava entonces de sus deberes de esposa con tanto rigor como la compañera del último súbdito del tirano enfermo. Haciendo entonces lo que no suelen ni saben hacer generalmente las reinas, aquella joven se puso una corona de esas que no están sujetas á los azares de un destronamiento ni á los desaires de la abdicación.

La historia no dice lo que pasó por la mente del atormentador de España al ver que en pago de sus violencias, de su bárbaro orgullo, de sus vicios y de su egoismo brutal, Dios le enviaba aquel angel en su última hora para que el autor de tantas agonías viera endulzada la suya y pudiera morir en paz, como se mueren los que no han hecho daño á nadie. Cuando se entraba en la alcoba real no se podía ver sin horror el encrme cuerpo del Rey en el lecho, hinchado, sin movimiento, oprimido por bizmas, ungido con emplastos que á pesar de sus virtudes no vencían los dolores; hecho todo una miseria; conjunto lastimoso de desdichas físicas, que así remedaban la moral más perversa que ha informado un alma humana.

Su rostro variaba entre el verdoso de la muerte y el amaritado de la congestión. Ligeramente incorporado sobre las almohadas su cabeza estaba inmóvil, su mirada fija y mortecina, su nariz colgaba cual si quisiera caer saltando al suelo, y de su entreabierta boca no salía sino un quejido constante que en los breves momentos de sosiego era estertor difícil. Por fin le tocaba á él también un poco de potro. Debía de estar su conciencia bastante despierta en aquellos momentos, porque no se quejaba desesperado, como si en el fondo de su alma existiese una aprobación de aquel horrible quebrantamiento de huesos y hervor de sangre que sufría. La cama del Rey, por el estado de aquel desdichado cuerpo que desde algún tiempo vivía corrompiéndose, parecía más bien un ensayo de las descomposiciones del sepulcro. Esto sólo es un elocuente elogio de la cristiana abnegación de la Reina.

En la alcoba había dos ó tres crucifijos é imágenes, todos solicitados por la piedad de Cristina para que no permitieran que España se quedase sin Rey. Mas por el momento no había síntomas de que tan noble anhelo fuera atendido, porque Fernando VII se moría á pedazos. Aquella masa inerte, tan sólo vivificada por un gemido, no era ya Rey ni siquiera hombre. Hacia el medio día se temió la pérdida absoluta de las

facultades mentales y antes que esto llegara, se reconoció la necesidad de dar solución al problema tremendo. Una chispa de razón quedaba en el espíritu del Rey. Era urgente, indispensable, que á la débil luz de esa chispa se resolviese el conflicto.

Cristina hubiera dilatado aquel momento. Ganando algunas horas



habría podido llegar su hermana la Infanta Doña Carlota, mujer de mucho brío y resolución que para aquel caso era de perlas. Desde que se agravó Su Majestad le habían enviado correos al Puerto de Santa Ma.ía, rogándola que viniese, y ya la Infanta debía estar cerca, quizás

en Madrid, quizás en camino del Real Sitio. Pero el aniquilamiento rápido del enfermo no permitía esperar más. Entraron, pues, en la real cámara tres figuras horrendas: Calomarde, el de Alcudia y el obispo de León. La Reina y el confesor del Rey habían llegado poco antes y estaban á un lado y otro de Su Majestad, Cristina casi tocando su cabeza, el clérigo bastante cerca para hablar al oído del pobre enfermo. Había llegado un momento en que ninguna alma cristiana podía conservar rencor ante tanta desdicha. No era posible ver á Fernando VII en aquel trance sin sentir ganas de perdonarle de todo corazón.

Los tres temerosos figurones se situaron por los piés de la cama. Después que uno tras otro besaron con apariencia cariñosa aquella mano lívida, que había firmado tantas atrocidades, se sentaron por los piés del lecho. El obispo estaba grave é imponente como quien, suponiéndose con autoridad divina, se cree por encima de todas las miserias humanas; el conde de la Alcudia estaba triste y acobardado por la solemnidad del momento, y Calomarde, el hombre rastrero y vil, cuya existencia y cuyo gobierno no fueron más que pura bajeza é hipocresía, arqueaba las cejas mucho más que las arqueaba de ordinario, pestañeaba sin cesar y hacia pucheros. Cruel con los débiles, servil con los poderosos, cobarde siempre, este hombre abominable adornaba con una lagrimilla la traición infame que hacía á su amo al borde del sepulcro.

Quien presenció aquella escena terrible cuenta que la luz de la estancia era escasa; que los tres consejeros estaban casi en la sombra; que el Rey volvía el rostro hacia la Reina, vestida de hábito blanco; que hubo un momento en que el confesor no hacía más que morderse las uñas; que la hermosura de Cristina era la única luz de aquel cuadro sombrío, intriga política, horrible fraude, traidor escamoteo de una corona perpetrado en el fondo de un sepulcro.

Cuenta también el testigo presencial de aquella escena que el primero que habló, y habló con entereza, fué el obispo de León. Se puso de pié y parecía que llegaba al techo. Su voz hueca de sochantre retumbaba en la cámara como voz de ultratumba. Aquel hombre tan serio como astuto principió tocando una fibra del corazón del Rey; habló de *las inocentes niñas* de Su Majestad y de la *virtuosa Reina*, que según él corrían gran peligro si no pasaba la corona á las sienes de D. Carlos. Después pintó el estado del reino, en el cual, según dijo, no había un solo hombre que no fuera partidario de la monarquía eclesiástica representada por el Infante.

Fernando dió un gran suspiro y fijó sus aterrados ojos en el obispo.

Este se sentó. Puesto en pié Calomarde dijo que su emoción al ver en aquel estado al mejor de los Reyes y al mejor de los padres, y al mejor de los esposos, y al mejor de los hombres, no le permitía hablar con serenidad; dijo que se veía en la durísima precisión de no ocultar á su amado soberano la verdad de lo que ocurría; que había tanteado el ejército, y todo el ejército se pronunciaría por D. Carlos si no se modificaba en favor de éste la Pragmática sanción del 29 de Marzo de 1830; que los voluntarios realistas, sin excepción de uno solo, proclamaban ya abiertamente como Rey de derecho divino al mismo Sr. D. Carlos, y que para evitar una lucha inútil y el derramamiento de sangre convenía á los intereses del reino...

El infame hacía tantos pucheros que no pudo continuar la frase. Sintióse que el cuerpo dolorido del Rey se estremecía en su lecho ó potro de angustia. Oyóse luego la voz moribunda que dijo entre dos lamentos:

—Cúmplase la voluntad de Dios.

El confesor silbó en su oído palabras no entendidas por los demás, y entonces la Reina Cristina, sin mirar á las tres sombras, volviendo su rostro al Rey y haciendo un heróico esfuerzo para no dar á conocer su dolor, pronunció estas palabras:

—Que España sea feliz, que en España haya paz.

El Rey exhaló un gran suspiro, mirando al techo, y después dijo algo que pareció el mugido de un león enfermo. La Reina tomó su pañuelo y sin decir nada, dejando correr libremente sus lágrimas, limpió el sudor abundante que bañaba la frente del Rey.

Siguió á esto un discursillo del conde de la Alcudia confirmando el dictámen de los otros dos apostólicos. Aquel famoso triunvirato traía la comedia bien aprendida, y en el cuarto de D. Carlos se habían estudiado antes detenidamente los discursos, pesando cada palabra. El confesor dijo también en voz alta su opinión, asegurando bajo su palabra, que el Altísimo estaba en un todo conforme con lo expuesto por los señores allí presentes. Se quedó tan satisfecho después de este mensaje...!

El Rey pareció llamar á sí todas sus fuerzas. Claramente dijo.

—¿En qué forma se ha de hacer?

No vacilaron los apostólicos en la contestación, pues para todo estaban prevevidos. Calomarde, fingiendo que se le ocurría en aquel mismo instante, propuso que el Rey otorgase un codicilo-decreto derogando la Pragmática sanción del 30, y revocando las disposiciones testamentarias en la parte referente á la regencia y á la sucesión de la corona.

Después de una pausa el Rey se hizo repetir la proposición del ministro, y oída por segunda vez, Cristina volvió á limpiar el sudor que corría por la frente de su marido. Con un gesto y la mano derecha éste mandó á los tres apostólicos consejeros que salieran de la estancia y se quedó solo con su esposa y con su confesor, el cual salió también poco después. Consternados los tres escamoteadores y dudando del éxito de su infame comedia, no decían una palabra, y con los ojos se comunicaban aquella duda y el temor que sentían. Calomarde y el obispo dieron algunos paseos lentamente por la cámara, esperando que el Rey les volviera á llamar, y el conde de la Alcudia aplicó el oído á la puerta y dijo en voz baja y temerosa:

—Parece que llora Su Majestad.

—No lo creo—murmuró el obispo, acercando también su oído.

Entonces se abrió la puerta y apareció el confesor con las manos cruzadas y el semblante compungido, imagen exacta de la hipocresía. Los cuatro cuchichearon un momento como viejas chismosas. Media hora después Cristina les llamó y volvieron á entrar. Fernando no estaba ya incorporado en su cama sino completamente tendido de largo á largo, fijos los ojos en el techo, rígido, pesado, el resuello lento y difícil. Sin mirar á los que habían sido sus amigos, sus aduladores, terceros de sus caprichos políticos y servidores de sus gustos con la lealtad y sumisión del perro, Fernando VII les manifestó en pocas palabras que aceptaba el sacrificio que se le imponía. Esforzándose un poco, habló más para exigir secreto absoluto de lo acordado hasta que él muriese.

Los tres apostólicos bajaron; encerráronse en un gabinete. Entretanto, la chusma del cuarto de D. Carlos ardía en impaciencias; las dos Infantas estaban tan nerviosas, que no podía ser más. La historia, que es muy descuidada en ciertas cosas, no dice el número de tazas de tila que se consumieron aquel día. El obispo, Calomarde y Alcudia se mostraron tan reservados aquella tarde, que los *carlinos* se impacientaban y aturdían cada vez más. No obstante, algunas palabras optimistas, aunque enigmáticas, de Abarca al salir del gabinete en que los tres se encerraron para extender el decreto-codicilo, hicieron comprender á la muchedumbre apostólica que las cosas iban por buen camino. Finalmente, al llegar la noche, y cuando se difundía por Palacio, corriendo y repercutiéndose de sala en sala como un trueno, la voz de *el Rey ha muerto*, el Sr. Abarca entró triunfante en la cámara donde la corte del porvenir estaba reunida. En su mano alzaba el reverendo un papel, con el cual parecía amenazar, ó que lo tremolaba como estandarte donde

estuviera escrita una ley suprema. Moisés bajando del Sinaí no estaba seguramente más terrible que el Sr. Abarca cuando, mostrando el decreto-codicilo, exclamó:

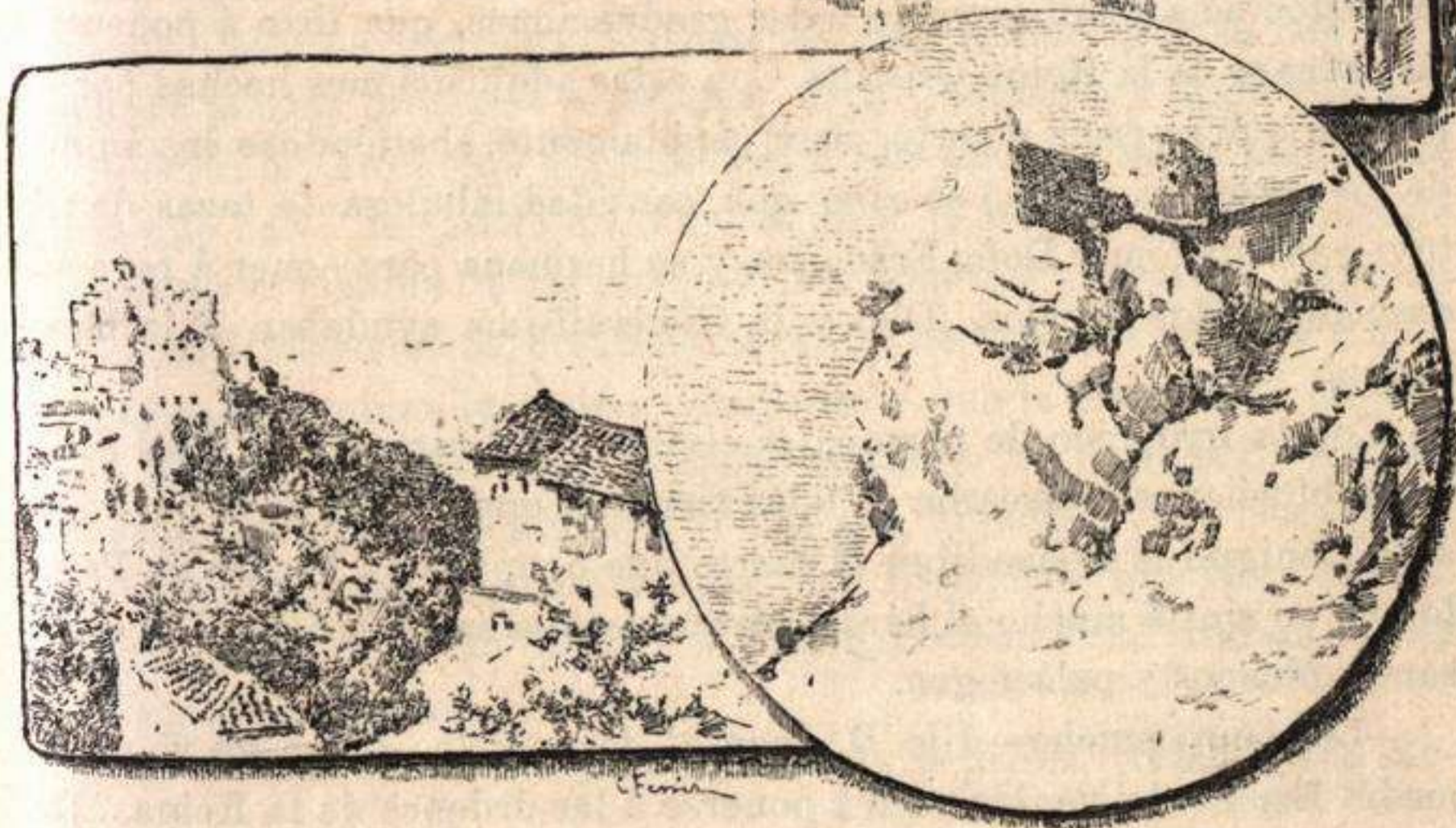
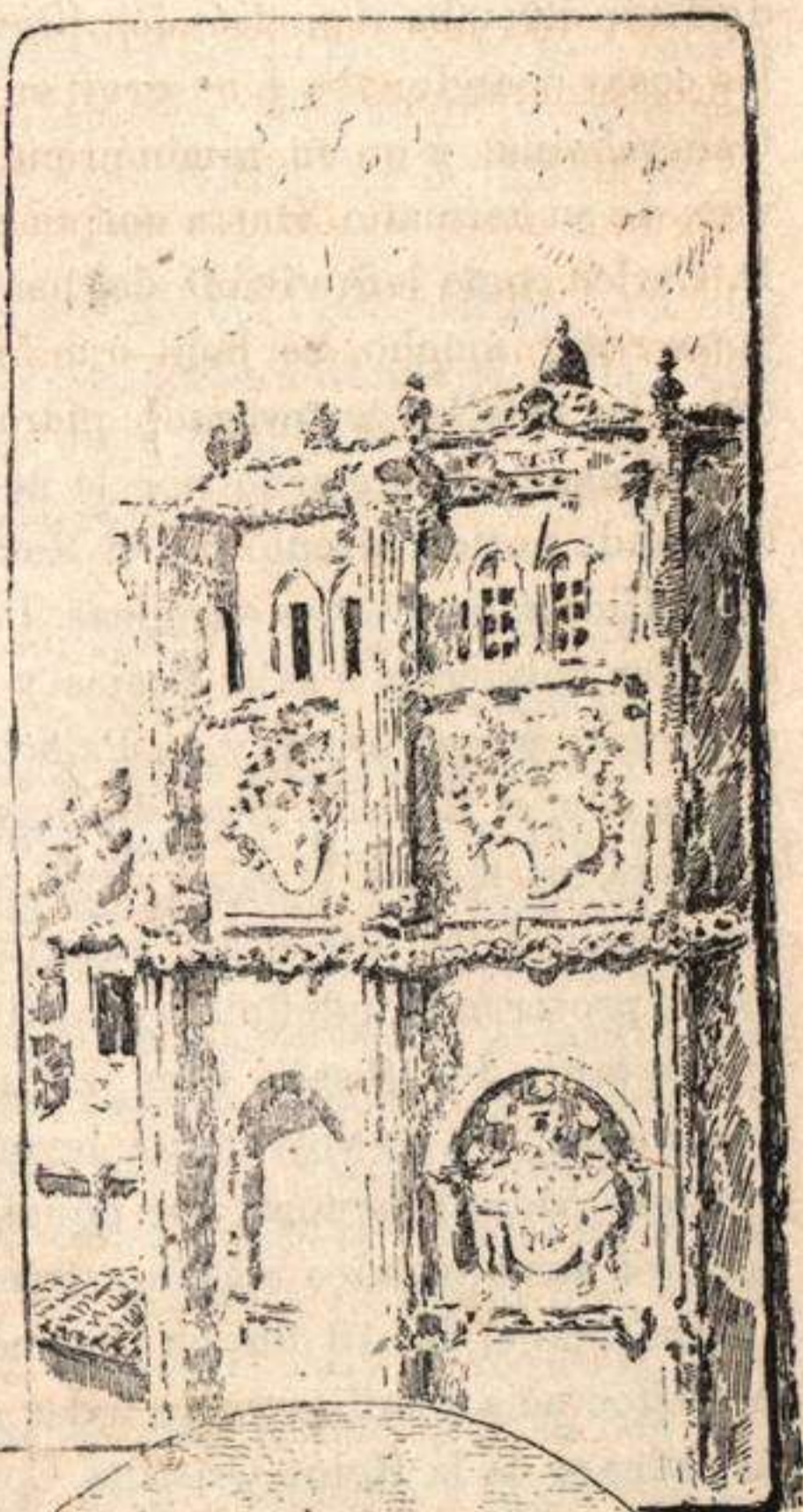
—Señores, oíganme.

Oyeron leer con atención profunda y poco faltó para que algunos se prosternaran, quién por servilismo mezclado de entusiasmo, quién por ese especial y no bien comprendido instinto á lo Nabucodonosor que algunos entes civilizados no pueden ocultar aunque vistan casaca bordada. Toda la corte de D. Carlos estaba allí, menos D. Carlos, el candidato divino, que á tal hora se hallaba en su oratorio con la frente humillada y el corazón oprimido, pidiendo á Dios que no quitara la vida á su hermano.



XXXIV

Al llegar aquí, el narrador no puede contener el asombro que le produce el peregrino suceso que va á referir, y deteniendo su relato, exclama: ¡Oh admirables designios de la Providencia! ¡oh, vanidad de los cálculos humanos! ¡oh, peligro de jugar con las cosas del cielo, eslabonándolas con los apetitos é intereses de un bando político! De este modo el ánimo del lector queda perfectamente dispuesto para saber que Dios



Todopoderoso, que sin duda tenía á D. Carlos en más estimación que al partido apostólico, atendió al ruego que con amor fraternal y piedad cristiana le dirigió éste; y así dispuso que Fernando, ya casi muerto, tornase á la vida, dando al traste con las esperanzas de lo que el obispo de León llamaba *el partido del Altísimo*. De este modo el Padre de todas las cosas abandonaba á su grey en lo mejor de la pelea, seguido de la Generalísima, á quien también pidió muy ardientemente D. Carlos la vida de su hermano. Hasta con su cristiandad se perjudicaba á sí mismo D. Carlos como jefe visible del partido absolutista-religioso, y si lo dejaran rezar mucho, es fácil que los furibundos apostólicos perdieran todas las batallas cortesanas y marciales que en lo futuro habían de dar.

Fernando se aletargó por la noche. Todos le creyeron muerto y la tremenda noticia circuló por el Real Sitio, llegó hasta Madrid y aún fué transmitida á las Córtes europeas. Pero á la mañana siguiente, de aquel cadáver volvieron á salir quejas y suspiros, se reanimó con oportunas sustancias y medicinas, y en Palacio, y en los jardines no se decía sino *el Rey vive, el Rey vive*; frase de consternación para algunos, de esperanzas para los menos. Muchas caras variaron completamente, y Cristina vió sonreír á los que el día anterior estaban cejijuntos y tenían en su rostro protervo el indefinible airecillo de la defección. ¡Y el señor obispo, que la tarde del 18 salía á los jardines diciendo en voz alta en un corro de amigos: "Ya no volverán á levantar la cabeza los liberales,,!... ¡Y el gracioso padre Carranza, que aquella noche había prometido solemnemente á sus allegados más de cuarenta canongías y beneficios simples!

En todo el día 19 fueron llegando al Real Sitio muchos jóvenes de la aristocracia y militares de todas graduaciones, que iban á ponerse á las órdenes de la Reina Cristina. Con estas adquisiciones hechas por un partido que se creía muerto, iban rápidamente abatiéndose los ánimos de los apostólicos, y no se sabe qué cantidad fabulosa de tazas de tila tuvieron que tomar Doña Francisca y su hermana para poner á raya sus desconcertados nervios. ¡Dios y la Generalísima ayudaban á la napolitana!

Con la irrupción de personajes civiles y militares en el Real Sitio, las habitaciones escasearon en tales términos que Pipaón tuvo que rogar á D. Benigno le dejase libre el cuarto que ocupaba en la casa de Pajes, lo que no sintió mucho el héroe, porque estaba hasta la corona de cortesanos, obispos y palaciegos.

—Lo siento mucho—dijo D. Juan al despedirle.—Pero ya ve usted, media España ha venido aquí á ponerse á las órdenes de la Reina... ¡Es

un angel esa señora! Aunque no lo parezca, sepa usted que yo la admiro mucho. Dicen que será nombrada Regente... y no me pesa, no me pesa...

Cuando Cordero iba por el jardín acompañado de un chico que le llevaba las maletas, encontró á Salvador, el cual se empeñó en compartir con él su alojamiento, aunque estrecho, suficiente para los dos. Dió mil excusas D. Benigno, que en aquel momento sintió más vivo que nunca el misterioso recelo que su amigo le inspiraba; pero al fin no tuvo más remedio que aceptar, so pena de tener que dormir en la calle ó en un banco de los jardines.

—No hay que pensar ahora—le dijo Monsalud con cariño,—en que esos señores firmen. Ninguno de ellos sabe ahora donde tiene la mano derecha. Esperando á ver en qué para esto, viviremos juntos, charlaremos, nos contaremos nuestras desdichas y nos consolaremos mutuamente.

Al día siguiente Fernando cobró algunas fuerzas, y serenándose su mente, empezó á comprender la infame sorpresa de que había sido víctima. No obstante, todavía los Reyes legítimos estaban en Palacio como cohibidos por la gente apostólica, cuyo poder era grande aún, á pesar de la situación desfavorable en que se encontraban. Les esperaba todavía el golpe de gracia, que había de darles muerte en la esfera cortesana, cerrándoles todo camino que no fuera el de la guerra. En la madrugada del 22 llegó á San Ildefonso la infanta Carlota, esposa del infante don Francisco y hermana de Cristina, mujer resuelta, varonil, desparpajada, libre y campechana de palabras, alta, airosa y algo manolesca de figura, valerosa hasta lo sumo, despótica, y tan ardiente de genio que, según pública opinión, trataba á bofetadas, cuando el caso lo requería, á las personas ligadas á ella por el parentesco más íntimo. Odiaba con toda su alma á las dos princesas brasileñas, doña Francisca y la de Beira, y este aborrecimiento podrá explicar mejor que ninguna razón política, la guerra que había declarado á los apostólicos. ¡Formidable influencia de la mujer en el destino de los pueblos! Los hombres pensando, plantean las teorías y los sistemas, crean los partidos; las mujeres amando ó aborreciendo, determinan la acción. Imaginando que la historia es un drama, el hombre es el histrión y la mujer el autor. No ha existido ningún gran suceso político que no haya venido á la historia á impulsos de manos femeninas, y esa académica nave del Estado de que tanto hablan los tratados políticos no navegaría muchas veces si no tiraran de ella las voladoras palomitas de Venus.

Doña Carlota entró en Palacio hablando á gritos, tratando con mo-

dales bruscos á todo el mundo, gentiles-hombres y damas; presentóse á su hermana, y después de abrazarla la llamó tonta unas veinte veces. El testigo presencial de estas escenas, que ya no eran de tragedia ni de drama, sino de opereta, cuenta que como Cristina y Carlota hablaban



Doña Carlota.

acaloradamente en italiano, no era posible á los presentes entender bien lo que decían; sólo comprendían algunas palabras, como *sciocca*, *pazza*, *regina de galleria*, *sceleratezza*... Después la Infanta descansó un momento y á hora avanzada de la mañana anunció que recibiría á los ministros y demás personajes que quisieran cumplimentarla. Cuando Calomarde y el conde de la Alcudia entraron, Doña Carlota afectó serenidad y pre-

guntó al ministro de Gracia y Justicia la razón de haber revelado el secreto del codicilo, contra lo dispuesto por Su Majestad. Tembloroso y cortado, D. Tadeo se excusó con el letargo del Rey, que parecía muerto.

—Su Majestad—dijo Doña Carlota, disimulando su ira,—quiere recoger el original del codicilo y me encarga decir á usted que lo presente ahora mismo.

El ministro se inclinó, saliendo al punto en busca de lo que se le pedía. Entre tanto todos los que no se habían manifestado muy claramente partidarios del Infante se reunían en la cámara. En pié y moviéndose sin cesar de un lado para otro, altiva, nerviosa, respirando fuerte, Doña Carlota parecía que imaginaba crueldades y violencias impropias de mujer y de princesa. Los circunstantes no le decían nada, y Cristina misma, con ojos encendidos de tanto llorar y el seno palpitante, enmudecía ante la arrogantisima actitud de aquella nueva Semíramis, su hermana.

Cuando Calomarde entregó á la Infanta el manuscrito, que tantos desvelos y fingimiento había costado á los apostólicos, Carlota no se tomó el trabajo de leerlo y lo rasgó con furia en multitud de pedazos. Con el mismo desprecio y enojo con que arrojó al suelo los trozos de papel, echó sobre la persona del ministro estas duras palabras, que no suelen oirse en boca de príncipes:

—“Vea usted en lo que paran sus infamias. Usted ha engañado, usted “ha sorprendido á Su Majestad abusando de su estado moribundo; usted “al emplear los medios que ha empleado para esta traición, ha obrado “en conformidad con su caracter de siempre, que es la bajeza, la doblez, “la hipocresía.”

Rojo como una amapola, si es permitido comparar el rubor de un ministro á la hermosura de una flor campesina, Calomarde bajó los ojos. Aquella furibunda y no vista humillación del tiranuelo compensaba sus nueve años de insolente poder. En su cobardía quiso humillarse más y balbució algunas palabras.

—Señora... yo...

—Todavía—exclamó la Semíramis borbónica en la exaltación de su ira,—todavía se atreve usted á defenderse y á insultarnos con su presencia y con sus palabras. Salga usted inmediatamente.

Ciega de furor, dejándose arrebatarse de sus ímpetus de coraje, la Infanta dió algunos pasos hacia Su Excelencia, alzó el membrudo brazo, disparó la mano carnosa... ¡Plaf! Sobre los mofletes del ministro resonó la más soberana bofetada que se ha dado jamás.

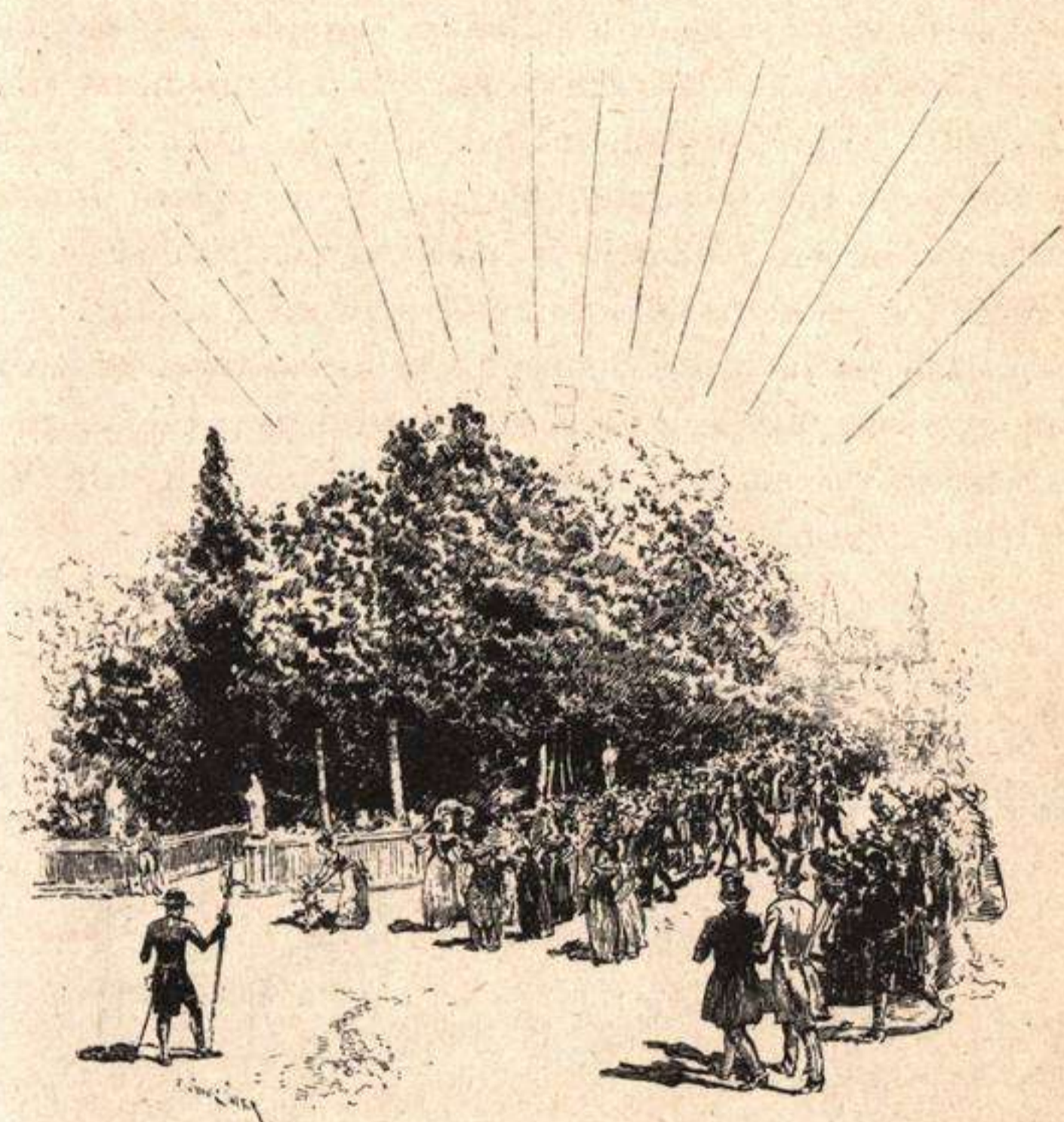
Todos nos quedamos pálidos y suspensos, y digo *nos* porque el narrador tuvo la suerte de presenciar este gran suceso. Calomarde se llevó la mano á la parte dolorida, y lívido, sudoroso, muerto, sólo dijo con ahogado acento:

—Señora, manos blancas...

No dijo más. La Infanta le volvió la espalda.

Calomarde acabó para siempre como hombre político. Los apostólicos, cuando se llamaron carlistas, le despreciaron, y el execrable ministro se murió de tristeza en país extranjero.





XXXV

A la misma hora la muchedumbre, paseando en los amenísimos jardines, comentaba los sucesos de aquellos días. D. Benigno y Salvador paseaban juntos como viejos amigos, y ya se habían contado parte de sus secretos. Cordero estaba triste, Monsalud se iba exaltando más cada día con la idea política. De pronto vieron que la multitud se agolpaba en un sitio, por donde discurría en abigarrada procesión mucha gente de Palacio, con dorados

uniformes y huecos casacones. Abría calle el público para dar paso á estos señores. Cordero y Monsalud se acercaron para ver mejor. Sostenida por una nodriza, rodeada de damas, seguida de personajes, una niña de dos años andaba con dificultad, batiendo palmas y riendo de alegría. Aquellos eran los primeros pasos de una Reina.

Del gentío salió una voz que gritó con furor: "*¡Viva Isabel III!*" Y una exclamación inmensa recorrió los jardines, perdiéndose y desparramándose como los primeros ecos de una tempestad naciente.

La tempestad estaba cerca: oíanse los primeros truenos; pero el que quiera conocer los notables sucesos, ya privados ya públicos, que restan por referir, tenga paciencia y espere á leer lo que con toda verdad se dirá en el libro siguiente.

FIN DE LOS APOSTÓLICOS

Madrid.—Mayo-Junio de 1879







I

El 16 de Octubre de aquel año (y los lectores del libro precedente saben muy bien qué año

era) fué un día que la historia no puede clasificar entre los desgraciados ni tampoco entre los felices, por haber ocurrido en él, juntamente con sucesos prósperos de esos que traen regocijo y bienestar á las naciones, otros muy lamentables que de seguro habrían affligido á todo el género humano si éste hubiera tenido noticia de ellos.

No sabemos, pues, si batir palmas y cantar victoria ó llorar á lágrima viva, porque si bien es cierto que en aquel día terminó para siempre el aborrecido poder de Calomarde, también lo es que nuestro buen amigo D. Benigno padeció un accidente que puso en gran peligro su preciosa

existencia. Cómo sucedió esto es cosa que no se sabe á punto fijo. Unos dicen que fué al subir al coche para marchar á Riofrío en expedición de recreo; otros que la causa del percance fué un resbalón dado con muy mala fortuna en día lluvioso, y Pipaón, que es buen testimonio para todo lo que se refiere á la residencia del héroe de Boteros en la Granja, asegura que cuando éste supo la caída de Calomarde y la elevación de D. José Cafranga á la poltrona de Gracia y Justicia, dió tan fuerte brinco y manifestó su alegría en formas tan parecidas á las del arte de los volatineros, que perdiendo el equilibrio y cayendo con pesadez y estrépito se rompió una pierna. Pero no, no admitamos esta versión que empequeñece á nuestro héroe haciéndole casquivano y pueril. El vuelco de un detestable coche que iba á Segovia cuando había personas que consentían en descalabrarse por ver un acueducto romano, una catedral gótica y un alcázar arabesco, fué lo que puso á nuestro amigo en estado de perecer. Y gracias que no hubo más percance que la pierna rota, el cual fué en tan buenas condiciones y por tan buena parte, al decir de los médicos, que el paciente debía estar muy satisfecho y alabar la misericordia de Dios.

—Como todo es relativo en el mundo—decía Cordero en su lecho, cuando se convenció de que su curación sería pronta y segura,—romperse una pierna sola es mejor que romperse las dos, y así, Sr. de Monsalud, yo estoy contentísimo, mayormente viendo que el pesado negocio que me trajo á la Granja está ya resuelto, y que gracias á mi amigo el gran D. José de Cafranga (que mil años viva) no tendré más cuestiones con el hipógrifo de D. Pedro Abarca (á quien vea yo sin hueso sano). Dígame usted, amigo, ¿ha observado usted que en este mundo pícaro, cien veces pícaro, no hay alegría que no venga contrapesada con un dolor, ni dulzura que no traiga su acíbar? Pues bien: todo no ha de ser malo. El contento que yo he tenido ¿no vale una pierna? ¿Qué significa un hueso roto de facil soldadura, en comparación de las más puras satisfacciones del alma? Vengan averías de este jaez y cáigame yo, aunque sea de lo alto del acueducto, con tal que en proporción de los chichones y de las fracturas sean los gustos del espíritu y los regocijos del corazón.

De esta manera un poco artificiosa y sutil se consolaba, y así, mientras duró su enfermedad, apenas perdió el buen humor ni la paz y dulzura de su condición sin igual. Deparóle el cielo excelente compañía en Salvador Monsalud, que, á pesar de haber despachado también satisfactoriamente sus asuntos, no quiso salir de la Granja dejando solo y prostrado en la cama á su honrado amigo. La córte se marchó, los cortesanos

siguieron á la córte, el Real Sitio se quedó desierto, calladas las fuentes, desiertas las alamedas. Empezaron á despojarse de su follaje los árboles; enfrióse el aire al compás del solemne y tristísimo crecimiento de las noches; soplaron céfiros asesinos, precursores de aguaceros y tormentas; los remolinos de hojas secas corrían por el suelo húmedo murmurando tristezas, y sobre todo derramaron llanto sin fin las nubes pardas, en tal manera que no parecía sino que en la superficie de la tierra había algo que debía ser para siempre borrado.

Solos en su alojamiento, mal acompañados de una mediana lumbre, D. Benigno y su amigo pasaban los días. El enfermo, aunque postrado y sin movimiento, estaba casi siempre menos triste que el sano. Éste, centinela en un sillón frente al hogar, reanimaba el fuego cuando se iba extinguendo, y D. Benigno hacía revivir la conversación moribunda cuando Salvador la dejaba apagar con sus monosílabos ó con su silencio.

El tema más amado y más favorecido de Cordero era su familia, y no pasaba una hora sin que dijese: "¡qué hará en este momento el tuante de Juanillo Jacobo!," ó bien: "¿habrá comprendido Sola, á pesar de mis precauciones, que me ha pasado desgracia?," Debe advertirse que nuestro buen señor había puesto singular empeño en que sus queridos hijos, su hermana y su amiga no se enterasen del triste motivo que en San Ildefonso le detenía, y por esto sus cartas todas parecían novelas, según las invenciones y mentiras de que iban llenas. Unas decían: "Esperadme ocho días más, porque si bien nuestro asunto está terminado, no quiero marcharme sin hacer una pequeña contrata de pinos, pues desde aquí oigo los gritos de la casa de los Cigarrales pidiéndome que la ensanche.," Más adelante escribía: "Con estos malditos temporales no hay carricoche que se atreva con las Siete Revueltas," y una semana después se disculpaba así: "Un excelente amigo, que vive en la misma posada, ha caído en cama con tan fuerte pulmonía que no me es posible abandonarle en este solitario pueblo. Esperadme unos pocos días y rogad á Dios por el enfermo."

Así les engañaba, dando tiempo al tiempo, hasta que llegara el de la soldadura del hueso, la cual venía con la tardanza que es natural, impacientando tanto al buen hombre que á ratos no podía contener su impaciencia y daba puñadas sobre la cama diciendo: "Esto no se puede aguantar. Soldada ó sin soldar, señora pierna, usted tendrá que ponerse en polvorosa para Madrid la semana que viene."

Salvador no se apartaba de su amigo ni de noche ni de día. Unas veces hablaban de política, empezando D. Benigno de este modo: "¿Cree

usted que ese pobre Sr. Zea tendrá buena mano para el timón de la nave del Estado?»

La enojosa permanencia y quietud en el lecho le ocasionaba insomnios frecuentes, cuando no letargos breves y febriles, acompañados de pesadillas ó alucinaciones. Á veces despertaba de súbito bañado en sudor, y exclamaba pasándose la mano por los ojos:—Jesús me valga y la Santa Virgen del Sagrario, ¡qué sueño he tenido! Me parecía estar viendo á Juanillo Jacobo rodando por un precipicio negro, mientras la pobre Sola, atada por los cabellos á la cola de un brioso caballo... No lo quiero contar porque me parece que lo veo otra vez... ¡Cuándo volveré á vuestro lado, queridos de mi corazón, para que con el placer de veros se acabe el suplicio de soñaros!

Una noche observó Salvador que daba el enfermo un gran suspiro, y despertando acongojadísimo parecía reconocer la realidad de las cosas, medio seguro de espantar las embusteras percepciones del sueño.

—Es todo mentira, Sr. D. Benigno —le dijo Monsalud riendo.—Ánimo.

—¡Ay, Dios mío! ¡qué sueño!—exclamó el de Boteros.—Todavía me duran la angustia y el mortal frío que sentí. Figúrese usted, señor mío, que me acercaba á mi casa de los Cigarrales, y la visión era tan perfecta que todo estaba delante de mí claro, vivo, verdadero. Una soledad tristísima envolvía mi finca. Ni mis hijos, ni mis criados aparecían por ninguna parte... Me acerco más, miro á las ventanas y las ventanas me miran con ceño. De pronto veo que aparece Sola por la puerta de la huerta; doy un paso hacia ella, me mira con semblante frío, serio como el de una estatua, mueve su cabeza como diciendo *no, no*. Luego, señor D. Salvador, me dice adios con la mano derecha, y se aleja, huye, desaparece, se disipa como una sombra entre los almendros... Me quedo yerto, miro á mi casa y mi casa... créalo usted... se echa á reír... yo no sé cómo era esto; pero lo cierto es que ella se reía, se reía...

—Y ahora nos reimos nosotros.

—¡Bendito sea Dios! ¿qué será esto del soñar? ¿Anunciarán los sueños realidades? ¿Estas horribles mentiras traerán consigo algo que con la misma verdad se relacione? Ello es que la pobre Sola no se aparta de esta cabeza á ninguna hora de la noche ni del día... Que seré feliz casándome con ella es indudable; que ella lo será también no hay para qué decirlo... Pienso muchas veces si el Señor habrá decidido que yo me muera antes de que pueda realizar mi deseo, al cual va unido el mayor beneficio que se puede hacer á una huérfana pobre y sin amparo. ¿Qué sería entonces de esa infeliz?...

—La pobrecita tendría una gran pena—dijo Salvador.

—¿Se moriría de pena?—preguntó Cordero con ingenuidad pueril.

—Tanto como morirse...

—No se moriría, no... ¡pero qué desamparada, qué sola se quedaría en el mundo! ¿Quién comprendería su mérito? ¿quién le tendería una mano?

—No podría reemplazar sin duda dignamente el bien que perdía—dijo Monsalud, sentándose junto al perniquebrado Cordero;—pero parte del bien que merece lo hallaría tal vez... casándose conmigo.

Los dos se miraron asombrados y con ligero ceño.

—¡Con usted!—exclamó el de Boteros volviendo de su sorpresa...—
¿Ha pensado usted en eso alguna vez?

—Muchas.

—¡Si yo no existiese!... ¿Y ella consentiría?...

—No lo aseguro. Pero pasado algún tiempo es fácil que consintiese. Sólo Dios es eterno.

—Y usted desea...

Lanzado de improviso á un mar de confusiones, D. Benigno no pudo decir más. Su amigo, quizás arrepentido de haber hecho una declaración imprudente, trató de tranquilizarle hablándole de lo bien que dirigía Cristina la dichosa nave del Estado. Entonces la alegoría del barquichuelo estaba en todo su auge, y no se mentaban las dificultades del Gobierno sin sacar á relucir la consabida embarcación, el mar borrascoso de la política, y principalmente el timón ministerial, que algunos llamaban gubernalle. Después dijo que el decreto abriendo las universidades era un golpe maestro; la amnistía, aunque muy restringida, un levantado pensamiento digno de los más grandes políticos, y la destitución de Eguía y Gonzalez Moreno una obra maestra de previsión; pero añadió que muchas y muy peregrinas dotes de ingenio y energía había de desplegar la Reina para someter á la plaga de humanos mónstruos que con el nombre de voluntarios realistas asolaba el Reino. Á todo esto atendía poco el enfermo, porque tenía su pensamiento hartamente distante de los disturbios de España. No será ocioso decir que en aquel momento sintió D. Benigno renacer en su pecho la antipatía que en otras ocasiones le inspirara su amigote; pero como en tan noble alma no cabía la ingratitude, pensó en las atenciones y cuidados que al mismo debía durante la enfermedad, y con esto se le fué pasando el rencorcillo. En las conversaciones de los días siguientes tuvo el buen acuerdo de no nombrar á la familia ni los Cigarrales, ni mentar cosa alguna que pudiese relacionarse con el importuno asunto de sus futuras bodas.

Un día, no obstante, en ocasión que comía en su lecho despaciosamente y gustando bien los manjares, como era en él costumbre, quedóse un buen rato á medio mascar, sin quitar los ojos de Salvador; y volviendo luego á atender el plato, habló así:

—Mis distracciones son tan chuscas como mis sueños. Hace un momento hallábame tan abstraído, tan engolfado con el pensamiento en ideas y cosas de mi familia que sin saberlo, aparté en el plato y corté con mi cuchillo los pedacitos con que suelo engolosinar á Juanillo Jacobo cuando come junto á mí. Me parecía que el pequeñuelo estaba á mi lado y que los demás distaban poco. Esto es tan frecuente en mí, Sr. D. Salvador, en el insoportable tedio de esta soldadura, que á veces, cuando siento pasos, me parece que son ellos que van á entrar, y cuando suena voz de mujer, si es bronca y regañona, me parece la de mi hermana, si es dulce y apacible como la de la misma discreción, me parece la de Sola. Cuando despierto por las mañanitas, mi alucinación es tal que con la propia evidencia se confunde, y siento que entran y salen, oigo á Cruz regañando con los chicos y haciendo mimos á los pájaros; oigo á Sola arreglando á los pequeñuelos para que vayan á la escuela, y me digo para mi sayo: “Tempranito se ha levantado mi gente. Ya Sola ha puesto mi cuarto como el oro, y me ha preparado ese chocolate que, por lo exquisito, debe de caer en espesos chorros del mismo cielo.”

Dando luego un gran suspiro se sonrió y dijo:

—Usted, solterón empedernido, no comprende estas deliciosas chucheces del alma. Diviértase usted con la política, con el conspirar, con la suerte de las monarquías, y derrítase los sesos pensando en si debe haber más ó menos cantidad de Rey y tal ó cual dosis de Constitución. Buen provecho, amiguito; yo me atengo á lo del poeta: denme *mantequillas y pan tierno*; sí señor, mantequillas, es decir amores puros y tranquilos: pan tierno, es decir, la sosegada compañía de una esposa honesta y casera, el besuqueo de los nenes, el trabajo y cien mil alegrías que cruzándose con algunas penillas van tejiendo nuestra vida.

—Bueno es el cuadro, bueno—dijo el otro, ocultando medianamente su disgusto.—Cuando sea realidad avise usted... Me consolaré de mi tristeza viendo la alegría de los que con sus buenas acciones han merecido vivir en paz. Solamente los perversos padecen contemplando el bien ageno. Yo, que no soy malo, pido un puesto, siquiera sea el último, en ese festín de regocijos y felicidades... Pero me ocurre preguntar: “¿Cerrará usted la puerta á los amigos después de su casamiento?”

D. Benigno no contestó nada, porque la afirmativa le pareció ridícula

y la negación aventurada, bastante contraria, si se ha de decir verdad, á sus propósitos. El otro dió las buenas noches y se fué á su cuarto para acostarse. Aquella noche, que Cordero contó entre las más infaustas de su vida, no pudo este dignísimo sugeto conciliar el sueño, porque le asaltó, á causa de las últimas palabras de su amigo, un pensamiento tan mortificante que le cambiaría de buen grado por la quebradura de todos los huesos de su cuerpo; de tal modo padecía su espíritu. Incorporado en la cama, pasó largas horas en horrorosa cavilación. Allí fué el amenazador levantamiento de su conciencia, allí la reyerta encarnizada entre ciertas ilusiones suyas y ciertos temores que aparecieron de improviso como enemigos emboscados acechando la ocasión. El digno encajero no podía apartar de sí el licor amarguísimo que un demonio invisible le ponía en los labios; ya suspiraba, ya se golpeaba la cabeza venerable, ya por fin elevaba los brazos y los ojos al cielo pidiendo á Dios que le librara de aquel fiero tormento. "Ni un momento más puedo vivir en esta incertidumbre, gritó. —Sr. D. Salvador, venga usted al momento; necesito hablarle.,"

Golpeó fuertemente el tabique inmediato á su cama. En la habitación próxima dormía Salvador; y durante los días críticos de la enfermedad de D. Benigno, siempre que éste necesitaba de la asistencia de su nuevo amigo le llamaba con un par de golpes suavemente dados en la pared.

Era la media noche. Salvador, al oír aquel extraordinario ruido en el tabique, creyó, por la violencia del llamamiento, que á D. Benigno se le había roto la otra pierna cuando menos, ó que había sido atacado de algún descomunal accidente. Levantóse aprisa, y corriendo al lado del enfermo, hallóle sentado en el lecho, pálido, con las gafas caladas, los ojos chispeantes y las manos en movimiento como quien acompaña de expresivos gestos las palabras que á sí mismo se dice:

—¿Qué hay?—preguntó—se ha deshecho el entablillado? ¿Qué es eso?... ¿calentura, dolores?

—No, hombre de Dios ó de cien Satanases; no es nada de eso—replicó el de Boteros señalándole la silla.—Esto es muy serio, repito á usted que es muy serio. Va en ello la tranquilidad, la vida toda, el honor de un hombre de bien que jamás ha hecho mal á nadie, porque sepa usted, Sr. D. Salvador ó D. Condenador, que yo no he hecho daño á ningún sér nacido, y cuando Dios me tome cuentas, no se presentará ni un mosquito, ni un miserable mosquito, á decir: "ese hombre fué mi enemigo.,"

—Está bien.

—Esto es muy serio, y así yo quiero una explicación categórica, leal, terminante, para tranquilidad de mi espíritu.

—¿Y esa explicación debo darla yo?

—Usted, sí, que desde hace algún tiempo se me ha puesto delante echando sobre mí como una ligera sombra, sí, y ahora me ha dicho cosas que aumentan esa sombra y la hacen más negra. Hablemos con claridad. Yo tengo ciertos proyectos que usted conoce. Yo pienso casarme, yo debo casarme, yo he creído que Dios ha dispuesto que yo me case. La que escogí para ser mi compañera es de tal condición... en fin, excuso de hacer su elogio, porque usted la conoce... Á eso voy, Sr. D. Salvador. Ella estuvo en un tiempo bajo el amparo y protección de usted; usted le escribía desde Francia. ¡Ay! Cuando estuvo mala, le nombró á usted en sus delirios. Después usted la vió en los Cigarrales, según me escribió ella misma; más tarde, ahora, se me muestra tan admirador de ella y tan afligido de mi felicidad, que no puedo menos de volverme caviloso y preguntarme si usted ha tenido ó tiene proyectos iguales á los míos, y si esos proyectos se refieren á la misma persona, que es, digámoslo claro, la mitad ó la principal parte de mi vida.

—Esos proyectos los tuve—replicó Salvador con firmeza.—No fui á los Cigarrales con otro objeto.

Detuvo D. Benigno su voz y sus manos, como alorado, y preguntó:

—¿Y ella?

—No quiso oirme. Mi situación al salir de los Cigarrales era bastante desairada.

—¿Y después?

—He pensado que por negligente y confiado perdí la partida.

—¿Y qué hay en usted ahora?

—Resignación.

—De modo que si yo no existiera...

—No deben fundarse cálculos sobre la muerte. En el mundo no es fácil asegurar quien ayuda ó quien estorba. Es posible que sea yo el que está demás.

—¡Oh! Dios mío... Pero usted no puede apreciar, como yo, sus infinitas cualidades, que la igualan á los ángeles—dijo D. Benigno con cierto desdén.

—Quizás las aprecie mejor; quizás yo esté en situación de ver en ella méritos de abnegación que usted no puede ver.

D. Benigno meditó breve rato. Había caído en un mar de cavilaciones que sin duda no tenía fondo.

—¡Ah!—exclamó dando un gran suspiro con el cual pudo salir de aquellas honduras tenebrosas,—usted me confunde más, pero mucho más.

Diciendo esto clavó los ojos en Salvador examinándole prolija y atentamente de piés á cabeza. Después dió otro gran suspiro y bajando los ojos murmuró para sí:

—También él se va poniendo viejo.

—¿No se necesitan más explicaciones?—preguntó Monsalud.

—No—replicó Cordero brusca y desabridamente.

—Pues yo voy á dar una que creo necesaria. No soy perverso; reconozco en usted á uno de los hombres mejores que existen en el mundo. Seré un miserable si sale de mí, por irresistible efecto de las pasiones, la más ligera oposición á la felicidad de usted... Es evidente, evidentísimo que yo soy el que está demás. Declaro que mi deber es no volver á pisar la casa del que posee lo que yo quise para mí.

—¡Barástolis!... Usted la ofende, señor mío.

—No la ofendo. Mi resolución no indica desconfianza de ninguno de los dos, sino respeto á entrambos, y además el deseo de ponerme á salvo de la envidia, porque yo tengo más de hombre que de santo, y la contemplación del bien perdido no me hará bailar de gozo.

Dijo esto en tono entre serio y festivo, y se retiró. Después de esta breve conferencia no se disiparon las confusiones ni se calmaron las ánsias del insigne Cordero, antes bien, se dió á cavilar más en el silencio de la noche, buscando entre sus recuerdos alguna sentencia del ginebrino que iluminase un poco sus tenebrosos pensamientos; pero Juan Jacobo no decía nada, y hasta de su querido filósofo y consejero se vió desamparado en tan tristes horas el hombre más bondadoso que por aquellos tiempos existía en el mundo.





II



UY avanzado estaba el invierno cuando Cordero y su amigo, despidiéndose con no poca alegría del Real Sitio, emprendieron su penoso viaje á la Corte por entre nieves y hielos. Separáronse del modo más cordial en la posada del Dragón, y D. Benigno, desmejorado y cojo, se fué á su casa con toda la rapidez que le permitía su detestable andadura, mientras Salvador buscaba donde alojarse. Pocos días después hallábase instalado en habitación propia que alquiló en la calle del Duque de Alba, no lejos de D. Felici-

simo Carnicero, de felicísima recordación. En Madrid no encontró novedad alguna, pues no merece tal nombre el furor con que todo el mundo fraguaba levantamientos y sediciones. Conspiraban las infantas brasileñas con sin igual descaro; conspiraban los voluntarios realistas, ayudados por la turbamulta de frailes y clérigos mal avenidos con la idea de perder su omnipotencia; conspiraban las monjas y los sacristanes, muchos militares que se habían hecho familiares de los obispos, y para que no faltase su lado cómico á esta comparsa nacional, también se agitaban en pró de D. Carlos muchos señores que habían sido rabiosos *democratistas* y jacobinos en los tres *llamados* años de la *titulada* segunda época constitucional. Antes habían gritado por el *sistema* y ahora suspiraban por los *derechos de la soberanía en su inmemorial plenitud*.

Oyó también Salvador los despropósitos del vulgo, á quien se había hecho creer que el Rey no vivía y que aquel buen señor que salía en coche á paseo era el cadáver embalsamado de Fernando VII. Por un sencillo mecanismo, la *napolitana*, que á su lado iba, le hacía mover las manos y la cabeza para saludar. ¡Y con un Rey relleno de paja se estaba engañando á esta heroica Nación!

Vió un cambio de ministros fundado en que los del 16 de Octubre parecieron un poco dañados de liberalismo, pues la Corte deseaba un gobierno absolutamente agridulce que contentase á todos y conciliara el día con la noche, cosa en verdad más difícil que asar la manteca. También pudo ver la anulación del célebre codicilo, acto solemne de que se burlaron los carlistas, y oyó contar la fuga de Calomarde vestido de fraile, y los desmanes del obispo de León, el cual, ensoberbecido como un cacique indio y no pudiendo sublevar el reino, puso en armas su diócesis, dando la comandancia de voluntarios realistas á la Purísima Concepción.

Otras muchas cosas supo y vió que no son para referidas á la ligera. Sus relaciones con gente de varias clases le informaban de todo. Pipaón, D. Felicísimo Carnicero y el marqués de Falfán no hacían misterio de los planes apostólicos, y Genara, furibunda sectaria del sistema del justo medio ó de la conciliación, era el órgano más feliz que imaginarse puede de los pensamientos de aquel astuto Sr. Zea que gobernaba ó aparentaba gobernar la nave (¡siempre la nave!), más cercana á los escollos que al deseado puerto.

Genara se había establecido en su antigua casa, notoria tres años antes por la tertulia á que concurrían literatos tiernos y políticos maduros; pero ya en el invierno de 1833 no se abrían las puertas de aque-

lla feliz morada para el primer poeta que viniese de su provincia cargado de tragedias, ni para los tenores italianos, ni para los abogados oradores que empezaban á nacer en las aulas con una lozania hasta cierto punto calamitosa. El círculo era mucho más estrecho y las amistades más escogidas, con lo que ganaba en consideración la casa. Y aquí viene bien decir que la interesante señora había perdido por completo su afición á la poesía lírica (que no hay cosa durable en el mundo), y tanto caso hacía ya del prisionero de Cuéllar como de las nubes de antaño. Él era en verdad de un caracter poco á propósito para la constancia en los afectos. No se sabe si en la temporada á que nos vamos refiriendo había dado á conocer Genara preferencia ó simpatía por alguna otra de las artes liberales, ó por la artillería y la náutica, como se dijo. Careciendo de noticias ciertas, nos abstenemos de afirmar cosa alguna; que en casos dudosos vale más atenerse á la opinión buena, como mandan la moral de la historia y la caridad cristiana.

D. Luis Fernandez de Córdoba, militar brillantísimo, pasaba, cuando vino de Berlin para encargarse de la embajada de Portugal, largas horas en casa de Genara. También iban, aunque no con mucha frecuencia, D. Francisco Javier de Búrgos y Martinez de la Rosa. Era de los asiduos un joven oficial granadino llamado Narvaez, muy vivo de genio, ceceoso, pendenciero y expeditivo. Pero la persona más digna de mención entre los que visitaban á la hermosa señora era un jesuita del colegio Imperial, llamado el padre Gracián, hombre de mucha piedad y oración. Decían algunos que de la amistad del buen religioso con Genara iba á salir la conversión de ésta, ó sea su entrada en las buenas vías católicas. Otros declaraban haber notado en ella resabios de mojigatería; pero sea lo que quiera, lo cierto es que las intenciones del padre Gracián eran altamente provechosas, porque (digámoslo de una vez) se había propuesto reconciliar á la señora con su marido.

Que Pipaón visitaba casi diariamente á su antigua amiga y paisana no hay para qué decirlo. Por añadidura, el excelentísimo D. Juan Bragas había simpatizado mucho con el jesuita Gracián. Ambos platicaban con seriedad pasmosa de los negocios de Estado y de la Iglesia, deplorando mucho la tibieza de creencias que tanto dañaba á la sociedad española en aquellos tiempos y concluían deseando que viniesen otros mejores en que marchasen las naciones por el camino de la piedad, dulcemente pastoreadas por los ministros del altar. Como Gracián se interesaba tanto por sus amigos y quería llevar todos los beneficios posibles al seno de las familias cristianas, tomó muy á pecho la realización del

casamiento de Bragas con Micaelita, proyecto de que ya hay noticias en el libro anterior.

Acompañando á Pipaón iba Salvador algunas veces á casa de Genara; solían comer juntos los tres, y cuando se encontraban Monsalud y Gracián también hablaban largamente del Estado y de la Iglesia. Un día, después de hablar con él, el jesuita pidió informes á la señora de la casa sobre aquel desconocido amigo, quizás para ver si le podía reconciliar con alguien, porque el afán del buen discípulo de San Ignacio era la reconciliación. Genara respondió:

—Si quiere usted ganar la palma del buen pacificador, hágale usted amigo de mi marido.

—¿No se quieren bien?—preguntó Gracián con astucia.

—Nada bien... Es enemistad que data desde la guerra con los franceses. Ambos son tercos, soberbios, y quizás en su juventud aconteciera alguna cosa de esas que siempre son motivo de rivalidad entre los hombres...

—Alguna mujer...

—Puede ser, puede ser que eso haya sido—dijo ella con serenidad que tiraba á indiferencia.

Algo más dijeron sobre esto; pero no nos importa todavía, y siendo más urgente seguir los pasos de la persona á quien aludían la dama y el sacerdote, vamos tras él sin pérdida de tiempo. Algunos días le vimos entrar en la casa de D. Felicísimo Carnicero, con quien aún tenía algunas cuentas pendientes. El agente le recibía como se recibe á todo aquel con quien se ha hecho un negocio muy lucrativo, y haciéndole sentar á su lado dábale palmaditas en el hombro y hasta se aventuraba á contarle cualquier sabrosa cosilla de la conspiración carlista.

Una mañana, al entrar en la casa de Carnicero, encontró en la escalera á un coronel de ejército amigo suyo. Era D. Tomás Zumalacárregui. Iba acompañado del conde de Negri, y esto le hizo comprender que el valiente vizcaino, resistente hasta entonces á los halagos de la gente mojigata, se había dejado seducir al fin. Se saludaron y siguió adelante. Abrióle la puerta Tablas. Al entrar pisó al gato, que escapó mayando, y luego, á causa de la oscuridad de los destartalados pasillos, tropezó con Doña María del Sagrario, que al choque dejó caer de las manos un enorme plato de puches. Puso el grito en el cielo la señora, y al ruido alarmóse tanto D. Felicísimo, que se aventuró á salir de su nicho preguntando si había entrado en la casa un tropel de *cristinos*. Salvador se deshacía en excusas, y al acercarse á la pared, manchósele la negra ropa

de tal modo que parecía un molinero. Al sacudirse, no sin comentar con algunas frases aquel rudimentario blanqueo de las paredes, hubo de tropezar con una de las vigas que sostenían la casa y pareció que toda la frágil fábrica se estremecía y que del techo caían pedazos de yeso, como si por entre las maderas superiores corriesen á paso de carga bellicosos ejércitos de ratones. Por fin llegó á dar la mano á Carnicero y entraron juntos en el despacho.

—Parece que entra un temporal en mi casa—dijo el anciano colocándose en su nicho.—¿Y qué tal? ¿Ha encontrado usted en la escalera á Zumalacárregui y al señor conde? Buen militar y buen diplomático, jí, jí...

—Zumalacárregui es una buena adquisición—respondió Salvador.— Tiene valor y talento.

—Pues hay otras adquisiciones mucho mejores todavía—dijo Carnicero frotándose las manos.—¿Con que ese desdichado Gobierno del Sr. Zea ha emprendido el desarme de los voluntarios realistas?... Sí, el fantasmón de Castroterreño en León y el mentecato de Llauder en Cataluña ponen despachos al Gobierno diciendo que han quitado las armas á los voluntarios realistas. ¿Usted lo cree? ¿Usted cree que se pueden quitar los rayos al sol? Jí, jí. ¡Y creará el bobillo que ha puesto una pica en Flandes!... Yo llamo el *bobillo* á ese señor Zea, que es una especie de ministro embalsamado, como el Rey ha venido á ser un Rey de papelón.

—El Gobierno se cree fuerte, Sr. Carnicero, y parece decidido á echar una losa sobre el partido de D. Carlos. Mucho cuidado, amigo, que ahora parece que tiran á dar.

—¡Oh! por mí no temo nada—manifestó D. Felicísimo con énfasis, echándose atrás.—Pero vamos á lo que urge. Ya sé á lo que viene usted hoy.

—Á lo mismo que vine ayer.

—Y anteayer y el martes y el sábado pasado. Hoy no ha venido usted en balde. Al fin, al fin...

—¿Llegó?

—Sí, sí, el Sr. D. Carlos Navarro, nuestro valiente amigo, llegó anoche de su excursión por el reino de Navarra y por Álava y Vizcaya. Es un guapo sugeto. Dice que en todo aquel religioso país hasta las piedras tienen corazón para palpitar por D. Carlos, hasta las calabazas echarán manos para coger fusiles. Las campanas allí, cuando tocan á misa dicen "no más masones" y el día en que haya guerra los hombres

de aquella tierra serán capaces de conquistar á la Europa mientras las mujeres conquistan al resto de España... Bueno, muy bueno... ¿Con que usted desea ver á ese señor? Le prevengo á usted que está oculto.

—No importa: sólo pienso hablarle de asuntos de familia. En el último verano estuvo en la Granja pero no le pude ver, porque siempre se negó á recibirme. Ahora me será más facil, porque le escribirá usted dos palabras.

—Lo haré con mucho gusto; pero prevengo á usted también que el Sr. D. Carlos está enfermo del hígado. Ya se ve ¡ha trabajado tanto! Es un incansable campeón de las buenas doctrinas. Anoche se quejaba de atroces dolores, y, cosa rara en hombre tan religioso, jí, jí, más invocaba á los demonios que á la Santísima Virgen. Si quiere usted tener segura la entrevista que desea, se lo diremos al padre Gracián, jesuita, excelente sugeto que viene aquí algunas tardes, y después solemos ir á tomar chocolate á casa de Maroto, adonde va también el Padre Carassa... Pues bien, Gracián es amigo del Sr. D. Carlos, y ya hace tiempo que se ha propuesto reconciliarle con su señora esposa... ¡Oh! es un neblí para las reconciliaciones ese buen padre Gracián.

—Le conozco. Es un digno sacerdote que tiene las mejores intenciones del mundo, y si no consigue hacer feliz á la humanidad toda es porque Dios no quiere... En conclusión, entiéndanse usted y el Padre Gracián para que yo pueda ver al Sr. Navarro y hablarle de un asunto que no es político y sólo á él y á mí nos interesa. ¿Él vive...?

—No sé si debo decírselo á usted en este momento, antes de que el mismo Sr. D. Carlos, bellísima persona, jí, jí... antes de que el mismo Sr. D. Carlos Navarro dé licencia para que usted le vea. Ya lo arreglaré yo. Vuélvase mañana por esta su casa.

Luego que Salvador se fué, D. Felicísimo escribió una carta en cuyo sobre, después de trazar tres cruces, puso: *Á la Señora Doña María de la Paz Porreño, calle de Belén.*





III



Las pobres señoras casi vivían en la misma estrechez que en 1822, porque las mudanzas políticas y sociales se detenían respetuosas en la puerta de aquella casa, que era sin duda uno de los mejores museos de fósiles que por entonces existían en España. Los períodos de tiempo en que imperaba el absolutismo eran para el medro de la casa y abundancia de las despensas Porreñanas lo mismo que aquellos en que prevalecía la vil canalla de los *clubs*. De modo que en punto á comodidades y vituallas el agonizante marquesado habría terminado con un desastre igual al que han sufrido formidables imperios si no viniera en su auxilio una industria que, si bien es algo prosáica, tiene algo de noble por estar emparentada con la hospitalidad.

Las dos ilustres cuanto desgraciadas señoras aposentaban en su casa á un caballero tan respetable como rico durante las temporadas, á veces muy largas, que dicho sugeto pasaba en Madrid. El trato era excelente, la remuneración buena, y la armonía entre el huésped y las damas tan perfecta que los tres parecían hermanos. La familiaridad realzada por el respeto y una llaneza decorosa reinaban en la silenciosa mansión que parecía habitada por sombras.

Bueno es decir, para que lo sepan los historiadores, que con las módicas ventajas pecuniarias adquiridas por aquel medio honestísimo habían renovado las señoras parte del mueblaje, aunque todas las piezas de antaño se conservaban, sostenidas por los remiendos y pulidas por el tiempo y el aseo. ¡Cosa admirable! el reló había vuelto á andar; mas por malicia del relojero ó por un misterio mecánico imposible de penetrar, andaba para atrás, y así después de las doce daba las once, luego las diez y así sucesivamente. El cuadro de santos de la Orden Dominica había sido restaurado por la misma Doña Paz, asistida de un hábil vejete carpintero, sacristán y encuadernador, y emplasto por aquí, pegote por allá, con media docena de brochazos negros en las sombras y una buena mano de barníz de coches por toda la superficie, había quedado como el día en que vino al mundo. Por el mismo estilo se habían salvado de completa ruina las urnas de santos y las cornucopias, que por no tener ya en sus cristales sino irregulares manchas de azogue parecían una colección de mapas geográficos. Lo nuevo, que era muy humilde, consistía en sillas de paja, cortinas de percal, ruedas de estera de colores; pero alegraba la casa y su vetusto matalotaje. Por tal manera aquella imágen cadavérica de los pasados siglos se reía en su tumba.

En la época en que nuevamente la encontramos, Doña María de la Paz se acercaba velozmente á una vejez apoplética, marchando á ella con los piés gotosos, la cabeza temblona, los hombros y el cuello crasos. Sus cabellos, no obstante, se conservaban negros lo mismo que el lunar, y era que ella perseguía las canas como si fueran liberales, y no daba cuartel á ninguna, siendo tan implacable con ellas, que cuando vinieron en tropel y no pudo arrancarlas por temor á quedarse en el puro casco, las disfrazó vistiéndolas de luto para que nadie las conociera. Así cuando esta operación no estaba hecha con habilidad (porque con las fuerzas había mermado la vista) aparecían las sienes y la frente empañadas con ciertas nubes negras por encima de las cuales brillaba la nieve, remediando un admirable paisaje de invierno.

Doña María Salomé estaba tan momificada que parecía haber sido

remitida en aquellos días del Egipto y que la acababan de desembalar para exponerla á la curiosidad de los amantes de la etnografía. Fija en una silleta baja, que había llegado á ser parte de su persona, se ocupaba en arreglar perifollos para decorarse, y á su lado se veían, en diversas cestillas de mimbre, plumas apolilladas, cintas de matices mústios, trapos de seda arrugados y descoloridos como las hojas de otoño, todo impregnado de un cierto olor de tumba mezclado de perfume de alcanfor. Decían malas lenguas que al hacerse la ropa juntaba los pedazos y se los cosía en la misma piel; también decían que comía alcanfor para conservarse, y que estaba forrada en cabritilla. Boberías maliciosas son estas de que los historiadores serios no debemos hacer caso.

Una mañana... Olvidaba decir que en la casa había una gran pieza interior que daba á un patio ó corralón muy espacioso, de donde recibía el sol casi todo el día. En dicha pieza tendía Doña Paz la ropa lavada en casa. De muro á muro todo era cuerdas, y cuando estaban llenas de ropa, aquello parecía un bosque de trapos húmedos. Pues bien, una mañana se paseaba Doña María de la Paz por aquellas alamedas del aseo, cuando entró Doña María Salomé, y dándole una carta que acababan de traer á la casa, le dijo:

—Otra carta para el Sr. D. Carlos. Viene con sobre á tí; pero es para él. Mira las tres cruces. La letra parece del Sr. D. Felicísimo.

--Se la daremos cuando despierte—replicó Doña Paz.—El pobre señor ha pasado muy mala noche.

—Por cierto—manifestó Doña Salomé con semblante muy serio, en el cual se revelaba una aprensión escrupulosa—por cierto que no sé si será conveniente recibir cartas de esta manera. Esto puede dar lugar á interpretaciones contrarias á nuestro honor y buen nombre. Los vecinos se enteran de todo... ven que recibimos cartas... ven que entran aquí de noche muchos hombres... No sé, no sé...

—Calla, mujer—dijo Doña Paz asomando la cabeza por entre el ramaje blanco.—¿Qué pueden sospechar de nosotras?

—Puede caer alguna tacha, mujer, sobre nuestra reputación—afirmó Salomé de muy mal talante.—Bien sabes tú que no basta ser honrada, sino parecerlo, y dos señoras solas, como nosotras, han de tener mucho cuidado para no andar en lenguas de maliciosos.

—¡Siempre tonta!—murmuró Doña María de la Paz desapareciendo en lo más espeso del bosque de ropa.

—Yo estoy decida á hablar claramente al Sr. D. Carlos—añadió la otra.—Nadie le aprecia más que yo; pero este entrar y salir de hombres

á todas horas del día y de la noche no está en conformidad con lo que ha sido siempre nuestra casa. ¿Qué quieres? no me puedo acostumbrar: yo soy así. Lo digo y lo repito, hablaré al Sr. D. Carlos.

—No faltaba más sino marear al Sr. D. Carlos con semejante impertinencia—dijo Doña Paz reapareciendo en una alameda de lienzo.

—Lo digo y lo repito... Además, los compañeros, ayudantes ó lo que sean del Sr. D. Carlos, no nos guardan las consideraciones que merecemos. ¿Qué más?... Ayer no me había acabado de peinar cuando ese bárbaro de Zugarramurdi entró en mi cuarto sin pedir permiso... ¡Y para qué! para decirme si había yo visto una de sus espuelas que no podía encontrar.

—Bobadas... Habla más bajo... Me parece que se ha despertado el Sr. Navarro.

Apareció en la puerta una enorme barba á la cual estaba pegado un hombre. De entre aquel enorme vellón castaño salió una voz seca y desabrida que dijo:—El chocolate.

—En seguida, Sr. Zugarramurdi. Tome usted esta carta que han traído para el Sr. D. Carlos. ¿Qué tal está hoy?

—Mal—respondió el de la barba dando media vuelta y desapareciendo por donde había venido.

—¡Qué modos!—murmuró Salomé dirigiéndose á su cuarto.—Ya no hay caballeros.

Navarro moraba en la misma habitación ocupada algunos años antes por una mujer que murió en olor de santidad. Poco ó ningún cambio había tenido la pieza, que más que gabinete parecía capilla, ó mejor un abreviado trasunto de la corte celestial, pues todo en ella era santicos pintados y de bulto, reliquias, estampas de santuarios y monasterios. corazones bordados, palmios, y un altar completo con sus candeleros de estaño, sus arañas colgadas del techo, sus misales y sus tres curitas de cartón con casullas de papel, en actitud de celebrar misa cantada. Completaban la decoración una enorme espada pendiente del mismo clavo que sostenía un niño Jesús bordado en cañamazo, dos escopetas arrimadas á un rincón, dos guantes y dos mascarillas de esgrima junto á dos pares de floretes, tres maletas muy usadas y un hombre.

Este hombre hallábase sentado ó más bien sumergido en un sillón, con las piernas ocultas bajo gruesa manta que le llegaba á la cintura, la cabeza inclinada sobre el pecho y tan inmóvil que parecía dormido ó muerto. Un brasero de cisco bien pasado mostraba su montoncillo de ceniza esmaltado de fuego cerca del envoltorio que debía contener los

piés del individuo, el cual si alguna vez daba señales de existencia era dándolas de frío. Su cara era morena tirando á verde á causa de la palidez, así como el blanco de los ojos no era blanco sino amarillo. El cabello negro y áspero tenía bastantes canas, y generalmente se veía la potente cabeza apoyada en una mano negra, tostada, cuyas venas retorcidas y tendones y músculos recordaban la mano que D. Quijote enseñó á Maritornes cuando lo colgaron del tragaluz de la venta.

En un velador cercano tenía el guerrillero medicinas que tomaba, cartas que leía, tabaco, un libro, un rosario y una pistola. Beber y fumar, alternando con lecturas, era su ocupación en las aburridas horas del día precursoras de los insomnios de las noches. No gustaba de que los amigos le dieran conversación. Su mejor amigo era el más discreto de todos, el silencio.

Pero Zugarramurdi y Oricain tenían un recurso para distraerle, aunque por poco tiempo. Tiraban al florete, y entonces los ojos del guerrillero se animaban; seguía con atención los movimientos de los fingidos duelistas y aún arrojaba alguna palabra picante ó algún comentario de maestro entre los rechinantes aceros. Pero de repente decía "basta," y los dos atletas soltaban el florete y se quitaban la máscara, sacando á luz el rostro sudoroso. En aquel momento Zugarramurdi parecía el hombre prehistórico embutido en sus feroces barbas, y Oricain, el formidable oso navarro, perdía mucho en belleza, porque la máscara de alambre disimulaba su fealdad.

Aquel día (nos referimos al día de la carta de D. Felicísimo) D. Carlos se cansó más pronto que nunca.

—Basta de estocadas—dijo.—Zugarramurdi, pásate per casa de don Tomás Zumalacárregui y dile que le espero mañana. Oricain, alcánzame mi rosario y vete. Cuando llegue el padre Gracián, entras y si duermo, me despiertas... Hoy no como.

Pasada la hora de la siesta vino el padre Gracián. Era un mocetón de alta estatura, de treinta y ocho ó cuarenta años de edad, moreno, los labios gruesos, la nariz aberengénada, áspero el pellejo y curtido, como formado expresamente por Dios para resistir á los abrasadores climas del trópico y á los hielos polares.

Su barba era tan negra y espesa que aun afeitada del mismo día dejaba una mancha oscura en toda la parte inferior del rostro. Debía tener fuerzas hercúleas aquel arrogante granadero de la Iglesia, y si bajo el punto de vista corporal estaba admirablemente constituido para las misiones, no lo estaba menos en el orden espiritual, por ser hombre de

muchas sabidurías, eruditísimo en las letras sagradas y bastante fuerte en las profanas, elocuente en el púlpito y persuasivo en la conversación, águila en la cátedra y lince en el confesionario. También sabía de medicina y había hecho curas que pasaron por milagrosas. Era tan grandón que su manteo parecía tener una pieza de tela, y cuando se embozaba no concluía nunca de echar paño al viento. Su sombrero de teja no medía menos de una vara, y como lo llevaba siempre un poco echado atrás y su cuerpo se encorvaba hacia adelante, parecía que iba cargando una pesada viga. Sus desmesurados piés, sepultados en zapatos de paño, pisaban con la pesadez y adherencia de la robusta planta calzada de alpargata, que golpea como una maza las baldosas de muelles y almacenes.

Después de saludar con escogida afabilidad al guerrillero enfermo, tomó asiento junto á él, y metiendo la mano por ciertas aberturas de la sotana tras de las cuales había bolsillos tan hondos como el mar, empezó á sacar varios cucuruchos de papel semejantes en tamaño y forma á los que hacen en las tiendas para contener dos cuartos de azúcar, de café ó de anises. Conforme los sacaba los iba poniendo sobre el velador y miraba el rotulillo que de su puño y letra estaba escrito en cada uno.

—¿Qué es eso?—preguntó Navarro picado de curiosidad, sospechando que su amigo había puesto tienda de comestibles ó droguería.

—Esto es tierra de la gruta de San Ignacio en Manresa, reliquia que solicitan mucho las personas devotas. He recibido hoy una pequeña remesa y la distribuyo entre las amigas que há tiempo me la han pedido... Si habré olvidado el cucurucho de Doña María de la Paz... ¡Ah! no, aquí está. Me hará usted el favor de entregárselo. Estos otros son para la Excelentísima Señora Condesa de Rumblar, para las monjas de Góngora, para el Sr. D. Pedro Rey, que ha tenido á la muerte á su preciosa niña Perfectita, y para otras diversas familias...

En seguida guardó los cucuruchos en sus bolsillos insondables como la mar, y dando después violenta palmada en la rodilla del guerrillero, le dijo:

—Veo que está usted mejor... Esa cara ya es otra... Pronto estará usted bien.

El guerrillero dió un suspiro y se sonrió. Ambas demostraciones indicaban incredulidad del pronóstico y gratitud por el consuelo.

—Pronto, muy pronto, cuando llegue el momento de dirimir en los campos de batalla la cuestión entablada entre el Altísimo y los masones, podrá contar el Altísimo con su más valiente Macabeo.

—Eso es lo que pido á Dios con todo el fervor de mi alma —dijo Navarro echando amargura por la boca y por los ojos— y lo que Dios no me concederá.

—Yo tengo para mí—manifestó el clérigo con mucha fé,—que Dios no se amputará un brazo tan poderoso... La enfermedad de usted no vale nada, repito que no vale nada. No hay lesión, repito que no hay lesión. Es un abatimiento producido por una acumulación biliosa, cuyo origen hemos de buscar en la trabajosa vida de usted y en los disgustos domésticos que han acibarado su alma. El alma, el alma, señor mío, es la que está enferma, y al alma se ha de aplicar la medicina. ¿Cuál es esta? Pues es un confortamiento dulce que se consigue mezclando la confianza con la paz y la indulgencia con la piedad.

Navarro manifestó en su semblante, sin decir palabra alguna, el disgusto que le causaba un tema planteado ya muchísimas veces, aunque sin fruto, por el venerable padre Gracián.

—No, no frunza usted el entrecejo —dijo éste, mostrándose decidido.—No cejaré sino cuando usted me retire su amistad y me arroje de su casa.

—Eso no...

—Pues si eso no, resígnese usted á sentir el moscón en su oído. ¿Y qué dirá el moscón? Dirá que usted no tendrá salud mientras no tenga paz en su espíritu, y no tendrá paz en su espíritu mientras no tenga familia. ¿Y cuándo tendrá usted familia? Cuando se reconcilie con su esposa, previo el arrepentimiento de ella y el perdón de usted. ¡Arrepentimiento, perdón! Sobre estos dos polos se mueve el mundo inmenso de las almas. Todo el saber moral se condensa en estas dos ideas que establecen el parentesco del hombre con Dios...

Navarro quiso hablar.

—No, no admito réplica sobre esto. Lo digo yo y basta—manifestó el jesuita, fuerte en su autoridad.—Cuando yo he planteado á usted este problema incitándole á resolverlo, ya se comprende que no puede haber deshonor para usted. La verdadera deshonor es cerrar los oídos á las amonestaciones de la Iglesia que dice á los esposos: “amaos, uníos.” Los juicios del mundo son pérfidos y vanos. ¿Debe hacer caso de ellos un hombre religioso y prudente? No. ¿Cuál es el peor consejero del hombre? El orgullo. ¿Y el mejor? La piedad. ¿Qué le dice á usted su orgullo? le dice: “no cedas y muere envenenado por el rencor antes que pronunciar una palabra indulgente.” ¿Qué le dice la piedad? le dice: “perdona para que seas perdonado,”... Sé que hay razones de aparente fuerza; pero yo

he estudiado el asunto con cariño y he visto que lo que usted presenta como obstáculo no lo es... Dios quiere sin duda que esta obra se realice, porque desde que la emprendí, estoy viendo con mucha claridad el camino de ella. ¿Y qué veo? Veo en esa señora el hastío de la soledad y un deseo muy vivo de establecer en su vida el orden interrumpido; veo que lejos de guardar á usted rencor le respeta y le ama. He podido llegar á vencer ciertas resistencias que en su alma había, y con poco que usted me ayude...

—Padre, padre—dijo D. Carlos respirando fuerte, porque estaba abrumado bajo el insoportable peso del sermón,—eso no puede ser. Hay roturas que no pueden soldarse nunca, nunca, ni en el cielo. Suponga usted que yo me retiro á un desierto, hago penitencia, me santifico, muero, me salvo y entro en el reino de Dios como bienaventurado, más aún, como santo. Suponga usted también que ella se arrepiente de su mala conducta, que recibe de Dios aficciones y justas calamidades, que se pudre en vida, que se retira á hacer vida claustral, que luego cae en poder de infieles, que la martirizan, que la queman, que la achicharran, que muere, que se salva, que es santa, que es pura como un angel... Bueno, suponga usted que nos encontramos en el cielo...

—Y abrazados llorarán lágrimas de perdón—exclamó el padre muy conmovido y cruzando las manos.

—¡No!—gritó Navarro, y aquella sílaba sonó como un tiro.

El jesuita se quedó perplejo, mirando á su amigo con espanto. No se atrevía á insistir en su empeño ante la inalterable dureza de aquella roca en forma humana, que exteriormente tenía todas las escabrosidades de la peña y por dentro todos los amargores del mar; pero también él, el jesuita, tenía á falta de aparentes durezas, la constancia y persistente fuerza de la ola. No creyó prudente insistir por el momento, y encalmándose sin esfuerzo, bajó la cabeza, echó un suspiro y murmuró en tono de paz estas suaves palabras:

—Todo sea por Dios. Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de otra cosa—dijo Navarro con alegría.—Hábleme usted de otra cosa, aunque sea de los cucuruchos.

—Tenía que decir á usted no sé qué—indicó Gracián algo confuso; mas dándose una palmada en la frente añadió:—¡Ah! ya me acuerdo... Tengo aquí la apuntación. Un caballero amigo mío, mejor dicho, conocido, desea hablar con usted. Le conocí en casa de Doña Genara.

—¡En su casa!—exclamó Navarro poniéndose más verde, y clavando las uñas en los brazos del sillón.

—Sí; también D. Felicísimo me habló de él esta mañana... No me acuerdo de su nombre... pero lo apunté y aquí debe de estar.

Diciendo esto el buen jesuita metía la mano y después el brazo hasta el codo en el infinito bolsillo.

—No se moleste usted—dijo Navarro tomando la carta de D. Felicísimo que abierta sobre el velador estaba, y mostrándosela á su amigo.—¿Es este su nombre?

—El mismo—replicó Gracián.

Y en el propio instante se abrió la puerta y apareció la cara, mejor dicho, la zalea con ojos del Sr. Zugarramurdi, el cual no dijo más que una sola palabra:

—Ese...

Después de mirar un rato muy hoscamente al suelo, Carlos habló así:

—Que entre... Usted, queridísimo padre, me hará el favor de dejarme solo... Mañana tampoco puedo asistir á la junta, pero me representa el Padre Carasa. Deseo saber inmediatamente lo que se decida. ¿Vendrá usted á decírmelo?

Después de contestar afirmativamente con su afabilidad no estudiada, el dignísimo Padre Gracián salió para seguir repartiendo sus cucuruchos entre las damas piadosas que sabían apreciar tan interesante objeto devoto.





IV

BIEN se le conocía á Salvador la emoción que sentía al verse delante del guerrillero, y éste, que no esperaba hallar en el semblante de su mortal enemigo otra cosa que desconfianza y altanería, se sorprendió al mirarle cohibido y algo acobardado; mas no sospechó la razón de esta mudanza. Mandóle sentar y un buen rato estuvieron los dos mirándose, sin que ninguno se decidiera á hablar el primero. Por fin Carlos rompió el silencio diciendo:

—No podía desairar á D. Felicísimo... por eso te he recibido, exponiéndome á las consecuencias de este mal rato. Ya sabes que estoy enfermo y el médico dice que no debo incomodarme.

—Eso depende de tí. Yo vengo con bandera de paz y decidido á no incomodarme. Has hecho bien en recibirme. Hace tiempo que te busco, y ahora que te encuentro te pregunto si crees que no me has perseguido y vejado bastante.

—¿Quieres que sea bastante ya?—dijo Garrote con sarcasmo.—Pues sea y déjame en paz. Si no me acuerdo de tí, si te desprecio...

—¡Pobre hombre!—exclamó Salvador.—Tu orgullo dice tan mal con tus alardes de piedad religiosa... Yo vengo ahora á ponerte á prueba y á ver si tu alma rencorosa es, como parece, incapaz de todo sentimiento que no sea el de la venganza...

—¿Vienes á ponerme á prueba?... Con cien mil rábanos, hombre, que seas benigno—dijo Navarro empezando á enfurecerse. ¡Y luego me dirá el médico que tenga paciencia, que no me sulfure, que no se me suba á la boca y á los ojos la hiel de mis entrañas!... Oye tú, menguado, por no darte otro nombre, ¿vienes á gozarte en mi desgracia, viéndome enfermo y sin fuerza para castigar un insulto, ó vienes á espiarme por encargo de los masones? Si es esta tu intención, no necesitas aguzar el ingenio para descubrir mis acciones. Puedes decir á esos señores que sí, que estoy conspirando ¡rábano! que hago lo que me dá la gana, que trabajo como un negro por la causa del Rey legítimo y que yo y mis amigos nos reunimos y nos concertamos, despreciando á este Gobierno estúpido, cuya policía hemos comprado. Al ejército lo seducimos y lo traemos habilidosamente á nuestra causa; al Gobierno le engañamos, y á vosotros los masones de bulla y gallardete os compramos á razón de dos pesetas por barba. Ea, ya lo sabes todo; ya puedes ir con el cuento.

—Ya sé que conspiras—dijo Monsalud manteniéndose sereno—y no me importa... Otro asunto me trae, asunto que es de mucho interés para entrambos, al menos para mí. Dime, ¿no has pensado alguna vez, principalmente en estos días de dolencias, aislamiento y tristeza, en la esterilidad de los infinitos medios que has empleado para exterminarme? ¿No te han venido á la mente consideraciones sobre esto, no te has sorprendido á tí mismo, en ciertos momentos, meditando, sin saber cómo ni por qué, sobre el hecho de que todos tus actos de venganza han sido inútiles, y que Dios me ha preservado casi milagrosamente de tus crueldades?

Mientras esto decía Salvador, le miraba Navarro con cierto asombro que no carecía de estupidez, y era que, en efecto, había meditado no pocas veces sobre aquel problema. Sin embargo, por no declarar que su sombrío interior había sido descubierto, dijo bruscamente:

—Pues jamás he pensado en tal cosa. ¿Á qué vienen esas sandeces?

—Estas sandeces—dijo Salvador creciéndose más—son para demostrarte que Dios, á quien tú, llevado de una piedad absurda, crees cómplice de tus violencias y de tus sañudas venganzas, es quien te ha burlado y me ha protegido. ¡Qué bien y con cuanta oportunidad ha deshecho tus combinaciones implacables, permitiendo que llegara un día como este, en el cual voy á desarmarte para siempre!

Navarro seguía mirándole con estupidez.

—Por muy malo que te suponga—añadió Salvador—no te creo capaz de conservar tus rencores después de saber que tú y yo somos hijos de un mismo padre.

El guerrillero saltó en su asiento, como quien oye un insulto. Su cara se congestionó. Á borbotones echó de su boca estas palabras:

—¡Es mentira, es mentira!

—¿Mentira, eh? ¿con que es mentira? Tengo de ello un testimonio para mí sagrado, escrito por la mano de la persona más querida para mí en el mundo, y ratificado en su lecho de muerte. Tú puedes creerlo ó no, según se te antoje: á tu conciencia lo dejo. Cumplo con mi deber diciéndotelo. La mitad de este secreto te corresponde á tí, mal que te pese. Yo no puedo quedarme con él todo entero.

Inquieto en su asiento, Navarro vaciló entre la ira y la curiosidad.

—Esas cosas—dijo—no se pueden creer sin algo que lo pruebe... ¿Á ver, qué es eso? ¿Qué significa ese paquete atado con cintas encarnadas?

Salvador había sacado un paquete y escogía en él los papeles que quería mostrar á Carlos.

—Esta es la carta que mi madre me escribió poco antes de morir—dijo poniéndola en manos de Navarro.—Es la confesión de una falta redimida por una existencia de penas y oscuridad; es una declaración santa, que respira honradez, paciencia y bondad. Se necesita ser un mónstruo para no inclinarse con respeto ante esa vida de abnegación y deberes trascendida á la sombra de una vergüenza jamás reparada..

El otro leía, leía. Salvador le miraba leer y mentalmente seguía los conceptos de la carta. Concluida la lectura Navarro dió un suspiro y dijo:

—¡Qué sed tengo!... Si quisieras echar agua de la alcarraza en aquel vaso que allí está y alcanzármelo...

Monsalud le dió agua, y luego que le vió aplacar su sed, dióle otros papeles diciéndole:

—¿Conoces esa letra?

—Son cartas de mi padre—murmuró Navarro, devorándolas con la vista.

—No es ocasión ahora—dijo Salvador,—de hacer comentarios sobre las promesas hechas en esas cartas y jamás cumplidas. Esas viejas cuentas se habrán arreglado en otra parte.

Callaron ambos, y Navarro, puesta su alma toda en los ojos, leía las pocas páginas de aquel drama oscuro, desenlazado ya por la muerte. Al concluir se quedó mirando al suelo por larguísimo espacio de tiempo, y luego, evitando el fijar los ojos en su hermano, le dijo lo siguiente:

—Bueno, convengo en que esto no tiene duda. Parece evidente que por la Naturaleza... Pero no, la fraternidad no se improvisa. Eres hijo de mi padre; pero no eres ni serás mi hermano.

—Ni lo pretendo, ni me importa tu fraternidad—replicó Salvador devolviéndole su desvío.—No necesito de tí para nada. Sólo he querido que sepas cuán cerca nos puso la Naturaleza, mejor dicho Dios, para que comprendas que el papel de Caín es malo, y hasta desairado.

—Una carta vieja no puede hacer de dos enemigos irreconciliables dos hermanos queridos... Convengo en que no puedo perseguirte más: la memoria de mi buen padre, aquel valiente caballero que murió por la patria, se interpone y te salva...

—Antes me salvaré yo con la ayuda de Dios—dijo Salvador con desprecio.—No he venido á solicitar tu indulgencia, que no necesito.

—Pues yo te la doy, ¡cien rábanos!—exclamó el guerrillero sulfurándose.—Mira, dame agua otra vez; tengo mucha sed; tu secreto me sabe á hiel y vinagre.

Bebió, y después, cavilando un poco, dijo como si masticara las palabras:

—Además, antes de hablar de reconciliación es preciso determinar bien quien es el ofendido y quien el ofensor. Te quejas de que te he perseguido y hablas de mis crueldades. Pues yo digo que tú eres el monstruo, tú el criminal, tú el indigno de perdón.

—Acuérdate de aquellos días del año 13, cuando se dió la batalla de Vitoria (*)—dijo Salvador con violencia.—¡Oh! fuiste tú quien me provocó.

—¡Fuiste tú!

—¡Tú!

—Repito que tú.

(*) *El Equipaje del Rey José.*

La disputa se agriaba. Salvador quiso calmarla con un ademán de conciliación. Navarro respiraba como quien se va á ahogar.

—Mira—dijo con desabrimiento—lo mejor es que te vayas.

—Antes has de oír lo que voy á decirte.

—Pues dí.

—Sí, sostengo que fuiste tú quien primero entabló nuestra rivalidad, no por eso desconozco que cometí después faltas graves, que te ofendí...

—¡Lo confiesa el menguado!...

—Yo no soy como tú; yo no tengo el orgullo de mis crímenes, ni los defiendo, por ser míos, contra la razón y el derecho de los demás.

—¡Me has ofendido, y de qué modo!—exclamó Carlos que era todo acíbar.—Con cien vidas que tuvieras no pagarías tu delito... ¡y vienes á amansarme ahora con la pamplina de que somos hermanos, hermanos por la casualidad, por el capricho!... Peor, peor mil veces para tu conciencia.

—Si fuéramos á hacer un análisis—manifestó Salvador,—de todo lo que ha pasado entre nosotros desde el año 13, asignando á cada uno la parte de responsabilidad y de culpa que le corresponde, creo que todos quedaríamos muy mal parados. Bien sé que hay culpas completamente irreparables en el mundo, y ofensas que no se pueden perdonar. Así, mal que le pese á nuestro flamante parentesco, no podemos ser nunca amigos. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero debemos extinguir hasta donde sea posible nuestros odios, considerando que hay un tercer culpable á quien corresponde parte muy principal de esta enorme carga de faltas que tú y yo llevamos...

Navarro no le dejó concluir la frase; se levantó y alargando la mano como en ademán de tapar la boca á su hermano, gritó de este modo:

—No la nombres, no la nombres, porque volveremos á las andadas... Has puesto el dedo en la herida de mi corazón, que aún mana sangre y la manará mientras yo viva... ¡Desgraciado de tí, que al ponérteme delante no puedes excitar en mí la clemencia de la fraternidad sin excitar al mismo tiempo el bochorno de la deshonra! ¿Cómo he de acostumbrarme á ver con sentimientos cariñosos á la misma persona á quien he visto siempre con horror?... Déjame en paz. Ya sé que no te puedo matar. Esto basta para tí y para mí. Márchate.

Se quedó tan ronco que sus últimas palabras apenas se entendían... Después de hablar algo más con ronquidos y manotadas, pudo hacerse oír nuevamente.

—Aguarda... La úlcera de mi vida, lo que me ha envenenado el cuerpo y ha transformado mi carácter haciéndole displicente y salvaje, ha sido mi deshonra. Este puñal, Dios poderoso, ¡cuándo se desclavará de mis entrañas!... ¡Este cartel horrible que en mi frente llevo, cuando caerá!... Soy un menguado, porque no he sabido castigar. ¡He cortado las ramas y he dejado crecer el tronco! Pero el tronco caerá: ese es mi afán, esa es mi locura... Bien sabes que la infame—añadió expresándose con mucha rapidez en voz baja,—lejos de corregirse, progresa horriblemente en el escándalo... Me han dicho que tú también la desprecias... Pues bien, unámonos para castigarla... Merece la muerte... Castiguémosla y después... después seremos hermanos.

—Veo—dijo Salvador horrorizado—que estás tan enfermo de alma como de cuerpo. No me propongas tales monstruosidades. Estás demasiado embebido en los hábitos y en las ideas del guerrillero para pensar razonablemente.

Al furor sucedió el abatimiento en la irritable persona de Carlos, y por largo rato no dió señales de vida. Salvador le dijo:

—Renuncia á toda idea de violencia y asesinato. Pensando en un castigo imposible, te envenenas el alma. Renuncia también á la agitación de la política y no conspiras, no seas instrumento de ambiciones de príncipes. Retírate á nuestro pueblo, busca en la paz la reparación que necesitas y cúrate con la medicina del olvido.

—¡Retirarme al pueblo!... exclamó Carlos alzando los ojos para mirar de frente á su hermano.—¿Para qué? para sentir más el horrible vacío de mi alma y la soledad en que vivo? La agitación de estas luchas civiles y el afán de hacer algo por una causa justa, me distraen haciéndome llevadera la vida; pero la soledad del pueblo me abate y entristece de tal modo que si yo pudiera llorar, lloraría sobre los muros de mi casa desierta. Si al menos encontrara allí familia, algún pariente, amigos, antiguos criados... pero no; nadie. Mi casa parece un panteón; y las calles de la Puebla repiten mis pasos como ecos de cementerio. Los recuerdos son allí mi única compañía, y los recuerdos me asesinan.

—Lo mismo me pasa á mí—exclamó Salvador. Sin familia, solo, privado de todo afecto, parece que estoy condenado, por mis culpas, á vivir sobre el hielo. También yo he visitado hace poco nuestra villa y se me han caído las alas del corazón al verme forastero en mi pueblo natal.

—A mí me perseguían de noche no sé qué sombras que salían de aquel negro caserío. Todos los perros del pueblo me ladraban ¡mil rábanos! con furia horripilante.

—También á mí. Encontré algunas personas y me reconocieron; pero me miraban con mucho recelo, como si fuera á quitarles algo.

—Me pasó lo mismo. Entonces conocí cuán triste es no tener á nadie en el mundo á quien confiar una pena del corazón, una alegría, una esperanza.

—Yo también. Y entonces me sentí viejo, muy viejo.

—Lo mismo yo. Y dije: “si yo tuviera junto á mí á un sér cualquiera, aunque fuese un niño, no saldría á los campos en busca de aventuras, ni me afanaría tanto porque reinase Juan ó Pedro.”

—Igual he pensado yo... Si algo me consolaba en aquella soledad lúgubre era el recordar cosas de la niñez. ¡Y las veía tan claras cuando pasaba por los sitios donde solíamos jugar, por el sitio donde estuvo la escuela, por el átrio de la iglesia y el puente, y casa del tío Roque el herrero...!

—Pues yo me pasaba las horas muertas reproduciendo en mi memoria aquellos días... ¡Cuántas veces me acordé de la pobre Doña Fermina tu madre! ¡Era tan buena!... ¿No se ponía á hacer media sentada junto á una puerta que hay á mano derecha como entramos en el patio?

—Sí, sí.

—Y me parece ver al Padre Respaldiza, contando chascarrillos, y á aquella Doña Perpétua que vivió más de cien años. Yo recuerdo que tu madre me agasajaba mucho cuando yo, jugando contigo y con otros chucuelos, me metía en el patio de tu casa. Me abrazaba, me besaba y me ponía sobre sus rodillas; pero yo me desasía de sus brazos para correr y subirme á un montón de vigas... ¿No había un montón de vigas en el patio?

—Sí, sí.

—¿Y no tenía tu madre muchas gallinas?

—Sí.

—Un día reñimos por un pollo y nos dimos de bofetadas tú y yo. Otro día nos hicimos sangre á fuerza de darnos porrazos y quedamos como dos *Ecce-homos*... Después...

Navarro dió un gran suspiro diciendo luego:

—Parecía que estábamos destinados á una rivalidad espantosa por toda la vida... Un día, cuando ya éramos grandecitos, volvíamos de componer un aro de hierro en casa del tío Roque, y encontramos á Genara que salía de la escuela...

Aquí concluyeron los recuerdos. Como una luz que se apaga al soplo del viento, Navarro cerró la boca, apretó los labios fuertemente cual si

quisiera hacer de los dos un labio solo, frunció las cejas haciendo de ellas como un nudo encargado de contener y apretar toda la piel de la frente, y descargó al fin la mano con tanta fuerza sobre el brazo del sillón, que á punto estuvo este buen inválido de saltar en astillas.

—Parece imposible—dijo después—que basten algunos años para que los ángeles se conviertan en demonios, y los hombres en fieras... Tú, oye...—añadió con altanería,—no hagas caso de mis habladurías... dígolo por si se me ha escapado alguna frase que indique disposición á perdonar, blandurillas de corazón ú otra cosa semejante, indigna de mi caracter entero y de mi honor. Ella será siempre para mí el tormento y la mala tentación de mi vida, y tú... un hombre á quien no veo ni podré ver nunca sin violentísima antipatía. Haz aprecio de mi rara franqueza, ya que no puedas apreciar en mí otra cosa... ¿Quieres que te lo diga más claro? Pues lo mismo me quemas la sangre ahora que antes. Desconfío de tus palabras, desconfío de tus acciones, desconfío de nuestro parentesco, que bien puede ser tramoya inventada por tí, desconfío de tus arrepentimientos, y como ha de serte más difícil ganar mi voluntad que ganar el cielo, será bien que me dejes en paz y que no vengas acá con hermanazgos ni embajadas sentimentales, porque otra vez no tendré la santísima paciencia que ahora he tenido: ya me conoces, ya sabes mi genial. Esta enfermedad del demonio me ha echado cadenas y grillos; pero yo sanaré, con mil rábanos, sanaré, y te juro que no habrá quien me sufra. ¿Has oído bien? no habrá quien me aguante... Las bromas que yo gasto pasan por barbaridades en el mundo... No me busques, pues, y yo te prometo que no te buscaré. Es todo lo que puedo hacer.

Diciendo esto le señaló la puerta. Era ya casi de noche, y en la sacristanesca pieza oscura cada uno de los personajes veía á su interlocutor como si fuera su propia sombra. Levantóse Salvador de su asiento y despidióse del guerrillero con esta lacónica frase:

—Adios. No te buscaré. Si llegas alguna vez á mi puerta, según como llames á ella te responderé.



V



ALIÓ, y cuando iba en busca de la puerta por el pasillo, que oscurísimo como la caverna de Montesinos estaba, tropezó con un bulto, el cual, por el agudo chillido que siguió al choque, demostró ser mujer y mujer muy sensible.

—Brutísimo, salvaje... ¿no tiene usted ojos en la cara?—gritó la voz.—¿Qué modos son esos?

—Señora—dijo Salvador quitándose el sombrero, mas sin ver gota,—

dispéñseme usted. Ojos tengo, pero de nada me sirven, pues no hay luz en el pasillo. Buscaba la puerta...

—¿Y soy yo acaso la puerta, señor majadero?... ¡Qué consideraciones gastan con las señoras los hombres de esta casa!...

Hablando así la dama abrió la puerta y con la claridad indecisa que de la escalera venía pudo Salvador verla y advertir que parecía dispuesta á salir también. Llevaba mantilla negra y una dulleta en cuyo adorno habían entrado pieles de diversos animales domésticos, hábilmente combinadas con galones que siglos antes lucieron en la túnica de algún santo ó en el valiente pecho de algún oficial de guardias walonas. Salvador, que había visto algunas veces á la dama, la conoció. Acostumbraba á mirar con respeto aquella decadencia más lastimosa que risible.

—Vuelvo á pedir á usted mil perdones—le dijo,—por mi torpeza... Veo que también sale usted, señora, y si me lo permite tendré mucho gusto en acompañarla.

—Gracias, muchas gracias—replicó la momia dando en dirección á la escalera algunos pasos en los cuales se advertía marcado prurito de agilidad.—Yo también necesito excusarme por haber dicho á usted algunas palabras inconvenientes, confundiéndole con ese hombre basto, ese Zugarramurdi, que es un mueble con andadura.

Salvador le ofreció el brazo que ella no tuvo inconveniente en aceptar. Bajando la momia, arrojó de sí esta pregunta, metida dentro de un suspiro:

—¿Es usted amigo del Sr. D. Carlos?

—Sí, señora.

—Si no me engaño, es la primera vez que viene usted á casa. ¡Ah! esto parece la casa de Tócame Roque, según la gente que entra y sale. Y no es toda gente de principios, ni se nos guardan los miramientos que nos corresponden. No extrañe usted que me admire de su urbanidad, pues vivimos en una época en la cual se puede decir que no hay caballeros... ¿Por ventura es usted el que estaban esperando?

—Sí, señora, me esperaban...—indicó Salvador por decir algo.

—El que esperaban de Cataluña, para empezar la danza... ¡Pero ha visto usted, caballero, qué estupidez! pretender que esta nación heroica sea gobernada por una reina en mantillas.

—Una necedad, sí señora.

—Porque usted será indudablemente de los primeros espadas en esta sacratísima guerra que se prepara.

—De los primeros no... mas...

—No sea usted modesto. La modestia es compañera inseparable del verdadero mérito—dijo la dama trayendo á los labios con no poco trabajo, desde el fondo de su alma seca una gota de fiambre dulzura.—Quizás me equivoque, ¿pero no es usted D. José O'Donnell?

—No soy O'Donnell.

—¿No es usted comisionado de la Regencia secreta que se ha formado en Cataluña, presidida por el prepósito de los Jesuitas? Yo estoy al tanto de todo, y conmigo, caballero, no valen los misterios.

—Juro á usted, señora, que no soy el que usted supone.

—¿Ni tampoco el coronel D. Juan Baustista Campos, que tiene en el hueco de la mano, como quien dice, á los voluntarios realistas de media España?

—Tampoco.

—Mire usted que soy algo pícara—dijo la momia contrayendo de tal modo el amojamado rostro para sonreír, que Salvador, al mirarla, tuvo algo de miedo.—¡Oh! no me falta penetración, y en punto á relaciones con personas comprometidas en la causa del trono legítimo, no habrá seguramente quien me gane... Caballero, ¿sabe usted que hace un frío espantoso?

Salvador notó que la dama se agarraba más fuertemente á su brazo. Al sentir los puntiagudos dedos de esqueleto y el roce de los viejos tafetanes del vestido, así como el de las pieles impregnadas de olor de sepulcro, sintió que era una verdad aquel frío glacial de que la dama hablaba.

—Hace mucho frío, sí señora.

—Y las calles están muy solitarias. Si fuera usted tan bueno que quisiera acompañarme hasta la casa adonde voy de visita...

—Con muchísimo gusto, señora.

—Es cerca: junto á San Sebastián.

—Media legua—dijo para sí Monsalud; pero no teniendo ocupaciones, dió por bien empleado el paseo en obsequio de una desvalida señora que tan bien parecía agradecerlo.

—Doy á usted otra vez las gracias—dijo ésta,—por su amabilidad, que es más digna de aprecio en una época en que se han acabado los caballeros... Pronto llegaremos: voy á casa de Paquita de Aransis, la señora del coronel D. Pedro Rey. ¿Conoce usted á esa digna familia?

—No tengo el honor de conocerla; pero ese apellido de Aransis no es extraño para mí.

—Es una alcurnia noble de Cataluña. ¿Ha estado usted en Cataluña?...

Quizás haya usted conocido al conde de Miralcamp, que es Aransis, al alcalde de Cervera, que es D. Raimundo Aransis. También conozco yo en Solsona una monja Aransis, que es hermana de Paquita.

—¡Ah! sí, la conozco—dijo Salvador prontamente, herido por vivísimos recuerdos.

—Esa familia está emparentada con la nuestra—añadió la señora, que era harto redicha para ser momia.—Paquita es tan buena, tan cariñosa, tan excelente cristiana y tan mujer de su casa... Tiene dos hijos que son dos pedazos de gloria, según dice el padre Gracián, Juanito que ahora va á Sevilla á estudiar leyes, al lado de sus tíos paternos, y Perfecta, que es un perfecto angel de Dios. La pobre niña ha estado enferma hace poco con unas calenturas malignas que la han puesto al borde del sepulcro... ¡Cuánto hemos sufrido! La condesa de Rumblar y yo alternábamos para velarla... una noche ella, otra yo... Usted conocerá seguramente á la condesa de Rumblar, y á su hija Presentacioncita, y á su yerno Gasparito Grijalva, ese tronera, liberalote que concluirá en la horca...

—Si es liberal, no concluirá en bien.

Salvador tuvo que moderar el paso, al notar que su compañera se sofocaba bastante.

—Usted—dijo ésta, aspirando el aire con celeridad, como un fuelle viejo que para nutrirse necesita agitarse mucho,—ha vivido al parecer lo bastante, para conocer á mucha gente, tener muchos amigos y presenciar multitud de sucesos;—pero no lo necesario para ver pasar épocas y familias, para ver extinguirse las amistades, mudarse las fortunas, morir las ilusiones y caer en ruinas las cosas más reales de la vida.

—Algo y aún algos de eso he visto por desgracia, señora—dijo Salvador sorprendido de aquel sentimentalismo que por cierto modo artístico se avenía bien con el empaque funerario de su distinguida interlocutora.

—¡Oh! caballero—exclamó ésta deteniéndose y clavando en él sus ojos que brillaron como las últimas ascuas de un hachón sepulcral,—¿no es muy triste ver tanta cosa muerta en derredor nuestro, y sentir ese frío del alma que dan las memorias marchitas, cuando pasan? Hacen un murmullo triste como el remolino de hojas secas, y dan escalofríos como la llovizna de otoño. ¿No es verdad, no es verdad esto?

—Es verdad—dijo Salvador participando de aquel escalofrío.

Y vió extinguirse la chispa funeraria en los ojos de Salomé, porque sus flacos párpados cayeron como apagadores de iglesia, y dejaron el

amarillo semblante en su primitivo aspecto de cosa completamente acinada y seca.

—¡Caballero, tengo un frío horrible!—murmuró la dama temblando.
—Vamos á prisa.

El cielo estaba como suele verse en las noches de invierno, limpio, estrellado hasta la profusión, hasta el derroche, cual si saliesen á la bóveda del cielo más astros de los que caben y pugnasen por quitarse el puesto unos á otros. El aire quieto, sereno, tenía un no sé qué, sólo comparable al fulgor horripilante de la cuchilla acabada de afilar. Las estrellas alargaban sus fríos rayos atravesando la inmensa región de invisible hielo, y la luna, pues también había luna, difundía claridad verdosa por calles y plazas. El suelo parecía el lecho de un río que se acaba de secar, dejando al descubierto su limo lleno de fosforescencias. Tres ó cuatro calles atravesó la pareja sin decir palabra, y al llegar á un portal de mediano aspecto en la calle de las Huertas detúvose la muerta viva, y sin soltar el brazo del caballero, anunció con una sola voz el fin de la jornada.

—Ya—dijo con expresión de lástima, y luego fué retirando su mano poco á poco para llevarla á la cabeza, donde pedían reparación los pliegues de la mantilla y una guedeja rubia, que desertaba de las filas donde la había puesto el peine pocas horas antes.—Ya se ha molestado usted bastante.—Bueno ha sido el paseo... y debemos dar gracias á Dios de que no nos haya visto nadie, porque si nos hubieran visto... ¡Ah! no sabe usted hasta qué punto es atrevida la calumnia en estos tiempos... ¿Quién me asegura que mañana no dirán de mí heregías sin cuento por haberme dejado acompañar de noche por usted?

—Señora, creo que no dirán nada—observó Salvador, reprimiendo la sonrisa que á sus labios venía.

—¡Oh! quién sabe... Ahora todo se juzga por el aspecto malo. ¡Ah! ni la nieve misma está libre de mancharse ó de ser manchada .. Retírese usted... yo comprendo que deseará prolongar la conversación en el portal; pero no puede ser, no puede ser de ningún modo.

Después de ofrecerle su casa con no pocas zalamerías, rogó al caballero tuviese la bondad de decirle su nombre para conocer mejor á la persona á quien debía agradecer galanterías inauditas en una época ¡ay! en una época calamitosa y estéril en que no había caballeros. Dicho el nombre, la momia lo repitió con agrado y después dijo:

—¿Militar?

—No, señora, paisano.

—¿Andaluz?

—Alavés.

—¿Y hasta la muerte defensor del trono legítimo...?

—Del trono de Isabel II.

—¿Pues qué? es usted...

—Masón, señora.

Al expresarse así, con la sonrisa en los labios, Salvador creyó que no merecía respuestas serias aquel interrogatorio impertinente. La momia estuvo á punto de deshacerse en polvo al oír la nefanda palabra. Extremecida dentro de sus apolilladas pieles y de sus ajados tafetanes, llevóse las manos á la cabeza, lanzó una exclamación de lástima y desconsuelo, y por breve rato no apartó del cielo sus ojos fijos allí en demanda de misericordia.

—¡Masón!--repitió luego mirando al que, según ella, era un soldado de las milicias de Satanás.—¡Quién lo diría!

Y señalando con su mano flaca, cubierta de guante canelo, una luz que á cierta distancia se veía, como farolillo de taberna ó café, dijo entre suspiros:

—En donde está aquella luz se reúnen sus amigotes de usted... Caballero, si me permite usted que le dirija un ruego, le diré que por nada del mundo sea usted masón. Todo está preparado para el triunfo de la monarquía verdadera y legítima, y es una lástima que usted perezca, porque perecerán todos, no hay duda... Cuando usted me dijo que es masón, ví... yo siempre estoy viendo cosas extrañas que luego resultan verdaderas... ví un montón de muertos en medio de los cuales asomaba una cabeza...

Le tomó una mano, y al contacto del guante canelo, que por su delgadez apenas disimulaba la dureza de los dedos fosilizados, Salvador sintió que se le comunicaba un frío glacial, llegando hasta su corazón.

—Aquella cabeza era la de usted—prosiguió la momia.—Usted se reirá; pero yo no; porque la experiencia me ha enseñado á dar un gran valor á mis corazonadas, y en el tiempo escaso de nuestro conocimiento he podido apreciar las notables prendas de usted. ¡Oh! sí, todavía hay caballeros; pero pronto, muy pronto quizás no haya ninguno. Adios.

Le estrechó un momento la mano y desapareció dentro del portal, oscuro y profundo como un sarcófago.

Salvador permaneció un rato en la puerta, mirando al hueco oscurísimo que se había tragado á su dama de aquella noche, y murmuró estas palabras:

—¡Pobre señora!... sin duda está loca.

Alejóse despacio, sin poder echar de su mente tan pronto como quisiera la imagen de la fantasma á quien había dado el brazo y que parecía el duendecillo propio de las heladas y claras noches de Enero en el clima de Madrid. Después de andar un poco maquinalmente y sin dirección fija, hallóse bajo el farol que poco antes le señalara la mano del guante canelo.

—El café de San Sebastián—pensó.—Ya que estoy aquí entraré. No faltarán amigos con quienes pasar un rato.





VI



El café no estaba lleno de gente, y en su pesada y brumosa atmósfera se podían contar los grupos diseminados, y aún las personas. Algunos individuos, con el sombrero echado atrás, la capa colgando de los dos hombros ó de uno solo, charlaban á gritos entre sorbo y sorbo, sin tocar asuntos de política, por ser género que no se podía tratar á gritos. Otros en baja y temerosa voz, cual si pronunciaran algún conjuro sobre el líquido negro, á quien daban cierto caracter quiromántico los misteriosos ingredientes de que se componía. Estos señores de la capa arrastrada y de los codos sobre

la mesa y del sombrero hasta las cejas hundido, eran los arregladores de la cosa pública. Ya desde entonces se dedicaban con preferencia á esta patriótica tarea de arreglar al país los hombres sin oficio ni ganas de aprenderlo, que sentían la irresistible vocación del empleo lucrativo. Algunos lo hacían también por cierta desavenencia ingénita con el poder público, y los menos por exaltación de ideas ó por leal deseo de labrar el bien de la muchedumbre. De todas estas especies de patricios había la noche aquella pocas aunque buenas muestras en el café de San Sebastián.

No había andado Monsalud cuatro pasos dentro del local, cuando se sintió llamado desde lados opuestos. Acudió allí donde había visto caras más de su gusto, y después de saludar á varios individuos sentóse en la más apartada mesa en compañía de dos sugetos. Uno de ellos parecía tener con Salvador amistad antigua y estrecha porque se saludaron con mucho afecto. Era de edad mediana y buena presencia; llamábase don Eugenio Aviraneta: su patria era Guipúzcoa y tenía el especialísimo talento de la conversación, calidad no escasa en España, donde se han hecho grandes carreras por saber contar cuentos ó referir bien ó plantear con arte los asuntos y cuestiones de todas clases. El otro era más joven, de color pálido tirando á aceitunado, el pelo y cejas de grandísima negrura, la nariz afilada, el bigote corto y espeso, modelado por la navaja de una manera singular con arreglo á la moda más ridícula que puede imaginarse, la cual consistía en trazar dos líneas rectas desde las ventanillas de la nariz á los extremos de la boca, dibujando así un pequeño mostacho rigurosamente triangular que llevó el nombre de *bigotillo de moco*. También llevaba el aceitunado personaje una perilla de rabo de conejo, y en los cachetes patillas ó chuletas cortas, también modeladas por la navaja con un esmero tal que casi venía á confundirse el oficio de rapista con el arte del escultor. Esto y el breve tupé acompañado de mechoncillos sobre las orejas estaban declarando á gritos que el remate y coronamiento de tan singular cabeza había de ser uno de aquellos ingentes morriones de base estrecha y anchísima tapa, visera menuda y carrilleras de cobre suspendidas á los lados de la placa frontal. El tal morrión inconmensurable se estaba viendo, sí, sobre la cabeza de aquel buen señor por la fuerza de la analogía, aunque estaba descubierto y vestido de paisano. Pero si por un hilo se saca un ovillo, suele también sacarse por una cara un morrión, y así se podía decir á boca llena que nuestro individuo era militar y por más señas *ayacucho*.

—Te presento á mi amigo el capitán Rufete —dijo Aviraneta poniendo

en relaciones á sus dos camaradas.—Y ahora cuéntanos algo, dinos qué es de tu vida, hombre. Después que eres rico no hay quien te vea.

Hablaron largo rato de cosas de la vida, de viajes, de caza, de enfermedades, y sin saber cómo pararon en la cuestión magna del día, á saber, que el Rey no se moría tan presto como algunos pillos quisieran, que se había decidido jurar solemnemente á Isabelita como heredera del trono, y que el buenazo de D. Carlos se marchaba á Portugal. Rodó la conversación de idea en idea, hasta que Aviraneta tocó á Salvador en el brazo y le dijo con misterio:

—Si quieres encargarte de una misión delicada, no hay ningún inconveniente en confiártela.

—Ya sé que conspiras, ¿pero por quién?—replicó Salvador riendo.—¿Por Cristina, por D. Carlos ó por ambos á la vez?

—Tú me conoces, y sabes que con alas mías no ha de volar ningún murciélago. Me he comprometido á explorar los ánimos de la gente liberal para saber en qué condiciones se podría contar con ella en caso de una guerra civil.

—Los libres—dijo el *ayacucho* con énfasis,—están y estarán siempre al lado de la Princesa, si á la Princesa le ponen por almohada en su cuna *el mejor de los códigos*.

El llamar *libres* á los liberales y *el mejor de los códigos* á la Constitución del 12 constituía, con otras muchas frases, un estilo especial que por largo tiempo prevaleció en todas las manifestaciones literarias del partido avanzado.

—Calle usted, hombre, por amor de Dios—dijo Aviraneta reprendiendo con un gesto la espontaneidad del capitán.—Los *libres*, como usted dice, y los liberales, como los llamo yo, están tan divididos que no oye usted dos opiniones iguales si habla con ellos. Hay multitud de tontos á quienes no se puede arrancar de la cabeza lo *del mejor de los códigos*; hay algunos solemnes pillos que por malicia y por tener poder ante la canalla, gritarán, si les dejan, *constitución ó muerte*; hay el grupo de los *anilleros* ó de los *sabios*, que reniegan de todo si no les dan las dos Cámaras con Carta, á la francesa, y aun creo que alguien quiere que haya tres Cámaras, por no parecerle bastante dos. Unos piden que haya mucha religión sin dejar de haber libertad, mientras los *iluminados* desean acabar con la gente de cogulla y quemar los conventos, para que *suprimidos los nidos no haya miedo de que vuelvan los pájaros*. Yo he tanteado aquí y allí y he encontrado asperezas que no es fácil suavizar, y antagonismos que no es posible vencer. Martínez de la Rosa, Toreno, Burgos y comparsa se

niegan á todo lo que sea revolución; Palafox se aviene siempre con el parecer de Calvo de Rozas, y Calvo de Rozas, unido con Flores Estrada, ha hecho una constitución templadita. La quieren tanto, como buenos padres, que si no es preferida, dicen que no se cuente con ellos para nada. Romero Alpuente y los exaltados juran y perjuran que no hay más Constitución que la del 12 en todo el globo terráqueo, y que ellos la harán triunfar, pese á quien pese. Vamos, esta es una casa de fieras, y yo digo que convendría que estallase la guerra y viniesen grandes peligros para que entonces se unieran tantas voluntades y se llegara á un acuerdo en lo de la Constitución definitiva, aunque hubiese siete Cámaras y cuatrocientas alcobas.

—La Nación soberana—dijo el *ayacucho* hablando como hablaría Solón, —decidirá en su día lo que mejor convenga. Un pueblo libre no se equivoca.

—Con sentencias sacadas de las *Gacetas*, amigo Rufete—poco adelantamos. Yo veo que las divisiones son hondas, que el partido liberal, por estar disperso y perseguido, no tiene ya una idea fija y común sobre nada. El ejército, que antes era amigo de la Constitución del 12, ahora va donde le llevan, y es realista con el conde de España y templado con Llauder. Pues bien, en vista de este desconcierto, ¿no es patriótico intentar la reconciliación de todos los que aborrecen la tiranía? ¿Qué te parece, Salvador, no es patriótico, altamente patriótico?

—Me parece tan patriótico como imposible—replicó el interrogado. —Conozco á mi país, conozco á mis paisanos; he pulsado teclas de conspiración en distintas épocas; sé el valor que tienen las ideas, insignificante junto al valor de las pasiones; sé muy bien que á los políticos de nuestra tierra les gobierna casi siempre la envidia, y que la mayoría de ellos tienen una idea, sólo porque el vecino de enfrente tiene la idea contraria.

—Pesimista estás—dijo Aviraneta severamente.

Luego se llevó el dedo á la boca con cierto aire solemne, y levantándose ordenó con una seña á sus dos amigos que le siguiesen, lo que hicieron de buen grado Rufete y Salvador, el uno por disciplina de conspirador y el otro por curiosidad. Atravesando una puertecilla que junto al mostrador había, pasaron á un cuartucho estrecho y oscuro, formado en el ánguloso hueco de la escalera que á las terulias conducía. Un ruinoso banco ofreció durísimo y no muy limpio asiento á los tres individuos, y dábanle compañía algunas cafeteras de largo pico, cajas vacías, escobas y enormes cangilones destinados á usos distintos. Aquel era el

laboratorio químico de donde salían las ingeniosas mezclas á que debió su fortuna el amo del establecimiento (el cual, dicho sea de paso, era fervientísimo patriota); allí era donde se verificaba la multiplicación de las raciones de leche, gracias al agua que Dios crió; allí se fabricaba con diversas sustancias europeas y asiáticas el café de Moka, y allí las libras de azúcar se convertían en arrobas de la noche á la mañana, lo mismo que un quidam se convierte en ministro.

Sentáronse en aquello que más parecía nicho que cuarto, y como no tenían luz, no eran vistos de fuera y podían ver á todos los que desde el café subían á las regiones altas.

—Aquí podemos hablar cómodamente—dijo el guipuzcoano,—y explicaré mi idea sin que nadie se entere. Para poner remedio al grave mal que antes indiqué, he determinado fundar una sociedad secreta...

—Ya pareció aquello—dijo Salvador interrumpiendo con su risa el grave exordio de su amigo.—En eso habíamos de parar.

—Cállate, no juzgues lo que no conoces todavía... Una sociedad secreta que se llamará *La Isabelina* ó de los *Isabelinos*.

—Insisto en mi opinión de que se llame de los *Patriotas isabelinos*—dijo el ayacucho, demostrando en su acento y en la tiesura de su mano enérgica la importancia que daba al bautismo de la sociedad proyectada.

—El nombre debe ser breve y sencillo.

—Ya tenemos el masonismo en planta—indicó Salvador,—con sus irrisorios misterios, sus fórmulas y necesidades.

—No, no, hijo, aquí no hay misterios.

—¿Ni iniciación, ni torres, ni orientes?...

—Nada de eso.

—¿Ni vocabulario especial, ni mandiles?

—Nada, nada.

—No habrá más que el juramento de someterse intencionalmente á la soberanía de la Nación—afirmó Rufete.

—Aquí es todo corriente. No hay misterios. La sociedad trabajará en silencio, pero sin fórmulas masónicas, y nos llamamos por nuestros nombres, si bien en los actos y documentos adoptamos un signo convencional para designarnos.

—¿De modo que la sociedad funciona ya?

—Se está formando. Todavía no hemos tenido una reunión total de asociados... ¿Cuántos hay en la lista, querido Rufete?

—Trescientos veinte y uno—dijo el ayacucho, que por lo visto desempeñaba las funciones de secretario.

—No se ha hecho nada todavía, no ha ido á provincias ningún comisionado. Se necesita uno de toda confianza y muy listo, que vaya á París y Londres á entenderse con los emigrados que quedan por allá y con otras personas residentes en el extranjero, y que no nombro porque no puedo nombrarlas.

—Ya... y ese correveidile que se necesita...

—Correveidile no, sino agente; ese agente que se necesita eres tú.

—Pues te juro—dijo Salvador de la manera más jovial,—que si la sociedad *Isabelina* ó de los *Patriotas isabelinos*, como pretende el señor... y se me figura que lo pretende con razón...

—La idea del patriotismo—exclamó Rufete sin poderse contener,—es tan primordial, que debe ponerse al frente de todas las denominaciones, para que se grabe más y más en la mente del pueblo.

—Pues, decía—prosiguió el otro,—que si la sociedad espera para extenderse y prosperar á que yo sea su agente, llegará el Juicio final sin que dé todos los frutos que el país y tú esperais de ella.

Aviraneta meditaba, la mejilla apoyada en la mano. Á cada instante se oían los pasos de los que subían por la escalera, y como ésta era endeble y estaba tan cerca de las cabezas de los tres sugetos, parecía que se les venía la casa encima siempre que un patriota se encaramaba á los aposentos altos.

—¡Malditos!—exclamó Aviraneta, en ocasión que subían tres cuatro mozalvetes metiendo más ruido que los monaguillos en día de repicar recio.—Esos son los que todo lo echan á perder con sus inocentadas. Ahora los tiernos angelitos, en vez de chuparse el dedo, han dado en la flor de jugar á la masonería y al carbonarismo, y entre burlas y risas tienen arriba sus *Cámaras de honor* y sus *Hornos*, donde hacen varias mogigangas, que es preciso denunciar á la policía. Son casi todos chucuelos con más ganas de hacer bulla que de estudiar. ¡Y qué discursos los suyos! Es esa una empolladura de oradores que, si no me engaño, ha de dar á España más peroratas que garbanzos dará Castilla.

—Estos pajarillos cantores—dijo Monsalud riendo,—vienen siempre delante de las tormentas políticas, anunciándolas con sus angelicales trinos. Es un fenómeno que observé en la tormenta pasada y que se repetirá, no lo duden ustedes, en las que han de venir; y así veremos siempre que toda transformación política de carácter progresivo viene precedida de grandes eflorescencias de sabiduría infantil y discursos en las aulas.

—Pues grande va á ser la transformación—manifestó Aviraneta,—si se

ha de juzgar de ella por lo que chilla esta caterva de pavipollos... ¡Santa Mónica, cuántos suben ahora, y qué pico tienen! Esa voz... oigan ustedes qué órgano tan admirable: es González Bravo, un mozo terrorista, más listo que Cardona y con más veneno que un áspid... Pero, volviendo á nuestro asunto, nosotros, al fundar la sociedad isabelina, llevamos el objeto de unificar el pensamiento de los liberales y de traer al ejército á una idea común que sea precursora de una acción común.

—El ejército está profundamente dividido—dijo Salvador,—pues me consta que el bando apostólico ó *carlino*, como ahora se llama, ha hecho últimamente grandes adquisiciones en la Guardia Real.

—El ejército es liberal—exclamó Rufete, que no pudiendo estar por más tiempo callado tomó la palabra con estruendo en la primera coyuntura.—El ejército se compone de hombres libres que aman *el más perfecto de los códigos* y aborrecen la tiranía. Dígase *Constitución*, y el ejército responderá *Constitución*.

Y echando un poco atrás el sombrero, que debía ser morrión de los de tinaja invertida, se puso más amarillo y acompañó su alteración facial de estas patrióticas palabras:

—Muchos hablan del ejército sin conocerlo, y yo, que le conozco, que pertenezco á él, que me glorío de pertenecer á él, digo que con excepción de media docena de traidores, todos somos liberalísimos, aquí y en América. Yo he estado en América, señores; me he batido en aquellos colosales combates de Chuquisaca y Cochabamba, y puedo decir que nada nos consolaba de nuestras privaciones y trabajos como hablar de la Constitución, pensar en ella y poder escribirla en nuestras banderas para hacer doblar la rodilla á los indios más bravos. Recuerdo bien que después de la famosa expedición de Jujuí, nos llegó la noticia del triunfo de la Constitución en las Cabezas de San Juan, y nos volvimos locos de contento. Deseábamos, ó que nos trajeran á España, ó que nos llevaran allá al bendito Código, y no pudiendo ser ni una cosa ni otra, celebramos con fiestas, bailes, versos y meriendas aquel gran suceso. La alegría era general. Algunos tuvimos el proyecto de proclamar la Constitución en el Perú; pero el traidor de Maroto se opuso. Los *libres* deseábamos que la América adoptase el *sistema*, los traidores no querían sino hierro y sangre; y yo pregunto ¿hora lo que he preguntado siempre: ¿quién es responsable de que se perdiera la tremenda batalla de Ayacucho? ¿Quién?...

—Esa cuestión, querido Rufete—observó Aviraneta viendo con disgusto que la musa histórica de su secretario remontaba el vuelo en de-

masía,—ha perdido su oportunidad. Poco nos importa saber quien lo hizo peor en América. En cuanto al ejército, ya sabemos que en su mayoría es liberal; pero usted mismo ha hablado de traidores: traidores hubo en América, y también los hay en España.

—Aquí tengo la lista—exclamó prontamente Rufete haciendo ademán de sacar un papel.

—No, no saque usted la lista. Tampoco eso nos importa gran cosa ahora... Nuestra sociedad cuenta ya con un brillantísimo contingente de personajes civiles.

—Espere usted—insistió Rufete revolviendo sus papeles,—aquí está.

—No... ¡Con cien mil palitroques! tampoco nos hace falta ahora la lista de *isabelinos*. Envaine usted sus listas, hombre. Lo que yo quiero es traer á nuestras filas á este buen amigo, para darle una comisión que desempeñará bonitamente.

Salvador hizo con la cabeza repetidos signos negativos.

—Eso lo veremos—dijo el guipuzcoano.—Peñas más duras he quebrantado yo. ¿Tienes ocupaciones?

—Las de mis intereses, que no son muchas.

—Es verdad que casi eres rico; ¡mal negocio! ¿Te has casado?

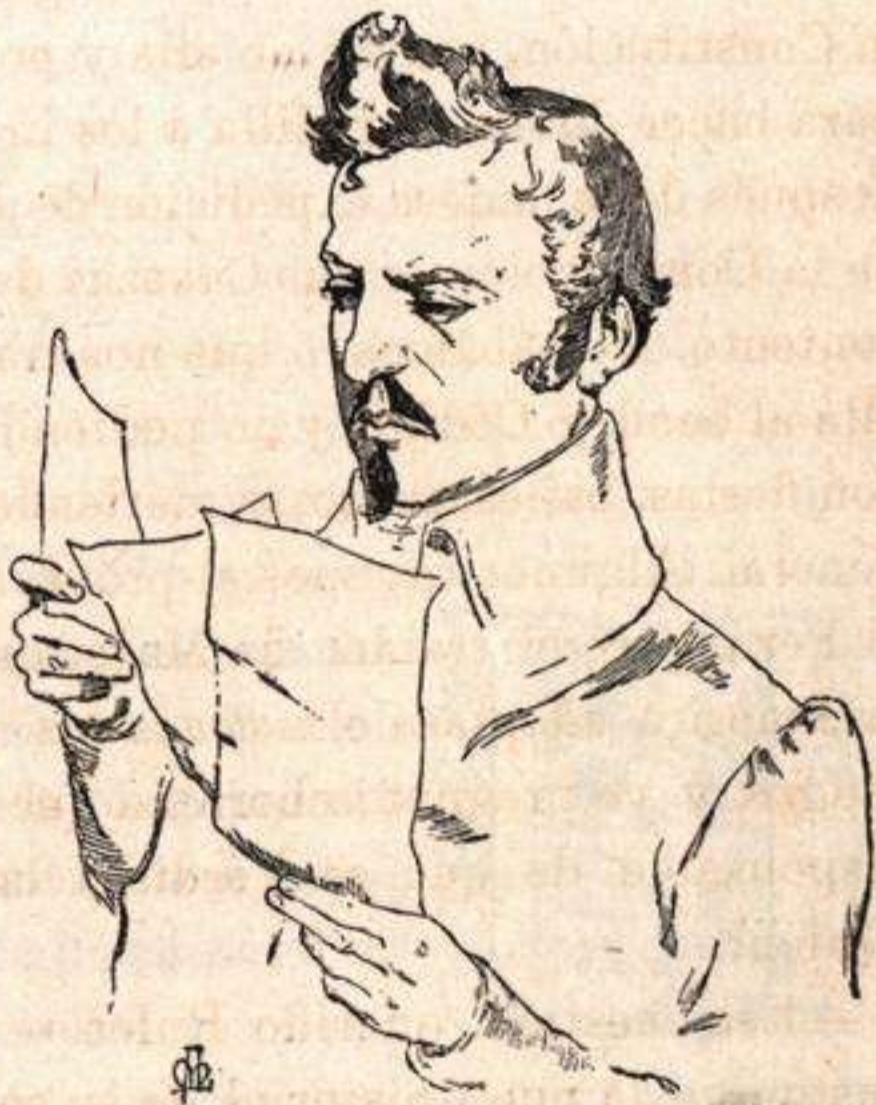
—No.

—¿No ambicionas una posición elevada?

—No ambiciono nada más alto que este banco, y lo que llaman aura popular me incomoda más que la tristeza de estar solo.

—Á pesar de todo—dijo Avirana,—creo que te conquistaré.

Y calló después. De buena gana se habría desprendido en aquel momento de los servicios de su secretario Rufete, cargado de listas, para estar solo con Monsalud y hablarle franca y descubiertamente, pues bien se conocía que el astuto conspirador había manifestado su idea de un modo harto enigmático. Pero Rufete no se movía, y á la dudosa claridad que en el cuarto entraba se entretenía en revisar sus listas de traidores y sus listas de *isabelinos*.





VII

ALLÁBANSE, pues, el uno aburridísimo, el otro ideando motivos para despedir al *ayacucho*, y el tercero discurrendo el modo de pasar algún nombre de un papel á otro, cuando entró en el café un jefe de caballería, haciendo con el sable rastrero, con las espuelas y los tacones tan grande estrépito, que no parecía sino que un escuadrón había asaltado el establecimiento. Traía

fango en las botas y polvo en el traje, manifestando en esto, así como en la oficiosidad con que iba de mesa en mesa dando noticias, que acababa de llegar de una expedición ó quizás de un campo de batalla. Era D. Rafael Seudoquis, exaltado patriota primero, después indefinido, luego conspirador perseguido y condenado á horca, pero indultado otra vez y admitido en el servicio por influencias de parientes poderosos. Después que satisfizo la curiosidad de los del café, dirigióse arriba, y al entrar en el hueco de la escalera llamóle Aviraneta desde su escondrijo. Entró Seudoquis, reconoció á Salvador, se abrazaron; pero tanta gana tenía el buen hombre de contar lo que sabía, que sin poder aguardar á que acabaran los saludos, habló así:

—¡Ya les hemos cogido! ¡buena caza hemos hecho!

—¿Qué? ¿qué ha sido?... una batida de voluntarios realistas?

—Sí, y con media docena como esta pronto quedaba la Nación limpia de sacristanes... Ya saben ustedes que salí con la columna de Bassa á perseguir la partida de aguiluchos que se levantó en Villaverde mandada por el traidor coronel Campos... Al principio nos daba que hacer... que por aquí, que por allá... Total, señores, en Alares á cinco leguas de Navahermosa les sorprendimos rezando el rosario, les copamos...—no se escapó uno para simiente de monaguillos.

—¿Les arcabucearon?

—No hay órdenes para tanto. El Gobierno es conciliador, ó por otro nombre pastelero, y en una mano tiene las disciplinas y en otra el emplasto. Como no soy partidario de andar con mantecas tratándose de esa gente, yo les hubiera dado á todos un poco de tuétano de fusil. En el otro barrio están mejor que aquí... Pero no se trata ahora de fusilar: ellos lo harán cuando nos cojan debajo. Total, que les hemos traído codo con codo, y el bribón de Campos es tan cobarde que se echó á llorar, y sin que nadie se lo preguntara nos reveló todo el *diebus illes* de la junta carlista de Madrid, citando nombres uno por uno. Á estas horas el traidor habrá vomitado todas sus delaciones ante la policía y ya andará ésta haciendo prisiones. Medio Madrid va calentito á la carcel esta noche. He encontrado en la Puerta del Sol á un escuadrón, no miento, sí, un escuadrón de policías que iban á la calle de Belén, donde parece hay un cabildo máximo de subdiáconos con puñal y de guerrilleros de estola. Total, señores, que nos hemos lucido los de Bassa, y que esta noche van á ser ventiladas muchas madrigueras. Con que *viva la angélica* y abur, señores, que me voy arriba á cenar.

—Y yo á ponerme el uniforme y á correr al cuartel—dijo Rufete le-

vantándose presuroso.—Es fácil que se altere la pública tranquilidad esta noche. Vamos á nuestro puesto, que cuando menos se piensa, viene el desbordamiento carlino, y la patria necesita de todos sus hijos.

—Vaya usted con Dios, valiente—dijo Aviraneta gozoso de verle partir.—Aquí nos quedamos nosotros procurando entendernos.

Luego que estuvieron solos, Aviraneta dijo á su amigo que pues arreciaba el calor dentro del café, harían bien en salir á la calle y dar un par de vueltas, con lo que además de respirar el aire libre, podían hablar sin recelo. Cuando se hallaron en la plazuela del Angel, Salvador tomó el brazo de su amigo y burlonamente le dijo:

—¡Pillo!... ¿qué nueva farsa de sociedad secreta es esa? ¿qué trama traes tú ahora entre mano?

—Poco á poco... pase lo de trama; pero no lo de farsa.

—¿Quién te paga?

—Mucho ahondas, ¡palitroques! Has de comprar mi franqueza con tu benevolencia, no con tus burlas, y si persistes en negarme tu apoyo, no tendrás de mí ni una palabra. Cosas podría decirte que te dejarían pasmado; pero ya sabes... no se dan gratis los secretos como los buenos días. Venga tu voluntad y abriré el pico.

—Es que no puedo dar mi voluntad no conociendo á quién la doy ni por qué la doy.

Aviraneta insistió en que su pensamiento era unir á los liberales para preparar una acción común; pero esto, si no encerraba una intención distinta, era de lo más inocente que se podía ocurrir por aquellos días á hombre nacido, y Aviraneta, justo es decirlo, tenía de todo menos de espíritu puro. Por más que el guipuzcoano se diera aires de inventor de aquel plan sapientísimo, se podía jurar que sólo era instrumento de una voluntad superior, maquinilla engrasada por el oro y movida por una mano misteriosa. Sobre esto no quiso decir una sola palabra que no fuese la misma confusión; pero Monsalud, que era listísimo y además tenía la experiencia de aquellos líos, supo sacar la verdad de entre tanta mentira. Su creencia era que D. Eugenio había recibido de altas regiones la misión de desunir á los liberales y enzarzarlos en disputas sin fin; pero no podía fácilmente averiguarse si el impulso partía del cuarto de María Cristina ó del gabinete ministerial de Zea Bermudez. Salvador hizo una y otra pregunta caprichosa para coger por sorpresa el principal secreto de su amigo; mas éste era tan diestro en aquellas artes, que evadió los lazos con extremada gracia.

Este señor Aviraneta fué el que después adquirió celebridad fingien-

dose carlista para penetrar en los círculos más familiares de la gente facciosa y enredarla en intrigas mil, sembrando entre ella discordias, sospechas y recelos, hasta que precipitó la defección de Maroto, preparando el convenio de Vergara y la ruina de las facciones. Admirablemente dotado para estas empresas, era aquel hombre un colosal genio de la intriga y un histrión inimitable para el gigantesco escenario de los partidos. Las circunstancias y el tiempo hicieronle un gran intrigante; otra época y otro lugar hubieran hecho de él quizás el primer diplomático del siglo. Ya desde 1829 venía metido en oscuros enredos y misteriosos trabajos, y por lo general su maquinación era doble, su juego combinado. Probablemente en la época de este encuentro que con él tenemos, durante el invierno de 1833, las incomprensibles diabluras de este juglar político constituían también una labor fina y doble, es decir, revolver los partidos en provecho del ministerio y vender el ministerio á los partidos.

La fundación de la sociedad *isabelina* servíale de pretexto para entrar en tratos con gente diversa, con cándidos patriotas ó políticos ladinos, poniéndose también en relación con militares bullangueros; y así, hablando del bueno del Sr. Rufete, dijo á Salvador:

—Este infeliz *ayacucho* es una alhaja que no se paga con dinero. Él se presta desinteresadamente á entusiasmarse y á entusiasmar á un centenar de oficiales como él. Se morirá de hambre antes de cobrar un céntimo por sus servicios secretos al *Sistema*, y se dejará fusilar antes que hacer revelaciones que comprometan á la sociedad. Es un prodigio de inocencia y de lealtad. El pobre Rufete trabaja como un negro, y se pasa la vida haciendo listas de sospechosos, listas de traidores, listas de tibios y listas de calientes. En su compañía pasa por un Séneca empalmado en un Catón. Los sargentos le adoran y son capaces de meterse con él en un horno encendido, si les dicen que es preciso salvar del fuego *el precioso código*. ¡Oh! amigo, respetemos y admiremos la buena fé y la valentía de esta gente. ¡Si en todas las clases sociales se encontraran muchos Rufetes!... Pero hay tanta canalla indomesticable de esa que no sirve sino para hacer *pueblo*, para gritar, para meter bulla, de esa que en los días solemnes desacredita las mejores causas, entregándose á la ferocidad que le inspiran su cobardía y su apetito!...

Entre estos y otros dichos y observaciones, llegaron á la calle del Duque de Alba, porque Salvador, no pudiendo sacar cosa limpia y concreta de las confusas indicaciones de D. Eugenio, había decidido retirarse á su casa. Echaban el último párrafo en el portal de ésta, cuando del

de la inmediata vieron salir á un hombre silbando el estribillo de una canción político-tabernaria. Á pesar del embozo, Aviraneta le conoció al momento y Salvador también.

—Tablillas—dijo D. Eugenio, —cuartéate aquí, que somos amigos.

El atleta se acercó, examinando con atención recelosa á los dos caballeros.

—Señor *Vinagrete* y la compañía, buenas noches... Estaba encandilado y no les conocía.

—¿Está durmiendo ya el Sr. D. Felicísimo?

—Todavía están en brega.—Han venido tantos señores esta noche que aquello es la bóveda de San Ginés.

—¿Pues qué, se dan disciplinazos?

—Con la lengua... hablan por los codos, y todo se vuelve manotadas y *perjuraciones*.

—¿Qué entiendes tú por *perjuraciones*?

—Decir, pongo el caso, *señores, muramos por el Trono legítimo*.

—¿Y todavía están reunidos?

—Todavía.

—Pero dí, ¿no ha venido esta noche la policía? Yo creí que á estas horas D. Felicísimo y su comunidad estaban echando *perjuraciones* en la carcel de Corte.

—Vino la policía, sí señor; vinieron tres y llamaron tan fuerte que la casa estuvo si cae ó no cae. Los señores se asustaron, y D. Felicísimo les consolaba diciendo: "no hay nada que temer, la policía es la policía. Que entre el que llama." Yo bajé á abrir la puerta, y se colaron tres señores de cara de perro con bastones de porra. Subieron, y al entrar en la sala, se dejaron á un lado las porras y todo fué cortesía limpia y vengan esos cinco. D. Felicísimo me mandó traer vino y bizcochos, y bebieron, cosa la más desacostumbrada que puede verse en esta casa; y uno de los de porra alzó el vaso y dijo: "Por el triunfo de la monarquía legítima y de la religión sacratísima.,,"

—Brindaron.

—Y los tres tomaron el olivo.

—¿Está Pipaón arriba?

—Es de los más lenguaraces. Cuando brindaron, D. Juan echó no sé cuantos *loores*...

—¿Y qué es eso?

—Que se sopló mucho, echando fuera toda la caja del pecho, y dijo *loor á esto, loor á lo otro*.

—¿Se casa con Micaelita?

—Dios los cría y ellos se juntan.

—¿Y te retiras ya?

—Sí, porque yo he dicho á D. Felicísimo que estoy enfermo.

—¿Á dónde vas?

—Allá—replicó Tablas manifestando en la mirada recelosa que á Salvador dirigió, que no debía hablar con más claridad.

—Bien—dijo Aviraneta.—Nos veremos luego.—¿Y la Pimentosa cómo está?

—Agria.

—¿Qué es eso?

—Enojada, porque le pica la despensa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué despensa es esa?

—El estómago.

—Es verdad que padece mi señora males de estómago... Aguarda, que me voy contigo.

Tablas, que había dado ya algunos pasos hacia San Millán se detuvo, mientras el guipuzcoano, estrechando con el más vivo afecto la mano de su amigo, le dijo estas palabras:

—Mañana... y quien dice mañana dice el mes que viene ó el año que viene... estarás conmigo en la *Isabelina*.



6

VIII



AS escenas y conversaciones de aquella noche dejaron en el espíritu de Salvador un dejo de amargura, y así se esforzaba en apartarlas de su memoria, considerando que reproducían en pequeño el cuadro lastimoso de la Nación española. La confusión de pareceres, el incesante conspirar con recursos misteriosos y fines mal determinados, las repugnantes connivencias de la policía con los conspiradores de todas clases, no eran cosa nueva para él; pero había cobrado tal odio á estos fenómenos políticos, manifestación morbosa de nuestra miseria, que de buena gana se marchara á los antípodas ó á cualquier región apartada donde no oyera ni viera lo que allí mortificaba sus ojos y sus oídos.

La experiencia, el profundo conocimiento de las personas, los viajes y la desgracia, habíanle dado elementos bastantes para construir en su pensamiento una patria muy distinta de la que pisaba, y la inmensa superioridad de esta patria soñada en parangón con la auténtica era en él motivo constante de padecer y aburrimiento. Por eso decía:—“Mucho han de variar las cosas, mucho han de aprender los hombres para que la política de mi desventurado país pueda llegar á serme simpática, y como yo, por muchos años que Dios me conceda, no he de vivir lo bastante para ver á mis compatriotas instruidos en lo que es libertad, en lo que es ley y en lo que es gobernar, lo mejor será que no me afane por esto, y que deje pasar, pasar, contemplando desde mi indiferencia los sucesos que han de venir, como se miran desde un balcón las figuras de una mascarada.”

Estos propósitos no eran constantes, porque otras veces meditaba sobre el mismo tema y hacía las siguientes consideraciones, llenas de

buen sentido y de tolerancia.—“No puede sostenerse en las acciones de la vida el criterio pesimista, que suele ser el disimulo del egoismo. ¿Quién duda que existen en nuestro país, al lado de esa cáfila de alborotadores, cabecillas, intrigantes, charlatanes, aventureros, muchos caracteres nobilísimos, innumerables hombres de buena fé, patricios desinteresados, verdaderos y leales que se aplicarían á la política y serían discretos en la idea, enérgicos en la acción y honrados en la conducta? Pues bien, si yo me siento capaz de inculcar á esos hombres un pensamiento feliz y de ayudarles en el desempeño, ¿por qué no he de hacerlo?

Después de vacilar un momento, se contestaba con amargura,—“Porque no me creerían. ¿Cómo habían de creerme y hacer caso de mí, si yo también he sido alborotador, cabecilla, intrigante, aventurero y hasta un poco charlatán? ¿Si he sido todo lo que condeno, cómo han de fiar de mí al verme condenar lo que he sido? ¿Si exploté la industria del pobre en este país, que es la conspiración, cómo han de ver en mí lo que realmente soy? No, yo he quedado inútil en esta refriega espantosa con la necesidad. He salido vivo, sí, pero sin autoridad, sin crédito para tomar en mis labios ese ideal noble, por donde van las vías rectas y francas del progreso de los pueblos. Mi destino es callar y arrinconarme, so pena de que me tengan por un Aviraneta, cuando no por un Rufete.”

Al pensar esto, el propósito de condenarse á oscuridad perpétua triunfaba en su ánimo de una manera completa. Pero esta oscuridad sin familia y sin afectos era el cenobitismo más triste que puede imaginarse. Y aquí, en esta lóbrega caverna sin salida, terminaban las excursiones mentales del misántropo. Pero la salida no era absolutamente imposible. Si hacía falta una familia, ¿por qué no la buscaba? Hay ciertos bienes que valen más encontrados al azar que buscados con cálculo, y es muy general que quien despreció la suerte cuando pasó á su lado, ande después á cabezadas tras ella, y no la encuentre ni siquiera pintada, ó halle cualquier falsificación del bien y la coja gozoso y la abraza y se desengaño y rabie, deplorando su torpe indolencia.

Quería vencer su extraordinario tédio frecuentando la sociedad. Había renovado mucho sus amistades, dando un poco de mano á las que le recordaban su juventud de trapisondas y procurando contar entre sus íntimos á personas de mayor fuste. Su buena figura, su conducta intachable, su instrucción, su entretenida plabra, tratándose de referir viajes ó verosímiles casos y peligros le dieron muchas simpatías en todas partes. Había dejado de visitar á Genara y á D. Benigno Cordero por razones poderosas; pero en cambio frecuentaba otras muchas casas de-

centes, á donde concurría en personal de ambos sexos lo más selecto de la Corte. Por las noches gustaba mucho de pasear un poco por las calles antes de retirarse á su casa, poniendo así entre la tertulia y el sueño un trozo de meditación trans-urbana de más gusto para él que la más entretenida y docta lectura. La soledad sospechosa de algunas calles, el bullicio de otras, el rumor báquico de la entreabierta taberna, la canción que de una calleja salía con pretensiones de trova amorosa, el cuchicheo de las rejas, el desfile de inesperados bultos, indicio del robo perpetrado, del contrabando ó quizás de una broma furtiva; la disputa entre viejecillas terminada con estrépito de bofetadas... por otra parte el rodar de magníficos coches; la salmodia insufrible del dormido sereno que bostezaba la horas como un reló del sueño, funcionando por misterioso influjo del aguardiente; el rechinar de las puertas vidrieras de los cafés, por donde salían y entraban los patriotas; el triste agasajo de las castañeras que se abrigaban con lo que vendían tendiendo una mano helada para recibir los cuartos y otra mano caliente para dar las castañas; las singulares sombras que hacían las casas construidas sin orden, unas arrumbadas hacia atrás, las otras alargando un ángulo ruinoso sobre la vía pública; los caprichos de claridad y tinieblas que formaban las luces de aceite encendidas por el Ayuntamiento y que podían compararse á lágrimas vertidas por la noche para ensuciar su manto negro; el peregrino efecto de la escarcha en las calles empedradas, que parecían cubrirse de cristal esmerilado con reflejos tristes; el mismo efecto sobre los tejados, en cuya superficie se veía como una capa de moho esmaltada por polvo de diamante, el grandioso efecto de la helada, que en flechazos invisibles se desprendía del cielo azul ante las miradas aterradoras de la luna, la deidad funesta de Enero; la consideración del frío general hecha dentro de una caliente pañosa; el estrépito de la diligencia al entrar en la calle, barquichuelo que navegaba sobre un mar de guijarros, espantando á los perros, ahuyentando á los chiquillos y á los curiosos;... el buen paso marcial de los soldados que iban á llevar la orden prendida en lo alto del fusil; el coro sordo de los mercados al concluir las transacciones, cuando se cuenta la calderilla, se barre el puesto y se recogen los restos; el olor de cenas y guisotes que salía por las desvencijadas puertas de las casas á la malicia, y el rasgueo de guitarras que sonaba allá en lo profundo de moradas humildes; la puerta sobre la cual había un nombre de mujer groseramente tallado con navaja, ó una cruz ó un cartel de toros, ó una insignia industrial, ó una amenaza de asesinato, ó una retahila de palabras groseras, ó una luz mortecina indicando posa-

da, ó un macho de perdiz que cantará á la madrugada, ó un cuadrito de vacas de leche, ó un objeto negro algo semejante á un zapato, ó una armadura de fuegos artificiales pregonando el arte de polvorista, ó una alambarrera cubierta con un guiñapo, señal de la industria de prendería, ó una bacía de cobre, ó un tarro de sanguijuelas... todo esto, en fin, y otros muchos accidentes de la fisonomía urbana durante la noche, páginas vivas y reales, abiertas entre la vulgaridad de la tertulia y el tédio de su casa solitaria, le cautivaban por todo extremo.

Pero una noche tuvo un encuentro triste. Al entrar en la Plaza de Provincia vió una persona, dos, tres. Eran un hombre cojo, bien envuelto en su capa, una mujer tan bien resguardada del frío, que sólo se le veían los ojos, y un niño con gabán y bufanda, mostrando la nariz húmeda y los carrillos rojos de frío. Los tres iban en una misma fila: se detenían en todos los escaparates para ver las mantillas, los lujosos vestidos, las telas riquísimas, las joyas, y parecían muy gozosos y entretenidos de lo que veían. En la esquina había una castañera. Detuviéronse. El cojo sacó cuartos del bolsillo, la mujer un pañuelo, compraron, probó el chico y luego siguieron. La mujer agasajó el pañuelo lleno de castañas, como para calentarse las manos con él... Avanzaron... desaparecieron por una puerta.

Salvador se sintió estremecer de desesperación y envidia. El hombre cojo, el niño, la placentera unión de los tres, los cuartos sacados del bolsillo, los saltos del chico cuando se estaba haciendo el trato con la vendedora, las castañas, el pañuelo, las manos que tenían el pañuelo... En vista de las insolentes burlas del destino, juró no volver á pasar por allí.





IX



El hombre cojo entró en su casa, como hemos dicho, y después de un ligero altercado entre la familia por saber cuál había de acostarse primero, retiráronse todos. La paz, el orden, el silencio, la quietud se ampararon de todo el ámbito de la vivienda, y bien pronto no hubo en ella un individuo que no durmiese, á excepción de aquel buen señor de la cojera, el cual, despierto en su lecho, daba vueltas á una idea como si la devanase, sacándola del enredado pensamiento al corriente ovillo del discurso.

—Cuanto más cerca veo el día—pensaba,—más indeciso y perplejo me encuentro. ¿Por qué dudo, decídmelo, Virgen Santa del Sagrario y tú, San Ildefonso bendito? ¿Por qué mi anhelo se ha trocado en vacilación y mi fé en temor de causar gravísimo daño? ¿Qué dices á esto, con-

ciencia pura, qué razones me das? ¿Sale acaso de tí esa voz que siento y que me dice: "detente, ciego?..." Y tú, caviloso Benigno, ¿has notado, por ventura, frialdad en los afectos de ella, arrepentimiento en su voluntad ó siquiera desvío? Nada: ella es siempre la misma. Aún me parece más cariñosa, más apegada á mis intereses, más amante, más diligente... Entonces, mentecato, hombre bobísimo y pueril, digno de salir por esas calles con babero y chichonera, ¿por qué vacilas, por qué temes?... Adelante y cúmplase mi plan, que tiene algo, ¡barástolis! algo, sí, de inspiración divina... ¡Ah! ya vienen los malditos dolores... ¡todo sea por Dios! ¡Oh! ¿por qué te me has torcido en el camino del Cielo, oh pierna?..."

Las historias están conformes en asegurar que D. Benigno, después de decir "¡oh, pierna!", lanzó un gran suspiro y se durmió como un santo. Á la mañana siguiente tenía la cabeza despejada, el humor alegre. Lo primero que leyó cuando le trajeron la *Gaceta* fué el decreto convocando á la Nación en Córtes á la usanza antigua, para jurar á la princesa Isabel, por heredera de la corona de ambos mundos. Esto le dió mucho contento, y viendo la fecha del 20 de Junio marcada para aquel notable suceso, dijo así:

—Para entonces, ya estaremos casados... Es preciso fijar definitivamente esta fecha que es mi martirio. Ella dice que cuando yo quiera, y yo digo que la semana que entra, y cuando entra la semana que entra, entran ¡ay! también mis escrúpulos como un tropel de acreedores, y así estamos y así vivimos.

Parte de los escrúpulos de hombre tan bueno provenían de sentirse achacoso. No era ya aquel hombre que engañaba al siglo con sus cincuenta y ocho años disimulados por una salud de hierro, por alientos y espíritu dignos de un joven de treinta, con ilusiones y sin vicios. Aquella funesta rotura de la pierna había ocasionado en él pérdida brusca de la juventud que disfrutaba, y se sentía entrar, con paso vacilante y cojo, en una región fría y triste que hasta entonces no había conocido. Con las lluvias primaverales y los cambios de temperatura se le renovaron los dolores, complicándose con pertinaz afección reumática, y el pobre señor estuvo mes y medio sin poder moverse de un sillón.

"¿Apostamos, decía, á que llega también el 20 de Junio y se reúnen las Córtes y juran á la princesa, y yo no habré soltado aún este grillete que Dios se ha servido ponerme? ¿Qué presidio es este? ¿Temes, oh, Dios mío, que marche muy á prisa? ¿Esto es acaso para bien de mi alma, amenazada de correr demasiado y estrellarse?"

¡Y qué pesadas habrían sido las horas de aquella temporada, que él

llamaba su condena, si no las aligerasen con su cariño y con mil solitudes y ternezas las seis personas que él designaba con el dulcísimo nombre de *la sacra familia!* Sola le cuidaba como podría cuidarse á un niño enfermo, y de su cuenta corría todo lo relativo á aquella dichosa pierna averiada que no se quería componer sino á medias. Ella parecía haber robado á los ángeles de la medicina el delicado arte del apósito, y sus dedos eran tan conocidos del dolor que éste les veía cerca de sí sin irritarse. Cumplida esta obligación suprema, la futura esposa del mejor de los hombres se ocupaba de todo lo de la casa con la diligencia de siempre, con más diligencia, si cabe, pues sin sospecharlo, se había ido acostumbrando á considerarse partícipe de aquel trono doméstico y co-propietaria de tan dulces dominios.

Por las noches, la familia se reunía en el comedor, en torno del patriarca claudicante. Doña Cruzita, que se había dedicado á bordar pájaros, despachaba semanalmente una bandada de aquellos preciosos seres, y á veces el comedor parecía una selva americana, porque los había de todos colores, y además mariposas y florecillas, todo inventado por la señora que creaba las especies con su rica fantasía, de tal modo que se viera muy perplejo Buffón ante tal maravilla. Este interesante autor era leído algunos ratos en voz alta por uno de los hijos mayores, pues no había lectura más sabrosa que aquella para D. Benigno, después de la de Rousseau; y todos se quedaban pasmados oyendo la magnífica descripción del caballo, la pintura del león, ó la peregrina industria de los castores. El mismo muchacho ó su hermano solía leer también las *Gacetas* para dar variedad á los conocimientos y saber lo que pasaba en Hungría, Cracovia ó Finlandia. Los sucesos de España eran los que jamás se sabían por *Gacetas* ni papelotes, y era preciso recibirlos por el vehículo del padre Alelí, amigo fiel sobre todos los fieles amigos, cada vez más perturbado de caletre y más difuso de explicaderas. Por él supieron que D. Carlos se marchaba á Portugal, haciendo la comedia de que su esposa quería abrazar á D. Miguel (otro que tal) y á las infantas portuguesas; pero realmente por no verse en el caso de jurar á Isabelita. El mismo *Tío Engarza Cremos* les informó de que en una casa de la calle de Belén había sido sorprendida una junta carlista y presos todos los que la formaban. Si el interés político de las tertulias corderiles estaba en estas noticias, su amenidad dependía de las gracias y atrevimientos de Juanito Jacobo, que con su media lengua decía más que si la tuviera toda entera, y ya recitara fábulas ó romances, ya se despachara á su gusto con frasecillas y observaciones de su propia cosecha, hacía morir

de risa á toda la familia, menos cuando le daba por enojarse, hacer pucheros y tirar á la cabeza de su hermano un zapato, libro, palmatoria, tintero ó cualquier otro proyectil mortífero.

La tienda había sido traspasada por Cordero á otro comerciante, amigo y pariente suyo, y con esto quedó retirado absolutamente del comercio. Su capital, si no muy grande, sólido como el que más, le aseguraba rentas modestas y saneadas. Tenía vastos proyectos de ensanche y mejoramiento en los Cigarrales, y no esperaba sino á que aclarase el tiempo para trasladarse allá con toda la familia.

En Mayo sintióse tan mejorado de su pierna que pensó era llegado el momento de poner fin á sus vacilaciones. Era una tarde hermosa. Habían concluido de comer en paz y en gracia de Dios. D. Benigno, dejando que Alelí se durmiera en el sillón del comedor y que Cruzita hiciera lo mismo en su cuarto, envió á los muchachos á la escuela, y llevándose á su cuarto á Sola, entabló con ella una conversación de la cual es preciso no perder punto ni coma.

—Querida Sola—le dijo,—tengo que dar á usted explicaciones acerca de un hecho que le habrá sorprendido y que tal vez (y esto es lo que más siento) habrá lastimado su amor propio de usted.

Sola manifestaba grandísima sorpresa.

—El hecho es que, habiéndose resuelto desde que estuve en la Granja todas las dificultades que se oponían á nuestro matrimonio, haya aplazado yo varias veces desde aquella época un suceso tan lisonjero para mí. Como usted podría sospechar que estos aplazamientos significaban algo de mala gana, frialdad ó escaso deseo de ser su marido, y como nada sería más contrario á la verdad que esa sospecha de usted, tengo que explicarme, hija, tengo que revelar ciertos pensamientos íntimos y ciertas cosillas... ¿me entiende usted?

Con su verbosidad indicaba el héroe estar muy lleno de su asunto, como dicen los oradores, y es probable que desde la noche anterior hubiese preparado en su cabeza y hasta construido algunas de las frases de aquel memorable discurso.

—Pues bien, la causa de esta poca prisa... darémosle este nombre, que es el que más le cuadra... ha sido cierto escrúpulo que me ha asaltado, cierto temor de que nuestro matrimonio hiciera á usted desgraciada en vez de hacerla feliz, como es mi deseo.

—¡Desgraciada!—exclamó Sola, recibiendo aquella idea como una ofensa.

—¡Oh! no apresurarse... falta mucho que decir. Estos escrúpulos y

temores no se refieren á cosa alguna que pueda menoscabar los extraordinarios méritos de la que elegí por esposa; son cosa pura y exclusivamente mía. Ha llegado el momento de hablar con absoluta franqueza y de no ocultar idea alguna por penosa que sea para mí. Pues bien, hay una persona, un hombre, hija mía, que la aprecia á usted en lo mucho que vale, que la conoce á usted desde su niñez, que la ha protegido, que la quiere, que la ama; hombre que tal vez, ¿por qué no? es amado de usted... ¡Ah! querida Sola, hija mía, me parece que he puesto el dedo en una llaga antigua de ese corazón sin par, hecho á resistir y padecer como ninguno... En su cara de usted veo...

Ella se había quedado pálida cual si tuviera por rostro una máscara de cera, y miraba á su delantal, cuya punta tenía entre los dedos.

—Esa palidez—dijo D. Benigno conmovido—no indica en manera alguna que usted tenga que arrepentirse de nada, pues no se trata de faltas; indica que yo he despertado un sentimiento que dormía, ¿no es verdad?

La palidez de Sola se disipó como un velo que se rasga dejando ver la claridad que encubre, y así fué, por modo parecido al brusco descorrer de una cortina, como se encendió en ella un rubor vivísimo. Echándose á llorar, murmuró estas palabras:

—Es verdad, sí señor. Usted es más bueno que los ángeles.

El de Boteros estuvo callado un mediano rato contemplándola.

—Pero yo no he faltado, yo no he mentado...—balbució *Doña Sola y Monda* entre suspiro y suspiro.—Lo que usted dice, muerto estaba y enterrado en mi corazón para no resucitar jamás.

—Lo sé, lo sé—dijo Cordero no menos turbado que su amiga.—¡Oh! la voz aquella, la voz aquella blanda y un poco triste que hablaba aquí en mi conciencia, ¡qué bien me lo decía! Pues oiga usted todo. En este tiempo que ha pasado desde que vine de la Granja, se puede decir que no he vivido sino para pensar en esto y hacer comparaciones. Sí, he vivido comparándome, querida hija, he vivido atormentado por un análisis comparativo de las cualidades que creo tener y las que reúne el hombre á quien usted conoce mejor que yo, resultando que él es extraordinariamente superior á mí.

—¡Oh! no, cien veces no—replicó Sola con energía.—Es todo lo contrario.

—No violentemos la naturaleza, hija mía; no violentemos tampoco la lógica. Concedo que en honradez y en prendas morales no me aventaje, si bien no hay motivo para no reconocer que me iguala, pero en cambio,

¡qué superioridad tan grande la suya en el exterior y los atractivos de la persona!... Las cosas claritas... ¿eh?... ¿por qué no se ha de decir que él es un hombre que cautiva, un hombre que despierta simpatías en todo aquel que le trata, mientras yo...

—Usted también, usted también—dijo Sola prontamente.

D. Benigno movía la cabeza con triste ademán.

—No violentemos la naturaleza, querida; no violentemos la lógica—repitió.—Concedo que no sea yo enteramente antipático; pero usted, que siente y discurre muy bien, podrá decir si hay nada en la persona y en el alma de un viejo que pueda competir con la juventud, con el rostro alegre y expresivo de un hombre sano en la plenitud de sus afectos, de su fuerza, de su vida toda.

—Según como se mire, según como se mire—dijo Sola arrebatada de compasión por su amigo y anhelante de concederle todas las ventajas.

—¡Oh!—exclamó D. Benigno sonriendo,—por más que usted se empeñe en echarme flores, no conseguirá que yo me enfatúe, ni que me obceque hasta el punto de no ver claramente lo que soy. La vejez tiene sus preeminencias, tiene sus bellezas; pero estas preeminencias y estas bellezas no son de gran valor para el caso de que tratamos. Yo me conozco bien, no me doy ni me quito ni un adarme de lo que realmente peso, puesto en la balanza del matrimonio; creo que no carezco de algunas cualidades que me harían apreciar y respetar y aún amar de una mujer joven; pero la comparación con otro me revela mis años, que no son floja cuenta para el caso; me revela mis achaques, que se han iniciado precisamente ahora como un aviso, como una advertencia que Dios me hace por conducto de la Naturaleza. En fin, querida mía, si se tratara de cualquiera extraño, de cualquier advenedizo que en esta ocasión se presentase, ni por el pensamiento me pasaría que usted pudiera preferirle á mí; pero ¡ay! se trata de una antigua amistad, de un cariño antiguo en él y antiguo en usted... Usted me lo ha revelado, diciéndome con el acento más noble y leal: “es verdad, es verdad.”

—Es cierto—replicó Sola,—y ahora, para que no quede en mi corazón ni un fondo siquiera de los secretos que he guardado en él por tantísimo tiempo, voy á confesarme con usted... Delante de un sacerdote, delante de Dios mismo no sería más sincera, créamelo usted... Si antes no hablé de esto, fué porque yo quería considerarlo como cosa muerta y sepultada. Creía que mientras más lo callara y menos lo pensara, mayor sería el olvido, y no me atrevía á confesarlo, por temor de que con la confesión renaciera y me atormentara otra vez.

Se había sentado en una silla baja y sus brazos tocaban las venerables rodillas del héroe. Quien no la viera de cerca, creería que estaba de hinojos.

—Mucha parte de lo que usted ha callado con tanto afán, por su empeño de echar tierra y más tierra sobre un sentimiento desgraciado— dijo Cordero,—me lo reveló él mismo.

—Habrá dicho á usted que me recogió á la muerte de mi padre, poniéndome al amparo de su madre, y mirándome como á hermana. Si se jactó de sus beneficios hizo bien, porque éstos fueron grandes en aquella época.

—No se jactó. Adelante.

—Diría también que yo le cuidaba como una hermana y le servía como una esclava. Su voluntad me parecía una cosa de que no se podía dudar; sus palabras como el Evangelio.

—¿Y él?...

—Me trataba con consideración; pero...

—¿No tenía á usted más cariño que el de hermano?

—Ninguno más; pero aquel cariño me consolaba en mi tristeza.

—Tengo idea de que fué bastante calavera y que tuvo amores con algunas... ¿Pero á usted jamás...?

—Jamás—dijo Sola ingenuamente,—quería á otras mujeres; pero á mí no me quería.

D. Benigno se sonrió.

—¿Pero usted—dijo,—le quería desde entonces?...

—Me da vergüenza decirlo—replicó Sola,—por el desairado papel que hice; pero puesta á confesar, no oculto nada. Le quería, sí, muchísimo.

—¿Cómo?

—Todo lo que se puede querer á una persona—dijo ella, inclinando la cabeza, que le pesó, sin duda, por una extraordinaria aglomeración de recuerdos.

Cordero sintió un nudo en su garganta. Necesitó tragar algo para quitar aquel estorbo y poder decir:

—¿Y siempre lo mismo?

—Siempre le quería lo mismo y no pensaba más que en él, á todas horas, dormida y despierta.

—¿Y cuando estaba ausente?

—Le quería más.

—¿Y cuando volvía?

—Más. Era una cosa superior á mí, una especie de enfermedad ó desgracia que me enviaba Dios.

—¿No procuró usted librarse de ese tormento, pensando en otro?

—¡En otro hombre!—exclamó Sola como horrorizada.—Eso no, eso era imposible... Lo que yo sentía, aquel tormento mío me era necesario para vivir, como el aire y la luz.

—¿Nunca le demostró usted con acciones y palabras la grandísima afición que le tenía?

—¡Oh! no... Á veces hacía yo proyectos disparatados y me imaginaba no sé qué medios para hacérselo comprender; pero luego me daba mucha vergüenza.

—¡Qué horroroso tormento! ¡Qué agonía!

—Casi siempre, sí; pero á veces era feliz.

—¿Cómo, criatura?

—Pensando tonterías... y echándome á discurrir que de pronto se le antojaba quererme como yo le quería á él.

—¡Oh! barástolis—exclamó D. Benigno, cerrando el puño amenazador,—por vida de... Estoy indignado contra ese hombre, y bien merecía que usted le despreciara... Si usted viene á mí entonces y me cuenta lo que le pasa, como me lo cuenta ahora, juro á usted que voy derecho á ese hombre y le cojo, y le digo: “Oiga usted, caballero...”

Sola no pudo menos de reir un poco, y dijo:

—No tenía usted más que hacerle daño para ser mi mayor enemigo. Pues sí... que lo tomaba yo con poco tesón... Ahora comprendo que era muy extremada y que yo misma me recalentaba la imaginación noche y día, como cuando se echa leña en un fuego que se teme ver apagado. Como no había nadie á quien yo pudiera contar tales cosas, me las contaba á mí misma. Yo me consolaba diciéndome tonterías y resignándome, pues las muchas desgracias que he tenido desde niña y el verme siempre privada de todo lo que más he querido, me acostumbraron á tener mucha paciencia, muchísima. Es un consuelo un poco triste este de la paciencia; pero usándolo mucho, concluye uno por quererle y familiarizarse con él... Yo tenía... hasta mis alegrías, sí señor, alegrías á mi modo, ¡pues qué sería de nuestra alma si no tuviese medios de sacar alguna vez de sí misma lo que los de fuera no quieren darle!... En fin, señor, así iba pasando el tiempo, pasando, él ausente, yo sin esperanza. Me parece que los días eran como unos velos que se corrían despacio, uno sobre otro, y estos velos caían sobre mi memoria, y poco á poco iban apagando y oscureciendo lo que en ella había. Al cabo de cierto

tiempo empecé á verle... así como entre brumas, lejos; y con las ocupaciones, todo lo que yo pensaba se interrumpió para dar lugar á otras cosas. Á veces perdía bruscamente el terreno perdido, quiero decir, que por causa de algún sueño, de alguna conversación que me recordaba las cosas pasadas, ó por nada, por simpleza mía, volvía á sentirme atormentadísima, y me parecía tenerle delante y oírle, ¡siempre tan cariñoso, siempre tan bueno, pero siempre hermano!... En fin, aquellas recaídas... porque eran como las recaídas de una enfermedad... pasaban también. Yo sentía que iba cayendo tierra sobre aquello, y si he de decir verdad, yo la echaba también á puñados, unas veces rezando, otras trabajando en demasía... ¡Ay! al fin me encontré triunfante, y si pudiera valerme de una expresión rara...

—Á ver, diga usted esa expresión rara, querida sepulturera.

—Pues diré que últimamente me paseaba sobre el grandísimo montón de tierra que yo había echado sobre aquellas penas sepultadas... Algunas veces no iba segura, porque me parecía que sentía moverse debajo de mis piés la tierra... pero yo, valiente como debía serlo, daba golpes con los piés y todo se quedaba entonces quieto... ¿Ve usted qué pamplinas?...

—Siga usted —exclamó Cordero con la voz entrecortada. — Estoy lelo de admiración.

—Pues en estas y otras cosas, llegué á tener conocimiento con una persona que me manifestó tanto interés, tanta consideración... Yo no sabía cómo pagarle, y decía: "Es una desgracia para mí no tener algo de gran valor que ofrecer á este hombre generoso.", ¡Qué lejos estaba entonces de suponer que mi hombre generoso, mi segundo padre había de querer cobrarse sus beneficios de un modo que me obligaba más á la gratitud. Yo trabajaba en su casa: hubiera deseado que se multiplicaran las obligaciones para poder esclavizarme más. Yo comprendí... Dios y mis desgracias me han dado alguna penetración... comprendí que mi buen amigo había encontrado en esta pobre algunos méritos personales, y no estaba conforme con que yo fuera su criada, ni su pupila, ni tampoco su hija; quería llevar su generosidad hasta un extremo tal... El agradecimiento llenaba mi corazón; ¡qué regocijo me causa el agradecer y el pagar, aunque sea con poco!... Yo acepté entonces los favores de mi protector, y me dije que debía hacer todo lo posible por merecer el bien inmenso que aquel hombre quería hacerme. ¡Ay! cómo luché entonces por arrancarme lo que aún restaba de lo pasado... Aún quedaba algo: negarlo sería mentir. Mi buen protector se apoderaba de mi alma de una manera dulce y lenta. Llegué á acostumbrarme á su compañía

de tal modo, que si ésta me faltara, faltaríame lo principal de la vida. La idea de ser su mujer se clavó en mí, echó raíces, y me prometí entonces á él sin escrúpulo y con la conciencia serena. Mi corazón, conquistado por mí, podía ser ofrecido á quien mejor que nadie lo merecía. ¿Qué mejor dueño podía desear que aquel hombre sin igual, por quien sentí además de la gratitud un afecto tan grande, tan grande que no sé cómo expresarlo?

D. Benigno hacía los imposibles por impedir que las lágrimas salieran de sus ojos, y ya miraba al lecho, sin dejar de atender con toda su alma á lo que Sola decía, ya estiraba los músculos de su cara, ya en fin ponía diques al llanto queriendo convertirlo en benévola risa. Por último, pudo más su emoción que su dignidad y se llevó la mano á los ojos.

—Reconozco con mucho gusto, con muchísimo gusto—dijo hablando con turbación, pero sin llanto,—que al aceptar usted mis ofrecimientos lo ha hecho con lealtad... sí, señora mía, lo reconozco... estoy agradecido... yo no valgo nada... reconozco que usted, al responder afirmativamente á mis ruegos, echó el último puñado de tierra sobre un pasado triste; me ofreció su cariño y me consagró su persona toda, su porvenir... yo lo agradezco... pero, pero... luego cambiaron las cosas, se presentó á usted de improviso aquel sobre quien había caído tanta, tantísima tierra...

—No—exclamó Sola enérgicamente, levantándose.—Nada puede alterar mi resolución. Cuando apareció, ya yo no me pertenecía. Me considero tan ligada por mi palabra antes como después de aquella visita, y no debo, ni quiero... ni quiero, repito, volver atrás.

—No es posible que la presencia de ese señor le fuera á usted indiferente.

—Indiferente no; pero quien tanto ha luchado y tanto ha vencido, no podía de ningún modo comprometer su victoria. Soy la misma ahora que cuando fui por primera vez á los Cigarrales á pasar los mejores días de mi vida... La menor duda de usted sobre esto será para mí una ofensa. Soy toda en cuerpo y alma del que miró á esta huérfana sola y abandonada y tuvo la incomparable generosidad de querer hacerla su señora.

La actitud firme de Sola, la energía y la lealtad que en su semblante se pintaban, como la expresión más propia y adecuada de su alma hermosísima, tenían al buen Cordero sobrecogido de admiración, de gratitud, de entusiasmo, de amor.

—Una sola palabra—añadió—una sola pregunta quiero hacer. Lo que

usted diga será para mí como declaración bajada del cielo y lo creeré como se cree en Dios... Una palabrita nada más. Somos dos, dos hombres, el uno joven, lleno de vida y salud, de inmejorable presencia, despejado, rico, honrado, con innumerables prendas que aumentará la imaginación de la que tanto supo amarle de niña; el otro viejo, enfermo, pesado...

—Pesado no—gritó Sola protestando con calor.

—Bueno, quitemos lo de pesado... enfermo, feo...

—En los hombres no hay fealdad.

—Enfermo—prosiguió Cordero contando por los dedos,—poco agradado, corto de vista, honrado sí, como el primero, de buen corazón... En fin, voy al objeto. Los dos quieren casarse con una tal Sola, y esto parece fin de comedia. Una palabra de la dama va á decidir la cuestión, ¿á cuál de los dos quiere por marido?

¡Oh! quién tuviera pincel para pintar aquel destello de verdad suprema que brilló en los ojos de Sola, aquel gesto de heroína con que llevó la mano al pecho y elevó al cielo los ojos, bella por la verdad, sublime por lo que de abnegación había en el fondo de aquella verdad, y quién pudiera expresar el acento suyo cuando pronunció estas palabras:


—¡Como Dios es mi padre celestial, así es verdad que quiero casarme con el viejo!

D. Benigno no la había abrazado nunca. Aquel día la abrazó por primera vez, y aquel abrazo bien valía por mil.





X

ONTABA el padre Alelí, historiador desmemoriado y chocho, que aquella noche estuvo D. Benigno durante seis horas seguidas sin moverse de su asiento, con los ojos fijos en las puntas de los piés, y el puño en la mejilla, y tal fué, añade, la duración de su éxtasis, cavilación ó modorra, que al dejar aquella actitud tenía marcadas las coyunturas en los rojos mofletes de su cara, y el codo había dejado un hoyo profundísimo en el cojinete del brazo del sillón.

Pero nuestro buen criterio no nos permite admitir ciegamente esta versión, y así reducimos á tres las seis horas de que habla Alelí, el cual como Herodoto era muy inclinado á exagerar y dar proporciones á lo que veía. Mejor sería aún, reducir á una hora nada más el plazo de aquella perplejidad de nuestro querido señor, y así lo haremos. Conste, pues, que meditó largo rato, y que después apareció como ensimismado y lleno de confusiones. ¿No se habían disipado sus recelos? Sin duda no. De su talante sólo puede decirse que tan pronto parecía muy alegre como muy triste.

Al día siguiente muy temprano, después de un sueño ni profundo ni largo, se levantó, y despachando á toda prisa el desayuno, salió y fué derecho en busca de un sugeto que vivía en la calle del Duque de Alba, junto á D. Felicísimo. Aquel era día de mala suerte para el de Boteros, porque el individuo á quien buscaba había salido más temprano que de costumbre, dejando dicho á sus criados que no le esperaran en todo el día.

—¡Barástolis y más que barástolis! ya podía haber esperado un poco.

—Si llega usted cinco minutos antes—dijo el criado,—le encuentra bajando la escalera.

—Cinco minutos... ¿y cómo había de llegar cinco minutos antes, hombre de Dios? ¿No ve usted que soy cojo?... ¿no lo ve usted?

—No se incomode usted, caballero.

—¡Malaventurados los cojos—dijo el héroe para sí con tristeza,—porque ellos llegaron siempre tarde!

El señor á quien D. Benigno buscaba con tanto empeño no estaba lejos de su casa. Si Cordero, en vez de retroceder hacia la Merced y calle de Carretas con ánimo de encontrarle, hubiera seguido hacia San Millán y la calle de los Estudios, le habría de seguro hallado. Estaba frente á una puerta de la citada calle, con la vista fija en un hombre y en un caldero, en una mesilla ferrada de latón, en un enorme perol de masa y en un gancho. En el caldero que era grandísimo, ventrudo y negro, hervía un mediano mar amarillo con burbujas que parecían gotas de ámbar bailando sobre una superficie de oro.

Del líquido hirviente salía un chillón murmullo, como el reir de una vieja, y del hogar ó rescoldo, profundo son como el resuello de un demonio. La llama extendía sus lenguas, que más bien parecían manos con dedos de fuego y uñas de humo, las cuales acariciaban la convexidad del cazuelón, y ora se escondían, ora se alargaban resbalando por el hollín. El hombre que estaba junto al cazuelón y sobre él trabajaba, habría

pasado en otro país por prestidigitador ó por mono, pues sólo estos individuos podrían igualarle en la ligereza de sus brazos y blandura de sus manos. En el espacio de pocos segundos metía la izquierda en el cacharro de la masa, daba en ella un pellizco, sacaba un pedazo, que más parecía piltrafa; estrujaba ligerísimamente aquella piltrafa, haciendo entre sus dedos como un pequeño disco ú oblea grande; arrojaba esto al hervidero amarillo, y en el mismo instante, con una varilla que en la mano tenía, agujereaba el disco, haciendo un movimiento circular como quien traza signo cabalístico. Unos cuantos segundos más y el disco se llenaba de viento y se convertía en aro. Con un brusco impulso de la varilla echábalo fuera para empezar de nuevo la operación. No será necesario decir que aquellos roscos amarillos, vidriados y tiesos como vejigas eran buñuelos.

Una mujer flaca, bigotuda, con parches en las sienes, y las cejas como dos parches negros, se ocupaba en poner ordenadamente los buñuelos y en espolvorearles azúcar con un cacharrillo de lata, agujereado cual salvadera. La misma mujer de los parches era quien vendía, cuando alguien compraba, ensartando las docenas de buñuelos en juncos verdes que á la mano tenía.

El prestidigitador buñuelista era un hombre pequeño, antipático, tirando á viejo. Sudaba tanto con aquel continuo y fatigoso ejercicio, que su cara parecía haber estado en remojo poco antes. Para entretener el fastidio cantorreaba esta copla:

Reinará D. Carlos
con la Inquisición,
cuando la naranja
se vuelva limón.

Salvador reconoció la puerta de la casa que buscaba, y acercándose, preguntó si vivía allí el señor Pedro López, por otro nombre Tablas. Mientras el hombre se limpiaba el sudor, la hembra de los parches contestó que sí. La tiendecita ahumada donde estaba el puesto de buñuelos y aguardiente comunicábase con una lonja grande y espaciosa, donde había espléndido comercio de carne y salchichería. Ambos establecimientos eran, al parecer, de un mismo dueño: el pequeño tenía una puerta á la calle y el grande dos.

—Es en la tienda de al lado—dijo el buñuelero sin urbanidad;—pero se puede entrar por aquí. Pase usted, caballero... Señá Nazaria, aquí preguntan por usted.

Cuando la naranja
se vuelva limón.

Salvador penetró en la gran tienda donde podía admirarse todo lo más hermoso y rico que producen las industrias de Montanchez y Candelario, y si no hubiera freno para las comparaciones, si todo lo visible pudiese entrar en el dominio del arte metafórico, bien podría llamarse á aquello el palacio de las morcillas ó el templo del jamón. Además de la extraordinaria abundancia de lo que en el comercio se llama *género*, cautivaba en tal sitio el buen orden y, si se quiere, la elegancia con que todo estaba colocado, mostrando que había allí buen ojo y buena mano para que lo destinado á complacer al estómago embelesase primero á la vista. El techo era un portento, pues no parecía sino la convexidad de admirable gruta adornada de estalactitas, de corales, madreporas y raras especies de aquella parte del reino vegetal que con el mineral se confunden. Fijándose en los jamones que colgaban de un barrote de hierro y en las oscuras morcillas que les acompañaban, no se podía menos de pensar en algún inmenso árbol de Jauja, que había metido allí una de sus ramas, completamente llena de gigantescas frutas, tan sabrosas como picantes. En graciosas cenefas y en madejas ondeadas pendían las salchichas rojas como el pimiento de quien tomaban su afectado colorete, y las sartas de chorizos se entremezclaban con los pernils, acariciándolos suavemente con su piel crasosa. Por una columna abajo descendían en cuelga millares de salchichones, los unos vestidos con coraza de plata, los otros desnudos y tiesos como garrotes, en tal número, que con ellos se podría armar un ejército, si los ejércitos se batieran á cachiporrazos. En el mostrador, de pintada tabla, estaba el peso de metal amarillo, que como el más fino oro de Arabia relucía, y de unos ganchos que traían á la memoria las horcas alzadas por Chaperón en la vecina plazuela, colgaban las orondas reses puestas al despacho. Allí era de ver la hercúlea fiereza con que un fornido mocetón manejaba el hacha sobre el tajo, haciendo trizas á la víctima, que había sido un inocentísimo carnero manchego, ó benemérita vaca de la sierra de Gredos. Insensible como un verdugo, había en él también algo de la estricta equidad de quien cumple justicias superiores, porque cortaba los pedazos de modo que resultasen conforme al peso pedido, y era muy comedido de huesos y escrupuloso de piltrafas. El tajo era quizás el objeto que menos conforme estaba con el aspecto ordenado y hasta bonito de la tienda. ¿Quién nos asegura que no salió del mismo tronco de donde sacaron el que sirvió para hacer justicia á los Comuneros? Cuando nuestro buen amigo Rufete le miraba, las edades ominosas acudían á su mente y con ellas la imagen de los terribles escarmientos aplicados al

hombre por el hombre. Las rayas trazadas sobre el madero por el filo del hacha le parecían una página histórica.

Las pesas subían y bajaban golpeando el mostrador duro, y de mano en mano iba pasando el sustento de todo el barrio, aquí pobre y esquilmado, allá rico y sustancioso. Sobre la tabla caía una lluvia de cuartos negros manchados de verde, y con la música que éstos hacían, se concordaba el choque de las medias libras y onzas de cobre, sin cesar dando sobre el platillo. La aguja de la balanza oscilaba constantemente como un péndulo invertido. Cuando se distribuía una res, dividiéndose en innumerables pedazos destinados á tan diversas necesidades humanas, se descolgaba otra. Tan continuado rasgar de fibras y estallido de huesos causaría horror á los que no lo presenciaran todos los días. Entre el murmullo se oía: "Señá Nazaria, péseme bien, que soy parroquiana... Señá Nazaria, córteme pierna de abajo... Señá Nazaria, tenga conciencia y vea que eso es cordilla para los gatos... Señá Nazaria, el solomillo limpio y mondo ó no cobrado... Señá Nazaria, tenga conciencia en las chuletas.,,

Y señá Nazaria atendía á todos los términos de esta baraunda, demostrando actividad pasmosa, inteligencia múltiple y compleja. Unía al talento para distribuir la grandeza de alma para conceder siempre un poco más del peso. No era cicatera, pero cuando se creía engañada en el dinero, hacía justicia pronta y seca. En cierta ocasión agarró un moño como se podría coger una fruta, tiró de él y una copiosa cabellera negra se le quedó en la mano, por lo que se dijo que en sus grandezas imitaba á Julio César, y en su modo de guerrear á los salvajes. Era una mujer alta y gorda, no tan gorda que llegara á ser repugnante, sino llena, redondeada y bien compartida. Si era verdad que parecía haber absorbido parte considerable de la infinita sustancia que en la tierra existe, también lo es que conservaba mucha ligereza en todo su cuerpo, y que no le pesaban las mantecas. Su rostro era de admirable blancura, sus ojos garzos y negros, su nariz basta y respingada, abierta descaradamente al aire, como gran ventana, necesaria á la respiración de un grande y profundo edificio. El chorro de viento que entraba por aquella nariz modelada para el desparpajo, imponía miedo á los espectadores de su cólera. Nazaria tenía la hermosura que por extraña amalgama de los tipos humanos, hace simpático al descarado.

Lucía enormes amatistas montadas en pendientes de filigrana como relicarios, de modo que parecía llevar en cada oreja el pectoral de un obispo. Sus manos eran bonitas y gordezuelas, y los anillos que de an-

tiguo llevaba no se le podían sacar, porque su carne había crecido y el oro no. Tenía treinta y tantos años y era viuda de un opulento negociante de Candelario.

Por qué la llamaban Pimentosa es cosa que no se sabe; pero algunos decían que picaba mucho y levantaba ampolla á la manera de guindilla. Se podía ir á la tienda por verla despachar. También ella era prestidigitadora como el de los buñuelos, y parecía que se le multiplicaban milagrosamente las manos para coger pesar, cobrar, contar y devolver, todo sin dejar de charlar ni un solo momento. Enormes calderos de manteca blanca como espuma ocupaban un extremo del mostrador, y era bonito ver resbalando por aquellas blanduras de grasa las esmeraldas y los diamantes clavados en los dedos de Nazaria. Otras veces aquellos dedos, en sangre tintos, ocupábanse en usos industriales del género de Candelario; pero pronto recobraban su belleza revolcándose en espuma de jabón y estrujándose en agua hasta quedar limpios como el oro y finos como la seda. Así y todo se pirrabán por dar una bofetada.



XI



—¿Se le ofrecía á usted, caballero?

—¿Está ese Sr. Tablas?

—Perico querrá usted decir. Esta no es hora.

—Eso es, D. Pedro Lopez.

—No tan arriba. Pique más bajo.

—¿Se le puede ver, sí ó no?

—Creo que está durmiendo.—Suba usted... Eh, tú, Romualda... ve con este caballero... Di á Perico que si no tiene vergüenza de dormir á estas horas.

Romualda era una mujercita encanijada y vestida de harapos que en la tienda inmediata ayudaba á la mujer de los parches á ensartar buñuelos. La fisonomía de Romualda estaba de tal manera desvirtuada por la palidez y por la suciedad, que no se podía decir si era fea ó bonita. Igual dificultad había para declararla niña ó mujer, y así lo menos expuesto á equivocaciones será decir que no tenía edad ninguna.

El fenómeno (pues no de otro modo era llamada en el barrio) echó á andar delante de Salvador para guiarle. Pero como el fenómeno cojeaba ninguno de los dos podía ir á prisa. Tardaron algunos minutos en vencer la escalera, cuya tortuosidad igualaba á las oscuras revueltas de la conciencia de un asesino. Por decir algo durante el fastidio de tan penosa ascensión, Salvador preguntó á su compañera si era de la familia del Sr. Tablas.

—Es mi padre—replicó la cojuela.

—Pues no lo parece—dijo el caballero.—El Sr. Tablas y la señora Nazaria están, según parece, en muy buena posición.

El fenómeno no dijo nada, y siguió subiendo. Parecía subir con un

solo pié. Al llegar arriba detúvose para tomar aliento. Sin duda no respiraba más que con un pulmón.

—¿Se ha cansado usted, caballero?

—No tal... piso tercero. La escalera no es larga, y se subiría bien si

no fuese tan oscura... Tú si estás cansada. ¿Cuántas veces al día subes?

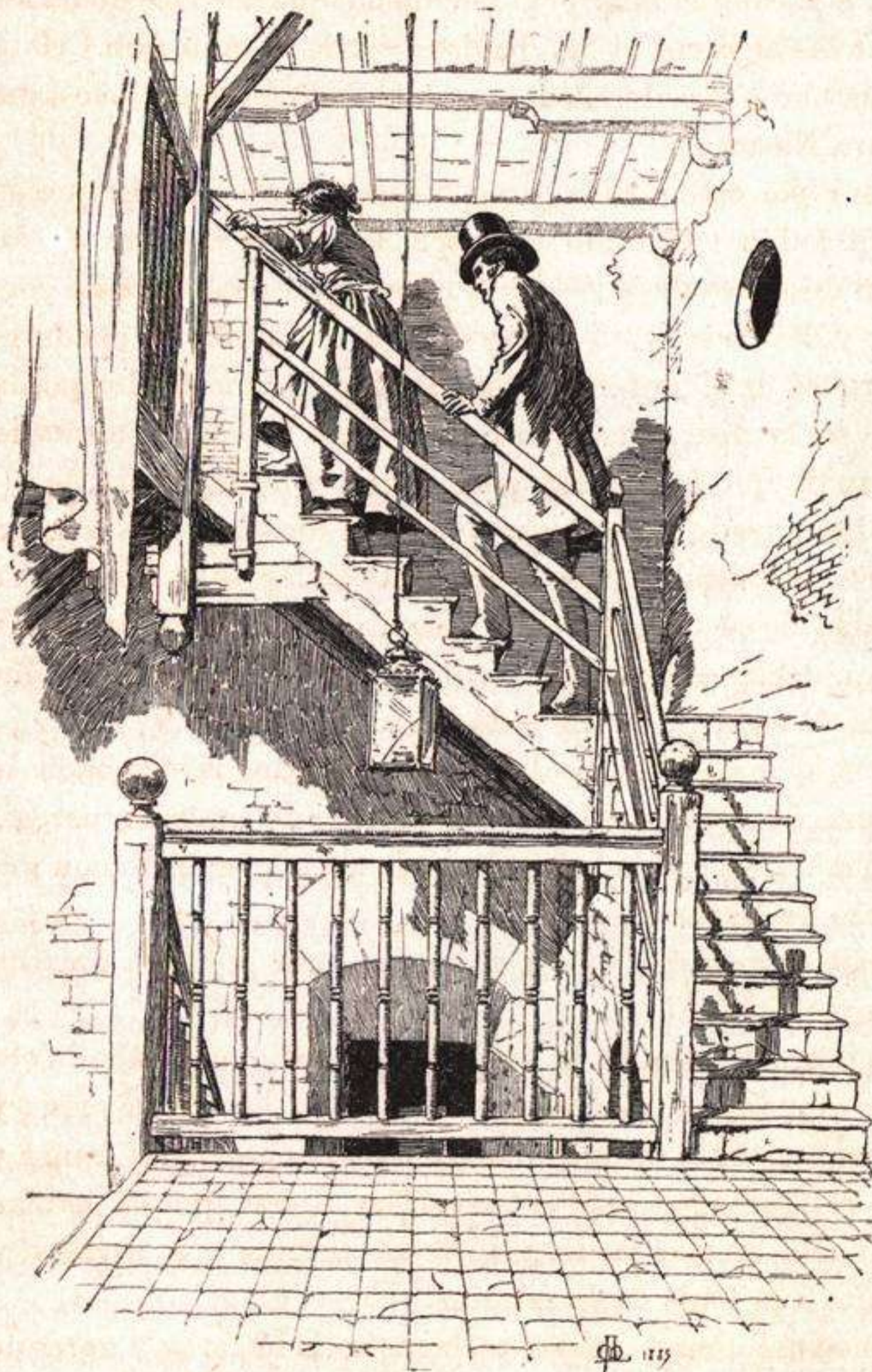
El fenómeno se quedó pensando. Por último, dijo:

—Unas sesenta veces.

—Es buena renta, hija. Tres mil escalones diarios.

—Con poco más al cielo.

Romualda no dijo más, y entrando en la casa despertó á Pedro Lopez, que dormía como un canto. Desde la sala en que esperaba entretenido en contemplar las estampas de santos y toreros que cubrían las



paredes, oyó Salvador los gruñidos del atleta al ser arrancado de su dulce sueño por la mano áspera y aceitosa del fenómeno. Oyó después imprecaciones y deserezos, y luego una ronquísima voz que decía:

—Baja á la tienda y tráeme los cigarros que dejé en el cajón grande del mostrador.

Poco después Tablas y Salvador se saludaban en la sala. Hablaron con interés un largo rato, y al fin dijo Lopez:

—Vámonos al café, y almorzando hablaremos de eso despacito. Aquí no se puede hablar de nada. Nazaria es muy re-curiosa, y todo lo quiere saber.

Se fueron. En la escalera hallaron al fenómeno, que después de haber subido para llevar los cigarros al Sr. Tablas, volvía á subir (¡oh Cristo de la cruz acuestas!) en busca de la sal para un huevo frito que se estaba comiendo la señora Nazaria.

Se comprenderá por este último y no insignificante detalle que la hermosa carnicera había concluido el despacho de la mañana. Al fin podía gozar algún descanso después de aquella espantosa brega de cortar, pesar, cobrar y devolver, y en el rescoldo de la buñolería le aderezaba la de los parches un ligero almuerzo. Detrás del mostrador ponía su mesa Nazaria; se lavaba manos y brazos hasta el codo; quitábase aquel horrible mandil que le sirviera poco antes, y acompañada de alguna discreta amiga que de la próxima tienda de lienzos venía ó de la mujer del vinatero, restauraban sus fuerzas. Después solía tomar una almohadilla con algo de costura, y á cada instante volvía la cabeza hacia la otra tienda para decir:—“Rumalda, sube y tráeme el dedal...”, Más tarde:—“Rumalda, la seda negra que está en mi costurero...”

En la buñolería, que á eso de las diez apagó sus fuegos, estaba la de los parches al frente de sus menguados despachillos de escarola, perejil y lechugas. Romualda se comía un pedazo de pan, engañado con los restos del almuerzo de Nazaria.

—Rumalda—dijo ésta después de medio día,—sube y dile á Petrilla que no ponga las perdices.

Y media hora después Romualda subió á preguntar si estaba la comida. Siendo la respuesta negativa, volvió á subir para dar prisa, y cuando Nazaria se remontó despacio á su alojamiento para comer y dormir la siesta, el fenómeno bajó á buscar las tijeras que se habían quedado en la tienda, y más tarde á decir al cortador que cerrara, y luego fué por aceite á la lonja de la esquina.

La Pimentosa comió abundantemente, como solía hacerlo, y antes de dormir la siesta mandó al fenómeno que bajase para ver si Tablas estaba en la taberna de la calle de las Maldonadas. Malísimo humor tenía la señora por aquella tardanza de su hombre, aunque acostumbrada estaba á tales ausencias y á otras mayores. Del mal humor pasó á la furia, y después de poner como ropa de pascuas á Petrilla, á la mujer de los

parches, al cortador, al lucero del alba, al Preste Juan de las Indias, al rey David, miró á Romualda con dictatorial ceño.

—¿Y tú qué haces ahí, holgazana? ¿En dónde está la media?

El fenómeno respondió temblando que la media estaba abajo... ¿pues dónde había de estar?

—Pues correndito por ella.

Y se echó á dormir. Después de la siesta recibió varias visitas, á saber: el respetable vinatero que venía con importantísimos chismes de la vecindad; la inquilina del segundo, que era prestamista, con más conchas que un galápago y más dinero que la Real Hacienda; una criada de la señora de D. Pedro Rey que vino á traer recados de su ama, (pues Nazaria era hija de una antigua sirvienta de los Rey), y el padre Carantoña, de la orden de Predicadores, que algunas veces solía ir á la casa para llevarse una cestilla repleta de ricos chorizos y butifarras, con otras vituallas de consideración.

—Padre Carantoña—dijo Nazaria al despedir al fraile.—Hágame un favor. Si ve á Rumaldilla en la tienda ó jugando en la calle, dígame que suba.

Aquella tarde sintióse la insigne carnicera bastante molestada de la dispepsia que padecía. Hallábase en disposición de abofetear á todo el género humano, porque las malas digestiones exacerbaban su carácter agrio y despótico. Desconfiando de los médicos, sólo se aplicaba remedios que llamaremos populares, recomendados por las comadres de la vecindad, los unos del orden supersticioso, los otros del género terapéutico familiar; y como se los administraba todos á la vez é *in solidum*, sin criterio, sin tino, la buena mujer estaba cada día peor. Por eso aquella tarde, se oyeron muchas veces sus vehementes gritos de mando:—Rumalda, á la botica.—Rumalda, á casa de la tía Pistacha... que te dé aquellos polvos...,,

En estos y otros lances, recibió una visita altamente honrosa. La sala se llenó de negro, quiero decir que entró en ella el padre Gracián acompañado de otro clérigo, no tan grande como Su Reverencia, pero también bastante talludo. El padre Gracián era bien recibido en una y otra parte y muy querido del vecindario de Madrid, porque á todas las casas que se honraban con su presencia, y eran muchas (aunque él no pecaba de pedigüeno ni de entrometido, como algunos individuos monacales), llevaba siempre una misión desinteresada y evangélica. El palacio del rico y el cuarto numerado del pobre abrían con igual amor sus puertas á aquel enemigo del escándalo, á aquel trabajador incansable de la viña

del Señor, á aquel guerrero de la moral cristiana, á aquel perseguidor de las malas costumbres. Hacía la propaganda de los matrimonios leales y bien acordados, de las familias pacíficas; llevaba por todas partes el pabellón de las reconciliaciones y de la paz; perseguía sin tregua las irregularidades, los odios domésticos, los amancebamientos, los desórdenes, y su mayor gloria era encarrilar un marido extraviado, enderezar una esposa torcida, atraer un hijo pródigo, ablandar á un padre cruel. No abandonaba ni un punto su arriesgado puesto de combate enfrente de las baterías de Satanás, y exponía su noble pecho á las burlas, á las injurias, á la mala interpretación, con tal de defender el baluarte de Cristo en que asentaba su planta, y no dejarse quitar un palmo de terreno, sino antes bien ganar al pecado palmos, varas y leguas.

La Pimentosa se turbó al verle entrar. Ella, que no respetaba nada en el mundo, respetaba al clérigo por un sentimiento natural adquirido desde la cuna y, si se quiere, mamado con la leche. Ofreció una silla al Padre y otra al Hermano que acompañaba al Padre.

—No, no me siento—dijo con áspera voz Gracián, blandiendo su sombrero de teja, como si fuera un montante para cortar cabezas;—nos vamos enseguida. Yo no vengo aquí como el padre Carantoña á tomar chocolate y á recibir morcillas; vengo á arrojar una semilla fructífera en este erial; vengo á arrojar una palabra en este desierto, con esperanza de que alguna vez sea oída... Me intereso por vosotros porque sois pecadores. El sano no necesita de médico, el leproso sí. Conocí á la señora Nazaria en casa de D. Pedro Rey, y allí supe su mala vida. Conocí á Lopez en casa de D. Felicísimo, y allí supe su extravío. Pues bien, aquí vengo hoy con el mismo fin que me trajo la semana pasada; vengo á deciros: “Casaos, casaos, casaos, que estais perdiendo vuestras almas y dando mal ejemplo.” Soy misionero de Cristo, apostol de gentiles, y veo que no es preciso ir al Asia ni al África para encontrar salvajes. Aquellos son mejores que vosotros, porque ellos son nacidos ciegos, y vosotros, que nacisteis con vista, cerrais los ojos á la luz. Vuestra unión ilícita es un pecado mortal para vosotros y un escándalo para los fieles. Casaos, almas de cántaro, y vivid como Dios manda y la sociedad desea.

En la cara de la Pimentosa parecían fluctuar batallando la cólera y el respeto, y con turbada lengua se disculpó así:

—Bueno, ya lo sé... ¡Caramba, qué trompeta de Padre! .. No soy sorda... Yo bien sé que Su Reverencia habla con razón. Pero yo me voy á separar de Tablas, yo reniego de Tablas, que es un holgazán, que me está comiendo lo que gano y lo que heredé de mi difunto.

—Pues separaos, por la Virgen Santísima—dijo Gracián con más suaves modos.—Si él es un borracho, un haragán y un libertino, váyase enhoramala. Ayer le calenté las orejas en casa del Sr. Carnicero. Pero él no desea romper esta unión ilícita, sino casarse. Tiene buen fondo. Decidid una cosa ú otra; estais llenos de pecados, vivís como fieras, no como cristianos.

—Padre, por amor de Dios—dijo Nazaria, aterrada por las palabras del clérigo.—No me caliente la cabeza. Estoy esta tarde que si me acercan á la lumbre, ardo. El mal que padezco...

—Sí, ya sé que padeces un mal insufrible. ¿Pero de qué proviene ese mal? Proviene de tus infames vicios, de la glotonería primero, de la cólera después y de otros grandes y deplorables pecados. Luego no quieres atenerte á la medicina ni al dictámen de entendidos físicos, sino que te entregas á la superstición. Has de saber que es ultrajar á Dios y á los santos creer que con palitroques pasados por los piés de una imagen se curan las enfermedades, y que el romero guisado al compás de un credo sirve para hacer buen quilo. ¡Error, necedad, irreverencia, sacrilegio!... No veo en esta casa más que escándalo y profanación—añadió colérico, revolviendo sus ojos y mirando las estampas que llenaban las paredes.—¿Qué significan estos retratos de toreros confundidos con los santos más venerables? ¿Qué significan esas muletas y esos estoques, banderillas y puyas, colocadas en pabellón y como al modo de ofrenda al pié de la Santísima Virgen? ¿Y esa cabeza de toro que tiene pendiente de cada cuerno un Niño Jesús de alcorza?... Mujer escandalosa, hasta en los adornos de esta casa se conoce que reinan aquí la profanación, el escándalo y el vicio.

—Así tenía mi marido la casa—dijo Nazaria alzando su nariz provocativa, por donde entró un chorro de aire que sonaba á resoplido de fragua.

—Bueno estaría también tu marido—dijo Gracián, haciendo un mohín de escarnio.—Los sentimientos de la gente de esta casa se revelan hasta en lo más insignificante. Pues si fuera á ocuparme de todo lo que hay aquí de reprehensible, ¿qué diría, señora Nazaria, qué diría de la bárbara crudeza con que es tratada esa pobre niña, ó mujer canija, hija del señor Tablas?... Os tratais como duques, y ella se confunde con los más lastimosos pordioseros. ¿Qué tal? ¿Es esto cristiano, es esto honrado? Pero donde no hay verdadera familia no puede haber sentimientos humanitarios ni caridad. Casaos, casaos, reconciliaos con Dios y con la Iglesia, no me cansaré de decirlo. Si así lo haceis, después todo se os hará fácil.

Salvad vuestra alma, y no contamineis otras almas que aún están puras. Curaos de vuestro daño, y así ninguno que esté próximo á vosotros se contaminará de él... Os amonesto por tercera vez, y os amonestaré la cuarta y la quinta, porque yo, que he despreciado tantas veces la muerte, ¿qué caso puedo hacer de vuestra resistencia? Nazaria, vuelve en tí, oye mis consejos. Cuando tu corazón dé un grito, corre á la iglesia, no te detengas. Me hallarás en mi confesionario. Adios.

Sin hacer reverencia alguna, impávido, formidable, como el guerrero que ha cumplido su deber en lo más recio de un combate, salió seguido del Hermano. Cuando bajaba la escalera, Tablas subía.



XII



BRIÓ el gigante la puerta de la sala donde su giganta estaba, y antes de entrar echó en redondo una mirada recelosa, bajando la barba al pecho y escondiendo los ojos bajo las negras cejas. La amenazadora expresión de su ceño, la prominencia de su frente abultada y aquel mirar hosco daban á su cabeza semejanza con la espantable testa del toro jarameño cuando aparece en el circo, y reconoce con su mirar de fuego el ansioso público, y parece que él mismo, antes de empezar la lidia, se espanta de la barbarie que se prepara.

La nariz de Nazaria se infló hasta no poder más. En aquellos momentos necesitaba mucho aire. Tablas dió algunos pasos hacia ella, y echándose ambas manos á la estrecha cintura, se meneó á un lado y otro como muñeco de goma, y escupió estas palabras:

—¡Cristo!... si habré dicho alguna vez que no quiero clerigones en casa... ¿Por qué los has recibido?

Pimentosa echó mano de un abanico y replicó así:

—Porque me ha dado la real gana... En paz.

—En guerra... Si les vuelvo á encontrar... van á la calle por el balcón... y tú detrás.

—¡Valiente papamoscas! Pero hombre, no mates tanta gente, que se acaba el mundo.

—¿Qué buscaban esos pillos?

—El pillo eres tú... salvaje. ¡Tanto rezar rosarios en casa de D. Felicísimo, y llama pillos á los señores sacerdotes!...

—¿A qué venían?

—Á lo que nos ha dado la gana.

—Vamos, vamos—dijo Tablas contoneándose otra vez,—que hoy estoy tan bromista, que si me tocan, por cada dedo me sale un tiro.

—Lo que á tí te sale es el aguardiente que has bebido.

—¡Nazaria!...

—Úrgame tanto así, y verás lo que es canela.

—¡Nazaria!...

—¿En dónde has estado hoy? dílo pronto—gritó la Pimentosa hablando á borbotones.—¿Quién es ese *futraque* que vino á buscarte?

—Á tí no te importa eso... Toma varas con los sayos negros y déjame á mí.

—¡Borracho!

—¡Pues y tú!...—exclamó Tablas, mascando su cólera.—Vamos, no quiero incomodarme... ¿Por qué has recibido á los clérigos?

—Porque es mi santa voluntad. Soy reina de mi casa.

—Reinita nada menos...

Tablas miró á un palo que en el rincón de la sala había, y que sin duda iba á intervenir como tercer personaje en aquella escena.

—Sí, reina soy y ama de todo—bramó Nazaria pálida y furiosa,—extendiendo los brazos.—Mío es el pan que comes, mía la ropa que vistes, mío el tabaco que fumas, y mías las copas, las copas...

No pudo decir más porque la ahogó la tos. Su abultado seno trepidaba saltando, como vejiga de payaso.

—Todo es de la señora, já, já...—dijo grotescamente Lopez queriendo tornar en burlas afirmación que tanto le humillaba.—Después hablaremos de eso; pero ahora, dígame la reina por qué estaban aquí otra vez los sacripantes negros.

—Porque yo les llamé ¿estamos?... porque me gusta el sermón y quise dar para las ánimas.

—¡*Anima mea!*... Cristo... Con que hay *pedriques* en mi casa... Pues mira yo te voy á dar la *Extrema*. ¿No te pido el cuerpo *hinsopo?*... Pues verás.

Volvió á mirar el palo, que ya estaba, como si dijéramos, al paño, esperando el momento de salir al escenario.

—Ladrón, si te mueves, te como...—gritó Nazaria en voz tan imponente, que Tablas, ya en camino de traer al tercer personaje, se detuvo en medio de la sala.—Ponte en la puerta de la calle ahora mismo, holgazán, gorrón, que el pan que me has comido, mejor habría sido echarlo á los perros... ¿Pues no te contentas con gastarme mi dinero y arruinar-

me la casa, sino que me amenazas?... Por vida del arpa del tío David, yo tenía más dinero y más *comenencia* que cuatro reyes, y tú me has llenado de trampas! Por tí y tus vicios estoy empeñada en más miles que pesas, trapalón, y cuando toquen á embargar, la viuda de Perivañez el de Candelario tendrá que ponerse al buñuelo, á la castaña, al aguardiente ó al mondongo... Sacados te vea yo los ojos, hi de mujer mala. Díme, calzonazos, ¿en dónde están mis alhajas que daban envidia á las de la Pilarica en Zaragoza? ¿en dónde están mis cuatro mantones de Manila que parecía que los habían bordado ángeles con manos de rosa?... ¡Ah! ¿dónde ha de estar todo aquel tesoro? En *Peñíscola*, para que el señor beba, para que el señor monte á caballo y vaya á derribar vacas, para que el muy mamarracho convide á los gorriones y tenga mozas... Ea, fuera espantajos. Por aquella puerta se va á la calle...

—¿Sabes lo que te digo?... pues que eres una cotorra charlatana y hay que cortarte el pescuezo.

—¿Sabes lo que te digo? pues que á otros de más hígados que tú los he tendido yo de un soplamocos. Mejor tuvieras vergüenza y fueras persona decente como yo. ¿En dónde pasas las noches?... ¿en qué gastas el dinero?... Y luego viene diciendo el bobo que se trata con esos señores de política, y que está armando un gatuperio como el de los tiempos en que cayó la Mamancia... ¿Qué entiendes tú de eso, cafre, si andas en dos piés porque al Señor se le olvidó hacerte la cruz en el lomo?... Mira que no se ha acabado la madera de que hicieron las horcas en la plazuela. Allá te quisiera ver colgado como una butifarra para ir á tirarte de las piernazas y verte haciendo más visajes que un cómico con hambre. ¡Política el señor Tragacantos! ¿De cuándo acá tenemos esas sabidurías? Lo que tú harás será engañar al pobre D. Felicísimo que te dió la primer bazofia que comiste en el mundo, y venderle á los masones, contándoles lo que pasa en su casa. ¡Ah! bribonazo, si crearás embobarme á mí, que conozco tus mañas y sé dónde te aprieta la herradura.

—¡Ah!... ¡re-sangre! si digo que voy á echar al gato esa lengüecita...— dijo Tablas abalanzando sus pesadas manos hacia la cara de la Pimentosa.

—Quita allá esas aspas de molino—replicó ella rechazando con extraordinaria energía las manos de su hombre.

—Maldita sea la hora...

Bramando así con insensata ira, Tablas hizo un gesto, é instantáneamente enganchó en su garra el moño negro de la gigante. La gigante rugió como una leona, levantóse, hubo formidable choque de cuerpos y

cruzamiento horrible de brazos tiesos. Se balancearon, se oyó un doble gemido y un estertor siniestro, señal de violentos esfuerzos. Pero la giganteña logró desasirse, blandió sus fornidos brazos, echó un temporal por su nariz, y rápida como el pensamiento, dió un salto, dos, tres. El piso temblaba como si pasara un carro. Nazaria llegó á una mesa y cogió un objeto voluminoso que encima de ella había. ¿Qué era aquello? Era una urna de madera y cristal, alta de tres cuartas. Dentro de ella había una virgen de los Dolores, y encima un toro de yeso, dos toreros,



un niño Jesús, una enormísima moña. Alzó en sus manos la mujerona todo aquel catafalco religioso-taurino, y en menos tiempo del que se necesita para pensarlo, cayó todo con estrépito formidable sobre la cabeza de Tablas. La increpación ó voz felina que éste lanzó al recibir el golpe no es para descrita. Los vidrios rotos sobre su cráneo rasgaron su frente. Sin sentir manar la sangre corrió en busca del palo; pero antes de llegar, ya se le interpuso la Pimentosa con una silla enarbolada en ambas manos. El gigante tomó otra silla. Se detuvieron un momento mirándose cara á cara; echándose mutuamente su ardiente resuello y cruzando los rayos de sus ojos llenos de ira. De repente la giganteña soltó el mueble; había tenido una idea feliz, salvadora. Dió un paso atrás, re-

volvió en su cesto de costura, sacó una navaja enorme, y corriendo en seguimiento del gigante, que retrocedía espantado, exclamó con bramido:

—Te degüello...

Entraron algunos vecinos, para quienes no era nuevo aquel laberinto, aunque hasta entonces no había ocurrido pendencia tan ruidosa en casa de Nazaria; entró también Romualda dando gritos, y todos se dedicaron á la grande obra de la pacificación. Cada contendiente se vió rodeado de un grupo y oyó las exhortaciones más razonables. ¡Cosa extraordinaria! El primero en quien se notaron síntomas de aplacamiento fué el descalabrado López, el ofendido de palabra y de obra. Gruñendo como un mastín apaleado, dijo que él no quería perderse, que era demasiado hombre de bien para perderse, y que no había mujer alguna en el mundo merecedora de que se perdiera por ella un hombre. Nazaria no decía nada, pero con los resoplidos mostraba el desfogamiento de su cólera que parecía salir en mangas de aire desalojando el henchido seno. La navaja yacía en el suelo junto á los restos de lo que fué urna y á los pedacitos de toro de yeso que, pisados en la contienda, manchaban de blanco la fina estera.

—¡Y está sangrando el canalla!—dijo la Pimentosa lanzando de su boca esas chispas de risa que saltan entre las llamas de la ira iluminando el rostro.—Parece un *Decehomo*.

—No es nada, no es nada--dijo Tablas llevándose á la frente un pañuelo que le dió el fenómeno.

—Rumalda—gritó la giganta,—baja y trae un poco de vino y aceite.

Viendo que la furia de uno y otro se aplacaba poco á poco, los vecinos se fueron retirando.

—Se incomoda uno por cualquier majadería—murmuró López, dejando que Nazaria le aplicase el pañuelo á la frente.—Cuando uno va á reparar ya ha hecho una barbaridad... y hombre perdido.

—Le hablan á una con malos modos, y á una se le sube la mostaza á la nariz, y allá te vas lengua.

—Y gracias que uno es prudente y sabe las mañas de la fiera y le pára los piés...—dijo López queriendo dar explicaciones de su cobardía.

—Y si á una le preguntaran con buen modo lo que buscaban los padres curas, una contestaría que venían á sus *pedriques*, y en paz. Pero se incomoda la gente por una palabra... Hay lenguas que tiran coces... No se puede remediar...

—Yo soy un angel; pero cuando me solicitan, embisto. ¡Qué genio me ha dado Dios! Yo mismo me tengo miedo á veces... Rumalda...

Rumalda había llegado con el aceite y con el vino, y Nazaria aprontaba el remedio que reclama toda cabeza sobre la cual se ha hecho pedazos una urna.

—Rumalda, no tengo tabaco—dijo el atleta;—bájate al estanco... pronto, chica... Pues como iba diciendo, si á un hombre como yo, que es todo pólvora, se le hubiera preguntado con decencia dónde había pasado el día y qué negocios traía con el *futraque*, el hombre habría contestado como un caballero. ¡Si aquí no hay misterio...! Que un señor, á quien conocí en casa de D. Felicísimo, viene á buscarme y me dice: "Sr. López, me va usted á hacer un favor muy grande.—Usted disponga, señor mío...—Pues hace dos meses, la policía registró una casa de la calle de Belén, donde se reunían unos cuantos partidarios de D. Carlos. La policía fué sobornada en aquella ocasión y no prendió á nadie. Pero el Gobierno ha cambiado los guindillas de soflama por otros, y anoche volvió la policía á registrar la casa de la calle de Belén, y pescó á cinco sugetos, y les puso en la carcel de Villa.—De lo cual me alegro, Sr. D. Salvador.—Pues mire usted, Sr. Tablas, yo vengo á que usted me haga el favor de proporcionar á uno de esos cinco sugetos los medios de fugarse, porque corre el run run de que les van á fusilar.—¿Es pariente de usted?—Sí señor. ¿Usted ha estado empleado en la carcel de Villa?—Sí señor.—Usted favoreció la escapatoria de Olózaga.—Sí señor.—Usted podrá hacer ahora otro tanto.—Sí señor.—Pues es preciso hacerlo.—¿Cuánto vamos ganando?—Tanto.—Es poco.—Pues cuanto.—Nos arreglaremos.—¿Quién es el sugeto?—Pues es Fulano de Tal.—Adelante, empezaremos á trabajar hoy mismo. Vamos al café y á la taberna; hablaremos con los chicos de la carcel... Total, que hemos estado todo el día inventando diabluras, y luego fuimos á casa de don Felicísimo, que también está empeñado en poner en salvo á ese preso. Y de unos y de otros he de sacar metal, mujer, mucho metal, para desempeñar lo que hemos empeñado, y quitar trampas... fuera trampas, venga acá dinerazo de la gente carlina, y juntándolo con el dinerito de la gente masona, verás como nuestra hacienda se pone otra vez de pié...

La reconciliación era ya segura, y los endurecidos ánimos se ablandaban rápidamente al calor de la confianza. La idea de que Tablas ganase algún dinero, idea novísima y extravagante, produjo en el espíritu de Nazaria benéfica y reparadora reacción. Aunque no era tonta, se dejaba alucinar facilmente por risueñas quimeras, como persona crédula y sin experiencia que había vivido siempre en el mayor desorden moral y económico, y ya le parecía estar viendo las talegas que entraban por la

puerta, ganadas en la explotación de toda aquella caterva política que ya se llamaba carlina ya masónica. Tablas había derrochado sumas relativamente considerables. Si ahora traía á la casa otras sumas mayores, se trocaba de libertino y perdido en el hombre más allegador y apersonado de todo el barrio. ¡Bien, re-Cristo! Nazaria, que juntamente con la fiereza tenía la inocencia de la bestia cornúpeta á quien tan facilmente engaña un vil trapo rojo, se calmó y sintió dolor muy vivo de haber ofendido á su gigante. Así procede siempre, pasando de salvajes cóleras á vergonzosas condescendencias, toda esa gente desalmada, ignorante y tan incapaz de calcular sus intereses como de refrenar sus pasiones.



Se reconciliaron. El aceite juntó su pringosa suavidad con la acritud astringente del vino, y batidos y juntados sellaron el pacto, cuando los dedos gordezuelos de Nazaria vendaban aquella frente merecedora del yugo para tirar de un arado.

Dignos de lástima eran aquellos dos seres, pertenecientes á la clase más numerosa y más compleja del país, por la confusión de vicios y virtudes que en ella había; pero Nazaria merecía más que su cómplice la compasión, porque valía un poco más, valiendo muy poco. En ella la barbarie y la tosquedad eran tales, que ahogaban los sentimientos ge-

nerosos que á veces brotaban en su corazón cual hierbecilla en la grieta húmeda. Una religiosidad sonora y supersticiosa no bastaba á suplir en ella la falta absoluta de luces y de ideas morales. Vivía en el escándalo, sostenida por el ejemplo de otros escándalos mayores, y aunque alguna vez nacía y se agitaba en su alma como un misterioso prurito del bien, una especie de adivinación que ella no podía precisar, eran tales las exigencias de la naturaleza en ella, que no podía, ni en pensamiento, separar su persona de la persona de aquel mónstruo. ¡Irresistible atracción la de un gigante que ni era listo, ni simpático, ni noble, ni siquiera guapo! Tan grande es la miseria humana, que allí donde aparentemente no hay cualidades que sirvan de base á un verdadero amor, suelen encontrar alguna las gigantas fogosas como la hermosa viuda de Peribañez.

XIII



¿Qué lejos estaba el excelente padre Gracián de que su exhortación moral había motivado una reyerta que pudo ser drama sangriento! Él se retiró aquella tarde muy satisfecho después de haber predicado la unión, la concordia y la paz matrimonial en otras dos ó tres casas. Al entrar en su celda pensó que el día había sido fecundo en resultados evangélicos, y que con muchas batallas semejantes, pronto había de verse el Enemigo muy mal y acorralado en las últimas trincheras del pecado.

Antes de dormir, consagró dos horas al estudio y á la ciencia de que era maestro en las aulas del Colegio Imperial, la profunda y enmarañada Ética. Después oró y meditó por espacio de otras dos horas largas, puesto de hinojos á ratos, y á ratos tendido boca abajo sobre el suelo. Lejos de haber en éste las blanduras suntuarias con que los pecadores atienden al sibaritismo de los piés, era la dureza misma combinada con la frialdad, para que la mortificación fuese conforme á la implacable saña con que varón tan santo trataba á su carne miserable. Allí no había alfombra, ni estera, ni cosa que á tal se pareciese, sino ligera capa de tierra rojiza extendida sobre los ladrillos, la cual era traída de la cueva de San Ignacio en Manresa y servía para producir en el espíritu del clérigo la piadosa ilusión de que en la misma santa cueva estaba. Últimamente había repartido entre sus buenos amigotes tantas porcioncillas de aquella bendita y quizás milagrosa arcilla, que la celda se iba quedando limpia, y por varias partes pedía algunos escobazos que la acabaran de limpiar. Lo demás de la reducida estancia era insignificante y revelaba la humildad y el estudio, cosas en verdad que fraternizan perfectamente.

El jesuita durmió después de estudiar y de mortificarse, y abandonó de madrugada el lecho. Rezó, dijo misa, (y las suyas por lo tempranas y lo largas, eran muy elogiadas entre las personas piadosas de aquel populoso barrio) y después entró en su cátedra, seguido de muchedumbre de escolares. Esto se repetía diariamente, mes tras mes, año tras año. En sus explicaciones filosóficas, Gracián realizaba el prodigio de volver claro lo oscuro y de hacer ver las honduras de aquella ciencia, iluminando la superficie con la luz de un método admirable y de un decir ameno. Sus discípulos le querían por todo extremo, y era uno de esos maestros siempre preferidos y siempre elogiados que hacen amable el estudio. En las horas de recreo veíase rodeado de enjambre de colegiales, que dejaban el escaso solaz de aquella hora para consultar con el Padre puntos oscuros de la conferencia señalada, y platicar sobre cualquier tema de humanidades ó teología, pues en todo ello y áun en otra clase de sabidurías era muy versado el bendito clérigo.

En aquellos tiempos, ¡oh tiempos clásicos! todo se estudiaba en latín, incluso el latín mismo, y era de ver la gran confusión en que caía un alumno novel, cuando le ponían en la mano el Nebrija con sus reglas escritas en aquella misma lengua que no se había aprendido todavía. Poco á poco iba saliendo del paso con el admirable método de enseñanza adoptado por la Compañía, y acostumbrándose al manejo del Calepino para los significados castellanos, y del *Thesaurus* para la operación inversa, pronto llegaba á explicarse como Quinto Curcio ó Cornelio Nepote. Las lecciones se daban en latín, y para que los chicos se familiarizasen con la lengua que era llave maestra de todo el saber divino y humano, hasta se les exigía que hablasen latín en sus conversaciones privadas, de donde vino esa graciosa latinidad macarrónica, que ha producido inmenso centón de chistes, y hasta algunas piezas literarias, que no carecen de mérito, como la *Metrificatio invectivalis* de Iriarte y las sátiras políticas que se han hecho después. Si Horacio y Cicerón hubieran, por arte del Demonio, salido de sus tumbas para oír como hablaban los malditos chicos del Colegio Imperial, habría sido curioso ver la cara que ponían aquellos dignos sugetos. Á cada instante se oía: *Quantas habeo ganas manducandi!... Carissime, hodie castigavit me Pater Fernandez (vel á Ferdinand), propter charlationem meam... ¡Eheu, paupérrime! ¿Ibis in calabozum?... Non; sed fugit meriendicula mea. Dum tu chocolate bollisque amplificas barrigam tuam, ego meos soplabo dedos. Guarda mihi quamquam frioleritam.*

El que así se expresaba era un muchacho despiertísimo, nombrado

Calisto Rodríguez, aunque en el colegio, sin duda por lo diminuto de su persona y por su inquietud de ardilla, nadie le llamaba sino Don Rodriguín. Era tan vizco que, al mirar, un ojo se le metía detrás del otro, como malicioso flechero, que se esconde para hacer mejor la puntería de su dardo. Su travesura y charlatanismo daban no poco que hacer á los Padres, y si adelantaba en sus estudios era más bien por sus brillantes dotes que por su aplicación. El estrabismo daba chocarrera gracia á su rostro, y con el bonete terciado, como solía llevarlo, parecía un diablillo enmascarado de clérigo. Alborotaba mucho en las horas de recreo; sublevaba las masas escolares en las de estudio, y á pesar de pertenecer á una familia rabiosamente carlina, en la cual había muchos canónigos, frailes y hasta un obispo, sus inclinaciones eclesiásticas no eran muy decididas.

Por jácara, más que por espíritu de erudición, D. Rodriguín se había prohibido en absoluto la lengua castellana, y hasta las frases más familiares y las más insignificantes expresiones las latinizaba con zandunga, entremezclando siempre en su charla trozos de los clásicos y fragmentos de verso y prosa, vinieran ó no á cuento. Así, cuando se escabullía de la sala de estudio para ir á fumar un cigarro á hurtadillas, decía: *Eo in chupatorium, procul negotiis*. El *chupatorio* era un rinconcillo del claustro alto, que daba al patio, y recibió este nombre por ser lugar á propósito para echar una fumada sin ser visto de los Padres. Para anunciar á sus compañeros en la sala de estudio que venía el Padre Fernández, varón pesado cuyos piés de plomo hacían temblar el pavimento, decía: *Cavete Ferdinandum... Ecce draco... Exaudite... quatit unguia campum*. En las horas de recreo, en el claustro bajo, no perdía ripio para motejar á los condiscípulos, y si algún extraño entraba en la casa para hablar con los jesuitas, Grijalva le había de echar su latín correspondiente, *verbi gratia*:

« *Videte Pipaonem ad petendum Gratianum... arcades ambo.* »

El bueno de D. Juan iba muchas tardes en busca del Padre Gracián para conferenciar con él de los últimos obstáculos que convenía allanar para casarse con Micaelita.

Hablando de la tierra con que el profesor de Ética alfombraba su celda, decía el estudiante: « *Sunt quos pulverum manresianum collegisse jurat.* »

Durante las partidas de pelota, á que era muy aficionado, se le oía constantemente: « *Bene... fortiter... Italiam contra... ego valeo... amen dico vobis... fuerunt vel fuere... pasce capellas.* »

Era el capitán de todas las fechorías perpetradas en el colegio, de noche, burlando la vigilancia de los Padres, bien para hacer un escalo en la despensa y proveerse de víveres, bien para efectuar un bromazo, eligiendo por víctima á un desdichado novato sin experiencia. Si alguna tarde lograba escaparse y subir á las boardillas, se entretenía en tirar cáscaras de nueces á los balcones de Nazaria que fronteros de la fachada del colegio estaban, ó en disparar peladillas contra la cojuela, que solía sentarse por las tardes en la puerta de la carnicería, *templum mantecationis*.

Otras muchas barrabasadas hacía para matar el fastidio y hacerse aplaudir de sus compañeros, pues le gustaba, como á todos los traviesos, oír los encomios de sus atrevimientos. Pero su mayor lucimiento provino de una memorable invención suya, con la cual alcanzó aplausos y lisonjas, que traspasando el círculo del colegio, llegaron al público. Fué que compuso un *Discurso apologético macarrónico* sobre un suceso público de la más alta importancia en aquellos días, y lo hizo con tan gracioso desparpajo, tanta donosura en los disparates, tan grande agudeza en lo descriptivo y tan furibunda intención en la sátira personal, que la composición produjo en el colegio un verdadero escándalo.

Habiendo enfermado D. Rodriguín á principios de Junio, su familia



le sacó del colegio. Restablecido en un par de semanas, no quiso volver á la clausura hasta no presenciar las grandiosas ceremonias de la jura de la Princesa Isabel, y las alegres fiestas de los tres días que siguieron al 20. Todo lo vió y en todo metió las narices el bullicioso estudiante, desde la imponente función de San Jerónimo, hasta la justa de los maestrantes fuera de la puerta de Alcalá; desde la fiesta nacional de toros con caballeros en plaza, en la Mayor, hasta el simulacro militar. Cansado de tanto correr, durante los tres días, entró en el colegio, tomó la pluma,

y enjaretó su famoso *Discurso apologético macarrónico*. Á medida que iba escribiéndolo, leía trozos de él en los corrillos de estudiantes, y

bien pronto la fama de aquellos graciosos dislates se extendió por San Isidro, llegó á oídos de los Padres, y éstos pidieron el manuscrito. Nególo y no quiso darlo D. Rodriguín por temor á una reprimenda; pero como ya los escolares amigos del autor habían sacado varias copias, facilitaron una al Padre Fernández (*vel á Ferdinando*), el cual se regocijó mucho con la lectura. Enterados los demás jesuitas se rieron en coro y á todo trapo, porque además de las chuscadas de la forma, había en el discurso una intención satírica que les agradaba en extremo. Don Rodriguín no fué castigado por su travesura latinizante; entregó á los Padres el manuscrito original donde se conservaba, según dijo, toda la pureza clásica del texto, libre de los múltiples errores de las copias, y gozó extraordinariamente con su triunfo literario.

Es lástima que no podamos dar á conocer en toda su extensión esta obra, que une á sus gracias, el mérito de ser un precioso documento histórico, pues en ella está descrito con detalles mil el solemnisimo acto de la jura, y narradas las fiestas con que la monarquía quiso hacer memorable aquel suceso. Los personajes todos de la época, retratados en caricatura, dan mayor realce al discurso, y la intención perversa que en cada comentario campea, pinta el espíritu de un bando político que era en aquellos días, si no la mayoría, parte grande y granada de la Nación española. En la imposibilidad de transcribir la composición entera, daremos cuenta de ella según el arte y modo de la crítica ligera, haciendo resaltar algunas de sus caprichosas donosuras, y callando mucho de lo que contiene, por ser materia vedada á la publicidad.

Empezaba describiendo la comitiva que salió del palacio de San Juan para San Jerónimo, el aspecto de este templo, la corte y su servidumbre, los obispos, los procuradores de las ciudades con voto en Cortes y los treinta títulos de Castilla que representaban la nobleza del reino. Luego venía el *Magister ceremoniarum*, el *Indiarum Patriarca*, el duque de Medinaceli (*Cælico-Metinensi dux*) presidiendo á los nobles... „ *Concurrerant cortesani frailesque*, decía el texto, *milites cum morrione atque canonici cum piporro. Turbamulta sequebat guardiarum Corporis cum bandoleris, et damarum caterva inter mayordomos miscuebatur*. Pintando al Rey, que en su trono presidía el acto, se expresaba Rodriguín en estos irrespetuosos términos: *Regium estafermum in throno posuerunt. Inmovilis tanquam sacus furfuris lascivis oculis circunspicebat damarum pectorem quasi nudum et caritas guapas*. „ Á Cristina y demás familia la nombraba en términos más irreverentes aún. „ *Venus Partenopea graciositer fecebat perendengues inter caballeritos, dum tenera Isabella pendebat á nodrizæ*

mamellis. Dominus Francisquitus cum Carlota ejus sedebat in aureo rincone. ¡Oh quantum erat inflammata Carlota propter vinum!

Conticuere omnes, decía al narrar la ceremonia, y luego contaba cómo había jurado D. Francisco poniéndose de rodillas y extendiendo la mano sobre el crucifijo; cómo le había abrazado el Rey, cómo había el Infante besado la mano de Cristina y de la Princesa. Al llegar aquí lanzaba el autor una larga epifonema y luego añadía: *Sic itur ad astra*.

Describía el desfilarse de los procuradores, obispos y grandes, que uno tras otro se adelantaban lentamente para jurar, *sicut recua*, y en el párrafo siguiente ponía la salida pública de la corte desde San Jerónimo hasta Palacio. *Cum repeto diem*, exclamaba parodiando á Ovidio, *agitantur in manibus castañuelæ meis*. La famosa función de toros con caballeros en plaza, espectáculo nuevo en Madrid por aquel tiempo, era tratada por D. Rodriguín con la amplitud que el caso merecía. No se libraron de sus dardos los caballeros rejoneadores, ni las damas que les apadrinaron, ni los alcaldes de Corte que dirigían la fiesta. No se dejó en el tintero ninguna de las partes de la fiesta, y en toda su charla macarrónica se veía claramente la idea de representar en el pobre toro aburrido y pinchado por todas partes al partido cristino, de quien daban cuenta al fin, rematándolo, los apostólicos, representados en el simbólico circo por espadas, picadores y puntilleros. *Plaudite cives*, decía al fin, *et ruant masones, turba mentecatorum*. Concluía este párrafo diciendo que pronto empezaría la corrida en los campos de batalla, y exclamaba: *Cedant cornu armæ*.

No nos ocuparemos del resto de la composición porque su contenido es demasiado extenso y quizás hartó desenfadado. Para completar su obra, el pícaro estudiante satirizó también al Comisario de Cruzada, Sr. Varela, *plena cruoris hirudo* (sanguijuela llena de sangre), que hizo cuantiosos donativos á los pobres para celebrar la jura; también flageló al general Castaños, nombrado duque de Bailén, y á todos los demás que recibieron mercedes en aquellos días. Y amenazándoles les decía en el último delirio macarrónico: *Jam vobis dicabitur misis*, ya os lo dirán de misas.

XIV



o marchaba muy bien el negocio que Salvador entre manos traía, porque la vigilancia en la cárcel de Villa era más estrecha y rigurosa que en los tiempos de la dramática evasión de Olózaga. En vano Tablas llenaba de aguardiente los cuerpos de uno y otro mandadero, sin olvidar la conquista de los alcaides por medio de merendonas y duros; en vano se hacían trabajos en esfera más alta, dirigidos á ablandar ó corromper á sugetos de mayor categoría. Con disimulo, pero también con brío gestionaba Genara, más que por afecto al preso, por librarse de la situación desagradable en que el encierro de su esposo la ponía; y Pipaón (*patriarca zascandilorum*, según el macarrónico), de acuerdo con Carnicero y otros compadres, manejaba también con arte sus considerables influencias. Tantos esfuerzos reunidos dieron al fin el resultado feliz que todos deseaban; pero hay indicios seguros de que el Sr. Navarro debió principalmente su venturosa escapatoria á la condescendencia ó complicidad de la gente menuda, siempre venal; de modo que Salvador no se arrepintió de haber recurrido al buenazo de Pedro Lopez, ni éste se arrepintió de servirle, porque, habiendo cobrado en moneda corriente sus estipendios y el importe de todos los gastos, pudo ofrecer á la iracunda Nazaria parte del caudal que le había derrochado. Después se verá en qué emplearon el dinero adquirido por tan extraña industria.

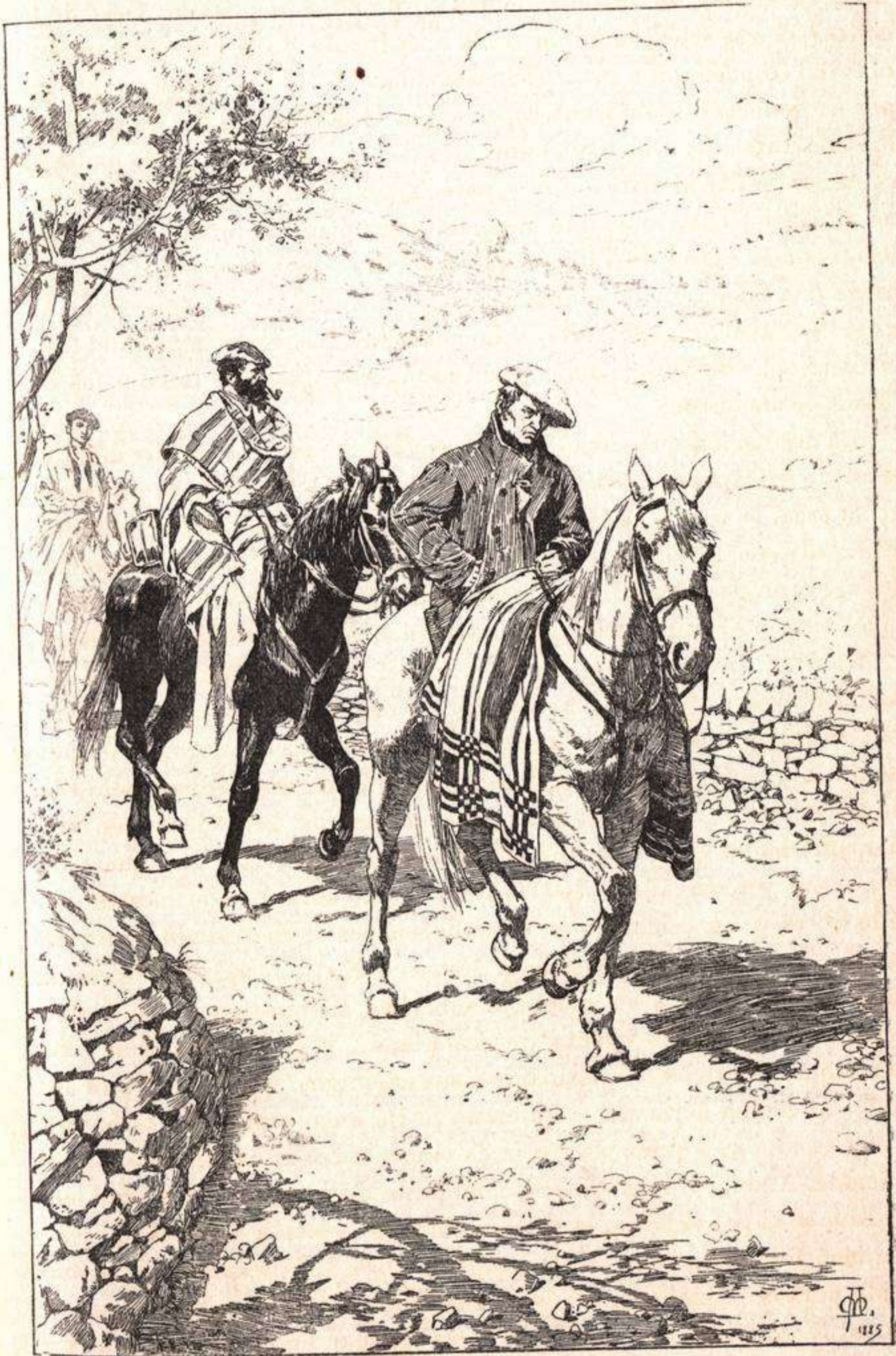
Los presos eran tres: D. Carlos, un fraile aragonés que pereció el año 35 en Zaragoza cuando la célebre causa y conspiración de D. Vicente Ena, y un capitán de caballería que desde mucho antes andaba en aquellos trotes, y después de ser masón el 20 é indefinido el 24, había ingresado en los nacientes y aún no fogueados ejércitos del Infante. No ha-

bria sucedido nada si todos los señores congregados en casa de las de Porreño hubieran procedido con la discreción que se acostumbraba en tales reuniones ilícitas cuando las sorprendía la justicia. Seis de los conspiradores se escondieron en lo más hondo de la casa; el capitán y el fraile se pusieron á rezar el rosario; mas D. Carlos Navarro, que era, por su geniazo díscolo y entero, enemigo de bajas comedias y de disimulos viles, afrentó á los polizontes, les dijo mil herejías, y no pudiendo contener su ira, abofeteó al que parecía principal entre ellos. Este acto de violencia, cuando lo que hacía falta era maña y dulzura, les llevó á los tres á la carcel de Villa, donde habrían estado todo el tiempo que exige una buena y voluminosa causa de mil folios, si no vinieran en auxilio de Navarro las tramas que hemos mencionado, en auxilio del fraile el fuero eclesiástico, y del capitán la muerte, que se le llevó á los seis meses de encierro.

La desolación que causó á las dignas señoras de Porreño aquel suceso, no se expresa con las frías palabras de la historia. El descrédito de su casa, la vergüenza y el azoramiento en que desde entonces vivían, y por último, la falta del auxilio pecuniario que D. Carlos les daba, precipitaron de tal modo su decadencia, que bien pronto se vieron en aquel término lastimoso en que la estrechez se confunde con la miseria.

El atroz Navarro, luego que se vió fuera de la carcel no quiso averiguar el poder que le había salvado. Su orgullo le inclinaba á no atribuir su salvación á ninguna persona que le tuviera afecto. "A mí nadie me quiere, decía, nada tengo que agradecer á ningún hombre. Sólo Dios me ha salvado.,, Pasó algunas horas en casa de las señoras, en cuya compañía había vivido, les dió una limosna con caracter de liquidación de atrasos, y acompañado de Oricáin y Zugarramurdi, que habían quedado libres y que siempre le eran fieles, partió disfrazado de arriero para las Provincias Vascongadas y Navarra. Nadie le vió. Se fué con su indignación crónica y su incurable soberbia, siempre enfermo, gruñón siempre. Á nadie dió cuenta de sus planes, y parecía detestar á sus comilitones políticos lo mismo que á sus enemigos. No quería tratos con nadie, ni con su hermano, á quien no podía amar aunque lo intentase, ni con su mujer, á quien aborrecía de la manera extraña que se aborrece lo amado. Aquel caracter tétrico, compuesto de orgullo y tenacidad, endurecido más por el tédio, la desconfianza y la lesión hepática, necesitaba manifestarse en una acción propia y libre. La disciplina había concluido para él. Sonaba en la historia la trompeta lúgubre de las guerrillas. El feroz soldado de partidas la oía resonar en su alma solitaria y

sombria, y marchaba sin saber adonde ni por donde. Sólo aquel eco podía despertar en aquella alma el amor á la vida, evocar la fé, é infun-



dirle el ardor de un trabajo glorioso. Como estos soldados misántropos de corazón entenebrecido son más dignos de lástima que de odio, y como tienen, en medio de sus graves errores, cierta nobleza y lealtad que infunde simpatías, saludamos con respeto al fugitivo guerrillero, diciéndole: "Dios vaya contigo, salvaje."

Entre tanto, el interés que Salvador había puesto en favorecer á su desagradecido hermano le ocasionó algunos disgustos, porque enterados de él algunos de sus antiguos amigos y no acertando á comprender la verdadera causa de tal protección á un furioso enemigo del *Sistema*, declararon á Monsalud inconsecuente y traidor. "Después que tiene dinero, decían, se ha afiliado en las banderas del absolutismo y de los frai-luchos, para poner en seguridad sus fondos." Aviraneta, que no gustaba de perder amigos, y era en el fondo un escéptico glacial, no dejó de tratarle por esto; pero Rufete, hombrecillo de gran vehemencia, que había hecho de sus ideas políticas una superstición india, le manifestó en briosas frases que sería su irreconciliable enemigo, y que si él (Rufete), partidario de todas las libertades, tropezaba en un campo de batalla ó en una barricada con quien se había hecho prosélito de todas las tiranías, no estaba decidido á perdonarle. De estas baladronadas y de otros desprecios y majaderías que oyó, se reía el buen hombre, porque hallándose seguro de su rectitud, y deseando vivir lejos de los manejos políticos, no quería dar explicaciones ni menos complacer á la turba de falsos patriotas.

El que siempre se le mostró leal y agradecido amigo fué Seudoquis, ascendido á coronel en los días de la jura, por los servicios prestados en la persecución de la partida de Campos. Estrechó más aquella antigua amistad, originada en peligros y desgracias comunes, la generosidad con que Monsalud salvó por entonces al flamante coronel de sus ahogos pecuniarios, que le habían traído á un estado de horrible desesperación. Seudoquis fué destinado á servir en Vitoria. Los dos amigos se separaron después de algunos meses de vida común y de pesares y alegrías; fraternalmente confiados. Gozoso Salvador de una amistad que en parte atenuaba la aridez de su vida, abandonóse al afecto que Seudoquis le inspiraba y le confió algunos secretos de los que más quería.

D. Benigno Cordero hizo á nuestro amigo algunas visitas, en todo el tiempo que medió desde Mayo hasta Setiembre. En la primera maravillóse Salvador de oírle decir que no se había casado todavía. En las sucesivas maravillóse más por la propia causa, y aún dijo algo acerca de lo mucho que pensaba y maduraba el insigne, cien veces insigne héroe

de Boteros sus resoluciones. En estas visitas ocurría la particularidad inexplicable de que D. Benigno no hablaba de Sola ni de cosa alguna que con el cansado matrimonio tuviese relación. Hablaban de ocupaciones, de los negocios públicos, de las probabilidades de una guerra sangrienta, de la enfermedad de Su Majestad, la cual iba en tal manera creciendo, que pronto aquel animado muerto sería todo cadáver, entre el espanto de la monarquía huérfana. En las conversaciones de D. Benigno notaba Salvador una particularidad extraña y que no acertaba á explicarse. Era que el buen encajero no hacía más que preguntas y más preguntas, cual si antes fuese inquisidor que amigo, y no llevase más propósito que indagar la vida, conducta y pensamientos de su compañero de casa en San Ildefonso. Después de la primera visita D. Benigno bajó cojeando la escalera; y ciñendo estrechamente al cuello el embozo para abrigarse bien, dijo dentro de su capa: "No sirve, no sirve para el caso.,"

En una de las visitas sucesivas (y entre unas y otras pasaban próximamente veinte días), dijo para sí: "No es digno, no, del incomparable regalo que he pensado hacerle., Más adelante aconteció que al compás de su trote cojo, murmuraba, marchando hacia su casa: "Quizás, quizás, sepa hacer buen uso de tan incomparable joya., Y por último, (allá por Julio ó principios Agosto, el día antes de partir para los Cigarrales) salió de la visita, pensando así: "Bien va esto, Benigno, esto va bien.,"

Partió, pues, á los Cigarrales en compañía de Alelí, que ya casi no se podía tener derecho, y allí, en aquel delicioso edén de almendros, aconteció lo que pronto, muy pronto verá el juicioso lector





XV



FUÉ seguramente en aquellos mismos días cuando Pipaón, deseando rematar convenientemente sus honestas relaciones con Micaelita, determinó echarse al cuello la soga del matrimonio. Exigíalo su posición social, ya considerable, y lo pedía á grito herido su peculio, el cual con el acrecentamiento de los gastos y comodidades necesitaba refuerzos grandes. La idea de ver entrar en sus arcas dentro de poco tiempo las misteriosas sumas encarceladas por D. Felicísimo le quitaba los últimos escrúpulos que pudieran turbarle, y por ver aquella idea hecha realidad tangible y sonante se desposara él, no digo yo con Micaela, sino con el mismo individuo que está á los piés del patriarca San Miguel.

Había pasado bastante tiempo para que el público diese al olvido las manchas que empañaron el antes limpio cristal de la reputación de su

novia. ¡Bendito olvido, que es la moneda falsa del perdón, y corre de mano en mano produciendo admirables efectos! Aquel olvido, su propia conveniencia y las exhortaciones del Padre Gracián, que había puesto en tal unión empeño particular, labraron el propósito del ilustrísimo D. Juan Bragas, y una mañanita de Julio se levantó con la cabeza fresca y dijo frotándose las manos: "Boda tenemos; esto es hecho."

Visitó á Gracián, á quien halló en su celda, (*inescobata célula*, según la expresión del consabido macarronizante) y el buen jesuita le felicitó por su buen acuerdo, diciendo que, al casarse, D. Juan honraba á su novia y se honraba á sí mismo, que la sociedad y la Iglesia se alegraban juntamente de ver concluídos en boda los noviazgos largos, y por último que él (*Gratianus horridus*) pediría á Dios concediese á los dignos esposos prole robusta y numerosa para bien de la cristiandad. D. Felicísimo también recibió con alegría la noticia, porque la colocación de su nieta había llegado á parecerle problema poco menos difícil que la cuadratura del círculo, y Doña María del Sagrario echó un gran suspiro que interpretado libremente expresaba las infinitas gracias que daba á Dios la buena señora por verse libre pronto del inaguantable genio de su sobrina.

No hay que decir cuanto se regocijó la novia al ver próximo el término de la situación equívoca en que estaba, y al considerarse señora y dueña de una casa. Ella contaba con manejar al buenazo de Pipaón como á un dominguillo, y vivir á sus anchas gastando y triunfando. Pajarraco largo tiempo aprisionado y de no muy buenos instintos, ¿á dónde iría al salir de su jaula? De la esclavitud del matrimonio iba ella á hacer la libertad de sus apetitos vanos. Cuando vió asegurada la conquista de don Juan, empezó á hacer sus preparativos.

Quiso Pipaón que su boda fuese de mucho aparato y bullanga. Hasta llegó á imaginar que le apadrinaran los Reyes, ó en su nombre algún empingorotado magnate, pero fué tan mal recibido en Palacio, al tantear la voluntad de las personas elegidas *in mente* por el cortesano para aquel fin, que se trastornaron sus planes. Esto le ocasionó suma tristeza, pero fué causa de una importante determinación, que más tarde había de conceptuar como una de las más felices de su vida. Debe advertirse aquí que, aunque el *patriarca zascandilorum* asistía á las juntas carlistas del Sr. Carnicero, y en ellas trataba de hacerse pasar por uno de los más ardientes devotos de la causa del Altísimo, no estaba resueltamente decidido á embarcarse de un modo definitivo en tan arriesgado golfo. Como hombre de grandísimo espíritu práctico y acostumbrado á no dar un

paso sin estar seguro de la firmeza del suelo en que iba á poner el cauteloso pié, mantenía en su pecho una imparcialidad saludable, que era, si bien se mira, el colmo de la sabiduría. Con sagacidad finísima observaba los elementos de uno y otro partido, la calidad y número de las personas que en ellos militaban, el grado de fuerza y vitalidad que en el país tenían, y hallándolos casi iguales y contrapesados, esperaba á que el tiempo y la Providencia robusteciera al uno con detrimento y merma del otro. Es claro como la luz del mediodía que en el momento de declararse la desnivelación, el habil cortesano se lanzaría con entusiasmo férvido á las filas del partido mayor y más poderoso.

Hallábase en lo más perplejo de su perplejidad, cuando le entró, sin duda por inspiración divina, el deseo de casarse. ¡Oh, *fortunate nate!* como dirían Virgilio y D. Rodriguín. ¡Quién había de decir que de sus proyectos matrimoniales le vendría la profesión de fé política que le salvó, apartándole del partido guerrero y de una causa que no triunfó entonces ni había de triunfar en lo sucesivo! ¡Ay! en un trís estuvo que personaje de tanta valía se perdiera para siempre, privando á la Administración española de sus eminentes servicios... Es el caso que aquel desprecio con que fué recibido en Palacio affigió mucho al cortesano; la pena le hizo reflexionar profundamente, y... no parece sino que Dios y la Santísima Virgen le tocaron en el corazón, porque desde aquel día empezó á tener presentimientos de que no triunfarían jamás las ideas absolutistas. Tuvo, si se quiere, cierta presciencia ó adivinación genial de los venideros sucesos. Á nuestro juicio, debe tenerse por cierto que la inspiración divina alienta no pocas veces á los cortesanos en todas las edades, y les ilumina y conduce para que no den esos terribles traspiés que á veces truncan lastimosamente las más brillantes carreras.

Pipaón, después de pasar algunas semanas apartado de las logias mogigatas (¿por qué no se han de llamar así?) volvió á Palacio; hizose introducir con no pocas dificultades en la Cámara de la Reina, y allí juró y perjuró que él no era ni había sido nunca carlino; que él tenía á Su Alteza por uno de los más desatinados locos nacidos de madre; que si sostenía amistades con algunos individuos del bando de la fé, Dios era testigo de las exhortaciones que él (Pipaón) les había dirigido para desviarles de tan peligrosa y antipatriótica senda; *item* más, que sin hacer gala de ello había trabajado como un negro (nos consta que empleó la misma frase) por la causa de su Reina niña, ganando voluntades, disuadiendo á éste de sus herejías apostólicas, fortaleciendo el desmayado espíritu de aquél, desbaratando planes, y preconizando en todas partes

las excelencias de aquella Monarquía ideal, histórica y libre, generosa y fuerte. Dijo también, que la niña era muy bonita y que los españoles todos la querían mucho, lo mismo que á su interesante y bondadosa mamá, y, por último, que él (D. Juan) seguía en sus propósitos de siempre, los cuales eran nada menos que derramar la última gota de su inútil sangre por la Reinita de tres años, que había de ser (en esto no tenía duda; era una corazonada, una nueva inspiración divina) que había de ser, repetía, no sólo la segunda Isabel, sino la segunda Isabel la Católica.

Cuentan los testigos presenciales de la anterior manifestación Pipaónica, que las ilustres personas á quienes el cortesano se dirigía no le dieron todo el crédito á que por sus honrados antecedentes era acreedor D. Juan. Cuentan también que éste sacó de su inagotable ingenio nuevas y más enérgicas razones, y hasta se asegura (no garantizamos la exactitud de este último dato) que en los ojos del cortesano brilló una lágrima. Mas, ¿por qué no hemos de admitir una versión que tanto honra al bueno de Bragas? Sí; recojamos aquella lágrima de lealtad, vertida á los piés de una Reina, y guardémosla para engazarla veinte años más tarde en la corona del marquesado de Casa-Pipaón, concedido para premiar eminentes servicios al Tesoro y al Estado.

Dejando á un lado el testimonio de los presentes en aquella escena, á nosotros nos consta que antes de admitir al señor de Bragas á la gracia soberana, se le exigieron pruebas de que su adhesión no era una mentira. Que él se apresuró á darlas no hay para qué decirlo, y que estas pruebas consistieron en una delación circunstanciada de todo lo ocurrido en dos años en casa de D. Felicísimo, fácilmente lo comprenderá quien haya penetrado, por estas fieles relaciones nuestras, aquel caracter adornado de todas las virtudes de la serpiente. Y no pararon aquí los servicios prestados á la Monarquía infantil por el digno personaje, sino que reveló cosas muy hondas, sólo de él sabidas, y en las cuales había tenido cooperación aparente, con el único fin de profundizar el abismo de iniquidades del partido mil veces execrable (frase suya) que se aprestaba á escribir el nombre de Dios en las banderas del asesinato.

Véase aquí cómo supo embarcarse en bajel seguro y mantener en su compañía á la veleidosa fortuna, su hermana querida y tutelar maestra. El ministro de Hacienda, D. Antonio Martínez, que ya le tenía en capilla para dejarle cesante de su pingüe destino en el Consejo, cejó en sus intenciones perversas. El ilustre funcionario adquirió nuevamente el favor que había perdido en Palacio, y no pudiendo lograr que un

Príncipe apadrinara sus felices bodas, encontró marqueses y condes que se ofrecieron con bonísimo talante á hacerlo. ¡Ejemplo admirable de las recompensas que el cielo da á la gente amaestrada en el supino arte de la vida!

La boda se fijó para últimos de Setiembre. Mientras la anhelada fecha llegaba, Pipaón iba tres veces al día á Palacio á enterarse de la salud, ó mejor dicho de la enfermedad del Rey, la cual se agravaba con tanta rapidez, que el panteón del Escorial le tenía ya por suyo. Su Majestad andaba con mucha dificultad, comía poco, dormía menos, y ya se le hinchaba una mano, ya una pierna. El vulgo, que le tenía por cadáver embalsamado, era en esta creencia menos necio de lo que á primera vista parecía, y en los ataques fuertes casi todo el Rey estaba dentro de vendas negras. Su mirada triste vagaba por los objetos, como depositando en ellos parte de aquella tristeza de que impregnado estaba. Su corpulencia era pesadez; su gordura hinchazón; su cara sonrosada de otros días, una máscara violácea y amarillenta que parecía llena de contusiones. La nariz colgante casi le tocaba á la boca, y en el pelo negro, como ala de cuervo, aparecían y se propagaban las canas rápidamente. Los negocios de Estado, en aquellos días más graves y espinosos que nunca, le aburrían y le preocupaban. La imagen de su hermano, que á veces le parecía un buen hombre á veces un hipócrita ambicioso, no se apartaba de su mente, sobreexcitada por el desvelo. Ya pensaba ablandarle con sus sentimientos fraternales, ya confundirle con las amenazas de Rey. Fué D. Carlos la persona á quien más quiso en el mundo, y había llegado á ser su espantajo, el martirio de su pensamiento, la fantasma de sus insomnios y el tema de sus berrinchines. Adivino de su próxima muerte, el Rey veía arrebatado á su sucesión directa aquel trono que quiso asegurar con el absolutismo. ¡Y era el absolutismo quien le destronaba! ¡La fiera á quien había alimentado con carne humana, para que le ayudara á dominar, se le tragaba á él, después de bien harta! ¡Cómo se reirían en sus tumbas, si posible fuera, los seis mil españoles que subieron al patíbulo para servir de cebo á la mencionada fierecita! Pues y los doscientos cincuenta mil que murieron en la guerra de la Independencia, en la del 23 y en la de los agraviados, ¿qué dirían á esto? ¡Justicia divina! si la mente de Fernando VII se poblaba con estas cifras en aquel tristísimo fin de su reinado y de su vida, ¡qué horrible mareo para hacer juego con la gota! ¡Qué insoportable peso el de aquella corona carcomida! Ya no eran el pueblo descontento ni el ejército minado por la masonería quienes atormentaban al tirano; eran el clero y los milicia-

nos realistas, capitaneados por un hermano querido. La víctima antigua, inmolada sobre el libro de la Constitución con el cuchillo de la teocracia, no infundía cuidado; lo que perturbaba era el cuchillo mismo revolviéndose fiero contra el pecho del amo. ¡Oh, qué error tan grande haber sacado de su vaina aquella arma antigua cuando ya comenzaba á enmohecer!... El pobre Rey, á quien la Nación no amaba ni temía ya, debió, sin duda, los pocos consuelos de sus últimos meses al espíritu tolerante de su mujer, y si él no se dejaba arrastrar públicamente al liberalismo, sabía tener secretas alegrías cada vez que el Gobierno mortificaba á la gente apostólica. Su alma rencorosa hubiera llegado á la aceptación de las nuevas ideas, no por convencimiento sino por venganza, porque estaba harto de clérigos, harto de absolutismo, harto de camarillas, harto de su hermano, y si viviera más, hubiéramos visto un liberalismo verdugo, como antes vimos una teocracia cazadora de hombres.

El Rey empleaba largas horas escribiendo al Infante. Creía que con cartas y amonestaciones podría convencer á aquella piedra viva que se llamó D. Carlos, piedra por la tenacidad y falta de inteligencia. En la célebre correspondencia de ambos hermanos, las frases más cariñosas envuelven amenazas terribles. Se ven ríos de sangre corriendo bajo aquellas flores de la zalamería fraternal. Fernando hacía alarde de su autoridad, de su prestigio de Rey y Señor; D. Carlos manifestaba en cada renglón profundo convencimiento de sus derechos, arraigado en la falsa piedad. En sus cartas se veía, bajo las protestas de honradez y buena fé, la ferocidad de la ambición de las infantas brasileñas. Ellas le instigaban á desobedecer al Rey; ellas le sugerían fórmulas hábiles para disimular con razones y pretextos la rebeldía; ellas eran el alma, la acción, la furia y la iniciativa del partido, mientras D. Carlos era la pantalla de santurronería, que tan bien cuadraba á la causa para hacerse pasar por causa religiosa.

Cuando no escribía cartas, Fernando, comunmente aburrido de su ordinaria tertulia, pasaba largas horas en el cuarto de las niñas. Era la primera vez en su vida que probaba los deleites puros de la familia. Aquel vicioso que tan mal había empleado su tiempo, se sorprendía ahora de verse ocupado en puerilidades, y bastaba cualquier síntoma de dolencia en Isabelita, para que se olvidase de los negocios de Estado y de los malos pasos en que andaba la corona. Preguntaba con frecuencia por las más insignificantes cosas referentes á las niñas, y si Luisita Fernanda daba en no querer mamar, ya había motivo para graves cuestiones, preguntas y comentarios. Cuando todo iba bien, cuando las niñas

parecían estar sanas y contentas, é Isabelita se quedaba dormida abrazada á su muñeca, el Rey solía pasear por las anchas cámaras, dando el brazo á Cristina. Ambos marchaban despacio, porque la cojera del Rey exigía un lento y cauteloso modo de sentar los piés. Cristina hablaba poco de negocios políticos, y hacía pronósticos alegres sobre la salud de su marido. La gota, según ella decía, iba cediendo, y era de esperar que en el próximo invierno no hubiese ataques fuertes. El Rey suspiraba incrédulo, y se acordaba de su conducta, que era la premisa lógica de su gota. De pronto cesaba el paseo: Su Majestad se detenía un rato ante el balcón por donde se veía la Plaza de Oriente, que entonces era un páramo. Miraba un rato las casas de Madrid, y dando un gran suspiro, tornaba al paseo lento y trabajoso. No se oían los pasos, sino el golpe del fuerte bastón en que se apoyaba el Rey, y que con lúgubre compás sonaba en el alfombrado suelo.

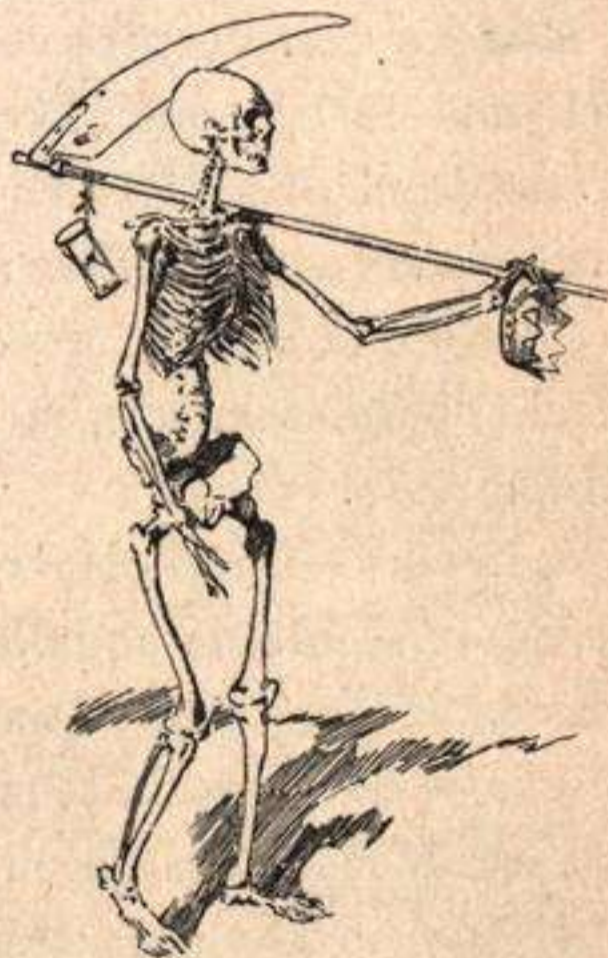
Desde el 19 de Julio hasta el 27 de Setiembre el Rey sufrió mucho de un dolor en la cadera izquierda; pero no guardó cama. Sus comidas eran penosas por falta de apetito. Cristina le acompañaba incitándole á tomar alimento con las mil zalamerías que usan, para estos casos, las mujeres cariñosas. De este modo Fernando se engañaba á sí mismo algunas veces, creyendo que comía con gana.

El 27 el Rey quiso levantarse de la cama; pero advirtió que sus extremidades no le obedecían. Estaba debil, tan debil que no se podía mover. Vinieron los médicos y le llenaron de cantáridas. La mano derecha se hinchó de tal modo que parecía una cabeza. Su Majestad notaba dentro de sí un enorme volúmen inexplicable, como si otro cuerpo entrase dentro de su cuerpo y le invadiese y ocupase poco á poco. Los dolores se apaciguaron, dejándole dormir con pesado y brumoso sueño. El 29 Su Majestad se encontró torpe para hablar, torpe para discurrir. Empezaba á reinar en él una indiferencia triste. Le pusieron cantáridas en la nuca. Con esto el Rey de España se reconoció otra vez Rey de España. La mostaza, prolongando un reinado, tomó parte en la historia. Los médicos parecían satisfechos y quisieron ver cenar al Rey. Cristina dispuso la comida y Fernando comió mejor que los días anteriores. Después dijo, "tengo sueño," y los médicos salieron para dejarle descansar. Era costumbre en él, durante los últimos tiempos de su enfermedad, dormir una breve siesta. Aquel día, Cristina, quedóse con él en la estancia y se sentó al lado del lecho real. El Rey cerró los ojos sin decir nada, y pareció que se dormía con sueño tranquilo. Cristina le miraba. Una secreta intuición le decía que se estaba quedando viuda... De re-

pente observó en el rostro de su esposo un movimiento extraño y un cambio de color más extraño aún. Llamó con espanto, entraron los médicos que estaban de guardia y el capitán de guardias duque de Alagón. Los tres médicos, el duque y Cristina contemplaron la cara del Rey. El médico pulsaba, y luego dejaba de pulsar, como un piloto que abandona el timón cuando no hay esperanzas de evitar el naufragio. Cinco minutos duró aquel estado, en que cinco personas miraban un semblante. Pasados los cinco minutos Fernando VII no existía.

Fué una muerte breve, sin aparato, sin agonías tormentosas. Estaba muerto y nadie tenía la persuasión de que el Rey no vivía, porque aquel estado inerte podía ser un desmayo como otras veces. A pesar de que los médicos aseguraron que ya no había Rey, Cristina dispuso que no se tocase el cadaver hasta las veinticuatro horas. Retiráronse todos y en Palacio hubo el movimiento vertiginoso que acompaña á los grandes sucesos de las monarquías. Nadie lloraba. Los cortesanos que habían sido fieles á la persona, pero que no simpatizaban con las ideas, se preparaban á abandonar la casa. Las salas, las galerías, las cámaras, estaban llenas de corrillos. La curiosidad, el recelo, la desconfianza, el miedo, la duda, formaban aquel extraño duelo, en el cual había todo menos lágrimas. "Ahora sí que se ha muerto de veras," murmuraba el labio cortésano en pasillos y galerías, y tras esto surgían infinitos planes de conducta.

En la madrugada del 30 la descomposición selló la muerte del Rey, para que nadie pudiese dudar de ella. Estaba escrito que la conclusión de aquel reinado fuera en todo conforme al reinado mismo. Entregóse el cuerpo á la etiqueta, que hizo con él lo que es de rigor en tales casos. Dejémosle en poder de la mayordomía, que le lleva de ceremonia en ceremonia hasta depositarle en el Escorial. La Corte, los pueblos, le veían pasar sin sentimiento. No ha habido Rey más amado en su juventud ni menos llorado en su muerte. Abierto su testamento se vió que dejaba á sus hijas y á su esposa veinticinco millones de duros, y que mandaba decir veinte mil misas por su alma... *Requiescat...*



XVI



No se le cocía el pan á D. Benigno Cordero hasta no ver realizado un pensamiento suyo de grandísima importancia. Desde aquella noche en que Sola se expresó con tanto calor, diciendo, “quiero casarme con el viejo,” éste, lejos de mostrarse ensoberbecido con declaración tan halagüeña, se volvió más taciturno. Fueron á pasar el verano á los Cigarrales, y dos tardes después de instalarse en su casa de campo, Cordero salió á paseo con Sola, bajando hacia la margen del río. El héroe se apoyaba en su bastón nudoso, y en los pasos difíciles, que eran los más, pedía auxilio al brazo de Sola. Ésta no deseaba otra cosa que servirle y complacerle.

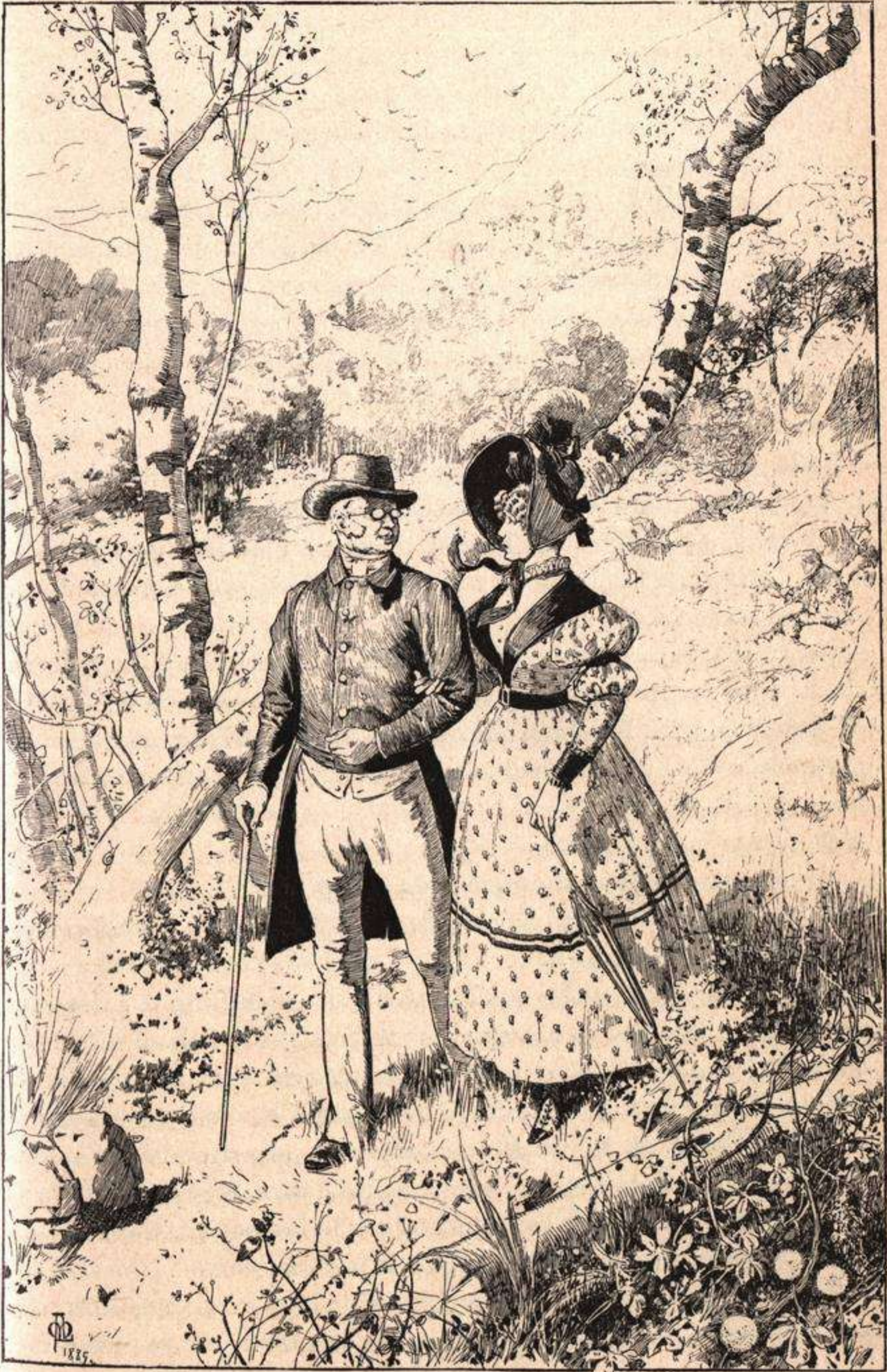
—Hijita—le dijo, cuando pasaron de las higueras del tío *Reza quedito*, punto desde el cual ya no se veía la casa,—hoy tengo que decirte la última palabra acerca del asunto que hace tiempo me trae muy caviloso. Me he dado una batalla, querida Sola, me he dado una batalla y me he arrollado completamente, me he derrotado en toda la línea. Acaso no me entenderás.

—No mucho—dijo Sola, creyendo deber decir que no, aunque algo se le iba entendiendo de aquellas cosas, y aún algos había ella penetrado en días anteriores, con su natural agudeza.

—Pues se han concluido mis vacilaciones y á casarse tocan. Entre los dos se establecerá un parentesco de cariño, de agradecimiento y de amistad que no nos separará sino en el sepulcro. ¿Insiste usted en lo que manifestó aquella noche? Creo que no lo habrá olvidado usted, pues yo, si cien años viviera, no lo olvidaría.

—No lo he olvidado, y ahora repito lo que dije, y me confirmo en ello. El héroe se detuvo y la miró con seriedad afable...

—Repáre usted bien que pronunció palabras muy categóricas y muy graves—le dijo en tono de queja.—Grabadas están en mi memoria.



“Como Dios es mi padre... ¿no fué así?... como Dios es mi padre, juro que quiero casarme con el viejo.”

—Así fué—afirmó Sola, repitiendo aquel eco de su alma;—con el viejo, con el viejo.

—Es decir, conmigo.

—Con usted.

D. Benigno auduvo algunos pasos, y deteniéndose luego, habló así entre turbado y festivo:

—Pues bien, hija de mi corazón, yo tengo ahora un antojo que quizás usted lleve á mal; á mí me ha entrado un capricho, una manía... Qué quiere usted... siento decírselo... quizás se enfade.

—¿Qué?

—Pues es que... que ahora me tocan á mí los mimos... y, en una palabra, que ya no quiero casarme con usted.

Y echándose á reir, añadió:

—Nada, hijita, le doy á usted calabazas... ¿no contaba con mis veleidades, eh? ¿No contaba usted con las coqueterías del viejo?

Y al decir esto abrió los brazos, derramó una lágrima, y riendo siempre, estrechó á Sola contra su corazón, en el cual se desbordaban los afectos más puros.

—Venga acá, hija de mi corazón—exclamó,—venga acá y abrázeme también. Dios me ha iluminado para hacerla el mayor bien que podría usted esperar de mí. Felicitémonos ambos de este triunfo de mi razón, y ahora entonemos un himno al sentido común que ha sido nuestro salvador.

Sola comprendía á medias.

—¿Quiere usted que nos sentemos en esta piedra?

—Sí—dijo Sola, ávida de hablar, de oír explicaciones,—sentémonos. Usted aquí... que está más seco.

—Cuando me dijo usted aquellas palabras—manifestó D. Benigno, quitándose los anteojos para limpiar los vidrios que se habían empañado ligeramente—me quedé en el primer momento en éxtasis y como deslumbrado. Después tuve la suerte de no dejarme alucinar por las pasiones, y de ver claro en un asunto tan expuesto al error. Parece que el buen sentido se redobló en mí, preparándose para la gran batalla que se iba á dar en el campo de mi espíritu, y que las pasiones se aterrizaron, anunciando su vencimiento. ¡Ah! hija de mi corazón, el viejo fué iluminado por Dios y pudo pesar sus escasos méritos, sus achaques, sus... condiciones, poniendo todo esto al lado de tu lozana juventud,

merecedora de mejor destino. No sé cómo fué aquello; pero recuerdo que se agrandaban á mis ojos los inconvenientes y se amenguaban las ventajas mútuas; comprendí que iba á hacer un disparate y á dar un resbalón más grave que el que me ocasionó la rotura de esta endiablada pierna; me sorprendí arrepentido, hija; no sé cómo fué aquello, sí, me sorprendí arrepentido, y sin saber cómo empecé á ver claro, clarísimo, y me dije: "la quiero demasiado para casarla conmigo."

Sola no sabía qué decir. Las palabras que oía revelaban tal convicción y D. Benigno le infundía tanto respeto, que no se atrevió á contestarle ni á defenderle contra su buen sentido. Pensó primero que debía insistir en lo del matrimonio; pero afortunadamente desistió de una idea que habría sido impropia. Su bondad le inspiró la declaración más digna en sus labios, diciendo:

—No tengo más voluntad que la de usted... Haga usted de mí lo que quiera.

—Barástolis, muy bien dicho. Pues yo quiero hacer de usted una hija... Hasta ahora no había querido tener con usted esa familiaridad inocente que consiste en tratarla de tú. Pues ya que no hay nada de casorio, quiero tener contigo, contigo que eres mi hija, la familiaridad propia de un padre; quiero tutearte... Y en este momento es preciso que sellemos nuestro parentesco dándonos un abrazo; pero muy apretado... así... no hay cuidado. Ya no somos novios, hijita.

Se abrazaron estrechamente, confundiendo la bondad de sus corazones.

—Ya no somos novios—repitió D. Benigno.—Aquello era una tontería. Me lo ha revelado Dios por conducto de estos achaques míos, y mi razón me dijo tantas, tantas cosas!... No dudé, ni por un instante, de la sinceridad de tu consentimiento. Convencido estoy de que te habrías casado gustosamente con el viejo, de que le habrías querido, de que le habrías sido fiel, de que le habrías cuidado mucho cuando pasara, el pobre, de viejo á viejecito, cosa que no puede tardar... Pero, hija mía, tu consentimiento y aquellas palabras admirables que me dijiste brotaban de tu gratitud, del afecto filial que me tienes. ¡Ay! No se hacen los buenos matrimonios, no, con estos ingredientes. Es preciso no forzar la naturaleza, no forzar los sentimientos naturales, haciendo de la gratitud amor; es preciso, sobre todo, dar á cada edad lo suyo y no empeñarse en reverdecir la venerable vejez, ni marchitar la hermosa juventud, uniendo una cosa con otra fuera de sazón. No, mil veces no. Tú, al querer ser mi esposa, domando un sentimiento robusto que vivía y vive en

tu corazón, hacías un sacrificio sublime. Yo te lo agradezco, porque comprendo cuán sincero era aquel sacrificio; pero no quiero aceptarlo... Dicen que yo fui héroe en cierta ocasión; pues aquello de Boteros es tortas y pan pintado en comparación de este arranque de energía que acabas de ver, hija mía, porque esto me ha costado más luchas, porque yo también sé hacer un sacrificio. No se renuncia sin trabajo á un bien seguro, á un bien tan delicioso, á todo lo que me prometían tu juventud, tu cariño leal, tus méritos inmensos, tu belleza, hija... pues ahora que no soy novio, puedo decirte que cada vez te vas poniendo más guapa... En fin, hija, he creído amarte mejor y servirte mejor, y amar y servir mejor á Dios, dándome á tí por padre que por esposo... Y aún me queda otra cosa mejor que decirte. Esto que he hecho sería incompleto, muy incompleto. Si quedara así... Pero no, yo no hago las cosas á medias. Mis heroísmos, cuando salen de mí, no son pamplinas. Al hacerte mi hija, quiero llenar el vacío que hay en tu existencia, y poner á tus sentimientos la corona que has ganado; quiero llenar de felicidad hasta los bordes ese vaso de tu vida que poco á poco se ha ido vaciando de sus antiguas tristezas; quiero casarte con el hombre que amas, con ese de quien ya puedo asegurar que te merece.

Sola se quedó espantada. Tan grande era la novedad de aquella idea, que necesitó algún tiempo para tenerla por lisonja. Se quedó pálida como una muerta, y tanto se trastornó su fisonomía, que teniendo vergüenza de que D. Benigno sorprendiera en ella la impresión hondísima que experimentaba, bajó la cabeza. Cordero puso las palmas de sus manos en las sienes de ella, y atrayéndola, le dió un beso en la frente, diciendo:

—Gracias á Dios que te puedo dar este besillo, para demostrarte de un modo material el cariño honesto que te profeso, cariño de padre, que yo quise echar á perder tontamente. No te avergüences de lo que sientes al oír lo que acabo de decirte. Es natural... Con este otro beso te quito la vergüenza. Que venga tu futuro esposo á impedirme que te bese... Si alguien nos viera, ¿qué diría?... Pero nosotros, nos reiríamos y contestaríamos sin ponernos colorados: “Ya no somos novios, ya no somos novios.”

Sola se echó á reír. Después se puso muy seria. En su trastorno no sabía qué manifestaciones serían más convenientes, y así dejó á su rostro que expresara lo que quisiera.

—Veo que te has puesto muy seria y como enojada—le dijo el héroe.—¿No te gusta mi proyecto?

—Es, que...—balbució Sola, no disimulando el gran temor, que de improviso llenó su alma.—Es, que... podría suceder... Y ¿quién me asegura?...

—¿Qué podría suceder, tonta?

—Podría suceder que él no me quisiera ya.

—¡Bonita idea! ¿Me tienes por un necio? ¿Me crees capaz de inclinarte á ser esposa de un hombre, sin saber si ese hombre te quiere, y lo que es más aún, que te merece?

—¡Entonces, ha hablado usted con él!... ¿le ha dicho?... y ¿él le ha dicho?... ¿ustedes se han ocupado de esto antes de hablarme á mí?... ¿Él sabe?... ¿usted y él?...

De este modo expresaba Sola su curiosidad, no acertando á interrogar sin que preguntas mil, inconexas y atropelladas, se enredaran en sus labios, queriendo salir todas á la vez.

—Todo se ha previsto...—afirmó con paternal reposo D. Benigno.—Calma, calma. No puedo decirte en pocas palabras lo que he hablado con ese buen señor; pero puedo asegurarte que tiene por tí un cariño bastante parecido á la idolatría... Cuando este pensamiento mío empezó á atormentarme el cerebro fui á ver á mi hombre. No sé qué agitación, qué falta de asiento y aplomo encontré en él. Te juro que no me gustó nada, y al salir, dije para mí. “No la merece: no le entregaré yo el angel de mi casa.” Volví poco después y hablamos de varias cosas. Su conversación me encantó. Halléle, como siempre, leal y discreto. Pero se me antojó que se ocupaba demasiado de política, y dije: “Nones, están verdes para tí. No quiero que mi hija viva sobre ascuas, pensando si ahorcan ó fusilan á su marido... Guarda, Pablo.” En una tercera visita... estas visitas mías fueron exploraciones habilidosas y tanteos para conocer si era digno ó no del tesoro que yo le iba á regalar, y así jamás le revelé mis planes... pues decía que en una tercera entrevista hablamos cordialmente, y él se espontaneó de tal modo conmigo, me abrió su corazón con tanta franqueza, me expuso sus ideas y planes de vida con tanta sinceridad, que al salir me dije para mi sayo: “Sí, es preciso dársela. Le corresponde de hecho y derecho.” Después corrieron entre los amigos rumores malévolos respecto á él... Dijeron que se había hecho carlista...

—¡Él!

—Calumnias y simplezas. Fui á verle, charlamos. Aquel día le hice indicaciones de mi proyecto. Él pareció comprenderlo y se puso pálido, muy pálido.

—¡Pálido!—repitió Sola, que tenía sus claros ojos fijos en D. Benigno, y no perdía ni la más ligera inflexión de sus labios elocuentes.

—Pues... pareció que se conmovía, y me abrazó, ¿entiendes? me abrazó. Yo le dije que nos volveríamos á ver pronto.

—¿Y eso fué...?

—La semana pasada, hija, en mi último viaje á Madrid. ¿Recuerdas que dije iba á comprar visagras y fallebas para las puertas nuevas? En efecto, compré mucho hierro; pero el principal movil de mi viaje fué saber de la propia boca de ese señor novio tuyo... démosle este nombre... saber de su propia boca si era verdad que se había hecho carlista.

—¡Qué asquerosa calumnia!—exclamó Sola con ardor, confundiendo con una frase á los inventores de tan maligno despropósito.

—Él me desengañó quitándome aquel escrúpulo... porque, á la verdad, hija de mi corazón, si mi yerno sale con la patochada de afiliarse á esa bandera odiosa y se echa al campo á defender la religión á tiros... No lo quiero pensar, ¡barástolis!... ¡Bonito negocio habríamos hecho! Afortunadamente para él, quedé convencido de que no ha pensado nunca ingresar en la orden sacristanesca, y cuando salí de la casa, dije: "Tuya es, bribón, te la has ganado, pillo! Dios me manda que te la entregue. Ahora, que San Pedro te la bendiga."

—¿Y tampoco ese día le dijo usted claramente...?—preguntó Sola, deteniéndose á media pregunta, porque le quemaba un poco los labios la segunda mitad ó el rabillo de la pregunta entera.

—No le dije nada claramente, porque no me pareció discreto abrirle de par en par las puertas del cielo sin contar antes contigo. Pero le abrí un resquicio, le dí á entender mis intenciones, y el bendito hombre parecía, como vulgarmente se dice, que veía el cielo abierto; de tal modo le brillaban los negros ojos. Quedé en volver á principios de Octubre, y cuando me despedí, le dije: "volveré un día de estos. Vendré, y quizás, ó sin quizás, le traeré á usted noticias que le contenten mucho."

—Hoy es 1.º de Octubre—dijo Sola, con frase rápida, como centella de palabra que de sus labios saliera.

—No, que es mañana—apuntó Cordero riendo;—yo tengo el Calendario en el dedo. No quieras ahora que los días salten unos sobre otros. El tiempo es un señor á quien se ha de tratar con muchísimo respeto. Observa la calma y el método con que anda. A veces parece que va despacio, á veces que corre como un galgo; pero es ilusión nuestra: su señoría no sale nunca de su paso. Mañana, hija querida, iremos á Madrid.

—¡Yo también!

—Pues es claro. Quiero que os veais, que os habléis. Luego vosotros os entenderéis, y mi papel quedará reducido á preparar algunas cosillas que para la boda sean necesarias...

Dió un suspiro, y estrechando luego entre sus manos las de Sola, que estaban frías, sin duda porque todo el calor se recogió en su corazón alborozado, dijo Cordero estas palabras:

—Te voy á dirigir un ruego. ¿Lo atenderás?

—¡Qué pregunta!—exclamó Sola, echándose á llorar antes de conocer el ruego.

—Pues quiero suplicarte, que después de casada, ya que mis hijos no puedan ser tus hijos, como proyectábamos, les mires como tus hermanos.

Sola le contestó con el río de sus lágrimas, que no permitían palabras. Ni eran necesarias las palabras.

—Si me ves llorar—dijo D. Benigno, secándose una lágrima con gesto heróico,—no creas que estoy afligido ni desconsolado. En mi pecho no caben ni envidias de mozalvete ni el duelo de deseos frustrados. Tranquilo estoy y contento, contentísimo. Si lloro es por la atracción de tus lágrimas que hacen correr las mías, sin saber por qué. Tuve un poquillo de pena, sí; pero me consuela el saber que si mis hijos han perdido su segunda madre, buena hermana se llevan, ¿no es verdad?

Principiaba á caer la tarde y se sentía el fresco del Tajo. D. Benigno propuso que se retiraran á casa, y dejando la peña dura, tomaron el camino áspero y tortuoso.

—Ya van creciendo las noches—dijo Sola, dando el brazo á su padre.

—Sí, hija mía—replicó éste,—y el mañana tarda un poco más; pero viene, no tengas cuidado.

—Ya no recuerdo cuánto se tarda de aquí á Madrid.

—Pues no es mucho. Tomaremos el coche de Peralvillo, que es el que va más pronto. ¿No sabes la novedad que hay en el mundo? Pues ahora han inventado en Inglaterra unas máquinas para correr, un coche diabólico que va como el viento, y anda, anda... No sé lo que anda; pero si hubiera uno desde Toledo á Madrid, iríamos en dos horas.

—¡En dos horas! Eso es fábula.

—¿Fábula? Me lo ha dicho D. Salvador, que lo ha visto.

—¿Él ha visto esa máquina?

—Y ha andado en ella.

—¿Él ha andado en ella? Será cosa magnífica.

—Figúrate...

D. Benigno se detuvo, y con la complacencia que producían en él las maravillas de la naciente industria del siglo, se preparó á dar á su hija explicaciones demostrativas, para lo cual puso horizontal el bastón y deslizó los dedos sobre él.

—Figúrate que hay en el suelo dos barras de hierro donde se ajustan las ruedas de unos enormes coches... así como casas. Estos coches van atados unos á otros. A poco que les empujen, como las ruedas se ajustan á las barras de hierro, ¡zás! aquello corre como una exhalación.

—Ya entiendo... las mulas...

—Si no hay mulas, tonta... Ya te lo explicará D. Salvador, que ha montado en esos vehículos. Esa diablura la han puesto los ingleses entre un pueblo que llaman Liverpool y otro que nombran Manchester. Dice D. Salvador que aquello es volar.

—¡Volar! Soberbia cosa!...—exclamó Sola con entusiasmo.—Decir “quiero ir á tal parte ahora mismo,” y...

—Y salirse uno con la suya. Pues, te diré: no hay caballos. Todo aquel rosario de coches está movido por un endemoniado artificio ó mecanismo, que tiene dentro fuego y vapor, y sopla que sopla, va andando. Yo no sé cómo es ello. Me lo ha explicado D. Salvador; pero no lo he podido entender.

—¿Y esa manera de ir acá y allá no se pondrá en otras partes?

—Sí, dice nuestro amigo que se va extendiendo; que en Inglaterra están haciendo más de esos benditos caminos de hierro, y que en Francia van á empezar á ponerlos también.

—¿Y en España, ¿no los pondrán?

Cordero dió un suspiro.

Ahora va á empezar una guerra, si Dios no lo remedia—dijo con tristeza.

—Cuando concluya...

—Quizás empiece otra... Pero, al fin y al cabo, también tendremos aquí esos caminitos, aunque sólo sea para muestra. D. Salvador dice que se extenderán por toda la tierra, y que hasta las regiones más incultas llegará esa máquina que corre á soplos.

—¿Y la veremos por aquí, por este caminejo?

—¿Por qué no?

—Y podremos decir: “A Madrid...,”

—Sí; pero ese prodigio no acontecerá mañana, hija querida—dijo Cordero sonriendo.—Por ahora nos contentaremos con las tres mulitas de Peralvillo.

Entraron la casa, donde hallaron á D. Primitivo Cordero, sobrino de D. Benigno, que venía á pasar unos días en los Cigarrales, y traía estuendas nuevas de la Corte, entre ellas la muerte del Rey. Cenaron todos un poco tristes por la influencia melancólica de tales noticias, de los comentarios lúgubres con que las acompañó el ex-capitán miliciano, y de los presagios fatídicos que hizo.

Cuando D. Benigno manifestó su propósito de ir á Madrid el día venidero, Primitivo le anunció con oficioso pesimismo que probablemente encontraría las tropas insurreccionadas en las calles, la anarquía imperante, y la villa entera, la Corte y la monarquía, dadas á todos los demonios.

Al despuntar la aurora del siguiente día Sola se levantó, y abriendo de par en par la ventana de su cuarto, que daba al campo, y á cuyo alféizar subían las ramas más altas de los almendros, aspiró el aire balsámico de la mañana y miró los senderos, el suelo, la torre de la catedral insigne, que á lo lejos y en medio del verdor oscuro del paisaje lucía como un ciprés de piedra, dejó correr luego sus miradas por el suelo adelante hasta el horizonte, término de amarillentas lomas y de azulados pedregales; fué con su espíritu más allá del horizonte mismo; volvió con tristeza. Se podría haber creído que echaba de menos aquellas barras de hierro de que D. Benigno hablara la tarde anterior y que, de existir, permitirían á los hombres remedar el maravilloso viajar de los pájaros. Nada vió en los torcidos senderos que indicase que las hadas se habían ocupado la pasada noche en tender aquellas vías metálicas, milagro de la locomoción, increíble camino más propio para ser recorrido con las alas del espíritu, que con los piés de la materia.

Poco después se levantó Cordero. El coche de Peralvillo no podía tardar, y era preciso sustentarse de chocolate y bollos para el largo y molesto viaje. Sola dió punto á las meditaciones para atender á los diversos menesteres de aquella hora, y cuando D. Benigno y ella se encontraron solos, el héroe no pudo menos de preguntarle por qué había en sus ojos huellas de lágrimas, siendo las circunstancias más bien propicias que adversas. Sola contestó que no había podido dormir en toda la noche, porque las cosas tremendas que contó Primitivo y los augurios que hizo llenaron de misterioso pavor su espíritu. Verdad era esto que dijo; pero también había influido mucho en su insomnio doloroso la brusca y radical mudanza en su destino, en sus ideas todas por la conversación que ella y su dignísimo protector tuvieron á orillas del río. Sola no quiso ocultar á Cordero todo lo que sentía y pensaba.

—Estoy tan aturdida desde ayer tarde—le dijo,—que no sé lo que me pasa. He pasado toda la noche imaginando catástrofes ó soñando tropiezos y caídas. No me puedo convencer de que Dios me lleve ahora por ese camino tan distinto del que antes seguía, sin que sea para ir derecha á una desventura muy grande. Yo nací con mala estrella.

—Patrañas, querida hija; cosas de la imaginación—replicó D. Benigno, apurando su chocolate.—No nos entreguemos á cavilaciones huera y tengamos confianza en Dios. Eso de malas y buenas estrellas no es muy cristiano que digamos.

—Es verdad; pero yo no puedo evitar el sospechar peligros, el tener miedo de todo, y el presentir desgracias. Es una especialidad mía. Si Primitivo no hubiera contado tantos horrores... Ahora, con la muerte del Rey, se va á encender una guerra tal, que España va á ser una Nación de huérfanos y viudas. Sí, así será... Correrán ríos de sangre, ríos caudalosos como los de agua, y los hermanos matarán á los hermanos... todo por saber si ha de reinar la sobrina del tío ó el tío de la sobrina. Qué horrorosos disparates! ¡Y estas cosas pasan en reuniones de gente que se llaman países y naciones!... ¡Y esta es la decantada sabiduría de los hombres de Europa que se ríen de los salvajes! Yo, mujer ignorante, digo que esos sabios no tienen sentido común.

—Hija de mi alma—exclamó D. Benigno,—estás hablando como el patriarca de la filosofía, como Juan Jacobo Rousseau. Sí, el estado actual de las naciones y el sentido común son incompatibles.

En su entusiasmo, Cordero tremoló la servilleta que acababa de desprender del ojal de su levita. Aquel lienzo era la bandera del sentido común, pabellón sin colores y sin heráldica.

—No he podido apartar de mí en toda la noche—dijo Sola,—una idea que me hace estremecer de pena. ¿Quién nos asegura que el hombre á quien vamos á buscar, no estará ya comprometido en la guerra civil? ¿No será probable que esté disparando tiros en las calles? ¿No puede suceder que esté ya muerto?

—Calla, tonta... Un hombre tan juicioso... ¿No comprendes tú...?

—Yo no comprendo nada, yo siento y nada más. El corazón suele tener unas adivinaciones tan raras... A veces, el muy pícaro, se empeña en una cosa, y Dios se encarga después de darle gusto... Ojalá me equivoque. Y ahora Dios no nos manda tan sólo el azote de la guerra civil, nos manda también otro, esa terrible enfermedad... ¿no oyó usted hablar á Primitivo de esto? Es un mal muy raro, por el cual se muere la gente en pocas horas, á veces en minutos; es una puñalada invisible que sor-

prende y mata, y nadie está seguro de vivir dentro de media hora.

—Sí—dijo D. Benigno, cayendo en sombría tristeza,—es el *Cólera morbo asiático*.

Al oír este nombre repulsivo y espantoso, Sola sintió correr por su cuerpo un frío displicente. Cordero sintió lo mismo.

—Esa enfermedad—añadió,—ha aparecido en Andalucía. Las personas van muy tranquilas por la calle, y de repente ¡plaf! se caen al suelo y se mueren. Pero esta infección no llegará á Madrid... Vamos, en marcha, ahí está el coche.

Oyeron las alegres campanillas de las mulas de Peralvillo. Sola se despidió de los niños llorando, y les prometió que volvería muy pronto. Al subir al coche, dijo:

—¿Tardaremos mucho?

—Volaremos—afirmó el heroe.—Peralvillo, llévanos á prisa... ¡Oh! qué lástima que no tengamos ya por aquí esos carriles de Satanás!

Y tenía razón. ¡Lástima grande que en aquella ocasión crítica no existieran los carriles de Satanás!





XVII



A mañana del 29 y cuando nadie sospechaba que la muerte del Rey estuviese tan próxima, dejó de ser soltero Pipaón. Los tiernos esposos recibieron la bendición nupcial en la hermosa iglesia de San Cayetano, que hace esquina á la calle del Oso, y el encargado de darla fué el Padre Carantoña, de la orden dominica, grande amigote del desposado. Asistieron personas de calidad, hubo mucha pompa eclesiástica y mundana, se repartieron limosnas, y todo fué dispuesto para que en los barrios del Sur quedara memoria del suceso por dilatados tiempos. La sordidez de D. Felicísimo no

permitió que el almuerzo de rúbrica se diera, como parecía natural, en la casa de la desposada y dióle en la suya Pipaón con mucho rumbo y magnificencia. Pero lo más notable del día fué el altercado que tuvo nuestro cortesano con D. Felicísimo. Los recién casados, creyendo que si el vejete no les daba de almorzar, no les negaría su bendición, fueron allá muy gozosos; pero el Demonio, que jamás descansa, hizo que Carnicero tuviese noticias ciertas aquella misma mañana de las traicioncillas de Pipaón y de los soplos infames que había llevado á la antecámara de Su Majestad la Reina Cristina. Estaba el buen señor trinando cuando llegaron los cónyuges, y ojalá que no hubieran llegado jamás, porque así como estalla un volcán, reventó la cólera de D. Felicísimo, y no quedó dentro de su boca palabra mal sonante ni epíteto quemador. Púsose blanco el bendito agente, como piedra caliza, y su rostro plano causaba terror, porque parecía próximo á descomponerse en piezas, cayendo cada fracción por su lado. En vano quiso disculparse Pipaón, en vano Micaelita intentó disculparle también, llevada del amor que aquel día le tuvo, y hasta Doña María del Sagrario arrojó con timidez una palabra de paz en medio de la ardiente filípica. Aumentábase el furor del terco viejo con las réplicas, y para concluir echó á sus nietos á la calle, ordenándoles que no volviesen á poner los piés en aquella *casa de la lealtad*, y conminándoles con desheredarles del mejor modo que pudiese. Los esposos salieron cabizbajos, y cuando se despedían de Doña Sagrario en la puerta, el condenado vejete agarró con su zarpa acerada el brazo de Tablas, que á su lado estaba, y con ardiente anhelo le dijo:

—Tablas, cuatro duros, cuatro duros para tí, si vas ahora y le das un puntapié á ese tunante y le arrojas rodando por la escalera. No hagas daño á mi nieta, ¿entiendes? á mi nieta no.

El atleta no quiso desempeñar el indigno papel de cachetero que en aquella repugnante contienda doméstica se le designaba, y todo quedó en tal estado. Después riñó D. Felicísimo con Doña María del Sagrario, con la criada, con Tablas, y á todos les mandó que se fuesen á la calle y le dejaran solo, pues para vivir entre espías ó traidores, prefería estar solo con el leal y desinteresado gato. El buen señor desahogaba su cólera sonándose, sonándose fuerte y repetidamente, y aquel furioso trompeteo resonaba en la casa como las cornetas de un llamamiento militar. No era en verdad ilusión que los frágiles tabiques de la casa temblaran como las murallas de Jericó, porque durante el ir y venir de la gente en el momento del berrinchín, el piso se estremecía de tal

modo y con tan amenazadora trepidación, que los expulsados tomaban con gusto la puerta.

Por la tarde, y cuando no se habían aplacado aún los irritados espíritus del agente eclesiástico, entró á verle Salvador Monsalud. D. Felicísimo le recibió con desabrimiento.

—Le he mandado venir á usted—dijo tomando el pié de cabrón y dando con él fuerte porrazo sobre la mesa,—para comunicarle noticias muy desagradables acerca de nuestro amigo el Sr. D. Carlos Navarro. Usted, jí, jí, se tomó por él tanto interés cuando aquella diablura de su encierro en la carcel de Villa, que no dudo en acudir á usted, ahora que el insigne guerrero del Altísimo se halla en un trance mucho más peligroso.

Oyó Salvador con notorio interés estas palabras, y después de manifestar que no había favorecido á Navarro por simpatías carlinas, sino por consideraciones de gratitud y de amistad absolutamente personales, rogó á Carnicero no ocultara nada de lo que al digno soldado del Altísimo ocurría. El vejete se revolvía en su asiento. Tomando y dejando con las inquietas manos, este ó el otro papel, porque estaban sus nervios en completa anarquía, dijo así:

—Ya llegará la hora de esos canallas, ya llegará, ¡vive Cristo! Ahora, al amparo de esa sombra de Rey, bailan sobre nuestras costillas; pero los papeles se truecan, jí... Figúrese usted que el bravo D. Carlos partió hacia Navarra para conferenciar con Santos Ladrón y otros valientes capitanes, la buena gente, la gente sana, la gente de Dios. Pues bien, hubo una algarada de voluntarios realistas en Viana, por impacencias tontas y celo mal entendido. El Virey de Navarra mandó contra ellos una columna. La columna no derrotó á nadie... como siempre; pero cogió á D. Carlos, que estaba en el convento de frailes franciscos, jí, jí, y juntamente con un sobrino de Santos Ladrón y un capuchino, á quien sorprendieron haciendo cartuchos, le llevaron á Estella. Se formó sumaria; dieron parte á Madrid, y este Gobierno cobarde y rastrero ha mandado hoy, hoy mismo, jí, ha mandado que sean pasados por las armas el señor D. Carlos, el sobrino de Santos Ladrón y el capuchinito de los cartuchos. He sabido todos estos pormenores por un oficial del Ministerio de la Guerra, que nos pertenece en cuerpo y alma, y no hay duda alguna, jí, de que la execrable orden del Ministro irá, lo más tarde, por el correo de mañana.

—Es un deplorable incidente—dijo Salvador meditabundo;—pero no podemos negar al Gobierno el derecho de defensa. Usted, que tanto

poder tiene, ¿no podrá evitar esa catástrofe, aunque sólo sea en la parte que á nuestro desgraciado amigo corresponde?

—¿Yo?...—chilló Carnicero, en tono de lástima de sí mismo.—¿Yo? Bueno está el ramo de Guerra en los tiempos que corren para que yo pueda lograr... Usted, usted...

—¿Yo?—dijo Salvador, condoliéndose de su impotencia política y militar.—Apenas tengo relaciones oficiales.—¿Qué caso han de hacer de mí? Para mayor desgracia, he sido tildado de apostólico por algunos necios, y en el ejército corren hoy vientos muy liberales. Yo no puedo nada.

Ambos meditaron breve rato, D. Felicísimo con los ojos fósiles puestos en el ensangrentado Cristo de la columna, Salvador leyendo en las rayas de la estera.

—¿En poder de quién está Navarra? ¿Conoce usted al jefe de la columna que le aprehendió, ó al gobernador de Estella?

—Pues, ya... el bribón que le capturó y el jefe militar de Estella son una misma endemoniada persona, jí, jí, y esta persona es el perdido de los perdidos, el gran maestro de los canallas, Seudoquis, más masón que Caifás y más liberal que Caín... ¿Le conoce usted?

—Mucho—replicó Salvador acabando de leer en la estera.—Tanta amistad tenemos, que seguramente lo que Seudoquis no haga por mí no lo hará por nadie.

—¿Qué lástima, Santo Cristo de la Vega! ¡qué lástima, Santísima Señora del Sagrario, que no esté Navarra en Móstoles ó que las leguas no se trocaren en varas!... porque en este caso la distancia nos mata. Ni valen para este delicado asunto las cartas de recomendación...

—Es verdad que nada de eso vale.

—¿La distancia, la distancia!... Si pudiéramos traer aquí á Navarra...

—Llevaremos allá á Madrid.

—¿Cómo?

—Sr. D. Felicísimo—dijo Salvador levantándose,—me marchó á Navarra.

—¿Usted!... ¿cuándo?

—Lo más pronto que pueda. Depende de los medios que encuentre. Si esta tarde hallo un coche, esta tarde me voy.

—¿Y confía usted sacar partido de su amistad con ese desollado masón?... ¡Pero qué amigos tiene usted!... Estoy asustado.

—Creo que podré conseguir algo.

—Pero ¿de veras va usted?...

—Ya está decidido. Yo soy así—afirmó el caballero dando algunos paseos de un ángulo á otro en la polvorosa estancia.

—¿Quiere usted cartas de recomendación?

—¿Para clérigos, canónigos, guerrilleros, frailes que hacen cartuchos, y abades que organizan partidas? Sí, sí, vengan cartas. Nada de eso es inútil para mi propósito.

—Éntérese usted bien de lo que ha pasado—dijo D. Felicísimo, entregando á Salvador varias cartas, que éste empezó á leer con avidez.—Vea usted lo que me escribe el guardián de franciscos de Estella... Vea usted también la relación detalladísima que del suceso me hace el prior de los descalzos de Viana. Ahí verá usted las lindezas de su amigo Seudoquis, que fuma en las iglesias, insulta á las monjas, y dice públicamente que Dios es *isabelino*.

—No creo que Seudoquis se haya vuelto tonto.

—Lea usted, lea usted.

Leyendo, el caballero se enteró del caso y tuvo anticipado conocimiento de personajes, cosas y lugares que ordenó en su mente con asombrosa presteza. Concluída la lectura, ya había imaginado un plan que no debía sufrir gran variación con la marcha de los sucesos. Para poner en ejecución lo que pensaba, urgía aprovechar el tiempo lo mejor posible. Su temperamento impaciente se adaptaba á las resoluciones rápidas y á un procedimiento ejecutivo y precipitado para realizar pronto la idea, anticipándose á las contrariedades y tomando la delantera á los peligros. Aquella tarde arregló sus cosas, buscó un cochecito y dió cuantos pasos preliminares creía menester para no hallar obstáculos en su largo viaje. Ya anocheceía cuando escribió una carta á don Benigno Cordero, manifestándole lo que más adelante sabrá el curioso lector. Esta carta la dejó en poder de D. Felicísimo, previa formal promesa de entregarla á Cordero, que vendría pronto de los Cigarrales y se encontraría en su casa de la subida á Santa Cruz. Despidióse del anciano y partió aquella misma noche. La noticia de la muerte del Rey, que ya sabía todo Madrid, lejos de hacerle desistir de su propósito, le confirmó más en él, porque iba á empezarse el período de crueldades, amenazas y represalias, precursor del desencadenamiento de la hidra, cuyos broncos rugidos resonaban ya en toda la Península. No se nos quedará en el tintero un incidente ocurrido al partir Monsalud de la morada Carniceril. Iba á tientas por el pasillo lóbrego (pues razones económicas habían retrasado aquella noche, como otras muchas del año, la aparición de la luz), cuando del techo se desprendió un pedazo de

yeso ó cascote, mucho mayor que los que á todas horas caían. Afortunadamente, al chocar con los puntales se partió en dos ó tres fragmentos, y Salvador no recibió en su cabeza sino uno de éstos, que produjo un mediano porrazo, rozándole después la cara. Cualquier supersticioso habría visto en tan insignificante suceso augurio adverso ó quizás favorable; pero Salvador sacudió del hombro el yeso y siguió adelante sin contestar á D. Felicísimo, que en la puerta de su cuarto decía:

—¿Qué es eso?... ¿se ha hecho usted daño?... ¿se cae la casa?... ¡luz, luz!



XVIII



El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!

Cuando Elías Orejón entró en casa de D. Felicísimo y pronunció esta frase con hiperbólico entusiasmo, el famoso Carnicero estuvo á punto de perder el sentido; tan grande fueron su sorpresa y júbilo. Unidos ambos en estrecho abrazo, diéronse palmetas en las espaldas durante un par de minutos, sosteniéndose el uno al otro para no caer al suelo con la fuerza del contento y la debilidad de las piernas. Esto ocurría poco después del fallecimiento del Monarca y tres horas más tarde del altercado con Pipaón, por donde se ve que en un mismo día reservaba la Divina Providencia al señor de Carnicero impresiones totalmente contrarias, haciéndole pasar de la ira más atroz á un contento febril y casi rabioso. Los dos viejos expresaron con afán, y quitándose simultáneamente las palabras de la boca, opiniones diversas sobre el suceso, y proclamaron que Dios había concedido á la monarquía el más precioso de los dones, abriendo camino al soberano verdaderamente católico y al Rey de verdad. Orejón se despidió para volver á la noche, trayendo las últimas noticias, y Carnicero se quedó solo, saboreando en deliciosas meditaciones su júbilo apostólico, ideando planes y considerando el triunfo rápido de la España religiosa sobre la España masónica. Después fué Salvador á despedirse y á llevar la carta para Cordero, y otra vez se quedó solo el anciano con la criada que le aprestó la cena. Doña María del Sagrario, que estaba muy á mal con su padre por el sofoco de Pipaón, le acompañó breve rato y fué después á la casa de su sobrino con intento de no volver hasta las diez de la noche.

Las ocho serían cuando volvió á aparecer Orejón acompañado del conde de Negri, y vieron cenar á D. Felicísimo, que entre bocado y bo-

cado había de incrustar una opinión, preguntilla, apóstrofe ó interjección apostólica, todo entreverado de hipos que dividían en minúsculas porciones sus conceptos, dando idea de lo que sería un discurso en mosaico ó una oración en cañamazo.

—Á poco de dar el último suspiro Su Majestad—dijo el conde,—el pobre Sr. Zea reunió en la Cámara Real á varios militares... He oído hablar de Quesada, San Martín, Freire y otros muchos que no recuerdo... Recibióles la napolitana llorando y gimiendo, y no de pesadumbre de quedarse viuda, no, sino porque la corona y el trono de su hija van rodando ya como los juguetes de las niñas... Pero vean ustedes lo que ha discurrido ese Sr. Zea, ese talentazo, ese inventor de la pólvora y de los pasteles... Pues nada: rogó á los militares que juraran defender la sucesión directa y el tronito de la titulada Isabel II. Tenemos monarquía de muñecas... Y ellos juraron, y tras de aquellos fueron otros y juraron también.

—¡Patarata!—exclamó Orejón—todo eso es música, música. También se han reunido esta tarde muchos locos masones, con Aviraneta á la cabeza, y han deliberado... ¡Deliberado los postes! ¿cuándo se ha visto eso?... Señores, llegó el momento de la gran barrida. España ha resucitado. Ya nuestro Señor no puede tener el escrúpulo de conspirar contra su hermano. El mejor día le veremos aparecer en la raya de Portugal para ponerse al frente de nuestros ejércitos... Pero si no se necesitarán ejércitos. Esto se cae, esto se hunde, esto se desmenuza. Esto no es monarquía, es una tienda de tiroleses. Por nuestra parte ya sabemos lo que nos corresponde hacer, porque tenemos las instrucciones dadas por Doña Francisca, en presunción del caso que ya ha ocurrido.

—Aquí están las instrucciones—dijo Carnicero, soltando el tenedor para sacar un papel de su gabeta.

—Las sé de memoria—replicó Orejón.—Ahora, señor conde, no perdamos el tiempo y corramos á ver á los jefes de la guarnición á quienes hemos hablado del negocio, y que no han querido soltar prenda mientras viviera el Rey.

—Esta noche no hay junta.

—Esta noche no—dijo Elías, tomando el vaso de vino que sobre la mesa estaba y acercándolo á sus labios.—Pero, ¿qué aguachirle es este?

—Es lo que yo bebo.—Es del propio cosechero de Esquivias.

—Esto es veneno puro... Pero ¿no has de tener en tu despensa ni siquiera dos azumbres de blanquillo para que los amigos brinden por el triunfo de la mejor de las causas?

—¡Tablas, Tablas!—gritó Carnicero, y cuando el atleta apareció en la puerta, le dijo:—Gandul, ¿estás sordo?... Vete á la taberna de la calle del Burro y trae una botella de Jerez seco ó de cosa que lo parezca. Anda pronto. Oye, ¿no hay bizcochos en casa? trae también bizcochos... Jerez seco... pronto.

Tablas era siempre diligente para traer vino, porque la expectativa de las sobras le aligeraba los piés. Así volvió prontamente con la compra, y un instante después los dos furiosos evangelistas de D. Carlos mojaban un bizcocho en el dorado licor. Después bebieron con prudencia, por ser ambos como D. Felicísimo, varones de mucha sobriedad.

—Por la religión triunfante --dijo Elías, empinando con gravedad.

—Por los buenos principios de gobierno —apuntó Negri...—Pero no bebe usted, Sr. D. Felicísimo.

—¿No bebes, Felicísimo? Eso no se puede consentir—manifestó Orejón con brío, apresurándose á ser Ganimedes del Júpiter de la agencia eclesiástica.—Verdad es que este Jerez quema como pimienta.

—Será viejo como yo —dijo Carnicero tomando la copa.—Pues brindo...

Las tres copas chocaron con alegre campanilleo, debido principalmente al temblor del pulso de D. Felicísimo.

—Brindo por la felicidad de España.

—Que ya está segura.

—Otra copa.

—Hombre...

—Otra.

Orejón llenó otra vez las tres copas, con no poco sentimiento de Tablas, que alejado por el respeto, contemplaba las mermas de la botella.

—Es buen vino—indicó Carnicero, en tono de conocedor.—Pero yo no sé si mi cabeza...

—¡Qué cobarde!... Felicísimo, otro trago... Vamos, á la salud de la familia real.

Este brindis fué acogido con tanto entusiasmo, que Carnicero se levantó de su asiento para dar más solemnidad al acto de envasarse en el cuerpo el generoso vino.

—¡Viva Su Majestad el Rey, Su Majestad la Reina y los serenísimos señores infantes!—exclamó Negri.—De las ruinas del masonismo se levanta el legítimo trono de España.

—Y de Indias... porque se volverán á conquistar las Indias.

—Se volverán á conquistar—dijo Carnicero, que se notó agíl y dió

algunos pasos con cierta ligereza relativa. — Adios, mis queridos amigos. Hasta mañana.

— Hasta mañana.

Orejón y el conde se retiraron. En el pasillo, donde salió á despedirles el dueño de la casa, fueron sorprendidos, como otro visitante anterior, por un gran desprendimiento de cascotes del techo.

— Llueven piedras, ¿ó qué es esto? — gruñó Orejón deteniéndose.

— No es nada. Los ratones me tienen minado el techo. Ya os arreglaré, masoncillos.

El conde soltó una carcajada y se limpió la levita manchada de yeso.

— Pero ¿no tienes Inquisición en casa?

El gato saltó de un rincón, bufando, y subió por los maderos.

— Sí, allí veo la Suprema... ¡cómo maya! ¿Qué ruido es este?

Los tres se detuvieron con recelo, poniendo atención á un rumor que se sintió instantáneo, y que no era facil referir á las paredes, ni al techo, ni al suelo, pues en todas estas partes de la casa parece que sonaba á la vez.

— Hombre, juraría que ví moverse una de estas vigas — dijo Orejón.

— Y yo juraría que he sentido temblar el piso.

D. Felicísimo prorrumpió en risas, diciendo:

— ¡Qué cabezas pone un vaso de vino! ¡Vaya un par de camaradas!...

El uno ve visiones, y el otro oye terremotos...

— Abur, abur.

— Hasta mañana.

Cuando se fueron, D. Felicísimo se quedó solo. Tablas se había retirado á su casa, y la criada, no pudiendo resistir al deseo natural de hablar con su novio, de quien había recibido aquella tarde palabra de próximos desposorios, se fué á la carbonería del número 8. El anciano agente cerró bien la puerta y volvió á su cuarto, único de la casa que tenía luz. Nada de esto merece contarse; pero sí lo merece muy mucho el fenómeno de que D. Felicísimo vió las paredes del cuarto dando vueltas en torno suyo, primero con lento giro, después con rapidez mareante. En vano trataremos de dar explicación á este peregrino hecho pidiendo datos á la ciencia de los terremotos, ó buscando su origen en la inseguridad del edificio, que era, por desgracia, bastante grande y notoria. Todo cuanto se diga en este sentido será contrario á las reglas de la sana crítica, y así nos resolvemos á explicar lógicamente aquel volteo de paredes por la detestable calidad del vino que bebieron poco antes los tres dignos señores. El vino era tal, que si le hubieran tomado

juramento habría declarado francamente no haber visto en toda su vida las bodegas jerezanas. Su padre y creador era el tabernero, un gran artífice de vidueños que habría sido capaz de fabricar agua, si el agua no estuviera ya fabricada para provecho del gremio. El aguardiente disfrazado que Tablas trajo de la taberna, hizo tal efecto en el cuerpo de D. Felicísimo y de tal modo se aposentó en su flaco cerebro, que el buen viejo perdió el uso regular de sus perspicaces facultades. Como hacía tanto tiempo que no probaba licores fuertes, su incontinencia de aquella noche (disculpable por el motivo patriótico que la originó) le puso en estado de ver las paredes jugando al corro, y le sugirió extravagancias y puerilidades indignas de persona tan respetable. Dando fuerte golpe en el suelo con su pesado pié, exclamó bruscamente:

—¡Quieta, España, quieta!... ¿Bailas de gusto por la felicidad que te ha caído?... Ten calma, Nación, ten calma y espera tranquila el triunfo de tu Rey sacratísimo.

Carnicero creyó que su valiente exhortación al reino danzante había hecho efecto, porque dejó de ver movimiento en las paredes.

—Así, así te quiero—dijo dando algunos pasos para llegar á su sillón y sentarse; pero en vez de andar hacia la mesa, dirigióse al testero opuesto. No paró hasta tropezar con la pared, y al sentir el choque, llenóse de cólera y dijo:

—¿Quién me estorba el paso?... ¿Quién es el atrevido que no me deja llegar al sillón?

Esperó respuesta; puso atento oído á los rumores que creía sentir. Todo, no obstante, era silencio. Pero á D. Felicísimo se le antojó que oía fuertes golpes en la puerta de su casa. “¡Quién!”, gritó tres veces poniendo entre cada grito larga pausa de espera. Mas un silencio lúgubre seguía reinando en la mansión desierta. De improviso sintióse por el techo como un aluvión de pisadas ténues, pero en tal número que formaban imponente estrépito. Eran los ratones que en tropel corrían por aquellas regiones baldías donde habían abierto con su habilidad y paciencia infinitos caminos y derroteros.

—¡Ah!—exclamó Carnicero riendo con lastimosa imbecilidad.—Son los reales ejércitos que van al combate. Adelante, bravos batallones. La hora del triunfo se acerca. Que no quede de masonismo ni el grueso de una uña.

Pasado algún tiempo, oyóse reproducida á lo lejos la misma algazara en el techo. Parecía que reñían en la sombra de los pasillos los ejércitos de alimañas y que había retiradas tumultuosas, furibundas embes-

tidas, victorias súbitas, heroicos choques y horribles desmayos. Carnicero dejó de atender á aquel fragor lejano y empujó la pared, queriendo vencer el obstáculo que, según él, le impedía llegar á su cómodo asiento.

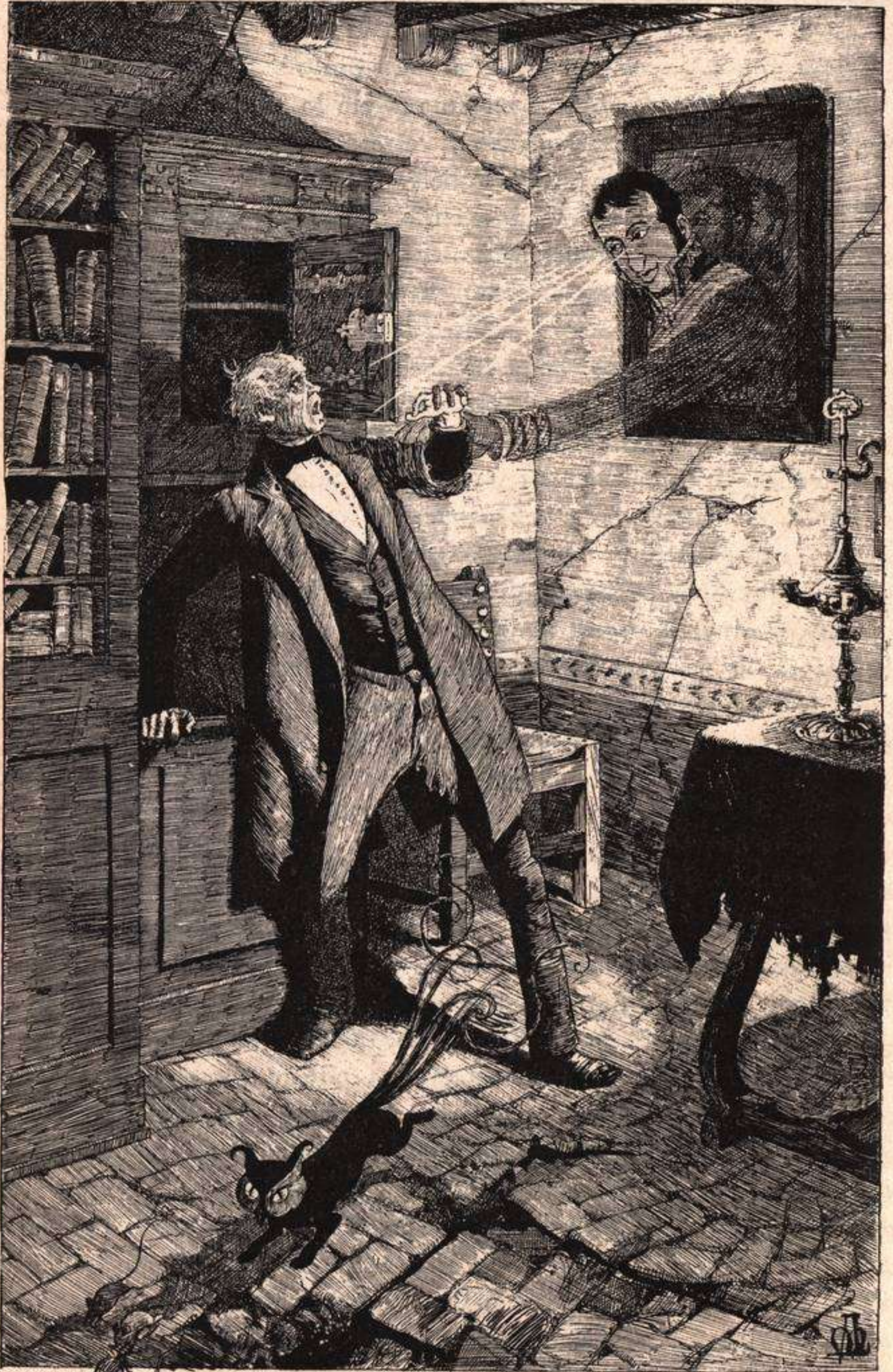
—Digo que necesito llegar á mi sillón—repitió.—¿Quién eres tú?

Alzó los alucinados ojos el anciano y vió lo que en la mitad de la pared había. Era un hermoso cuadro, retrato de Fernando VII, colgado allí treinta años antes, y que D. Felicísimo había contemplado desde su asiento muchas veces, recreándose en la perfección de la pintura y en la exactitud del parecido. El cuadro era bueno y representaba á Su Majestad en gran uniforme, de medio cuerpo, con aire y bríos juveniles, nariz luenga, cabellos negros, ojazos llenos de relámpagos y aquella expresión sensual y poco simpática que caracterizó al Deseado Aborrecido. Tan trastornado estaba Carnicero, que le parecía ver por primera vez aquella figura en su gabinete, y retrocedió con cierto espanto. Mas reponiéndose y haciéndole frente, como si también la figura hacia él caminase, se encaró con ella, amenazando con su semblante plano el pintado rostro del Rey, y le dirigió estas arrogantes palalabras:

—¿Qué tal le va á Vuestra Majestad en los Infiernos?... ¡Ah! Perfectamente sin duda. Vuestra Majestad lo ha querido. ¿Qué tal saben los tizonazos? Yo me permito decir á Vuestra Majestad con todo respeto que Vuestra Majestad está bien donde está. Las cosas vuelven á su natural ser, y el Reino se ha salvado. España está libre de su monarca impuro y acepta el dulcísimo yugo de ese arcangel á quien Dios hizo nacer hermano de Vuestra Majestad Real.

Calló el viejo y siguió mirando la figura, que de agradable se hizo repentinamente espantosa, porque sus ojos echaron llamas, su nariz tomó las dimensiones de elefantina trompa, y su mano soltó el bastón de mando para echarse fuera del cuadro... La mano, sí, se echó fuera del cuadro, y todo el cuerpo del Rey salió en seguida cual si traspasase el umbral de una puerta. D. Felicísimo retrocedió sintiendo que su valor se extinguía, que sus bríos se aplacaban, que toda su sangre se congestionaba en el corazón. Vió venir la horrenda estampa del Rey cubierto de galones y cruces; vió que el brazo se extendía, que la mano se alargaba y le cogía por la muñeca, á él, el pobre anciano flaco y canijo; sintió que aquella mano pesada como el sueño y más fría, mucho más fría que el marmol apretaba sus huesos hasta deshacerlos, mientras los ojos fulgurantes del Deseado le traspasaban con mortífero rayo. El pobre anciano no podía gritar, ni desprenderse de aquella tenaza, ni siquiera encomendarse á Dios, porque había en su mente una perturbación horrible y se

volvía tonto. La imagen infernal no sólo le atenazaba sino que se le lle-



vaba consigo, empujándole á profundidades negras abiertas por el delirio y pobladas de feos demonios.

Y así pasó un rato sin que cesasen los efectos del licor que tan alevosamente tomara el nombre y la figura del Jeréz. Mientras á D. Felicísimo se le antojaba realidad el desvarío que hemos descrito, la realidad era que el retrato estaba en su sitio y D. Felicísimo tendido en el suelo en completo trastorno físico y mental, sumergido en las tenebrosas honduras de la embriaguez. El buen señor no oyó, pues, los fúnebres maullidos del gato; no le vió entrar en la estancia con los bigotes tiesos, el lomo erizado, los ojos como esmeraldas atravesadas de rayos de oro, las uñas amenazantes; no le sintió saltar y hacer locuras cual si perdiera el juicio ó estuviese tocado de mal de amores; no oyó sus horribles lamentos, seguidos de roncós bramidos, ni presenció la ferocidad con que á la postre se lanzó fuera, escalando la pared, cayendo, levantándose, subiendo por un poste, precipitándose por oscuros agujeros, para reaparecer luego desesperado y jadeante. El infeliz Carnicero no vió nada de esto, librándose así de una impresión horrorosa; no oyó tampoco el estruendo de las alimañas en el techo, retirándose al través de los tabiques y haciendo saltar bajo su paso debil innumerables pedazos de yeso; no pudo ver cómo cayó de pronto enorme porción de cascote en medio del pasillo, ni cómo algunos de los puntales se movieron y otros se rompieron cediendo al fin al peso de la techumbre podrida; no vió la primera oscilación de ésta sobre la sala, ni la inclinación del tabique medianero, ni el vacilar de los de carga, ni la pavorosa lentitud con que las vigas del tejaño cayeron sobre las del techo plano, aplastando la bohardilla como un bizcocho; ni oyó los crugidos de las maderas resistiendo todo lo posible el peso, ni el quebrantamiento de algunos tabiques, ni el cuartearse de los yesos, salpicando chinitas menudas que luego fueron piedras; ni vió desprenderse polvo de las alturas, precediendo á una lluvia de cal que luego fué pedrisco de guijarros; ni presenció la desviación de la pared maestra, que empezó haciendo una cortesía á la pared frontera por la calle del Duque de Alba, y luego se rompió por las ventanas y en la parte más fragil. D. Felicísimo no vió nada de esto, y así, cuando aquella mole podrida se desplomó en una pieza con estruendo más grande que el de cien cañonazos, él se agitó un instante en su sepulcro de ruinas, murmuró estas dos palabras: "suéltame ya,," y pasó á la eternidad, no como quien se duerme, sino como quien despierta.

El rico archivo eclesiástico, cuyos legajos asomaban por las rejillas de los estantes excitando la veneración del espectador, estaba tan comi-

do de la polilla, que al desplomarse la casa se desmoronó como seco amasijo de polvo, y parecía que todo entraba en el caos tras la dispersión de tanta materia inútil, de tanta borrosa letra y de tanta ranciedad como se acumulaba en los podridos escritos. Así los siglos y las instituciones caducadas entran como ríos de polvo en el mar de ruinas de lo pasado, que se agita por algún tiempo y se emborrasca, hasta que al fin se asienta, se endurece, se petrifica y queda para siempre muerto. Nada sabríamos de lo que contiene este sepulcro inmenso en que tantas grandezas yacen, si no existiese el epitafio que se llama historia.

La noticia del desastre se extendió rápidamente por todo el barrio. Vino Pipaón temblando de miedo y harto intranquilo por la suerte que en aquel inopinado hundimiento hubiese cabido á las gruesas cantidades que D. Felicísimo guardaba en su propia casa. Más tarde se congratulaba en lo íntimo de su pecho de una catástrofe que inutilizó en el díscolo viejo el perverso intento de privar, en lo posible, á su nieta de la herencia que le correspondía. Hasta en aquel deplorable accidente se manifestó la decidida protección que el cielo dispensaba al cortesano de 1815, apartándole de todos los peligros y allanándole los caminos todos para que llegase á donde sin duda alguna debía llegar. Por esto decía Don Rodriguín: *Divisum cum Jove imperium Pipao habet.*

En la tarde del día 1.º de Octubre D. Benigno Cordero contemplaba con affligido semblante las ruinas de la casa del absolutismo. Una docena de ganapanes, vigilados por individuos de la policía y de la curia, removía los escombros, sacando cascote, podridas vigas, y muebles hechos astillas. El dinero y el cuerpo de D. Felicísimo aparecieron al fin como objetos extraídos de una excavación pompeyana, entre el pasmo y la consternación de los espectadores, movidos quien de curiosidad, quien de codicia. El de Boteros tenía en aquella tarde ocupaciones que no le permitían estar como un bobo mirando la exhumación, y después de rezar un par de Padre-nuestros por el alma del que fué paisano y amigo, y de encomendarle á Dios con devoción, entró en una casa próxima. Recibióle un criado, y aquí fué la sorpresa, aquí la suspensión de D. Benigno, que se tuvo por más hundido y aplastado que Carnicero, al oír lo que oía.

—¿Pero se ha ido, se ha ido de Madrid por mucho tiempo?—preguntó el buen señor, después de larga pausa, en que no supo lo que le pasaba.

—Para mucho tiempo, sí señor.

—Luego ha ido lejos.

—Muy lejos, aunque no dijo adonde.

—¿Pero usted está seguro de lo que dice? Usted está trastornado.

—El señor se ha ido y no volverá pronto.

—Entonces habrá dejado algún recado ó carta...

—El señor escribió una carta; pero no la dejé en casa.

—¿Pues dónde, hombre de Dios, dónde?

—La dejó á D. Felicísimo Carnicero.

—¡Bendito Dios!—exclamó D. Benigno, golpeando en el suelo con un pié.—¿Y á usted no le dejó recado verbal para mí?

—¿Para el Sr. de Cordero? Sí señor. Me dijo que D. Felicísimo enteraría á usted del motivo de su viaje y le daría una carta.

—¡Barástolis!... Hay cosas que parecen obra de Satanás.

Y reproduciendo en su mente el espectáculo de los escombros que había visto á dos pasos de allí, pensó que para encontrar la carta era preciso levantar muchas varas cúbicas de polvo y astillas, un cadaver y el pesadísimo pié de la curia, puesto sobre el tesoro, como el pié del pilluelo que pisa la moneda caída, mientras su dueño la busca paseando los ojos por la tierra. Exhaló Cordero de su pecho un suspiro en que parecía que la mejor parte de su alma se escapaba en busca del fugitivo, y salió abrumado de pena. En la calle el gentío que se agolpaba junto á las ruinas le dió á entender que sacaban aquel precioso fósil que fué agente eclesiástico. Entonces dió un suspiro mayor, diciendo para sí:—También nosotros nos hundimos; también á nosotros se nos ha caído la casa encima.

Acordóse entonces de Sola, á quien había dejado en su casa esperando el resultado de aquella visita, y no pudo menos de traer también á la memoria las corazonadas de la huérfana antes de salir de los Cigarrales. No queriendo dar á ésta la desagradable noticia sin acompañarla de algún consuelo, hizo averiguaciones prolijas aquella misma tarde, y después de hablar con algunos amigos del fugitivo y de hacer mil preguntas en varios mesones y paradores, se retiró á su casa si no con la certidumbre, con la sospecha fundadísima de que Salvador había ido al Norte. Esto, las voces que habian corrido acerca de las opiniones últimamente adoptadas por su amigo y la circunstancia de haber partido en el mismo día en que murió Su Majestad, llevaron á Cordero de cavilación en cavilación hasta ponerle en el trance de creer lo que el día anterior le parecía increíble.

—No—pensaba andando hacia su casa,—aquel tesoro no puede ser para un aventurero. Mi hija no se casará con un hombre que así juega con los santos principios, con un hombre que ayer fué exaltado liberal

y hoy absolutista de tabuco y sobrepelliz. Ella misma apartará de él su espíritu y su corazón, y entonces...

El semblante del de Boteros se animó. Toda idea nueva y feliz produce como una llamarada interior, cuyo reflejo sube al rostro, cuando éste no se ha educado en el disimulo y la hipocresía. Cordero avivó el paso y apretó fuertemente el puño del bastón, repitiendo:

—Entonces...





XIX



omo la vista del geógrafo se extiende sobre el mapa, así la imaginación del excelente D. Benigno volaba hacia el Norte en seguimiento del prófugo, buscándole por llanos y laderas, sendas y atajos. Veía media Castilla, medio Aragón, el caudaloso Ebro, y luego las estribaciones pirenaicas cubiertas de verdura y plagadas de serpientes que de mil escondrijos salían. Y no será aventurado afirmar también que la imaginación del fugitivo se iba quedando atrás como un hilo desenvuelto del ovillo que rueda. Rodaba nuestro hombre con la prisa que tan cachazudos tiempos permitían, anhelando llegar pronto, y pues todo es relativo en el mundo, su tartana, galera ó silla de postas (que en la categoría del vehículo no están conformes las referencias) llevaba un paso que en comparación del de

la tortuga habría podido llamarse veloz. Cruzó el llano de Alcalá, la aromosa y pobre Alcarria, hacia donde cae el reino de las abejas; vió á Sigüenza donde hay colmenas de clérigos, y atravesó la estrecha cuenca del Jalón, que corre silbando por la angostura como una espada de agua que se envaina en montañas. La romana Bilbliis le mostró ya la tierra aragonesa. En la feraz vega de Zaragoza, pasó por entre pilas de melocotones que parecían balas de fuego, y vió las lozanas viñas de uva retinta, cuyo zumo enardece la sangre de los paisanos de Lanuza. Sin detenerse pasó por la ciudad que lleva el nombre más preclaro en las justas militares del siglo, y que tuvo en los harapos de sus tapias rotas mejor defensa que otras en la coraza de sus murallas de piedra. En Tudela pasó el Ebro entrando en franca tierra de Navarra, semillero de gente brava, pues si Rioja fué hecha para criar pimientos, Navarra fué hecha para criar soldados. Halló gran agitación en los pueblos del camino, y la gente detenía el cochecillo para pedir noticias. Era preciso satisfacer á todos, diciendo: "Sí, es cierto que ha muerto el Rey."

"¿Pero es verdad que Madrid ha proclamado ya á D. Carlos? ¿Es verdad que Cristina se ha embarcado ó va en camino de embarcarse? ¿Es cierto que el Infante ha vuelto de Portugal y está al frente del ejército?" Á estas preguntas no podía contestar el viajero porque nada sabía, pero bien se le alcanzaba que provenían de falsas noticias y embustes, semilla que habilmente sembrada en tales países había de dar pronto cosecha de tiros. Siguió su camino y al fin entró en Estella. Aunque eran las doce de un hermoso día cuando pisó la plaza Mayor, antojósele que las próximas alturas arrojaban sombra muy lúgubre sobre la ciudad y que ésta se ahogaba en su cinturón de montañas. Á cada paso hallaba pandillas de clérigos con capa de esclavina, paraguas y gorro de borla, charlando en lenguaje vivo sobre el asunto del día, que era la muerte del Rey y el problema de la sucesión.

Dirigióse á uno de aquellos señores para preguntarle por la residencia del coronel Seudoquis, á quien quería ver sin pérdida de tiempo, y el clérigo, hombre gordito y lucio, le contestó de esta manera:

—Nuevo es usted en esta tierra. Si no lo fuera usted, sabría que para encontrar al famoso Seudoquis no hay más que averiguar donde se juega y donde se bebe.

Apuntando con su paraguas á una esquina de la acera de enfrente, añadió el buen hombre lo que sigue:—¿Ve usted aquella casa donde dice en letras muy gordas *Licores*? Pues allí encontrará usted al borracho.

Y se marchó riendo y á prisa para reunirse á la cuadrilla que había

seguido andando mientras él se detenía. Todos los demás individuos de paraguas encarnado y gorro negro eran también lucios y gorditos, señal indudable de no ser gente muy dada á la penitencia.

Pronto encontró Salvador á su amigo, y no le encontró embriagado ni jugando, sino en tertulia con otros tres militares y dos paisanos. La sorpresa y alegría del coronel fueron grandes. Después de abrazarse, retiráronse á un desvencijado cuarto del mesón (pues mesón, café, taberna y algo más era la tal casa) y hablaron á solas más de una hora. Cuando Salvador se retiró á descansar en la estancia que allí mismo le destinaron, creía haber ganado la partida y estaba satisfecho de su aventurado viaje, que ya tenía por venturoso. Pero Dios quiso que todos sus planes se trastornasen y que á cada dificultad vencida naciese otra imponente dificultad. Aquella misma tarde recibióse aviso de que don Santos Ladrón, el atrevido guerrillero riojano, venía sobre Estella con quinientos voluntarios, al grito de *España por Carlos V.* Púsose en movimiento la escasa guarnición de la plaza, y Dios sabe lo que hubiera ocurrido si no llegara oportunamente el brigadier Lorenzo, mandado por el Virey Solá con el regimiento de Córdoba y los provinciales de Sigüenza. Lorenzo no descansó en Estella. Aquella noche vió Salvador las calles Mayor y de Santiago atestadas de soldados, que se racionaban con pan y vino; habló con ellos y pudo notar que reinaba en la tropa buen espíritu, si bien su entusiasmo por la causa que empezaban á defender no era muy grande todavía.

Lorenzo salió á media noche. Al día siguiente se tuvo noticia del combate de los Arcos, en que fueron destrozados los voluntarios de Ladrón y éste hecho prisionero. Salvador vió por segunda vez la tropa de Lorenzo, de regreso á Pamplona, llevando consigo al guerrillero don Santos y á Iribaren. Lo peor del caso para nuestro amigo, fué que Lorenzo se llevó también á Pamplona á los tres prisioneros que en la cárcel de Estella estaban, y con esta determinación vino á tierra el plan construído por Monsalud de concierto con Seudoquis. Contrariedad tan inesperada parecía anunciar malísimo éxito á las tentativas generosas de Salvador, porque los prisioneros de Estella estaban ya condenados á muerte. Pero no desmayó por esto, y se puso en marcha para Pamplona, siguiendo á la brigada vencedora. Fué para él una ventaja relativa que le acompañara Seudoquis, con cuya cooperación humanitaria contaba, si bien le sería muy difícil ejercerla en la misma residencia del Virey.

Por el camino pudo Salvador ver á su hermano prisionero y en tal estado de extenuación y abatimiento que inspiraba lástima á cuantos le

miraban. En un desvencijado carro de trasportes iba tendido sobre jergones, cuya dureza con la de las piedras competía. Como el carro tenía toldo y unos palitroques laterales al modo de rejas, su semejanza con una jaula era grande, de donde resultaba que el Sr. Navarro, mirado desde fuera, escuálido, aburrido, entumecido y soñoliento, se pareciese algo á D. Quijote cuando le llevaban encantado desde la venta á su aldea. Salvador pudo acercarse, con la venia de la escolta, y cambió algunas palabras con el preso, el cual tardó mucho en reconocerle y le miró despacio con ojos semejantes á los de un demente.

—¿Qué haces tú por aquí?—dijo acercando su rostro á los palos.—¿Eres tú el que parece ó eres otro?

—Soy el que parece—replicó Salvador inclinándose lo más posible sobre el arzón de su cabalgadura.—¿No esperabas verme por aquí?

—No habrás venido á nada bueno.

—He venido por tí.

—¡Ah!... eres de los ministriles del Virey. ¿Te has hecho asesor de Su Excelencia? Mira, oye, acércate más... Dí al canalla de Su Excelencia que no tarde en fusilarme. Ya no puedo más.

—¿Te sientes mal? ¿Padeces mucho?

—¿Á tí te importa algo que yo padezca ó no? Pues sí, padezco mucho, por vida del mismo rábano!... Tengo una lámpara encendida aquí.

Incorporándose dificultosamente, llevóse ambas manos á los hijares. Su cara lívida causaba miedo, y cuando dilataba los labios morados con expresión equívoca y asomaban sus dientes blanquísimos, se veía en él clara y patente la sonrisa del dolor, ó sea la casi imperceptible burla que el dolor hace de sí mismo cuando han concluído todos los consuelos y aún los sofismas del consuelo.

—Tú estás muy enfermo—le dijo Salvador con profunda pena,—y yo creo que el Virey te perdonará la vida.

—¡Y al dejarme vivir llamas perdón!... vaya un perdón el tuyo. ¡Indultarme!... No, por muy masón que sea el Virey, no será tan cruel é inhumano.

—Estás alucinado, y el sufrimiento te enloquece un poco, haciéndote disparatar.

—Yo estoy cuerdo y sé lo que me digo. Tú estás tonto y hablas más de la cuenta.

—Yo sólo te diré que no te desesperes. Tu enfermedad puede curarse todavía.

—Con cuatro tiros... ¡Rábanos! no sufriré que sea por la espalda.

—No serán por ninguna parte. Estás enfermo y exaltado. Yo te juro que se harán esfuerzos grandes por salvarte.

—¿Y quién me salvará, tú? ¿tú?—dijo Garrote con desprecio.

—Podrá ser. No he venido á otra cosa.

—¿Desde Madrid?

—Sí. Y á Pamplona voy.

—¡Salvarme tú!... ¡Conservarme la vida! Veo que también hay verdugos de la vida.

—Yo quiero ser contigo ese verdugo de vidas.

—Mira, mira, ¿quieres dejarme en paz, intruso, y volverte otra vez á tu Madrid?

—Nos iremos juntos.

—Yo seré feliz mañana—dijo Navarro con hosca expresión,—en el foso de Pamplona. ¡Qué frío hará allí!

El prisionero temblaba.

—¿Tienes frío?—le preguntó su hermano.

—Hombre, sí, tengo frío. ¿No lo ves? ¿para qué lo preguntas? Tus pesadeces acabarían con la paciencia de un santo.

—Te proporcionaré una manta.

Alejóse Salvador y al poco rato volvió con lo que había ofrecido. El prisionero tomó la manta y arrebujóse en ella, añadiéndola á la manta y al capote que ya sobre sí tenía; pero ni por esas entraba en calor.

—Veo que sigues tan helado como antes. Sin embargo, el día está bueno. Pica el sol.

—Mi frío no es el frío de todo el mundo. Cien soles no lo destruirían... abur.

—No, todavía no. Tengo que hacerte una advertencia. Es indispensable que te vuelvas loco, quiero decir, que mañana, cuando te reconozcan los médicos, hallen en tí síntomas de locura.

—Hallarán el contento de morir—repuso Navarro, dando diente con diente.—¡Ah! ya te entiendo: me fingiré cuerdo para que me maten más pronto. Me fingiré cuerdo, gritaré: “¡Viva Carlos V, mueran los masones!...” Está bien, hombrecillo, adios. Vete, que quiero echarme á dormir.

Y se tendió, envolviéndose todo y cubriéndose cara y manos, de modo que, si no fuera por el temblor, parecería un muerto á quien llevaban á enterrar.

Salvador se retiró muy desesperanzado. El convoy se detuvo para distribuir raciones. Era la época de la vendimia, y el vino estaba poco menos que de balde, porque necesitaban desalojar las tinajas para dar

cabida al mosto, que era aquel año abundantísimo. Así es que el convoy pasaba, según la expresión de Seudoquis, por una calle de borracheras. Á cada instante hallaban grupos jaleadores; oíanse dicharachos, cantorios y pependencias. Bailes y jotas festejaban el pingüe Octubre, y los mozos vendimiadores aparecían manchados de mosto, feos y soeces como sacristanes, que no sacerdotes, de un Baco pedestre y envilecido. Con la caída de la tarde se fué amortiguando el escándalo de aquella bacanal campesina; se extinguieron los ruidos de guitarras y panderetas, y al anochecer, las pandillas de clérigos aparecían paseando en el camino á la entrada de las aldeas. Oscura, oscurísima era la noche cuando el convoy entró en la capital de Navarra. Y á pesar de ser tal que todo se veía negro, á Salvador le pareció que no había en ella bastantes tinieblas para ocultar lo que hacer pensaba.





XX

PERO todo fué inútil por falta de elementos. Arrebatarse sigilosamente un prisionero á la autoridad militar, dentro de una plaza fuerte y en momentos en que el fanatismo de los partidos redoblaba la vigilancia, era empresa demasiado temeraria y difícil para que saliera bien no contando con altos auxilios. Salvador no tenía amistad con el Virey, y aunque la tuviera de nada le valdría por ser D. Antonio Solá hombre muy inflexible. De los jefes militares importantes trataba á algunos, y con varios de ellos tenía conocimiento

que rayaba en amistad, por antiguo compañerismo en el Grande Oriente masónico del 22. Pero no era á propósito la ocasión para corruptelas humanitarias. Seudoquis, con quien siempre contaba, le dió esperanza, asegurándole que si el prisionero perseveraba en sus locas extravagancias, era fácil que el Virey, en vez de mandarle al foso, le enviase al hospital de orates.

El cuidado de reanudar sus relaciones antiguas y procurarse otras nuevas ocupaba á Salvador las mejores horas del día y de la noche. Los militares se reunían en una especie de casino, situado junto á la fonda principal, y allí se jugaba, mezclando los entretenimientos lícitos con los prohibidos; se bebía café, se vaciaban botellas y se charlaba de lo lindo. Fuera de aquel círculo halló nuestro amigo algunos que, á pesar de pertenecer á la clase militar, se mantenían retraídos. Una mañana paseaba solo por la Taconera, cuando tropezó con una persona cuyo rostro no era extraño para él. Detúvose, saludó, y el desconocido conocido le contestó friamente. Era un hombre de alta estatura, moreno, de ojos negros, bigote y patillas. Recortadas éstas con esmero por la navaja formaban una curva sobre las mejillas y venían á unirse al bigote, resolviéndose en él, por decirlo así, de lo que resultaba como una carrillera de pelo. Su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé qué de reserva, de seriedad profunda que en él había, indicaban que no era hombre vulgar aquel que en tal hora paseaba envuelto en capa de paisano, y calzado de altas botas, que el buen estado del piso hacía innecesarias. Al soltar el embozo dejó ver su cuerpo, vestido con zamarreta peluda, estrechamente ajustada con cordones negros. Las patillas, las botas, la zamarreta, la aguileña y delgada nariz, los ojos de cuervo y la gravedad taciturna son rasgos suficientes á trazar sobre el lienzo ó sobre el papel la inequívoca figura de Zumalacárregui.

El que después fué el más grande de los cabecillas y el genio militar de D. Carlos, estaba á la sazón de cuartel en Pamplona, vigilado por la autoridad militar. Varias veces le había amonestado Solá. Se contaban sus pasos y se le había prohibido tener caballo. Vivía con su familia y era hombre muy morigerado. No daba á conocer fácilmente sus opiniones; pero pasaba por ferviente partidario de D. Carlos. Iba á misa todos los días y después de misa paseaba dos horas por la Taconera, cualquiera que fuese el tiempo.

Salvador y D. Tomás hablaron breve rato. D. Tomás compadeció á su amigo D. Carlos Navarro, y después, como el otro sacara á relucir la guerra y el aspecto que tomaba, dijo con aparente candor, verdadera

máscara de su marrullería, que, según su opinión, las cosas no pasarían adelante. Por no verse precisado á hablar más, apretó la mano de su amigo y siguió paseando por la muralla.

Al día siguiente fué pasado por las armas en el foso de las fortificaciones D. Santos Ladrón, que murió valiente como español y resignado como cristiano. Después sufrió igual suerte Iribarren, cabecilla menos célebre que el primero. Ya estaba señalado el sacrificio de Garrote para el 15, cuando el Virey, en vista del estado lastimoso del reo, difirió su muerte, mejor dicho, la encomendó á la Naturaleza. Los médicos habían dicho que Navarro no viviría dos semanas, y Solá tuvo ocasión de mostrar su humanidad. El enfermo fué trasladado al hospital, de lo que recibió su hermano mucho contento, porque algo más vale deshauciado que muerto.

Cada día llegaban á la ciudad noticias alarmantes del vuelo que tomaba la insurrección. En Oñate se echaba al campo Alzaá, en Salvatierra Uranga, en Toranzo Bárcena, Balmaseda en Fuentecén, y en Navarra, que era el centro de aquel motín semi-nacional fraguado por el absolutismo con la bandera de Cristo, se habían alzado Goñi y Eraso, Iturralde y el cura de Irañeta. Eraso tenía por suyo á Roncesvalles, Goñi la Borunda, y el párroco asolaba la parte llana. Era un bravo soldado el de Irañeta y podía ocupar lugar excelso en esos extraños fastos eclesiástico-militares, donde están escritas con horribles letras negras las hazañas de Merino, Antón Coll y el Trapense.

Navarro fué trasladado al hospital, donde su hermano pudo verle con frecuencia. El áspero carácter, los bruscos modos y la amarguísima pena del enfermo no cambiaron nada pasando del poder de los carceleros al de los cirujanos, si bien su dolencia entró en un período de alivio por las ventajas higiénicas del cambio de vivienda. Postrado en la cama, pasaba á veces días enteros sin pronunciar una sola palabra, aunque Salvador hacía los imposibles por sacar una siquiera de aquel pecho que era un mar de melancolías. En cambio, otros días era tal su locuacidad que no podían seguirle la conversación incoherente y exaltada. Salvador y el cirujano procuraban con esfuerzos de gallardo ingenio llevar su charla á los términos de la discreción y del buen razonar; pero mientras más querían ir ellos por el camino del juicio, con más ahinco se arrojaba D. Carlos por los despeñaderos del desatino. Si ellos hablaban de las cosechas, del crudo invierno y entremezclaban donosos cuentos en su coloquio, á él no le sacaba nadie de la guerra, del empuje carlista y de la necesidad de que un jefe militar de prestigio y valor se pusiese al

frente de las partidas navarras para organizarlas y hacer con ellas un poderoso ejército reglado. Imaginaron hacerle creer que no había ya tal guerra y que los rebeldes se habían sometido ya al Gobierno; pero esto dió resultado contrario al buen deseo de Salvador, porque oyendo Navarro lo del someterse, poníase furioso, echaba ternos y quería arrojarse del lecho. Más fácil era pacificar á Navarra que introducir en aquel cerebro insurreccionado la idea de la paz.

El sistema más eficaz para calmarle y hacerle tomar las medicinas era contarle las hazañas del cura de Irañeta y del cabecilla Mongelos, dos tipos de la guerra de salteadores. Pero si le decían que todo el furor religioso carlino de tales héroes no era más que una pantalla para encubrir contrabando, entonces el enfermo sacaba los puños de entre las sábanas, llamaba al cirujano *mequetrefe*, y decía á su hermano:

—Tú eres un intrigante forrado en masón. Márchate de aquí y déjame solo. Me estorbas, te juro que me estorbas. Tus cuidados me cargan, porque no quiero agradecerte nada. ¿Lo oyes bien? no quiero agradecerte nada, ni esto. Pesas sobre mí como una montaña, y creo que no tendré salud mientras no estés lejos de mí y pueda yo decir: “no le debo nada, no es mi hermano, es un intruso.”

De estas cosas se reía Salvador, y para captarse su voluntad y amansar un poco su arisco genio, hasta ideó afectar simpatías por el Infante y la apostólica insurrección. Una mañana le llevó la noticia que circulaba por la ciudad, dando motivo á infinitos comentarios. Zumalacárregui se había pasado al campo carlista. Según dijo quien le vió, dos días antes había salido muy de mañana, con capote militar, por la puerta del Carmen, y se había encaminado á pié hacia una venta próxima, donde le esperaban tres hombres con un caballo. Á escape se dirigió el coronel cabecilla á Huarte Araquil, donde le aguardaban el cura Irañeta y Mongelos. Los tres partieron juntos hacia la sierra en busca de Iturralde, según se creía.

Mucho extrañó á Monsalud el ver que su hermano, en lugar de recibir esta noticia con la alegría que siempre mostraba, tratándose de ventajas carlistas, la oyó con gran asombro, y después de larguísima pausa, se afligió mucho y se dió un golpe en la frente como en señal de abatimiento y desesperación. De pronto extendió una mano. Asiendo el brazo de su hermano, atrájole hacia sí y en voz baja, con el acento más lúgubre que puede imaginarse, le dijo estas palabras:

—¿Ves lo que hace Zumalacárregui? Pues eso debía haberlo hecho yo. ¿No te dije que era necesario que un jefe militar se pusiese al frente de

esta sagrada insurrección para organizarla? Pues ese jefe debía ser yo, yo. ¿Qué hace Zumalacárregui? Lo mismo que habría hecho yo. Su papel es el mío, sus laureles los míos, su triunfo mi triunfo. Si yo no estuviera en esta aborrecida cama, estaría donde él está ahora, y lo que él piensa hacer y hará de seguro, ya estaría hecho... ¡Qué desesperación, Dios de Dios!

Dicho esto, puso sus ojos fieros en los de su hermano tristes y serenos; le envolvió en una mirada aterradora y le apretó con más fuerza el brazo, diciendo:

—Oye tú, si me sacas de esta cama, si me sacas de Pamplona y me pones en salvo en Huarte Araquil ó en Oricain y me das un caballo, te juro que se acabará el odio que te tengo y serás mi hermano querido, y daré una interpretación buena á tus cuidados, agradeciéndolos en vez de rechazarlos. Hazlo, hazlo por mí y por nuestro padre, cuya memoria y cuyo nombre pongo hora como lazo de reconciliación entre los dos...

Salvador sintió frío en el corazón. En el primer instante tuvo la idea de aparentar complacer á su hermano, dando cuerda á su demencia; pero consideró al punto que era muy peligroso el sistema de fomentar, siquier fuese momentáneamente, tan descabelladas manías, y tan sólo dijo:—Si insistes en esa locura, te abandonaré, y entonces sí que llamarás á tu querido hermano.

Navarro gritó: ¡*Intruso!* y al punto su cabeza y sus brazos desaparecieron entre las sábanas. Era aquel el movimiento final de su enfado y su manera genuina de romper con el mundo.

Desde aquel día, si halló alivio en su enfermedad, declinó más por la pendiente de la locura, y tales disparates hizo, que el Virey le absolvió en definitiva como indigno del patíbulo. Estaba incapacitado para morir á manos de los hombres. Una noche le hallaron medio desnudo en un desván del hospital buscando salida para salir al tejado. Dos días después dió de puñadas al cirujano, y frecuentemente se arrojaba del lecho para correr por la sala injuriando á imaginarios enemigos, sólo vistos de su extraviado entendimiento. Por último, pasados tres meses de hospital, y cuando mediaba Enero del 34, fué declarado baja en el ejército, y el Virey dispuso que se hiciera cargo de él su familia, si alguna tenía. En tal resolución no tuvieron poca parte las buenas amistades de Salvador. Así vió colmados sus deseos, y llevándose consigo al enfermo, lo instaló en su casa cómodamente, decidido á llevárselo á Madrid cuando su estado lo permitiese y se apaciguaran los rigores de aquel crudo invierno.

El descenso de la temperatura había extendido sobre algunas partes de la nieve planchas de durísimo y resbalañizo cristal. Las fuentes, emudecidas en su parlero rumor, parecían decoraciones de azúcar por la quietud de sus chorros helados de mil facetas. En las murallas las formidables piezas de gran calibre estaban arrebuñadas en la nieve, y por un pliegue del frío capote asomaban sus bostezantes bocas negras amenazando al campo. En los fosos, la inmaculada blancura casi cegaba la vista, y las alegres márgenes del Arga no se conocían de puro vestidas. Los árboles con sus escuetas ramas perfiladas de blanco no parecían árboles, sino urdimbres rotas de un tejido deshecho. Las casas medio sepultadas echaban á duras penas por su chimenea, cubierta de finas cremas y cristalinos picachos, un chorro de humo que subía lentamente á manchar el cielo y se resolvía en el pesado gris de la atmósfera como masas de tinta arrojadas en un inmenso mar de almidón. Dentro de las casas reinaban, por el contrario, la animación y el bullicio, por estar recogidos los habitantes todos al amor de los hogares, donde ardían encinas enteras. Fuera, todo estaba congelado, incluso la guerra, que había dejado de moverse en el campo para latir en el corazón de las viviendas.

Contra lo que Salvador esperaba y temía, Navarro se dejó llevar, y después de instalado en vivienda tan distinta del lóbrego y tristísimo hospital en que antes moraba, su exaltación se trocó en abatimiento y su aspereza en indiferencia, no exenta en algunos instantes de suavidad y aún de discretas y sosegadas razones.

No contribuyó poco á su alivio la soledad en que estaba y el no permitir Salvador que le visitara persona alguna, porque en el hospital los demás enfermos se complacían en calentarle los cascos, contradiciéndole en sus vehemencias ó alentándole en sus majaderías. Una mujer de carácter excelente, tan notable por su solicitud como por su paciencia, le asistía, y un clérigo pacífico le acompañaba algunos ratos. Doña Hermenegilda, que así se llamaba la dueña, era viuda de un guarda-montes de la Borunda y había tenido siete hijos, de los cuales, á excepción del más pequeño, que emigró á las Américas, no quedaba ninguno por haberlos absorbido todos sucesivamente las distintas guerras de la Península, desde la famosa de la Independencia hasta la de los agraviados en Cataluña. Tan guerreros eran, que en los pequeños claros ó intervalos de paz, ninguno supo hacer cosa de provecho, y la poca hacienda que tenían fué pasando á los prestamistas, disolviéndose toda en comilonas, timbas, inútiles viajes, cacerías y compras de armas para camorras. De

esto y del desastroso fin de todos ellos, nació en Doña Hermenegilda un aborrecimiento tan vivo de las guerras, que no se le podía mentar nada de lo tocante al fiero Marte y su culto sangriento. Ella decía que una nación de cobardes sería la más feliz y próspera del mundo, y cuando le objetaban que esa nación no sería dueña de sí misma porque la esclavizaría cualquier conquistador extraño, respondía que su bello ideal era que todas las naciones del mundo fueran igualmente cobardes, para que resultara un globo terráqueo poblado en absoluto de seres prudentes. Doña Hermenegilda no era navarra.

No podía haber escogido Salvador persona más á propósito para cuidar á un hombre tocado, como se sabe, del mal de batallas. No tenía igual seguridad de acierto en la elección del Padre Zorraquín para acompañante y amigo espiritual del enfermo, porque si bien en ocasiones podría tenerse al tal clérigo por la persona más bondadosa y mansa del mundo, en otras parecía un si es no es levantisco y ambicioso. Era Zorraquín capellán de unas monjas pobres y no podía ocultar sus febriles ganas de llegar á otra posición eclesiástica más elevada. Ya no era joven el capellán y había dejado trascurrir lo más florido de su existencia sin hacer valer los méritos que creía poseer. Todas sus peroratas sobre este tema de la vanidad concluían diciendo: "Ya, ya vendrán tiempos de justicia, sí, ya vendrán... Entonces no veremos los coros de las catedrales llenos de masones con sotana, mientras los buenos eclesiásticos perecen.,"

No pasaba ya Garrote la mayor parte del día en la cama. Había recobrado las fuerzas, y su mal, que antes parecía profundamente arraigado y dueño de la persona, le permitía ya algunas horas de completo bienestar. Muy sensible al frío, se acercaba con frecuencia á la lumbre, la observaba con fijeza, arrojando en medio de las ascuas su mirada, como si quisiera encenderla en ellas, y no se movía hasta que, inflamándose su cara con los rojos reflejos, llegaba á un grado de irritación insoporable. Entonces se retiraba, conservando en su pupila la imagen de las brasas deslumbradoras. Después de dar algunos paseos por la estancia hasta enfriarse, volvía junto á las llamas y se extasiaba contemplando otra vez las lenguas rojas de azulada punta, las quemadas astillas que caían del consumido leño con murmullo de hojas secas, y languidecían luego en la ceniza durmiéndose.

Comía poco. No leía nada, y su única distracción era tirar al florete con su hermano. Pero este entretenimiento duraba minutos nada más, por la escasa fuerza del convaleciente. Hablaba tan poco, que á veces

hasta se privaba de lo necesario por no pedirlo. En el largo espacio de un mes no pasaron de tres las conversaciones tiradas que ambos hermanos sostuvieron. En la primera hablaron de las condiciones de las casas de Pamplona, de la catedral, de la ciudadela, de las fortificaciones, de la Rochapea y de otros temas locales, en que Navarro mostró su prolijo conocimiento de la ciudad. En la segunda, Salvador le habló de la guerra, procurando poner á prueba el juicio de su hermano, y no tuvo poca sorpresa al observar que Garrote trató el asunto con un aplomo y una serenidad de ideas admirable. El tercer coloquio fué todo él expresión de sentimientos personales, y habría podido servir de base de concordia entre dos hombres que tanto se habían aborrecido. Por esto debe ser puesto entre lo más precioso que han hablado nuestros personajes, y reproducido con integridad para que sea edificación de nuestros lectores, como lo fué de Doña Hermenegilda, que tuvo el honor de hallarse presente en aquel palique.





XXI



UNA tarde, después de comer, hicieron ambos elogios muy ardientes de un exquisito guisado de palomas silvestres que les puso Doña Hermenegilda. Después Navarro se acercó á la chimenea, cual si fuera á arrojarse dentro de ella, y como Salvador le amonestara por aquel singular gusto de achicharrarse, Navarro se retiró, miró á su hermano sin el acostumbrado fruncimiento de cejas, y le dijo estas blandas palabras:

—Acabarás por manejarme como á un chiquillo. ¿Qué más quieres? Poco á poco me has ido haciendo tu prisionero sin combatir, y con medicinas primero, con cuidados después, has ido venciéndome. Si no hay en todo esto una intención desconocida, desde ahora declaro que estoy agradecido del bien que me has hecho.

—Una intención y un plan hay en mí—replicó Salvador;—pero ambos son hartos claros. He querido vencerte con las armas del bien y dominarte por la fuerza de la caridad, emanada de un parentesco que no querías reconocer. ¿Lo reconocerás ahora? ¿Se hace por un extraño lo que yo he hecho?

—No—dijo con noble decisión Garrote.—No se hace por un extraño lo que has hecho por mí. He tenido días de gran oscurecimiento en mi cabeza; pero ya veo claro, y aunque imagino sofismas y sutilezas para desvirtuar tu comportamiento conmigo, no puedo. La verdad es más fuerte que mis cavilaciones. Te me has ido imponiendo, imponiendo, y ahora estás encima de mí con un doble carácter, pues no puedo separar completamente en tí el hermano cariñoso del hombre aborrecido, ni creo que separarlos pueda mientras los dos vivamos.

—He sido más afortunado que tú—dijo Salvador, apartándole otra vez del fuego, que le atraía como á mariposa,—porque yo hace tiempo que he olvidado todas las ofensas; hace tiempo que he cogido todos los rencores y arrancándolos de mí los he echado fuera, como se echa este papel al fuego.

Salvador arrojó al fuego un papel que ardió instantáneamente con llamarada juguetona. Instintivamente Navarro se acercó á la chimenea y quiso sacar el papel que ardía; pero retrocedió quemándose los dedos. Esto, que parecía un chispazo de locura, inspiró á Salvador lo siguiente:

—No metas tu mano en el fuego para sacar lo que ha caído en él. Tú, como yo, necesitas hacerte perdonar para ser perdonado, necesitas comprar la generosidad con generosidad y el olvido con el olvido.

—Si pudiera olvidar...—murmuró Navarro, embelesado siempre en la contemplación de la llama.—Si pudiera borrar todo lo que no fuera presente... ¡Qué tranquilo viviría!... Porque el presente me agrada, y esta serenidad que ahora disfruto es un bien muy precioso. Fáltame saber si lo debo á la casualidad, á la Providencia ó á tí.

—Á los tres—replicó el otro.—La Providencia y el hombre, ya amigo ya enemigo, suelen obrar de acuerdo para salvarnos ó perdernos. Tu memoria se ha aclarado lo bastante para recordarte lo que has pasado, la ruina de tus descabellados planes de guerrillero, tu prisión, tu enfer-

medad gravísima, tu condenación á muerte. Pero hay cosas que no puedes saber por tu memoria, y son la curiosidad interesada con que yo observaba tus pasos desde Madrid, y mi resuelto propósito de socorrerte cuando caiste en el mayor peligro en que puede caer un hombre. Yo dejé mi casa, comodidades de esas que empiezan á valer mucho cuando se nos va acabando la juventud, y quehaceres importantes; yo corrí á este país de Navarra decidido á emplear todo lo que en mí hubiera de actividad, de celo y de ingenio para salvarte. He vivido algunos meses consagrado á tí, velando por tí, y luchando contra tu mal, contra tu genio, contra tu locura, contra los enemigos, contra la ley y contra todo, sin desmayar nunca, sin fatigarme un punto hasta conseguir mi objeto. Sobre todos los enemigos me han resistido siempre tu caracter y tu antipatía. Pero esto, lejos de desanimarme, me encendía más, y más me estimulaba á pretender una victoria completa. Estoy satisfecho, te he salvado de la muerte, te he cazado, te he domado, y ahora te tengo en mi poder, no como enemigo prisionero, sino como podría tener un padre á su hijo debil y pecador, sojuzgado y no sé si arrepentido. Yo conceptuaba como la mayor gloria apetecible esta victoria mía por la fraternidad cristiana, y esa sumisión tuya por la gratitud. Ahora, cuando parece que recobras tu salud perdida y tu libertad, ¿qué harás? Desde el momento en que yo me aleje, tu soledad será espantosa. ¿Irás á la guerra? No lo creo. Si te retiras á alguna parte á vivir pacífica y honradamente, ¿á quién volverás los ojos para decir: "tú eres mío?" ¿Los volverás á tu mujer? No. ¿Buscarás algún pariente en la Puebla? No los tienes. ¿Buscarás amigos? Tu caracter rechaza las amistades nuevas. Abre los ojos y ve claro, desgraciado; no niegues la evidencia. Por más que busques no hallarás más familia que yo. Yo soy el único que puedo llenar tu vacío y hacer á tu lado un bulto, una sombra que indique la presencia de un amigo.

—Cállate—dijo Navarro, ya lejos de la chimenea—cállate, que me haces daño. Insensiblemente te has atado á mí y has soldado la cadena. Está bien, te arrastraré conmigo. ¿Podré separar algún día el hermano cuidadoso del hombre aborrecido? No lo sé. Deja que pase el tiempo, que pasen días. Yo tengo ahora ocupaciones graves, muy graves.

Esto de las ocupaciones graves hizo en Monsalud el efecto de un golpe. Tembló por el juicio de su hermano, que poco antes había visto manifestarse claro y hermoso, y que de repente se oscurecía. Como pasa una nube por delante del sol, así pasó aquella frase por encima de la discreción del enfermo, ocultándola.

—Ocupaciones graves, gravísimas—repitió Navarro, frotándose las manos.—Por ahora sólo te diré que, si es verdad lo que me has dicho, resultará que eres digno de admiración. Yo no te la niego, y en cuanto á tenerte cariño. Yo me entenderé. El cariño no es cosa de quita y pon. Ya creo que siento un cierto interés por tí y que no me gustaría verte desgraciado. Pórtate bien, y veremos.

Este tono de protección, tan impropio del estado de ambos, chocó extraordinariamente á Salvador; pero su asombro y alarma subieron de punto cuando Navarro, después de tener un rato las palmas de las manos sobre la lumbre, fué hacia su hermano, y poniéndole sobre el rostro una de aquellas manos que quemaban como plancha de hierro, le dijo pausadamente:

—Deja que acabe esta gran campaña, y luego veremos.

Salvador no dijo nada. Sospechaba que en la cabeza de su hermano había una idea monstruosa, y no quiso perseguir aquella idea, temiendo ver confirmada la triste sospecha. Dejándole que se achicharrase otra vez las manos, se acercó á la ventana para ver la nevada, que aquel día era abundantísima. Parecía que el mundo navegaba por un piélago infinito de plumas de cisne.

Entró á la sazón el padre Zorraquín muerto de frío y se sentó á horcajadas en una silla, frente á la chimenea, extendiendo sus piés hacia el fuego. Poco después el vivo calor de la llama le obligó á apartarse. Empezó á oscurecer, por ser en aquella estación las tardes más cortas que la esperanza del pobre, y Doña Hermenegilda dió luz á un esplendoroso quinqué, competidor del sol de invierno. Cerradas las maderas, se prepararon los cuatro á echarse á pechos la larguísima velada, que parecía un siglo, cuando no era conllevada de interesantes y variados entretenimientos. Doña Hermenegilda hacía media con ligereza suma. Aquella noche necesitó devanar madejas de hilo, y como no tenía devanadera, prestóse, como otras veces, á suplirla el bendito Padre Zorraquín. Era hombre amabilísimo. El cura charla que charla, y la dueña devana que devana, parecía que de los labios de aquél salía la palabra, como de la madeja de sus manos el hilo, y que Doña Hermenegilda iba envolviendo el interminable discurso, haciendo de él un corpulento ovillo, que bien podría pasar por abultado libro. El cura hablaba, moviendo brazos y manos con lenta oscilación para que saliese la hebra, el ovillo crecía, pasando de nuez á manzana, de manzana á calabaza, y los dos hermanos oían y callaban, el uno inmóvil, el otro marcando cada vuelta de la madeja con un golpecito dado con las tenazas en el borde

de la chimenea. Cada vez que el hilo se deslizaba, rozando con el dedo gordo de la mano derecha del cura, Navarro daba un golpe. Era como el ritmo de un reloj. Creeríase que los cuatro individuos formaban un mecanismo dentado construido para hablar ovillando, y para ovillar los segundos. Salvador habría podido pasar por la muestra de aquel humano reloj, pues su cara no expresaba nada, á no ser la inmutable tristeza de un horario.

¿Qué contaba Zorraquín? Las hazañas de Zumalacárregui, que era el asunto obligado en Pamplona y en toda Navarra. La proligidad del buen cura no es para imitada aquí, pues él se había propuesto ser en lo futuro historiador de aquella gran guerra, y apuntaba todas las noticias para reunir materiales. Aprovechándolo todo, lo mismo lo cierto que lo dudoso, y utilizando lo histórico así como lo anecdótico, allegaba elementos para un colosal almacén literario que, por fortuna, pereció en un incendio años adelante.

Zorraquín refería las acciones, describía los lugares, reproducía las palabras, dando á las alocuciones el tono y tamaño de discursos á lo Tito Livio. Hasta imitaba los gestos de los guerreros, y al llegar á un punto en que hubiese aclamaciones de la muchedumbre, lo hacía tan al vivo, que era preciso suplicarle que bajase la voz para no alarmar á la vecindad.

Abreviando todo lo posible la empalagosa narración, sólo diremos que Zumalacárregui había tropezado con el antagonismo de los díscolos jefes que se sublevaron antes que él. Aclamado por algunos como jefe de todos los voluntarios navarros, halló resistencia en Iturralde. El cura de Irañeta y Mongelos no vacilaron en ponerse á sus órdenes. Dividieronse los carlinos; pero una insurrección pequeña nacida dentro de la insurrección grande resolvió el problema. El cabecilla Sarasa se sublevó una mañana, y haciendo prisionero á Iturralde, proclamó á Zumalacárregui comandante general de Navarra. Por este procedimiento, que más que navarro era español puro, se unificó la insurrección, y los voluntarios carlistas no tuvieron ya sino un solo jefe. Éste desplegó desde el primer momento energía colosal. Rebajó á un real la soldada de dos reales que percibían los voluntarios, y empezó á combatir con gran fortuna. Dictó aquellas célebres disposiciones que tan extraordinario vigor infundieron á las armas carlistas, y en todo mostró ser insigne guerrillero, digno sucesor de los Viriatos, Empecinados y Merinos, con más saber militar que todos ellos. Sus terribles castigos revelaron un carácter de hierro tal como se necesitaba en aquella sangrienta ocasión. Con-

denó á muerte en un bando que hacía cumplir estrictamente, á todo el que volviera la espalda al enemigo durante el combate, á todo el que sin vacilar no se dirigiese al puesto designado por su jefe, aun cuando viese en él una muerte segura, y á todo el que pronunciase voces alarmantes, como *que nos cortan*, *que viene la caballería*, etc...

Todo esto lo oía Navarro sin decir nada, cejijunto y torvo, hasta que al fin rompió la palabra:

—Basta ya de charla, Sr. Zorraquín. Si eso ha de escribirse que se escriba; pero conste que no es por mandato mío, pues no tengo vanidad en ello.

Salvador y Doña Hermenegilda se miraron. Á las diez de la noche, cuando los dos hermanos se quedaron solos, después de cenar, Salvador rogó á Navarro que se acostase.

—No será malo —dijo éste con mucha naturalidad,—pues fatiga sobre fatiga, se llega á un punto en que no hay cuerpo que resista. Sigo tu consejo, pues no ha sido mala la jornada de este día.

Salvador le acompañó á su alcoba. Acostóse Navarro, y sumergido en el lecho con el rebozo de las sábanas en la boca, sin mostrar de su persona más que media cara y tres dedos de una mano, habló á su hermano de este modo:

—Natural era que se supiese ya en Navarra y aún en toda España la resistencia que hallé en Iturralde, la sublevación de Sarasa, y por último la concentración de todas las fuerzas de este país bajo mi mando. Lo que extraño mucho es que se sepa ya, y aun que ande escrita y parlada, la orden del día que dí en la Amezcoa, mandando fusilar á los que vuelvan la espalda, á los que pronuncien voces subversivas y á los que no acudan á los puestos de peligro... Esta idea, que hace tiempo tenía yo y que acabo de poner en ejecución, será la clave de esta gran guerra y la base sobre que se forme el más temido y belicoso ejército que han visto las naciones.

Salvador no pudo contenerse.

—No eres tú —le dijo,—quien ha hecho esas cosas, sino Zumalacárregui.

Sonrió con desdén Navarro, y como si su hermano hubiese dicho una gran necedad, le contestó de este modo:

—¿Pero no sabes, pobre hombre, que ese infeliz Zumalacárregui fué hecho prisionero en la Rioja, conducido á Estella, en cuya carcel se agravó su enfermedad del hígado, y después trasportado en un carro á Pamplona? ¿No sabes que está en el hospital con un mal gravísimo, que

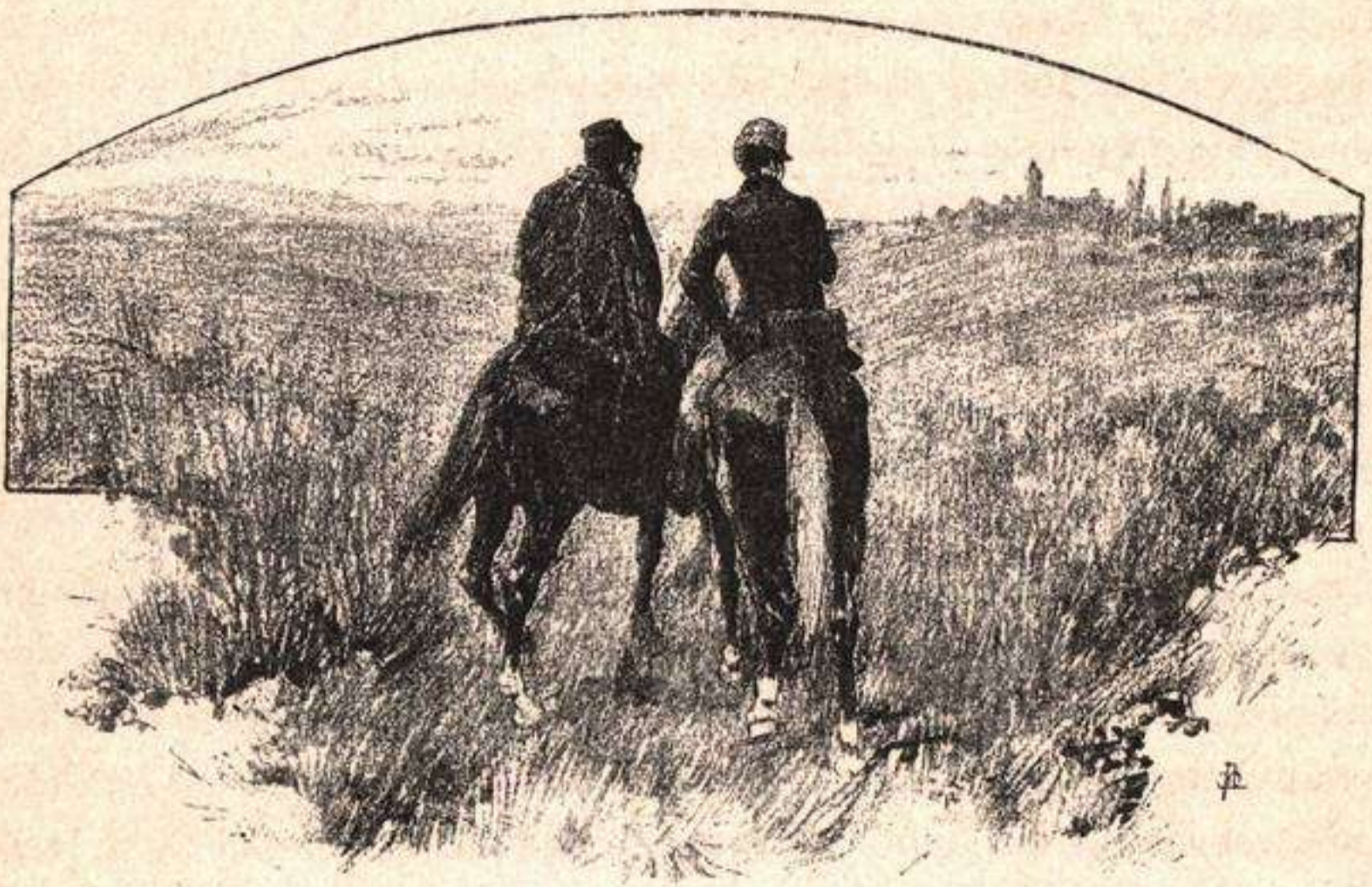
algunos tienen por hepatitis y otros por locura? ¡Lástima de hombre! le aprecio mucho y deseo que sane.

Dijo, y volviéndose del otro lado se fué aletargando. Poco después dormía profundamente. Después de contemplarle un rato, considerando que era cosa perdida, Salvador se retiró con el alma llena de tristeza.

Pasaron tres días. Una mañana entró Salvador en su casa y halló á Doña Hermenegilda consternada, llorosa. La buena señora no se atrevía á darle la tristísima nueva del suceso ocurrido durante la ausencia del amo de la casa. Salvador creyó comprenderlo, corrió á la habitación de su hermano, pasó de una estancia á otra... No estaba.

—Se escapó, sí señor, se escapó no hace media hora... En un momento que me descuidé... Salí á comprar varias cosas... Le dejé paseando en el comedor con el capote puesto y la espada ceñida. Como otras veces andaba en el mismo empaque, no sospeché... Todavía no habrá salido de la ciudad. Todavía se le podrá detener... ¡Qué desgracia!... Cuando parecía curado... ¡Esta mañana me hablaba con tan buen juicio!...





XXII



IN perder un instante se empezaron las indagaciones. Algunos vecinos de la calle le vieron, y según la dirección que llevaba, debió de salir por la puerta de la Rochapea. Salvador preguntaba á todo el mundo, y como el pobre enfermo era bastante conocido en Pamplona, no tardó en tener noticias del rumbo que había tomado. En compañía del Padre Zorraquín, que se le unió desde que tuvo noticia del suceso, recorrió inmediatamente todo el arrabal de la Rochapea. Al principio las indicaciones que recibió eran vagas y contradictorias; pero al fin supo que Carlos había comprado un caballo y había partido á escape en dirección de Villaba. La circunstancia de estar el pobre Navarro en posesión de su dinero fué causa de esta fuga, porque si no tuviera oro no habría encontrado caballo, y á pié no hubiera podido alejarse mucho. En el acto trató Salvador de adquirir dos cabalgaduras, una para sí y otra para Zorraquín, que se brindó á acompañarle

en la humanitaria empresa que iba á acometer; pero la escasez de caballería era tal, con motivo de la guerra, que en toda aquella noche y en parte del siguiente día no pudieron obtener nada de provecho. Por fin, después de recorrer todos los arrabales exteriores y las cuadras de la ciudad, lograron obtener á precio muy alto dos cuartagos de desecho, veteranos del trabajo de arrastre, cuya presencia infundía veneración y un vivo deseo de andar á pié. Al verse dueño de aquellas dos piezas, Salvador no pudo tener la risa; pero, pues no había otras mejores, forzoso era tomarlas, y dispuso que antes de emprender la primera jornada se les diera una copiosa ración de cebada, á ver si de este modo recordaban su mocedad. Hartáronse de tal manera, que después fué preciso darles igual ración de palos para hacerles abandonar la cuadra y el desusado sibaritismo que les permitió su nuevo dueño. Al fin aquellas desvencijadas máquinas se pusieron en movimiento, llevando á nuestros dos ginetes por el camino de Villaba. Era de noche y la helada dejábase sentir con intensidad. Iba Salvador en traje de camino y Zorraquín en un pergenio mixto de viajero y eclesiástico, sin sotana, con botas negras, capa de cura y un gorro de terciopelo negro, cuyo borlón bailaba al duro compás de la caballería.

Durante las primeras horas de su expedición hablaron del objeto de ella, discutiendo las probabilidades de éxito. Zorraquín opinaba que Navarro no había tomado el camino del Baztán, sino el de las Amezcuas, donde á la sazón estaba empeñada la guerra, á lo que objetó Salvador que, siendo esta dirección la razonable, no debía creerse que la había tomado el fugitivo, pues lo lógico parecía que éste caminara siempre en contra del sentido común. Con todo, las noticias que adquirieron en la madrugada confirmaron la sospecha del buen cura. Antes de llegar á Villaba dijéronles que el demente había retrocedido y vuelto hasta cerca de Pamplona, tomando después, al parecer, el camino de Lecumberri. Volvieron grupas los dos ginetes y se encaminaron á la Amezcua, sin hallar noticia alguna en seis días de molestísimo viaje, entre sustos y contrariedades. Frecuentemente tenían que apartarse del camino por no tropezar con una guerrilla que apostada en las alturas hacía fuego sobre todo viajante sospechoso, y las columnas isabelinas inspiraban tanto recelo al capellán, que no pasara cerca de ellas por nada de este mundo, temiendo infundir sospechas con su empaque de cura ginete. Los hospedajes eran infernales, pero los suplía con ventaja la caridad de los aldeanos, excitada por el Sr. Zorraquín. En algunas partes les trataron tan á cuerpo de rey, como si fueran familiares del Infante, y el astuto

sacerdote no disimulaba sus opiniones para verse de este modo mejor agasajado y atendido.

Un día perdió Zorraquín su gorro negro, no se sabe cómo (aunque hay opiniones diversas sobre este suceso, sosteniendo algunos que el mismo cura lo arrojó á un muladar). Los dueños de la casa en que ambos amigos se habían hospedado le ofrecieron una boina blanca, también de borla, ancha, redonda, con aro de madera para sostener la forma de plato. Púsosela el cura historiador, miróse al espejo, echóse á reír, y dijo que no se la había de quitar más, pues le caía que ni pintada. Partieron, y admitidos en el campo carlista corrieron toda la áspera sierra sin encontrar al individuo que buscaban, ni siquiera indicios de que hubiera estado por allí en ninguna época.

En todas estas andaduras y averiguaciones pasaron el mes de Febrero y parte de Marzo, Salvador muy contrariado y melancólico, Zorraquín contento y satisfecho de verse entre aquella gente. Una mañana, regresando de visitar el caserío donde los carlistas tenían sus hospitales, se le enredó la capa en un espino y quedó en dos mitades como la de San Martín. Un oficial carlista le ofreció al punto una zamarreta de piel; púsosela nuestro cura y se encontró tan bien, tan agíl, tan á gusto con aquella prenda, propia para abrigar sin impedir los movimientos, que gustosísimo la tuvo por suya y prometió llevarla siempre de allí en adelante. Como le crecía la barba, y no había querido afeitarse, ya no parecía tal cura sino un capitán de malhechores, jefe de guerrilla ó cosa así. Él se reía, se reía y estaba cada vez más contento.

Con la certidumbre de que Navarro no estaba en la Amezcuá, partieron para Levante. Pero el temor de encontrar alguna columna del ejército de Saarsfield les obligó á tomar precauciones. "Aunque son impropias de mí—dijo el cura,—no será malo que llevemos algún arma." Un guerrillero que les acompañaba, por ser amigo é hijo espiritual de Zorraquín, dió á éste un sable. Al ponérselo ¡cómo se reía el buen cura!... Salvador le regaló un cinto con dos pistolas que no necesitaba. Cuando se vió con tales arreos el capellán, á quien ya no conocería ni la Iglesia su madre ni la madre que le parió, soltó tan gran carcajada, que las gentes salían al camino para verle. El mismo Salvador, que había asistido á su lenta trasformación, casi no le reconocía bien.

—Sr. D. Salvador amigo—dijo el cura.—Según asegura un buen hombre que ayer llegó de Pamplona, allí corre la voz de que yo me he pasado á las facciones y estoy al frente de una compañía de escopeteros. Podrá ser mentira, ¿eh? pero parece que es verdad. El Señor ha guiado

mis pasos, trayendome insensiblemente hasta aquí; ha mudado mi figura; me ha puesto en una vía de la que no puedo apartarme ya. Usted, como incrédulo, dirá que la casualidad es quien me ha dado esta guerrera facha, y yo digo que es Dios, el mismísimo Dios quien se ha servido dármele... Por tanto, amigo, es llegado el momento de que nos separemos. Usted se irá tras su humanitario objeto, y yo me quedo aquí en cumplimiento de la voluntad de Dios, que de seguro no me destina á soldado de combate, sino á otras funciones modestas, tales como á la intendencia militar, á la sanidad, á cuidar la impedimenta ó á cualquier otro empleo modesto. Dígolo, porque, si bien siento en mí cierto ardorcillo, no puedo menos de asustarme cuando oigo muy de cerca los tiros... Pero eso pasará; que á todo se hacen los hombres... Voy á presentarme al general, para que disponga de mí. Adios... buena suerte y cuente usted con un amigo. Venga un abrazo.

Salvador le abrazó riendo. Después de augurarle un brillante porvenir en la nueva carrera que emprendía, se despidió para tomar la senda de Pamplona. Por el camino iba pensando que debía dar por suficientemente apurados los medios de investigar el paradero del pobre enfermo fugitivo, pues no daban noticias de él en todo el territorio de la Amezua. De seguirle buscando, era preciso recorrer minuciosamente la Navarra entera, para lo que no bastarían dos ni tres años. Pero Dios que lo había dispuesto de otra manera, hizo que cuando había perdido la esperanza de tener noticias del desgraciado Navarro, las tuviese auténticas por un testigo de vista. Loado sea Dios. El Sr. Garrote vivía, aunque en estado deplorable, pues había llegado á servir de diversión á los chicos. Hallábase cerca de Elizondo en un caserío, al cual bajó desde los Alduides á mediados de Marzo. Era ya evidente que el fugitivo al escaparse de Pamplona había salido á Villaba, y tomando el valle del Arga había subido á la sierra, en cuyos riscos y espesuras pasó, no se sabe cómo, la mayor parte del tiempo de su misteriosa peregrinación.

Saber el otro estas noticias y ponerse en camino para el Baztán fué todo uno. Las facciones de Eraso, que operaban por aquella parte, le impidieron la marcha muchas veces, deteniéndole días y más días, á veces no sin riesgo de su vida; pero al fin, á principios de Mayo vió las casas de Elizondo. Hallábase en tierra carlista, absolutamente dominada por las facciones.

La casa en que le dijeron hallarse su hermano estaba á tres cuartos de legua de Elizondo por el camino de Urdax. Presentóse en ella y su asombro fué grande al ver que el demente, lejos de servir de diversión

á los chicos, pasaba en el país por un hombre pacífico y hasta razonable. La casa era viejísima y ruinoso, de esas que después de haber sido palacio de ricos pasan á ser morada de labradores miserables. Habitábala una mujer con cuatro chicos menores. El esposo y dos hijos adolescentes estaban en la facción. Personas, vivienda, mueblaje, animales domésticos, todo allí tenía un triste sello de abandono, indigencia y atraso. Cuando Salvador preguntó por su hermano, la mujer refirió que el Sr. Navarro había sido hallado una noche sobre la nieve, como muerto; que le habían conducido en hombros á aquella casa, donde aún seguía por no poder moverse, á causa de la perlesía que le cogía medio cuerpo. Salvador subió, y vió á su hermano arrojado en el más desigual y abominable jergón que ha sostenido cuerpos en el mundo. El cuarto correspondía á la cama y el enfermo no desmerecía de tan atroz conjunto. Tendido á lo largo, D. Carlos se apoyaba en el codo izquierdo. Delante tenía una silla, sobre la cual había un papel, y en aquel papel fijaba los ojos y la mano vacilante, trazando, al parecer líneas ó puntos. Aquello, que tenía aspecto de mapa, absorbía tan profundamente su atención, que no alzó los ojos de la silla cuando sintió los pasos de su hermano cerca de sí:

—¿Quién es? ¿quién me interrumpe?—dijo sin apartar la mirada del papel.—No quiero que me interrumpa nadie ahora. No he encontrado todavía el sitio más á propósito para dar la batalla; pero ya me parece que le tengo, ya le tengo... ¿Sr. Eraso, ve usted esta línea?

Como no recibiera contestación volvió á decir:

—¿Ve usted esta línea? Pues las fuerzas de usted no me han de pasar de esta línea... aquí.

Alzando entonces los ojos vió á su hermano, y fué tal su sorpresa que se le cayó el lápiz de la mano y estuvo como lelo bastante tiempo.

—¿Ya estás aquí otra vez?—dijo con ahogada voz.

Parecía tener miedo. Salvador observaba en la fisonomía de su hermano los estragos de la enfermedad. Estaba cadavérico. Sólo la mitad de su cuerpo se movía difícil y temblorosamente, y á veces la lengua no le obedecía bien y trituraba las palabras.

—Sí—dijo Salvador.—Me dijeron que estabas muy solo, y he venido á hacerte compañía.

—No la necesito—replicó Carlos con desprecio.—Yo creía estar ya libre de tus beneficios, y vienes otra vez con ellos.

—No los aceptes si no quieres. Cuando me lo mandes me marcharé.

Diciendo esto Salvador buscó con sus ojos una silla; pero como no

era fácil que la encontrase aunque la buscase con los ojos de todo el género humano, sentóse á los piés de la cama.

—Bueno, pues ahora mismo. Temo que tu presencia me estorbe para encontrar el sitio más á propósito para la batalla... Vete, ya estoy turbado, ya se me han ido las ideas, ya no sé lo que pasa en mí. Tú tienes la culpa, tú, que hace tiempo te has propuesto trastornar todas mis ideas.

—¿Sabes—dijo Salvador—que estás muy mal alojado?

—Me encuentro bien aquí. Cuando mejore de mi herida...

—¿Estás herido?

—Sí... el lado izquierdo... poca cosa... Cuando mejore, seguiré mi camino, y hallado el sitio más á propósito...

—Ven conmigo, y yo te aseguro que encontraremos juntos el mejor sitio para esa batalla.

Esto decía cuando empezó á llover. El agua entraba por el techo, que tenía más agujeros que una criba, y después que las gotas salpicaron de agua el suelo polvoroso, siguieron menudos chorros que formaban charcos en diversos puntos.

—Esto es vivir en campo raso—dijo Salvador con escalofrío.—¿Sabes que me parece has encontrado el sitio de la batalla?

—¿Cuál?

—Este páramo... Es indispensable que salgas de aquí.

—Choza ó palacio—dijo el enfermo en tono solemne y sentencioso—son iguales para mí.

—Es que estás muy enfermo.

—No importa.

—Y estarás peor cada día.

—No importa.

—Y en este sitio no podrás restablecerte.

—Te digo que no importa—gritó Navarro exaltándose.—Harías bien en dejarme solo.

Salvador pensó que no había más remedio que recurrir á la fuerza. Sin embargo, trató de apurar todos los recursos de su ingenio para dominarle.

—¡Estábamos tan bien en nuestra casa de Pamplona!...—dijo con pena.—Nada faltaba allí.

—Pero sobraban muchas cosas.

—¿Qué?

—Tus beneficios, tus cuidados, tu... tú!...—gritó agrandando la voz á

cada palabra.—Como me llamo Zumalacárregui, así es verdad que me incomodan tus beneficios. No quiero nada tuyo.

Salvador calló. Un hilo de agua que cayó del techo sobre su cabeza, obligóle á apartarse de allí. El viento entraba por distintos lados formando pequeñas tempestades que arrebataron de la silla el papel en que Navarro trazaba sus garabatos, llevándolo al otro extremo de la titulada habitación.

—¡Mi plano...!—dijo Carlos extendiendo su brazo.

Salvador se lo alcanzó.

En la desvencijada escalera de la casa hacían tal ruido los cuatro chicos, hijos de la aldeana propietaria de tan singular edificio, que bastara aquella música para volver loco á cualquiera que en tales regiones habitase.





XXIII



ONSALUD decidió buscar inmediatamente mejor albergue. Salió, recorrió todo Elizondo. Al fin tuvo la bondad de proporcionarle alojamiento en su propio domicilio el cura del pueblo, anciano muy respetable y sencillo. Por la noche, aprovechando la ocasión en que el enfermo dormía profundamente, tomaronle en brazos cuatro robustas mujeres y le condujeron á la nueva vivienda, no sin que se resistiese en el camino, aunque sin lograr soltarse, por haber sido fuertemente sujeto. El motivo de ser llevado por manos femeninas fué que en Elizondo, como en todo el territorio del Baztán, escaseaban los hombres, hasta el punto de que las faenas más rudas eran desempeñadas por niños y mujeres. Durante los cuarenta días que pasaron ambos

hermanos en casa del cura de Elizondo, nada ocurrió de memorable, si no es un ligero alivio de Carlos y la constante humanidad de Salvador, que preparaba lo necesario para sacar al enfermo de aquel país y conducirlo á un asilo de orates. Necesitaba un buen coche, dos ó tres personas que le acompañaran y sirvieran, y un permiso de las autoridades carlistas para recorrer toda Navarra sin ser molestados ni detenidos. Todo esto era de difícilísima adquisición; pero al fin, con paciencia, actividad y repetidos desembolsos, venció las contrariedades y se dispuso á partir.

Una noche del mes de Julio las facciones se presentaron en Elizondo. Bajaban por aquellos cerros, como bestias hambrientas, y sus gestos, sus pisadas, la viveza de su andar, el estrépito de las armas ponían miedo en el corazón más esforzado. Por todas las entradas del valle aparecían cuadrillas de facciosos, vestidos de zamarra, cubiertos con la boina blanca ó azul y calzados con alpargatas ó zapatos rotos. Al anochecer, Elizondo estaba lleno, y aún entraban más. La ferocidad pintada en los semblantes no excluía la expresión de sufrimiento por las privaciones y trabajos; pero estaban alegres, cantaban, reían y se las prometían muy felices. En las filas se codeaban los muchachos con los viejos, y al lado del niño, precoz guerrero lleno de ilusiones de gloria, estaba el veterano que se había batido en las campañas heroicas del año 8. Las estaturas eran tan desacordes, que la bayoneta del enano tocaba los doblados hombros del gigante. Por la desigualdad, por la irregularidad, por el valor ciego y salvaje, por la fé estúpida y la sobriedad casi inverosímil, á ningún ejército conocido podrían compararse, como no fuera á los ejércitos de Mahoma.

Á la mañana siguiente salieron muchos para Urdax. Los demás tomaron posiciones en las alturas. Se les veía subir como gatos, escalando los empinados cerros con agilidad increíble. El calor les hacía tan poca impresión como les había hecho el frío. Tenían cara de pergamino, músculos de acero, corazón de piedra y sesos de algodón, que ni el sol derretía ni el pensamiento inflamaba jamás. La guerra había llegado á ser en ellos fenómeno de costumbre, un estado normal, admirablemente conformado con su naturaleza agreste, dura, sufrida, refractaria á las fatigas como á las ideas, y con especialidad inclinada al movimiento. Si no hubiera habido montañas, las habrían hecho para subir y esconderse en ellas.

Por la noche, tres ginetes llegaron á casa del cura. Seguiales numerosa escolta. Se apearon y los tres entraron. Uno de ellos era de buena

estatura y á todos infundía un respeto que más bien parecía miedo ó superstición. El cura se arrodilló delante de él y le besó la mano. Su Majestad (pues no era otro) manifestó deseos de descansar. Tenía mucha jaqueca y ningún apetito. Subió, encerróse en la habitación que se le tenía preparada. Ordenóse el mayor silencio para no molestar á Su Majestad, que no quiso tomar más que un huevo cocido y un poco de chocolate claro. Pidió agua helada; pero en esto no le podían complacer. Quedóse solo, y al poco rato llamó pidiendo le llevaran una venda y un poco de sebo para ponérselo en la frente. Uno de los que le habían acompañado entró á darle lo que pedía, y después Su Real Majestad se acostó y apagó la luz. Durante dos horas reinó el más profundo silencio, y el cura andaba casi á gatas por no hacer ruido que pudiera turbar el sueño del primero de los facciosos. Pero de repente sonó en las calles de Elizondo estrépito de caballería; llegaron muchos ginetes á la casa del párroco; se apearon y el jefe de ellos entró en la casa sin pedir permiso ni hacer caso del cura, que salió trinando y bufando á pedir cuenta de tan irreverentes ruidos. Á pesar de esto, la calidad del personaje exigía que se pasase recado á Su Majestad. Hiciéronlo así y el Soberano mandó que entrase al momento Zumalacárregui. Oyóse la voz del Rey que decía:

—Traigan una luz.

Zumalacárregui estaba en el pasillo, boina en mano.

—Venga la luz—dijo, cogiéndola de las manos del cura que con ella venía presuroso.

Era una vela, puesta no muy gallardamente en un candelero de barro. Se acercó Zumalacárregui y entró en el cuarto oscuro. Su Majestad se había incorporado en el lecho. Aún tenía puesta la venda. El general avanzó lentamente, con respeto y cortedad. Extendió la mano con el candelero. La luz iluminó de lleno el semblante de D. Carlos, en el cual no resplandecía ningún destello ni aun chispa leve de inteligencia. Con la venda, la palidez, el bigote afeitado (á causa del disfraz del viaje), si no era una cara estúpida estaba muy cerca de serlo. Zumalacárregui dijo con voz ahogada por la emoción:—“Señor:” y se inclinó. Parecía un pino que se dobla.

—Acércate—dijo el Rey alargando su mano.

El general dejó el candelero de barro sobre la mesa, y acercándose al lecho puso una rodilla en tierra. Seguía conmovido. El Rey recibió, con júbilo que no podría definirse, aquel primer homenaje tributado á su reciente majestad por el más ilustre y más poderoso de sus vasallos.

Zumalacárregui encendió después en la vela que había traído la que apagada estaba en la real estancia. Las dos luces, á pesar de aumentar la claridad, hacían más lúgubre el desmantelado recinto. El Rey y el general hablaron.

En tanto dos hombres que en un apartado y estrecho cuarto del piso bajo de la casa parroquial estaban, entretenían el insomnio charlando acerca del suceso que motivaba tanto ruido y tan extremosas entradas y salidas de gente.

—¿Quién anda por ahí, que tanto ruido hace?—preguntó Navarro á su hermano.

—No es cosa que deba desvelarte, porque ni á tí ni á mí nos interesa. Esta noche duerme en casa del señor cura un desgraciado loco que va de paso.

—¿Para donde?... ¿Y cuál es su manía?

—La más extraña y disparatada que puedes imaginar. Ha dado en creer y sostener que es Rey de España.

—¿Y quién le conduce?

—Otros tan locos como él.

—Eso no puede ser —dijo Navarro prontamente,—porque los locos no conducen á los locos... Alguien habrá entre ellos que tenga razón.

Aquella tarde había hablado el anciano cura de la probable entrada de D. Carlos en el Baztán y de la aproximación de las tropas de Zumalacárregui y Eraso para proteger la entrada del Rey y hacerle los primeros honores. Recordándolo, dijo Navarro con cierta exaltación que encandilaba sus extraviados ojos.

—Este ruido, este ir y venir, este pisar de caballos, no pueden ser otra cosa más que la entrada de Su Majestad, y como yo he venido aquí con mi ejército para esperarle, conferenciar con él y recibir sus reales órdenes, voy á vestirme al momento y á subir, porque no conviene que aguarde nuestro señor.

Arrojóse del lecho, y no poco trabajo costó á Salvador detenerle. Empleando argumentos ingeniosos, y á ratos la fuerza, pudo calmarle repitiendo lo del loco conducido por locos.

—Su Majestad no vendrá todavía—añadió.—Yo te juro por el nombre que llevas que serás el primero que sepa su llegada.

Poco después Navarro dormía, y en su febril sueño recibió á Su Majestad, le rindió pleito homenaje; oídas sus órdenes, le llevó consigo al teatro de la guerra. Al despertar, su decaimiento era tan grande como si acabara de ganar treinta batallas y de recorrer á caballo sin descanso

toda Navarra. Ardiente fiebre le consumía, y la inercia de la mitad de su cuerpo era casi absoluta. Salvador tenía ya dispuesto todo lo necesario para llevárselo. No le faltaba más que un salvo-conducto para recorrer sin tropiezo el territorio dominado por los carlistas, y Zumalacárregui se lo dió aquella noche de muy buena voluntad. Pero un médico que acompañaba al General en jefe vió á Navarro y examinándole cuidadosamente, aseguró que, si bien el cambio de clima le sería de grandísima ventaja, no estaba en situación de emprender un viaje. Sus días estaban contados. La parálisis haría pronto nuevas invasiones y los centros nerviosos no tenían poder para defenderse. En vista de esto resolvió Salvador esperar allí el triste desenlace, aunque tardara algún tiempo; pero no quiso Dios que el martirio del uno y la dolorosa expectación del otro se prolongasen mucho, porque á la tarde siguiente Navarro fué acometido de un accidente convulsivo, después del cual quedó sin conocimiento. Toda la noche la pasó así, de lo que Salvador y el cura coligieron que entregaba su alma al Señor, sin decir ni hacer más locuras. Pero por la mañana volvió en su acuerdo, y dando una gran voz llamó á su hermano y le rogó que se sentara junto á la cama para responder á las preguntas que á hacerle iba. Garrote empezó por desesperarse, estirándose tanto que cada remo parecía dispuesto á arrancarse por sí mismo del tronco y á caer al suelo por los lados de la cama. Las contracciones de la cara y el crugir de huesos eran como si el hombre despertase, más que del sueño de una noche, de un encantamiento de siglos. Luego clavó los ojos en su hermano y le dijo:

—Vas á hablarme con franqueza. ¿He hecho muchos disparates? ¿he dicho muchas necedades?

—Ni una cosa ni otra—replicó caritativamente Monsalud.—Todos están acordes en juzgarte bien y es cosa indudable que diriges admirablemente la guerra, llevando la bandera absolutista de victoria en victoria.

—No, no, no—dijo Navarro demostrando grandísimo dolor,—yo no soy Zumalacárregui, yo no soy lo que mi cerebro abrasado y enfermo me fingió. De repente, lo mismo que se rasga un velo, se ha roto en mi cerebro no sé qué cortina de telarañas, y aquí me tienes con una claridad en el pensar y un tino en el discurrir cual creo no los he tenido en mi vida. Pasmado estoy de que un hombre como yo, jamás inclinado á fantasías ni figuraciones, haya estado por tanto tiempo... y á propósito de tiempo... ¿en qué día vivimos? Vuelvo del país de la necedad, donde no rigen almanaques.

Salvador le dijo la fecha, y Navarro prosiguió:

—No se han borrado de mi mente estos días tristes, pero la noción que tengo de ellos es muy oscura. Sé que he creído ser Zumalacárregui, aunque si he de decirte verdad, aún en los momentos de más exaltada demencia había en el fondo de mi alma ciertas dudas... quiero decir, que no estaba yo completamente seguro de ser lo que decía, y mis dos personas, la verídica y la falsa se confundían y se separaban por momentos... La manía de ser Zumalacárregui nació en mí del deseo de emularle. Yo vine al Norte convencido de mi valer y seguro de formar con las facciones de este país un ejército irresistible. En suma, yo pensaba hacer todo lo que hace Zumalacárregui, y dicho sea sin jactancia ni locura, creo firmemente que lo habría hecho lo mismo y quizás mejor, si Dios no hubiera dispuesto que se trocaran los papeles; que todas mis ideas las pusiese él en práctica y mis planes todos pasasen á ser obra y provecho suyo... Ya es tarde; pasa el tiempo y yo me muero, porque seguramente esta vuelta mía á la razón, es como en D. Quijote, señal de muerte próxima.

No lo creyó así Salvador, viéndole con tan buenas explicaderas, sereno de aspecto y fácil de palabra. Contento de este cambio que parecía milagro, le reanimó con palabras cariñosas y le hizo un resumen del estado de la guerra y de la política. Pero Navarro no pareció interesarse mucho en estas cosas profanas, y dando un gran suspiro, dijo así:

—La salvación de mi alma es lo que me interesa; que lo demás, como cosa del mundo, acabó para mí. Venga un cura, que me quiero confesar.

Salvador pensó en el cura de Elizondo, á cuya generosidad debían su asilo; pero como Navarro se enterase de que había venido con las tropas el padre Zorraquín, su antiguo amigo, quiso verle y que fuese él quien le ayudara á bien morir oyendo la confesión sincera de sus culpas. Salvador le buscó por todo el pueblo y al fin halló al cura historiador y guerrero en una taberna, escanciando con marcial donaire una azumbre de vino, ganada al juego de las damas la noche antes.

Acudió Zorraquín al llamamiento de su amigo. Cuando éste salía del segundo desmayo, que fué más profundo y grave que el primero, vió entrar en la alcoba, anunciándose antes con rechinar de espuelas y resoplidos de cansancio, un figurón inverosímil y que en otras circunstancias habría traído al moribundo, en vez de consuelo, una agonía mayor que la de la misma muerte. También vinieron á verle Oricáin y Zugarramurdi, que le habían abandonado cuando cayó prisionero. Recibióles con indiferencia, y ellos se retiraron pronto.

La cara de Zorraquín, que rapada era bondadosa, desaparecía ya entre un vellón áspero, negro y erizado, como bala de lana sin cardar. Los ojos pequeños, la nariz agarbanzada y la desabrida sonrisa del capellán apenas se abrían paso por tan enmarañado bosque de pelos. La boina blanca caída de un lado parecía impedir con su peso que el cabello, no menos áspero que la barba, tomase la dirección del techo, como un escobillón que se cree ciprés. En la zamarreta del cura veíanse diversos cintajos que manifestaban sus grados y condecoraciones. El sable le arrastraba por el suelo, sonando á pandereta rota. Las botas desaparecían bajo salpicaduras de fango; las pistolas eran negras como la zamorra, y las manos de color de hierro viejo. Por donde quiera que iba el guerrero, difundía en torno suyo un complejo olor á pólvora, á cuadra y á vino.

—Vamos, vamos, Sr. D. Carlos—dijo Zorraquín abrazando al enfermo. —Ahora que los dedos se nos hacen triunfos, y tenemos á nuestro Rey con nosotros, y nos preparamos para ir sobre Madrid ¿se le antoja á usted morir? Eso no se puede consentir.

Navarro se acongojó mucho y dijo que la voluntad de Dios no le permitía guerrear en aquella grande y sublime campaña. Hablaron un momento del alma y de la bondad de Dios. Zorraquín halló en su espíritu cierta dificultad para retrotraerse á su antiguo oficio, tan distinto del que entonces tenía; pero al fin pudo vencer su desgana de oír pecados. Quitóse la boina, sentóse, apoyó el codo izquierdo en la cama, y acariciando con la derecha mano el sable, preparóse á escuchar la confesión de su infeliz amigo.

Navarro no fué breve en aquella ocasión, y los escrúpulos sucedían á los escrúpulos, las consultas á las consultas. Al principio le oyó con paciencia y bondad Zorraquín, dirigiendo al penitente los más edificantes consuelos; pero tanto y tanto machacaba Navarro, y dimensiones tales daba al acto de limpiar su conciencia, que el buen clérigo no pudo menos de considerar cuán incompatibles eran en aquel caso las funciones de comandante de armas y las de pastor de almas. Empezó á sonar en el pueblo ruido de tambores tocando llamada. El ejército se iba á poner en marcha, y héteme aquí á uno de los más importantes jefes clavado al lecho de un moribundo. Abandonar á éste cuando más contrito parecía y más necesitado de consuelos, era imposible, y dejar de acudir á donde el honor militar y el deber le llamaban también era imposible para Zorraquín. Colocado él entre estos dos imposibles, padeció horriblemente en breves instantes. Los toques de clarín y tambor arre-

ciaban y se sentían pasar las tropas por la calle con algazara y gritos. Las pisadas de tantos hombres producían hondo rumor, como mugido lejanísimo de la tierra por tantos piés herida. Cuando Zorraquín oyó el piafar de los caballos, no supo lo que por sí pasaba y un sudor se le iba y otro se le venía, mientras D. Carlos Garrote, charla que charla, no se contentaba con hablar de sí y de su conciencia, sino que se entraba en ciertos laberintos de teologías. No le hacía ya maldito caso Zorraquín, y acariciaba el sable, como si fuera aquella arma necesaria para encaminar almas al cielo; movía alternativamente una y otra pierna, resollaba fuerte, se acariciaba la cerdosa barba, hasta que una destemplada voz sonó en la calle, gritando... “¡Zorraquín!”, y tras esta palabra otra no muy edificante ni culta. Como si estallara dentro de su cuerpo un petardo, se levantó el confesor. No se había podido contener.

—Usted me... dispensará, Sr. D. Carlos —dijo con torpe lengua,—pero mis deberes militares... No se pertenece uno desde que se mete en ciertos trotes.

—Sí, sí... vaya usted... ¿Cuántos hombres hay en Elizondo?

—Doce mil y ochenta caballos. Con permiso de usted...

Y extendiendo su brazo, murmuró muy á prisa latines que más bien parecían escupidos que hablados. Desde la puerta dijo *ego te absolvo*; hizo la señal de la cruz como quien da bofetadas en el aire, y echó á correr, arrastrando el sable y tropezando contra todo lo que se hallaba á su paso. Parecía una bestia recién escapada de la jaula, que busca su libertad entre la muchedumbre. Navarro, al verle salir, dió un gran suspiro. ¿Era porque su conciencia estaba aún algo turbada ó por desconuelo de que sus amigos guerrearan mientras él se moría?

Dejemos á Zorraquín subiendo á su caballo, cosa para él bien distinta de subir al púlpito. La tropa carlista salía de Elizondo. En el centro iba D. Carlos con su Estado Mayor de clérigos y generales, y á la cola algunos carros con vituallas y coches con damas y palaciegos de la corte que empezaba á formarse. El reino apócrifo no se habría creído con visos de verdadero, si no tuviera su cola de rabillos de lagartija.

Navarro empezó á decaer después de la confesión, y se aplanó tanto aquella noche, que no podía moverse y hablaba con mucha dificultad. Su hermano no se movía de su lado.

—Tengo que hablarte —le dijo Carlos, esforzándose en sacar del pecho la voz.—Yo me muero y no quiero morirme sin confesar que te debo inmensos beneficios, que te has conducido cristianamente conmigo. Si viviera más, ¿podría llegar á quererte?

—Si vives (y no debemos perder la esperanza de ello), nos separaremos, y no tendrás tú el enojo de agradecerme ni yo la necesidad de servirte.

—Pues bien, por más que se empeñen en unirnos la Naturaleza y el mundo, tienes unas cosas... Dame agua...

Salvador le dió agua. El beber reanimó un tanto al enfermo, que pudo decir esto:

—¡Qué habría sido de mí sin tu ayuda, sin tu generosidad en estos meses de locura y abandono!... Mucho te debo, mucho. Se me viene á la boca la palabra *hermano*, las palabras *hermano querido*, y sin embargo... Dame más agua.

—No te sofóques. Tiempo tendrás de decirme lo que quieras... No necesitas darme satisfacción de nada. Lo que he hecho contigo, por deber lo hice, no por jactancia, por impulso de mi conciencia, no por humillarte con beneficios que contrastaran con tus crueldades. Si vives, no quiero de tí más que olvido, olvido de todo.

—Sé que debo perdón á todos los que me han ofendido; pero hay ofensas que no se pueden perdonar. No está en nuestro poder perdonar, por más que lo digan Zorraquín y todos los clérigos juntos... Yo me muero—añadió haciendo un esfuerzo para detener la palabra que se iba, abriendo paso á la vida que se iba también,—yo me acabo. Tú vivirás, volverás á Madrid, verás á la que fué tormento y bochorno de mi vida. Dile... dile que no la perdono, que no la puedo perdonar.

Salvador le dió la mano. Navarro, tomándola, la apretó en la suya fuertemente. Le miró con espanto. En aquel momento postrero parecía que se reproducían en su alma todas las amarguras de su vida y que espantosas imágenes le turbaban la vista. Con voz que parecía un suspiro, pronunció estas palabras, aflojando los músculos de la mano con que estrechaba la de su hermano:

—¡Ni á tí tampoco!

Y dejando caer la cabeza sobre el pecho, dejó de existir.

¡Extraña cosa! Cuando llegó el momento de dar sepultura al valiente soldado, víctima de una dolencia nacida de sus propias melancolías y de su irritable caracter, no se encontraron hombres que cargaran aquel desfigurado y un tiempo hermoso cuerpo. Todos los hombres de Elizondo estaban en la facción. Las mujeres prestáronse gustosas á conducir el cadáver; pero como el cementerio estaba muy cerca de la casa del cura, Salvador tomó en sus brazos el cuerpo frío, y acompañado del cura y sacristán, precedido de una turba de chiquillos y seguido de dos

docenas de mujeres curiosas, le depositó junto al hoyo. Con ayuda de femeninas manos fué bajado á lo profundo y se le echó mucha tierra



encima. El día estaba húmedo, la tierra blanda, el cielo triste y lacrimoso.

Aquella misma tarde partió Salvador de Elizondo, deseando huir de un país que le infundía repugnancia y miedo, á causa de las muchas locuras que en él había visto; y así como el que visita una casa de orates se siente tocado de enajenación y con cierto misterioso impulso de imitar los disparates que ve, sentía nuestro hombre en sí cierta levadura recóndita de demencia, por lo cual se echó fuera á toda prisa. Un hombre que se cree Zumalacárregui, un Zumalacárregui auténtico que sacrifica su genio y su dignidad militar á ambicioso príncipe sin más talento que su fatuidad ni más idea que su ambición; un país que abandona en masa hogares, trabajo, campo y familia por conquistar una soberanía que no es la suya y una corona que no ha de aumentar sus derechos; ríos de sangre derramados diariamente entre hombres de una misma Nación; clérigos que esgrimen espadas, moribundos que se confiesan con capitanes, villas pobladas por mujeres y chiquillos; cerros erizados de frailes y poblados de hombres lobos, que deliran con la matanza y el pillaje, son incongruencias que repetidas y condensadas en un solo día y lugar pueden hacer perder el juicio á la mejor templada cabeza y hacer dudar de que habitamos un país cristiano y de que el Rey de la civilización es el hombre. Así lo pensaba Salvador, huyendo de Elizondo y de Navarra, como el que huye de una epidemia. Deseando perder de vista pronto á la gente facciosa y el sangriento teatro de sus hazañas, tomó el camino de Urdax con ánimo de salir de Navarra por los Pirineos y entrar en la España Isabelina por la Francia Orleanista.





XXIV



DODERIQUE, ¿vidiste hodie ceremoniam in capella Dolorosæ?

—¡Eheu! amice. Vidi (et invideo) satisfactionem Agni Benedictinei (vel Benigni Corderi) in desporium suum cum puella.

—¿Quid tibi videtur?

—Ille senex, superlative frescachona illa. ¡Matrimonius slultus! Acababerit sicut rosarium albæ matutinæ.

—*¡Oh fortunate senex!*

—*¡Oh terque quaterque beatus! Ille lætificat senectutem suam cum moza matrimoniale (vel uxore) dum nobis nulla res amatoria licet. ¡Miserere nobis, Domine, miserere nobis, qui Thesaurum Calepinum et horridos mamotretos desposamus. Gramatica muchacha nostra est.*

—*¡Eheu!... ¡pergaminosa et frigidissima uxor semper nobiscum in aula, in mensa, in thoro!...*

Al oír este diálogo se comprenderá que anda por aquí el maligno y siempre macarrónico D. Rodriguín. En efecto, él era quien sostenía esta conversación latina con otro colegial no menos travieso, valiéndose para ello de una especie de comunicación postal establecida debajo de las carpetas por medio de un hilo corredizo que funcionaba de un puesto á otro á escondidas de los demás colegiales y de los padres. Ambos amigos afectaban hallarse muy ocupados en sus tareas estudiantiles. Ni con rumor, ni con miradas, turbaban el silencio plácido de la sala de estudio. Los asientos de uno y otro estaban cerca. El hilo corría suavemente por debajo de las mesas, llevando y trayendo un papelito, en el cual cada uno escribía su macarrón, referente por lo común á los sucesos del día, y así pasaban las horas dulcemente entretenidos con gran detrimento de la lección señalada. Á veces funcionaba el telégrafo sub-carpetano tan sólo para observar que al padre Fernandez se le caía la baba ó que al padre Solís se le rodaba el bonete. Por poco versado que el lector esté en humanidades macarrónicas, habrá deducido del diálogo transcrito que aquella mañana se había casado D. Benigno Cordero en la capilla de los Dolores de San Isidro. Este gran suceso se verificó á fines de Junio.

Estuvo D. Benigno en aquella ocasión sereno y grave, como hombre que da cumplimiento al más importante de los deberes. Sola parecía contenta sin afectación, los muchachos estaban alegres y Cruzita renegando. La bendición fué dada por el padre Gracián, con quien celebró Cordero larga conferencia en la tarde de aquel día cien veces fausto.

Dejemos ahora á esta digna familia, para quien parecerán siempre pocas todas las bendiciones del cielo, y sigamos al venerable jesuita, cuyos pasos son ahora del mayor interés. Acompañado del joven que solía pasear con él, salió del Colegio Imperial, tomó por la calle de los Estudios, y entrando en la de las Maldonadas, detuvo sus pasos en la puerta de un llamado establecimiento, cuyo nombre más propio fuera tenducho. Miró adentro, no vió á nadie, volvió á mirar, llamando, y al conjuro de la voz, movióse un enorme tinajón de hacer buñuelos que

arrinconado estaba. Cayó de él una estera vieja, apartáronse dos escobas, y por el hueco que del movimiento de estas piezas resultara, vióse aparecer una figura de mujercilla raquítica, que se adelantó cojeando.

—Romualda, ¿qué hacías ahí?

La muchacha se restregó los ojos.

—Estaba durmiendo—replicó.

—¿Y así cuidas tú la tienda?

¡La tienda! Sólo por prurito de hacer hipérboles podía darse este nombre al mezquino aguaducho, consistente en media docena de botellas, un gran tarro de cerezas en aguardiente, caja de latón con delantera de vidrio, medio llena de bollos y azucarillos, y un par de botijos de agua de la Arganzuela.

—Tenía mucho sueño—dijo Romualda.—Anoche me tuvieron en vela esperando á padre Lopez, que vino entre dos luces.

—Embriagado tal vez... ¡Bendito Dios!... ¿Y ahora está tu padre en casa?

—No lo sé... subiré. Mi madrastra está en la cama.

—Sube, y si está tu padre, dile que baje al momento. Necesito darle un recado.

Mientras Romualda sube, dejando al buen clérigo y su acompañante en la puerta del establecimiento, digamos cómo de la opulencia y desahogo de la carnicería pasó aquella desmoralizada familia á la estrechez de un miserable comercio de agua y vino. En casa donde no existen ni los vínculos ni los afectos que constituyen la familia, donde la paz deja su puesto á la discordia y los vicios ocupan el lugar de la economía y la sobriedad, no pueden de modo alguno afinar las prosperidades. La actividad de Nazaria y su inteligencia no bastaban á atenuar los malos efectos de la holgazanería de Lopez, el cual no sólo derrochaba en torpes francachelas lo adquirido con sus malas artes y conexiones políticas, sino que también sabía apurar, dejándolos en las puras tablas, los cajones del mostrador, llenos del pingüe esquilmo de la mañana. Nazaria no gastaba en liviandades, pero sí en lujo y ruinosos caprichos. Empeñaba una joya para comprar otra, y á ninguna prenda dejaba salir de su casa sin quitarle de las manos, á cambio de buen dinero, el rico mantón de Manila, la peineta de concha, el abanico de marfil, los soberbios encajes flamencos y otras prendas valiosas que las casas ricas de Madrid arrojan diariamente al oscuro mercado de lance. La carnicería producía mucho; pero el género de Mortanchez y Candelario no cae llovido del cielo, por lo que pronto empezó á declinar la casa, y dando tumbos y

traspies cayó, á la vuelta de un año, en el abismo del descrédito. Los acreedores se repartieron el botín y hubo una desbandada de chorizos y una dispersión de jamones, que dieron mucho que hablar á todo el barrio de San Millán. Los muebles de la casa fueron embargados, y salieron en busca de más seguro domicilio las imágenes y santicos, juntamente con los toreros. Tres ó cuatro puestos del Rastro lucieron durante una semana parte muy principal del ajuar de la Pimentosa, que sólo pudo retener lo indispensable para no pedir un hueco en San Bernardino, fundado por Pontejos en aquel mismo año. Ciertos dineros no muy lucidos que se salvaron del desastre casi por milagro sirvieron á la viuda de Peralvillo para poner la tienda acuática antes descrita; y entre aquellos cuatro fementidos trastos la infeliz mujer se mecía otra vez en locas ilusiones, pensando en volver á ser favorecida de la fortuna, para sacar del comercio pequeñito un tráfico grande y rico. Ella tenía genio, sabía comprar, sabía vender, pero ignoraba el arte de guardar, que es el arte de enriquecer. Su mala estrella ó su naturaleza física y moral (que esto no está bien averiguado) le agravaron el mal que há tiempo padecía, llegando al extremo de no tener hora de completo sosiego; y si los duelos con pan son menos, la enfermedad acompañada de duelos y quebrantos cierra la puerta á todo remedio. Á la escasez se unían las continuas reyertas domésticas para abatir más el espíritu de la pobre viuda de Peralvillo y poner su estómago más dolorido. Un hecho importante ocurrió poco después de la ruina. No lo pasemos en silencio por lo mucho que á ambos favorece. Se casaron; pero la legalización de aquella inmoral alianza no la hizo más pacífica, y después de los desposorios llevó Lopez más arañazos en su rostro y ella mayor número de cardenales en su hermoso cuerpo.

El desastroso acabamiento de D. Felicísimo y el desplome de la casa en que vivía pusieron á Tablas en gran desesperación, porque él creía segura una buena manda en el testamento de su protector. Como el testamento no se encontró entre los escombros, ó si se encontró lo inutilizaron hábilmente Bragas y los de la curia, quedáronse en ayunas Lopez y los señores eclesiásticos, que también tenían sus cinco sentidos en las mandas de misas y legados piadosos. Del abintestato del Sr. de Carnicero se había aprovechado á sus anchas, sin el estorbo de repartir, el siempre venturosísimo Pipaón, á quien el cielo deparó un vástago á los nueve meses (día más día menos) de su matrimonio.

Chasqueado por aquella parte, Tablas se obstinó más y más en apretar los lazos que le unían á las sociedades secretas y al conventículo

formado por Aviraneta, Rufete y comparsa. Bien se comprende que Lopez, hombre sin letras ni palabra, incapaz de formular discretamente un juicio ni de aposentar una idea en la espesura de su cerebro, no podía ser en el club populachero más que un instrumento brutal para funcionar en días de escándalo y gritería. Todos cuantos han tenido la desgracia de trabajar en conspiraciones burdas saben perfectamente que los despabilados y parlanchines forman á sus espaldas una guardia de hombres soeces y brutales, que sirven para dar á la idea, en la ocasión precisa, su voz estentórea, su brazo salvaje y su representación apasionadamente popular. Tablas era de esta guardia, mejor dicho, era el jefe de ella, y había conseguido llevar al club á otros mocetones, que ni desmerecían de él en fuerzas corporales, ni le ganaban un ardite en talento.

Pero, desgraciadamente para él, las conspiraciones de aquel tiempo carecían de fondos. Eran conspiraciones pobres, no por esto honradas. Se esperaban auxilios; pero los auxilios no venían, porque los destinados á darlos no habían llegado aún á ese grado de candidez en que la ambición cierra los ojos y abre la mano.

Para atender á sus gastos, que no había sabido disminuir después de la miseria, Tablas se colocó en el establecimiento de coches de la posada del Dragón, con cuyo dueño tenía amistad antigua. Pero su holgazanería le vedaba siempre entrar en faenas duras, y sólo se ocupaba de cuidar el almacén de equipajes y encargos. En destino tan poco brillante aguardaba el imaginario triunfo de aquellos buenos señores del club, tan sabios, según él, ó la señal de armar camorra á las autoridades. El majadero de Lopez estaba dispuesto á todo, apretado por la miseria, la envidia y los apetitos que devoraban su alma.





XXV



A se cansaba de esperar el venerable Gracián, cuando apareció Romualda, jadeante y sofocada. Por su conducto la señora Nazaria suplicaba al Padre tuviera la bondad de subir, porque se encontraba muy mala. No desoía jamás esta clase de ruegos Gracián, que además de eclesiástico bondadoso era médico habil, y precedido de la coja, llevando tras sí al cleriguito joven que le acompañaba, acometió los cien escalones que conducían á la morada del infeliz matrimonio. Ésta era muy humilde; pero Nazaria, que tenía instintos de embellecimiento doméstico, la había arreglado de modo que pareciese menos fea de lo que realmente era. Estaba la Pi-

mentosa postrada en desvencijado sofá. Había desmerecido tanto su persona desde el año anterior que no parecía la misma. Aquel continente de matrona, aquel aire simpático, aquel rostro lleno de atractivos no eran ya sino sombra de sí mismos. Gordura fofa en su cuerpo, languidez en su semblante y un decaimiento general en su persona toda anunciaban que la maja no volvería á ser lo que fué. Á su lado estaba la mujer demacrada, pálida y huesuda que vimos en la buñolería algunos meses antes, y que había permanecido al lado de su ama, como uno de esos cortesanos de la desgracia que con menos mérito alardean de fidelidad en esferas más altas. Á primera vista la mujer aquella parecía imagen de la Muerte esperando su presa. Su brazo, que no debía de tener más que el hueso seco, se extendía oscilando con lúgubre cadencia. Su mano empuñaba una rama de acacia, para espantar con ella las moscas que molestaban á Nazaria.

Gracián y el otro clérigo se sentaron después de saludar á la enferma con mucho interés. Nazaria agradeció mucho la visita y estuvo quejándose durante diez minutos, dando cuenta prolija de los distintos dolores que sentía en partes diversas, los unos afilados como cuchillos, los otros duros como pedradas, y algunos múltiples y horripilantes como el rasgar de una sierra. Después calló. Gracián dijo solemnemente que más, mucho más había padecido Cristo por nosotros, y luego reinó un silencio tristísimo, durante el cual no se oía más que el rumor de las hojuelas de acacia, batiendo el aire y desconcertando las bandadas de moscas. Al punto que éstas vieron á los dos clérigos, se fueron derechas á ellos, manifestando singular preferencia por el joven acompañante.

—Lo pasaría menos mal—dijo Nazaria,—si no tuviera miedo, muchísimo miedo á esa enfermedad que ha entrado ahora, y que, según dicen, mata á la gente en un abrir y cerrar de ojos.

—Se llama el *Cólera*—dijo la flaca con vocecilla ronca que hizo estremecer al curita.

Al decir esto Maricadalso (que así la llamaban) se asemejó más que nunca á la madre Muerte, nombrando á una de las más fúnebres herramientas de su oficio.

—El cólera, sí—dijo Gracián.—Esta epidemia viene del Ganges, de donde saca su apellido de *asiática*. Ha empezado á hacer grandes estragos en Europa, y Dios no ha querido librar á España de tan tremendo azote. Tengamos paciencia. Hasta ahora Madrid va librando bien. Las invasiones no son muchas. Empezó en Vallecas y parece como que va pasando de Norte á Sur.

Nazaria le preguntó por los remedios que para tan atroz dolencia habían descubierto las facultades, y Gracián, con apariencias de no creer mucho en ellos, habló de varios, tales como friegas, infusiones teinas y revulsivos. El mejor antídoto contra el mal era, á su juicio, el valor y el desprecio del mal mismo.

—Entonces—dijo Nazaria con temblor y abatimiento,—esa maldita *cólera de Dios* no me perdonará á mí, porque le tengo más miedo que á una centella, y si miro á la puerta me parece que entra en figura de gente, si miro á la ventana me parece que entra con el aire, con el sol y con el polvo de la calle. No como, por miedo á que entre en mi cuerpo con la comida, ni duermo temiendo que me coja en sueños y me lleve antes de despertar.

Gracián se rió de estos pueriles temores, y también se habría reído el subdiácono si no estuviera muy ocupado en ahuyentar las moscas que invadían su cara. Maricadalso le vió dando manotadas. Alargando la rama, dióle un escobazo en el rostro para librarle de la ferocidad insectil.

—Confianza en Dios y no dar á esta miserable existencia mundana más valor del que tiene, son los más eficaces remedios—afirmó Gracián con autorizada voz.

La vocecilla ronca de Maricadalso se dejó oír. Parecía una corneja que cantaba en la propia rama de acacia. Moviendo su cabeza con aire de incredulidad, cantó estas palabras:

—A mí no me emboban. Esto no es epidemia que venga de las Asias, sino *malos querereres*.

—¿Y á qué llama malos querereres, buena mujer?—preguntó Gracián riendo, no tan fuerte como el subdiácono, que soltó una carcajada.

—Al mal tercio que hacen algunos, los malos... los pillos que quieren que se acabe medio mundo para quedarse ellos solos.

—¿Y qué pillos son esos?

—Yo me lo sé—dijo la imagen de la Muerte, cuyos ojos lucían en el amarillo casco como agujeros de calavera.—¡Llaman *cólera* al mal querer!... ya, ya... Más vale que nos lleven á la horca que no acabarnos de esta manera.

Estas misteriosas apreciaciones sobre cosa tan notoria como la existencia de la epidemia no llamó la atención de Gracián, porque su trato frecuente con el pueblo bajo de Madrid le había acostumbrado á oír sin sorpresa los despropósitos del vulgo. Todo lo que es razonable y conforme al sentido común se resiste á la mente del vulgo. Para que en él

halle resonancia y acogida una idea es necesario que sea perfectamente absurda.

—Señora Cadahalso —manifestó con bondad el jesuita,—usted es de las que ponen en duda que vuelan los pájaros, y creerá que los bueyes se pasean por los aires. Muy bien, con su pan se lo coma.

—Otros se comen nuestro pan, que no yo —dijo la espantosa mujer, enseñando sus dos filas de dientes iguales y puntiagudos.—Yo me sé lo que creo, y creo lo que yo me sé... Y toque su paternidad á otra puerta, que ya vamos abriendo el ojo.

—Todo sea por Dios...

—Más respeto, canalla, más respeto —añadió Nazaria, tomando á su vez la rama y azotando suavemente á la estampa de la Muerte...—Señor cura, no haga su merced caso, y dígame si para mi mal debo tomar una medicina que me han recomendado.

—¿Cuál es?...

—No es cosa de la botica, sino del cielo.

—No entiendo.

—Es cosa santa. Es un polvillo que dicen se saca de la cueva en que hizo oración San Ignacio.

—¡Ave María Purísima!—dijo Gracián llevándose las manos á la cabeza.

—¿Se espanta su merced?... Ese polvillo lo tiene, como gran reliquia, mi señora Doña Josefa, la mujer de D. Pedro Rey. Dice que su niña Perfectita sanó con él.

—¡Sacrilégio, profanación!—exclamó el jesuita.—¡Abuso nefando de las cosas piadosas! Esa tierra bendita es un objeto de piedad que debe venerarse como recuerdo de uno de los varones más insignes que ha habido en el mundo. Las cosas santas han de ser tratadas con mucho respeto y puestas á tanta altura que no pueda llegar á ellas el charlatanismo. Dad á Dios lo que es de Dios, y á la botica lo que á la botica pertenece, y no mezcléis berzas con capachos, ó sea santidades con vomitivos.

Más, mucho más hubiera dicho el discreto clérigo, si en lo mejor de su perorata no entrase Tablas, sorprendiendo á todos con los *buenos días* que dió desde la puerta. Detenido en ella estuvo un buen rato, mirando el cuadro que las dos mujeres y los dos eclesiásticos ofrecían. Entró al fin; limpióse el sudor que mojaba su frente, y tomando una silla la colocó con fuerte golpazo en el punto en que quería sentarse. Después, gesticulando con recia manotada, echó de sí las moscas y dijo:

—Se ha muerto el boticario de la calle de Rodas y el carbonero de la calle de las Velas. En la casa del tío Caro no ha quedado más que el gato. Anoche no había novedad, y esta mañana la casa era un cementerio.

—No exagere usted—dijo amostazado el Padre Gracián, observando el mal efecto que aquellas nuevas hacían en Nazaria.—Defunciones hay; pero no en tal número.

—No se llaman defunciones; se llaman *casos*—replicó con estúpida risa Tablas.—Y podrá ser verdad lo que vuestra Paternidad dice; pero yo sé que anoche Gregorio Tinajas y yo, bebimos juntos una copa al salir de cierta parte, y sé también que le he visto hace un momento tieso y frío.

—¡Se ha muerto!—exclamó Maricadalso con espanto.

—Como mi abuelo. ¿Lo sientes tú?

—Dígoles porque ya las pagó todas juntas.

—También se ha muerto la *Fraila*.

Nazaria cerró los ojos, no pudiendo cerrar los oídos. Pero el atleta se volvió á Maricadalso, y á boca de jarro le disparó estas palabras:

—Y tu hija, Maricadalso, tu hija Ildefonsa, iba ahora con un cántaro de agua por la calle de la Paloma, y se cayó en la calle, diciendo que se moría...

—¡Mi hija!... Tú mientes... Corro á ver...

Diciendo esto con entrecortados rugidos, Maricadalso saltó de su ento, como azorado gato, y salió á escape. Oyéronse sus violentos pasos extinguiéndose en la escalera, como se apaga el ruido de la piedra que chocando y rebotando se precipita en el abismo.

—Rumalda—dijo Tablas mirando á la cojuela que acababa de subir después de cerrada la tienda;—baja y tráeme tabaco.

—Romualda bajó, y sus pasos lentos y fatigados resonaron por largo rato en la escalera. Después Tablas siguió enumerando muertos y enfermos, y volvió á limpiarse el sudor. El calor era sofocante. La habitación, no bien templada por la oscuridad, parecía un horno por la proximidad del tejado, donde caía como lluvia de fuego el ardiente sol de Julio. Empezaba á caer la tarde, y el calor parecía aumentar en aquella hora á causa de los vapores que del suelo se desprendían. El aire en calma no daba ningún consuelo á los pulmones, y sólo las moscas parecían regocijarse en la pesada y miasmática atmósfera, como sibaritas viviendo en medio de todas las delicias que puede apetecer su naturaleza.

Gracián reprendió con cierta aspereza á Pedro Lopez su afán de dar noticias fúnebres que afligian y apocaban á la pobre enferma. Echóse á reir el bárbaro, diciendo que él no tenía miedo á *los cóleras* ni á muertes de ninguna clase. Después hablaron de lo que motivó la visita de Gracián.

—Tengo aviso de Cataluña de la remisión de un encargo que me interesa mucho—dijo éste sacando una carta.—Me dicen que recoja el bulto... porque es un costal como de media fanega, Sr. Lopez... en la posada del Dragón. He pasado varios avisos, y mi encargo no parece. Sr. Lopez, ¿me hará usted el favor de buscar bien en el almacén, de preguntar á los ordinarios y arrieros, de hacer, en fin, cuanto de su parte esté para que parezca ese bulto?

—¿Es fruta?

—No señor.

—¿Jamones?

—Tampoco. Es cosa de poco valor en sí; pero que yo estimo en mucho. Es un saco lleno de tierra. Debe venir perfectamente dispuesto y liado en esteras.

—¡Ah!... Será tierra de limpiar metales.

—Pagaré dos veces el porte si parece y está intacto—dijo el reverendo levantándose.

—¿No recibió vuestra Paternidad el año pasado otro saco como ese por conducto de D. Felicísimo?

—Justamente. Los padres de Manresa lo consignaron á D. Felicísimo. Y usted mismo, Sr. Lopez, me lo llevó á mi casa.

—Pues este lo llevaré también.

—Gracias. Vámonos, Sancho.

Este nombre, aplicado al subdiácono, dió por un momento al padre Gracián cierta apariencia quijotesca. Pero no es aquel nombre capricho del narrador. Llamábase en efecto el subdiácono José Sancho; era natural de Palma de Mallorca, y tenía veinticuatro años de edad y siete de Compañía.

Gracián procuró animar con palabras consoladoras á Nazaria, exhortándola á desechar su infundado temor, y después de reiterar á Tablas la súplica que le hizo poco antes, salió de la casa escoltado por las moscas.

Aproximábase al Colegio Imperial, cuando un vil pillete que rasguñaba una destemplada guitarra se le puso delante, cortándole el paso, y con voz que más tenía de infernal que de humana, cantó esta copla:

¡Muera Cristo,
viva Luzbel!
¡Muera D. Carlos,
viva Isabel!

Apartó suavemente el jesuita al cantor y siguió adelante. Pero Sancho fué más expresivo, y empujó al pillastre, expulsándole con violencia de la acera. Instantáneamente recibió en el hombro un golpe dado con la guitarra. Los dos se hallaron frente á frente mirándose con ojos de ira. Quizás habría seguido adelante la contienda, si Gracián no dijera con voz reposada:—Sancho, ¿qué es eso?

Ambos entraron en el Colegio. En la puerta oíase un rugidillo que no por ser infantil dejaba de ser insolente. Parecía el rumor de un poco de plebe menuda de esa que suele encrespase en las plazuelas de verdura, y que la autoridad sabe contener sin más artillería que las escobas municipales.





XXVI



En el claustro halló Gracián al Padre Francisco Sauri, buen sugeto, catalán, ministro y procurador del seminario. Tenía 39 años y llevaba ya 17 de Compañía. Su celo por el esplendor de la casa era extraordinario. Refirióle Gracián lo que había oído cantar en la puerta, y Sauri le dijo que aquel día había recibido el rector diferentes avisos misteriosos, unos amenazando, otros recomendando precauciones. El profesor de Ética no dió importancia al hecho, porque otras veces habían llegado á la casa anónimos espeluznantes, sin que ocurriese después de ellos nada de particular. En su celda le visitó más tarde el Padre Artigas, bibliotecario, y hablaron de la guerra, leyendo luego muchas cartas y papeles. Después del refectorio se habló mucho de los anónimos, de las voces que corrían, poco lisonje-

ras para los regulares, del cólera reciente y de otras zarandajas. Algo más tarde los colegiales dormían con la dulce tranquilidad de la infancia, y los Padres ó dormían ó hacían penitencia en sus celdas.

Sin temor de equivocación se habría podido asegurar que Gracián pasó la noche en austeridades atroces sólo de él acometidas. La *inesco-bata cellula*, había perdido cantidad no pequeña del *humus manresianus* que cubría su suelo; pero Gracián tuvo el gusto de recibir la nueva y abundante remesa de aquel polvo al día siguiente de hacer al Sr. Tablas la recomendación que nuestros lectores conocen. Ocupábase aquella mañana, después de la clase de Ética, en extender por el suelo parte de la tierra, cuando le anunciaron la visita de D. Benigno Cordero. Hízole entrar suspendiendo su tarea. El héroe popular y el jesuita se apretaron afectuosamente las manos.

—Vamos —dijo Cordero sonriendo,—que bien podría entrar el arado en la celda de usted... Esto es un campo.

—Los árboles que nacen aquí no se ven —replicó gravemente el jesuita cortando las bromas.—Vamos á otra cosa. Ya sé á lo que viene usted... Siento decirle que no hay nada.

—¿No hay noticias?

—Ninguna.

Cordero cerró el pico y apretó los labios.

—Es particular —dijo.—Desde que me mandó el poder para casarse... (y fué con fecha 15 de Abril), no hemos tenido más noticias suyas... Aquí me tiene usted en la mayor zozobra. Me he casado por otro .. Soy un marido de fórmula, un marido de procedimientos, y tengo que ocuparme del marido verdadero más de lo que yo quisiera. La esposa de mi amigo... la que me dió su mano, casándose conmigo como se podría casar con un documento... está también en gran zozobra.

—Pues no hay más noticias —dijo Gracián,—que las del otro día. Zorraquín me escribe con fecha del 14 y dice que se había separado del amigo, porque él (Zorraquín) fué solicitado por el carlismo militante para ocupar una plaza que hacía mucha falta en las filas de Zumalacárrregui, la plaza de capellán ó director espiritual. Es posible que después de separarse Zorraquín, no haya tenido ese señor medio seguro para enviar á Madrid sus cartas, que antes venían por conducto de aquel dignísimo sacerdote. Esperemos.

Cordero dió un suspiro, diciendo:

—Tranquilizaré como pueda á la señora de mi amigo. Y ya que estoy aquí no quiero marcharme sin advertir á usted de ciertos rumores...

—¡Ah! Hemos recibido anónimos y cartas amenazadoras. Es la vigésima vez.

—No creo yo que esto sea cosa de gran importancia—dijo el héroe dándosela á sí mismo en grado sumo.—Con todo, no está demás el prevenirse, porque las bromas populares se sabe donde empiezan... pero no se sabe nunca donde ni como acaban.

El clérigo hizo un mohín desdeñoso, manifestando ocuparse poco de lo que Cordero decía. Éste prosiguió así:

—Yo tengo un primo á quien llaman Primitivo Cordero, el cual si en el tratado de la honradez no tiene pero, en el de la tontería tiene manzanas, quiero decir que es un politicastro de estos que con cuatro palabras pescadas en un mal libro, media idea que se les pegó de cualquiera de nuestros grandes hombres, porción no pequeña de envidia y algunos granos de patriotismo mal entendido, se entretienen en fabricar castillos de viento, fundando instituciones, dictando leyes, mudando personas. Yo siempre he creído á mi primo tan inofensivo como una paloma; pero los que le rodean no lo son. Como la mariposa es impulsada al fuego por un secreto anhelo de quemarse, mi primo Primitivo es arrastrado á los clubs por un desdichado prurito de bullanga que puede en él más que la razón, si es que razón hay dentro de aquella cabeza. Pues bien, amigo y Padre: por mi bendito primo y por un tal Rufete que sería igual á mi primo si no fuera más exagerado, más vacío de mollera y de peores intenciones, sé que en una reunión semi-secreta que varios patriotas tienen en la plaza de San Javier han acordado dar un susto á Vuestras Paternidades.

Al decir esto, Cordero le miró atentamente, por sorprender en su cara el efecto que aquella declaración le causaba; pero la cara del jesuita no expresó nada. Era una cara de palo.

—Llevaremos el susto con paciencia—dijo el Padre Gracián, ofreciendo al héroe un polvo, que por no ser de Manresa, aceptó gustoso D. Benigno.

—Según mi informe—añadió éste—y son informes verdaderos, procedentes del horno mismo donde se cuecen tales pasteles, la broma, susto ó como queramos llamarlo, no pasará á mayores. Los patriotas sólo quieren manifestar su antipatía á Vuestras Reverencias y protestar de la protección que Vuestras Reverencias dan al carlismo. Es cierto que esa protección existe por la misma naturaleza de las cosas y los antecedentes de las personas. ¡Hecho lógico, imprescindible, abrumador! Es cierto también que el régimen liberal no puede coexistir con el carlismo,

de donde resulta un antagonismo imponente entre dos hechos, entre dos verdades, entre...

—Y usted no cuenta para nada con Dios—dijo Gracián, siempre con desdén.

—Sí, cuento con él, y en él espero que lo que se anuncia no será nada, en provecho de todos. Pero algún día, Señor y Padre, ha de haber una como la de San Quintín, porque ó Vuestras Reverencias dejan de amparar á los carlistas, ó los carlistas absorben al liberalismo, ó el liberalismo se los traga á ellos y á Vuestras reverendísimas Paternidades.

—Grandes fauces há menester... pero por falta de apetito no lo dejará—indicó Gracián dignándose sonreír un poco.

Cordero dió un suspiro y dijo:

—Veremos quien traga á quien... Repito que las noticias que me han dado mi primo y Rufetillo... yo siempre le llamo Rufetillo... no son espeluznantes. Gritos y bulla nada más... Puede ser que haya algunos palos, pero esos no caerán sobre las costillas de ningún eclesiástico. Siempre se los encontrará algún desdichado que no lo coma ni lo beba. En esa reunión secreta no hay hombres de gran empuje, ni conspiradores temibles, ni jacobinos de tente tieso. El más enredador de todos ellos, el viborezno D. Eugenio Aviraneta ha desaparecido misteriosamente, cuando más enfrascado parecía en sus intrigas. Y ahora dicen que está con los carlistas.

Gracián levantó un pisa-papeles que en la mesa de su escritorio oprimía varias cartas. Tenía aquel objeto la forma de un pié de cabrón, y habiendo salido ileso de los escombros de la casa de D. Felicísimo, Pipaón lo regaló al padre Gracián como recuerdo de su amantísimo suegro, que era amigo íntimo del jesuita. Éste miró la carta que bajo el pié de cabrón estaba y dijo:

—Aviraneta llegó á Tolosa de Francia. Me escribe con fecha del 13. Ya ve usted que le confío mis secretos.

—Y ya sabe Vuestra Reverencia que soy un sepulcro—replicó Cordero levantándose.—Muchas felicidades y pocos sustos.

Despidióse y fué á ver á Genara, esperando hallar en su casa las noticias que no pudo ó no quiso darle Gracián. La dama estaba preparando sus maletas para huir de Madrid y de la epidemia que empezaba á difundir horroroso pánico en los habitantes de la Villa. De los informes que Cordero buscaba, nada podía darle Genara, porque nada había sabido después de la salida de su esposo enfermo y demente del hospital militar de Pamplona.

La señora no pensaba más que en huir, huir de aquel azote de Dios que había empezado hiriendo á los pobres y pronto descargaría sobre los ricos. Ya había casos, sí, ya había casos de gente acomodada. Un consejero jubilado, la señora de un Alcalde de Corte, un exento de guardias, un oficial de correos y un poeta habían caído el día anterior... ¡Bendito Dios! los que no eran pobres tenían al menos el recurso de la fuga, siempre que el cólera no fuera con ellos, invisible, en la zaga del coche, como solía acontecer. Genara tenía mucho miedo á la muerte, señal de turbada conciencia; pero ella se esforzaba en aparecer serena y animábase con sus propias sonrisas, como el soldado cobarde con sus propias bravatas. Iba, venía, recogiendo ropas, llenando baules, haciendo y deshaciendo paquetes, dictando órdenes; contando su dinero y apuntando encargos. Contestaba breve y friamente á D. Benigno; pero cuando éste le habló de su matrimonio de fórmula, mediante poder de un novio ausente, volvióse á él con brusco impulso y le dijo:

—¿Por qué no me buscó usted para madrina?... No, no guardo yo rencor. Deseo perdonar y que me perdonen... Eso de darse las manos con cien leguas de por medio no está en mis libros... ¡Qué matrimonio tan desgraciado, D. Benigno! Dios quiera que el cólera no separe más á marido y mujer.

—¡Señora, por amor de Dios!...

—No crea usted que es mala intención. Es lo contrario... Les deseo toda clase de felicidades. No crea usted que soy mala... Y ahora que el hallarse en pecado mortal es tan peligroso!... No, no, reconciliación, piedad, perdón, amor á todos, conciencia limpia, ese es mi tema. ¿Es cierto que ha muerto anoche mucha gente?

—Mucha, replicó Cordero observando la palidez que el miedo pintaba en el agraciado rostro de Genara.

No me lo diga usted... Esta tarde me voy. Me confesaré primero. ¿No cree usted que es buena idea?

—Me parece muy acertada.

—Vivimos casi de milagro.

—Es verdad. Ya que nos coja, que nos coja confesados—dijo Cordero con algo de sorna.

—Sí, sí... Paz con todo el mundo, paz con Dios...

Pronunció estas palabras con gran zozobra, y siguió ocupándose con febril actividad en sus preparativos de viaje. Los objetos se le caían de las manos; equivocaba una cosa con otra; empaquetaba ropas que debían quedar en la casa, y ponía bajo llaves lo más indispensable para el viaje.

Fueron llegando unos tras otros los amigos, noticiosos de su viaje. La veían partir con sentimiento, y ella por su parte les abandonaba con tristeza, porque la tertulia era el encanto de su vida, y el charlar de cosas de gobierno la más regalada comidilla de su travieso espíritu. ¿Nombraremos á aquellos señores? Más vale que no, porque algunos han vivido hasta hace poco; la mayor parte han ocupado altísimos puestos, y todos llevaron, cual más cual menos, piedra y cascote al edificio de un partido tan poderoso como impopular. Como nada es duradero en el mundo, el cielo quiso que á aquel edificio le llegase como á la casa de D. Felicísimo, su día final, y hoy crece en sus rotos muros el *amarillo jaramago*, y sus huecos *son ¡ay! de lagartos vil morada*.

Entonces, en los tiempos verdes del gran Martínez de la Rosa, daba gozo ver la juventud lozana de un partido que hoy es vejete decrepito con lastimosas pretensiones de andar derecho, de alzar la voz y aún de infundir algo de miedo. Entonces se nutría de hábiles retóricas, de erudición doctrinaria cartista, y hacía esgrima de sable con el brazo valentón y pendenciero de jóvenes oficiales granadinos. En el seno de este partido, que en un tiempo se llamó de *los sabios* y en sus albores se llamó de los *anilleros*, había gente de gran mérito, aleccionados los unos en la práctica estéril de liberalismo, otros algo amaestrados en el arte político que faltaba á los liberales. Ellos fueron los primeros maquiavélicos ante quienes sucumbió la inocencia angélica de aquellos candorosos doceañistas que principiaban á no servir para nada. Á falta de principios tenían un sistema, compuesto de engaño y energía. Su credo político fué una comedia de cuarenta años. Su éxito debióse á haber vigorizado el principio de autoridad, y su descrédito é impopularidad á haber impedido el desarrollo progresivo de las ideas. En religión eran volterianos, y en sus costumbres privadas enemigos de la templanza; pero tenían un *coram vobis* de santurronería que hacía el efecto de ver la silueta de Satanás en la sombra de un confesonario. Uno de los primeros elementos de fuerza que allegaron fué el clero, á quien adulaban, disponiéndose, no obstante, á comprar por poco dinero sus bienes, cuando los progresistas los arrancaron de las manos que llamaban muertas. Á excepción de dos ó tres individualidades de intachable pureza, eran gente de economías, y andando el tiempo, con las compras de bienes desamortizados, formaron una aristocracia que poco á poco se hizo respetable, y en la cual hay muchos marqueses y un formidable elemento de orden. En lo militar fueron poco escrupulosos, y se les ha visto pronunciarse con naturalidad y hasta con gracia.

En los días de nuestra narración presentaban el grato aspecto de un ejército joven, lleno de bríos y de valor. Su programa de moderación contrariaba á mucha gente. Aquel habilidoso sistema de ser y no ser, de equilibrarse entre el absolutismo y los liberales, valiéndose de los unos contra los otros, de prometer y no cumplir, de encubrir con fórmulas, retóricas y ducharachos hoy desacreditados, pero entonces muy en boga, el lazo de la arbitrariedad y el espadón de la fuerza, dió resultados en época de tanta inocencia política, cuando la libertad era como un niño generoso y no exento de mimos, más facil de engañar que de convencer.

La tertulia de Genara fué el centro donde las aspiraciones de aquella gente lista empezaron á tomar cuerpo. Allí fué precisándose el sistema y haciéndose práctico. Allí se establecieron relaciones que no habían de romperse sino con la muerte y se conocieron y se escogieron, digámoslo así, los hombres. Los jóvenes tomaron de los viejos el saber astuto y éstos de aquellos el desenfado y el vigor. Humanamente considerada, aquella gente tenía una superioridad especial que ha sido la causa de su dominio durante un tercio de siglo: era la superioridad de los modales, cosa importantísima en nuestra edad. Había en aquellos tiempos como una línea divisoria clara y precisa que separaba en dos grandes mitades el inmenso personal político, creado por las revoluciones. En el trazado de esta línea tenían alguna parte las tijeras de los sastres. No había término medio, y fué lástima grande que tantas ideas generosas y salvadoras no pudieran por fatal destino, emanciparse de la grosería, del mal vestir y peor hablar.

Por esto el advenimiento de la clase media fué laborioso y pesado. Aquella clase, frailunamente educada, no supo echar de sí ciertas asperezas, por lo que sólo prevalecieron en la vida pública los pocos que supieron ponerse el frac.

Despidieron á Genara aquel día, 16 de Julio de 1834, y se retiraron todos, los unos á su oficina, pues casi todos eran empleados, los otros á dormir la siesta. Todavía en aquellos tiempos se dormía la siesta, y al día siguiente de aquel 16 de Julio fué cuando la Providencia dispuso que el Gobierno durmiera una siesta célebre.

La dama partió llena de pena y miedo, de miedo porque ignoraba si alejándose de Madrid se alejaría del aire ponzoñoso; de pena, porque dejaba su vida dulce y regalada, sus tertulias llenas de amenidad é interés, su influencia en el partido dominante, y quizás, quizás algo que más vivamente interesaba á su corazón. Renunciar al brillo de su ingé-

nio y hermosura, á las adulaciones de la pequeña corte masculina que la festejaba un día y otro día; abdicar esta corona y huir de la capital de su reino de galanterías para sepultarse en un rústico lugarón donde no había de tener más solaz que lecturas insípidas y donde había de recibir la noticia del fin tristísimo de su marido, era fuerte cosa para un corazón amigo de impresiones lisonjeras, para una fantasía siempre joven y siempre soñadora, para una conciencia alarmada.

Esta mujer acabó ya para nosotros. Dentro de los límites señalados á estas historias, no cabe ya el resto de su vida llena de accidentes, y que no tomarán por modelo los cenobitas ni los que se propongan ser santos ó algo que á santos se parezca. Sólo diremos, que vivió muchos años y que á los sesenta todavía era guapa. Ingeniosa, amable y algo intrigante, lo fué hasta los setenta, y durante dos años más fué un modelo de devoción cristiana y de edificante trato con clérigos y cofradías, hasta que Dios quiso llevársela de este mundo. No se le cayó la casa encima como á D. Felicísimo, sino que murió de repente hacia el último tercio del 68, si no están equivocadas las crónicas.

Aquel día (volvemos á nuestro 16 de Julio del 34), D. Benigno fué el último que le apretó la mano. Después el héroe dió una vuelta por la calle de Toledo y plazuela de la Cebada, porque oyó decir que había agitación en aquellos barrios y gustaba de curiosear. Un espectáculo horrible le detuvo en su excursión. Vió asesinar cruelmente á un chico por echar tierra en las cubas de los aguadores. Esta travesura frecuente entonces, se castigaba comunmente á pescozones. Las cosas habían variado, y los ángeles traviesos eran tratados como los más grandes criminales. Cordero retrocedió para entrar en la calle del Duque de Alba, y en la de los Estudios recibió un testarazo que le hizo saltar de la acera al arroyo. El duro objeto que le embistió era un ataúd. Un hombre le llevaba sobre su cabeza, dando porrazos á cuantos transeuntes hallaba en su camino.

—¡Bestia!—gritó Cordero.

Al punto reconoció á Tablas, y suavizando la voz le preguntó:

—¿Para quién es, hermano?

—Para aquella, para aquella—replicó Lopez sin detener el paso.

Cordero vió algunas mujeres que lloraban.

XXVII



DESGREÑADA, lívida, con los ojos chispeando furia, las manos temblorosas, los dedos tiesos y esgrimidos al modo de cuchillos, la boca seca, por ser las voces que de ella salían más bien ascuas que palabras; más parecida á demonio hembra que á mujer, estaba Maricadalso en la puerta de una casa humildísima de la calle del Peñón. Sus gritos pusieron en alarma á la calle toda como las campanadas de un incendio, y por ventanas y puertas aparecieron los vecinos. ¡Qué caras y qué fachas! El gritar de Maricadalso era por momentos lastimero y dolorido, á veces amenazador y delirante. Sus cláusulas sueltas, saliendo de la boca en chispazos violentos, no entran en la jurisdicción del lenguaje escrito, porque lo característico de ellas dejaría de serlo al separarse de lo grosero. Palabras eran de esas que matizan y salpimentan las disputas populares; equivalen al siniestro brillo de la navaja en el aire y al salpicar de sangre soez entre las inmundicias que de un corazón rudo salen á una boca sedienta de injuria. Entre lo que no puede reproducirse se destacaban estas frases.—¡Mi hija muerta!... ¡Cosas malas en el agua!... ¡Esos pillos!...

Muchas damas de candil, vestigio envilecido de las que inmortalizó D. Ramón de la Cruz, rodearon á Maricadalso. Una harpía que grita en medio de la calle del Peñón ó de otra cualquiera de aquellos barrios, tiene la seguridad de llevar el convencimiento más profundo al ánimo

de su auditorio, sobre todo si lo que dice es un disparate de esos que no entran jamás en cabeza discreta. Con mágica rapidez, todas las mujeres que rodearon á Maricadalso se asimilaron las opiniones y sentimientos de ésta. El pueblo es conductor admirable de las buenas como de las malas ideas, y cuando una de éstas cae bien en él, le gana por completo y le invade en masa. Bien pronto la harpía individual fué una harpía colectiva, un mónstruo horripilante que ocupaba media calle y tenía cuatrocientas manos para amenazar y doscientas bocas para decir: *¡Cosas malas en el agua!*

Quien no piensa nunca, acepta con júbilo el pensamiento extraño, mayormente si es un pensamiento grande por lo terrorífico, nuevo por lo absurdo. Aquel día habían ocurrido muchas defunciones. Varias familias tenían en su casa un muerto ó agonizante. En presencia de una catástrofe ó desventura enorme, al pueblo no le ocurren las razones naturales de lo que ve y padece. Su ignorancia no le permite saber lo que es contagio, infección morbosa, desarrollo miasmático. ¿Y cómo lo ha de saber la ignorancia, si aún lo sabe apenas la ciencia? El pueblo se ve morir con síntomas y caracteres espantosos, y no puede pensar en causas patológicas. Cristiano de rutina, tampoco puede pensar en rigores de Dios. Bestial y grosero en todo, no sabe decir sino: *¡Cosas malas en el agua!*

Esta idea de las *cosas malas* arrojadas infamemente en la riquísima agua de Madrid, con el objeto puro y simple de *matar á la gente*, cayó en el magín del populacho como la llama en la paja. No ha habido idea que más pronto se propagase ni que más velozmente corriese, ni que más presto fuera elevada á artículo de fé. ¿Cómo no, si era el absurdo mismo?

Algunas mujeres subieron á ver el cadáver de la hija de Maricadalso, cuyo ataud acababa de traer Lopez. Era una muchacha bonita, cigarrera, con opinión de honrada. Maricadalso subía á su casa, lloraba junto al cuerpo de su hija, bajaba á gritar de nuevo, blasfemando, volvía á subir y á llorar... Ya no parecía la Muerte sino la Locura cantando á su modo el *Dies iræ*. En tanto veinte, treinta, cuarenta hombres subían hacia la plaza de la Cebada propagando aquel satánico evangelio de las *cosas malas en el agua*. Encontraron á Timoteo Pelumbres, esposo de Maricadalso y padre de la muerta. Oyó éste el griterío y soltando las herramientas que llevaba, corrió presuroso á una taberna donde varios hombres disputaban.

—¿Veis?—gritó mostrando el puño.—Todo el mundo lo dice... ¡Han envenenado las aguas!

Inquieto, feroz y pequeño, Timoteo tenía todas las apariencias del chacal, la mirada baja y traidora, los músculos ágiles, el golpe certero. Atacaba de salto. Era el mismo á quien vimos haciendo buñuelos en la tienda inmediata á la gran carnicería de la Pimentosa, de quien era protegido, lo mismo que su mujer. Era el mismo á quien vimos hace mucho tiempo, acaudillando la fiera cáfila que asesinó á martillazos al cura Vinuesa (*) en la carcel de la calle de la Cabeza. Aquel tigre pequeño vivió mucho. Alcanzó los tiempos de Chico.

En la taberna hacía falta un orador para electrizar el selecto concurso. Aquel orador fué Pelumbres, que hablaba mostrando el puño y frunciendo las cejas. Las mujeres pasaron gritando. Entre ellas se divulgó una de esas noticias que electrizan, que redoblan el entusiasmo y aguzan el soez pensamiento. La noticia era esta: De los dos chicos á quienes se había sorprendido poco más arriba echando *unas tierras amarillas* en las cubas de los aguadores, el uno fué muerto al instante, el otro logró escaparse y se refugió... ¿dónde? en el mismo San Isidro.

—Como que de allí ha salido todo...—dijo una voz que se esforzaba en ser autorizada y convincente á pesar de ser la voz de un salvaje.

—¿Qué ha salido de allí?

—Los polvos.

—¡Los polvos!

El que esto aseguraba era un hombrón, un animal de esos que aparecen en las tempestades populares, sin que se sepa bien quien los trajo, y en todas ellas dejan señal sangrienta de su paso. Seguía una docena de individuos de esos que al mirarnos muestran cara humana, si bien es muy dudoso que sean hombres.

—Sí, señores, todo está averiguado—añadió el desaliñado orador, que era Tablas en persona.—Y si faltase testimonio, aquí estoy yo para darlo.

Dos mujeres se le colgaron de cada brazo. En torno suyo hizose un corrillo. Formábalo esa curiosidad de lo horrible que reúne gente en derredor de los patíbulos, del charco de sangre, señal de un crimen, ó junto á la oscura agonía de un perro. Tablas se enorgulleció de su papel. Aquel día era un día suyo, un día en que iba á mostrar su poder con pretensiones de poder político, ¡oh! ¡qué gran momento! Dos docenas de perdidos le obedecían, como obedece la piedra á la honda. Tablas era la honda; pero distaba mucho de ser la mano.

(*) Véase *El Grande Oriente*.

—Pues, sí señores—añadió Lopez.—¡Yo mismo les he llevado ayer un saco con media fanega de veneno!

—¡Media fanega de veneno!

—¿Y tú se lo has llevado?

—Sí, porque no sabía lo que era... No es la primera vez que esos malvados reciben remesas de veneno. El saco que les llevé ayer vino de Cataluña para ese... No le quiero nombrar.

—Dí tú, parlanchín—gritó una voz detrás del corrillo.—¿Se ha muerto también la Pimentosa?

--Para eso va. Esta mañana despertó con el mal.

—¿Ha bebido agua?

—Ha tomado los mismos polvos como medicina.

Una exclamación de horror acogió esta terrorífica aseveración.

—¿Quién se los ha dado?

—Curas y frailes que todos son unos. Diéronselos como medicina santa, y tomarlos y empezar á sentir las arcadas del cólera, fué todo una misma cosa.

Esto era demasiado espantoso para que el digno concurso pndiera hacer comentarios. El silencio torvo con que lo oyó probaba su escasez de ideas ante aquel hecho y el alarmante recogimiento de sus pasiones, que se concentraron para brotar en seguida con más fuerza. Tablas puso cara afligida. Deseaba excitar en favor suyo la compasión de la multitud y pasar por una víctima de las malas artes de cierta gente. Pero en su rudeza no acertaba á ingerir la idea política en aquella série de locos desatinos. Tratándose de difundir un disparate y de darle la inverosimilitud que le hace más asequible á la mente del vulgo, Tablas no carecía de habilidad, porque así como el buho ve en las tinieblas, ciertos entendimientos tienen la aptitud del absurdo. Pero él quería razonar, emitir un fundamento, más que por justificar la asonada, por darse satisfacción á sí mismo, como hombre de opiniones políticas. Necesitaba una fórmula que le diese prestigio entre sus oyentes adjudicándole cierta iniciativa con asomos de jefatura.

Frunció el ceño, bajó la cabeza, recogió su pensamiento para buscar la fórmula que necesitaba. Como en ocasiones parecidas, en aquella su frente semejava el duro testuz del toro, previniendo la acometida. La chispa brotó entre las nieblas de aquel caletre, pues no hay cerebro por tenebroso que sea, que no tenga sus rehendijas por donde entre á veces algo de luz.

—¿No sabeis lo que es esto?—dijo con gran animación,—sintiendo

vislumbres de genio.—¿No sabeis lo que esto significa? Envenenar por gusto de envenenar no es...

Buscaba la palabra *lógico*, que había oído muchas veces en el club; pero no daba con ella. La palabra se le atarugaba sin querer pasar, como una moneda grande que no puede entrar por la pequeña hendidura de una hucha.

—No es, no es...—añadió forcejeando con el vocablo y echándole fuera al fin, aunque desfigurado,—no es *ilógico*. ¿Por qué envenenan á la gente? Para acabar con los liberales. Ellos dicen: “No podemos aniquilar á nuestros enemigos uno á uno, pues acabemos con todo el género humano.” (Sensación profundísima.)

Comprendió que le vendría muy bien en aquel caso un recuerdo histórico, y volvió á fruncir el ceño. Esto era difícil en extremo y su cerebro no tenía capacidad para contener un suceso histórico. Equivalía á querer meter, no ya una moneda, sino un camello dentro de la hucha. Pensó mucho y se rascó la frente. Había oído en el club multitud de menciones y referencias de acontecimientos pretéritos; pero á él ninguna se le venía á las mientes. De pronto una mujer, ¡oh genio de la mujer! dijo esto:

—Es como lo de Herodes.

Tablas se estremeció de júbilo. Tenía lo que necesitaba. Ahuecando la voz y marcando con su manaza un compasillo oratorio, prosiguió su discurso así:

—Sí, señores; así como el tirano Herodes, para ver de perder al niño Jesús, mandó matar á todos los niños, según rezan los Evangelistas, estos canallas, para ver de acabar con un partido, con el partido liberal, quieren matar á todos los españoles, á todo el género humano, á todo el globo terráqueo.

Describió con el brazo extendido un vasto y rapidísimo círculo. Sabe Dios hasta donde habrían llegado las retóricas del antiguo tablajero, si en aquel momento no permitiese Dios una repentina tragedia. Era el primer hecho terrible, brotando de la última palabra de Lopez. En el populacho las palabras ardientes tienen una propagación pasmosa, y pasma también la rapidez con que de estas flores de la barbarie salen frutos de sangre. Un lego atravesó por delante de la Latina, dobló la esquina de la plazuela siguiendo en dirección á Puerta de Moros. Iba presuroso y acobardado, llevando un paquete de papel en la mano, algo como dos libras de azúcar, recién compradas en la tienda.

—¡Aquel lleva veneno!—gritaron varias mujeres corriendo hacia él.

El lego fué rodeado por un grupo y desapareció en él. No se vió más que un estremecimiento de brazos y cabezas, un enjambre de cuerpos que forcejearon entre gritos. Algunos ayes lastimeros se deslizaron entre el vocerío. Después sólo se veía una masa de gente en lúgubre cerco silencioso mirando al suelo.

Tablas había tomado otra dirección. Por un momento el populacho se dividió. Los girones de aquella nube negra vagaron un rato por las calles de los Estudios, Toledo, plazuelas de San Millán y de la Cebada. Gran confusión reinaba. El atleta, con su media docena de facinerosos caminó hacia la calle de las Maldonadas. Cerca de la puerta de su casa vió á Romualda que salía presurosa, y la llamó:

—¿Y Nazaria?

—Lo mismo.

—¿Hay alguien arriba?

—Nadie, yo sola; digo, yo he bajado.

—Sube y tráeme mi navaja grande que está sobre la cómoda.

—Madre Nazaria me ha mandado por agua. Tiene sed.

—Ve primero por la navaja.

Romualda subió, mientras Tablas y sus amigos conferenciaban gravemente en la puerta. Era un consejo de guerra de canibales en la expectativa de una gran batalla-merienda. Cuando Romualda bajó con la navaja, Lopez dijo á los amigos:

—El Gobierno mandará tropas á defenderles. Bueno es estar prevenido. Mira, Rumalda...

Romualda había pasado ya á la otra acera, y desde allí les miraba con espanto. Su cara de hambre y miseria, su aspecto de cansancio no excitaban la compasión de aquellos caballeros andantes de la plebe.

—Rumalda.

—Señor.

—Sube y tráeme las dos pistolas que están colgadas junto á la cama... Después llevarás el agua á Nazaria.

—Madre Nazaria no me ha mandado por agua. Ya no tiene sed. Me ha mandado por un cura. Dice que se muere.

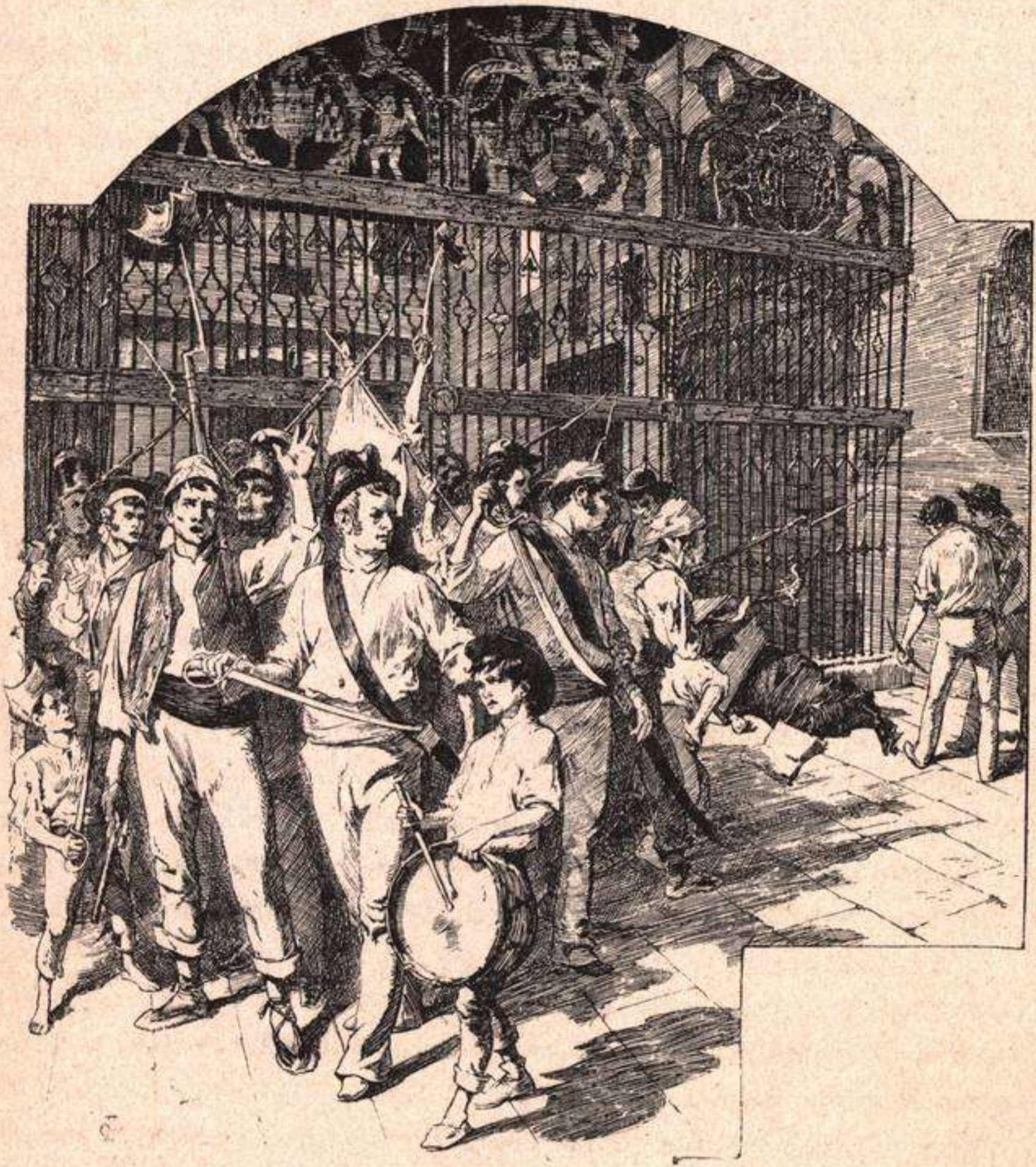
—¿Por un cura?... ¿Y dónde están los curas, mentecata?... Dí á Nazaria que no se muera, que volveré pronto... Corre y tráeme las pistolas.

—Voy por el cura.

—Sube y trae las pistolas—gritó Lopez.

La coja entró en el portal, y emprendió su lucha con la escalera. Esto empezaba á ser para ella como beberse el mar. Y se lo bebía.

Poco después el atleta y sus amigos volvían á la calle de los Estudios. Un reloj dió la hora. Eran las tres de la tarde. Ya en la puerta que el Seminario tiene por la calle del Duque de Alba, los sicarios del lego formaban un grupo imponente, montón de humanidad digno de un basurero, en el cual brillaban aceros de navajas y burbujaban blasfemias.



Gritaron, golpeando la puerta. Tablas se presentó, quiso mandar; pero no le hicieron caso. Abrióse la puerta, ó franqueada por dentro ó rota desde fuera, que esto no se sabe bien. El populacho entró. Detúvose en el vestíbulo ante una figura que estaba allí sola, imponente, inmóvil, como imagen bajada de los altares. Era el Padre Sauri, joven, flaco, pálido, valiente. La palidez, la energía de las facciones del jesuita, sus

ropas negras, su valor quizás contuvieron un instante al populacho. Aquella repentina quietud parecía la perplejidad del arrepentimiento. El jesuita dijo con voz sonora y conmovida: *¿qué quereis?*

Difícil era contestar á esta pregunta con palabras. Los sicarios no sabían bien lo que querían. De entre ellos salió una voz que gritó: *Queremos tu sangre, perro.* No fué preciso más. El Padre Sauri desapareció. No puede describirse su horroroso martirio. De manos de los mónstruos pasó á las de unas cuantas harpías que le arrastraron hasta la plazuela de San Millán, mutilando su cadaver en el sangriento camino.

En tanto los asesinos se difundieron por los inmensos cláustros del vasto edificio. Oíanse pasos precipitados y ayes lastimeros en lo alto; violentos golpes de puertas que se cerraban. Era jueves, y los colegiales externos estaban en sus casas. Muchos jovenzuelos internos fueron acometidos. Para saber si eran realmente colegiales ó Padres disfrazados de alumnos, los sicarios les quitaban el bonete buscando la corona sacerdotal.



XXVIII



QUELLA mañana había funcionado con mayor actividad que otros días el aparato de trasmisión, establecido por D. Rodriguín entre su carpeta y la de su amigo.

— *Amice, ¿exaudisti hodie susurrations trapisondarum?*

— *Utique; videte carátulam Gratiani. ¡Quantum est ille canguelatus!*

— *Ecce Fernandez, vel á Ferdinando. Ille ahorcabitur cum capillo.*

¡Quién le había de decir al juguetón estudiante que á las pocas horas de estas bromas había de ver morir trágicamente al infeliz Fernández, maestro dulce, tolerante amigo de los buenos alumnos y docto humanista! Rodriguín le vió sorprendido por los sicarios al salir de su celda. Espantado el jesuita ante el horrendo aspecto de la multitud, permaneció un instante perplejo é inmovil sin acertar á huir, ni á defenderse, ni siquiera á traducir su terror en palabras. La plebe aprovechó aquel momento. Fué devorado en un soplo como seca arista en el fuego.

Rodriguín bajó la escalera. Su temor le daba alas. En el patio vió matar al Padre Artigas, bibliotecario, y al hermano Elola, ambos cazados ferozmente á lo largo de los claustros, y siguiendo la dirección de algunos escolares que huían, refugióse en la capilla doméstica. Allí estaba el Padre Carasa con algunos colegiales rezando el rosario. Rodriguín les vió á todos arrodillados pidiendo á Dios misericordia, y quiso imitarles; pero sus piernas no podían doblarse y eran incapaces de todo lo que no fuera correr, huir, desaparecer. Salió de la capilla. Era todo piés. Bajó, volvió á subir, y en aquel viaje anheloso, semejante al de la

liebre perseguida, vió morir al Hermano Sancho, el que acompañaba á Gracián en sus paseos y excursiones, y al Hermano coadjutor Ostolaza, que pereció en el patio y fué arrastrado á la calle por las mujeres. El pánico horrible redoblaba las fuerzas del macarrónico, para correr. Subió á los desvanes, pasó por el sitio á que él y los de su pandilla nombraban *chupatorium* por ser el escondrijo donde fumaban, y al fin se encontró solo. Los rugidos de la plebe sonaban lejos abajo. Rodriguín, al sentirse en salvo, perdió súbitamente las milagrosas fuerzas que le habían hecho volar, y cayó sin sentido. La colosal energía contractil que desplegara se concentró en su cerebro, haciéndole delirar. La fiebre reprodujole los mismos peligros de que ya parecía libre, y vió los puñales corriendo tras sí. Imaginóse que corría con sobrehumana presteza, sin poder apartarse de los ensangrentados aceros; imaginóse que subía á los tejados, seguido tan cerca por los sicarios que sentía su abrasador aliento. Soñaba (pues como sueño eran sus figuraciones) que se arrojaba de cabeza al patio, y que los sayones se arrojaban también detrás de él. Después subía como desesperado gato por la cuerda de las campanas, y por la misma vía subían también los puñales terribles. Luego se lanzaba por el interior angosto y húmedo de las cañerías que recibían el agua de los tejados, y la turba se precipitaba también por el interior del tubo, haciendo un ruido semejante al del agua. Seguido siempre y nunca alcanzado, pero tampoco en salvo, se precipitaba en la iglesia, subía por las paredes, bajaba por los empolvados altares, y la plebe subía y bajaba con él. Se metía al fin entre las hojas de los misales, como una cinta de marcar, y allí, en aquel doblez seguro, le seguían también las manos armadas de puñales. Las navajas brillaban entre las doradas letras.

Refugiábase luego entre los vestidos de la Virgen, en el aceite de la lámpara, en el recinto sagrado del copón; y en los vestidos, en el aceite, en el copón, los tigres no se apartaban de él, siguiéndole sin descanso y tocándole sin llegar á cogerle... Al fin acabó este espantoso delirio y quedó el escolar en inacción parecida á la de la muerte. Cuando terminó aquel estado y cobró el conocimiento, hallóse tendido boca abajo en el suelo del oscuro desván. Puso atención á los ruidos de abajo y le pareció que se alejaban. Arrastrándose trató de subir al tejado y salió al fin aunque con dificultades, porque le dolía una rodilla y movía muy mal el brazo derecho. Desde el tejado que daba á la calle del Duque de Alba, vió la multitud que parecía abandonar el edificio; pero él ni por todos los tesoros del orbe, fuera capaz de descender al Colegio... Dos ó tres gatos le salieron al encuentro, y con tan buena compañía avanzó un

buen trecho. El espacio vacío donde un año antes estuviera la casa de D. Felicísimo, le detuvo en su penoso viaje aéreo; pero dando algunos saltos llegó á una casa que parecía brindar al pobre fugitivo seguro y cómodo asilo. Por una de las ventanas de las bohardillas veíase ropa tendida; en otra había dos chicuelos que se entretenían en izar banderas de toallas y servilletas á un asta de caña, que muy bien amarrada en el antepecho estaba. Alrededor de este cuadro revoloteaban pardas palomas que no lejos de allí tenían su vivienda. D. Rodriguín indicó



por señas á los chicos que iba á entrar por el hueco de la bohardilla, con lo que ambos se asustaron y huyeron adentro. Mas sin arredrarse por esto el atrevido estudiante escurrióse tejas abajo. Trepando gatunamente con los cuatro remos, penetró en la casa. Una mujer y un señor mayor le salieron al encuentro; pero D. Rodriguín no supo darse cuenta de lo que le dijeron, porque estenuado de fatiga y perdidas las fuerzas, se arrojó sobre un montón de ropa blanca. Dejémosle allí.

El Padre Gracián estaba tranquilo en su celda escribiendo algunas cartas, cuando sintió el tumulto. Sin creer que éste tuviera la importancia que realmente tenía, pensó que la Casa y sus pacíficos habitantes corrían peligro. Saliendo á la galería miró al patio, y lo primero que vieron sus ojos aterrados fué el cadáver del Hermano Artigas, bárbaramente acribillado. Retrocedió con espanto al interior de su celda; sacó precipitadamente cartas y papeles, encendió lumbre, y en poco más tiempo del necesario para contarlos, hizo un auto de fé que redujo á cenizas preciosos documentos, cartas elocuentes fechadas en el Carrascal, en la Amezcuca, en la Borunda y en los Alduides, curiosísimas notas y apuntes. Con el humo que se levantó en la celda llenándola toda, sintió picor en los ojos y salió como quien llora. El santo varón quiso revestir su fisonomía y su persona de las apariencias de severidad y estoicismo que tan propias eran del momento, y aunque la proximidad y el aullido de los asesinos hicieron palpar de temor su corazón fuerte, se sobrepuso á la angustia del momento y avanzó con paso seguro por la galería. Encomendándose mentalmente á Dios, hizo propósito firme de no perderse con una exhibición imprudente ni envilecerse con cobarde fuga. Á su lado pasó despavorido el Hermano Fermín Barba, que huía de los sicarios. Gracián no se animó á seguirle ni se atrevió á detenerle.

Aturdido el infeliz Hermano, que había logrado ponerse á salvo de los primeros perseguidores, cayó en manos de otro grupo no menos feroz, mientras Gracián, sin salir de su paso acertó á encontrarse junto á la puerta que conducía al coro de la Iglesia. Entró... Dos ó tres estancias oscuras llenas de muebles viejos y de objetos de culto, de esos que bien podrían llamarse decoraciones, tales como cortinas, escalinatas, templetos, pabellones, piezas de monumento, etc., separaban el coro del claustro alto. Los asesinos no habían penetrado aún allí.

Gracián llegó al coro, y arrodillándose junto á la barandilla, oró en silencio, con las manos sobre los hierros y la frente en las coyunturas. ¿Se creía ya salvo y seguro? ¿Daba gracias ó le pedía misericordia? ¿Le ofrecía su vida, aceptando gustoso su martirio, que ni buscaba ni rehuía para que fuese más meritorio? Imposible será sondear aquella alma en momentos de tanta turbación. Pero si la apariencia y el rostro, el gesto reposado y la lengua muda son señales de un espíritu fuerte y sereno, Gracián tenía serenidad y fortaleza. Ó más bien sofocaba los estímulos de ese instinto invencible que es quizás el sello de humanidad puesto á las criaturas, instinto que nos encarece con elocuente modo las ventajas

de vivir, contrapesando los alientos del espíritu, ansioso á veces de la muerte.

Así, cuando llegaron al coro, donde Gracián estaba solo con su fortaleza, los bramidos de la plebe; cuando se oyó distintamente una voz que dijo *por aquí*; cuando las pisadas de los asesinos sonaron en las baldosas mismas del coro, Gracián no abandonó su recogida postura. Fué preciso, para hacerle mover, que una mano descortés y ensangrentada le tocase en el hombro. Volvió la cabeza, vió á Tablas con aires de capitán matón, armado de pistolas y cuchillo... Entonces el hombre se sobrepuso bruscamente al asceta. Dentro de Gracián estalló una mina de indignación. No supo lo que hacía, y sus fuerzas hercúleas asumieron todas sus facultades, oscureciendo al filósofo, al místico, al clérigo, para revelar el gigante.

En el coro había, junto al facistol grande, otro pequeño, pero suficientemente pesado para que no lo levantase con facilidad un solo hombre. Gracián lo cogió con formidable y rápido movimiento. Parecía que arrancaba un árbol del suelo, y al levantarlo asemejóse á San Cristóbal apoyado en su palma. Estrépito de carcajadas acogió este movimiento. Fulminando ira de sus ojos, Gracián gritó: *¡Canallas!... ¡Masones!* y alzando el mueble apuntó á la cabeza del capitán de la vil tropa... Pero en mitad de su movimiento fué herido en el costado con golpe certero, instantáneo. Vaciló en el aire el facistol. El mueble y el cuerpo enorme del clérigo cayeron de un golpe. Extremecióse el piso. Inmóviles y espantados los asesinos, contemplaron el cuerpo á la distancia del terror.

—Era el peor de todos—murmuró sordamente Lopez, apartando sus ojos de a víctima.

Salieron. Un instante después reinaba en el coro y en la Iglesia, en torno á lo que fué Padre Gracián, el silencio del olvido.



XXIX



AN turbado estaba D. Rodriguín, que las primeras palabras salidas de su boca fueron un latinajo incomprendible. No acertaba á pedir socorro en castellano ni á expresarse tampoco en vulgar latín.

—Ya, ya sabemos lo que usted desea—dijo cariñosamente el señor mayor, poniéndole la mano en el hombro.—Usted viene huyendo de la degollina de San Isidro... Aquí no hay que temer... Sola, querida hija, á este caballero le vendrá bien una taza de caldo.

—*Utique... gratias agere....*

—Ó un vasito de vino blanco con bizcochos.

—Mejor vino que caldo—dijo entonces en claro español el estudiante.

Y no se saciaba de mirar al señor de los espejuelos de oro, y á la joven, y á los chicos, que no menos espantados que él le rodeaban.

Sola (pues no era otra la señora de aquella casa) salió en busca del reconfortante, y D. Rodriguín, ya completamente recobrado el sentido, pudo reconocer á D. Benigno.

—Ya sé donde estoy—dijo.—Ya sé que debo esta hospitalidad á don Benigno Cordero y á su digna esposa.

—No es esta señora mi mujer—replicó el de Boteros algo amostazado,—aunque si lo fuera nada tendría de particular... Esta casa, no es mi casa, es de un amigo que está ausente, es del esposo de esa dignísima señora, ¿entiende usted?... Vamos á otra cosa... Podrían verle á usted desde el tejado, si á los sicarios se les antoja subir para que no queden

vivos ni los gatos... ¡qué horrible día, Virgen del Sagrario!... Bajemos, señor subdiácono...

—No soy subdiácono, sino colegial—dijo Rodriguín, siguiendo á don Benigo por la escalera abajo.—*Suum cuique.*

La casa no era de vecindad. Tenía dos pisos altos, ocupados por un solo inquilino. Demasiado grande para un soltero, era tal que para un casado sin hijos, sobraba más de la mitad. Sola se instaló en ella desde el día de su boda para limpiarla y tenerla en tal disposición que todo lo hallase á punto su marido cuando viniese. Una criada elegida por ella, Juanito Jacobo y el criado que Salvador había dejado en la casa, daban compañía y custodia á Sola por la noche, y por el día D. Benigno, su hermana y sus hijos mayores apenas salían de allí. Todos ayudaban á la grande obra de la limpieza y buena distribución de los muebles, al adorno y arreglo de la casa, que estaba primorosa. No faltaba en ella más que una cosa, el amo. Esperábanle cada semana, cada día, cada hora. Se habían recibido cartas suyas. Su esposa no cesaba de cavilar y de calentarse el cerebro, ya contando horas y minutos, ya imaginando obstáculos, ó bien discurriendo el modo de ir al encuentro de su cara mitad, cosa harto difícil ciertamente por no saber qué camino traía.

El cólera había llenado de consternación y luto el alma de la señora, afectando también á sus leales amigos. Más que por sí mismos, temían ella y ellos por el ausente. ¡Santo Dios, si la epidemia le atacara en el camino!... ¿Tendría Dios dispuesto que no llegara á disfrutar el bien por tanto tiempo esperado?

—Lo peor de todo—decía Cordero, constante en su entrañable afecto,—sería que Dios te llevase á tí antes ó después de que tu marido viniese, porque entonces... Y... yo pregunto: “¿dónde se encontrará otra Sola?”

Y añadía para sí:

—Si esta idea no implicara la pérdida de un sér tan querido, me regocijaría con ella... ¡Qué chasco para el amiguito! ¿eh?... ¡Pero no, Señor Dios Poderoso! ¡Barástolis, no! Antes de matarla á ella, mátame tres veces á mí, y que mi salvación me consuele de su felicidad.

El tremendo día 16 fué para todos los que en aquella casa habitaban, día de grandísima angustia, por la proximidad de la catástrofe. Reproducir aquí los apóstrofes que de su venerable boca echó D. Benigno al ver la matanza, las observaciones atinadísimas que hizo acerca de las justicias populares y del aborrecido imperio del vulgo, fuera imposible,

sin dar á este relato dimensiones desproporcionadas. Puede ser que todos estos dichos sean recogidos escrupulosamente por algún cachazudo historiador que los perpetúe, como sin duda merecen.

Por la noche, cuando el barrio quedó tranquilo y se supo la verdad de lo ocurrido, viendo el hecho en todo su horror, el héroe no daba paz á la lengua para maldecir á aquel indolente Gobierno, que tales crímenes había permitido, si no por expreso consentimiento, por pereza y descuido casi tan execrables como el consentimiento mismo. Y aquí venía el compadecer á la libertad, deplorando que su causa estuviese en tales manos, y el sacar á relucir ejemplos de Grecia y de Roma para sentar el principio de que las manos bárbaras y sucias del vulgo envilecen cuanto tocan y destrozan aquello mismo que quieren defender.

D. Rodriguín oía esto y callaba, admirando la elocuencia del buen señor; pero como las palabras carlista y liberal saliesen á relucir, tal vez impensadamente, en la perorata de Cordero, encrespóse el colegial, cambiáronse serias réplicas y reticencias, y trabóse al fin una disputilla que no se sabe á dónde habría parado, si Sola no ordenase el silencio para restablecer la paz. Al día siguiente, D. Benigno dijo á su amiga con mucho misterio:

—Es preciso mandar á su casa á este subdiácono. Es un espía carlista... ¡Barástolis! tan bueno es Juan como Pedro, y entre las chaquetas de los desalmados y las sotanas de estas culebrillas no se sabe qué escoger.

Dicho y hecho. Avisóse á la familia del colegial, y vestido éste de seglar abandonó la casa, aunque ningún peligro había ya de que saliera en traje eclesiástico. Despidióse chuscamente hasta las *kalendas carolinas*, á lo que contestó el héroe con disparates latini-parlantes, que también se le alcanzaba algo de macarronismo.

Al ver Sola que pasaba un día y otro, que arreciaba la epidemia, que se cometían asesinatos horrorosos á ciencia y paciencia de las autoridades, parecióle que el Universo se descuajaba, que la máquina social y física del mundo se hacía pedazos, y que por jamás de los jamases se vería al lado de su legítimo dueño y consorte. Amarga tristeza se apoderó de ella, y no se le ocurría pensamiento alguno que no fuese de muerte ó duelo. Pensó salir de Madrid, corriendo á la ventura en busca del esposo que Dios y la ley le habían dado; pero Cordero le quitó de la cabeza esta atrevida idea, impropia de persona tan razonable. Durante tres días el héroe no se ocupaba más que de reunir datos para escribir una memoria sobre el sangriento acontecimiento del día 16, y buscaba

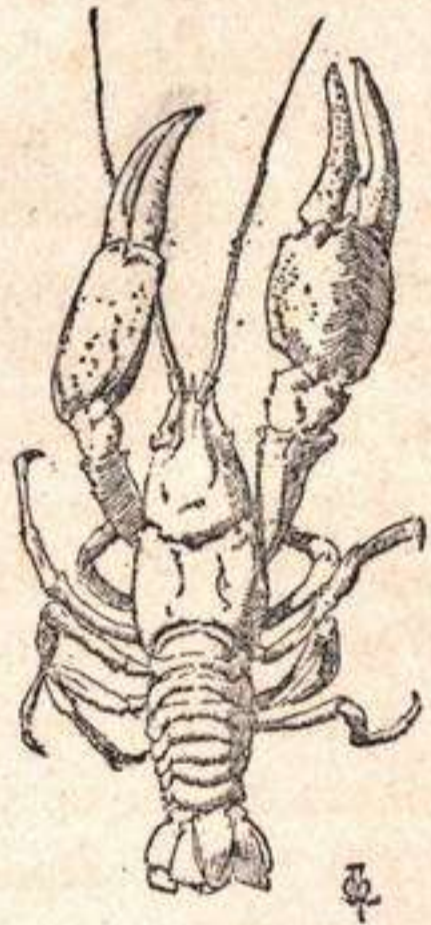
referencias, interrogaba á los testigos oculares, bebía en las mismas fuentes de la verdad histórica, perseguía detalles, frases, accidentes mil, y esas pequeñeces de que tanto jugo suele sacar la diligente Clio. Escudriñando tan escandalosos sucesos, vió que á los horrores del colegio Imperial y de Santo Tomás habían excedido los de San Francisco el Grande, donde perecieron á navajazos cincuenta individuos. En la Merced Calzada también fué grande el extrago. De los de San Francisco dió noticias prolijas el menguado Rufete, que estaba de guardia aquel día y adquirió cierta fama no envidiable, por haber dado seguridades al general de la Orden de que nada ocurriría en la casa, y haber poco después permitido el libre paso de los viles asesinos. Rufete desfiguraba los hechos para velar su cobardía, que quizás, ó sin quizás, más que cobardía, fué complicidad con los infames asesinos. El oficialite declaraba haber salvado de la muerte á muchos franciscanos; pero los que lograron salir vivos de la infame jornada aseguraban que en el momento del conflicto no se vió al señor oficial por ninguna parte. Había razones sobradas para afirmar que el Sr. Rufete hubo de esconderse en los sótanos del edificio, no dando señales de vida hasta que, muerta ya media comunidad, apareció muy fiero, echando ternos y venablos contra la *pillería*. Todos estos datos, noticias y versiones las iba recogiendo Cordero de los mismos héroes de la tragedia, para poner luego á cada cual en el lugar que le correspondía. Es indudable que el exaltado Rufete ocupó el que por sí mismo eligiera en lo más crudo del degüello, es á saber, la alcantarilla.

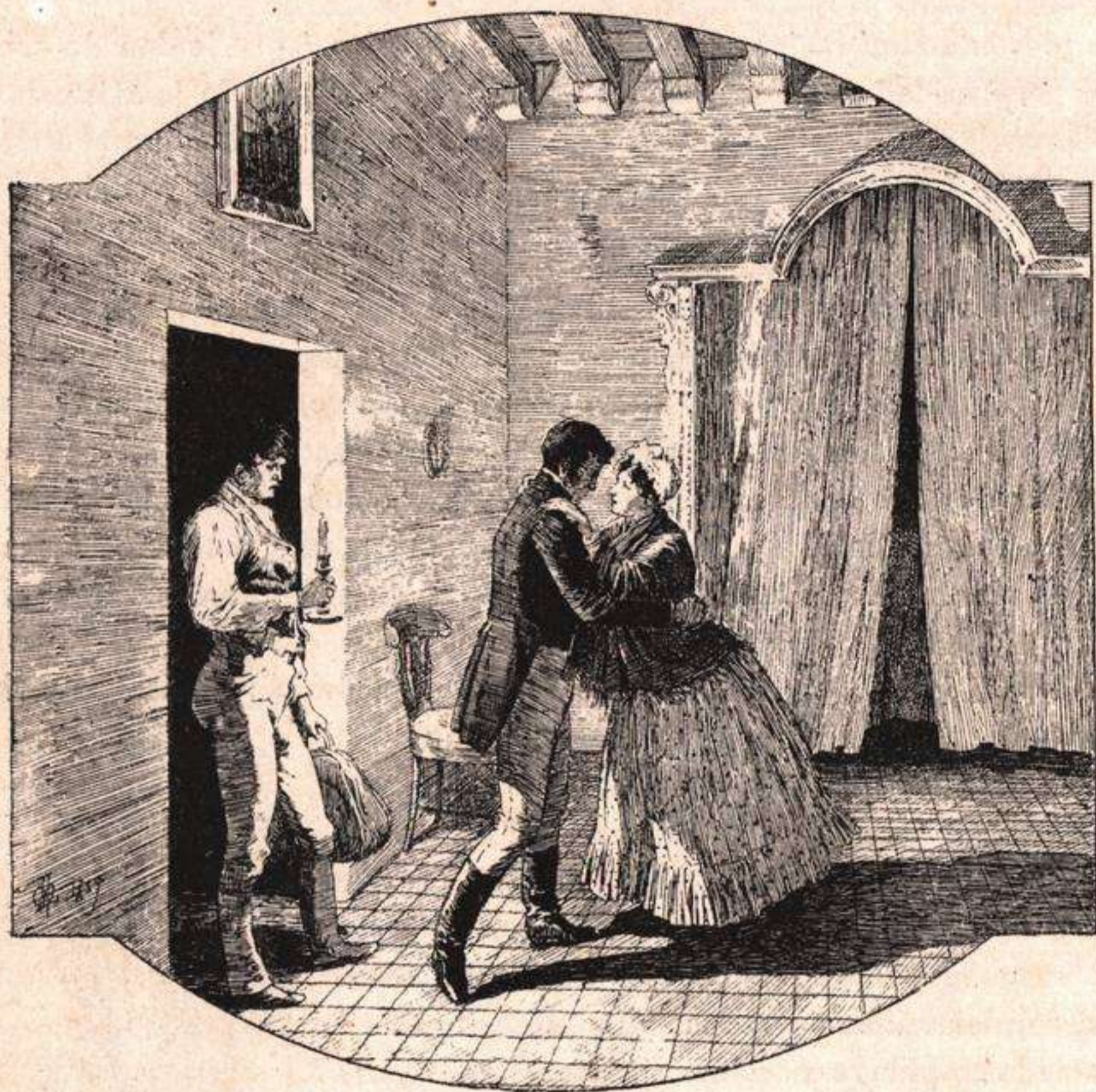
Faltara á todas las exigencias de la Historia el buen Cordero, si omitiera lo que se dijo de envenenamiento de aguas, y la parte que tuvo en esta brutal creencia la bendita y entonces malhadada *tierra de San Ignacio*. Este ingrediente desempeñó en aquellos sucesos terribles un papel de primer orden. Fué arma odiosa de la mala fé, de la ignorancia, y absurdo pretexto, ya que no causa, de uno de los más feos crímenes políticos que se han cometido en España. Conocemos la víctima y el grosero instrumento. La mano, ¿qué mano era y dónde estaba? ¿Creeremos en el espontáneo error del populacho y en un movimiento instintivo y ciego de su barbarie?... Difícil es creer esto. Pero el aguijón que inquietó al bruto, haciéndole morder y cocear, quedó escondido en el misterio. ¿Fué el degüello cosa resuelta y ordenada en círculos oscuros, ávidos de maldad y escándalo? También es difícil asegurar esto, que por su enormidad se resiste á la razón humana. La Fatalidad, causa cómoda de los hechos oscuros, y luz mentirosa de lo que no puede alumbrarse,

se presenta aquí reclamando su página, la página á que le dan derecho las perplejidades del narrador y el convencionalismo de la Historia... Bienvenida sea esa madrastra Fatalidad, que tan bondadosamente se presta á adoptar todo hijo abandonado, por lo general feo y enclenque, á quien rechaza la misma Lógica que en las tinieblas lo engendró.

Rumores corrieron de que el bondadoso Padre Alelí había perecido en las ferocidades del 16. Esto no resultó cierto por fortuna. Hallábase el anciano en la enfermería de su convento, ya completamente perturbado y sin juicio, cuando acaecieron los asesinatos. De nada se dió cuenta. Cordero le acompañaba un buen rato todos los días, hasta el de su muerte, la cual fué por lo tranquila y suave, casi inadvertida. Una siesta más larga que las de costumbre ocultó el momento de su tránsito, ocurrido á fines de Julio.

Nazaria murió del cólera al siguiente día de la matanza. Heredó Tablas su mal; pero por aquel don de inmunidad que acompaña, según un viejo refrán, á la mala hierba, el animal venció á la epidemia asiática, ó ésta quizás asustóse de él, dejándole libre, aunque muy bien recomendado á un cáncer que le tomó por su cuenta algunos años adelante. Por Romualda, á quien hallamos una mañana subiendo casi á gatas la empinada escalera de una casa de la calle de la Ruda, supimos que Lopez llevaba con poca resignación su desgracia. Romualda subió tanto y tanto, que una noche la hallaron detenida en el peldaño octogésimo. Estaba prosternada, como besando la escalera. Tanto subió que sin pensarlo había llegado al cielo. Lopez fué al hospital. Que murió no puede dudarse, por la índole incurable de su mal, pero nadie sabe cuando ni cómo se extinguió aquella miserable vida, ni hay noticias del lugar de su sepultura. Acabó en el misterio, enteramente á solas si no le acompañaran el dolor y su conciencia, única compañía que le cuadraba.





XXX

ERA un sábado. Habían pasado seis días desde el nunca bastante execrado 16 de Julio, y Sola, desesperanzada ya y sin sosiego, incapaz de encontrar un consuelo en su propio pensamiento, convocó á los amigos en familiar consejo. Cruzita opinó que no debía pensarse ya en que aquel endiablado hombre viniese; los chicos mayores se ofrecieron á salir y recorrer toda la Península para buscarle, y D. Benigno propuso que se fueran todos á los Cigarrales, donde le aguardarían más tranquilos, libres de la zozobra que embargaba el espíritu de todos en la Corte y Villa.

Sola se resistió á ir á los Cigarrales mientras no tuviese noticias de su marido ó no le viese entrar sano y salvo. Aquel día pasó en soledades y suspiros, en mirar al suelo y al cielo, en interrogarse con los ojos, sin atreverse á formular verbalmente el triste pensamiento. Pero si agitada estaba el alma de la señora, no lo estaba menos la del bendito héroe del Arco famoso, pues al paso que ganaba terreno en ella la idea de que no parecería jamás el *marido de su mujer*, se iba apoderando traidoramente de aquel mismo espíritu suyo un sentimiento expansivo, un no sé qué, una cosa semejante á la alegría... El pobre señor, cuya rectitud, aún sometida á las mayores pruebas, era siempre grande y firme, padeció muchísimo con esto que llamaba *caricia del Demonio*, con esta tentación ó asomos de pecado grave. Pero como podía tanto en él la voluntad, se sobrepuso á todo, arrojó de su pecho la culebrilla que se deslizara en él furtivamente, é invocando á Dios primero y al Ginebrino después, exclamó con enérgico arrebató de cristiano y filósofo: "Lejos de mí esa infame alegría por la desaparición del que triunfó de mí. Si Dios le mata y paso á heredar su dicha, enhorabuena; pero maldito sea yo si deseo su muerte, y antes me vea comido de gusanos que envidioso. Bien dijo aquel gran pensador en el libro V del *Emilio*, que *la virtud que sólo se funda en las acciones es virtud falsa y postiza.*"

Por la noche se retiró á su casa lleno de congoja, por no poder ya aliviar con palabras y ficciones la de su infeliz amiga. Ésta acostó á Juanito Jacobo, que no había querido separarse de ella y dormía junto á su cuarto; mandó á los criados que se acostaran también, y sola en su alcoba estuvo rezando hasta muy avanzada la noche. Durmióse al fin en su lecho, y en sueños creyó sentir desusado estrépito en la calle y en la casa. Era una pesadilla. Parecíale que la casa se hundía, ó que un ejército entraba en ella ó que un gigante la hacía pedazos con su pesado pié. Despertóse sobresaltada. El corazón le palpitaba tanto que por la mucha viveza estuvo á punto de producirse la inercia cardiaca y por consiguiente el síncope. Pero al reconocerse bien despierta y al observar que continuaba el ruido, se incorporó en el lecho, puso atención... Se oían pasos en la casa... tocaron suavemente á la puerta de su alcoba... sonó una voz...

Sola saltó intintivamente de su lecho. Empezó á vestirse á toda prisa... No acertaba á vestirse...

—Soy yo...

—Espera... un momento... Espera que me vista...

Y á medio vestir corrió á la puerta y abrió á su esposo.

— Pero no te veo... —le dijo dejándose abrazar.

El criado se acercó con luz, á punto que él soltaba capa y sombrero.

Cuando D. Benigno llegó á la mañana siguien'e, se quedó pasmado y absorto en la mitad del pasillo al saber que el *marido de la señora* estaba sano y salvo en Madrid y en su casa. El héroe dió un gran suspiro. Mirando después al cielo, lanzó un piadoso apóstrofe y dijo así:

— ¡Barástolis! Por Dios trino y uno, por la Virgen del Sagrario, por Rousseau, por mi vida honrada y por mi conciencia de cristiano juro y rejuro que me alegro con toda el alma.

Cuando Salvador salió de su alcoba, abrazáronse estrechamente ambos señores y juraron ser amigos fieles en lo que les quedara de vida. Muchos conocidos visitaron al recién llegado, y aquel mismo día tuvo éste ocasión de hacer una obra de caridad, mejor dicho, de aprobarla y sancionarla, pues ya estaba hecha condicionalmente por su esposa. Sola había cedido gratuitamente la bohardilla de la casa á las señoras de Porreño, en quienes la rancia nobleza no fué parte á poner un dique á la invasora miseria. Muerto Fernando VII, faltóles la modesta pensión que éste les daba. Su dignidad no les permitía implorar la caridad pública. Su arreglo, las distintas aptitudes de Doña María de la Paz les permitían aspirar á sostenerse, aunque mal, de su honrado trabajo. Sola les ayudó en trances tan aflictivos, dándoles la casa y encargándoles no se sabe cuanta obra de ropa blanca. La gratitud de las dos dignísimas cuanto infelices damas era extraordinaria. Doña Salomé bajó de punta en blanco á dar las gracias al generoso dueño de la casa. Presentóse envuelta en ajadísimos tafetanes, adornada de podridas pieles y plumas pulverulentas. Con toda la finura y dignidad de su caracter, con toda la cortesía de su educación y toda la tiesura de su embalsamado cuerpo expresó sus sentimientos, diciendo que aquel caso de liberalidad debía agradecerse más en una época funesta ¡ay! en que habían desaparecido por completo los caballeros.

Partieron á los Cigarrales. Allí trascurrían dulces y lentas las horas. El sosiego era completo, el tiempo delicioso, la salud admirable, en concierto dulcísimo con la paz y alegría de las almas.

Salvador y D. Benigno hablaban de política, cada cual según su criterio, su experiencia y diversos conocimientos; el segundo inclinado á las generalidades, á las teorías; el primero más aferrado á los hechos, y deduciendo de la incompatibilidad de éstos con la idea, desconsoladoras consecuencias; Cordero dejándose llevar del optimismo y confiando

mucho en el entusiasmo, en la virtud de los hombres y en la fuerza de ciertas ideas; Salvador inclinándose al pesimismo, revelándose muy aleccionado por la experiencia, creyendo poco en las personas y menos en las ideas verdes y desazonadas. D. Benigno opinaba que todos los españoles debían abrazar la bandera de la libertad, respetando y enalteciendo siempre la Religión y el Trono; admitir todos los progresos del siglo, y aplicarlos á las leyes, á las costumbres, al vivir y al pensar, evitando las guerras y colisiones. Añadía que si todos los españoles no gustaban de entrar por este camino, los rebeldes debían ser convencidos á palos, para lo cual convenía que los libres se armaran formando una milicia organizada, ni más ni menos que como la famosísima de Julio del 22, émula de los espartanos en el famoso Arco de Boteros.

Salvador no desaprobaba estas ideas, pero fiaba poco en los buenos propósitos de los que pensaban como su amigo; fiaba también poquísimamente en la milicia, en los palos de la milicia y en la soñada concordia entre la libertad y la Iglesia. Declarando todo su pensamiento, aseguró que no esperaba ver en toda su vida más que desaciertos, errores, luchas estériles, ensayos, tentativas, saltos atrás y adelante, corrupciones de los nuevos sistemas, que aumentarían los partidarios del antiguo, nobles ideas bastardeadas por la mala fé, y el progreso casi siempre vencido en su lucha con la ignorancia.

—Los días mejores—dijo señalando con su bastón el horizonte,—están aún tan lejos que seguramente ni usted ni yo los veremos. La reforma es lenta, porque el mal es grave y profundo, y sólo se ha de curar trabajándose á sí mismo. Pienso vivir alejado de toda acción política. Estoy abrumado de experiencias; he visto mucho; cumplí mi misión. Hay mil caminos abiertos por donde pueden lanzarse los hombres nuevos. Los que no lo son, deben quedarse á un lado mirando y viviendo. Mi ideal está lejos. El tiempo le tiene tan guardado aún, que no se le vislumbra aquí por ninguna parte. Pero vendrá, y aunque no hemos de ver esa realidad, digna de ser admirada, desde aquí nos consuela el penetrar con el pensamiento en un porvenir oscuro, y contemplar las hermosas novedades de la España de nuestros nietos. En tanto, no puedo tener entusiasmo como usted, porque no creo en el presente. Me parece que asisto á una mala comedia. Ni aplaudo ni silbo. Callo, y quizás me duermo en mi luneta. No tengo que soñar en mi felicidad doméstica, que es ya un hecho positivo; soñaré con ese porvenir lejano de nuestra patria, con ese tiempo, querido amigo mío, en que la mayoría de los españoles se reirá de la angelical inocencia política de usted.



ASTA ya.

Aquí concluye el narrador su tarea, seguro de haberla desempeñado muy imperfectamente, pero también de haberla terminado en tiempo oportuno (váyase lo uno por lo otro) y cuando el continuarla habría sido causa de que las imperfecciones y faltas de la obra llegaran á ser imperdonables. Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años á quienes no se puede disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escalpelo. Quédese, pues, aquí este largo trabajo sobre cuya última página (á la cual suplico que me sirva de Evangelio) hago juramento de no abusar de la bondad del público, añadiendo más cuartillas á las diez mil de que constan los *Episodios Nacionales*. Aquí concluyen definitivamente éstos. Si algún bien intencionado no lo cree así y quiere continuarlos, hechos históricos y curiosidades políticas y sociales en gran número tiene á su disposición. Pero los personajes novelescos, que han quedado vivos en esta dilatadísima jornada, los guardo, como legítima pertenencia mía, y los conservaré para casta de tipos contemporáneos, como verá el lector que no me abandone al abandonar yo para siempre y con entera resolución el llamado *género histórico*.

FIN DE LA NOVELA Y DE LOS EPISODIOS NACIONALES

Santander.—Noviembre-Diciembre de 1879.



En el breve Prólogo impreso á la cabeza de la presente edición me dejé decir que tenía preparado un largo escrito sobre el origen é intención de esta obra, los elementos históricos de que dispuse, y los datos y anécdotas que recogí, comprendiendo además algunos desahogos *sobre la novela española contemporánea*. Pronto me arrepentí de esta precipitada oferta, y la tuve por grandísima tontería en la parte que se refiere á juicios generales de crítica y á opiniones sobre el género literario que más se cultiva en España. Y al desempolvar los papelotes en que estaba el mal pensado y peor escrito *Ensayo*, me revolví airado contra mí mismo por la pícara maña de ofrecer lo que en manera alguna puedo ahora cumplir.

Me desdigo resueltamente, recojo mi palabra, y como en aquella espontaneidad pueril no hubo nada de juramento, ni se trata de un caso de conducta moral, espero quedar bien con mis lectores y con mi conciencia. Y si me apuran, prefiero pasar por poco formal á meterme en sabidurías y honduras de crítica, investigando las recónditas leyes de la belleza ó las mudanzas que el tiempo y la moda les imprimen, y olfateando los caminos que este y el otro autor siguieron para su gloria ó descrédito. Para cumplir lo prometido sería preciso que me saliese de las filas de la procesión y me pusiese á repicar. Hay escritores dichosos que desempeñan admirablemente este doble trabajo, y andan en la procesión y repican que se las pelan. Estos tienen el don maravilloso de practicar el arte y de legislar sobre él, y son maestros en todo cuanto cae debajo del fuero de la pluma. Sabe Dios que daría cualquier cosa por que me infundiesen algo de su aptitud, aunque no fuera sino para salir airoso en la ocasión presente; pero como esto no puede ser, me resigno,

y queda circunscrito el compromiso á la primera parte tan sólo de lo ofrecido, es decir, que no tengo ya más obligación que hablar un poco de cómo y cuándo se escribieron estas páginas. Esto me lo tengo muy sabido, no es cosa de ciencia sino de experiencia; pertenece á la erudición facil y profunda de las propias acciones, y saldrá como una seda, sin temor de opiniones adversas ni de que los descontentadizos lo tengan por más ó menos aproximado á la verdad; como que es la certeza misma.

Á principios de 1873, año de grandes trastornos, fué escrita y publicada la primera de estas novelas, hallándome tan indeciso respecto al plan, desarrollo y extensión de mi trabajo, que ni aun había fijado los títulos de las novelas que debían componer la serie anunciada y prometida con más entusiasmo que reflexión. Pero el agrado con que el público recibió *La Corte de Carlos IV* sirviómeme como de luz ó inspiración, sugiriéndome, con el plan completo de los EPISODIOS NACIONALES, el enlace de las diez obritas de que se compone y la distribución graduada de los asuntos, de modo que resultase toda la unidad posible en la extremada variedad que esta clase de narraciones exige. Cuatro novelas aparecieron puntualmente cada año con regularidad de Almanaque, y en la Primavera de 1875 quedó terminada con *La Batalla de los Arapiles* la primera serie. Tantos lectores tuvo (dentro de la cifra reducida de lectores españoles), que creí oportuno emprender una segunda serie. Verdaderamente, la pintura de la guerra quedaba manca, incompleta y como descabalada si no se le ponía pareja en el cuadro de las alteraciones y trapisondas que á la campaña siguieron. El furor de los guerreros de 1808 sólo había cambiado de lugar y de forma, porque continuaba en el campo de las conciencias y de las ideas. Esta segunda guerra, más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, parecióme buen asunto para otras diez narraciones, consagradas á la política, á los partidos y á las luchas entre la tradición y la libertad, soldado veterano la primera, soldado bisoño la segunda; pero ambos tan frenéticos y encarnizados, que aun en nuestros días, y cuando los dos van para viejos, no se nota en sus acometidas síntoma alguno de cansancio.

Con *Un Faccioso más y algunos frailes menos* quedaron terminados los EPISODIOS NACIONALES, y no obstante las excitaciones de algunos aficionados á estas lecturas, me pareció juicioso dejar en aquel punto mi trabajo, porque la excesiva extensión habría mermado su escaso valor, y porque, pasado el año 34, los sucesos son demasiado recientes para tener el hechizo de la historia y no tan cercanos que puedan llevar en sí los elementos de verdad de lo contemporáneo. Abrazan, pues, los EPISODIOS NACIONALES veintinueve años, los cuales, de fijo, dieron de sí más acontecimientos y produjeron más hombres, y, en una palabra, hicieron más historia que todo el siglo precedente. Si damos valor á una ilusión de tiempo, podremos decir que aquellos veintinueve años fueron nuestro siglo décimo-octavo, la paternidad verdadera de la civilización presente, ó del conjunto de progresos y resabios, de vicios y cualidades que por tal nombre conocemos.

Por más que la generación actual se precie de vivir casi exclusivamente de sus propias ideas, la verdad es que no hay adelanto en nuestros días que no haya tenido su ensayo más ó menos feliz, ni error al cual no se le encuentre facilmente la veta á poco que se escarbe en la historia para buscarla: Todos los disparates que

hacemos hoy los hemos hecho antes en mayor grado. Y si parece que faltan ahora los grandes impulsos que en otro tiempo determinaron hechos inmortales, es porque no se producen las circunstancias que los estimulan; que si se produjeran, aquellos impulsos saldrían. Y si no, que lo prueben de veras.

Es y será siempre un gran placer para toda generación el mirarse en el espejo de la que le ha precedido inmediatamente. De esto, en primer término, y de la circunstancia, feliz para mí, de no existir en la literatura española contemporánea novelas de historia reciente, ha dependido el buen éxito de estos libros y la estimación que por sus condiciones literarias no habrían alcanzado nunca.

Esta obra fué empezada antes de que estuvieran en boga las tendencias en literatura, al menos aquí; pero aunque se hubiera escrito un poco más tarde, aseguro que habría nacido limpia de toda intención que no fuera la de presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) á los aficionados á esta clase de lecturas. Ni remotamente se me ocurrió mortificar poco ni mucho á los naturales de un país enemistado con el nuestro en aquellos trágicos días. La demencia patriótica que nuestros vecinos llaman *chauvinisme* es tan contraria á mi manera de sentir, que me tengo por libre de tal enfermedad ahora y siempre. Consigno aquí esta declaración como respuesta, tardía sí, pero categórica á lo escrito en una célebre revista de circulación universal por un discretísimo y malogrado publicista francés (*), que al mismo tiempo que favorecía mi obra con apreciaciones lisonjeras, indicaba que el autor de ella se proponía concitar los ánimos de sus compatriotas contra Francia. De que en una ó varias novelas aparezcan pintados los sentimientos de los españoles de 1808 con la vehemencia que exige la propiedad histórica, no se puede deducir que los presentes sintamos antipatía hacia una nación á la cual nos unen hoy vínculos más fuertes que todas las alianzas políticas. La proximidad entre ambos países es tan grande á causa del mutuo comercio y de las fáciles comunicaciones; es tan incontrastable la influencia que en nosotros ejercen las ideas, las costumbres, la industria y aun la riqueza de nuestros vecinos, que aunque existiera aquí el *chauvinisme*, los hechos lo curarían de golpe. Por lo demás, los franceses mismos, en su literatura patriótica, no han sido nunca tan escrupulosos ni se han parado en barras en lo de molestar con más ó menos justicia á naciones que han tenido con ellos algún altercado. Otros dos escritores extranjeros, al ocuparse ligeramente del mismo asunto, han seguido el criterio de Mr. Louis-Lande. Á ellos dirijo también estas observaciones.

Lo que comunmente se llama *Historia*, es decir, los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de Reyes y Príncipes, de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos, no bastaba para fundamento de estas relaciones, que ó no son nada, ó son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Era forzoso pedir datos á los olvidados anales de las costumbres y aun de los trajes, á todo

(*) *Revue de Deux Mondes*, 1876. — *Le Roman patriotique en Espagne*, por Mr Louis-Lande.

esó que la tradición no sabe defender de las revoluciones de la moda, y que se pierde en la marejada del tiempo, dejando rastro muy debil en los archivos del Estado. Era indispensable pedir también auxilio á la literatura anecdótica y personal, como Memorias y colecciones epistolares. Pero de estos tesoros están muy pobres nuestras bibliotecas. Son pocos los que han referido los lances verídicos de su vida. Hay en nuestro caracter un fondo de modestia que perjudica á la formación de la verdadera historia, y adolecemos además de falta de sinceridad. Lo que llaman *vida pública* es una fastidiosa comedia representada por confabulación de todos, amigos y enemigos. La vida efectiva no aparece nunca, y nos apresuramos á hacer desaparecer los documentos de ella, arrebatando á la publicidad las cartas de personajes fenecidos, por ese ridículo miedo á la verdad que es propio de los que se habitúan á vivir en una atmósfera de artificios. De aquí la oscuridad que envuelve sucesos casi recientes. Las cartas escritas *para el público* no llenan este vacío, y las verdaderas no salen nunca á luz, ó por la razón de falsos respetos, ó quizás porque el público mismo no manifiesta inclinación á esta literatura de verdad palpitante, y protege con su demanda las cosas soñadas, compuestas y mentirosas. Poco ó ningún fruto obtuve, pues, de la literatura familiar.

La prensa periódica ha podido, en algún caso, prestar servicios al novelista, aunque en las épocas de régimen autoritario es difícil hallar en los papeles públicos un reflejo, ni aun siquiera pálido, de la vida común. En cuanto á la *Gaceta* de aquellos tiempos, justo es reconocer que arroja gran luz sobre los sucesos de Turquía, Moscovia, Transilvania y Galitzia, observando, respecto á lo que en Madrid pasaba, una discreción tal, que no es posible imaginar papel más estúpido. Pero donde menos se piensa hallamos un tesoro. El *Diario de Avisos*, que en estupidez iguala á la *Gaceta* y le supera en garrulería, ha sido para mí de grande utilidad, por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora... ¿dónde creereís? en sus anuncios. En esta parte del periódico más antiguo de España he hallado una mina inagotable para sacar noticias del vestir, del comer, de las pequeñas industrias, de las grandes tonterías, de los placeres y diversiones, de la supina inocencia de aquella generación. Créanlo ó no, digo que todo lo que en esta obra es colorido, acento de época y dejo nacional, procede casi exclusivamente de los anuncios del *Diario de Avisos*. Para la ensambladura histórica tuve siempre á la vista la historia anónima de Fernando VII, que se atribuye á D. Estanislao de Koska Bayo, y para *Zaragoza los Sitios* de Alcaide Ibieca. Con esto, las *Memorias* de algunos generales del Imperio y otras historias menos conocidas y una buena dosis de buena voluntad, que suple á veces la falta de ciertas facultades, salí del paso como Dios me dió á entender.

Gran ventura habría sido para mí tropezar con testigos presenciales; pero no habiendo hallado ninguno que pudiera contar hechos de la primera época, tuve que fiar la empresa á las fatigas del trabajo inductivo y de probabilidades, auxiliado por datos de tercera mano y referencias incompletas ó desvirtuadas. Después, al acometer la segunda serie, pude obtener ventajas de la conversación con personas de tanto ingenio, sagacidad y feliz memoria como el Sr. Mesonero Romanos y algún otro. En las obras de este insigne fundador de la literatura de costumbres en España, en las de Larra, Miñano, Gallardo, Quintana, etc., y aun en

las comedias, sainetes ó articulillos de escritores oscuros, así como en diferentes periódicos no políticos, sin excluir los de modas, he allegado elementos indirectos para sortear las dificultades de empresa tan ruda.

En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento y pone mil trabas á las narraciones largas. Dificil es sostenerla en el género novelesco con base histórica, porque la acción y trama se construyen aquí con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, unidos á otros de existencia ideal, y porque el autor no puede, las más de las veces, escoger á su albedrío ni el lugar de la escena ni los móviles de la acción. Tales dificultades obligáronme á preferir en casi todas las novelas de la segunda serie la narración libre, y como en ellas la acción pasa de los campos de batalla y de las plazas sitiadas á los parlentes políticos y al gran teatro de la vida común, resulta más movimiento, más novela, y por tanto, un interés mayor. La novela histórica viene á confundirse así con la de costumbres. En los tipos presentados en las dos series y que pasan de quinientos, traté de buscar la configuración, los rasgos y aun los mohines de la fisonomía nacional, mirando mucho los semblantes de hoy para aprender en ellos la verdad de los pasados. Y la diferencia entre unos y otros, ó no existe ó es muy debil. Si en el orden material las trasformaciones de nuestro país han sido tan grandes y rápidas que apenas se conoce ya lo que fué, en el orden espiritual la raza defiende del tiempo sus acentuados caracteres con la tenacidad que pone siempre en sus defensas, ya lo sean de una ciudad, como en Numancia y Zaragoza, ya de una costumbre, como se muestra en la perpetuidad de los Toros y de otras mañas nacionales. No es difícil, pues, encontrar el español de ayer, á poco que se observe el que tenemos delante.

Al pensar en la ilustración de esta obra, quise, como he dicho al principio de la edición, que manos de otros artistas vinieran á dar á las escenas y figuras presentadas por mí la vida, la variedad, el acento y relieve que yo no podía darles. Poco tengo que añadir á lo que dije al principio de la edición. Bien se ha visto que el plan primitivo ha sufrido alguna mudanza. Anuncié que la ilustración total estaba á cargo de dos artistas eminentes; pero las dificultades que en la práctica ofreció lo excesivo del trabajo en obra tan extensa, obligáronme á repartir la ilustración entre mayor número de artistas. Tuve la suerte de que todos cuantos llamé en mi auxilio respondieron con entusiasmo; todos han trabajado con fe, encariñados con la obra más de lo que ésta merecía. El resultado ha sido admirable. La habilidad de los insignes pintores y dibujantes que han trabajado en esta edición, su entusiasmo y mi constancia (que no quiero renunciar á la parte de gloria que me toca), han producido una obra editorial de relevante mérito, un verdadero museo de las artes del diseño aplicadas á la tipografía, y marcan un verdadero progreso en el gusto nacional. Creo haber acertado al preferir los facsímiles ejecutados sobre zinc á los antiguos procedimientos del boj, pues si la madera bien trabajada da finezas y matices, que en el clisé directo se obtienen pocas veces, en cambio éste reproduce fielmente la creación del artista, y traslada el acento, el trazo, la perso-

nalidad. De aquí la seducción que ejerce en el observador entendido un relieve de zinc cuando es de manos bien ejercitadas en el lápiz ó la pluma. Muy grande tiene que ser la destreza de un grabador para arrancar de la madera efectos iguales, y sobre todo, para imprimir con el buril ese sello de espontaneidad y frescura que en el clisé directo compensa la tosquedad del trazo.

No he de ocultar que la escasez de medios industriales en nuestro país ha sido parte á mermar los efectos que habrían podido obtenerse en esta ilustración, utilizando todos los progresos que la zincografía ha realizado últimamente en Europa. Pero en la ruda campaña que ha sido preciso sostener con la carencia de elementos materiales se ha llegado hasta donde se ha podido, y sólo han cesado los esfuerzos ante el convencimiento de no poder avanzar más en esta senda de asperezas y entorpecimientos de todas clases. Se ha ido hasta el fin del terreno conocido en nuestra limitada vida industrial, no retrocediendo sino cuando era humanamente imposible dar un paso más. La tristeza que produce el no haber llegado á la perfección se atenúa con la idea de haber puesto los cinco sentidos y los recursos todos en la empresa, y con la seguridad de que otros llegarían hasta donde hemos llegado; pero no más allá.

Cuatro años y medio ha durado la publicación, plazo relativamente corto y que aún lo parecerá más si se atiende á que la obra consta de *quinientos veintiocho pliegos*, á que ha sido preciso obtener de nuestros artistas, algunos de ellos avecindados en Barcelona y en el extranjero, mil doscientos dibujos próximamente, enviarlos fuera de Madrid casi siempre, para la elaboración de los clisés, y estampar al fin éstos con la proligidad y el esmero que exige tal trabajo. Los que conozcan de cerca las faenas tipográficas y además hayan visto experimentalmente los horizontes que tiene en España el comercio de libros, se pondrán de mi parte cuando me oigan repetir lo que dijo primero el loco de Cervantes y después Pereda en esta forma: «*no es para todos la tarea de hinchar perros de esta catadura.*»

Los nombres de los colaboradores artísticos de esta edición, pintores eximios los unos, dibujantes habilísimos los otros, van á la cabeza de los diez tomos. Estos nombres, algunos de los cuales gozan ya de universal fama, y los demás la obtendrán seguramente, son demasiado conocidos y no necesitan que se les haga aquí un panegírico. Poco añadirían á su reputación mis encarecimientos, que, por otra parte, parecerían quizás interesados. Es ocioso encomiar lo que está á la vista. Ponerse á describir bellezas facilmente apreciables por cuantos tienen ojos y gusto es más de *cicerone* que de crítico. Penetrad por la primera página, salid por la última después de haber recorrido esta inmensa galería, y tengo por cierto que hareis justicia, sin necesidad de apuntador, al ingenio, la fuerza de expresión y la gracia con que el arte del dibujo ha hermoñado estas pobres letras.

Otros colaboradores ha tenido, en esfera más modesta, la presente edición, los cuales nadie conoce, y que, no obstante, merecen que sus nombres sean sacados de la oscuridad. Yo lo haré como recompensa á los constantes esfuerzos, á la inteligencia y buena voluntad con que han coadyuvado al éxito de este difícil trabajo. Servicios tan útiles no son los menos importantes, ni la parte de gloria que les corresponde en el resultado total es la más pequeña. Merece, pues, una mención aquí el encargado de los trabajos tipográficos de la edición, D. Guillermo

Cano, por cuyas manos han pasado todas mis obras desde *La Fontana de Oro* hasta la última que he compuesto, y todas las ediciones, grandes y chicas, buenas y malas que de ellas se han hecho. La tirada de los EPISODIOS NACIONALES ilustrados y de sus innumerables grabados ha sido hecha con el mayor esmero, desde el principio hasta el fin, por el maquinista D. Antonio López.

Creo haber dicho todo lo que tenía que decir, cumpliendo la oferta de marras, y pagando el acostumbrado tributo de cortesía á un público con el cual se ha estado en comunicación no interrumpida durante muchos años. Á este público que me admitió la edición primitiva de estos libros, que recibe bien la ilustrada, y que tal vez, andando el tiempo, no ponga mala cara á otra, presentada en forma y condiciones diferentes, debo gratitud eterna. Mientras su favor me dure, yo no he de pecar de ingrato ni de perezoso. Este es el único poderoso de la tierra, cuya munificencia no tiene límites y cuyos dones se pueden admitir siempre sin ofensa del decoro, porque es el único que sabe y puede ser Mecenaz en los tiempos que corren. Cuando el favor desmaye y observe yo en el inmenso semblante asomos de ceño ó de cansancio, me dejaré caer poco á poco del lado de la oscuridad, hasta quitarme de en medio completamente, siempre con la debida reverencia.

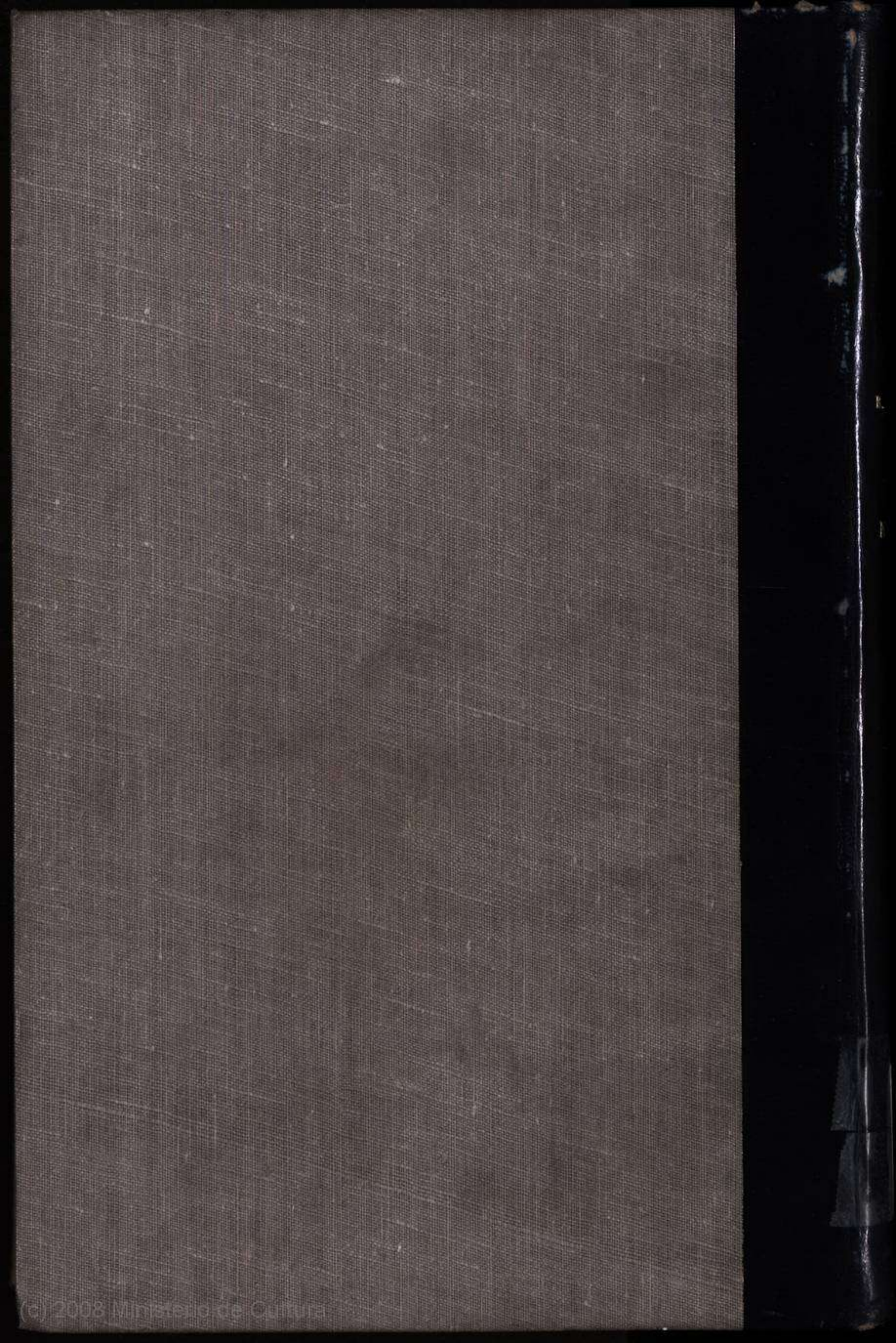
B. Piquer Gallego

Madrid. — Noviembre de 1885









B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS
NACIONALES

X

III

44 - 2

5